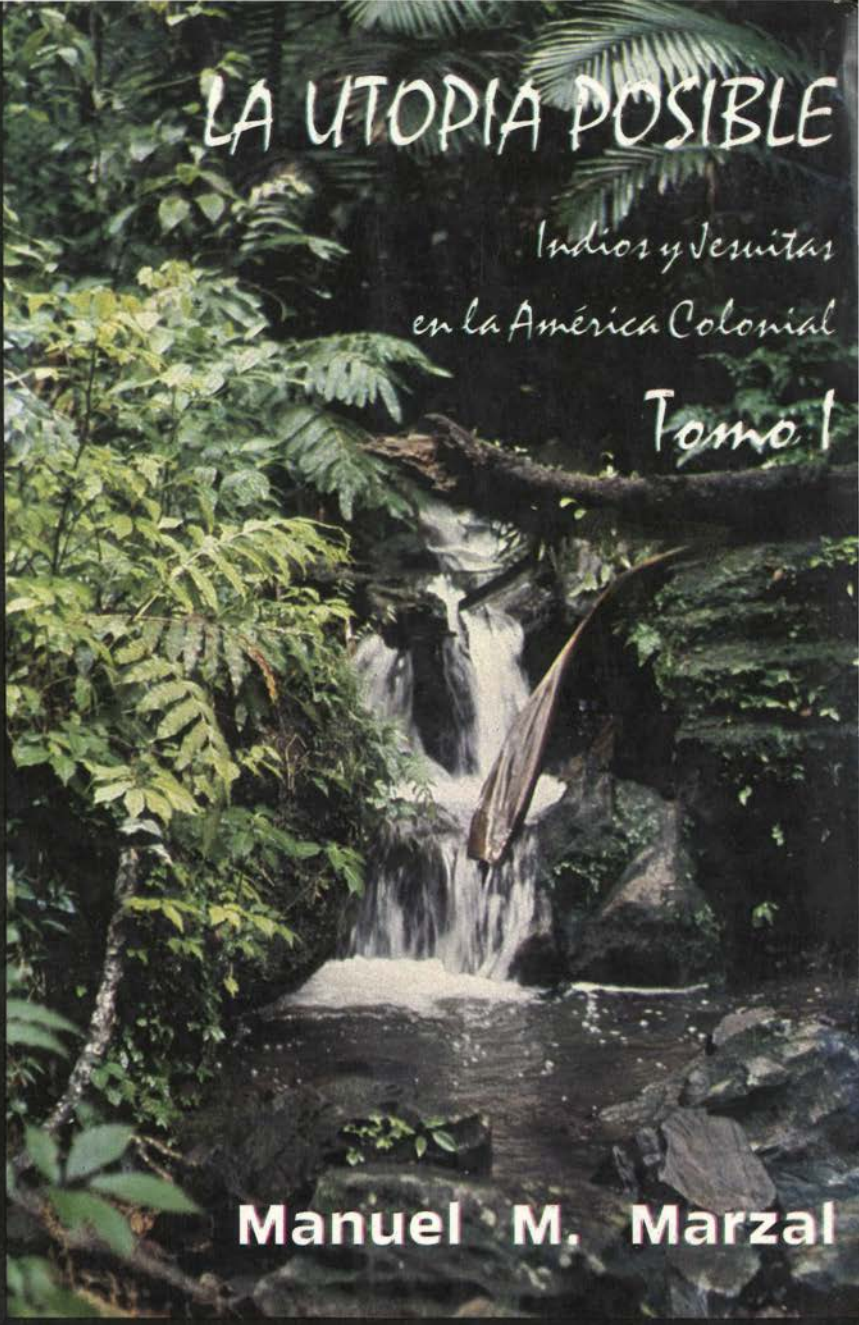
LA UTOPIA POSIBLE

Indios y Jesuitas en la América Colonial

Tomo I



Manuel M. Marzal

AMERICA: 500 AÑOS

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1992

500 años

En este V Centenario de la llegada de los europeos a América es útil estudiar los procesos sociales que contribuyeron a formar lo que hoy somos. Uno de tales procesos es la empresa misionera jesuítica, cuyo prototipo son las reducciones del Paraguay. Esta obra es una antología de los libros de los misioneros-cronistas sobre las sociedades indígenas y sobre la organización de sus misiones, escritos en pleno trabajo o durante el exilio. La antología de dos tomos presenta en el capítulo 1.° la crónica jesuítica, en los ocho siguientes a los cronistas de Brasil, Perú, Paraguay, Nuevo Reino, Chile, Quito, Nueva España y Nueva Francia, y en el último analiza si los jesuitas en la evangelización respetaron las culturas indígenas, promovieron una alternativa frente a la colonia y descubrieron al indio como otro.

Manuel M. Marzal, S.J., es antropólogo social y desde 1968 profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Autor de varios libros, algunos de los cuales han sido reeditados fuera del país y traducidos a otras lenguas. Publicó en la última década *La transformación religiosa peruana* (1983), *El sincretismo iberoamericano* (1985), *Los caminos religiosos de los inmigrantes de la gran Lima* (1988) y *El rostro indio de Dios* (1991). El autor rinde en este libro un homenaje a los jesuitas, que "construyeron en el laberinto colonial una de las utopías de la historia y la legaron a la posteridad en sus escritos del exilio imperdonable: una utopía para su época, una utopía entre los pobres, una utopía sin asesinatos, una utopía basada en el cambio del corazón por la fuerza del cristianismo, una utopía que supo conjugar la tecnología, la organización, la educación, el poder y la libertad. Una utopía, en fin, que quizás sea la única *utopía posible*".

Manuel M. Marzal

LA UTOPIA POSIBLE

Indios y jesuitas en la América colonial (1549-1767)

Tomo I. Brasil, Perú, Paraguay y Nuevo Reino

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1992

Primera edición, marzo de 1992

Cubierta: Sandra Negro

La Utopía Posible. M. Marzal

Copy right © 1992 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima 100, Perú. Telfs. 626390 y 622540, Anexo 220

Derechos reservados

Prohibida su reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

Impreso en el Perú - Printed in Peru

A Ignacio de Loyola,
en el V Centenario de su nacimiento,
cuyo carisma fue el motor para que
los misioneros de la Compañía de Jesús
construyeran la **utopía posible**.

A los misioneros jesuitas cronistas,
cuya lectura reposada
en este semestre de investigación
ha reforzado mi admiración y compromiso
con los pueblos indígenas
y con esta América de todas las sangres.

CONTENIDO

Prefacio 13

Capítulo I. Los jesuitas y las misiones americanas 15

1. La nueva orden y el nuevo mundo 17
2. La crónica jesuítica 22
3. Antología y V Centenario 29
Bibliografía del capítulo I 37

Capítulo II. Las misiones de la provincia del Brasil 39

1. Panorama histórico de las misiones brasileñas: 41
1.1 Período fundacional (1549-1652), ... 42
1.2 Período de grandes conflictos (1653-1684). 47
1.3 Período de acomodación (1685-1759) 50

2. Los misioneros cronistas del Brasil: 53
2.1 Manuel da Nóbrega (1517-1570): 53
I. De la tierras y gentes del Brasil (1549), ... 57
II. ¿Puede uno venderse a sí mismo como esclavo? (1567). 62

2.2 José de Anchieta (1534-1597): 71
I. Anchieta y Nóbrega, rehenes de los tamoyos (1565), ... 75
II. En la fiesta de Navidad (teatro del siglo XVI). 94

2.3 Fernão Cardim (1549?-1625): 101
I. Etnografía tupí de la fiesta y de la muerte (1584), ... 103
II. Visita a tres aldeas de indios tupís (1584). 112

2.4 Luiz Figueira (1575?-1643): 120
Relación de la misión de Maranhao (1608?), ... 123

2.5 Simão de Vasconcelos (1596?-1671): 138
I. Etnografía religiosa brasileña (1668), ... 140
II. Muerte de Ignacio de Azevedo y 39 compañeros (1570). 150

2.6 Antonio de Vieira (1608-1697): 157
I. Sermón sobre la esclavitud en Marañón (1653), ... 163
II. Reglamento de las aldeas del Marañón (1653?) 171
Bibliografía del capítulo II. 181

Capítulo III. Misiones de la provincia del Perú 183

1. La misión andina. 185

2. Cronistas de la misión andina: 192
2.1 José de Acosta (1540-1600): 192
I. Evangelización y tipos de desarrollo cultural(1588), ... 196
II. Postura pastoral ante mita minera (1588), ... 202
III. Conservar cultura no contraria al evangelio (1588). 206

2.2 Blas Valera (1551-1597) 209
I. Sacrificios y lugares de culto incaico (1595?) 214
II. Conversión de indios peruanos a la fe católica (1595?) 222

2.3 La crónica anónima de 1600: 234
I. Un movimiento mesiánico en Aymaraes (1602), ... 236
II. La doctrina de Juli 25 años después (1602). 242

2.4 Ludovico Bertonio (1557-1625): 248
I. Carta a curas sobre aprendizaje del aymara (1612), ... 251
II. Anotaciones para hablar bien la lengua aymara (1612). 259

2.5 Pablo José de Arriaga (1564-1622): 269
I. Evangelización y resistencia religiosa andina (1621) 271
II. Los medios para desarraigar la idolatría (1621). 281

2.6 Bernabé Cobo (1580-1657): 291
I. Plantas autóctonas: coca, maíz y ají (1653), ... 294
II. Tipología de los indios y origen de éstos (1653). 305

3. La misión de Mojos (1672-1788): 315
3.1 Francisco Xavier Eder (1727-1772): 317
I. De las supersticiones de los indios Mojos (1772?), ... 321
II. Edificios, sociedad y religión de reducciones(1772?) 325
Bibliografía del capítulo III. 340

Capítulo IV. Misiones de la prov. de Paraguay 345

1. La misión guaraní (1609-1767): 348
1.1 Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652): 351
I. Síntesis de la cultura guaraní prehispánica (1639), ... 356
II. La gran transmigración al río Paraná (1631). 360

1.2 Antonio Seep (1655-1733): 369
I. Seep descubre mineral de hierro y fabrica acero(1700), ... 372
II. Una visión de las reducciones en 1714. 377

1.3 José Cardiel (1704-1781): 386
I. Reducciones guaraníes y lengua castellana (1758), ... 389
II. Organización económica de las reducciones (1771). 392

1.4 José Manuel Peramás (1732-1793): 403
I. La música y la danza en las reducciones (1793), ... 407
II. Diario del destierro (1767). 412

2. La misión de Chiquitos: 421
2.1 Juan Patricio Fernández (1667-1733): 422
I. Síntesis etnográfica de los Chiquitos (1726), ... 424
II. Caballero funda pueblo y es muerto por puyzo cas(1711) 432

2.2 Julián Knogler (1717-1772): 440
I. Etnografía chiquitana prejesuítica (1770?), ... 442
II. La ética en las reducciones chiquitanas (1770?). 450

3. La misión del Chaco: 456
3.1 Tomás Falkner (1702-1784): 456
I. Del suelo y productos de la Patagonia (1774), ... 460
II. El sistema religioso de la Patagonia (1774). 470

3.2 Martín Dobrizhoffer (1718-1791): 475
I. De los usos y costumbres de los abipones (1784), ... 477
II. Descubrimiento de los indios mbaevera (1784). 489

3.3 Florián Paucke (1719-1779): 499
I. Habilidad de los indios en trabajos manuales (1779), ... 502
II. Expulsión de Paucke de su reducción (1767). 513

3.4 José Sánchez Labrador (1717-1798): 523
Exploración de ruta entre guaraníes y chiquitos(1766) 526
Bibliografía del capítulo IV. 545

Capitulo V. Misiones de la prov. del Nuevo Reino 553

1. La Misión de los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta. 555

2. Los misioneros cronistas: 557
2.1 Juan Rivero (1681-1736): 557
I. Síntesis etnográfica de la nación achagua (1729?), ... 560
II. Entrada del P.Rivero a los amarizanes (1726). 569

2.2 José Gumilla (1686-1750): 577
I. Método más practicable para la primera entrada (1741), ... 580
II. Costumbres y ritos fúnebres de los sálivas (1741). 589

2.3 Felipe Salvador Gilig (1721-1789): 597
I. Román descubre interconexión OrinocoAmazonas (1744), ... 602
II. De las virtudes de los orinoquenses (1782). 606
Bibliografía del capítulo V. 609

PREFACIO

Este libro pretende ofrecer una antología de las principales obras escritas por los misioneros jesuitas, conocidas de modo general como **crónicas**, sobre las sociedades indígenas americanas y sobre la organización de sus propias misiones. Abarca los dos siglos de trabajo de los jesuitas con los indios de América, desde su llegada al Brasil en 1549 hasta su expulsión o supresión decretada por los gobiernos coloniales de Portugal (1759), Francia (1764) y España (1767). Tal antología, no es una simple reproducción de textos que son de algún modo representativos, aunque ésta ya sería útil por ser muchas de esas crónicas de difícil acceso al lector medio. Se trata de una reproducción de textos, enmarcada en el contexto de la respectiva misión, de la vida del autor y de las características de la obra, y seguida de un análisis global de la misionología jesuítica, en su triple dimensión de evangelización, de promoción humana y de descubrimiento del otro. Tal análisis parte de la obra **De procuranda indorum salute** (1588) de José de Acosta, que fue el gran inspirador de las misiones jesuíticas en la América colonial.

Mi selección se limita a los libros de los misioneros ya publicados. Una buena parte lo fueron durante el período colonial, mientras sus autores estaban en las misiones. Pero otros muchos, después, durante el exilio y, sobre todo, a partir del último tercio del siglo XIX, cuando la institucionalización de la antropología como ciencia social y la organización periódica de los congresos de americanistas dió nuevo valor a las viejas crónicas. No voy a seleccionar documentos no publicados, que se conservan en los archivos de la Compañía de Jesús o en otros archivos privados o públicos, a donde fueron a parar a raíz de la expulsión de los jesuitas y de su temporal supresión como orden religiosa. Esta exclusión de los documentos se debe, no a que piense que éstos no merecen entrar en la antología por ser menos representativos que los libros, sino a la razón más modesta del escaso tiempo de que dispongo para hacer la selección, lo que me obliga a limitar el material seleccionable.

La preparación de esta antología, aunque responda a un interés personal permanente, tiene su pequeña historia. El primer proyecto de la misma lo hice en diciembre de 1989 en Roma, de regreso de mi participación en un congreso en Génova sobre el mito americano, cuando pude pasar dos semanas en la Casa de Escritores de los Jesuitas, sede del Institutum Historicum Societatis Jesu con la mejor biblioteca sobre historia de la orden. Allí pude hacer la primera recopilación de las obras de los misioneros cronistas e intercambiar ideas con historiadores jesuitas.

El trabajo más importante lo hice entre septiembre de 1990 y febrero de 1991, cuando, tras obtener por concurso uno de los «Semestres de estudio e investigación» que otorga periódicamente la Pontificia Universidad Católica del Perú, de cuyo Departamento de Ciencias Sociales soy profesor hace 23 años, pude viajar durante seis meses a Madrid y a Roma, donde se encuentran la casi totalidad de las crónicas de los misioneros coloniales, para leerlas con calma y preparar las respectivas introducciones. En Madrid fui acogido amablemente en la Casa de Escritores de los jesuitas, que dispone de una buena biblioteca. En Roma viví en la Pontificia Universidad Gregoriana, en cuya Facultad de Misionologia ofrecí un seminario sobre «Antropología de la religión en América Latina», mientras trabajaba tanto en su espléndida biblioteca como en la del Institutum Historicum Societatis Jesu.

En esos meses pude consultar mi proyecto con especialistas amigos, de quienes he recibido estímulo y sugerencias. Aun con el riesgo de olvidar algunos nombres, quiero expresarles aquí mi público agradecimiento. A Armando Nieto y Franklin Pease, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, a Miguel León Portilla, de la Universidad Nacional Autónoma de México, a Jan Zseminski, de la Universidad Hebrea de Jerusalem, a Eugenio O'Neill, Hugo Storni y Javier Baptista, del Institutum Historicum Societatis Jesu de Roma, a Borja Medina y Jesús López Gay, de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y a Fermín del Pino, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Es innecesario decir que, a pesar del selecto cuadro de consultados, la selección de los textos, las introducciones históricas de cada misión y de sus misioneros cronistas, y los análisis y generalizaciones sobre la antropología y misionología jesuíticas del período colonial son de mi exclusiva responsabilidad.

La obra tiene diez capítulos en dos volúmenes. Este primer volumen comprende un primer capítulo sobre los jesuitas y las misiones americanas, en el contexto del V Centenario del descubrimiento europeo de América y del nacimiento de San Ignacio de Loyola, y sendos capítulos sobre los misioneros cronistas de las cuatro provincias jesuíticas más antiguas de América del Sur: Brasil, Perú, Paraguay y Nuevo Reino. El segundo volumen comprende sendos capítulos sobre los cronistas de las otras dos provincias de América del Sur, Chile y Quito, y de las dos provincias de América del Norte, Nueva España y Nueva Francia, y un extenso capítulo final sobre la misionología jesuítica.

CAPITULO I.

LOS JESUITAS Y LAS MISIONES AMERICANAS

Como ya dije, una buena antología de la crónica jesuítica de las misiones americanas necesita presentar el contexto de la misma. Por eso, en este primer capítulo debo hablar tanto del panorama geográfico e histórico de las misiones de los jesuitas en América como de las características de la crónica jesuítica. Además, como el libro se escribe con ocasión del V Centenario del descubrimiento europeo de América y de los Centenarios Ignacianos, quiero añadir como visión de fondo mi lectura del V Centenario.

1. La nueva orden y el nuevo mundo

Se ha señalado muchas veces, en la historia del siglo XVI, el papel importante que la nueva orden religiosa de la Compañía de Jesús, fundada en 1540 por San Ignacio de Loyola (1491-1556), iba a cumplir en el nuevo mundo abierto por las naves de Colón. Por otra parte, también se ha dicho muchas veces que la expulsión de los jesuitas de las colonias ibéricas en América tuvo graves consecuencias, tanto para las Iglesias del continente como para los nuevos países a punto de estrenar su autonomía política. Pero tal vinculación entre la nueva orden y el nuevo mundo no fue tan rápida por razones estrictamente temporales.

En efecto, cuando los reyes católicos, a raíz del primer viaje de Colón, envían al Caribe la primera expedición misionera en 1493, Ignacio es apenas un niño en la casa familiar de Loyola. Cuando Hernán Cortés conquista México, Ignacio convalece de su herida en el sitio de Pamplona y, tras un largo proceso de conversión, decide comenzar una vida nueva. Cuando Francisco Pizarro conquista el Perú y en 1535 funda Lima, el grupo de Ignacio y sus seis compañeros están viviendo su primer año de vida comunitaria y uno de ellos, Francisco Javier, marchará como misionero a la India antes de la aprobación del grupo como orden religiosa por el papa Paulo III en 1540. Después de tal aprobación, el número de jesuitas creció mucho y en 1549 la primera expedición de ellos pisaba tierra americana.

Era el portugués Manuel de Nóbrega con cinco jesuítas más, que llegan a Bahía en la armada de Tomé de Sousa, primer gobernador del Brasil. Cuatro años más tarde, en 1553 los 30 jesuitas y las 4 casas del Brasil constituyen la primera **provincia** (división jurídica con cierta autonomía) de la orden en América. Los jesuitas de la nueva provincia se dedicaron pronto, ordinariamente desde sus colegios o residencias en las ciudades, a evangelizar a los indios según el «Régimen de aldeas», establecido en 1548

por Juan III. En dicho régimen se confiaba a los jesuitas no solo la atención espiritual de los indios, sino en cierto modo su gobierno temporal. Esto será causa de inumerables conflictos con los colonos que vivían de la explotación de la mano de obra indígena, especialmente por la oscilante política de la corona portuguesa sobre la esclavitud de los indios. Los mayores conflictos se darán en la región amazónica, cuyas misiones dependían de la nueva Viceprovincia de Maranhão, constituída en 1727.

En la América española las cosas irán más despacio. No solo porque el número de jesuitas seguía siendo bajo, aunque a la muerte del fundador en 1556 rondaban el millar y constituían 12 provincias (Ga. Villoslada 1940:134), sino por la desconfianza inicial de Felipe II. Este prefirió confiar la evangelización americana a las viejas órdenes de los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios, pero acabó pidiendo insistentemente jesuitas para sus dominios. En este cambio influyó sin duda Francisco de Borja, Duque de Gandía, que se hizo jesuita y fue el tercer superior general de la orden entre 1565 y 1572. Por fin, en 1566 llega a la Florida la primera expedición española con Pedro Martínez y otros seis jesuitas; sin embargo, poco después él era abatido por las flechas de los indios, iniciando así una larga cadena de testigos que la orden tendrá en sus misiones americanas; aunque al año siguiente llegó una nueva expedición, el asesinato de más misioneros por los indios y otros problemas hicieron que la misión fuera abandonada (Zubillaga 1941).

El verdadero comienzo de la Compañía en la América española tiene lugar en el Perú, que se convertirá en centro de expansión hacia otras zonas hispánicas del coninente. El 1o. de abril de 1568, después de un viaje de casi cinco meses, llegan a Lima para formar la nueva provincia del Perú, el superior Jerónimo Ruiz del Portillo con otros siete jesuitas, y al año siguiente, llegan otros doce en la misma armada que Francisco de Toledo, nuevo virrey y verdadero organizador del virreinato peruano. En su instrucción a la expedición peruana en marzo de 1567, Borja dió ciertas orientaciones, similares a las que envía el mismo año al provincial de Brasil, que serán, como podrá comprobarse a lo largo de este libro, principios básicos de los misioneros jesuitas: promover una evangelización profunda de los indios, estudiar las culturas indígenas y sus mecanismos de cambio y no poner en peligro la propia vida por un falso celo del martirio:

> «Sea su primer cuidado de los ya hechos cristianos, usando diligencia en conservarlos y ayudarlos en sus ánimas, y después atenderán a la conversión de los demás que no son baptizados, procediendo con prudencia, y no abrazando más de lo que pueden apretar; y así no tengan por cosa expediente discurrir de una en otras partes para

convertir gentes, con las cuales después no puedan tener cuenta...; que la intención de Su Santidad, como a nosotros lo ha dicho, es que no se bapticen más de los que se puedan atender...

Tengan mucha advertencia qué gente es aquella en la que han de aprovechar, qué errores y sectas de gentilidad siguen; qué inclinaciones y vicios tienen; si hay doctos o personas de crédito entre ellos, para que éstos se procuren ganar, como cabezas de los otros; y qué remedios conformes a estas cosas se les puedan y deban aplicar; y, con los de más entendimiento, procure antes con suavidad de palabras y ejemplo de vida aficionarlos al verdadero camino, que por otros rigores.

No se pongan fácilmente en peligro notable de la vida entre gente no conquistada; porque, aunque sea provechoso para ellos el morir en esta demanda del divino servicio muy presto, no sería útil para el bien común, por la mucha falta que hay de obreros para aquella viña, y la dificultad que tendría la Compañía en enviar otros en su lugar...» (MP I:122-123).

Sin embargo, los jesuitas peruanos no aceptaron en seguida, como las demás órdenes religiosas, **misiones estables** entre los indios, por ser éstas simples parroquias o **doctrinas** para indios, ante las que tenían no pocas objecciones que dicutieron largamente en sus Congregaciones Provinciales. Dichas objecciones se reducían a dos: una jurídica, pues, de acuerdo a sus Constituciones, no podían tener parroquias ni otros beneficios eclesiásticos, y otra pastoral, pues la parroquia, con sus cargas para los indios, hacía menos creíble la evangelización a los ojos indígenas[1]. Por eso, comenzaron a

---

1 Tales objecciones las expone largamente Acosta en el **De procuranda indorum salute** (lib. V, cc. XVIII y XIX). Un temprano ejemplo de las mismas es la larga carta que sobre los situación del virreinato envía al confesor del virrey, P. Bartomé Hernández sj, al Presidente del Concejo de Indias (19 abril 1572). La carta refleja, no la exposición sistemática de pros y contras como el tratado de Acosta, sino la narración dramática de cómo la nueva orden tenía que abordar los problemas del nuevo mundo:
"Agora diré lo que toca a una dificultad que acá avemos tenido cerca de emplearnos en los indios aceptando las doctrinas siendo curas suyos, como las aceptan los demás religiosos; y en cuanto a esto, no las aceptamos agora por ser pocos y también por parecernos que no eran conforme a nuestras constituciones. Con todo esto, venido el Virrey, nos rogó que nos encargáramos de una (**Huarochirí**), y por contemplación suya y hasta consultarlo con nuestro padre General, la aceptamos, donde estuvieron siete de los Nuestros casi dos años y trabajaron tanto con ellos andando por sierras gravísimas, que vino a morírsenos un Padre de puro trabajo (**Fernando Sánchez**) y otros muchos enfermaron; y, visto que no hacíamos ningún fruto en ellos, acordamos de dexarlas por las

evangelizar a los indios en sus templos y en **misiones volantes**, conocidas en Europa como misiones populares, desde sus residencias o colegios. Pero, por la reiterada insistencia del Virrey Toledo acabaron aceptando, a modo de prueba y temporalmente, la **doctrina** de Juli entre los indios aymaras de la provincia de Chucuito, a donde llegaron en noviembre de 1576, siendo provincial el P.José de Acosta. Sin embargo, la experiencia duró hasta la expulsión y constituye lo que denomino **Misión andina** de la provincia peruana. Por analogía voy a incluír en ella a todos los jesuitas que evangelizaron de algún modo a los quechuas o aymaras, y que nos han dejado crónicas andinas. Más adelante, resuelto ya el problema jurídicopastoral de la organización de misiones estables del que hablaré más adelante, en 1675 los PP. Pedro Marbán y Cipriano Barace inician la **Misión de Mojos** entre éstos y otros indios del departamento del Beni en la actual Bolivia.

Siguiendo la historia de los jesuitas españoles en América, en 1572, enviados también por Borja, llegan a México y constituyen una nueva provincia con el P.Pedro Sánchez de superior provincial. Llegando más de cuarenta años después de la conquista, los jesuitas mexicanos, con más ra-

---

razones que el Padre, que ésta lleva (**Diego de Bracamonte**), referirá a Vuestra Señoría, y finalmente nos determinamos de dexarlas, porque los indios... no dan lo que están obligados a dar para sustentación de los sacerdotes, si no es compelidos con castigos, y dizen que no vamos a doctrinarlos por servir a Dios, sino por lo que nos dan, y como lo dan compelidos, reciben de mala gana lo que les dezimos y no les aprovecha.

Resta agora satisfacer a la objeción que se podrá poner diziendo que, si no nos encargamos de las doctrinas de los indios, que no seremos útiles ni aprovecharemos a los indios ni descargaremos la real conciencia. A esto respondo que antes seremos más útiles estando libres, porque de esta manera, ultra del fruto que se hace con los españoles, podremos ayudar a los indios con ser coadjutores de los curas, andando por las doctrinas y estando dos meses en una parte y quatro en otra donde hubiera mayor necesidad, a parecer del Prelado, enseñándoles la doctrina christiana y confesando a los que libremente se quisieren confesar con nosotros; y, como nos vean que lo hacemos gratis sin llevarles nada, ni castigándolos, vendrán libremente a confesarse y descubrirán sus conciencias sin temor, porque es una gente tan mísera que es necesario todo esto para atraellos a que descubran sus conciencias. Sin esto, tenemos aquí junto a Lima a cargo un pueblo que se a fundado de indios (**Santiago del Cercado**), en el que tenemos la doctrina y avemos trabajado mucho en la edificación del y deste tenemos cargo y hazemos todo lo necesario gratis sin tener que pedir cosa a los indios, y desta manera nos encargaremos de otros que se fundaren en otros pueblos de españoles donde puedan alimentarse los Nuestros de las limosnas de los españoles y no sea necesario pedir nada a los indios" (MP I: 471-472).

zón que los peruanos, encontraron que el territorio mesoamericano ya estaba dividido en áreas misionales para las otras órdenes religiosas. Por eso, se limitaron a evangelizar a los indios en misiones volantes desde sus colegios y residencias. A este trabajo voy a llamar, por analogía con el caso peruano y aunque en México no hubo ninguna doctrina como Juli, **Misión mesoamericana** de la provincia mexicana, donde ubicaré todas las crónicas jesuíticas sobre culturas mesoamericanas. Sin embargo, en 1589 el P.Gonzalo de Tapia inició la **Misión chichimeca de San Luis de la Paz**, misión que se mantuvo hasta la expulsión de los jesuitas y que fué el primer eslabón de la extensa cadena de misiones fundadas en el NO. de México y el SO. de Estados Unidos.

La tercera provincia de los jesuitas en la América española fue la del Paraguay en 1607. Se extendía por todo el Río de la Plata, incluyendo el territorio de los actuales Paraguay, Argentina, Uruguay, sur de Brasil y noreste de Bolivia. A este region llegaron los jesuitas en 1585 desde el Perú, por la insistencia del obispo de Tucumán ante Felipe II y el P.General Aquaviva, y se establecen en Santiago del Estero. Eran los PP. Francisco de Angulo y Alonso de Barzana; éste último había trabajado en Juli y sabía muchas lenguas indígenas.La llegada de nuevas expediciones de misioneros permitió el establecimiento de las distintas misiones de esta provincia: las famosas **Misiones Guaraníes** en 1609, las **Misiones del Chaco** a partir de 1683 y la **Misión de Chiquitos** en 1692.

Poco después que la del Paraguay, en 1611 se funda la cuarta provincia jesuítica en el Nuevo Reino (Colombia y Venezuela) y, antes de acabar el siglo, en 1693 la quinta en Chile, que incluía territorios actualmente argentinos como la región de Mendoza, y en 1696 la sexta en Quito. Pero en todas esas regiones los jesuitas trabajaban desde fines del siglo XVI procedentes del Perú. Las tres provincias organizaron sus respectivas misiones. El Nuevo Reino tuvo las **Misiones de los Llanos y del Orinoco**, iniciada en 1625, Chile la **Misión de Chiloé** en 1613 y la difícil **Misión de la Araucania** en 1650 y Quito desde 1638 la **Misión del Marañón**, que se extendía por la actual Amazonía peruana hasta bien entrada la Amazonía brasileña que evangelizaban los jesuitas portugueses de San Luiz de Maranhão.

El tercer país católico que estableció misiones en América fue Francia. Hubo una primera misión de los jesuitas de la provincia de Francia en la Acadia entre 1602 y 1616 (Campeau 1967) y la importante **Misión de los hurones e iroqueses**, iniciada en 1634. Además, en ese mismo siglo los jesuitas franceses establecieron misiones en la Guyana y el Caribe francés. Así se completa el panorama de las misiones establecidas por los jesuitas en América.

2. La crónica jesuítica.

Es sabido que la crónica jesuítica por antonomasia era la **carta anua** o sea la relación que el superior de cada casa (colegio o residencia) y provincia de la Compañia debía enviar anualmente al P.General sobre la vida interna, el trabajo pastoral y los sucesos más importantes ocurridos durante el año en la respectiva casa y provincia. Muchas de las cartas anuas, para hacer comprensible al P.General y a su curia de Roma el trabajo pastoral desarrollado en América, tenían extensas descripciones de la **historia natural y moral** de ésta, según la clásica expresión de la época que hizo suya José de Acosta en uno de sus libros más difundidos (1590). Tales descripciones se referían, tanto a la **naturaleza** del nuevo mundo, para lo que partían de ordinario, como también lo hizo Acosta, de los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego) y de los tres reinos (mineral, vegetal y animal), como a las **costumbres** de sus habitantes. En estas descripciones se ponía el énfasis, lógicamente, en los minerales, vegetales y animales autóctonos y en las costumbres extrañas o bárbaras.

Aunque las cartas anuas eran, sobre todo, un medio de comunicación interna para facilitar el gobierno en el régimen centralista propio de la Compañia, en el que todos los superiores provinciales y muchos de los locales son nombrados por el P.General, sin embargo, muchas de ellas comenzaron a ser publicadas total o parcialmente. La razón de su publicación era dar a conocer el trabajo misional de la nueva orden, estimular a los jesuitas de otras provincias con el trabajo de sus hermanos, captar la benevolencia de la jerarquía eclesiástica, de la corte real y de posibles bienhechores en favor de la empresa misional y hasta dar a conocer al gran público la naturaleza y las costumbres del nuevo mundo. Un caso típico de esto son las siete cartas anuas de la Nueva Francia escritas entre 1633 y 1640 por el Paul Le Jeune, de las que hablaré en el cap.IX del libro, que fueron publicadas sistemáticamente en París al año siguiente de ser escritas.

Junto a las cartas anuas, otra forma de crónica jesuítica son las **historias**, que se refieren a períodos mayores y a espacios más amplios. Así pronto se escriben, con frecuencia a base de reproducir o resumir las cartas anuas, historias sistemáticas de una misión o de las misiones de una provincia, como un modo de conservar la memoria de la orden y en vistas a su posible publicación, aunque ésta no se llevó a efecto muchas veces durante el período colonial por diferentes razones.

Sin embargo, en este libro yo tomo la crónica jesuítica en un sentido, por una parte, más restringido y, por otra, más amplio. En sentido más restringido, porque considero material seleccionable para la antología solo

las cartas anuas publicadas y las historias escritas por los mismos misioneros que vivieron y trabajaron en la respectiva misión. Y en sentido más amplio, porque considero material seleccionable todos los libros publicados por los misioneros sobre las sociedades indígenas y sobre el funcionamiento de las misiones. Para hacer más operativo aún este concepto de crónica jesuítica, enumero a continuación los distintos tipos de libros clasificalables:

a) cartas anuas publicadas,
b) historias de misiones escritas por los mismos misioneros,
c) historias naturales y morales de una sociedad indígena o de una región,
d) artes o gramáticas y vocabularios sobre lenguas indígenas,
e) libros relativos al oficio pastoral en lenguas indígenas o no, como rituales, confesionales, catecismos, sermonarios, vidas de Jesús, la Virgen o los santos, etc.
f) memorias de viajes o diarios personales,
g) tratados de práctica médica utilizados en las misiones,
g) «pareceres» o informes de los misioneros sobre la situación y sobre la ética de determinadas instituciones coloniales dirigidos a las autoridades civiles o religiosas.

Debo añadir todavía otras observaciones sobre el material de la antología. Sin duda, no pocos de los libros publicados por los misioneros cambinan dos o más tipos de la citada enumeración. Además, es claro que la naturaleza de algunas de tales obras hace que solo puedan entrar en la antología de modo relativo. Así por ejemplo, por más que la gramática de una lengua indígena sea importante para entender a ésta y a la respectiva cultura, no voy a recoger en la antología un fragmento sobre el modo de conjugar los verbos de dicha lengua; pero, debe recogerse la introducción del misionero lingüista sobre la cultura o la historia de los pueblos que la hablan.

En cuanto a las historias de las misiones escritas por no misioneros, aunque sean autores contemporáneos de los hechos narrados, sólo se utilizarán en la breve introducción histórica sobre las misiones de cada provincia que encabeza cada capítulo, pero no serán material seleccionable para la antología. Con mayor razón, tampoco entrarán en la misma las obras de autores posteriores (historiadores, antropólogos y otros científicos sociales, misionólogos, filósosfos, teólogos, etc.) que sistematizan o interpretan la información proporcionada por la crónica jesuítica. Sin embargo, es evidente que tales obras son un complemento indispensable para analizar mejor lo que fueron las misiones de los jesuitas y, por eso, recojo dichas obras en la bibliografía y me he servido de algunas de ellas en mis análisis del capítulo final.

Una palabra sobre la formación académica de los misioneros cronistas. Naturalmente, ellos, que vivieron antes de la Ilustración, no eran antropólogos, ni historiadores, ni cosmógrafos, ni biólogos, ni naturalistas, ni ejercían ninguna de esas disciplinas que se institucionalizaron y profesionalizaron en Occidente a partir del último tercio del siglo XIX o en pleno siglo XX. Pero tuvieron que hacer mucho de eso y, en ciertos casos, fueron verdaderos precursores. Aunque algunos cronistas tenían una profesión o formación en determinada rama del saber antes de hacerse jesuitas, lo cual aparecerá en la respectiva biografía, la gran mayoría de ellos solo tenían la formación humanista y la filosófico-teológica de la carrera sacerdotal que les dió la Compañia. Tal formación humanista estaba reglamentada en los colegios jesuíticos por la **Ratio Studiorum** y proporcionaba un buen conocimiento de la cultura clásica greco-romana, que, por eso, se convierte en término obligado de comparación en las descripciones de las sociedades americanas; sin duda, este estudio del latín y del griego facilitó a los misioneros el aprendizaje y la composición de gramáticas y diccionarios de lenguas indígenas.

Por otra parte, tal formación filosófico-teológica, institucionalizada por la Iglesia en los seminarios creados por el Concilio de Trento, no pocos de los cuales fueron confiados a la Compañia, se centraba en el escolasticismo aristotélico-tomista, según la propia interpretación de los filósofos y teólogos de la escuela jesuítica. Al respecto, no conviene olvidar que la Compañia, aunque, por su tardío nacimiento como orden religiosa, no tuvo el protagonismo de los dominicos en el planteamiento y análisis de los problemas filosófico-teológicos de la conquista y colonización americana, muchos jesuitas se formaron en los principios éticos de la llamada Escuela de Salamanca y tomaron la posta de su enseñanza en dicha universidad y en otras universidades, como Coimbra, Evora y el Colegio Romano (Baciero 1988), como se verá después. Pero, tampoco conviene olvidar que la Compañia que, frente al humanismo del Renacimiento tuvo una actitud muy abierta y llegó a convertir a sus colegios en importantes centros de formación de la Europa moderna, frente a la Ilustración no fue tan lúcida y tuvo una actitud defensiva y excesivamente conservadora.

Tal era el clima intelectual que respiraban los jesuitas que, a lo largo de dos siglos, marcharon a sus misiones americanas. Pero, debe tenerse en cuenta también su calidad humana promedio, porque la Compañia, además de la larga formación académica y espiritual exigida a todos sus miembros, hizo una cuidadosa selección de sus misioneros por la dureza y soledad de su trabajo. Tal selección se extendió más allá de las provincias jesuíticas de las metrópolis. En efecto, cuando a éstas les resultó difícil completar las expediciones, no pocos jesuitas de otras provincias de Europa, cuyos países

tenían buenas relaciones políticas con la península (alemanes, italianos, austriacos, polacos, checos, etc.), marcharon a las misiones, a veces después de haberlo solicitado insisténtemente a los superiores, lo que era una garantía más para su dedicación al trabajo.

Volviendo a la crónica misma, merece un lugar especial la **crónica del exilio**. Es sabido que, hablando en general, las crónicas americanas son muy abundantes en el primer siglo colonial y van desapareciendo después,salvo en aquellas regiones marginales donde se establecían nuevas misiones. La razón de este hecho es que el indio dejó de ser noticia, que la conquista de los imperios azteca e inca, que lógicamente fueron el tema del mayor número de crónicas, estaba consumada y que la gran ola expansiva de la conquista había llegado a la orilla. En cambio, en la crónica jesuítica el siglo XVIII es el más rico, lo cual se debe sobre todo al exilio. Cuando cientos de misioneros en pleno rendimiento intelectual, privados repentinamente de su trabajo de siempre, llegaron por fin al exilio (es cierto que una quinta parte de los como 2500 jesuítas hispanoamericanos desterrados se murió en el camino) y comenzaron su nueva vida con una modesta pensión del gobierno español, muchos de ellos se pusieron a escribir su experiencia americana.

Había en los misioneros muchas razones de distinto tipo para consagrarse a esta literatura del exilio. En primer lugar, de tipo institucional, pues había que defender a la Compañia de los ataques y calumnias de que era blanco en la creciente tormenta que acabó con su supresión en 1773 por el papa Clemente XIV y porque había que conservar la memoria de la metodología misional con la esperanza de que algún día pudiera comenzarse de nuevo. En segundo lugar, razones de tipo apostólico frente al gran debate de la Ilustración.Es sabido que ésta, en su reflexión sobre el hombre y en su crítica de las instituciones del antiguo régimen, presentaba el tema del **hombre natural**, desprovisto de todo condicionamiento de la educación y de las costumbres, lo que un siglo después Tylor (1871) y la naciente antropologogía científica llamarán cultura, y en esta presentación era muy útil el material de las sociedades americanas estudiadas por los misioneros. Batllori en su libro sobre **La cultura hispanoitaliana de los jesuitas expulsos** (1966), al referirse al impacto que tuvo en Italia la presencia de varios millares de jesuitas expulsados de los dominios de José I de Portugal y Carlos III de España, dice:

> «No es que ellos iniciasen aquí la curiosidad americanista: Il **cristianesimo felice**, que los padres Contucci, Lagomarsini y Orosz inspiraron a Muratori, data de 1743 (Venezia); y ya antes de la llegada de aquellos exiliados se habían divulgado en Italia las obras

> americanistas de la Ilustración: la **Histoire naturelle** de Buffon, el **Essai sur les moeurs** de Voltaire, por ejemplo; y también las dos obras centrales de la controversia europea sobre América, las **Recherches philosophiques sur les Américains** del holandés Cornelius de Pauw (Berlín 1768-69) y la **Histoire philosophique et politique des établissements et du comerce des Européens dans les deux Indes** del abate Francois Raynal (Amsterdam 1770), son anteriores a 1773, fecha de la supresión de a Compañía de Jesús y principio del período más floreciente para la cultura de aquellos exiliados que se insertan de modo tan admirable en el mundo italiano del Setecientos» (1966:579-80)

Sin duda estas obras fueron un estímulo para que tomaran la pluma muchos exjesuitas americanos, procedentes ya de las misiones o ya de las universidades. Así se verá al analizar los motivos para escribir o el contenido de la obra de bastantes cronistas que desfilan por estas páginas. Quizás los dos principales interlocutores de esta crónica jesuítica del exilio sean Pauw y Raynal. El holandés Cornelio de Pauw (1739-1799) hizo casi toda la carrera eclesiástica sin llegar a ordenarse; tenía ideas liberales que expuso en cuatro ensayos de historia social o **Recherches philosophiques** sobre los egipcios y chinos, sobre los griegos, sobre los antiguos germanos y sobre los americanos. El francés Francisco Raynal (1713-1796), exjesuita, vicario de San Sulpicio y más tarde afiliado al enciclopedismo, expuso sus ideas liberales en numerosos ensayos históricos, filosóficos y literarios con la firma de Abbé Raynal. Su obra más famosa es la **Histoire** citada por Batllori. Este añade a las dos obras citadas la **History of America** (Londres 1777) de William Robertson y resume su contenido y el estímulo que supusieron para la crónica jesuítica del exilio con estas palabras:

> «Estas, en conclusión, desvalorizaban la obra colonizadora de España y Portugal, la labor evangélica de los jesuitas, la naturaleza misma del nuevo continente y las cualidades humanas de las razas indígenas. Y precisamente contra estas cuatro posiciones o tesis,surgieron cuatro grupos de obras antitéticas: 1) las reivindicadoras de la colonización hispanoportuguesa en América, 2) las apologéticas de las obra realizada por la Compañia de Jesús, 3) las poéticas y científicas, exaltando el paisaje del nuevo mundo, y 4) las históricas, etnográficas y lingüísticas sobre América en general y sobre el hombre primitivo americano en particular» (1966:581)

Luego Batllori hace una buena síntesis de la crónica del exilio (1966:589-590). Pero, volviendo a las razones que se tuvieron para escribirla, las había también de tipo personal. Los misioneros expulsos tenían que encontrar una tarea útil para llenar la soledad del destierro y para alimentar la propia

nostalgia por la ausencia del mundo que habían hecho suyo y, en fin, tenían que buscar formas de compensar la pérdida del valor adquisitivo de la pensión regia y una posible era conseguir la nueva pensión que el erario regio otorgaba a los exiliados que escribían sobre temas de España o de su empresa colonial americana.[2]

Sin duda, algunas de las motivaciones y, sobre todo, las condiciones en que debió escribirse la crónica del exilio cuestionan su objetividad total. Es cierto que ni la nostalgia ni la apología favorecen la objetividad y, por eso, se cuestiona tanto al Inca Garcilaso, que, en la sexta década de su vida en la lejana Córdoba, escribió una utopía retrospectiva del Tawantinsuyu, como a Las Casas que, por defender a los indios de la inicua explotación de colonial, los idealizó y dijo cosas exageradas o falsas. También es cierto que la imposibilidad de recorrer de nuevo la región que se describe o la dificultad de consultar archivos y bibliotecas, tenían que restar veracidad a determinadas afirmaciones de la crónica del exilio. Por todo esto, los misioneros desterrados eran muy conscientes de ciertas limitaciones de sus escritos y dedicaban parte de los prólogos de sus obras a explicar sus motivos para escribir y el valor de sus fuentes de información, como se verá en la presentación de cada autor.

A modo de síntesis de la crónica jesuítica, presento un cuadro sobre el número de cronistas del volumen I, según el país de origen y según el año de muerte, clasificados en cinco períodos de medio siglo (XVI-2, XVII-1, XVII-2, XVIII-1 y XVIII-2). Los 25 cronistas de las 4 provincias de este volumen (se ha descartado el número 26, el autor de la **Crónica Anónima de 1600**) pertenecen a seis países distintos (Alemania, España, Inglaterra, Italia, Perú y Portugal), aunque en Alemania se han incluído a 4 misioneros germanos de lengua y cultura alemana, que en realidad nacieron en territorios que hoy son de Checoslovaquia (2) y de Italia y Polonia (1):

---

2 Así lo afirma Miguel Batllori en **La cultura hispano–italiana de los jesuitas expulsos: españoles–hispanoamericanos–filipinos (1767-1814)**, Madrid, 1966, Gredos, al hablar de José Nicolás Azara. Este, por una parte, "desde que en 1765 se trasladó a Roma con el cargo de agente general de la embajada, se manifestó como uno de los más acérrimos enemigos de los jesuitas, cuya supresión por Clemente XIV negoció activamente en 1773". Pero, por otra, como la pensión que otorgó Carlos III a los expulsos en 1767 "resultaba cada vez más insuficiente, los escritores de cierta altura, ya publicasen obras directamente sobre España, ya libros generales que hiciesen honor a la literatura española, hallaban siempre en Azara al hombre bien dispuesto para informar favorablemente a Madrid a fin de obtener una segunda o una tercera pensión real por méritos literarios" (1966:21–22).

Cuadro 1. **Cronistas de Brasil, Perú, Paraguay y Nuevo Reino según lugar de nacimiento y año de muerte.**

País	XVI-2	XVII-1	XVII-2	XVIII-1	XVIII-2	Total
1. España	3	1	1	3	3	11
2. Portugal	1	2	2	–	–	5
3. Alemania	–	–	–	1	3	4
4. Perú	1	–	1	–	–	2
5. Italia	–	1	–	–	1	2
6. Inglaterra	–	–	–	–	1	1
	5	4	4	4	8	25

Como se ve, España aporta el mayor número de cronistas con el 44 %, seguida de Portugal (20%), Alemania (16%), Italia y Perú (8%) e Inglaterra (4%). Por año de muerte del cronista,hay una cierta estabilidad en todo el tiempo, menos en la segunda mitad del XVIII por el peso de la crónica del exilio.

Para cerrar este apartado, quiero referirme a los textos seleccionados. Es una antología de indios y de jesuitas. Interesa poner en contacto al lector tanto con la originalidad cultural de las sociedades indígenas precolombinas, como con la transformación cultural promovida por la utopía jesuística. Sobre el número, he optado por elegir de ordinario dos textos para tener una visión más completa de la respectiva crónica, a pesar de que tal opción me ha obligado a hacer una antología de dos vólumenes. Más difícil fue optar por un criterio de selección de los textos. Tal opción hubiera sido muy fácil si la meta de la antología hubiera sido más modesta. Por ejemplo, presentar el funcionamiento de las reducciones en las distintas misiones o las creencias y ritos fúnebres prehispánicos de las etnias de cada misión. Pero, teniendo la antología la ambicioso meta de presentar tanto el habitat y la cultura de las sociedades indígenas de las misiones como la organización, evolución, logros y fracasos de dichas misiones, el único criterio posible es asegurar la visión de conjunto de indios y misiones con una combinación de textos, unos más descriptivos y otros más analíticos, hecha con gran libertad. Para ello, he tenido que sacrificar bellos textos de una crónica que podía cubrir varios colores del espectro para dar cabida a textos menos bellos de crónicas más monocromáticas.

Esta selección de los textos no ha sido resultado de seminarios para discutir con calma el contenido de cada crónica, aunque en 1991 dediqué a la crónica jesuítica las prácticas de mi curso de Pensamiento Antropológico 3 con estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, sino de mi lectura personal, apresurada y no siempre completa de

las mismas, durante el semestre de investigación y durante el semestre siguiente en el que inicié la redacción de este libro, todo lo cual da a la selección excesiva subjetividad. Por eso, el resultado lo presento como instrumento de trabajo y como punto de partida, que espero que mejore en una nueva edición de este libro.

Una última obervación sobre la transcripción de los textos. Aunque es muy aconsejable transcribir los textos tal como aparecen en las ediciones originales, lo que permite que sean aprovechados por especialistas con intereses diferentes a los del autor, por ejemplo los lingüistas, sin embargo muchas veces he modernizado la grafía y he tenido libertad para la puntuación, a fin de facilitar la lectura. Más aún, con esta misma finalidad he introducido en el texto divisiones y subtítulos numerados y subrayados que no existen en el original, los cuales van entre paréntesis para evitar cualquier confusión.

3. Antología y V Centenario.

El mundo ha ingrasado en el V Centenario del descubrimiento español del Nuevo Mundo. Es sabido que tal V Centenario, la interpretación del hecho que conmemora y las expresiones rituales para conmemorarlo,se han convertido en centro de polémica. Aun los que piensan que tal centenario debe recordarse, discuten con pasión el modo de designarlo.Esta discusión depende, naturalmente, del juicio global que se haga de lo que ocurrió en América a partir de aquel 12 de octubre de 1492,cuando Cristobal Colón pisó por vez primera la tierra americana y tomó posesión de la misma en nombre de España.Sin pretender ser exhaustivo, pienso que se puede hablar de cuatro posturas, basadas en cuatro interpretaciones sobre el descubrimiento y la conquista, que llevan a cuatro maneras diferentes de conmemorarlos.

1) La primera postura está representada por quienes hablan de un **descubrimiento civilizatorio**. Para ellos, el mundo era el viejo mundo y el continente que apareció ante los tres caravelas de Colón, al que se le denominó Indias por creerlo el otro extremo del viejo mundo, estaba poblado por seres primitivos a los que había que civilizar y por paganos a los que había que evangelizar. Por eso, los defensores de tal interpretación juzgan que el V Centenario debe recordarse con **ritos celebratorios** con el mismo entusiasmo y optimismo con que debió celebrarse el IV Centenario, cuando casi todos los países iberoamericanos se habían independizado.

Sin quitar ningún mérito subjetivo a la visión y audacia de Colón y de

sus compañeros de viaje en tan frágiles caravelas, ni a los Reyes Católicos que no dudaron en apoyar la empresa, creo que esta postura olvida con gran facilidad el enorme costo de explotación y etnocidio de dicho proceso civilizatorio, denunciado tan tempranamente por Las Casas y los discípulos de la Escuela de Salamanca. Y olvida también que hoy, a raiz de los millones de muertos de las guerras del siglo XX y del fracaso de ciertos procesos civilizatorios de Europa, impuestos también con gran costo de vidas humanas y con detrimento de ciertas dimensiones profundas de la condición humana, no se piensa de la civilización lo mismo que pensaban los hombres del siglo XIX. Estos, fieles hijos de la Ilustración, hablaban de la historia, que estaba por fin en manos de los hombres, como de un proceso unilineal que había superado las etapas del salvajismo y de la barbarie, para ingresar a la meta de la civilización. Hoy se tiene una visión más multilineal del desarrollo de la historia y más crítica sobre lo que es verdadera civilización.

2) La segunda postura está representada por quienes hablan de un **desencuentro de mundos**. Y en esa postura, unos, más o menos apoyados en la teoría sicoanalítica, hablan de un desencuentro **fundante**, producto del trauma inicial de la conquista, que debió afectar a los indios, al ser brutalmente conquistados por aquellos españoles recién llegados, sobre todo por el carácter casi divino que a éstos atribuían viejas profecías indígenas. Un ejemplo del origen de dicho trauma puede verse en la crónica de Cieza de León sobre el encuentro entre Atahualpa y Pizarro en Cajamarca. Durante el encuentro Fray Vicente Valverde anuncia el evangelio, presentando al inca no una biblia, sino su breviario; Atahualpa, al no comprender el gesto, se limita a arrojar el libro al suelo, actitud que es mal interpretada por el dominico, que se dirige a Pizarro para que arremetan contra el inca. Este trauma inicial sería parte del inconsciente colectivo del pueblo y explicaría cierta inseguridad básica que parece afectar al mundo popular andino. Pero hay otros que hablan de un desencuentro **permanente**, debido a la larga explotación de los indios en los servicios personales, sobre todo en la mita minera, palanca de la economía colonial, y en los repartos mercantiles. Ambos desencuentros, el fundante y el permanente, son sin duda aplicables a la población negra, sometida a una dura esclavitud, cuya supresión llegó mucho más tarde que la independencia de los respectivos países.

Sin embargo, los que tienen esta postura parecen olvidar que difícilmente tuvieron ese trauma de la conquita los pueblos indígenas que, sintiéndose oprimidos por aztecas e incas, como los tlaxcaltecas en México y los huancas en el Perú, colaboraron con Cortés y Pizarro contra el enemigo común y lograron ciertas ventajas en la sociedad colonial. Y olvidan también que, a pesar de los desencuentros religiosos iniciales, la mayoría de los indios aceptó el critianismo, aun conservando ciertas formas sincréticas de

sus tradiciones religiosas. Para los que tienen esta postura sobre el V Centenario, en éste no hay nada que recordar, ni celebrar. A lo sumo piensan en alguna forma de reconciliación condenando el pasado en algún **rito penitencial**. En esta línea hasta se ha insinuado gestos como el de que algún representante del gobierno español pida públicamente perdón a los indios en el cerro de Potosí, escenario de la terrible mita minera.

Tal postura de condena del pasado, que se está convirtiendo en punto obligado de la agenda en las reuniones que tienen en América y en Europa, los historiadores, los antropólogos y aun los teólogos, me resulta, a pesar de su valor de catarsis ritual colectiva, poco procedente. No solo por cierta prescripción que parece imponerse con el tiempo, sino porque, ante la explotación colonial, el creciente mestizaje hace difícil señalar la raya entre la América indígena «explotada» y la España «explotadora».Dicha postura me resulta, además, estéril, con sabor al «bautismo por los muertos» que practican los mormones, cuya base bíblica niegan todas las Iglesias cristianas. Yo creo que hay que dejar que los muertos entierren a los muertos y que, en vísperas del V Centenario, mucho más fecundo que condenar el pasado colonial es exigir que las relaciones económicas y políticas del presente sean más justas. No solo en nombre de la equidad ante un mundo que Dios ha hecho para todos,sino en nombre de nuestra cultura común y de todo el camino que hemos recorrido juntos.

3) La tercera postura está representada por quienes hablan de **genocidio y etnocidio**. Es cierto que la conquista ibérica trajo consigo la muerte de millones de indígenas a causa de las guerras, la explotación colonial, la destrucción de los ecosistemas y, sobre todo, de las grandes epidemias, resultado de la llegada de gérmenes patógenos ante los que los indios no tenían defensa. Y también es cierto que el etnocentrismo europeo, destruyó muchas culturas en nombre de su proceso civilizatorio, olvidando grandes relizaciones culturales de las altas culturas, como México-Tenochtitlán o el Tawantinsuyu. La misma Iglesia, depositaria del mensaje y de la salvación de Jesús para todos los pueblos, a pesar de sus esfuerzos de adaptación misionera, no supo, debido a los condicionamientos teológicos y pastorales de la época, hacer una verdadera inculturación del evangelio en los pueblos indígenas y destruyó muchos valores religiosos autóctonos.

Por todo esto, quienes sostienen esta postura creen que ante el V Centenario hay que hacer una contracelebración expresada en **ritos contestarios**. En un reciente congreso de los pueblos indígenas en Suecia, al tomar la palabra Luis Yañez, presidente del Instituto de Cooperación Internacional de España para hablar de la posición española en la empresa americana, muchos abandonaron la sala en señal de protesta. No me ex-

trañaría que en los práximos meses seamos testigos de ocupaciones simbólicas de embajadas y consulados de España en los países de sus antiguas colonias. Tal postura la tienen, sobre todo, ciertas organizaciones indígenas, que han surgido en gran número, a raíz del relativo fracaso del indigenismo promovido por los Estados nacionales de América después del 1er. Congreso Indigenista de Páztcuaro en 1940, y que disponen de buenos fondos internacionales para organizar sus periódicos encuentros.

Sin duda, tales organizaciones tienen el mérito de agrupar a las etnias y hacer que los gobiernos del continente y la opinión pública mundial tomen conciencia de los nuevos genocidios y etnocidios que los pueblos autóctonos enfrentan ante nuevos conquistadores que llegan a sus territorios. Pero dichas organizaciones, que agrupan sobre todo a las etnias de la hoya amazónica y de las reservas indias norteamericanas y que representan a solo una parte de la población que, por su lengua o por su cultura, suele considerarse indígena, no pueden sentirse los únicos herederos legítimos de los indios que encontró Colón. Ni pueden oponerse a que la población mestiza mayoritaria, por cuyas venas corre también sangre india, o a que otros emigrantes, procedentes de todos los puntos cardinales del planeta, que emigraron al suelo americano, como dichas minorías lo hicieron también un día, quieran conmemorar una fecha significativa para una tierra que sienten propia.

4) La cuarta postura está representada por aquellos que, fijándose más en los resultados que en las formas del hecho, hablan de un **encuentro de mundos**. Para ellos, en América, a partir de 1492 hubo sin duda distintas formas de desencuentro, explotación y etnocidio y las sigue habiendo entre la minoría de origen más «europeo», que en muchos países tiene el poder político y económico,y grandes sectores de origen más «indígena». Así sucede con las etnias marginales de la Amazonía o de las «reservas indias» de los Estados Unidos,con muchos campesinos que conservan su lengua indígena y otros rasgos de la cultura autóctona, original o recreada, en los países que fueron sede de las «altas culturas» andina o mesoamericana, y con los llamados «indios de la ciudad», que mantienen rasgos de su cultura indígena en el mundo urbano al que tuvieron que emigrar. Sin embargo, a pesar de esta persistencia indígena, el principal resultado del **encuentro de mundos** fue la formación de una población mestiza, racial y culturalmente hablando, que es hoy mayoritaria en el continente iberoamericano y que lo hace a éste diferente con relación a otras partes del mundo que fueron colonizadas por países europeos no ibéricos.

Quizás la mejor expresión de esta postura sea la inscripción grabada en la Plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México, donde se levantan

una pirámide azteca, un templo católico de los primeros franciscanos y la moderna sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Dicha inscripción es: «13 de agosto de 1521. Heroicamente defendida por Cuauhtemoc, cayó Tenoctitlán en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo, ni derrota, fue el nacimiento doloroso de un pueblo mestizo, que es el México de hoy». Pero tal nacimiento del pueblo mestizo y todo lo ocurrido en América y en España a partir de 1492, puesto que si España logró «hispanizar» a América, ésta también «americanizó» a España, debe ser mejor conocido y analizado. Y la conmemoración del V Centenario debe traducirse en **ritos de mutuo reconocimiento** (no en el sentido de agradecer, sino en el de volver a conocer o tomar conciencia del patrimonio común) y en **ritos de intercambio** en los distintos campos de la actividad social, económica y política entre pueblos soberanos, que,lleguen o no a formar algún día una gran comunidad, han quedado de algún modo unidos para siempre por la estela que dejaron las naves de Colón.

Es sabido que el mestizaje racial fué resultado, tanto de la importancia que el matrimonio ha tenido siempre para establecer alianzas entre los grupos humanos, como del relativo fracaso del proyecto político oficial de «un reino con dos repúblicas», separadas y de algún modo autónomas, de españoles e indios, que caracterizó a la organización de las colonias hispánicas. El mestizaje cultural fué producto del mestizaje racial, de la permanente interacción, muchas veces conflictiva, entre ambos pueblos y del proceso evangelizador, que acabó transformando el mundo religioso de la mayoría de los indios y haciendo del catolicismo popular un ingrediente básico de la identidad iberoamericana.

Sin embargo, el mestizaje no debe tomarse como el gran mito de la unidad, que sirva para legitimar lo grandes desniveles económicos y políticos entre los dos extremos del espectro racial iberoamericano, sino que deben tenerse en cuenta las complejas circunstancias en que se dió y se sigue dando. Es sabido que el Inca Garcilaso se autoproclamaba con orgullo **mestizo**: «A los hijos de español y de india o de indio y española –escribe–, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él»(1943,II:278-79). Sin embargo, el Inca siente necesidad de añadir: «aunque en Indias, si a uno de ellos le dice: 'sois un mestizo' o 'es un mestizo', lo toman por menosprecio». Ya entonces se pasa del mestizaje como orgullo al mestizaje como insulto. Y no hay que olvidar que el mestizaje de Garcialso unía a las dos elites de la conquista y que, debajo del mismo, pudo haber cierta dosis de estrategia política. Pero, a lo largo de la colonia, hubo otros mestizajes más comunes.

En primer lugar, el que se dió a raiz de primeros contactos entre indios y españoles, cuando hubo no pocos casos en que los indios ofrecían en matrimonio a los colonos recién llegados a sus propias hijas o hermanas como una manera de hacer alianzas estables con ellos. Es sabido que a los PP. José Anchieta y Manuel de Nóbrega, al llegar al territorio de los **tamoyos** de Brasil, y a otros misioneros jesuitas se les ofreció jóvenes indias, que ellos naturalmente no aceptaron después de tratar de explicarles el sentido del celibato cristiano. En segundo lugar, hubo también mestizaje que era producto no del amor sino de la violencia sexual, como el que denuncia en su **Nueva crónica y buen gobierno** (1615?) el indio cronista peruano Guaman Poma, aunque él no lo denuncie tanto para hacer crítica social cuanto para expresar que ambos mundos eran irreconciliables. Y en tercer lugar, el número de matrimonios interétnicos debió aumentar, a pesar de la clasificación de «casta» que tenía cada persona en su partida de bautismo, a medida que la población fue más indiferenciada racialmente. Este mestizaje generalizado se expresa en el dicho popular peruano: «el que no tiene algo de **inga** (indio) lo tiene de **mandinga** (negro)». En esta situación se cruza más fácilmente la barrera racial en el matrimonio, por la misma dificultad de conocer el mestizaje real de la pareja, aunque dicha barrera puede sobrevivir en la «raza social», es decir en la ubicación socioeconómica de la pareja en una sociedad de clases.

Esta complejidad del mito del mestizaje es una dificultad para separar sus elememtos positivos abiertos de sus elementos negativos encubiertos.Tal sucede con ciertas normas constitutivas del nuevo orden legal que dieron los libertadores a raiz de la independencia, como, por ejemplo, el «desde hoy en el Perú ya no habrá indios, ni españoles, sino solo peruanos» de José de San Martín el 27 de agosto de 1821. Tal decreto era sin duda una copia de la ideología liberal vigente, una estrategia para superar el conflicto colonial de las «dos repúblicas» de españoles y de indios y una máscara para que los criollos siguieran usufructuando las ventajas del régimen colonial en la naciente patria, más que una asunción adulta de la doble raíz cultural, indígena e hispánica, que heredaba el nuevo pueblo soberano. Y después de casi dos siglos de independencia, muchos pueblos de la Iberoamérica de «todas las sangres», según la feliz expresión de José María Arguedas, símbolo él mismo de un fecundo mestizaje, conservan sutiles formas de discriminación étnica, a pesar del barro común del patrimonio cultural mestizo para amasar su propia identidad.

Aunque cada una de las cuatro posturas expuestas tenga su propia lógica y no les falte su parte de verdad, la que más me convence personalmente, por explicar mejor mayor número de hechos, y la que parece imponerse en un consenso mayoritario es la última. La expresión «encuentro

de mundos» ha acabado siendo aceptada por los gobiernos a ambos lados del Atlántico. Si es cierto que, para los iberoamericanos, en 1992, debido a que el descubrimiento se convirtió en una conquista, no hay nada que celebrar, como nunca debió haberlo en las guerras de conquista ni siquiera por los vencedores, sí hay que conmemorar el nacimiento del nuevo mundo. A diferencia de otros procesos coloniales que apenas dejaron huellas de su paso, el proceso colonial ibérico produjo un **mundo mestizo de todas las sangres**. Esta conmemoración debe hacer reflexionar a la Europa comunitaria de población blanca envejecida y decreciente, que se ha convertido en la «tierra prometida» de iberoamericanos, musulmanes y negros, muchos de los cuales se limitan a devolver cortésmente la visita de los europeos, y que no parece encontrar una forma adecuada para integrar los bloques tan heterogéneos de población que viven hoy dentro de sus fronteras.

Y debe hacer reflexionar, sobre todo, a los países ibéricos e iberoamericanos. A España y Portugal, integrados plenamente desde 1993 en la Europa comunitaria, porque no pueden olvidar su realidad de puente entre los dos mundos. A los países iberoamericanos, porque el nacimiento de pueblos mestizos necesita, con mayor razón que el de pueblos menos complejos, profundizar en las raíces de su pasado, para analizar mejor su presente y planificar mejor su futuro. Pero la reflexión debe hacerse también en el mundo iberoamericano como un todo. Es sabido que, a partir del V Centenario,ya están programadas varias cumbres de sus jefes de estado (1991 México, 1992 España, 1993 Brasil, etc.). Aquel gran foro y, sobre todo, las distintas reuniones técnicas y políticas que lo precedan o lo sigan pueden ser una gran oportunidad para el futuro del mundo iberoamericano, aunque a la hora de recordar nuestra deuda externa no se quiera contabilizar la plata de Potosí o Guanajuato.

No es posible presentar aquí los **ritos de reconocimiento e intercambio** de España con los países hispanoamericanos para conmemorar el encuentro de mundos. Tales ritos de reencuentro entre las personas, en el libro, en la noticia, en el patrimonio artístico y en las clases dirigentes, los presenté en la revista **Anthropologica** (1991, no. 9), publicada por el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde expuse ya esta interpretación del V Centenario. Pero quizás sea útil referirse, a modo de ejemplo, al **encuentro de las personas**. El 1o. de enero de 1993, al terminar el año conmemorativo del quinto centenario, la Europa comunitaria ingresa en la etapa definitiva de su unidad y se dispone a cerrar sus fronteras a la inmigración de América latina y aún a exigir visas de turismo a los ciudadanos de los países del continente, donde España, Portugal, Francia y otros países comunitarios encontraron siempre las puertas abiertas. No está de más recordar que, cuando Vitoria pronunció en

1539 su célebre lección en la Universidad de Salamanca sobre los títulos de España para la conquista, a pesar de su conocida postura crítica con la mayoría de ellos, nunca negó el derecho de los españoles para el libre tránsito por América, derecho que ahora una Europa comunitaria sin memoria quiere negar a los iberoamericanos. Aunque los complejos problemas del narcotráfico y del desempleo en los países comunitarios exijan cierto control en la condición turística de los iberoamericanos que viajen a la Europa comunitaria, pienso que para el mismo no hace falta exigir la visa, que resulta odiosa y puede considerarse un insulto a la historia.

Esta interpretación del V Centenario como encuentro de mundos sirve de fondo a esta antología, que presenta la modelación cultural de los indios en las misiones jesuíticas, conservando muchos elementos de la propia identidad. Pero, la fecha del V Centenario ha movilizado también a la Iglesia, que recuerda los cinco siglos de evangelización del continente con una 4a. Conferencia Episcopal de América Latina, que tendrá lugar en Santo Domingo en 1992. De ella se esperan frutos pastorales y una toma de conciencia de la unidad cultural y religiosa latinoamericana tan profunda, como los que se produjeron a raíz de las Conferencias de Medellín (1968) y de Puebla (1979). En dicha evangelización jugó un papel importante la Compañía de Jesús, al establecer, a lo largo y ancho del mundo indígena, una extensa red de misiones. De éstas la más importante fue quizás la del Paraguay, que ha llegado recientemente hasta el gran público a través de la bella película de Roland Joffe, **La misión**, con la excelente actuación de Robert de Niro y Jeremy Iron. Es cierto que la película interesaba, no sólo por la reconstrucción histórica de la guerra guaranítica (conflicto que aparece en el capítulo 4 de esta antología), sino también porque ofrecía una lectura de problemas actuales del laberinto latinoamericano y del papel de ciertos sectores de la Iglesia inspirtados en la teología de la liberación.

En esa red de misiones jesuíticas se practicó una misionología bastante similar, que se debía a la común inspiración en la obra de José de Acosta, **De procuranda indorum salute** (1588), uno de los tratados pastorales de mayor influjo en la evangelización del continente y el primer libro escrito por un jesuita en América. La misionología similar se debía también al destinatario, pues la Compañía, por llegar a América cuando ya los dominicos, franciscanos, agustinos y mercedarios evangelizaban a los indios de las altas culturas de México y del Perú, trabajó con los pueblos indígenas de menor desarrollo, en los que no era posible emplear los métodos que Ricci y de Nobili usaron en las altas culturas de la China e India. Dicha misionología merece ser conocida, como estímulo para la nueva evangelización que hoy promueve la Iglesia y como homenaje a los jesuitas, cuando éstos celebran los «centenarios ignacianos» que combinan dos fe-

chas: los 450 años de la aprobación pontificia de la Compañía en 1540 y los 500 años del nacimiento de san Ignacio de Loyola en 1491.

En estos centenarios quizás sea justo recordar que los jesuitas construyeron en el laberinto colonial una de las utopías de la historia y la legaron a la posteridad en sus escritos del exilio imperdonable: una utopía para su época, una utopía entre los pobres, una utopía sin asesinatos, una utopía basada en el cambio del corazón por la fuerza del cristianismo, una utopía que supo conjugar la tecnología, la organización, la educación, el poder y la libertad. Una utopía, en fin, que quizás sea la única **utopía posible**.

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO I

ACOSTA, José
1588 **De procuranda indorum salute**, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo 1.**Pacificación y coloniazación**, 1984, tomo 2.**Educación y evangelización**, 1987

BACIERO, Carlos
1988 «La ética en la conquista de América y los primeros jesuitas del Perú», en **Miscelánea Comillas**, Madrid, Pontificia Universidad Comillas, vol.46, pp.129-64

BATLLORI, Miguel
1966 **La cultura hispanoitaliana de los jesuitas expulsos: españoles-hispanoamericanos-filipinos (1767-1814)**, Madrid, Gredos

CAMPEAU, Lucien (editor),
1967 MONUMENTA NOVAE FRANCIAE, I **La première mission d'Acadie (1602-1616)**, Roma-Quebec, Institutum Historicum Societatis Jesu.

EGAÑA, Antonio (editor),
1954 MONUMENTA PERUANA, I, Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu.

GARCIA VILLOSLADA, Ricardo
1941 **Manual de historia de la Compañía de Jesús**, Madrid

GARCILASO el Inca
1609 **Comentarios reales de los Incas**, Buenos Aires, 1943, Emecé, 2 tomos

GUAMAN POMA, Felipe
1615? **Nueva crónica y buen gobierno**, Madrid, 1987, Historia 16, 3 tomos, edic. de John V.Murra, Rolena Adorno y Jorge L.Urioste

SANTOS HERNANDEZ, Angel
1988 «Acción misionera de los jesuitas en la América meridional española» en **Miscelánea Comillas**, Madrid, Pontificia Universidad Comillas, vol.46, pp.43-106

TYLOR, Edward B.
1871 **Cultura primitiva**, Madrid, 1977, Ayuso

ZUBILLAGA, Félix
1941 **La Florida: la misión jesuítica (1566-1572) y la colonización española**, Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu.

CAPITULO II.

LAS MISIONES DE BRASIL

1. Panorama histórico de las misiones brasileñas

Como se vió en el capítulo anterior, los jesuitas llegan a Brasil en 1549 y, cuatro años después, constituyen la provincia brasileña. Su principal tarea es evangelizar a los indios. En 1615 llegan al Estado de Maranhão, donde acaban organizando una floreciente misión, de la que será visitador Antonio Vieira. En 1727 los jesuitas de dicha región se separan de la provincia de Brasil para constituir la viceprovincia del Maranhão, que por su crecimiento iba a convertirse en otra provincia, cuando en 1759 tuvo lugar la expulsión de los jesuitas de Portugal y de sus colonias.

El desarrollo de las misiones jesuíticas no fue fácil, ni uniforme y estuvo marcado, como consecuencia del régimen del «Regio Padroado», por la política del Estado colonial con la población indígena. Sin duda, un Estado que era, al mismo tiempo, misional y colonial entrañaba cierta contradicción, pues debía, por una parte, evangelizar a los indios y, por otra, utilizarlos en propio provecho. Para cumplir esta doble finalidad, el Estado determinó que los indios vivieran en «aldeas» (**aldeias**), que serán la base de la organización social y jurídica. Estos indios libres (**forros**) de las aldeas eran catequizados por clérigos o religiosos y estaban obligados a prestar, al rey o a los moradores de las ciudades, ciertos servicios, cuya regulación y pago estaba determinado por la ley. Pero había también indios **resgatados** o rescatados. El «resgate» era el acto de conseguir como esclavo y para emplearlo en propio provecho a un indio prisionero de otro grupo indígena por medio de compra o trueque, supuestamente para salvarlo de una muerte cierta.

Al llegar los jesuitas, se vinculan pronto con ciertas aldeas, para catequizarlas y para emplear la mano de obra indígena, pues algunos de sus **colegios** tenían el servicio de ciertas aldeas como parte del patrimonio donado por los fundadores. Sin embargo, tal vinculación va a ser diferente, a lo largo de los poco más de dos siglos que duró su actividad misionera en el Brasil, de acuerdo a los vaivenes de la política colonial sobre las aldeas y sobre la libertad indígena. Mercio Pereira Gomes en su libro **Os indios e o Brasil** (1988) hace una buena síntesis de las 20 principales leyes sobre el indio desde el Reglamento de Tomé de Souza (15 de diciembre de 1548) hasta el Directorio de Pombal (3 de mayo de 1757) (1988:69-73). Para los fines de este panorama histórico jesuítico pueden señalarse tres períodos que denomino fundacional, de grandes conflictos y de acomodación.

El período **fundacional**, que abarca como un siglo (1549-1652), se caracteriza por el establecimiento del sistema de «aldeas» y la aparición de los primeros conflictos sobre el «gobierno temporal» de las mismas por los misioneros y sobre la «libertad» de los indios. El período de **grandes conflictos**, que dura más de treinta años (1653-1684), está dominado por la carismática figura de Antonio Vieira, el jesuita que más influyó en la política indigenista de Portugal, y se caracteriza por la multiplicación de los conflictos entre jesuitas y colonos en torno al «gobierno temporal» de las aldeas y a la «libertad» de los indios. El período de **acomodación** (1685-1759) se inicia con una cierta conciliación entre misioneros y colonos, bajo un Estado cada vez más orientado por las ideas de la Ilustración, y termina con el establecimiento de un régimen de misiones «liberal» en 1757 y, dos años después, con la expulsión definitiva de los jesuitas de Portugal y de sus colonias.

1.1 Período fundacional (1549-1652)

Conviene recordar que Portugal, por su escasa población, buscaba en su inmenso imperio colonial, no un territorio donde trasladar el excedente demográfico, sino mano de obra para sus empresas coloniales. En éstas es posible distinguir un ciclo extractivo, un ciclo agrícola y un ciclo minero, que en parte se suceden y, en parte, se superponen en el tiempo. El ciclo minero no se desarrolla hasta el siglo XVIII, lo cual es un punto más de diferencia entre las colonizaciones portuguesa y española, pues ésta, muy pronto, estuvo centrada en la explotación de las minas. Por esto, al hablar del período **fundacional** de las misiones, conviene tener presente la compleja relación de éstas con los indios, el Estado y los colonos. En mi análisis de esta relación sigo mucho a Serafim Leite en su monumental **Historia da Companhia de Jesús no Brasil** (1938-1950), diez volúmenes. de la que es posible extraer la síntesis histórica que sirve de telón de fondo de este capítulo.

Leite escribe que, como los indios estaban en condiciones de inferioridad frente a la cultura occidental de los colonos, el Estado portugués los colocó en una «situación de tutoría, en la que ellos, como menores, eran confiados a una administración y legislación particular, que en el Brasil fué el **Regime das Aldeias**»(VI:227). La primera formulación legal de las «aldeas indígenas» es la **Ordenanza de Juan III en 1548**, dada a Tomé de Sousa, primer gobernador general del Brasil. Allí se parte de que no conviene que los indios recién convertidos sigan viviendo con los demás indios y así se ordena que «vivan juntos, cerca de las poblaciones de dichas Capitanías, para que traten con los cristianos y no con lo gentiles» (Leite, II:43).

Pero, como observa Leite, «esta segregación de los indios cristianos de los no cristianos no se mantuvo mucho tiempo, por inútil, a medida que se fué ampliando la evangelización, pero se convirtió en segregación de los indios con relación a los blancos». Y en seguida añade: «Aquel trato, tan recomendado por el rey, resultaba en la práctica perjudicial para los indios, tanto en su libertad como en su cristianismo» (II:43).

En la década de los 50 el P. Manuel de Nóbrega, uno de los protagonistas de la primera evangelización del Brasil, comenzó a promover las aldeas, que tuvieron un crecimiento espectacular, pues en 1561 solo en Bahía había once, aunque debieron ser restructuradas por distintas razones, como la epidemia y el hambre de 1563-1564. El P.Pero Rodrigues, en su **Vida do Padre José de Anchieta** (1607),otro protagonista de la primera evangelización, sintetiza la experiencia del primer medio siglo de aldeas, señalando cuatro logros o provechos:

> «provecho para los indios, que se civilizan y se salvan; provecho temporal para los portugueses en las guerras contra los extranjeros que temen más las flechas de los indios que los arcabuces de los blancos; provecho contra los negros, de cuya multitud se puede temer que pongan en algún momento en apuros las capitanías; provecho para los colonos, a quienes sirven por un sueldo conforme al reglamento del rey» (citado por Leite II:60).

Como se ve, hay bastante diferencia entre las **aldeias** de la provincia del Brasil y las **reducciones** que, medio siglo más tarde, se establecerán en la provincia vecina del Paraguay, que radica en la mayor relación de las primeras con la sociedad colonial. Es cierto que también los jesuitas del Brasil trataron de lograr, por medio del gobierno temporal que el rey les confiaba, una mayor independencia de los colonos para asegurar la verdadera libertad de los indios.

Pero en el Brasil había en realidad tres clases de aldeas. Leite dice al respecto:

> «Según la legislación y el fin propio de cada aldea, se distinguían tres clases: las de **servicio del colegio**, las de **servicio real** y las de **repartición**. Las del servicio de los Colegios eran para utilidad exclusiva de ellos (complemento de la dotación regia a los mismos colegios para sustento de los misioneros); las del servicio real para actividades de carácter público (salinas y compañías pesqueras); las de repartición, para el servicio de los colonos. Todo de acuerdo a las cláusulas estipuladas en la ley... Con el tiempo prevalecieron las siguientes denominaciones:aldeas de colegio, aldeas del rey o de repatición y

aldeas simplemente o misiones, lejos de las ciudades o villas, sin ninguna de esas cargas, simples núcleos de catequesis para estabilidad de los indios de remotos parajes y guardas avanzadas de civilización» (IV:97).

Aunque en todas estas clases de aldea hicieron a veces labor evangelizadora algunos jesuitas, las aldeas que realmente nos interesan en este panorama histórico, son las aldeas del rey y las aldeas simplemente o misiones, por ser las que confiaba el gobernador general a los jesuitas o a otros misioneros, para que las administrasen en lo espiritual y en lo temporal. Tal administración temporal era mirada con sospecha, por una parte, por el mismo gobierno general de la Compañía, que la juzgaba impropia de religiosos y así prefería que hubiera capitanes laicos para el gobierno temporal y jesuitas para su atención espiritual. Y por otra parte, era mirada con sospecha, sobre todo, por los colonos portugueses, que encontraban en los jesuitas un freno para su explotación de la mano de obra indígena.

La primera sospecha fue disipándose ante la evidencia de que no podía ser de otra manera. En diciembre de 1583 tuvo lugar en Bahía una junta del gobernador,el obispo y tres jesuitas (el visitador, el provincial Anchieta y el rector del colegio), que discutieron los pros y contras del nombramiento de capitanes laicos para las aldeas y juzgaron que era preferible el gobierno temporal de los misioneros. Ante la insistencia en la separación de poderes, hecha en 1597 por el P.General Aquaviva, el nuevo provincial Pero Rodrigues recuerda que los «nativos del Brasil no son como los de la India o Angola con reyes que los gobiernen y no reconocen otros jefes en lo espiritual y temporal que los padres...Si (éstos) no los protegen, para lo cual deben tener verdadera autoridad, ellos son víctimas de los colonos o se huyen para el sertón»(Leite II:68). Lo mismo pensaban la Congregación Provincial de 1604 y el obispo Barradas, que escribe al rey en 1605:

> «Visité las aldeas de los indios que están bajo la administración de los padres de la Compañía en todo el territorio de Bahía y hallé que en doctrina y buenas costumbres hacen mucha ventaja a todos los otros,que están en poder de señores particulares. Porque los padres, movidos por la caridad, lo que pretenden principalmente es el bien común y la salvación de las almas, y los señores particulares, movidos por la codicia y por el propio servicio e interés, se olvidan de la obligación que tienen de enseñarlos y ayudarlos en el camino del cielo. Y porque tengo noticia que le han informado a S.M. que sería bueno someter las aldeas de los indios a capitanes, que las gonbiernen, y a clérigos, que enseñen y administren los

sacramentos,con lo que se pudiera acomodar a algunos de ellos, por la obligación que tengo como pastor de tratar bien a estas ovejas rescatadas con la sangre de Jesucristo, le recuerdo a S.M. que los padres cumplen con la obligación que tienen de enseñarles y defenderles de sus enemigos tanto del alma como del cuerpo y de su libertad, y que los capitanes tratan de su interés. Los clérigos, además de que hay pocos que sepan la lengua indígena para poder catequizar, hay muchos menos que tengan la perfección que se requiere para sacarlos de sus errores y traerlos a la observancia de los mandamientos»(II:69).

Pero, este gobierno temporal era cuestionado sobre todo por los colonos, que no querían encontrar ningún freno en su utilización de la mano de obra indígena, llegando incluso a esclavizar a los indios. No hay que olvidar que ellos se movían dentro de una cierta tradición esclavista. En efecto, el Brasil precolonial admitió, como resultado de las guerras entre las tribus, la existencia de esclavos, que eran empleados como mano de obra, vendidos o comidos en rituales de antropofagia. Y el Brasil colonial admitió la esclavitud como resultado de la guerra justa. Para Leite:

> «el primer acto legal de esclavitud en Brasil estuvo en relación con los **caetés**, en 1562. Estos indios, fingiendo recibir como amigos a los náufragos de una nave, donde iba el obispo Don Pedro Sardinha y otras personalidades, los mataron y los devoraron. Tuvo lugar este asesinato en tiempo del Gobernador Don Duarte da Costa, que no pudo vengar la felonía... Después, en vez de guerra, se dió una ley, por la que toda la generación de caetés se condenaba a la esclavitud en castigo de aquellas muertes. Esta ley vindicativa tuvo general aprobación, incluso de los jesuitas. Se dió, por eso, en términos demasiado amplios, que dió lugar a atropellos. Cuando un colono encontraba a un caeté podía apoderarse de él y marcarlo. Pero muchos caetés estaban ya arrepentidos y convertidos y vivían pacíficamente entre los indios de Bahía en las aldeas de los padres» (II: 197).

A partir de entonces, la historia del Brasil colonial estuvo marcada por las marchas y contramarchas en la legalización de la esclavitud indígena. Al multiplicarse los casos de ésta al amparo de la ley de 1562, los jesuitas y,sobre todo, Nóbrega, como se verá en su biografía, sintieron la necesidad de moverse para que se pusiera algún freno. Y en 1570 el rey Don Sebastián prohibe todos las formas de esclavitud, «salvo la de los cautivos en guerra justa», hecha con licencia del rey o de su gobernador, o «la de los que suelen atacar a los portugueses y a otros indios para comérselos» (II:207). Sin embargo, en seguida hay nuevas presiones de los colonos y, cuatro años después, vuelven a permitirse con cierta amplitud los «rescates» de los indios.

En las décadas siguientes, al unirse las coronas de España y Portugal, a raíz de la muerte del rey don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir (1578), hubo las leyes más contrarias a la esclavitud de los indios. Aunque el monarca español Felipe II, al ser proclamado rey en 1581 por las cortes portuguesas, juró respetar las leyes y costumbres de su nuevo reino, abordó el tema de la mano de obra indígena con la mentalidad vigente en España, que, tras aceptar la esclavitud de los indios en los primeros años del Caribe, la excluyó luego por completo de su marco legal. Por eso, la ley de 1596 establece de nuevo la libertad de los indios y prohibe las entradas en los sertones sin expresa licencia del gobernador y sin la compañía de 2 o 3 jesuitas, cuya misión era convencer a los indios a vivir en contacto con los portugueses y a trabajar en sus haciendas e ingenios con un trabajo libre y remunerado (Leite II:211).

En 1609 el rey Felipe III tuvo una postura más radical y el 30 de julio dió una nueva ley, aboliendo sin más la esclavitud indígena. «Declaro -dice- a todos los indios del Brasil por libres conforme al derecho de su nacimiento natural, así a los ya bautizados.., como a los todavía viven como paganos conforme a sus ritos y ceremonias». Más aún, decretó la libertad de los esclavos existentes: «porque he sido informado que se...cautivó a muchos indios contra las leyes.., mando que todos sean puestos en su libertad.., aunque sus dueños digan que los compraron y que por cautivos fueron juzgados por sentencia, las cuales ventas y sentencias declaro nulas» (Leite V:4-5).

La reacción contra esta ley fue el motín de Bahía de 1610. «Fue tan mal recibida del pueblo y del Concejo de Bahía-cuenta el P.Provincial en una carta al P.General-, que se organizó, contra ella y contra nosotros, a quienes juzgan inspiradores y promotores de la misma, el mayor motín que he visto desde que estoy en Brasil». En la misma carta se narran los detalles del motín y las dos condiciones de los amotinados para aceptar la ley : una, que no se les prive «de los indios legítimamente cautivos conforme a las leyes de los reyes anteriores», y otra, que no se les prive de «los indios libres, que tienen en sus casas y haciendas en régimen de administración». Además,los amotinados daban a entender que los jesuitas, so capa de la ley, querían quitarles a los indios de las casas para llevarlos a sus aldeas (V:5-8). Nótese cómo la carta muestra en toda su crudeza el conflicto entre colonos y jesuitas: los colonos, que sostenían que la colonización del Brasil era inviable sin mano de obra esclava y los jesuitas, que sostenían que la evangelización de los indios era inviable con la esclavitud.

El resultado del conflicto fue, de nuevo, favorable a los colonos. En 1611 se promulgó una nueva ley, que volvía a la de 1570. Leite la resume diciendo: «se confirmaba la libertad de los indios, pero se admitía a los

cautivos en 'guerra justa' o rescatados de la muerte. Se prohibía emprender la guerra a los indios, pero se permitía hacerla, al ser atacados por ellos» (V:8). No hay duda de que la manipulación por los colonos de las condiciones establecidas por la ley mantuvo vigente la esclavitud de los indios, sobre todo a medida que los portugueses fueron penetrando en nuevos territorios indígenas.

1.2 Período de grandes conflictos (1653-1684)

Como ya se dijo, en este período los jesuitas tuvieron sus mayores conflictos sobre la libertad de los indios. El escenario de los mismos son las dos extremos geográficos del Brasil colonial, São Paulo en el sur y Maranhão en el norte. En éste, las ciudades de Belem do Pará y San Luiz do Maranhão se convierten en cabeza de puente de la expansión de Portugal por el Amazonas, que no se limita al territorio portugués al este de la línea del Tratado de Tordesillas, sino que se extiende al territorio español al oeste de dicha línea, haciendo incursiones en la Misión de Mainas de la provincia de Quito, similares a las antiguas y ahora reiteradas de los bandeirantes de São Paulo en las reducciones del Paraguay.

La situación era tan seria que en 1639 el papa Urbano VIII dió el breve «Commissum nobis», recordando el de Paulo III en 1537, «porque entendemos que las causas por las que se expidieron las letras del sobredicho Paulo, nuestro predecesor, duran hoy todavía» y «queriendo reprimir la osadía de hombres impíos que a los indios, a quienes hay que inducir a aceptar la fe de Cristo con todos los oficios de la caridad y mansedumbre cristiana, los apartan de ella con actos de inhumanidad». El documento, que se refería en especial a «los moradores de las provincias de Paraguay, Brasil y Río de la Plata», declaraba que:

> «en adelante nadie ose o se atreva a cautivar a dichos indios, venderlos, comprarlos, cambiarlos, darlos, apartarlos de sus mujeres e hijos, privarlos de sus bienes y haciendas, llevarlos o mandarlos a otros lugares, privarlos de cualquier modo de su libertad, retenerlos en servidumbre y dar, a quien esto haga, consejo, ayuda, favor y cooperación bajo cualquier pretexto y color, o enseñar que esto sea lícito...» (VI:570).

Pero los jesuitas, al llegar al Estado de Maranhão en 1615, según Leite, «no estuvieron encargados oficialmente de la administración de los indios y se encargaban apenas de catequizarlos en las aldeas que visitaban... Con Luiz Figueira iba a comenzar tal administración, de acuerdo a la real cédula

de 1638, pero su naufragio y muerte truncó tal comienzo» (IV:44). El cambio se produjo con la llegada al Maranhão de Vieira. Aunque dejo los detalles de su actuación para su biografía, que presentaré en este mismo capítulo, es necesario recoger aquí las principales leyes sobre el indio en este período. En 1653 se promulgó en la ciudad de San Luis la nueva ley que declaraba la libertad de todos los indios cautivos hasta entonces, lo que ocasionó en la ciudad un motín de los colonos, que exigían la supensión de la ley hasta que ellos pudieran presentar sus puntos de vista en la corte. En esta ocasión Vieira predicó su famoso sermón sobre la libertad de los indios, que pareció convencer al auditorio y que estimuló la celebración de juntas para aplicar la ley. Sin embargo, el rey la revocó por la nueva ley de 17 de octubre de 1653, que autorizaba, una vez más, ciertas formas de cautiverio.

Al regresar de su visita al río Tocantins, Vieira se enteró de esta revocación y se embarcó hacia Lisboa para informar al rey Juan IV, que era gran amigo suyo, sobre lo que pasaba realmente en Maranhão. Así el 9 de abril de 1655 se dió una nueva ley, prohibiendo los rescates o cautiverios de los indios. Pero los colonos reaccionaron del modo más violento, sobre todo después de la muerte de Juan IV, el protector de Vieira. En efecto, en 1661 estalló un gran motín y 32 jesuitas, que trabajaban en 38 aldeas, con Vieira a la cabeza, son desterrados a Lisboa, impidiéndose de hecho la aplicación de la ley. Aunque Vieira fue bien recibido en la corte, sin embargo la subida al trono de Alfonso VI hizo que sus bonos bajaran. El 12 de septiembre de 1663 apareció una nueva ley que restablecía con pequeñas modificaciones la de 1553 y entregaba la administración temporal de las aldeas a capitanes seculares. Todos los misioneros pudieron regresar al Maranhão, menos Vieira, a quien se le desenterró un viejo proceso ante el Tribunal de la Inquisición y se le desterró a Oporto. En realidad nunca más volvió a Maranhão.

Pero, con la subida al trono de Pedro II cambia la situación política. En 1675 Vieira retorna a Lisboa de Roma, donde había ido para promover la causa de Ignacio Acevedo y de sus 39 compañeros, muertos por los hugonotes camino del Brasil, y para tratar su propia causa. Al llegar, encuentra que la corte ha tomado conciencia de que «las aldeas del Maranhão y del Gran Pará, entregadas a capitanes seculares, estaban casi desiertas» (IV:62). Así pudo influir, una vez más, en la promulgación de leyes proindígenas, como la de 1o. de abril de 1680 sobre la libertad de los indios y la de 7 de marzo de 1681, creando la **Junta de Misiones** que debía apoyar el desarrollo de las mismas.

En la ley de 1680 se ordena que, «de aquí en adelante, no se pueda cautivar indio alguno de dicho Estado en ningún caso, ni siquiera en los

exceptuados en dichas leyes, que para ese fin en esta parte revoco.., como si de ellas ... hiciera expresa mención» (IV: 63). Nótese que esta ley se limita a los indios que se cautiven «en adelante», sin tocar el espinoso problema de los ya cautivos y así significa un retroceso con relación a la ley de 1609. En cambio, prohibe la esclavitud en caso de guerra justa, admitida en las leyes anteriores, y ordena que los indios tomados en la guerra sean considerados como los prisioneros en «las guerras de Europa y el gobernador solo los repartirá, como le parezca más conveniente al bien y seguridad del Estado, poniéndolos en aldeas de indios libres católicos, donde se puedan reducir a la fe, servir al mismo Estado y conservarse en libertad» (IV: 63).

Para asegurar la ejecución de esta ley y fortalecer el papel de sus misiones, Vieira consigue otros veinte regios despachos, también de 1o. de abril de 1680. Presento los más significativos: que solo los jesuitas hagan misiones en el sertón (n.7), que las aldeas de indios ya cristianos sean gobernadas solo por los párrocos y por los principales de las etnias sin ningun otro administrador o capitán (n.8), que los jesuitas se encarguen de todas las aldeas de indios ya cristianos, con excepción de las que tenían otros religiosos antes de la venida del obispo (n.9), así como de las que estén sin párroco propio (n.10) y de las recién fundadas(n.11), que haya misiones entre los indios más remotos del Amazonas con padres residentes, que enseñen a cultivar los frutos de la tierra y otros a los indios, para que éstos los vendan a los portugueses a cambio de las cosas necesarias para la vida civil y religiosa de sus aldeas (n.16) y que culaquiera que esclavice a los indios sea apresado y remitido en el primer navío a Portugal para que reciba un castigo ejemplar (n.18).

Entre los despachos el n.2 ordena que «todos los años se introduzcan en el Estado de Maranhão 500 o 600 esclavos negros, para suplir los esclavos que se hacían en el sertón». Así Vieira, que, por su apasionada defensa de la libertad de los indios, ha sido llamado el Las Casas portugués, comete el mismo error que el dominico, aunque con el mismo atenuante que éste, al considerar que los negros eran ya esclavos, mientras que los indios no lo eran. En efecto, Las Casas reconoce en su **Historia** que «alcanzó del rey que para libertad de los indios se concediese a los españoles de estas islas que pudiesen llevar de Castilla negros esclavos. Determinó el Consejo que debía darse licencia para que se pudiesen llevar 4 mil». Y añade que se arrepintió de tal consejo, por «ser tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios.., aunque el suponía que eran justamente captivos» (III, 1965:274-5).

Aunque Vieira, antes de marchar a su nuevo destino de Bahía, donde debía preparar la edición munumental de sus sermones, logró un ordenamiento legal importante para las misiones, la oposición de los colo-

nos continuó. No solo en el Maranhão, sino también en São Paulo, que fueron escenarios de sendos motines en la década de los 80, llegando los jesuitas a plantearse su misma presencia en dichas zonas. El motín de São Paulo estalló en 1682 (Leite VI:310) y el del Maranhão en 1684. Este estalló al principio por el establecimiento de un «estanco» (monopolio estatal) dedicado a la venta de ciertos productos y, por razones poco claras, terminó con una nueva expulsión de los jesuitas (IV:72-85). Un efecto del motín fue que los misioneros, reunidos con su superior, el P.Jodoco Peres, decidieron que éste viajara a la corte para solicitar la disolución de la misión, porque ellos no podían cumplir con su tarea misional y porque era «intolerable vivir en un Estado en el que son expulsados con tanta facilidad, con tanta ofensa de la inmunidad eclesiástica y pérdida de sus bienes, lo que no les sucede entre los herejes...y por no encontrar otra causa de todos estos males que su defensa de los indios injustamente oprimidos» (IV:88).

1.3 Período de acomodación (1685-1759)

Frente a la actitud radical de los misioneros, el procurador de la provincia del Brasil en la corte, P.João Filipe Bettendorff, tuvo una postura más moderada, pensando que no podía llegarse tan lejos. En efecto, Bettendorff, tras varias entrevistas con el rey, obtuvo un nuevo **Regimento das Missões do Estado do Maranhão e GrãoPará** (1o. de diciembre de 1686) (IV:369-375), un despacho o **Alvará sobre os resgates** (28 de abril de 1688) (IV:377-380) y otras leyes, donde se reglamentaba la vida de las misiones en las nuevas circunstancias y con un tono más conciliador. Tales leyes serán el marco legal vigente hasta el Directorio de Pombal de orientación totalmente liberal. Leite hace el siguiente juicio de conjunto de Bettendorff:

> «Dotado de espíritu conciliador e hidalgo, el procurador de las misiones en la corte hizo ciertamente lo que le pareció entonces más útil para el bien general de la Misión... Pero, por las consecuencias, se puede juzgar hoy y quizás dudar de si la Compañía volvió con más autoridad a las misiones y de si ese mismo espíritu de conciliación, quebrantando la primitiva intransigencia de Vieira, no quebró también y debilitó la autoridad de los mismos padres en la represión de los abusos contra las leyes. Pero, aunque se pueda dudar de esto, o incluso aceptarlo, la historia reconoce en concreto que entre abandonar el campo, alternativa de 1684, y volver a él, aunque con estos inconvenientes, la vuelta fue un bien. Este **en concreto** era en la Amazonia la precaria libertad de los indios, que los jesuitas siguieron defendiendo,si no plenamente, al menos del modo posible» (IV: 93-94).

Aunque las leyes promovidas por Bettendorff fueron el marco legal de las misiones hasta las de Pombal, para completar este panorama sobre las misiones y la libertad de los indios, debo referirme a las últimas actuaciones de Vieira en Bahía. Entre 1688-91 fue visitador general del Brasil, aunque exonerado, por su avanzada edad, de hacer personalmente las visitas y así siguió influyendo en la evangelización de los indios. Luego en 1694 toma la pluma para hacer su última defensa escrita de los indios. La ocasión fue la toma de conciencia que el provincial jesuita logró en las autoridades y ciertas personas notables de Sao Paulo, para que ellas, como su santo patrono, «prefiriesen a la cualidad de **Saulistas** la de **Paulistas**, esto es, que de **perseguidores** de indios, entregados al viejo vicio de los cautiverios, se hicieran sus **tutores y curadores**» (VI:326). Fruto de esta toma de conciencia fue un documento de 16 «Dudas que los moradores de la ciudad de São Paulo presentan a S. M. y al Sr. Gobernador General del Estado sobre el modo de observar la justa administración de los indios y cuya resolución se espera» (VI: 328-330). A pesar de su avanzada edad, el 12 de julio de 1694 Vieira escribe su opinión sobre las 16 dudas (VI:330-341), produciendo un texto que merecería ser parte de esta antología.

Esta visión más conciliadora de los misioneros en este período, según Leite, la comparten también otros historiadores no jesuitas. Así Carlos de Araujo Moreyra Neto en su libro **Indios da Amazonía: da maioría a minoría (1750-1850)** (1988), que es sin duda el estudio más completo sobre la evolución de la población indígena brasileña durante el apogeo del liberalismo, sostiene lo siguiente:

> «los jesuitas detentaron, por largo espacio de tiempo, una posición privilegiada en la formulación y ejecución de la política indígenista en los territorios portugueses de América. En el Maranhão en particular tenían el monopolio en la posesión y distribución de la mano de obra indígena, única fuerza de trabajo disponible en la región. Esto les confirió un poder extraordinario, desafiado con frecuencia por la oposición rencorosa de los colonos. Las presiones de éstos culminaron con la expulsión de los jesuitas de Maranhão y de São Paulo en el siglo XVII. Volverían a ambos estados, después de negociar un acuerdo, por el que aflojaban la mano en la administración temporal de los indígenas. Eso significaba una amplia concesión a los intereses esclavistas de los colonos, a despecho de la apasionada oposición de Antonio Vieira. Hay que observar que este cambio de orientación es acompañado, en el plano individual, por una definida alteración en el carácter e intereses de los misioneros envueltos en el proceso. La vocación utópico-misionera de Viera es substituida por el pragmatismo de dos economistas de la Compañía de Jesús: Jorge Benci (autor de

> **Economia cristã dos senhores no goberno dos escravos)** y Juan Antonio Andreoni (autor de **Cultura y opulência do Brasil)**, que formularon las bases de la nueva política» (1988:21-22).

Sin embargo, en el terreno pastoral los jesuitas seguían teniendo mucho peso en la población indígena. Se conserva una «Información para la Junta de Misiones de Lisboa de 1702» con del provincial con el número de indios atendidos por los jesuítas en todo el Brasil, con excepción de Maranhão y Pará. Según dicho informe los jesuitas atendían a 15.450 indios, distribuídos de la siguiente manera: Pernambuco (6.700 en 6 aldeas), Bahía (4.850 en 10 aldeas), Capitanía del Espíritu Santo (1.100 en 2 aldeas), Río de Janeiro (1.800 en 4 aldeas) y São Paulo (1.000 en 1 aldea)(Leite V: 571-73). El documento añade que «en todas estas aldeas asisten padres y en alguna también religiosos estudiantes jóvenes para aprender la lengua, sin la cual no son admitidos a sus estudios de filosofía y son examinados por cuatro examinadores y aprobados o reprobados bajo juramento» (V:572). Además, se da cierta información sobre actividades pastorales, en las que no me detengo, pues se describen con bastante amplitud en varios textos de la antología.

A pesar de cierta reconciliación con los intereses de los colonos, las nuevas dificultades para las misiones jesuíticas surgirán por la creciente difusión de las ideas de la Ilustración.Los grupos dirigentes portugueses estaban cada vez más convencidos de la necesidad de reemplazar el viejo régimen coorporativo y jerárquico por el nuevo régimen individualista e igualitario. Por eso, ya una real provisión de 1727 prohibe el uso de la lengua general y ordena la enseñanza del portugués en los pueblos, según lo recuerda Pereyra Gomes (1988:72). Este autor resume así el largo Directorio de Pombal de 1753:

> «Conjunto de 95 artículos que constituyen el último ordenamiento portugués sobre los indios. Reitera la retirada de los poderes temporal y espiritual de los jesuítas. Concede la libertad a todos los indios. Favorece la entrada de los no indios en las aldeas, incentiva los casamientos mixtos, crea vilas o **lugares** (povoados) de indios y blancos. Nombra directores laicos. Promueve la producción agrícola y establece impuestos. Manda demarcar áreas para los indios. Prohibe la enseñanza de las lenguas indígenas y hace obligatorio el portugués»(1988: 73).

No hace falta dar más detalles sobre el Directorio pombalino, a pesar de que Moreira Neto lo reproduce íntegramente (1988: 165-206) en edición facsimilar y referido justamente a las aldeas de Maranhão y Pará, que era donde el poder y la autonomía jesuíticas habían sido mayores. Tampoco

hace falta analizar las razones que llevaron al poderoso ministro Pombal a expulsar a los jesuitas de todos los territorios portugueses, ni narrar los detalles del destierro, pues ambas cosas son similares a lo que se verá en las misiones españolas.

Pero es importante recordar que, aunque la política de Portugal sobre la esclavitud indígena fué mucho más fluctuante que la de España, pues ésta había decretado desde 1542 la libertad de los indios, hay un cierto paralelimso en el enfoque del grupo ibérico dominante sobre los indios conquistados, a lo largo de un período que es mayor que el de nuestra historia. Desde la conquista ibérica la minoría española y portuguesa desarrolló frente a las mayorías indígenas un triple proceso: **conservar** a los indios como tales en un régimen de separación en aldeas o reducciones, aunque en éstas la autonomía era mayor que en aquéllas; **asimilar** a los indios, convirtiéndolos en ciudadanos de acuerdo a los principios del liberalismo político y económico nacido de la revolución francesa; e **integrar** a los indios, que se resistieron a la asimilación, a la población nacional mestiza, aunque conservando ciertos patrones y rasgos de su cultura indígena, por medio de instituciones creadas con esta finalidad, como el Servicio de Protección a los Indios (SPI y después FUNAI) en el Brasil o los Institutos Indigenistas Nacionales en los países hispánicos.

2. Los misioneros cronistas del Brasil

2.1 MANUEL DA NOBREGA (1517-1570)

Nace en Portugal, aunque no se sabe el lugar donde nació, y muere en Río de Janeiro un 18 de octubre, el mismo día en que cumplía 53 años. Estudia en las universidades de Salamanca y de Coimbra y ya sacerdote entra en la Compañía en 1544. Cinco años después, marcha a Brasil como superior del primer grupo de jesuitas en la flota del primer gobernador Tomé de Souza, estableciéndose en Salvador (Bahia). Nóbrega desempeña, junto con José de Anchieta, un papel decisivo en el nacimiento de la Iglesia y de la sociedad colonial del Brasil, que puede compararse al de José de Acosta en el virreinato peruano. Como hombre de consejo del rey y del gobernador general, debió dictaminar sobre problemas éticos de la colonia, como el de la esclavitud indígena. Como superior y provincial del Brasil desde 1553, debió enfocar la evangelización de los indios con sus peculiares problemas, como su limitado desarrollo religioso, su aparente incapacidad para recibir con libertad y constancia la predicación y su arraigada persistencia en la poliginia y en la antropofagia ritual. De hecho Nóbrega escribió

un **Diálogo sobre a conversão do gentio** (1556-57), que fue importante para una Iglesia, cuyo primer obispo de Bahía Pedro Fernández no se distinguía por su sensibilidad frente a la evangelización de los indios y cuyo primer sínodo diocesano no se celebrará hasta 1707.

Nóbrega, por sus cargos de gobierno y sus sucesivos destinos, fue un incansable viajero y pudo ver la realidad pastoral y social con sus propios ojos. Es considerado fundador de la ciudad de São Paulo. Aunque el origen de la ciudad sea oscuro, Nóbrega llegó a la región en 1554, fue bien acogido por los indios y estableció la **aldeia** de São Paulo de Piratininga, por celebrarse la primera misa el 25 de enero, fiesta de la conversión de San Pablo. En seguida se funda un colegio para educar a los niños indígenas y para utilizarlos como auxiliares en la evangelización de los indios. Pero en 1556 Nóbrega debió marchar a Bahía y, poco a poco, la aldea se deterioró, renaciendo las guerras tribales y hasta casos de antropofagia. Por eso, en 1560 se decidió que los indios de Piratininga acogieran a los portugueses del pueblo de San André y así São Paulo dejó de ser una **aldeia** de indios para constituir una **vila** de portugueses.

Dedicado por completo al gobierno y al trabajo pastoral en una misión llena de problemas urgentes, Nóbrega no pudo estudiar detenidamente las sociedades indígenas, pero fue el primer jesuita y uno de los primeros europeos que escribió sobre los indios brasileños y sobre los cambios que sufrieron con la conquista y la colonización portuguesas. Con razón el historiador brasileño Capistrano de Abreu decía que «la historia del Brasil no podía escribirse antes que la historia de la Compañía de Jesús en Brasil» (Leite II:631).

Además del **Diálogo** ya citado, los escritos de Nóbrega son 33 cartas y 3 breves ensayos, que no se publican hasta más de tres siglos después de su muerte. Así en 1886 aparecen sus **Cartas do Brasil (1549-1560)** (Río de Janeiro, Imprensa Nacional), precedidas de una breve biografría del autor por Antonio Franco, y en 1940 las **Cartas avulsas**[1] en **Nuevas cartas jesuíticas (de Nóbrega a Vieira)** (São Paulo, Brasiliana), con una introducción de Serafim Leite. Este como editor de los cuatro primeros volúmenes de **Monumenta Brasiliae** recoge en ellos todos los escritos de Nóbrega. Sus cartas informan sobre el mundo natural y cultural del Brasil, narran el desarrollo del trabajo misional y contienen con frecuencia consultas o peticiones sobre el mismo. La mayoría de las cartas están dirigidas a personas individuales, como el P.Simón Rodrigues y los nuevos provinciales de Portugal, el Dr. Navarro, su maestro en Coimbra, el rey Juan III, el

1 cartas sueltas.

Cardenal Infante Don Henrique, al Gobernador General, San Ignacio de Loyola y el P.Laínez, su sucesor como general de la orden. Pero hay también cartas colectivas a los jesuitas de Coimbra y de Portugal, destinadas a despertar nuevas vocaciones misioneras. En cuanto a los ensayos, que no difieren por su tamaño de muchas cartas, son un poco más sistemáticos. Sus títulos son «Información de las tierras del Brasil», «Anotaciones de las cosas de Brasil» y «Si un padre puede vender a su hijo y si uno puede venderse a si mismo».

He seleccionado dos textos para la antología. El primero es su apretada «Información de las tierras del Brasil» (1549), que envía, poco después de su llegada, a los jesuitas de Coimbra y de la que se conserva una traducción castellana del original portugués perdido. Aunque en dicho ensayo habla de la magnitud, feracidad, clima y medios de subsistencia de la costa brasileña y hace una pequeña etnografía de sus principales etnias o «castas» (goyanazes, carijós, gaymures, tupeniques y tupinambas), se refiere sobre todo a la religión de los indios. Partiendo de su contenido dogmático mínimo, pues «esta gentilidad a ninguna cosa adora, ni conocen a Dios; solamente a los truenos llaman **Tupana**, que es como quien dice cosa divina. Y así nos no tenemos otro vocablo más conveniente para los traer al conocimiento de Dios que llamarle Padre **Tupana**» (n.3), describe con más amplitud los distintos ritos de «santidad», de adivinación, de trance, de antropofagia y fúnebres, para recoger después las tradiciones indígenas sobre el diluvio y sobre la predicación del apóstol Santo Tomás. También alude a dos dificultades para la evangelización, que los indios «tienen muy pocos vocablos para le poder bien declarar nuestra fe» y que se forman un concepto poco transcendente de Dios (n.8).

El tema de la evangelización lo aborda con mayor amplitud en el ya citado **Diálogo sobre a conversão do gentio** (MB II:317-345). Se trata de un ensayo en forma de diálogo clásico, que puede considerarse el primer escrito literario del Brasil. Tiene cierta similitud con los **Coloquios de la verdad** (1563?), que el sacerdote español Pedro de Quiroga, tras una «muy larga experiencia de muchos años» de trabajo pastoral con los indios peruanos, escribió sobre «las causas e inconvenientes que impiden la doctrina y conversión de los reinos del Perú». En su **Diálogo** Nóbrega presenta el problema de la conversión de los indios, poniendo como interlocutores a dos hermanos jesuitas. El primero, Gonzalo Alvarez, buen conocedor de la lengua tupí, comienza diciendo: «Por demás es trabajar con éstos; son tan bestiales, que no les entra en el corazón cosa de Dios; están tan arraigados en matar y comer, que ninguna otra bienaventuranza saben desear; predicarles es predicar a las piedras del desierto». El otro, Mateo Nugueira, que es el herrero de la misión, confirma esa visión pesimista: «La peor de los indios es que, cuando vienen a mi taller, con un anzuelo, los convertiría a

todos, y con otros, los volvería a desconvertir, porque son inconstantes y no les entra la verdadera fe en el corazón» (II:320).

A lo largo del **Diálogo** y por medio de sus dos personajes, Nóbrega presenta su tesis de que la conversión de los indios es posible. A pesar de ciertos condicionamientos de los mismos contrarios al cristianismo, hay que anunciarles el evangelio con la ayuda de Dios por ser prójimos y hombres verdaderos. Para algunos, el mejor camino para evangelizar es la sujeción, que daría su fruto en la educación de sus hijos y de sus nietos, pero muchas veces ha sido un camino riesgoso. Las almas de los indios han sido creadas por Dios para su gloria, pero han sido víctimas del pecado original, como los demás pueblos de la tierra, que también «adoraban piedras y palos, hacían a los hombres dioses y daban crédito a las hechicerías diabólicas».Y el tener «los romanos y otros pueblos más policía que los indios de Brasil no les vino de un mejor entendimiento natural, sino de una mejor educación y de criarse más políticamente». Esto se confirma, porque en lo que necesitan los indios «muestran mucha sutileza y tienen tan buenas invenciones y tan discretas palabras como todos, y los Padres lo experimentan cada día con sus hijos, los cuales tienen tan buen entendimiento que aventajan a los hijos de los cristianos»(II:335-36).Para esta conversión de los indios hace falta la gracia de Dios, que los misioneros obtienen por una vida santa. Pero, además, la conversión de los indios no sólo es posible, sino que ya hay verdaderos cristianos entre los indios brasileños, lo que Nóbrega confirma con una larga lista de nombres de su propia experiencia pastoral, y habrá muchos más, cuando les llegue la hora de Dios. Así los indios se convertirán, como se convirtieron los romanos, que tenían muchas más dificultades para ser cristianos.

De este modo Nóbrega se adelanta a la clásica tesis de Acosta, que será expuesta en el capítulo diez del segundo volumen, que los indios podían ser verdaderos cristianos e insiste, como Acosta,en el carácter «cultural» y no «natural» de las dificultades. Con todo, Nóbrega era consciente del nivel de civilización de los indios brasileños y, por eso, a la llegada del Gobernador Men de Sá a fines de 1557, vió la posibilidad de una catequesis más eficaz. El 8 de mayo de 1558 escribe una larga carta al P.Miguel de Torres de Lisboa (MB II:445-59), donde sintetiza la pastoral indigenista de los casi dos lustros transcurridos y señala seis puntos que debía establecer la ley para los indios: 1) prohibirles comer carne humana y guerrear sin licencia del gobernador, 2)hacerles tener una sola mujer, 3) vestirse, pues tienen mucho algodón, al menos desde que son cristianos, 4) sacar de entre ellos los hechiceros, 5) mantenerlos en justicia entre sí y para con los cristianos, y 6) hacerlos vivir quietos, sin mudarse para otra parte, a no ser entre los cristianos, y teniendo tierras suficientes y padres de la Compañía que les enseñen el evangelio. Paso ya a transcribir el texto:

I. DE LAS TIERRAS Y GENTES DEL BRASIL (1549)

(1. Extensión, clima y alimentación)

«La información que de estas partes del Brasil les puedo dar, Padres y Hermanos carísimos, es que esta tierra tiene mil leguas de costa, toda poblada de gente que anda aún desnuda, ya sean mujeres u hombres, quitando algunas partes muy lejos de donde estamos, en cuyo lugar las mujeres andan vestidas a manera de gitanas, con ropa de algodón, debido a ser la tierra más fría que ésta. La de aquí es muy templada, de tal manera que en invierno nada es frío ni caliente, y en verano, aunque el clima sea más cálido, se puede bien soportar.No obstante, es tierra muy húmeda, debido a la mucha lluvia que cae, en cualquier tiempo, muy a menudo, por lo cual los árboles y las hierbas están siempre verdes. Por esta causa la tierra es muy fresca.En partes es muy áspera por causa de los montes y de las matas que siempre están verdes.

En ella se dan diferentes frutos que comen los naturales, aunque no son tan buenos como los de allá, los cuales también creo que se darían aquí si se plantasen, porque veo que se dan las uvas, incluso dos veces al año; pero son pocas por causa de las hormigas que hacen daño, ya sea en esto como en otras cosas. Manzanas, naranjas, limones, se dan en gran cantidad,y los higos son tan buenos como los de allá.

El alimento común de la gente de esta tierra es una raíz que llaman **mandioca**, de la cual hacen una harina que todos comen y que también da vino, la cual, mixturada como la harina, hace un pan que puede perfectamente substituir al de trigo. Hay mucho pescado y también muchos mariscos, con lo cual se mantienen los naturales; también hay mucha caza de monte y patos que crían los indios; bueyes, vacas, ovejas, cabras y gallinas se dan también en esta tierra, y de algunas de ellas hay gran cantidad.

(2. Principales etnias o tribus)

Las gentes son de diversas castas, unas se llaman **goyanazes** y otras **carijós**. Esta última es mejor que cualquiera de las que pueblan esta costa. No hace muchos años dos frailes castellanos fueron a evangelizarlos, y tomaron tan a bien su doctrina que ya tienen casa de recogimiento para sus mujeres, como de hermanas, y otras de hombres, como de hermanos. Y esto duró mucho tiempo, hasta que el diablo dirigió hacia allá una nao de salteadores, los cuales cautivaron a muchos de ellos. Trabajamos para re-

coger a los que se llevaron y ya tenemos a algunos para llevarlos a su tierra, a los que acompañarán uno de nuestros padres.

Hay otra clase de gente a la que llaman **gaimarés**; es gente que mora por el monte y no tiene comunicación alguna con los cristianos, por lo que se asustan cuando nos ven, y dicen que somos sus hermanos porque llevamos barba como ellos, cosa que no hacen los otros, antes mejor se rapan hasta las pestañas. Se perforan los labios y las ventanas de las narices y se colocan huesos atravesados, de tal modo que parecen demonios.Y de esta manera hay algunos, principalmente los brujos, que traen todo el rostro lleno de ellos. Estas gentes son como gigantes. Traen un arco muy fuerte en la mano y en la otra un palo muy grande, con lo que se pelean con los contrarios y fácilmente los despedazan, huyen después a los montes y son muy temidos entre todos los otros.

Los que tienen comunicación con nosotros hasta ahora son de dos castas: unos se llaman **topinanquiis**, los otros **topinambás**. Estos tienen casas de palmas muy grandes, y de ellas hay algunas en las que viven 50 indios con sus mujeres e hijos. Duermen en hamacas de algodón, junto al fuego, el que toda la noche tienen prendido, así por causa del frío, ya que andan desnudos, como por miedo a los demonios, que dicen que huyen del fuego. Por eso llevan tizones cuando salen fuera de noche.

(3. **Religión y hechicerías**)

Esta gentilidad ninguna cosa adora ni conoce a Dios: solamente a los truenos llaman **tupane**, que significa como quien dice cosa divina. Y así nosotros no tenemos otro vocablo más conveniente para llevarlos al conocimiento de Dios que llamarle **Pai-tupane**.

Entre ellos se llevan a cabo unas ceremonias de la manera siguiente: de uno a otro año llegan unos hechiceros de tierras muy lejanas, fingiendo traer santidad; y en ocasión de su llegada mandan limpiar los caminos y van a recibirlos con danzas y fiestas, según la costumbre de ellos; y antes que lleguen en el lugar las mujeres, de dos en dos, andan por las casas proclamando públicamente las faltas que hicieron a sus maridos, unas a otras, pidiendo perdón de ellas. En llegando el hechicero con mucha fiesta en el lugar, entra en una casa oscura y coloca una calabaza, que él trae, en forma de figura humana en la parte más conveniente para realizar sus engaños y, mudando su propia voz, imitando la de un niño, se sitúa cerca de la cabeza y les dice que no se esfuercen en trabajar ni vayan a sembrar, puesto que el mantenimiento por sí solo se dará y nunca les faltará que

comer; que la propia comida se les ofrecerá en sus casas y que los azadones irán a cavar, mientras las flechas irán al monte de caza para su señor, las cuales han de matar a muchos de sus contrarios y cautivar a otros tantos para sus ágapes.

También les prometen larga vida y que las ancianas rejuvenecerán, así que pueden dar las hijas a quienes ellas quisieran; y otras cosas semejantes les dicen y prometen, con lo que les engañan, puesto que creen que hay dentro de la cabeza alguna cosa santa y divina que les dice aquello, lo cual creen. Acabando de hablar el hechicero, empiezan a temblar, principalmente las mujeres, con grandes temblores en su cuerpo que parecen endiabladas (como ciertamente están), echándose por tierra, sacando espuma por la boca. El hechicero les persuade que de esta manera les penetra el espíritu de santidad por lo que no deben temer ningún mal. Después le ofrecen gran variedad de cosas, y en las enfermedades de las personas usan también esos brujos muchos engaños y hechicerías. Estos son los peores enemigos que nosotros tenemos, hasta el extremo que algunas veces dan a entender a los dolientes que nosotros les metemos cuchillos, tijeras o cosas parecidas y que con eso los matamos.

(4. Antropofagia, muerte y vida futura)

En sus guerras se aconsejan con ellos, además de los augurios que reciben de ciertas aves. Cuando logran algún prisionero, lo traen con gran algarabía lazado con una cuerda por la garganta, y lo dan por esposo a la hija del principal o cualquier otra a la que quieran contentar, y lo ponen a cebar, como puerco, hasta que lo hayan de matar. Para lo cual juntan todos los de la comarca a ver la fiesta, y un día antes del sacrificio lo lavan cuidadosamente, lo sacan y los amarran a un poste. Seguidamente uno de ellos, muy bien ataviado, se dirige donde él y le hace una plática de sus antepasados, y una vez terminada, el que va a morir le responde, diciendo que los valientes no deben temer la muerte y que él mismo matara a muchos de ellos y que aquí quedan sus parientes para vengarlo, y otras cosas por el estilo. Una vez muerto le cortan primero el dedo pulgar porque con él tiraba sus flechas, y lo demás lo parten a tajadas para comérselo asado y cocido.

Cuando muere alguno de los suyos, le ponen sobre la sepultura platos llenos de viandas y una hamaca, con la que ellos duermen, muy bien lavada. Esto porque creen, según dicen, que después de muertos regresan a comer y descansar sobre la sepultura. Los entierran en unos hoyos redondos y, si son principales, les hacen una choza de palma. No tienen conocimiento

de la gloria ni del infierno, tan sólo dicen que después de morir van a descansar en un buen lugar.

(5. **Etica natural y tradiciones míticas**)

En muchas cosas guardan la ley natural. Ninguna cosa propia tienen que no sea común, y que lo que uno tiene debe partirlo con los otros, especialmente si son cosas de comer, de lo cual no guardan nada para el otro día ni tienen costumbre de atesorar riquezas. Ningún dote entregan a sus hijas para la boda, antes bien son los yernos los que están obligados a servir a sus suegros. Al cristiano que entra en sus casas le dan de comer de lo que tienen y una hamaca lavada donde dormir. Las mujeres permanecen castas a sus maridos.

Tienen memoria del diluvio, aunque falsamente, porque dicen que la tierra se cubrió de agua y una mujer con su marido se treparon a un pino y que, una vez menguadas las aguas, descendieron del mismo y que de éstos proceden todos los hombres y mujeres. Tienen muy pocos vocablos que sirvan para poderles declarar nuestra fe. Pero, con todo, les damos a entender los mejor que podemos y algunas cosas se las explicamos por rodeos. Están muy apegados a las cosas sensuales.Muchas veces me preguntan si Dios tiene cabeza y cuerpo, y mujer; y si come, y de qué se viste y otras cosas semejantes.

Dicen que San Thomé, a quien ellos llaman Zomé, pasó por allí y esto les quedó por dicho de sus antepasados y que sus pisadas dejaron huella cerca de un río, las cuales fui a ver para más certeza y vi con los propios ojos cuatro huellas muy señaladas, con sus dedos, las cuales algunas veces cubre el río cuando crece. Dicen también que, cuando dejó esas pisadas, iba huyendo de los indios que lo querían flechar, y llegando allí, se le abrió el río y pasó por en medio de él a la otra parte sin mojarse. De allí partió para la India. Así mismo cuentan que, cuando los indios lo querían flechar, la flechas se volvían en su contra y las matas le hacían camino por donde pasare; otros cuentan esto como para escarnio. Dicen también que les prometió que había de regresar otra vez a verlos» (**Monumenta Brasiliae I**, 1956:145-154).

Frente a este informe etnográfico de Nóbrega, el segundo texto elegido es mucho más complejo. Es su famoso ensayo o dictamen ético-jurídico sobre: «Si un padre puede vender (como esclavos) a sus hijos y si éste puede venderse a sí mismo» (1567)(MB IV:387-415). Hay que recordar las circunstancias del mismo. La «Mesa da consciencia e Ordens» era un tri-

bunal creado por Juan III sobre asuntos jurídicos, en especial de las órdenes de Cristo, Avis y Santiago y, por la primera de las tres, de los temas éticos propios de las misiones ultramarinas. Dicho tribunal, al analizar el tema de la libertad de los indios, estableció que la esclavitud de los indios sólo podía ser legal por dos causas: la guerra justa y la auto-venta. En 1564 una Junta de Bahía, integrada por el gobernador, el obispo, el provisor y el provincial de los jesuitas, analizó la segunda causa y la limitó a cuando «el padre vendiese a su hijo en caso de gran necesidad, o el propio hijo, mayor de 20 años, se vendiese a sí mismo para participar del precio» y excluyó la venta hecha por otros parientes (Leite II:201). Tal dictamen fue consultado a los PP. Caxa y Nóbrega, cuyas respuestas jurídico-morales constituyen el citado ensayo.

Caxa respondió que la ley de vender a un hijo en caso de necesidad «extrema» puede el rey extenderla al caso de necesidad «grande» y que el hijo mayor de 20 años podía venderse a sí mismo, confirmando en todo la propuesta de la Junta de Bahía. Nóbrega niega ambas cosas, dinstinguiendo entre el hecho jurídico y el fáctico. Sobre el primero (**quid iuris**), juzga que para la venta justa la necesidad tiene que ser extrema y no solo grande y que ésta no se legitima por lo que establece la «Mesa de conciencia», pues ésta no promulga una ley positiva, sino que se limita a declarar la ley natural. Es contra la naturaleza que unos hombres sean dominados por otros y es absurdo decir que la generación de Cam es esclava de las otras por derecho perpetuo.

Sobre el hecho fáctico (**quid facti**), Nóbrega opina que, aunque los hijos de los **Potiguares** vendidos por hambre estén en caso de necesidad extrema, en los demás casos la necesidad no suele ser extrema y que él nunca vió a un padre vender a sus hijos, sino que los indios dicen por miedo lo que otros quieren que digan. Además, la venta de los hijos nunca se practicó en Brasil y el rey debía prohibir su introducción. En cuanto a la autoventa, el modo cómo se hace en Bahía es contrario a lo que piensan los doctores. Aunque el hombre pueda enajenar su libertad para salvar su vida, no lo puede hacer por simple venta. Nóbrega se apoya en los siguientes argumentos: las citas de la biblia del P.Caxa no sirven para este caso, la autoridad de los doctores no es tan cierta, la «Mesa de conciencia» no quería dar una nueva ley y la libertad es de derecho natural y sólo se puede perder por dictamen de la recta razón y no por engaño o tiranía.

Así saca cinco conclusiones o colorarios: 1) No pueden ser esclavos los indios vendidos después de 1560 y, aunque proceder contra los **caetés** por la sentencia de haber matado al obispo sería legal, se extendió la guerra a otros caetés que no tenían la culpa. En todos los «rescatados» en este tiempo

se presume que hay injusticia y los que hablan la lengua del Brasil lo saben bien, porque los indios, dominados por el miedo, son fáciles de engañar. 2) No pueden ser esclavos los de Bahía, cuya hambre se debe a las sinrazones de los cristianos. 3) No pueden ser esclavos los que se escapan a la selva por la tiranía de los cristianos. 4) No pueden ser esclavos los que se huyen de las iglesias, aun después de ser cristianos, viendo que ni los padres los pueden proteger o por querer vivir libres en sus antiguas costumbres. 5) Cometen un error los confesores que absuelven a los que poseen tales esclavos. Paso ya a traducir la parte del texto que se refiere a la autoventa, tarea no fácil por ser lenguaje jurídico en portugués antiguo. Es una réplica al P.Caxa, a quien Nóbrega llama V.R.(Vuestra Reverencia):

II.¿PUEDE UNO VENDERSE A SI MISMO COMO ESCLAVO?(1567)

(1. El modo como se hacen estas ventas se opone a todos los textos y doctores)

«17. En la segunda proposición de si alguien puede venderse a sí mismo, siendo mayor de 20 años, iré hablando sobre lo que se apunta y después resolveré las conclusiones y deducciones, que hacen a nuestro propósito y que ahora están **in contingentia facti** en todo el Brasil.

18. Al presupuesto, que el hombre libre es señor de su libertad, respondo que, ya sea señor de su libertad ya no lo sea, todos los textos y todos doctores son contrarios a la manera como los de Bahía se venden a sí mismos después de ser apresados y que es una de las mayores injusticias del mundo. Y no se apegue tanto a decir lo que afirma Navarro en el cap. 17, n.88[1], que las leyes que mandan que no puede venderse un hombre libre, se entienda siendo compelido, mas que por su libre voluntad podrá, porque, además de que solo Navarro lo dice, esta libre voluntad no se haya en nuestro caso, ni Navarro puede entenderse sino en el caso de que lo que vienen fallando y según las alegaciones que alega, como se verá después; y si uno es señor de su libertad, ni por eso la puede perder sin causa.

Hallará V.R. que todos los textos, doctores y glosas hablan indistintamente, sin poner excepción ni limitación de cuando por su voluntad o contra su voluntad se venden, porque está claro que quien se vende o consiente en ser vendido es por su voluntad, y sin embargo las leyes no lo

1 **Manuale Confessariorum** 424-425.

permiten. Hay ley **Et liberi hominis, licet, De contrahenda emptione**; dice: **Et liberi hominis et loci sacri et religiosi qui haberi non potest, emptio intelligitur, si ab ignorante emitur**[2] Nota el '**qui haberi no potest**'. Item las palabras de **Auth. Ut nullus**, arriba alegado: **Ibi hoc modis omnibus prohibemus.** Item aquel que consiente en su venta para participar del precio, no vale la venta si el comprador sabe ser él libre, como también la frase del capítulo Perlatum apunta en aquellas palabras: **et ut emptor ignoret eius conditionem**, que V.R. no vio bien. Y está claro que habla de quien por su voluntad consiente en venderse, y sin embargo la ley en tal caso no permite la esclavitud.

La frase, con todo lo más que ella y el Panormitano ahí alega en el cap. **Ex rescripto de iure iurando**, yerran indistintamente, lo cual V.R. no debe reprobarse tan fácilmente, pues la más común es con ella, ni Navarro en el Comentario de las usuras, que V.R. alega, dice tan claramente que es lícito venderse uno u otro por esclavo temporal o perpetuo, sino dice sólo que, aunque tuviésemos que uno pueda venderse y hacerse esclavo temporal o perpetuo de otro, por ser lícito según el derecho natural y no estar vedado por el divino o humano, sin embargo ni por eso sería lícito constituir derecho de censo sobre sí quedando libre. Antes se ha de entender lo que aquí dice Navarro conforme a lo que había dicho en el citado cap.17, en el cual no dice que uno tan fácilmente pueda vender su libertad, sino ha de entenderse cuando uno, por no poder pagar lo que debe, se vende; y lo que dice abajo que en Etiopía se venden muchos, ahí alegando a Soto, ha de entenderse en el caso en el que Soto se equivoque, el cual, si bien se pondera, yerra en el caso de salvar la vida con pérdida de libertad; y forzosamente se ha de entender así lo que dice Navarro para que no digamos que se contradice en el cap.23, n.25 y en el cap.24, n.9; porque, querer hacer diferencia de lo que se vende o lo que permite ser vendido sin poner causa de la diversidad, no me parece bien, pues no hay ningún doctor que la ponga, antes todos hacen de eso una misma cosa.

Y el mismo Navarro junta todo en el sobredicho cap. 17, diciendo que se venden a sí mismos o lo consienten; y Soto, para probar que uno puede venderse, alega el texto del que consiente en ser vendido para participar en el precio siendo mayor de 20 años, como por él se verá; y la frase del cap.

---

2 Aunque en este texto aparecen frases incompletas en latín, cuyo significado resulta algo incomprensible, las traduzco de modo literal: Y del hombre libre, aunque, sobre la realización de una compra; y del hombre libre y del lugar sagrado y religioso que no puede hacerse, se entiende la compra, si es hecha por una persona que ignora (la condición del comprado), como se aclara líneas más abajo. Para que nadie, esto allí lo prohibimos de todos modos.

Perlatum, donde dice **maxime cum quinque requirantur ut venditio liberi hominis teneat**[3], no hace ninguna distinción entre el que por si se vende y el que consiente en su venta, antes tratando de aquel texto el que se vende **divortii causa**, dicha frase por el contrario alega lo que las leyes dicen del que consiente ser venido para participar en el precio. Y los señores del tribunal de la conciencia o su capítulo, hablando de los términos en que yerran las leyes de los que dan su consentimiento a ser vendidos por otros, alegan textos del Exodo y Levítico que tratan de los que se venden a sí mismos, mezclando todo por ser una misma cosa y tener una misma razón. Y por tanto, tengo por averiguado querer Navarro solamente restringir las leyes y doctores, que yerran en que un hombre libre no pueda ser esclavo, se entienda salvo habiendo causa justa, como pagar lo que debe u otra causa justa de necesidad extrema, porque entonces no perjudica tanto la ley natural y la razón que mandan conservar la libertad.

(2. El hombre puede enajenarse para salvar su vida, pero no para venderse)

19. Dice más V.R. que, si uno no fuese señor de su libertad, ni en el caso de extrema necesidad de su vida podría enajenarla. Yo diría que, cuando se oponen dos leyes naturales, prevalece la que tiene más fuerza: así la ley natural que manda conservar la vida, prevalece por ser de más altos quilates sobre otra ley natural de conservar la libertad, como al tratar antes de la venta del hijo ya apunté y se puede probar por muchas razones similares que por brevedad no digo. Ni la respuesta, que da regla del derecho, sacada del derecho natural, **non bene pro toto**, etc, es suficiente para decir que hay ventas que según yo digo son lícitas, porque sólo para salvar la vida, que vale más que el oro, o por otra justa causa, o cuando por pena de culpa se perdiese, o por guerra justa, en cuyos casos también la vida se puede perder y no ha de perderse la libertad por precio. Y la interpretación, dada a la regla que se entienda que es tan excelente la libertad que los hombres por ninguna cosa ha de poder dar, etc, por ventura se podría mejor decir que, puesto que la servidumbre repugna al poder que naturalmente se estima tanto, como cosa tan natural y que no tiene precio, no es razonable que sin gran causa se pierda; y parece más conforme a lo que S.Tomás, que V.R. alega, lo que hace poco a su propósito.

Dice más que el lugar del Levítico (25,39) si **necessitate compulsus**,

---

3 Sobre todo cuando son requeridads cinco cosas para que la venta de un hombre libre tenga (lugar).

prueba ser necesario **necessitate extrema** para venderse a sí. Esta autoridad, como la mayoría, no se tema entenderla de la extrema, aunque en todo Aristóteles no haya tal consecuencia; pues, de la misma manera en el caso de la Ley 2a, C. **Qui filios distraxerunt**, no hablando la ley por extrema, todos forzados de razón y ley natural la entienden de ella; y, de la misma manera diciendo que con gran necesidad se puede robar, declárase que ha de ser extrema, como arriba queda dicho: de la misma manera se pueden entender sus leyas, pues hay la misma razón.

Dice aún que no hay derecho natural que tal impida, de lo que me espanto; y parece hacer diferencia entre derecho natural, aquello a lo que la naturaleza inclina, de otro modo, **quia natura non inducit contrarium**, como Santo Tomás, que V.R. alega, dice se entiende, que por eso el derecho no obliga. Deberíase declarar mejor. Santo Tomás dice que **communis omnium possessio et omnium una libertas esse de iure naturali, distinctio vero possesionum et servitus non sunt inducta a natura, sed per hominum rationem ad utilitatem humanae vitae**[4], lo que parece no ayudar nada a este propósito, antes hace contra él, pues se prueba que la libertad es de derecho natural y que la razón de los hombres para provecho de la vida humana puede distinguir los bienes temporales y causar servidumbre; de lo cual al menos tenemos que, cuando la razón para provecho de la vida humana falta, no se puede perder la libertad y perjudicar a la ley natural.

(3. **Se rebaten los argumentos bíblicos y de autoridad**)

20. Las autoridades que V.R. alega me parecen muy débiles. Porque si Rubén se hacía esclavo para librar a Benjamín era digno de alabanza y tenía causas y obligaciones para eso, así por el consuelo de su padre y conservación de su vida, el cual había dicho que, si no lo traían, **deducetis (inquit) canos meos cum merore ad inferos** (Gen 44,29)[5], como por las promesas que dijo que había hecho a su padre. Que esto sea lícito se ve claramente por lo antes dicho.

La autoridad del Exod. 21 y Deut. 15, ya que no contenta la respuesta de otras Anotaciones en que decía que era pena, porque dice que no hay

---

4 Porque la naturaleza no induce lo contrario..., la posesión común de todos y la libertad de todos son de derecho natural, pero la distinción de posesiones y la servidumbre no son inducidas por la naturaleza, sino por causa de los hombres para utilidad de la vida humana.

5 llevaréis, dijo, mis canas con tristeza al sepulcro.

que entenderlo de modo literal, sino moral: si así fuera, pusiera Nicolás de Lira destincto (?) junto con lo moral; mas ya que lo pone donde trata de literal se debe mantener. Y si esto no satisface, digo que la fuerza del amor de la mujer y de los dos hijos, que también es de derecho natural, juntamente con Dios el mandar y el permitir, es una causa justa y suficientísima para que alguien pueda perder y dar su libertad; cuanto más que todas estas autoridades hacen poco al caso, pues no trataron propia y enteramente de los esclavos que nosotros hablamos, como lo dicen Santo Tomás (1a,2ae,q.105,ar.4) y Navarro en la sobredicha repetición de usuras (n.92). Cuanto más siendo leyes judiciales que, como V.R. bien sabe, no tienen vigencia en la ley de gracia, si no volvieron a renovarlas los que tienen poder para eso. Thom. (1a,2ae,q.105, ar.2,arg.8) et Colibet 4o,art.13 dicit: **posterum principium sola praecepta legis naturae quae moralia apellamus iam articulis fidei et sacramentis gratiae contineri legem divinam**[6].

Al capítulo Perlatum 29,q.2a.respondo que el intento del texto no es tratar de si puede ser esclavo o no, ni es esa la cuestión que se pregunta; mas, ya que se hace esclavo de cualquier manera que fuese por tener razón de apartarse de mujer, si ella queda esclava juntamente y si es causa para poderse separar el matrimonio. Y he aquí que podría ser que él, por odio a su mujer y por los deseos de apartarse de ella, buscaría el modo de permanecer como esclavo pareciéndole que así podría apartarse de ella, y pues no había otro modo justo que las leyes permitiesen, sino haciéndose vender por otro participando del precio, lo que podía hacer donde no fuese conocido. Pero, de cualquier manera que fuese, el texto no tiene que ver con esto y así la deducción que V.R.hace, con todo lo demás que dice, parece fuera del caso del texto por quedar su fundamento muy débil. En el cual texto también hallará que la frase pregunta cómo puede un hombre libre hacerse esclavo: **cum quinque requirantur, etc.**, y porque no era materia de aquel texto, dejó todo indeciso.

21. En cuanto a las autoridades de los doctores, ya dije que Soto y Navarro se han de entender en los casos en que hablan y no tan líbremente como V.R. quiere. De Scoto referiré las palabras que hallé referidas en Gabriel (Biel), que es un libro bastante antiguo y dice así: "**Tertia, servitus si debet esse iusta et principatus eius non tiranicus oportet id esse alterum duorum modorum, aut quia aliquis sponte et libere se sic alteri subiecit quae foret utique stulta et fatua cum homo libertatem quam habet a natura sic sponte a se abdicat sine demerito,hoc enim videtur**

6 último principio, solo los preceptos de la ley natural que llamamos morales son contenidos como ley divina en los artículos de fe y sacramentos de gracia.

quodammodo esse contra naturalem legem; atamen, licet multae obligationes ab initio temere, stulte et fatue sunt factae, nihilominus tenent cum facta sunt; exemplum de comprehenso a latrone, qui nisi spondeat se daturum censum privatur vita, hic iniuste angariatur, sed iuste solvit quod promisit'.[7]

Pregunto yo ahora si el ladrón puede llevarse con buena conciencia lo que hace prometer con miedo de muerte? Y si dijese que sí, de la misma manera dirá que con buena conciencia pueden los moradores de Brasil apoderarse de la libertad de los indios que tan **stulte et fatue** la dan, ya que libremente la dieran, pues Scoto compara estos dos casos; y puesto que yo no vi otras opiniones, parece que todos deben seguir más o menos este camino.

22. Lo que digo, para que V.R. no tenga tan ciertas las autoridades que alega en lo que dice, ni la dedución que V.R. quiere sacar, que no es necesario tener 20 años para poderse vender; mas, porque así viene determinado de la Mesa de Conciencia, dice que el derecho humano defiende que no se haga sino de este modo. En lo que parece decir dos cosas: una, que fue ley tal determinación de la Mesa de conciencia, y otra, que, si no existiera esta ley, aunque fuera menor de 20 años podrían venderse.Ambas cosas me parecen sin fundamento, porque decir que los señores de la Conciencia han querido promulgar una ley nueva, no veo ninguna palabra que permita presumirlo, sino solo fallaron como Soto a la letra; y todas me parece (**si fas est dicere**)[8] que se ataron en las alegaciones, como ya apunté en el presupuesto de mi primer Dictamen, que junto con este vuelvo a enviar a V.R.; la otra conclusión parece tal, cual el fundamento sobre el que se apoya.

(4. **Conclusión y corolarios**)

23. Destruído, pues, todo el fundamento de V.R. y resolviendo el

---

7 Tercera, la esclavitud para ser justa y no basada en un principio tiránico, debe originarse de uno de estos dos modos: o porque alguien se someta a otro espontánea y libremente, lo cual sería ciertamente necio y fatuo, abdicando el hombre de modo espontáneo a la libertad recibida de la naturaleza, pues esto parecer ser de cualquier modo contra la ley natural; mas aunque muchas obligaciones son asumidas al principio temeraria, necia y fatuamente, obligan no obstante una vez asumidas; por ejemplo, el que es tomado por un ladrón y privado de su vida, a no ser que prometa entregarse como propiedad, éste es exigido injustamente, pero cumple justamente lo que ha prometido.

8 (si se me permite decirlo)

problema propuesto, digo que, siendo la libertad de derecho natural, no puede perderse sino cuando la razón fundada en la ley natural lo permite; mas cuando se presume que no hay libre voluntad u otro modo de tiranía, o no hay causa justa para venderse, no puede ser esclavo y peca pecado de injusticia y está obligado a restituir; y todos aquellos a cuyas manos viene, tienen la misma obligación,porque como cosa hurtada siempre pasa con su encargo.De tal conclusión saco los siguientes corolarios in **contingentia facti.**

24. El primero, que todos los que se vendieron en Bahía o en la Capitanía del Espíritu Santo a partir de los años 60 o consintieron ser vendidos por sus parientes, no pueden ser esclavos. Me conviene probar este corolario y no iré a preguntar a los 'lenguas' del Brasil, a quien V.R. me remite, porque tales son los que han hecho todo el mal, sino que he de preguntárselo a V.R. y a los demás Padres y Hermanos, que también son lenguas y veían y ven con sus ojos todo lo que se hace: si las llagas que este dolor causó en sus pechos y si las lágrimas que por sus ojos salieron pudieran hablar, bastarían para prueba suficientísima; mas, ya que para con los hombres no hay cosa que baste, vea Dios desde lo alto y ponga remedio a tantos desórdenes.

25. Bien debe saber V.R., pues lo sabe toda la tierra, que desde que el Gobernador Men de Sá sujetó a los indios de la comarca de Bahía y los hizo poner en una vida ordenada, sometiéndolos con toda moderación al yugo de Cristo y desde que abajó la soberbia de los indios de Paragoacu, comenzó luego la tiranía de los injustos cristianos. Y como los indios estaban medrosos y sometidos, tuvieron entrada para robarles y asolar toda la tierra, después de haberles primero tomado las tierras y haberlos arrojado de ella. Y comenzaron después de dada la sentencia contra los Caetés y puesto que ésta duró poco tiempo, ellos la ejecutaron tan bravamente que destruyeron la mayor parte de la comarca de Bahía, haciendo caetés aún a los que no lo eran, los cuales ni su generación tenían culpa de la muerte del obispo, en cuya venganza se dió la tal sentencia y Dios Nuestro Señor permitió tan duro castigo. Después de acabados los caetés, comenzaron a robar y saltear; y para que escaparan de la justicia, tuvieron buen apoyo en saber que se permitía poderse vender con tal de que pasasen de 20 años para participar en el precio; y con hacerles decir por miedo una de dos, o que sus padres los vendieron o que ellos se vendían de su voluntad, escapaban del registro. De los cuales castigos quedaron todos tan sin sosiego, que unos huyeron hacia sus enemigos y muchos de ellos fueron muertos por éstos, otros hacia la selva, otros se dejaron morir de hambre, no teniendo manos para conseguir sus alimentos, donde por esta causa con los que quedaron hambrientos tenían a las manos libertad para usar con ellos de todos sus engaños a su

voluntad, porque antes de este tiempo nunca se vió en toda la costa a uno venderse a sí mismo, ni sus necesidades a eso le obligaron. Y después que esto se practicó en Bahía, se aceptó también en la Capitanía del Espíritu Santo, principalmente con la nación que llamaron de los del Gato por estar más sujetos, en quienes se hicieron y todavía se hacen muchas inhumanidades. Y lo mismo sucede en todos los sitios donde los indios tienen cualquier sujeción u obediencia a los cristianos.

26. Presupuesta esta informción y otra más que se puede aducir, pues todos la conocen, pruebo este corolario de esta manera: debe presumirse que todos los rescatados en este tiempo son mal rescatados por el argumento que nota Navarro en el Comentario de las usuras, nn.87 y 88, tratando de presunción de usura por ponerse censo sobre persona libre y de la presunción de usura cuando una cosa se vende por menos precio con pacto de retroventa si en aquellos casos se presume sin justicia. ¿Quién no ve haber en este nuestro caso mil evidencias para así presumirlo?, es decir, considerada la persecución pasada, el miedo y el temor de los indios, la cualidad de gente tan bárbara y ver que en ninguna otra parte, donde cesaron estas cosas, ninguno se vende a sí mismo, y ver cuantos engaños y modos enseñó la codicia a los hombres de Brasil; y si esto no basta, digan nuestros Padres lenguas ¿con cuántos toparon en las confesiones o fuera de ellas que libremente, sin temor ni otro injusto respeto se hayan vendido?. Y pues solamente en tierra donde los indios están sometidos se venden a sí mismos, hay razón para presumir que tal venta es injusta y por tal condenada, mayormente cuando no hubiese hambre extrema a la que la tiranía no haya dado causa, como abajo se dirá.

27. Hace más en favor de este corolario la razón de la ley, que manda no vale la venta del que consiente en ella para participar en el precio siendo menor de 20 años, la cual razón no puede ser otra sino por presumir que, siendo menor de edad, podrá ser engañado fácilmente. Y como en este caso se tenga experiencia de cuán fáciles sean estos indios para engañarse teniendo sujeción y miedo, justamaente se debe presumir engaño en las tales ventas de si mismos. Favorecen también mucho las palabras de Escoto arriba recogidas: **'Servitus si debet esse iusta et principatus non tiranicus'**, etc. con todo lo más que arriba notábamos de Santo Tomás, a saber, que, cuando falta la razón de provecho de la vida humana, no se puede perder la libertad, con todo lo más arriba dicho.

Y de este corolario infiero que hay que decir lo mismo sobre las ventas que hacen los padres de sus hijos después de ser sometidos, por haber la mima razón de presunción contra estas ventas.

28. **2o. corolario.** Los que en Bahía se vendieron por hambre o ven-

dieron a sus hijos, o consintieron en tales ventas, no pueden ser esclavos, si tal hambre fue producto de la sinrazón sobredicha; pero los que se vendieron en los Pitiguares por hambre sin intervenir engaño, deben tenerse por legítimos esclavos, porque no hay ninguna razón para presumir engaño, pues es notoria su hambre, de la que los cristianos no podían ser causa por no tener a éstos sujeción alguna.

29. **3o. corolario.** Los que, por huir de tal sinrazón, se fueron hacia las selvas y fueron hallados y tomados por aquellos que eran sus enemigos, antes de ser unos y otros sujetos al Gobernador, no pueden ser esclavos legítimos, así por tener ya paz y sujección y reunirse en poblaciones e iglesias para ser ensañados, desistiendo unos y otros de las guerras que antes tenían; como también por ser la tiranía causa de todo su mal, y por consiguiente todos a los que los cristianos habían inducido a los que antes eran sus contrarios que fuesen a asaltarlos, ser injusticia y sinrazón y no pueden ser esclavos.

30. **4o. corolario.** No pueden ser esclavos los que huyeron de las iglesias aun después de ser cristianos, por huir por miedo, viendo que ni los Padres podían valer a muchos, y por huir de la sujeción de la doctrina y por querer vivir libres en sus costumbres pasadas. Ni otrosí pueden ser esclavos los que, por huir a tal sujeción de la doctrina se hacen esclavos de los cristianos, por ver los tales esclavos que sus señores los dejarán vivir en sus antiguas costumbres; ni otrosí los que se hacen esclavos diciendo que los esclavos son temerosos y tienen miedo a los indios de ellos por ser con sus señores juntamente ejecutores de la tiranía y sinrazón pasada y presente, porque estas razones y otras similares no son suficientes para perder uno justamente su libertad; y lo mismo digo de los que se venden movidos por el vicio carnal y pecados que con las esclavas de los cristianos cometen, las cuales sirven de anzuelo para poder cautivar a los pobres indios.

31. **5o. corolario.** Errarían los confesores que absuelvan a los que tales esclavos poseen, si no los ponen en libertad perfecta y les pagan su servicio, arbitrio de buen varón, aunque ellos no sean los que los hayan sometido al mal cautiverio antes les hayan costado su dinero en mano de otros cristianos, pues dice Scoto y también los Señores de la Mesa de Conciencia y todo el Derecho, que lo mal habido va siempre con su encargo. Ni veo razón para excusar a tales confesores con pretexto de ignorancia, ni aun diciendo que lo hacen por orden de su prelado; porque en caso prohibido por ley natural o divina, no veo excusa al menos que excuse toda la culpa; porque así ellos como los penitentes deben y están obligados a saber y examinar bien la manera cómo fueron hechos esclavos aquellos a que compraron, pues por lo general la mayoría son injustamente habidos» (Leite IV:405-415).

2.2 JOSE DE ANCHIETA (1534-97)

Gran misionero de la primera generación junto con Nóbrega y lingüista, nace en La Laguna (Canarias, España) de padre vasco y muere en la aldea de Reritiba (Espíritu Santo, Brasil) con fama de santidad. En 1617 se introdujo su proceso de canonización, que ha culminado, más de tres siglos y medio después, con su beatificación celebrada por Juan Pablo II en su visita al Brasil. Anchieta estaba estudiando en la Universidad de Coimbra, cuando en 1551 ingresó en la Compañía y, dos años después, fué enviado al Brasil. Allí comienza a enseñar latín en Sao Paulo de Piratininga, como escribe el 15 de agosto de 1554 a los jesuitas de Coimbra:

> «En esta aldea de Piratininga donde tenemos una gran escuela de niños, hijos de indios enseñados ya a leer y escribir, y aborrecen mucho las costumbres de sus padres, y algunos saben ayudar a cantar la misa. Estos son nuestra alegría y nuestra consolación, porque sus padres no son muy domables, puesto que sean muy diferentes de las otras aldeas, pues ya no matan, ni comen contrarios... De las maneras de los **Carijós**...y de otras naciones, para las cuales hay ahora abierta entrada, tenemos buenas...nuevas, porque ha venido aquí un principal de estos indios que llaman **Carijós**, que es señor de aquella tierra con muchos criados suyos, y no vino más que a buscarnos para que va(ya)mos a sus tierras a enseñarles. Dícenos siempre que ellos están allá como bestias sin saber las cosas de Dios, y afírmoles...que es buen cristiano y discreto, que ninguna cosa tiene de indio» (MB II:81-82).

En Piratininga Anchieta se consagra al estudio del tupí, lengua sobre la que llega a escribir una gramática y en la que se convierte en el intérprete preferido de Nóbrega, con quien trabaja en la Capitanía de San Vicente. En 1566, tras completar sus estudios en privado por la misma situación de la naciente provincia brasileña, es ordenado sacerdote y al año siguiente es nombrado superior de San Vicente y entre 1577-87 es el provincial del Brasil.

Sus principales escritos, que abarcan un período de cuarenta años, no se publican como conjunto hasta este siglo en la Colección de **Cartas Jesuíticas** de Afranio Peixoto de la Academia Brasileña de Letras, donde habian aparecido ya las cartas de Nóbrega. El tomo III se titula **Cartas, Informacões, Fragmentos Históricos e Sermões do Padre Joseph de Anchieta S.J. (1554-1594)**, Río de Janeiro, 1933. Las cartas e informes hasta 1568 se han publicado también en los cuatro primeros volúmenes de **Monumenta Brasiliae**, cuyo editor es Serafim Leite. Un capítulo aparte son otras dos obras suyas. Su **Arte da gramatica da lingua mais usada no**

Brasil, Coimbra, 1595, Antonio de Mariz, que es la primera gramática tupí que se editó, y sus **Poesias: manuscrito do séc. XVI en portugués, castelhano, latim e tupi**, Sao Paulo, 1954, Comissão IV Centenario da Cidade de São Paulo. Transcricão, traducões e notas de M. de L. de Paula Martins. Esta obra le hace cultor de un género literario menos frecuentado por otros misioneros y autor de piezas de teatro religioso, que tuvieron mucho éxito en las fiestas religiosas indígenas y contribuyeron a su evangelización.

Las cartas, escritas en portugués, castellano o latín, son por su tema bastante similares a las de Nóbrega y algunas de ellas cuentan sucesos de ambos misioneros, lo que se manifiesta en el plural que Anchieta utiliza. En general, contienen una información sistemática sobre la vida y la pastoral de cada comunidad jesuítica y son un comentario fino sobre el desarrollo de tan difícil misión. Para Anchieta, los principales logros de ésta son los bautismos de niños que por la gran mortalidad infantil son «cosecha para el cielo», algunos adultos que acaban haciéndose cristianos, al menos poco antes de su muerte, y los notables casos de virtud de ciertas indias que resisten el desenfreno sexual de la sociedad colonial. En cambio, los fracasos de la misión son la pertinaz oposición de los adultos a bautizarse, la periódica reaparición de la antropofagia ritual y el escaso éxito de las escuelas o internados indígenas. Anchieta reconoce la mala conducta de los exalumnos de Piritininga en carta al P.General Laínez de 1o. de junio de 1560, solo seis años después de haber escrito a los jesuitas de Coimbra que dichos alumnos son «nuestra alegría y nuestra consolación, porque sus padres no son muy domables», por más que juzque que en esto los indios se parecen a otros cristianos:

> «De los muchachos, que luego en el principio fueron enseñados en la escuela en cristianas costumbres, cuya vida cuanto era más diferente de la de sus padres, tanto mayor ocasión daba de loar a Dios y recibir consolación, no querría hacer mención por no refrescar las llagas que parece algún tanto estar ya curadas. De los cuales diré solamente que, como llegaron a los años de pubertad y comenzaron a poder consigo, vinieron a tanta corrupción que tanto sobrepujan agora a sus padres en maldad cuanto antes en bondad; con tanta mayor verguenza y desenfrenamiento se dan a las borracheras y lujurias, cuanto con mayor modestia y obediencia se entregaban antes a las costumbres cristianas y divinas enseñanzas. Trabajamos mucho con ellos por los reducir al camino derecho, ni nos espanta esta mudanza, pues vemos que los mismos cristianos hacen de la misma manera»(MB III:262).

Parece que para Anchieta, como se vió también en Nóbrega, la solución

radical del problema estaba en la previa sujeción de los indios «debajo del yugo, porque para este género de gente no hay mejor predicación que la espada y vara de hierro, en la cual más que en ninguna otra cosa es necesario que se cumpla el 'compellere eos intrare' (Lc 11,49)» (MB III:554).

He elegido para la antología dos textos, que juzgo representativos de la obra de Anchieta. El primero es el núcleo central (nn. 14-24) de su carta en castellano de 8 de enero de 1565 al P.Lainez sobre su permanenecia con Nóbrega entre los indios **tamoyos** como rehén(MB IV:123-170). Es un pasaje muy conocido en las vidàs de ambos misioneros. Para captarlo mejor, hay que recordar el contexto temporal. En la Capitanía de San Vicente los indios tamoyos hacían guerra continua a los portugueses y a sus aliados los **tupis**. Nóbrega decidió negociar una paz permanente con los tamoyos, para lo cual se ofreció como rehén. Para eso, el 12 de abril de 1563, en compañía de su intérprete Anchieta, que todavía no era sacerdote, salen de San Vicente y se dirigen con dos naves a la región tamoya de Iperoig. Son bien acogidos por los indios, cuando visitan sus aldeas y les dicen que van a quedarse «entre ellos y enseñarles las cosas de Dios para que él les diese abundancia de mantenimientos, salud y victoria de sus enemigos y otras cosas semejantes, sin subir más alto, porque esta generación tan fiera sin este escalón no quiere subir al cielo» (IV:126). Pero, según Anchieta, la principal razón de los tamoyos para aceptar la paz,

> «no fué el miedo que tuviesen a los cristianos, a los cuales siempre llevaron de vencida.., ni necesidad que tuviesen de sus cosas, porque los franceses... se las dan en tanta abundancia, así ropas como herramientas, arcabuces y espadas.., mas el deseo grande que tienen de guerrear con sus enemigos los tupis que hasta agora fueron nuestros enemigos y poco ha se levantaron contra nosotros (salvo unos pocos de nuestros discípulos).., de los cuales, porque siempre fueron vencidos y maltratados con favor de los portugueses, querían ahora ellos con el mismo favor ser vencedores y vengarse bien de ellos, matando y comiendo a su voluntad» (IV:126-27).

Nóbrega y Anchieta se quedaron solos, lo que a los colonos y a los mismos jesuitas, «que conocen esta brava y carnicera nación, cuyas quijadas están aún llenas de la carne de los portugueses, pareció...quasi temeridad», mientras que una nave regresaba a San Vicente llevando «doce mancebos» tamoyos por rehenes y la otra, con cinco «de los más estimados», se fue a Río de Janeiro, «donde está la mayor fuerza de los suyos y el trato de los fanceses, para acabar las paces con ellos, dando testimonio cómo ya quedábamos de asiento y en sus tierras» (p.127-28).

A partir de ese momento Anchieta narra, a modo de diario de campo, los detalles de la estancia, que se prolonga como cinco meses para él, pues Nóbrega tiene que salir antes. Los dos jesuitas viven en casa de un tamoyo principal, que, aunque había sido «salteado por engaño de los portugueses con otros muchos y había escapado huyendo del navío con unos fierros en los pies.., determinó olvidarse de ello.., monstrándose como uno de los principales autores de esta paz» (p.128). La misma buena voluntad muestra una mujer, que fué también «salteada y vendida por esclava.., la cual tenía dada grandes nuevas de nosotros, que no queríamos consentir que los que eran salteados fuesen cautivos y que no queríamos confesar a su señor de ella hasta que la pusiese en libertad» (p.128). Entre las pruebas de acogida, no faltó la propuesta de una alianza matrimonial. Como «tienen por grande honra, cuando van algunos cristianos a sus casas, darles a sus hijas o hermanas para que queden por sus yernos y cuñados, quisiéronnos hacer la misma honra, ofreciéndonos sus hijas..; mas como le diésemos a entender que...ni éramos casados, ni teníamos mujeres, quedaron espantados... y teníannos mucho más crédito y reverencia» (p.129-30).

No es posible dar más detalles sobre la parte inicial de la carta, que no transcribo en la antología. Para facilitar la comprensión de los hechos, tomo, de modo casi literal, el resumen de Leite. Los dos jesuitas comienzan a catequizar a los niños y Nóbrega dice la primera misa en tierra tamoya (n.7). Peligro en la aldea, pero el principal Pindobucu, partidario de la paz, toma la defensa de los dos rehenes (n.8). Peligro en el segundo navío que iba a Río de Janeiro, porque allí se le prepara una emboscada, pero avisado por un francés, regresa (n.9). Descúbrese una nueva emboscada antes del coloquio de la paz (n.10). Un francés calvinista revela que los católicos de Río de Janeiro ya se han regresado a Francia y que los franceses viven como los indios, excepto en comer carne humana (n.11)[9]. Regresa a San Vicente el segundo navío, llevando cartas de Nóbrega para que los capitanes de las ciudades portuguesas no entreguen a los tamoyos ninún indio tupí amigo de los portugueses (n.12). Los tupís de San Vicente tratan de matar a los

9 Más aún, para Anchieta, "la vida de los franceses que están en este Río es ya no solamente hoy apartada de la Iglesia Católica, mas también hecha salvaje. Viven conforme a los indios, bebiendo, bailando y cantando con ellos, tiñéndose con sus tintas prietas y bermejas, ornándose con las plumas de los pájaros, andando desnudos a las veces, solo con unos pañetes, y finalmente matando contrarios segun el rito de los mismos indios, y tomando nombres nuevos como ellos, de manera que no les falta más que comer carne humana, que en lo más su vida es corruptísima. Y con esto y con les dar todo género de armas, incitándolos siempre que nos hagan guerra y ayudándolos en ella, les son aún pésimos" (IV: 139).

rehenes tamoyos para que se quebrante la paz, pero son vencidos y algunos de ellos son entregados a los tamoyos (n.13). Aquí comienza el texto de la antología[10].

I. ANCHIETA Y NOBREGA, REHENES DE LOS TAMOYOS (1565)

(1.Se acentúa el peligro y rehenes huyen a aldea)

«14. En este medio tiempo que esto acá se trataba, en que se pasaron más de 15 días, nosotros nos quedamos puestos entre muchas angustias. Y venidos los de nuestras aldeas que eran ausentes, les contamos lo que habíamos pasado y las traiciones que los de Río ardían contra nosotros, y cómo aun eran acá venidos con mal propósito, nombrándoles los autores del mal, de que ellos mostraron quedarse muy enojados contra los suyos, incitándose los unos a los otros que estuviesen aparejados para cuando éstos volviesen, que no consintiesen hacernos algún mal, aunque supiesen hacerse hoy sus enemigos. Y junto con esto quedaron espantados, pensando que Dios nos había descubierto las traiciones, pues que el Pindobusu, el cual nos dijo entre otras cosas: 'Vosotros sabéis todas las cosas! Dios os descubre todo! Rogadle que me dé larga vida, que yo me pondré por vosotros contra los míos'. Y de allí en adelante siempre nos iba a visitar luego por la mañana, sabiendo que habíamos menester alguna cosa para comer y procurándola, y preguntándonos muchas cosas de Dios, al cual contábamos algunas mostrándoles las imágenes en la Biblia, de que él quedaba espantado y nos decía que dejásemos lo más para otro día, que no podía llevar tanto junto, y después tenía cuidado de tornar a preguntar.

De esta manera vivíamos en continuos temores, esparando cada día por canoas así de Río como de las que eran pasadas a la Beriquioca, temiendo que fuesen descontentos o hubiesen recibido algún daño, se aco-

---

10 Leite resume así los demás sucesos narrados en la carta: 26. Nóbrega procura en San Vicente que los tamoyos sean bien tratados para que al llegar la armada portuguesa pueda poblar Río de Janeiro en paz; 27. Los tamayos de Río, recibidos pacíficamente en Bertioga, cautivan a mestizos y a esclavos y huyen; 28. Llega la armada a Río y los tamoyos la reciben en paz, pero en seguida atacan; 29. El capitán mayor llama a Nóbrega para analizar lo que conviene hacer; 30. Nóbrega dice la misa en Río y se decide que la armada se rehaga en San Vicente antes de poblar Río; 31. Ministerios de loas jesuitas; 32. Epidemia en Piratininga y San Vicente, siendo las casas de los jesuitas botica para portugueses e indios; 33. Frecuencia de sacramentos.

metiesen la fortaleza y se quisiesen vengar de nosotros. Y el mismo temor tenían nuestros amigos de Iperuig, en tanto que queriendo ellos ir a traer una canoa a la selva, donde se habían de detener algunos días, decían sería bueno llevarnos consigo, porque nos viniesen estos otros estando ellos ausentes, como antes había acontencido. Mas Nuestro Señor que nos enseña la verdadera práctica del **maledictus homo qui confidit in homine** (Jer 17,5),[11] y para que sólo en él pusiésemos nuestra esperanza, ordenó que se fuesen a los bosques todos los indios de una aldea y la mayor parte de la otra y quedásemos solos.

Sino cuando a los 9 de junio, víspera de Corpus Christi, estando ellos al cabo de la playa, apareció una canoa que venía de Río de Enero. Nosotros tomamos por mejor consejo ir a la aldea de Pindobusu, porque, estando él presente, nos parecía estaríamos más seguros de cualquier encuentro, y dimos a andar por la playa, y a las veces a correr, porque la pudiésemos pasar antes que la canoa llegase, por no darles ocasión si nos hallasen solos, de ejecutar su dañada voluntad, de la cual, aunque no éramos muy ciertos, todavía estábamos recelosos por lo que ya habíamos pasado.

Y éste fue un otro trabajo, el mayor o, al menos, de los mayores que el P.Manuel de Nóbrega tuvo en su vida, porque estando él muy flaco de sus continuas indisposiciones y, junto con ellos, de la mala vida que allí pasaba, si quería correr, no podía, y si no corría, poníase a peligro de la vida; empero corrió cuanto pudo y más de lo que pudo hasta el cabo de la playa, donde antes de la aldea, que está puesta en un monte muy alto, corre una ribera de agua, muy ancha y que da por la cintura. El padre iba con botas y calzas, que comúnmente trae por las llagas que tiene en las piernas, de que quedó muy maltratado; si se ponía a descalzar, llegaba la canoa, que estaba ya detrás de una punta muy cerca de nosotros, de manera que lo tomé a cuestas y lo pasé. Mas en el medio del río venimos ya todos mojados, y como mis costillas aun cancen (sic) y duelen, como solían, y tienen muy pocas fuerzas, no le pude bien pasar, y fue forzado el padre (a) echarse en el agua, y así pasar todo ensopado, de manera que escasamente tuviésemos tiempo para nos poder meter por el monte y encubrirnos en los árboles.

Pues por el monte arriba fue cosa de ver. Quitose el padre las botas, calzas y ropeta, y todo mojado con toda la ropa mojada a cuestas, y él en camisa, solo con un bordón en la mano, comenzamos a caminar. Más él ni atrás ni adelante podía ir, en tanto que viendo yo su trabajo y que era imposible llegar a la aldea, le cometí que nos escondiésemos en el bosque

11 Maldito el hombre que confía en el hombre.

hasta que pasasen los de la canoa, los cuales estaban ya en el ribero gritando. Y si no fuera la tardanza que hicieron en sacar la canoa a tierra, bien creo que no llegáramos a la alda, a la cual aun llegamos, porque encontramos con un indio de ella, al cual con muchos ruegos y prometer que se lo pagaría, alcancé que, ahora a cuestas, ahora pujando por el bordón, llevase al padre y así casi sin anhélito llegó a las casas.

(2. **Vienen a la aldea para matar a los misioneros)**

Mas porque nos mostrase Nestro Señor que **vana est salus hominis** (Ps 59,13)[12], permitió que Pindobusu, en quien confiábamos, no estuviese en casa, y en la canoa venía un su hijo, uno de los más insignes en maldad que hay entre aquella gente, con algunos 30 mancebos de su calidad. El cual estando con 7 u 8 canoas para venir a la guerra,oyendo la fama de los nuestros, las dejó y se metió muy de prisa en una de ellas, queriendo ser el que llevase la honra de nuestra muerte. Y traían asentado que entrando en casa, sin decir nada a los suyos, porque no lo estorbasen, unos aferrasen de nosotros y él nos diese de estocadas y cuchilladas, haciendo cuenta que ni su padre, ni los otros de la aldea los habían de matar por eso, que si les quisiesen dar palos, que los sufrirían, mas que ellos primero harían la suya.

Entrando él, pues, con este propósito en casa de su padre, que era ausente, díjole un su tío cómo nosotros éramos idos y tratábamos paces y quién éramos, en lo cual parece que algún poco se amansó su furiosos corazón, mas no del todo, antes de allí a poco espacio entraron muchos de los suyos donde posábamos, estando nosotros rezando la Víspera. La cual acabada, entró uno, que era de los que nos habían de tomar, con una espada muy reluciente en la mano y sentose en una red con el rostro no muy alegre, mirándonos de través sin nos hablar. Y detrás de todos vino su capitán, el cual sentado junto de nosotros, no estando en casa mas que solo nuestro huésped, con cara alegre y grandísima disimulación nos comenzó a hablar y, platicando muy despacio en cosas diversas, nos repetía muchas veces: '¿Es cierto que tratáis de verdad en estas paces? Mirad que los franceses nos dicen que no pretendéis sino que vamos muchos juntos a vuestras tierras y matarnos, y que vos habéis de huir y dejarnos en blanco'. Finalmente, después de muy largas pláticas, se fue con todos los otros muy blando, y descubrió todo lo que traía ordenado, diciendo: 'Yo venía a hacer esto y esto, mas cuando entré a ver los padres y les hablé, cayóme el corazón y quedé todo mudado y flaco: y pues yo no los maté, que venía tan furioso, ya

12 Vana es la salvación del hombre

ninguno los ha de matar, aunque todos los que vinieren, han de venir con el mismo propósito y voluntad'. Loado sea el Señor por todas sus obras.

15. Si hubiese de escribir todas las particularidades que allí pasaron, sería nunca acabar. No es menester más, sino que de allí en adelante cada día vivíamos muchos tragos de muerte, de los cuales aún he de contar algunos para gloria de Dios. Los indios que eran en selva tuvieron luego rebate cómo eran llegados aquellos de Río, y que los padres éramos huídos por los bosques con miedo de ellos, de que ellos decían con mucha tristeza por el P. Nóbrega:'Oh Padre viejo, dónde se irá ahora por esos espinos! Bien decíamos nosotros que no los dejásemos solos', y otras semejantes palabras de compasión. Y uno de ellos, hombre muy estimado de los suyos y de buenas condiciones, y el más desegañado de todos ellos, como adelante parecerá, llamado Cuñambeba, se metió luego en una canoa, que aún no tenía acabada, y se vino ya muy alta noche medio anegado, por mar muy brava, a socorrernos. Y sabiendo que estábamos en paz, asosegó aquella noche.

(3. Misa de Corpus y ritos de antropofagia)

Al otro día, que fue de Corpus Christi, nos fuimos muy de mañana a su aldea, donde él había días que nos había mandado hacer una casa pequeña en medio de ella para decir misa. Y cuando nos vió así él como todas las mujeres de la aldea, recibieron tanta alegría como si resucitáramos aquella hora, hablándonos palabras de mucho amor; y fuese luego a otra aldea a convidar a los otros que viniesen a beber a la suya, donde les tenía grandes vinos.

Y andando bebiendo y bailando, les dijo que no quería que nadie nos hiciese mal, ni hablase alguna palabra áspera, y no estorbasen las paces que él hacía con nosotros, que determinaba de nos defender, aunque supiese quebrar con ellos. Y a uno de los más ruines dijo: 'Vosotros no me enojéis, que yo ya maté uno de los vuestros y lo comí!'. Lo cual decía por un esclavo de los portugueses, que era de los del Río de Enero, que había pocos días que acá huyera, y él lo había muerto. Y entonces mandó a una de sus mujeres que sacase una canilla de la pierna que tenía guardada, de que suelen hacer flautas. Los otros viéndola dijeron: 'Pues tú lo mataste y comiste, comamos nosotros también'. Y pidiendo harina, uno por una banda y otro por otra, comenzaron a roer en ella como perros. Así toda la cosa pasó en fiesta y quedaron grandes amigos. De esta manera les hablaban también los otros en nuestro favor, mas todo aprovechara poco si no tuviéramos otro mejor guardador, porque es ésta una gente tan mala, tan bestial y carnicera que,

solo por tomar un nombre nuevo o vengarse de alguna cosa pasada, no tuviera en cuenta cualquier mancebo soberbio matarnos, como es cierto tenían muchos buena voluntad de lo hacer, máxime sabiendo que por esto no había de ser ahorcado y que todo el castigo pasaría con decirle los otros: 'es un ruin!'.

Para prueba de lo cual, es de saber que en este mismo tiempo los del Campo dieron por la sierra en una hacienda de un hombre, al cual aunque teníamos mandado aviso por cartas, no se quiso guardar, pareciéndole que, como supíesen que estaban muchos de los suyos con nosotros, ya no le harían mal; mas ellos no curando de nada, aunque les dijeron que teníamos ya hechas paces, le pusieron fuego a la casa y la quemaron, y mataron a él y a su mujer, e hicieron luego en pedazos; y otra mujer medio quemada y herida llevaron viva, y en su aldea la mataron con grandes fiestas de vinos y cantares y, junto con ella, algunas esclavas.

(4. Tras la paz, llega nave por rehenes y sale Nóbrega)

16. Después de esto, a los 20 de junio, siendo ya idos de acá[13] los Tamoyos con sus presas y quedándose muchos en tierra con deseo de pelear con sus contrarios, mandónos el Capitán el bergantín para que nos viniésemos, pareciendo a todos, por el gran contentamiento que ellos llevaban, que ya serían firmes las paces.Y el día que llegó allá el bergantín, eran partidas para acá once canoas, en que venían muchos del Río y todos de la frontera, salvo dos o tres principales, que quedaban como en nuestra defensión con algunos sus criados. Y luego en este mismo día llegaron diez canoas del Río, las cuales con las presas que estos otros habían llevado, venían muy alegres y se partieron luego a alcanzar las once.

Mas porque los indios aun no estaban del todo seguros, midiendo nuestra fe y verdad por la suya, que es muy poca, no nos dejaron venir a ambos, ni nosotros les instamos por eso, todavía pareció bien que se viniese el P.Nóbrega. Y aunque a él le fue muy caro por dejarme solo, esperando que aún nos podría caber alguna buena suerte de ser comidos por amor del Señor, todavía yo le insté mucho que se viniese y solo me dejase su bendición y mandamiento que allá diese mi vida al Señor y por el Señor de ella. Y con esto se hubo de embarcar, despidiéndose de mi con muchas lágrimas,

---

13 El acá se refiere a San Vicente; desde donde Anchieta escribe la carta el 8 de enero del siguiente año 1565, y el allá de varias líneas después a Iperoig, donde estuvo de rehén.

sin yo le corresponder con algunas, y mandándome que, con la mejor ocasión que hallase, me viniese.

En mi compañía se quedó un hombre mucho nuestro devoto y amigo de Dios, cuya mujer, hijos, esclavos y una su cuñada le habían llevado había casi un año, como en las letras pasadas he referido, el cual, después de haber pasado muchos trabajos por rescatarlas, quiso entonces salirse en tierra con mucho rescate, esperando, según el buen comienzo que llevaban las paces, que las podría sacar del cautiverio y pecado y, si no pudiese, no dudando de dar su vida por causa tan justa. Y cierto que su compañía fue para mí no menos buena y suave que si fuera un hermano de la Compañía, la cual me fue ocasión de padecer alguna cosa más por amor de N.S.Jesucristo, **cui laus in saecula.**

Partido pues de allá el padre a los 21 de junio, pasó una noche grave tormenta junto de una isleta, en tanto que uno de los mestizos ya trataba de tomar al padre sobre una tabla y llevarlo a tierra a nado si pudiese. Mas amasando la divina Misericordia la tempestad, llegaron acá a salvamento, y fue recibido el padre con extraña alegría, como quien salía de entre los dientes hambrientos de aquellos tigres fieros, y con su venida se ordenaron muchas cosas importantes a las paces. Y dos días antes de él, habían llegado las 21 canoas, a las cuales se hizo mucha fiesta, mostrando especial favor a los de Iperoig por causa de nosotros, por quien ellos había tenido tan buen cuidado, y dándoles a entender la estima en que éramos tenidos de todos por ser predicadores de la palabra de Dios, con las cuales cosas ellos más se asegurabnan. Y de lo que más sucedió luego contaré.

(5. Tamoyos matan a esclavo de Antonio, compañero de Anchieta, y éste se prepara para la muerte)

17. Nosotros comenzamos luego a ser visitados de N.Señor en tribulaciones, porque a los 25 de junio, así los pocos que habían quedado de la frontera como unos del Río que ahí estaban, teniendo ya determinado de matar a un esclavo de mi compañero, hicieron grandes vinos y bebieron todo el día. Y dándome aviso de eso unas mujeres, hablé yo con uno de los indios que había poco que era ido de acá, que viniera en rehenes y era de uno de los principales autores de aquella fiesta, mostrándome muy triste y enojado de él querer consentir tan grande traición, y pues aquello hacían, también a nosotros quebrarían las cabezas. El, riéndose mucho de eso, díjome que no pensase tal cosa, que no había él ido de acá sino para defenderme de quien me quisiese enojar y otras cosas con tanta disimulación, que yo quedé pensando que sería mentira lo que me habían dicho.

Mas ya sobre la tarde, estando ya todos bien llenos de vino, vinieron a la casa donde posábamos y quisieron sacar luego el esclavo a matar. Nosotros[14] no teníamos más que dos indios que nos ayudasen y, queriendo yo defenderlo de palabra diciendo que no lo matasen, díjome uno de los dos: 'Callaos vosotros, no os maten los indios, que andan muy airados, que nosotros hablaremos por él y lo defenderemos'. Y así lo hicieron, echando a todos fuera de casa, mas tornaron luego otros muchos con ellos hecho un montón, y gran multitud de mujeres que hacían tal trisca y barahunda, que no había quien se oyese: unas gritaban que lo matasen, otras que no, que estaban acá sus maridos y les harían mal los nuestros, si lo supiesen; los indios como lobos pujaban por él con grande furia. Finalmente lo llevaron fuera y le quebraron la cabeza, y junto con él mataron otro su contrario, los cuales luego despedazaron con grandísimo regocijo, máxime de las mujeres, las cuales andaban cantando y bailando; unas les punzaban con palos agudos los miembros cortados, otras untaban las manos con la gordura de ellos y andaban untando las caras y bocas a otras, y tal había que cogía la sangre con las manos y la lamía, espectáculo abominable; de manera que tuvieron una buena carnicería, con que se hartar.

Pasada aquella noche con asaz amargura, al otro día mucho antemañana se levantaron algunas mujeres de aquellas en cuya casa posábamos, y comenzaron a predicar en las casas contra los que habían muerto al esclavo, diciendo que los nuestros lo sabrían y vengarían, con otras muchas cosas que ellos quedaron tan sentidos que hubiera de ser causa de nos mezclar con el esclavo muerto, para que tuviesen los nuestros bien que vengar. Así que nos fue necesario hablar en particular con los principales autores de aquella muerte, y decirles que se curasen de palabras de mujeres, que los nuestros no habían de hacer caso de la muerte de un esclavo, etc, con que ellos quedaron algo desasombrados.

Y porque **diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum** (Ro 8,28)[15], viendo yo por este caso y conociendo del todo la gran falsedad de aquella gente y su poca constancia en el bien comenzado, y mucha arte para disimular maldades que determinaban cometer, acabé (de persuadirme) que muy poca cosa les bastaba para los mover a (nos dar) la muerte, y determiné de me dar más íntimamente a Dios, (procuran)do no solo hallarme más aparejado para recibirla, (mas también) desearla y pedirla a Dios N.S. con continuas ora(ciones e in)flamados deseos. Y confieso mi flaqueza, que mucho me afligía la carne con continuos temores, mas el espíritu por la gracia de Dios estaba pronto (Mt 26,41). Y aunque me contristaba muchas

14 Anchieta y su compañero portugués Antonio
15 A los que aman a Dios todas las cosas les son provechosas

veces la gran tibieza pasada, que siempre tuve en el aprovechamiento de las virtudes, máxime en la obediencia, todavía me daba aún a esperar que, por aquella última obediencia, me perdonaría la suma Bondad por su infinita misericordia todas las desobediencias pasadas y quería aceptar mi muerte en sacrificio y en olor de suavidad (Flp 4,18). Plugiera a Dios que entonces la hallara, mas aún no desespero porque no tiene una sola bendición que dar.

(6. **Bautismo de niño vivo recién sepultado**)

18. Razón sea que dé cuenta del fruto que de selva tan inculta de dicha nación se erigió, y es éste. Estando yo luego después de estas aflicciones a los 28 de junio en una cabañuela de palmas, donde el padre solía decir misa, junto a nuestra posada, y como rezase los maitines, oí junto de ella hablar y cavar. Y porque allí las indias solían cocer loza, pensé que sería eso y no me quise distraer; y acabadas las lecciones, que sería ya pasada media hora, llegose allí una. Yo preguntéle qué hacía allí. Ella me dijo que enterraron a un niño. Y pensando yo que habían muerto a alguno, contóme ella lo que pasaba y era que había ella entonces allí parido uno, y fue tan sin dolor que, no estando mas que diez o doce pasos de mí, ni grito ni gemido le oí, porque ninguno dió; y acabando de nacer de ella un niño muy hermoso, una vieja su suegra lo enterró vivo, porque siendo aquella moza su madre preñada por uno que la tenía por mujer, siendo dejada de él, se casó con otro, de manera que, según la opinión de esta gente, quedaba el niño mezclado de dos simientes, y a los tales, luego en naciendo, los entierran vivos con tan grande bestialidad y crueldad, que muy menor sentimiento ha por ello su madre que se le muriese un gatillo, porque dicen que los tales son después débiles y para poco, y que es gran deshonra después, cuando viven, llamarlos mezclados.

Yo sin ninguna confianza de su vida, por haber ya tanto tiempo que estaba debajo de la tierra, dejo los maitines y voy corriendo a mojar un paño en agua, y cavando la tierra hallélo que aún se agitaba, y bauticélo, haciendo cuenta de lo dejar, pareciéndome que ya expiraba; mas diciéndome unas mujeres que aún podía vivir, porque a veces estaban los tales todo un día enterrados y vivían, determiné de sacarlo y hacerlo criar. A este espectáculo tan nuevo concurrieron muchas mujeres de la aldea y con ellas un indio con una espada de palo para quebrarle la cabeza, al cual yo le dije que lo dejase, que yo lo quería tener por mi hijo, y con eso se fue. Yo desenterrélo y ninguna de aquellas mujeres le quiso poner mano para lavarlo, por más que se lo rogué, antes se estaban riendo y pasando tiempo, diciendo que ya el padre tenía hijo, y esto les quedó después en gracia a ellas y a todos los indios.

Viéndolas así tomé al niño y asentélo sobre un mi (muslo) y comencélo a limpiar y lavar lo mejor que pude, y entonces se movió una de ellas a me ayudar. Y como quiera que yo sabía poco del oficio de partera,íbale a cortar el ombligo junto con la barriga, mas una vieja me fue a la mano diciéndome: 'No le corte por ahí que morirá'. Y enseñómelo a cortar. Finalmente yo lo envolví en unos paños y lo entregué a una de mis amas, mujeres de mi huesped, que me lo criasen, y algunas otras mujeres le venían a dar de mamar, de manera que vivió un mes, y aun viviera y creciera, si no le faltara la teta, mas por falta de ella murió. A la verdad él fue sesudo en huir tan mala gente e irse al cielo a gozar de su Criador, el cual sea bendito para siempre. Amén.

Otra vez me aconteció hallarme presente a una mujer de parto, la cual parió una niña que de todos fue juzgada por muerta. Y teniendo aún las parias en el vientre pegadas al ombligo de la niña, sintiéndole yo algunas señales de vida,la bauticé, no siendo aún bien parida, que en semejantes cosas es necesario hallarnos algunas veces. Después comenzó la niña a agitarse poco a poco y vivió, y aun quedaba viva, cuando de allá me vine, aunque yo más quisiera dejarla en el paraíso. El Señor, que la crió y regeneró por el bautismo, tendrá cuidado de su salvación. Sea él loado por todas sus obras y maravillas. Después supe que era fallecida e ida a gozar de su Criador.

(7. Llegan indios de Río y amenazan a Anchieta)

19. Luego al 1o.de julio llegaron 5 canoas del Río, y al siguiente día, que fue de la Visitación de Ntra. Señora, nos vinieron muchos a visitar, trayendo la misma intención de nos matar que los otros, los cuales ultra de la angustia en que nos pusieron, cercándonos todos con sus armas, máxime uno que entró muy feroz con su gente. Platicando conmigo, todo su intento tenía puesto en las cosas de aquel hombre y hablaba de cuando en cuando entre dientes a los suyos, uno de los cuales estaba junto a mí armando un arco con una flecha en él, mas no pasó adelante. Ultra de esto, me dieron gran trabajo, deteniéndome en pláticas muy importunamente, porque cansado uno e ido, venía el otro y decía: 'Yo soy fulano, tengo tal y tal nombre, maté tantos e hice tal valentía', y otras cosas semejantes, y con esto nunca acababan, instando mucho con mi compañero que les mostrase el rescate que traía, y así revolvieron todo. Al otro día tornaron a beber ya sobre la tarde; después del vino acabado, nos cercaron muchos con muy mayor importunación, y algunos de ellos nos daban algunas consolaciones insóltitas y de poca consolación, diciéndonos que no tuviésemos miedo, que no nos querían matar. Con esto y con otras muchas señales que yo había

visto de antes, me persuadí que era ya llegada la hora en que nos quería Nuestra Señora visitar, y dije a mi compañero que se aparejase. Mas después de muy luengas importunaciones, se comenzaron a salir pocos a pocos y nos dejaron.

Y uno de ellos, que aquel mismo día me había dicho que él no quería paces, tornó a entrar en casa muy ceñudo con una espada desnuda, dejando la vaina en otra parte, parece que porque no le fuese impedimento. Y pasando por muy cerca de mí despacio, sin hablar conmigo ni con otro alguno, estuvo un poco quedo mirando para otra parte; y a la verdad, aunque entonces no era tiempo de sospechar mal del prójimo, por no caer en algún juicio temerario, todavía mi ojo estaba bien intento en él, mirando en qué paraba y mi corazón le estaba diciendo: **'quod facis, fac citius** (Jn 13,27)[16] y haz lo que Dios te permitiere, que aparejado estoy'. El tornóse otra vez por donde había venido y con la misma lentitud y semblante, parándoseme otra vez a la mano izquierda muy contemplativo, mas no se extendía su contemplación más que hasta mí. En esto vino un su hermano a llamarle y fuéronse.

Y porque no pasasen muchos días sin los semejantes tragos, luego a los 6 de julio llegaron las canoas que eran acá venidas cuando llegó el P.Nóbrega, los cuales iban huyendo con miedo que los matasen acá los nuestros. Y la razón de esta huída fue que, estando ellos algunos días muy contentos y bien tratados, esperando que amansase la mar, para con la ayuda de los cristianos ir a dar guerra a los Tupis sus contrarios, huyó un esclavo de un cristiano, el cual era pariente de los del Río, y porque lo llevasen consigo a su tierra, urdió bien de mentiras, diciéndoles: 'Vengoos a dar aviso, mis parientes, porque os quiero bien y no quería que os matasen. Sabed que luego mañana os han de matar los cristianos a todos, que ya tienen appelidada (sic) la tierra y no esperaban sino que viniese Pindobusu, Cuñambeba y los otros principales de Iperoig para los matar a todos. Y a fulano vuestro pariente, que no aparece, ya lo mataron y le mandaron quebrar la cabeza por un contrario'. (Este, de quien esto decía, era un mancebo de los primeros que acá habían venido, el cual había desaparecido sin se saber de él). Y como dijesen algunos a aquel esclavo: '¿Cómo nos han de matar, si está allí el padre?', respondió el esclavo: 'Los padres no estiman en nada sus vidas, de costumbre tienen de hacer semejante cosas'.

Con estas mentiras los del Río, como quiera que tenían los corazones dañados, levantáronse luego con grande miedo, que sería dos horas antes

16 Lo que vas a hacer, hazlo pronto, palabras de Jesús a Judas en la noche del jueves santo.

del día, y dando rebate a los de Iperoig, que de esto nada sabían, y llevándolos casi por la fuerza, huyeron. Y de camino quisieron llevar la gente de Beriquioca, mas no se lo consintió Pindobusu ni los otros, antes Cuñambeba, viéndose corrido de se ver así huyendo por la mentira de un esclavo, se quedó allí con muchos de los suyos, diciendo que se había de tornar acá, que a él solo matarían los cristianos.

Los otros fuéronse su camino y entrando nuestro huésped en casa con grande semblante, me dijo luego en las primeras palabras: 'Venimos huyendo, que nos habían de matar los tuyos! Mandábasnos a tu tierra para que nos matasen a todos'. Yo le respondí: 'Yo no acostumbro a decir mentiras, mas trato verdad con vosotros; si los míos por ventura os quisieron hacer traición, para eso estoy aquí: yo solo moriré!'. El entonces respondió: 'No hables de morir, porque no vengo yo acá sino a defenderte. El también decía que robásemos la hacienda a tu compañero, mas yo ni los otros no quisimos consentir en ello, porque tenemos todo esto por mentira y engaño'. El contó la cosa como pasaba, diciendo que aquí quedaba Cuñambeba con muchos otros, que él y Pindobusu se habían vuelto para defendernos de los del Río.

Y así parece que esto mismo fue ordenado por N.Señor para ir al encuentro a unos bravos leones que en aquel mismo día llegaron del Río en 10 canoas, cuyo Principal intencionaba vengar la muerte de un su gran Principal que los nuestros, poco había, mataron en una guerra. Los cuales al día siguiente me fueron a hablar con el mismo semblante que los pasados y aun peor, y trataron muchas cosas de las paces, estando sus corazones muy poco pacíficos. Y como repetían todos que les habían de dar a comer a sus contrarios que estaban de nuestra parte, yo siempre les contradije hasta les decir: 'No habléis más de eso!. Ninguno de esos se os ha de dar. Aquí estoy en vuestras manos: si me queréis comer, comedme, que yo en eso no he de consentir'. Quedaron, por una parte, espantados de ver con cuanta constancia en aquello le resistía, y por otra, muy airados contra nosotros, aunque trabajaban de lo disimular.

Estos nos pusieron en grande angustia, porque se detuvieron allí 5 días y no hacían sino ir y venir a nuestra posada, y unos querían todavía venir acá a dar guerra, sin embargo que estaban acá muchos de los suyos, otros o los más tenían voluntad de nos matar o, al menos, robar a mi compañero, teniendo todos por muy cierto la mentira que el esclavo había dicho.Y algunos que antes me habían hablado con muy alegre semblante, entonces ni ver me querían, sino con ojos llenos de ira, la cual mostraban con algunas palabras ásperas. Mas en medio de esta tribulación acudió el Señor con su sólita misericordia, mostrando cómo tratábamos verdad. Y fue

que llegó entonces a la aldea aquel mancebo, que arriba dije haber desaparecido, que el esclavo dijera haber sido muerto de los nuestros, el cual mancebo con un miedo que hubo sin razón huyó de acá[17] por los bosques y playas y, al cabo de un mes, teniendo ya todos perdida la esperanza de su vida, llegó allá en tiempo de tanta necesidad, con cuya llegada conocieron ser mentira todo lo que el esclavo había compuesto, lo cual aun para los de Iperoig mis amigos fue causa de grande alegría, y de tener mucho crédito a mis palabras.

Como aquellos del Río no se aquietaban y deseaban de efectuar su dañada voluntad, tanto que los otros, entendiéndoselo muy bien, les rogaban que se tornasen para sus tierras y que no quisiesen hacer cosas que estorbasen las paces. Mas viendo el Pindobusu que no bastaban ruegos, viniendo los otros un día a nuestra posada como solían y temiendo que nos hiciesen mal, se fue allá con una espada de palo (con que suelen quebrar las cabezas de su contrarios) en las manos, y comenzó a hablar con voz muy alta y decirles, dando palmadas en sí, como hacen en son de guerrear,hablando: 'No quiero que nadie bulla en mi aldea! Los cristianos hacen paces conmigo, que estoy frontero, y los míos no me vienen a defender; no quieren estos mis parientes sino cabezas de fuera, de los cristianos, y no de sus contrarios! Y no lo he de consentir'.

Con otras muchas cosas en nuestro favor, tan alto que acudieron los de su casa, pensando que ya era la cosa travada. Los otros callároнse. Y hablando él con uno en particular le decía de mí: 'Este es el que trata las cosas de Dios y el verdadero maestro de los cristianos: si le hacen algún mal, luego nos ha Dios de destruir a todos'. Y ésta era la principal causa que hacía a este indio procurar tanto por mí, porque temía; y así parece que lo tenía encajado en su corazón que no tenían más vida que en cuanto me defendiesen y no me permitiesen hacer algún mal. Y decíame muchas veces: 'Hijo Joseph, no tengas miedo, que, aunque los tuyos maten todos mis parientes que están en tu tierra, yo no te he de consentir matar, porque bien sé que hablas verdad: si los tuyos hicieren mal en ellos, me vengaré con ella después. Bien ves cómo siempre te defiendo y hablo por ti, por eso mire Dios por mí y déme luenga vida'.

(8. Anchieta trata de bautizar a indio sacrificado)

20. Y diciéndome que en la otra aldea querían matar a un contrario para con él hacer fiesta a aquellos del Rio que aún no eran idos, determiné

17 De San Vicente.

yo de ir allá a enseñarle las cosas de su salvación y ver si quería ser cristiano. Y diciéndolo a Pindobusu, me dijo, aunque muy pesadamente, que fuese. Y descendiendo yo por el monte abajo, mandó muy de prisa a una de sus mujeres tras de mí, diciéndome que me volviese, porque querían asaltar y hurtar al contrario, en cuanto estaban allí los del Río y tal vez que ellos me matasen. Yo estuve en gran duda y temiendo ser temeridad ir adelante, después de recibido este aviso, que me mandaba como cosa cierta; todavía, pareciéndome que aquel contrario estaba en extrema necesidad de ayuda espiritual, porque muchos de los tales en aquel tiempo reciben el bautismo con mucha fe, me determiné de ir, sintiendo que sería muy bien empleada mi vida por la salvación de un mi hermano, y amigo del P.Fernán Luis Carapeto, el cual ocúpase de la otra aldea, donde iba mucho mi amigo, y el peligro sólo ser en el camino, que no era muy largo.

En fin fui, mas poco aproveché, porque él no quiso ser cristiano, diciéndome que los que nosotros bautizamos no morían como valientes, y él quería morir muerte hermosa y mostrar su valentía. Y así, puesto en el terrero, atado con cuerdas muy longas por la cinta, que tres o cuatro mancebos tienen bien estiradas, comenzó a decir: 'Matadme, que bien tenéis de que os vengar en mí, que yo comí a fulano, vuestro padre y a tal, vuestro hermano y a tal, vuestro hijo', haciendo un gran proceso de muchos que había comido de estos otros, con tan grande ánimo y fiesta que más parecía él que estaba para matar a los otros, que para ser muerto; en tanto que no lo pudiendo más sufrir, no esperando que su señor le quebrase la cabeza con su espada pintada, saltaron muchos con él y, a estocadas, cuchilladas y pedradas, lo mataron, y estimó él más esta valentía que la salvación de su ánima.

(9. Nóbrega logra la paz entre tamoyos y tupis)

21. Tornaré ahora a los nuestros, los cuales después de la huída de los indios quedaron con grande tristeza, máxime el P.Nóbrega, que hubiera de llegar a punto de muerte sin ninguna consolación por haberme dejado solo entre los enemigos, principalmente porque no había de ser compañero de mi muerte, la cual él y todos los cristianos tenían por cierto que me habían de dar los indios, como llegasen a sus tierras. Mas los consoló N.Señor con la llegada de Cuñambeba, el cual, como arriba he dicho, hallándose afrentado por haber huído, se tornó de la fortaleza de la Beriquioca y se partió luego con el P.Nóbrega a la frontera de Itañaén para hacer la reunión con nuestros Tupis, que se habían puesto de nuestra parte contra los suyos, los cuales estaban con grande miedo, pensando que los querían dar a Cuñambeba para confirmar las paces, y el Cuñambeba con los suyos pen-

saban que lo querían entregar a los otros, y así en ambas las partes andaba un mismo temor. Mas el P.Nóbrega los hizo juntar a todos en la iglesia, donde se hablaron y abrazaron y quedaron grandes amigos.

Luego al día siguiente llegó gran multitud de los Tupis enemigos a la villa (de Itañaén), a los cuales salieron al encuentro los indios sus parientes con sus nuevos amigos y algunos mancebos mestizos, y pelearon todo aquel día sin les dejar pasar el río, antes, flechando muchos de ellos, los hicieron huir, y no les fueron en el alcance por ser mucha gente y los nuestros muy pocos. Y después, yendo el Cuñambeba con algunos mancebos de los suyos y de los Tupis a correrse la playa, tomó uno, con la cual presa determinó de tornarse luego a dar cierta información de lo que pasaba y pacificar los que habían huido,que cada día esperaban por nueva cierta. Mas no habiendo oportunidad para luego partirse, mandó los más de los suyos a Piritininga, donde también se esperaba por guerra, a donde después vinieron más de 300 de los Tamoyos moradores en el Campo, en un río muy nombrado llamado Paraíba, cuyo capitán era uno que había ido a hablar conmigo a Iperoig sobre las paces. Y asegurándole yo que entrasen en Piritininga, hízolo así, mandando delante unos 20, los cuales guiados por uno que ya allí había estado, se vinieron derechos a nuestra portería; tocaron la campanilla y fueron recibidos y acogidos, donde no osaban salir fuera por miedo de sus contrarios, diciendo que yo los mandaba ir a morar a nuestra casa, hasta que se aseguraron.

22. Allí también juntaron los Padres (a) unos y otros en la iglesia para que hiciesen paces, donde uno de nuestros discípulos, puesto sobre un banco, hizo una grande plática en alta voz, diciendo a los Tamoyos: 'Yo soy fulano, de quien vosotros tanta fama habéis oído de asaltar muchos de los vuestros y muerto, porque siempre fui grande vuestro enemigo y ahora, aunque me aparté de los míos por amor de los cristianos y de N.S.Jesucristo, paso de mi parte con todo, ni tengo miedo de vosotros. Pero quería vuestra amistad; mas porque estando en la casa de Dios y de los Padres, que nos ordenan nuestra vida o fueron a nuestra tierra y ordenan estas paces y quieren que seamos amigos, seámoslo de aquí en adelante y desde ahora no se nos recuerde más de las guerras pasadas'. Y con éstas y otras palabras, que se pasaron de parte a parte, se abrazaron.

Y con todo estaban nuestros discípulos tan tristes y enojados por las nuevas que les venían dar, que se pensaron y tuvieron para sí que me habían muerto. Deseara yo de saber nueva de mi muerte, era hecho cierto por una vez, y aun con todo esto, si no andaron los padres rezando solos, no creo que hubiera de esperar por nuevas ciertas; mas no obstante esto, tenían mucha paciencia, sufriéndoles muchas cosas, y recogíanlos en sus casas. dándoles de comer y beber, porque yo estaba allá en sus tierras.

En este mismo tiempo los Tupis del Campo dieron en el camino de Pyritininga y mataron 4 o 5 de los suyos y tres esclavos del Colegio, y también hubieran de matar a un Padre nuestro, sino que, ordenándolo así la Divina Providencia, habiendo él de venir con ellos, se vino un día antes y así escapase de caer en sus manos.Y con todos estos peligros, que continuamente están armados en estos caminos, no podemos de dejar de ir y de venir a Pyritininga según lo demanda la necesidad, entregados en las manos del Señor, cuya es nuestra vida.

(10. **Anchieta, «adivino y curandero» de Iperoig)**

23. Nosotros, todo este tiempo que estuvo acá (en San Vicente) Cuñambeba, que fue mes y medio esperando oportunidad para su partida, pasamos mucho trabajo, así exterior de hambres y enfermedades, como interior de continua aflicción por su mucha tardanza. No porque no entendiésemos que bien tratado habían acá de ser, sino por los continuos temores que los suyos allá tenían, de que venìan a imaginar mil mentiras, máxime las viejas. Y cierto que fue mucho, siendo aquella gente la más sutil que aun hoy en el mundo para inventar mentiras y fácil para las creer, poder sufrir tanto tiempo que no nos hiciesen alguna cosa, movidos por cualquiera y máxime por alguno su hechicero. Y así siempre hablaban con los suyos, diciendo cómo tendrán a ser ellos salteados y muertos; si fueron muertos, alguno hubiera de escapar y venir por tierra a darles las nuevas; otros me decían: '¿No te dice Dios alguna cosa para los matar a ellos?'. Y el Pindobusu, que me tenía más crédito, ultra de me lo preguntar muchas veces, decía que Cuñambeba y otros pidiéronle él supiese de mí eso.

Y una noche, yéndose a mi posada, no estando yo, preguntó a mi hermano (Antonio): '¿Qué es del padre? ¿duerme ya?'. Respondió el otro: '¿El por ventura duerme? Toda la noche está hablando con Dios y no viene a dormir sino ya tarde'. 'Pues, ¿por qué no te dice lo que pasa acerca de los nuestros? Pregúntaselo'. Respondió el otro: 'Todo lo encubre, no quiere decir nada'. De manera que era yo forzado a decir a las veces: Yo os tengo dicho muchas veces que yo no creo en sueños, ni vosotros los debéis de creer. Sabed que los vuestros están muy bien tratados y no han mal alguno, como luego veréis. Y así en semejantes palabras se satisfacían, confiando también que estando también el P.Nóbrega, que aun cuando eran enemigos sabían ellos que no los consentía saltear de los nuestros,mucho menos consentiría ahora que eran amigos, hacérseles algún mal.

Otro día me vino muy congojoso a decir, andando yo rezando con el breviario en la mano, en el cual ellos pensaban que Dios me hablaba: 'Yo

sospecho que una de mis mujeres me hizo adulterio y díle una estocada, mas doblóse la punta de la espada y no la herí: vengo a saber de ti si te dice Dios que es verdad y la mataré'. Yo, respondiéndole a la última cuestión, le dije: 'No lo hagas, que no quiere Dios que la mates, antes enojarse ha mucho de ello'. Con lo cual él quedó satisfecho y fuése diciendo: 'Por eso te lo vine a preguntar, porque parecía que Dios te lo habría dicho'.

Y en esto aconteció que un contrario que tenían, les huyó y el Pindobusu un día muy de mañana, estando yo encomendándome a Dios, me vino muy angustiado a buscar, diciéndome: 'Véngote a decir que hables a Dios que haga ir aquel contrario desencaminado, para que lo podamos tomar'. Yo oí la su petición, antes rogué a Dios que lo librase. Y al otro día el contrario, pareciéndole imposible pasar tantas sierras y despoblados, tórnese para casa y los indios comenzaron a decir: 'Habló el padre con Dios y no durmió toda la nocha; por eso el contrario se tornó'. Y yo no me había más acordado de él.

Visitando yo un indio, como solía hacer a todos, comenzoje a disculpar diciendo por qué no me daba de comer, porque no le caía caza en unos lazos que tenía armados, por cuanto una vieja hechicera los había echado a perder. Y como yo le preguntase la causa, díjome: Porque el otro día me cayó una caza y no le di parte de ella, y por eso enojada ha hecho que no venga la caza por allí'. Yo le dije: 'Vosotros no acabáis de creer vuestros hechiceros, como que ellos tuviesen poder para nada de ello. Dios es Señor de todo. Cree mis palabras, que él te hara caer'. Entonces él muy alegre dijo: 'Haz con Dios, que mande venir toda la caza de los montes en mis lazos y tendremos qué comer'. Quedándose él con esta confianza, quiso Dios que luego de allí a dos días le cayeron dos animales, que son mayores que liebres, y él con mucha alegría mándame luego a llamar, contándome lo que había sucedido, y dióme un buen plato de harina y unos pedazos de aquella carne. Sabía Dios que había muchos días que no teníamos qué comer.

De manera que los indios me tenían mucho crédito, máxime porque yo les ocurría a sus en fermedades y, como alguno enfermaba, luego me llamaban, a los cuales yo curaba, a unos con levantar la espinella [18], a otros con sangrías y otras curas, según lo requería su dolencia, y con el favor de Cristo N.S. hallábanse bien. Entre estos enfermos fue uno que ahí estaba de

---

18 Parte Leite, que cita a Ulysses Lemos Torres, **Alguns termos e expressões médicas populares**, Sao Paulo, 1958:9, tener la "espiñella caída" es tener "vómitos, dispepsia, astenia con sensación de comprensión al nivel de epigastrio".

los del Río, que por ventura también vino con intención de me matar, al cual se le hinchó una mano de tanta manera que toda se le corrompió, la cual yo se la abrí en dos partes con una lanceta, y la una fue casi en medio de la palma, en que podía bien echar los ojos a las manos de Cristo N. S. Y Junto con esto se le empolló el brazo hasta los hombros de unas inflamaciones tan feas que los otros no se osaban llegar a él, mas mirándolo de lejos,me decían que lo curase e hiciese que no se extendiese aquel mal por los otros. Y todos lo desampararon sin se doler de él, ni darle de comer, ni hubo entre todos sus parientes quien me buscase una poca de miel por los bosques con que lo curase, aunque yo se lo pagaba. Yo rompí una camisa que tenía y curélo con aceite, buscándole de comer y dándoselo por mi mano, porque él no podía.

A todo lo cual me ayudaba mi compañero con mucha caridad, y a las veces quitábamos de la boca eso poco que podíamos haber para se lo dar, de que los indios se edificaban y contábanlo a otros que venían de fuera. Junto con esto, trabajaba yo por le curar su ánima, para lo cual lo tenía yo instruído, si por ventura estuviese propincuo a la muerte, mas dióle N.Señor salud en el cuerpo, porque para la del alma sentíale yo muy poco deseo y voluntad. Después de esto enfermó mi compañero. Tullóse de pies y manos algunos días, lo cual fue no poco trabajo, porque no había con qué le curar, ni qué comer; todavía hícele yo los remedios que pude, y de cuando en cuando iba yo a la otra aldea a le buscar alguna gallina. En fin dióle N.Señor salud.

(11. Nuevas angustias y al fin sale Antonio)

Mas porque este género de gente no sabe tener constancia en el bien comenzado, comnezáronse unos pocos a amotinar, máxime contra él (Antonio), porque, ultra de no le tener el respeto que a mí y si alguno le tenían era por mi causa, el rescate que tenía era ocasión a los indios de mal, y pedíanle hoces, secures, cuentas y otras cosas, habiéndole él ya dado muchas; y alegábannos que les habíamos muerto de los suyos (y con todo eso nos defendían), y era tanta la importunación que no les faltaba sino tomarlo por fuerza.Uno decía: 'a mí no me dieron hoz', otro:'ni a mí tal', otro: 'ni a mí tal'. No había ya que esperar sino que dijese alguno:'yo no he hecho trueque de mi padre o hermano que me mataron, quiero hacerlo con alguno de éstos'.

Y así no se curaban de darnos de comer, salvo el Pindobusu, el cual también no hacía tanto caso de mi compañero y, cuando predicaba por las casas, no hablaba sino de mí solo, diciendo: 'No quiero que hagan mal a

éste'. Lo cual me era causa de grande angustia y tenía determinado, si algo sintiese, de ponerme por él en el terrero y morir primero que él, y trabajaba mucho por lo acreditar con todos, máxime con el Pindobusu. Y el mejor camino, porque él era pedrero, fue decirle: 'Este es el que hace las iglesias de Dios; si le hacen algún mal, tanto se ha de enojar Dios contra vosotros como si lo hiciesen a mí'. Con las cuales palabras movido, me dijo: '¿Así? Dile que no tenga miedo, que se venga siempre a mi casa a comer'. Y de ahí en adelante comenzó a mirar más por él y darle grandes esperanzas de poder rescatar a su gente, que los del Río le tenían.

Mas ni esto era bastante para nos poder hacer seguros entre gente que a nadie sabe tener respeto ni obediencia, y que casi siempre anda caliente de vino, en el cual gastaban los más de los días bebiendo y cantando todo el día y noche con grandes gritos y deshonestidades, hombres y mujeres mezclados, de manera que ni en casa ni fuera podíamos estar sin oír y ver sus borracheras y suciedades. Noche me aconteció, lloviendo mucho y haciendo grande frío, estar grande parte de ella fuera de la casa en pie, mal guardado de las lluvias y padeciendo el frío hasta que ellos acabasen de beber sus vinos, y en fin, no pudiendo esperar más, torneme para dentro a guarecer al fuego y acabar la noche entre ellos. Y aquellos que andaban amotinados ya pasaban por nosotros sin nos hablar, ni mirar sino de través, como hombres que no nos conocían. Y así todas las noches, máxime cuando bebían y cantaban, nos acostábamos a dormir, ofreciendo la cabeza a la espada, mas no era digna, al menos la mía, de la recibir sobre sí.

Entre estas fatigas, por fin llegó el Cuñambeba la víspera de la Asunción de Nuestra Señora con su contrario que había tomado, con que mucho se alegraron todos, también aquellos que, poco había, no nos miraban con ojos muy derechos. Los cuales de ahí en adelante se llegaban a nosotros, riéndose y hablando muy alegremente, y luego se aparejaron todos para venir acá (San Vicente) a la guerra de sus contarios, con los cuales yo trabajé mucho para que trajesen consigo a mi compañero, porque no podía por entonces rescatar a su gente y estaba enfermo. Mas no lo pude resolver, ordenándolo así N.Señor, que le tenía aparejado mejor camino, porque una de las canoas en que había de venir su rescate se hizo pedazos al salir de la barra, lo cual fue causa se quedase el Pindobusu en tierra con otros muchos esperando otra mejor embarcación.

Y de ahí a 4 o 5 días vino allí un indio de los del Río, el cual viendo (que) el Pindobusu quería venir y no tenía en qué, movido con la buena nueva, determinó de traerlo en una barca grande y bien ligera, que le habían dado los franceses con vela y remos. Entonces insté mucho, con Pindobusu y con todos, que lo trajesen, que bastaba con quedara yo allá,

que era el que trataba las paces, haciendo cuenta que N.Señor movería a Cuñambeba, que había luego de venir, que me trajese, y cuando no, que cada día se me acrecentaría la corona con la paciencia, resignándome **penitus** en las manos del Señor **sive ad vitam sive ad mortem** (Flp 1, 2).[19]

24. Acabé por la bondad de Dios que lo trajesen, aunque con mucho trabajo, porque las mujeres, pensando que yo también me venía, comenzaron a entristecerse, diciendo que nos les quedaba allá nadie en trueque de sus maridos, que acá eran venidos, en quien se pudiesen vengar, si algo les aconteciese; más asegurándoles de eso, lo hice embarcar con su rescate a los 5 de septiembre, quedándome yo solo en tierra» (MB IV, 1960:141-167).

No es posible reproducir el resto de este bello documento (del que he transcrito como la cuarta parte), donde Anchieta narra cómo él, por gestiones de Nóbrega, pudo volver también a San Vicente, y recoge, además, una rica información sobre la política colonial portuguesa y un breve panorama del trabajo pastoral de los jesuitas en sus 15 primeros años de estancia en el Brasil. Pasando ya al segundo texto elegido para la antología, éste es una pequeña obra de teatro religioso, titulada **En la fiesta de la Navidad**, que parece ser una adaptación de otra mayor, **En la fiesta de San Lorenzo**. Los personajes son tres: dos diablos, Guaixará y su criado Aimbirê, y un ángel. La obra tiene dos actos. En el primero, escrito todo en tupí en quintetos, Guaixará llama a Aimbirê para que juntos perviertan la aldea, pero aparece el ángel, que discute con ellos, los expulsa y coloca a los tres Reyes Magos en el pesebre. El segundo acto, mucho más breve, es una danza ritual, que solía ser ejecutada por niños indios, en la que se cantan doce quintetos en tupí, portugués y castellano.

Un análisis de contenido de la letra de los cantos y el diálogo de los personajes revela los valores cristianos que se quería sembrar en los indios: la vida como lucha entre el bien y el mal, personificados en el ángel de la guarda y los dos demonios; éstos, tratando de conservar los viejos vicios de la borrachera, la libertad sexual, las guerras y la antropofagia, y el ángel, promoviendo las virtudes contrarias y la recepción de los sacramentos y garantizando la protección divina. No está de más recordar que la aldea en pleno asistía a tales representaciones teatrales, organizadas de ordinario por las cofradías. Recojo ya mi traducción de la edición de M. de L.Paula Martins (1954), que transcribe el original tupí y la versión portuguesa:

---

19 Completamente... ya para la vida, ya para la muerte.

II. EN LA FIESTA DE NAVIDAD (Siglo XVI)

Acto primero. (entran dos diablos que quieren destruir la aldea con pecados, a los cuales resiste el Angel de la guarda que los expulsa).

Guaixará. Moléstanme los virtuosos / irritándome muchísimo / sus nuevos hábitos / ¿Quién los habrá traído / para perjudicar a mi tierra? Solamente yo / en esta aldea estoy / como su guardián / haciéndola seguir mis leyes. / De aquí marcho lejos / a visitar otras aldeas.
¿Quién como yo? / Yo soy considerado, / soy el diablo asado, / Guaixará llamado, / por ahí afamado.
Mi sistema es agradable. / No quiero que sea constringido / ni abolido. / Pretendo / alborozar todas las **tabas**[20].
Buena cosa es beber / hasta vomitar **cauim**. / Eso es apreciadísimo, / eso se recomienda, / eso es admirable.
Son acá considerados los **mocacaras** / bebedores. / Quien bebe **cauim** hasta cansarse,/ese es valiente, / ansioso para luchar.
Es bueno danzar, / adornarse, teñirse de rojo, / emplumar el cuerpo, pintar las piernas,/hacerse negro, fumar,/curandear.
De enfurecerse, andar matando, / comer uno al otro, prender tapuyas, / amancebarse, ser deshonesto, / espía, adúltero, / no quiero que la gente deje.
Para eso / convivo con los indios, / induciéndolos a tener fe en mí. / Vienen inútilmente a apartarme / los tales 'padres' ahora, /pregonando la ley de Dios.
Aquí está / mi ayudante mayor, / mi colaborador, / quemado como yo: / el gran jefe Aimbirê, / pervertidor de esclavos.
Eh!, ¿dónde está él? / ¿Estabas dormido?.

Aimbire. No. Visitando las **tabas** / a la sierra yo fui / para estar con nuestros súbditos.
Se regocijaron al verme, / abrazándome, dándome hospedaje, / bebiendo todo el día, / danzando, adornándose, / desacatando las leyes de Dios.
En resumen, quedé muy alegre, / al ver sus malas costumbres, / me tranquilicé. / Todos los vicios / ellos abrigan en su corazón.

Guaixará. Por eso mismo / en tu gran prestigio / yo me apoyo, yo confío. / Ven, di el nombre / de los que por allá cautivaste. / ¿a quién corrompiste?.

---

20 residencias de indios

Aimbirê. Los que moran en Maratuva / tienen fe en mis palabras. / Todos los que viven en Tangará, / todos los parabiguaras / entregan sus almas en mis manos.
Perdí algunos, en verdad, / que fueron a Niteroi, / otros a Reritiba. / Si no, como los que huyen / pégame, padre mío, en las ancas...
Después, / para los que qudaran, / los padres mentiras / quisieran aquí traer. / No. Yo los impedí. / Todos oyeron mis palabras...

Guaixará. ¿De qué recursos usaste / antes que ellos llegaran?

Aimbirê. A los tapuyas esas viejas / de aquí llevé. / Todos se contentaron con eso.
Las viejas son, en realidad, más. / Exorcizando, / instruyendo a los hombres, / ellos abandonaron las leyes de Dios, / estimándome a mí solamente.
Para holgar, los crueles tapuyas / no quisieran vivir acá. / Danzaron la noche entera / haciendo hechicerías, / antes de irse para el infierno.

Guaixará. Bien, basta. / Me alegraste /declarando tus hechos.

Aimbirê. Me he de valer de eso, / después, para a sus parientes / como presas arrasar...
Mira, los tupinambás / que moraban en Paraguasu, / apartados de su Dios, / nosotros los echamos a perder a todos. / No hay ya ni trazo de ellos...
Todos los tamoyos fueron /a yacer quemándose en el infierno. / Apenas algunos **temiminós**(?) / viven junto al templo / y desean obedecer al sacerdote.
Estos esclavos malvados / detestan las leyes nuestras...

Guaixará. Entonces ve a tentarlos / para que blasfemen / beban, roben, vivan provocando luchas, / cometan pecados, / apártense de su Señor. / Ven, indúcelos / en nuestros principios!

Aimbirê. Me es difícil tentarlos./ Su valiente guardián / me amedrentó.

Guaixará. ¿Quién?

Aimbirê. El virtuoso ángel, / que es mi enemigo.

Guaixará. El malvado huirá / luego que me vea.

Aimbirê. No lo creo. Ha de vencerte.

Guaixará. Confía en mí, / yo también causaré miedo.
¿Quién hay como yo, / que hasta desafío a Dios?

Aimbirê. Por eso Dios te expulsó / y desde entonces el infierno / te abrasó para siempre.

Guaixará. Voy a hacer caer a esos malvados / en nuestros lazos. / Sus almas cederán de prisa. / Abandonando a su creador, / confiarán en nosotros.
Hoy voy a dejarte / aprisionar esclavos.

Aimbirê. Bien, iré a donde me mandan. / Yo siempre íntimamente / deseé ese mismo encargo...
Yo, mal amigo,/ aprisionaré a los esclavos, /a quienes estaba aliado... / Despejaré ahora la **igasaba** (?). / Mi herencia es tomar **cauim.**

Guaixará. Eh! Ve de prisa, / rápido.

Aimbirê. Correré.

Guaixará. (se queda paseando y dice) Daré una vueltecita rápida,/ cuando tú vuelvas, / destrozaremos a los malos. (al tornar Aimbirê, dice) Oh condenado, vino volando, / no demoró nada. / ¿Fuiste a Itaucaya?

Aimbirê. Sí. En honor nuestro / los esclavos están haciendo fiestas. Alégrate, / corría **cauim** /en cantidad. Grandes **igasabas** / convocaban unos a otros / para acabarlo.

Guaixará. ¿Estaba bien fuerte?

Aimbirê. Bien fuerte./ Para eso acudían / muchos muchachos bebedores, / que pervierten esta aldea, / viejos y viejas, / mozas que sirven **cauim.**

Guaixará. Bien, ya es bastante. / Vamos a asaltarlos suavemente, / arderá la tierra del mal.

Aimbirê. (ve al ángel y dice) Mira allá. Aquel sujeto / me está amenazando.
Oh!, ¿que será aquello / semejante a un **canindé** azul? / Parece papagayo...

Guaixará. Es el ángel / de la guarda de los Tapuyas.

Aimbirê. Ay!, él va a aplastarme, /me resulta terrible mirarlo.

Guaixará. No, caramba. Sé fuerte. / Ven, ataquémoslo / para

amedrentarlo. /Evitaremos las peligrosas flechas, /dejándonos derribar por él.

Aimbirê. Mira. El viene a azotarnos! / Tengo miedo, todos mis músculos / se estremecen, / están quedando duros..

El ángel (se dirige a Guaixará) ¿Quién eres tú?

Guaixará. Yo soy Guaixará, el baboso,/ gran **boicininga** (?), jaguar, / antropófago, agresor, **andirá-guasú** que vuela, / demonio asesino.

El ángel. ¿Y él?

Aimbirê. Soy boa, soy **socó** (?),/el gran tamoyo Aimbirê. / serpiente de gran tamaño, gavilán, / oso hormiguero greñudo, /soy demonio luminoso.

El ángel. ¿Qué procuráis / aquí en mi morada?

Guaixará. Amando a los esclavos, / queremos que nos obedezcan, / y nos preocupamos por ellos. / La gente ama / sinceramente las cosas que les son propias.

El ángel. ¿Quién, algún día, / os entregó a los esclavos / como propiedad vuestra? /El propio Dios, / en su santidad, / modeló sus cuerpos y sus almas.

Guaixará. ¿Dios? Tal vez... / Sin embargo, sus costumbres soy muy malas, / su vida no es edificante. / Ellos son pecadores, / rechazan el amor de Dios, / y se enorgullecen de eso con liviandad.

Aimbirê. Si el **cauim** corre en las **igasabas**, entonces ellas los tientan, / como las **cuias** de las viejas.
Las grandes calabazas quitan /su libertad espiritual./De los que quieren huirse lejos, / ganamos los corazones, / faltan al respeto a su creador...

El ángel. ¿No se esfuerzan, por cierto, / en rezar todos los días? / ¿Se escabullen?

Aimbirê. Eso mismo. En su boca apenas /reside la confianza en Dios, diciendo: '¿tendrá Dios / vista capaz de verme?'. / Vamos, retírate luego!, / De aquí iré a visitar / los interiores de las **ocas** para inquietarlos. /Tengo prisa, estos súbditos míos / hace mucho que desean verme...

El ángel. ¿Cuáles?

Aimbirê. Los esclavos viejos, / viejas, muchachos, / hombres, mozas, / todos los que, sumisos, / tengo bajo mi poder./ Enumeraré sus vicios, / para que creas en mí.

El ángel. Bueno, te oiré, pero es inútil...

Aimbirê. Están siempre llenas las **igasabas,** nunca falta el **cauim.** / De tan borrachos, / se hieren unos a otros.

El ángel. El rey **morubixaba** / les habla siempre / incriminándolos y censurándolos.

Aimbirê. ¿Censurar a los indios?.../ El propio rey, dueño de la fiesta, / convida a todos los esclavos, / exclamando: '**morubixabas, / mosacaras,** vengan a mí'.
Por lo tanto, los muchachos / al convite del **morubixaba** / es que banquetean, / allí a las mozas / agrediendo a voluntad.

El ángel. Por eso acostumbran / frecuentar a los aracayás, / que van tomando prisioneros...

Aimbirê. Por eso, los aracayás gustan de eso. / también viven desmandados...

El ángel. Unos a otros, por cierto,/se provocan algunas veces.

Aimbirê. No sé... Frecuentemente, /yo mismo los induzco / a deshonestidades.

Guaixará. Espera, yo te ayudaré. / Las viejas se injurian, / se odian, / no cesan de maldecir. / A las que se callan, consienten.../ Pecan estas vagabundas, / tejiendo intrigas, / probando remedios de la selva / para ser amadas / y volverse bellas.

Aimbirê. ¿Y esos muchachos / que persiguen mujeres, / codician esclavas / y por las selvas / se emboscan?

Guaixará. Oh! Esto no tendría fin, / aunque se pusiese el sol! / La **taba** entera es pecadora.

Aimbirê. Realmente, no tienen discernimiento. / Deberían maldecirnos...

/ Mira, los pescadores, que desean siempre / sus malévolas mancebas, / desvían su propia pesca / a ocultas del patrón. / Roban siempre criminalmente, / escondiendo las canoas de los indios.

El ángel. Afrentan a su Señor / continuando con su vida de esa forma.

Aimbirê. Oh! ¿Es así? / Me alegro, arrastaré a todos /que caerán conmigo en el infierno, / junto con los que les son queridos. / Me gustan todos los indios: / los que vicen en Pernambuco, / los que viven en Aritaguá, /los que viven en Inhambuti, /los que viven en esta región./ Frecuento Itacaya, / donde descanso. / Amo Itaoca. /Allí viven mis criaturas, / que acatan mis órdenes. /Los naturales de Jacurutu / ejecutan lo que ordeno. / Como los habitantes de Maguari, / los de más allá de Tacuari / y de Tapera creen en mí.

El ángel. Existe la confesión, / el mejor remedio para la cura. / Las almas enfermas de los indios / con ella sanan del todo. / Síguele la comunión./ Cuando sus pecados les causan remordimientos, /los indio van a confesarse,/diciendo: 'Quiero ser bueno..'. / El padre los bendice, / aplacando la cólera de Dios.

Guaixará. Ellos se confiesan / como si no tuviesen pecados./Las esclavas mozas/sus vicios esconden,/ disfrazan..

Aimbirê. Absueltos, / 'Al aproximarse la muerte / a mis grandes pecados / renunciaré', dicen.

Guaixará. Oye. En verdad /desconfía de sus bellaquerías..

El ángel. Odiándolos tanto / procuráis perjudicarlos. / Yo no me apartaré de ellos, / suplicando a Dios / que los auxilie siempre./ Confiarán en Dios / creando una cofradía, / apartándose de las malas costumbres,/ imitando al Señor Jesús / y respetándole.

Guaixará. Inútilmente confiarán. / Aunque los auxilies, / yo los arrebataré de tí. / Yo vuelo como este viento, / correré, volaré hacia ellos.../ Aimbirê, vamos de prisa / a alegrar a nuestros fieles. / Aquí están mis grandes cuernos. Yo rechino mis dientes...

Aimbirê. Sí, aquí están también, mis garras, /mis largos dedos, mis dientes...

El ángel. No esperéis, como otras veces andar matándo, / arrojándoos

sobre ellos,/ desorganizando esta aldea./ Idos al infierno./ Bien, los dos juntos / andaréis eternamente. / Somos, al fin, todos felices /gracias al Señor Dios./ Estaré siempre en guardia.

(Luego el ángel hace una plática a los oyentes):

Alegraos, hijos míos, por mí. / Aquí estoy para protegeros, / Vine del cielo /para estar con vosotros / y ayudaros siempre.
Iluminando esta aldea / junto a vosotros estoy. / No me apartaré de aquí, / de la custodia de esta aldea / me encargó Nuestro Señor.
Yo también vengo en este día, / a traeros a los tres Reyes / y a la estrella aparecida del Niñito Jesús / colocándome a su lado.
Aquí estoy. Amo vuestra alma, / guardándola, teniendo piedad de ella, / guiándola en este gran día, / embelleciéndola, santificándola, / apartándola de los viejos hábitos.
Ved, expulsé a los demonios, / arrojándolos al fuego. / No me quiero apartar de vosotros, / estando siempre con vosotros, / guardándoos y defendiéndoos.
Evitad, / de hoy en adelante, ser malos, / para extinguir vuestros viejos hábitos / -la bebida, el fétido adulterio, / las mentiras, las riñas,/el herirse mutuamente, las guerras-.
Confiad en vuestro Creador, / amándolo, acatando su ley, / obedeciéndole a él, / y ejecutando las palabras / del sacerdote, vuestro maestro.
Mirando / para el lado de Dios en el cielo. / Trayéndolo en vuestro corazón, / iréis a gozar / junto con los que le son queridos, poniéndolo a los pies.

Acto segundo. (Danza y canto en portugués:)

1. Te venimos a visitar,/ Niño bueno, Dios eterno./ Tú nos quieras ayudar,/ para poder escapar / del gran fuego del infierno.

2. Los tres reyes con devoción / vinieron a visitarte./ Yo también quiero alabarte / con todo mi corazón / y siempre, Señor, amarte.

3. Yo también vengo a danzar,/ puesto que soy pecador, /pero no tengo que darte,/ porque no quiero robar /los peces de mi Señor.

4. (en castellano). Los Reyes en este día,/os trajeron muchos dones./ Yo vengo con alegría,/ Señora Santa María, / a pedir muchos perdones.

5. (en tupí) Aquí estoy frente a ti,/ confiando en tí./ Ven, Señor mío,/ ámame,/ apodérate de mí.

6. Virgen María Señora,/ vuestro esclavo quiero ser,/ y te prometo vivir / en vuestro servicio ahora / y después hasta morir.

7. (en tupí) Destesto el mal / y deseo tus leyes. / Ven, en tu reino / inícia-me, Señorito mío,/ extirpando mis vicios.

8. (en castellano) Madre del Señor Jesús,/ pues os hablo en castellano, / tenedme de vuestra mano, / para que vea su luz / en el reino soberano.

9. Señor estos cinco reales / son de peces que vendí. / No os traigo más aquí,/ porque ayer todo lo más / di por vino que bebí.

10 Yo fui su compañero, / y por mí fue engañado. / Perdona nuestro pecado, / porque Tú eres el cordero / que paga por el culpado.

11. Soy un salvaje brasil, / y como no sé robar, / no tengo para te dar, / ni moneda, ni cuatrín. / Con todo, te quiero amar.

12. (en tupí) Soy tamoyo, mucho tiempo /viviendo con gran maldad / hoy con tu ley / quiero hacerme bueno. / Ven y hazme levantar (Martins 1954:749-772).

2.3 FERNÃO CARDIM (1549?-1625)

Aunque Cardim dedica la mayoría de los 36 años que vive en Brasil al gobierno interno de la Compañía, merece un lugar en esta antología por haber escrito una obra histórica y etnográfica y por haber apoyado la labor misionera como provincial (1604-09) y como superior de distintos colegios que tenían a su cargo aldeas indígenas. Además, fue un puente entre dos grandes cronistas de este capítulo, pues asiste a la muerte de Anchieta y recibe como provincial de la Compañía a Vieira. Nace en Viana do Alentejo (Evora) y en 1566 se hace jesuita. Dos hermanos suyos fueron también jesuitas: Lorenzo Cardim, que ya sacerdote pasó al Brasil en la expedición de 1585 y fue víctima de los corsarios franceses, y Diego Fróis, que fue profesor de teología moral en la Universidad de Coimbra.

En 1583 llega Cardim a Brasil como secretario del visitador P. Cristobão de Gouveia y recorre con él todas las casas de la Compañía. Con motivo de la visita escribe una extensa «Información de la misión del P.Cristobal de Gouveia en tierras de Brasil» en dos cartas al provincial de Portugal, que es conocida como «Narrativa epistolar» y que constituye la tercera parte de su crónica **Tratados da terra e gente do Brasil**. De 1587 a

1598 es superior de los colegios de Salvador y de Río. En 1598 marcha a Roma como procurador de la provincia del Brasil y, al regresar en 1601, cae en poder de piratas ingleses que lo llevan prisionero a Londres, en donde acaba siendo canjeado por un literato inglés y retorna a Lisboa. Al fin en 1604 puede volver a Brasil como nuevo provincial.

Durante su gobierno promueve las misiones entre los indios carijós del sur y de Maranhão al norte. Al sur envía al P.Jerónimo Rodrigues (1550-1631), quien dejó una **Relacão de Missão dos Carijós (1605-07)**, que es la primera etnografía sobre dicha etnia. Dicha relación se publicó en portugués en la obra ya citada **Novas cartas jesuíticas (Da Nóbrega a Vieira)** de Serafim Leite (São Paulo, Brasiliana, vol.194) y se tradujo parcialmente al castellano en la antología de Luis Nicolau D'Olwer, **Cronistas de las culturas precolombinas** (México, 1963, Fondo de Cultura, pp.645-52)). Al Maranhão envía Cardim en 1607 al P.Luiz de Figueira, que será el siguiente cronista, para estudiar la posibilidad de establecer una nueva misión. Al acabar su provincialato, Cardim vuelve a ser superior de los colegios de Río y de Salvador y muere en la aldea de Abrantes (Bahía), durante la ocupación de la capital bahiana por los holandeses.

Leite refiere que Cardim, al ser hecho prisionero por los piratas ingleses, fue despojado de distintos objetos. Entre éstos, junto al «vestuario, instrumentos músicales, una cruz y otros vasos de plata, había también y es lo que él más siente, manuscritos suyos en portugués y en latín, sermones, vidas de Cristo y comentarios teológicos» (1949, VIII:136). Uno de esos manuscritos fue publicado como **Treatise of Brazil** (London, 1625, Purchas his Pilgrimage, IV), aunque el editor atribuyó la obra a Manoel Tristão, que era un hermano jesuita enfermero, por aparecer su nombre en unas recetas del libro. Sin embargo, el autor era Cardim, que terminó de escribirla en 1584.

Casi tres siglos y medio después apareció la primera edición completa en portugués con el título de **Tratados da terra e gente do Brasil** (Río de Janeiro, 1925, Editores J.Leite y Cia). En 1980 apareció una nueva edición de la obra en las Editora Itatiaia y de la Universidad de Sao Paulo con un estudio previo de Rodolfo García. La crónica tiene en realidad tres partes, que se editaron por primera vez en distintas ciudades y fechas: l) Del clima y de la tierra del Brasil (Río de Janeiro, 1885), 2) Del principio y origen de los indios (Río de Janeiro, 1881) y 3) Narrativa epistolar (Lisboa, 1847).

He elegido para al antología dos textos. El primero, tomado de la 2a.parte de la crónica, presenta su cuidadosa etnografía, que ha sido a menudo comparada con las **Informações** de Anchieta, sobre danzas, entierros,

armas y antropofagia ritual de los indios tupís. El segundo, tomado de la 3a.parte, recoge el recorrido del P.Visitador Cristovâo Gouvêa por tres aldeas (Espíritu Santo, San Antonio y San Juan) que dependían del colegio de Bahía. Este texto permite conocer el desarrollo pastoral en la catequesis, los sacramentos (bautismo, confesión, comunión y matrimonio) y sacramentales, las cofradías, la música y aun ciertos rasgos de la organización social (autoridad, escuela y persistencia de costumbres indígenas) de las aldeas a los treinta años de su fundación; además, proporciona buena información adicional sobre la cultura tupí y sobre la relación de los misioneros con el mundo colonial. Paso a traducir dichos textos:

I. ETNOGRAFIA TUPI DE LA FIESTA Y DE LA MUERTE (1584)

(1. De sus bailes y cantos)

«Aunque son melancólicos, tienen sus juegos, sobre todo los niños, muy variados y graciosos, en los que remedan a muchas clases de pájaros, y lo hacen con tanta fiesta y orden que no puede pedirse más; los niños son alegres y dados a holgarse y lo hacen con tanta tranquilidad y amistad, que entre ellos no se oyen palabras ruines, ni ofensas, ni mentar al padre o a la madre y rara vez se desconciertan en sus juegos, ni tienen desavenencias, ni se arrojan unos contra otros, ni pelean. Desde muy pequeños, los padres les enseñan a bailar y cantar, y sus bailes no son de gran variedad, sino un constante batir de pies, estando quedos, o andando alrededor y meneando el cuerpo y la cabeza. Y todo lo hacen, acompasadamente y con mucha seriedad, al son de un cascabel, similar al que usan los niños en España, con muchas piedritas dentro o ciertas semillas, con las que hacen también muy bonitas cuentas.

Así bailan y cantan al mismo tiempo, porque no hacen una cosa sin la otra, y tienen tal compás y orden que a veces se reúnen cien hombres cantando y bailando en carrera y alineados unos detrás de otros, y acaban todos juntos a un golpe, como si estuvieran todos al unísono; son muy estimados entre ellos los cantores, así varones como mujeres, de tal modo que, si toman cautivo un enemigo buen cantor e inventor de trovas, por ese solo hecho le perdonan la vida y no se lo comen, como tampoco a sus hijos. Las mujeres bailan como los hombres y hacen con el cuerpo y los brazos, sobre todo cuando bailan solas, grandes gestos y burlas. Guardan entre sí diferencias de voces con su consonancia y de ordinario las mujeres hacen de tiples, contraaltos y tenores.

(2. **Modo de realizar los entierros**)

Son muy tiernos, sobre todo en llorar a sus muertos y, luego que alguno muere, sus parientes se arrojan sobre él en la hamaca con tal rapidez que a veces, creyendo que está muerto, lo ahogan antes de morir; los que no pueden echarse sobre el muerto en la hamaca, se arrojan al suelo con grandes caídas, que parece milagro que no acaben con el mismo muerto, y quedan tan cortados de esas caídas y llantos que a veces mueren. Cuando se ponen a llorar, dicen muchas lástimas y amarguras; si la persona muere al principio de la noche, se pasan toda ésta llorando en voz alta, que espanta que no se cansen.

Para estas muertes y duelos llaman a los vecinos y parientes. Si se trata de un principal, júntase toda la aldea para llorar, pues también en esto tienen sus puntos de honra y, a los que no lloran, los maldicen diciendo que nadie va a llorar por ellos. Después que alguno muere, lo lavan y lo pintan cuidadosamente, como pintan a sus enemigos, luego lo cubren por completo de hilo de algodón, le ponen una **cuya** en la cara, lo colocan sentado en un pote que para eso tienen debajo de tierra y lo cubren de tierra; después le hacen una casa donde todos los días le llevan de comer, porque dicen que, al cansarse de bailar, viene allí a comer. Y así van a llorar por algún tiempo todos los días a sus parientes, y con el difunto meten todas su joyas y **metaras**[1], para que no las vea nadie, ni les dé lástima; pero, si el difunto tenía algún objeto que le habían dado, como una espada, etc., queda con quien se la dió y éste, donde quiera que esté, la recupera porque dicen que, cuando uno muere, pierde todo derecho a lo que le habían dado.

Después de enterrado el difunto los parientes están en continuo llanto de día y de noche, comenzando unos y siguiendo otros; no comen sino de la noche, arman las hamacas junto a los techos, y las mujeres se cortan los cabellos al segundo día; dura este llanto toda una luna, acabada la cual tienen grandes vinos para poner fin al dolor y los varones se trasquilan y las mujeres se adornan pintándose de negro. Terminadas éstas y otras ceremonias, comienzan a comunicar unos con otros, así hombres como mujeres; después que mueren sus compañeros, ellas a veces no vuelven a casarse, ni toman en las fiestas de bebidas, ni se tiñen de negro; pero esto es raro entre ellos, por ser muy dados a las mujeres y no poder vivir sin ellas.

(3. **Herramientas y armas que utilizan**)

Antes de conocer a los portugueses usaban herramientas e instru-

1 Objetos personales

mentos de piedra, hueso, palo, caña, dientes de animal, etc. y con estos derribaban grandes selvas con cuñas de piedra, ayudándose del fuego; así mismo cavaban la tierra con unos palos agudos y hacían sus **metaras**, abalorios de caracol, arcos y flechas tan bien hechos, como ahora los hacen con sus instrumentos de hierro, por lo que antes empleaban mucho tiempo en hacer cualquier cosa; por eso, estiman tanto el hierro por la facilidad que sienten en hacer las cosas con él, y ésta es la razón porque les gusta estar en comunicación con los blancos.

Las armas de estos salvajes son de ordinario los arcos y las flechas y se honran mucho de ellas, haciéndolas de buenas maderas y muy elegantes, tejidas con palmas de varios colores y las cuerdas teñidas de verde o rojo; hacen las flechas muy alegres, buscando para ello las plumas más hermosas que hallan, y las hacen de varias plumas y les ponen en la punta dientes de animales, ciertas cañas muy duras e hirientes o unos palos agudos con muchas astillas y a veces hierbas con ponzoña. Aunque estas flechas parecen cosa de broma, son, sin embargo, un arma cruel; atraviesan las corazas de algodón y chocando con cualquier pedazo de madera, la abren por el medio, y aun pueden atravesar a un hombre de parte a parte y clavarlo en el suelo. Desde muy pequeños se ejercitan en estas armas y se convierten en grandes flecheros y son tan certeros que no se les escapa un pajarito por pequeño que sea, ni un animal de la selva, y no tienen más que querer meter una flecha en el ojo de un pájaro o de un hombre o dar en cualquier otra cosa por pequeña que sea, que no den en el mismo blanco, y por eso son muy temidos y tan intrépidos y feroces que mete espanto.

Son como animales de la selva, porque entran a cazar, desnudos y descalzos, en el sertón sin miedo ni temor alguno. Tienen una vista extraordinaria, porque a distancia avizoran cualquier cosa, y de la misma menera oyen; tienen gran sentido de la orientación y, rigiéndose por el sol, van a todas las partes que quieren, 200 o 300 leguas, por medio de selvas sin errar un punto; caminan mucho y siempre rápido y sobre todo con cargas, ningún caballo los puede seguir; son grandes pescadores y nadadores, no teman el mar ni las olas, y soportan nadando durante un día y una noche y lo mismo hacen remando y a veces sin comer. También usan como armas las espadas de palo, en cuyo extremo tejen palmas o colocan plumas de varios colores, sobre todo en sus fiestas y matanzas; estas espadas son crueles, porque no producen heridas, sino que magullan y quiebran la cabeza de un hombre sin que haya remedio de cura.

(4. Preparación de la antropofagia ritual)

De todas las honras y gustos de la vida, ninguno es tan grande para

estas gentes como matar y tomar nombres con las cabezas de sus enemigos, ni entre ellos hay fiesta que llegue a las que hacen en la muerte de los que sacrifican con grandes ceremonias, la cuales hacen de esta manera. Los que son tomados vivos durante la guerra, son destinados al sacrificio y vienen luego de ella con una señal, que es una cuerdita delgada en el cuello; si es un hombre que pueda huir, trae una mano atada al cuello por debajo de la barba. Antes de entrar en las poblaciones que hay por el camino los acicalan, depilándole las pestañas, las cejas y la barba, cortándoles el pelo según su costumbre y cubriéndoles la cabeza con plumas amarillas tan bien asentadas que parece cabello; así se les ve tan espléndidos como a los españoles con vestidos de lujo, y así van mostrando su victoria por donde pasan.

Llegando a su tierra, salen a recibirlo las mujeres gritando y dando al mismo tiempo palmadas en la boca, que es su recibimiento común, sin ninguna otra vejación o prisión. Pero le tejen en el cuello un collar redondo como cuerda bien gruesa, tan dura como un palo, y en él comienzan a urdir gran número de brazas de cuerda delgada de la longitud de los cabellos de mujer, rematada por arriba con cierta vuelta y suelta por abajo, que le llega de oreja a oreja por detrás de la espalda. Aparece con este collar una cosa horrenda. Si es de un sitio fonterizo y puede huir, le ponen en lugar de grillos por debajo de las rodillas una cuerda de tejido de hilo muy apretada, que sería débil para cualquier navaja, si no fuera por los vigilantes, que en ningún momento se apartan de él, sea que vaya a las casas, a la selva o a la plaza, que para todo tiene libertad.

Comúnmente lo vigila una que le dan por mujer y también para hacerle la comida; el cautivo, si sus dueños no le dan de comer, como es costumbre, toma un arco y flechas y tira a la primera gallina o pato que ve, cualquiera que sea su dueño, y nadie le viene a la mano; así van engordando, sin perder el sueño, ni dejar de reir y alegrase como los otros, y algunos están tan contentos de ser comidos que en modo alguno consentirían en ser rescatados para servir, porque dicen que es triste cosa morir y descomponerse y ser comidos por los gusanos. Estas mujeres son comúnmente fieles en la vigilancia, porque ésta les proporciona gran honor, y por eso muchas veces son jóvenes e hijas de principal, sobre todo si sus hermanos han de ser los matadores; porque las que no tienen esta obligación con frecuencia se aficionan a ellos de modo que, no solo le dan oportunidad de escapar, sino que también se marchan con ellos; ellas no corren otros riesgos, si las vuelven a cautivar, que llevarse unos cuantos golpes, pero a veces son comidas por los mismos a quienes dieron la vida.

Determinado el tiempo en que ha de morir, comienzan las mujeres a

hacer loza, a saber, panelas, vasijas y vasos para los vinos, tan grandes que cada uno llevará un tonel; en esto los que presiden, así los principales como los otros, mandan mensajeros a convidar a otros de diversas partes para tal luna, hasta diez, doce y más leguas, para lo que nadie se excusa. Los huéspedes vienen en grupo con sus mujeres e hijos y todos hacen su entrada en el lugar con danzas y bailes, y todo el tiempo en que se reúne la gente, hay vino para los huéspedes, porque sin él el mayor agasajo no es suficiente; una vez reunida la gente, se inicia la fiesta unos días antes, conforme al número de ceremonias que le preceden, cada una de las cuales lleva un día.

(5. Los cuatro primeros días del ritual)

Para esto tienen ellos, en primer lugar, unas cuerdas de algodón de razonable grosura, no torcidas, sino tejidas con un trabajo cuidadoso; son muy apreciadas entre ellos y no las tienen todos sino algunos principales, y según ellas son primeras y bien hechas, ellos son vigorosos, y es de suponer que ni en un año se hacen. Dichas cuerdas están siempre muy guardadas, y son llevadas a la plaza con gran fiesta y alborozo dentro de unas vasijas, donde les hace un maestro dos nudos, por dentro de las cuales con fuerza corre una de las puntas de manera que les queda bien en el medio un lazo; estos nudos son elegantes y artificiosos, que pocos hay que los sepan hacer, porque tienen unas diez vueltas, de las que cinco van por encima de las otras cinco, como si se atravesasen los dedos de la mano derecha sobre los de la mano izquierda, y después la tiñen con una polvo de barro blanco como cal y las dejan secarse.

El segundo día traen muchos haces de caña de longitud de lanzas o mayores, y por la noche las ponen en círculo de pie, con las puntas para arriba, apoyadas unas en otras, y, colocándoles fuego al pie, hacen una hermosa y alta hoguera, alrededor de la cual andan bailando hombres y mujeres con manojos de flechas sobre el hombro, pero andan muy de prisa porque el que ha de morir, que los ve mejor de lo que es visto por causa del fuego, lanza sobre cuanto haya y a quien le cae, le cae, y como son muchos,pocas veces erra.

Al tercer día hacen una danza de hombres y mujeres, todos con instrumentos musicales de cañas, y golpean todos a una en el suelo acompasadamente, ya con con un pie ya con el otro, al mismo tiempo que soplan las cañas, sin cantar ni hablar nada; como son muchos y las cañas son unas más gruesas y otras menos, además de atronar las selvas, producen una armonía que parece música de infierno, pero ellos continúan con

ellas, como si fueran las más suaves del mundo; y éstas son sus fiestas, fuera de otras que intercalan con muchas bromas y adivinaciones.

Al cuarto día, cuando rompe el alba, llevan a lavar al cautivo en un río, y se van deteniendo para que, cuando regresen, sea ya día claro; al entrar en la aldea, el cautivo va mirando atentamente, porque no sabe de qué casa o puerta le va a salir un valiente para agarrarlo por detrás; porque, como toda su bienaventuranza consiste en morir como valiente y la ceremonia que sigue es de las más próximas a la muerte, como el que ha de agarrarlo muestra sus fuerzas en subyugarlo sólo él sin la ayuda de otro,así él quiere mostrar su ánimo y sus fuerzas en resistir; y a veces lo hace de modo que, apartándose el primero como cansado de la lucha, le sucede otro que se tiene por hombre más valiente, a quienes a veces deja bien desacreditados y más los dejaría si el cautivo no tuviese en este tiempo una atadura o grillos.

Acabada esta lucha él de pie, bufando de ira y cansancio con otro que lo tiene agarrado, sale con un coro de ninfas que traen una vasija nueva pintada y en ella las cuerdas enrolladas y bien limpias, y puesto este presente a los pies del cautivo, comienza una anciana versada en esto y maestra del coro a entonar un cántico que las otras apoyan, cuya letra es adecuada a la ceremonia; mientras ellas cantan, los hombres toman las cuerdas, y metido el lazo en el cuello le hacen un nudo simple junto con otros dos grandes, para que no se pueda más ampliar, y hecha de cada punta una rueda doble las meten en el brazo de la mujer que anda siempre detrás de él con este peso y si el peso es mucho por ser las cuerdas gruesas y largas, le dan otra que traiga una de las ruedas; si él antes infundía temor por la cólera, pero queda con los dos nudos tan grandes en el cuello de la banda de atrás, y por eso dice un verso del cántico: **nosotras somos aquellas que hacemos estirar el pescuezo al pájaro**, puesto que después de otras ceremonias le dicen en otro verso: **si tú fueras papagayo, huirías de nosotros volando.**

En este tiempo están los potes de vino puestos en fila en medio de una casa grande, y como la casa no tiene compartimentos, aunque sea de 20 o 30 brazas de longitud, está atestada de gente. En cuanto comienzan a beber es un laberinto o infierno verlos y oírlos, porque los que bailan y cantan persisten con grandísimo entusiasmo todos los días y noches que duren los vinos: porque, como ésta es la fiesta propia de las matanzas, hay en el beber el vino muchas peculiaridades que duran mucho, y a cada paso orinan, y así continúan siempre, y noche y día cantan y bailan, beben y hablan cantando en grupos por toda la casa de las guerras y fortunas que hicieron; como cada uno quiere que le oigan su historia, todos hablan cada quien más alto, afuera de otros estruendos, sin callar nunca ni por espacio de un cuarto de hora.

En la mañana que comienzan a beber acicalan al cautivo de un modo peculiar que para eso tienen, a saber: una vez limpio el rostro y cuanto vello hay en él, lo untan con la leche de cierto árbol resinoso, le ponen encima cierto polvo de cáscaras de huevo verde de determinada ave de la selva y, sobre esto, lo pintan de negro con pinturas galanas; después untan todo el cuerpo hasta la punta de los pies y lo llenan por completo de pluma, que para tal fin han arrancado y teñido de rojo, lo cual le hace parecer una mitad más grueso, el rostro tanto mayor y luciente, y los ojos más pequeños, que resulta una horrenda visión.

De la misma manera que ellos tienen pintado el rostro, lo está también la espada. Esta es de palo a modo de palmeta, solo que la cabeza no es tan redonda, sino casi triangular, y sus bordes acaban como en filo y el asta, que será de 7 u 8 palmos; no es completamente gruesa, sino que tiene junto a la cabeza 4 dedos de anchura y va estrechándose cada vez más hasta el extremo, donde trae unos pendientes o campanillas de plumas de diversos colores, que son cosa galana y de valor entre ellos, que los llaman **Ingapenambin**, orejas de la espada. El último día de los vinos hacen en medio de la plaza una choza de palma (o tantas, cuantos son los que han de morir), donde se hospeda y sin entrar nunca más en casa, y todo el día y la noche es bien servido de fiestas más que de comer, porque no le dan otro alimento sino una fruta que tiene sabor a nueces, para que al otro día no tenga mucha sangre.

(6. El quinto y definitivo día del rito)

Al quinto día, a las 7 de la mañana poco más o menos, la compañera lo deja allí y se va a su casa muy triste, diciéndole como despedida algunas frases de pena, al menos fingida; entonces le quitan el peal, le pasan las cuerdas del cuello a la cintura y, estando de pie a la puerta del que lo ha de matar, sale danzando el matador; éste se ha blanqueado como una paloma con barro blanco y lleva una que llaman capa de pluma, que se ata al pecho y tiene las faldas para arriba como las alas de un ángel. En su danza da una vuelta por la plaza y va haciendo unos gestos extraños con los ojos y el cuerpo, y con las manos remeda a la lombriz miñoca que desciende a la carne. Con estas diabluras llega a la víctima, al que tienen cuerdas estiradas por los lados y sostenidas por uno en cada lado; el cautivo se encuentra con que al tirar, lo hace de buena gana y muchas veces tiene a quien, porque le salen muchos valientes y tan ligeros en quitar el cuerpo que no los puede acertar.

Acabado esto viene un honorable, padrino del que ha de ser nuevo

caballero, y tomando la espada, la pasa muchas veces por entre las piernas, metiéndola ya por una parte ya por la otra, al modo que los jóvenes traviesos tocadores de caramillos lo pasan entre las piernas. Después tomándola por el medio con ambas manos apunta con una estocada a los ojos de la víctima, y hecho esto le da vuelta a la cabeza hacia arriba del modo que de ella han de usar, y la coloca en las manos del matador, ya como apta e idónea con aquellas bendiciones para hacer su oficio, para el cual se pone un tanto al lado izquierdo, de tal manera que con el filo de la espada le acierta en la nuca, porque no tira a otra parte. Y es tanta la brutalidad de éstos que, por no temer otro mal sino aquel presente, están tan enteros como si nada, así para fallar como para ejercitar las fuerzas, porque después de despedirse de la vida diciendo: **que muera en muy buena hora, porque ha matado a muchos y porque, además de eso, acá quedan sus hermanos y parientes para vengarlo**, y en esto se prepara para hurtar el cuerpo, que es toda la honra de su muerte.

Y son en esto tan ligeros que muchas veces se llega al mediodía sin que puedan matarlo, porque, al ver la espada por el aire, ora desvía la cabeza ora le hurta el cuerpo, y son en esto tan terribles que, si los que tienen las puntas de las cuerdas lo aprietan, como hacen cuando el matador es flojo, ellos se oponen duramente a traerlas así y las hacen aflojar, teniendo un ojo en ellas y otro en la espada, sin nunca estar quietos. Como el matador no los puede engañar amenazando sin dar, bajo pena de que se burlen de él, ellos le adivinan el golpe, de modo que, por más bajo que venga, en un soplo se abaten y se agachan tanto que es cosa extraña. No lo es menos tomar la espada soportándole el brazo con tal arte que sin hacerle nada corren con ella hacia abajo y la meten bajo el sobaco tirando del matador, al cual, si entonces no acudiesen, el otro lo despacharía. Porque tienen ellos en este acto tantos agüeros que para matar a un niño de cinco años van tan acicalados como para matar a un gigante, y con estas ayudas da tantas veces, hasta que acierta algunas y ésta basta, porque en tanto que él cae le da tantas veces hasta que le quiebra la cabeza, puesto que ya se vió uno que la tenía tan dura que nunca la pudieron quebrar; porque como la traen siempre descubierta, tienen las cabezas tan duras que las nuestras en comparación de ellas quedan como calabazas, y cuando quieren injuriar a algún blanco le llaman cabeza blanda.

Si al que mataron, cae de espaldas y no de bruces, lo tienen por gran agüero y pronóstico de que el matador ha de morir; y aunque caiga de bruces tienen muchas ceremonias, si no guardan las cuales tienen para sí que el matador no podrá vivir; y son muchas de ellas tan penosas que, si alguien por amor de Dios sufriese esos trabajos, no ganaría poco, como abajo se dirá. Muerta la víctima, la llevan a una hoguera que para esto tie-

nen preparada, y llegando a ella, en tocándole con una mano de una piel poco más gruesa que la de la cebolla, hasta que todo queda más limpio y albo que un lechón pelado y entonces se entrega al carnicero o matarife, el cual le hace un agujero debajo del estómago, siguiendo su estilo, por donde los niños primero meten la mano y tiran de las tripas, hasta que el matarife corta por donde quiere, y lo que queda en la mano es la porción de cada uno, y lo demás se reparte por la comunidad, salvo ciertas partes principales que por grande honra se dan a los huéspedes más ilustras, las cuales ellos llevan muy asadas, de modo que no se corrompan, y sobre las cuales después en sus tierras hacen fiestas y vinos de nuevo.

(7. Honores al sacrificador del prisionero)

Acabando el matador de ejercer su oficio, le dedican otra ceremonia de esta manera: soltada la capa de plumas y tirada la espada, se dirige hacia su casa, en cuya puerta le está esperando quien fue su padrino del sacrificio con un arco de tirar en la mano, a saber: las puntas una arriba y otra abajo y jalando la cuerda como el que está a punto de disparar. El matador pasa por dentro tan sutilmente que no lo toca y en pasando él, el otro afloja la cuerda en señal de pesar, como si hubiese errado el tiro. Aquello tiene virtudes posteriores, pues en caso de guerra los enemigos errarán sus tiros ante su ligereza. Después comienza a correr por todas las casas y sus hermanas y primas hacen lo mismo que él diciendo:'mi hermano se llama N', y lo repiten por toda la aldea. Y si el caballero tiene alguna cosa de valor, el primero que llega la toma hasta dejarlo sin nada.

Una vez terminado esto, tienden por el suelo unos palos de pilón, sobre los cuales él permanece de pie aquel día con tanta quietud, como si ello le produjera pasmo, y le llevan a presentar la cabeza del muerto, de la que arrancan un ojo y con las raíces y nervios del mismo le untan los pulsos. Después, cortan en redondo la boca del muerto y se la colocan en el brazo como pulsera. Finalemnte, se acuesta en su hamaca como enfermo, y en verdad lo está de miedo, porque si no cumple perfectamente todas las ceremonias, lo matará el alma del muerto. A los pocos días le marcan su hábito; no en el pecho velludo, que ellos no lo tienen, sino en la propia piel rascándole por todo el cuerpo con un diente de cutia, que se parece al diente de conejo, y ya sea por su poco filo o porque ellos tienen la piel dura, parece que están rasgando un pergamino. Y si ellos se muestran animosos no les marcan los trazos directos sino cruzados,de modo que les quedan unas labores muy primorosas; algunos gimen y gritan por el dolor.

Terminado esto, traen ceniza molida y zumo de hierba mora con las

que refriegan los trazos marcados para que se abran e hinchen, lo cual produce un tormento mayor aún, y mientras se cierran las heridas, lo que tarda algunos días, se quedan acostados en su hamaca sin hablar ni pedir nada. Para no quebrar el silencio tienen junto a sí agua y harina de cierta fruta como la almendra, a la que llaman **mendobis**, porque en aquellos días no toman carne ni pescado.

Después de sanar, pasados muchos días o meses, se preparan grandes vinos para que él salga del período de luto y pueda cortarse el cabello, lo que hasta allí no hacía, y entonces se tiñe el cabello de negro. De allí en adelante queda habilitado para matar sin realizar ninguna ceremonia trabajosa, en lo cual él se muestra orgulloso, ufano y aun con cierto desdén, como quien ya tiene honra y no la gana de nuevo. Así no hace más que dar al otro un par de garrotazos, se va para casa, aunque la cabeza quede entera y el cuerpo agitándose; a éste acuden luego a cortar la cabeza y las madres con sus niños en brazos lo felicitan y entrenan a éstos para la guerra tiñéndoles los brazos con la sangre. Estas son las hazañas, honras y valentías con las que estas gentes toman nombres singulares, de los que se precian mucho y les quedan de allí en adelante: **Abaétés, Murubixaba, Mocacara**, que son títulos y nombres de caballeros. Y estas son las desafortunadas fiestas en que estos pobres ponían su felicidad y gloria antes de tener conocimiento de su Creador» (**De principio e origem dos indios** 1980:93-101).

II. VISITA A TRES ALDEAS DE INDIOS TUPIS (1584)

(1. En Espíritu Santo: sacramentos y fiestas)

«A los **3 de enero** partimos el P.Visitador, el P. Provincial y otros padres y hermanos. Fuimos en aquella noche agasajados en casa de un sacerdote devoto de la Compañía, que después entró en ella...[2]. Al día siguiente después de misa, nos acompañó hasta la aldea, y en el camino, junto a la cascada de otro hermoso río, nos dió de comer con el mismo concierto y limpieza, con variados alimentos de aves y cazas. Al terminar de comer, los indios pescaron algunos peces: son tan diestros en esto que, al llegar sudorosos a un río, luego se arrojan para lavarse y nadar, sacan los cordeles, agarran peces, hacen fuego y se ponen a asarlos y comerlos; y todo con tal rapidez que es cosa de espanto.También los flautistas nos alegraron, que llegaron allí para recibir al padre.

---

2 Aquí Cardim narra brevemente las atenciones que, al visitador y a sus acompañantes, ofreció el sacerdote Gonzalo de Oliveira los dias 3 y 4 de enero de 1584.

Junto a la aldea del Espíritu Santo nos esperaban los padres, que de ella tienen cuidado, bajo una fresca ramada, que tenía una fuente portatil que refrescaba el lugar para dar calma, además de darle un buen aspecto. Bajo la ramada fue representdo por los indios un diálogo pastoril en tupí, portugués y castellano; ellos tienen mucha gracia al hablar lenguas extrañas, sobre todo el castellano. Hubo buena música de voces, flautas, danzas y desde allí fuimos procesionalmente hasta la iglesia con varias invenciones. Hecha la oración, el P. Visitador les impartió su bendición, con la que se les imagina que quedan santificados, por lo mucho que estiman una bendición del **Abaré-Guasú**[3].

El día de Reyes (**6 de enero** del 84) renovaron sus votos algunos hermanos. Antes de la misa, el P.Visitador, revestido con capa pluvial de damasco blanco, con diácono y subdiácono revestidos del mismo damasco, bautizó unos 30 indios. En todo el tiempo del bautismo hubo buena música y motetes, y de cuando en cuando se tocaban las flautas. Luego hubo misa solemne con diácono y subdiácono, acompañada en canto de órgano por los indios, con sus flautas, clavicornio y viola pequeña; durante la misa un joven estudiante cantó algunos salmos y motetes con extraordinaria devoción. En esta misa el Padre casó a algunos en la ley de gracia, precediendo allí mismo las proclamas matrimoniales.

Además dió la comunión a 180 indios, de los cuales 24, por hacer su primera comunión, comulgaron en primer lugar con una corona de flores en la cabeza; después de la comunión el Padre les impuso en el cuello escapularios con **Agnus Dei** de distintas sedas con sus cordeles y cintas, de lo que todos quedaron muy consolados. Uno era un principal, llamado Men de Sá, que hacía 20 años que era cristiano; fue tanta la consolación que tuvo de haber comulgado, que no cabía de alegría.Todo el día llevó la corona en la cabeza y la guardó, diciendo que la guardaría hasta su muerte, para acordarse de la merced que Nuestro Señor le había hecho al comulgar.

Es mucho de alabar a Nuestro Señor por la gran devoción y fervor que se ve en estos indios cuando han de comulgar; porque los hombres casi todos se disciplinan la noche antes por espacio de un **Miserere**, precediendo letanías y una exhortación espiritual en lengua tupí; se disciplinan cruelmente, y no tienen necesidad de esperar a la noche, pues muchos, al terminar su confesión, se disciplinan en el templo por devoción delante de todos, aunque sea de día; casi todos tienen su propia disciplina, que saben hacerlas muy buenas. Las mujeres ayunan por devoción dos o tres días

---

3 Esta expresión tupi significa padre-grande, obispo.

antes.Y todos al comulgar tienen mucha devoción y lloran muchas lágrimas; se confiesan de faltas muy menudas y el mismo día de la comunión vuelven a reconciliarse, por levísima que sea la materia de absolución. Si les dicen que no es nada y que se vayan a comulgar, responden: 'padre, ¿cómo he de comulgar sin que me absuelvas?'

Durante la misa hubo predicación en lengua tupí y después procesión solemne con danzas y otras invenciones. El P.Visitador llevaba el Santísimo Sacramento en una custodia de plata bajo palio, cuyas varas llevaban unos principales tan atenta, devota y absortamente que es para verlo. Tuve gran consuelo confesando a muchos indios e indias por medio de intérprete; son inocentísimos y viven con muchos menos pecados que los portugueses. Les daba una penitencia leve, porque no son capaces de más, y después de absolverlos les decía en tupí:'**xê rair tupâ tosô de hirunamo**', es decir, 'hijo, Dios va contigo'.

Acabada la fiesta espiritual, ordenó el P.Visitador hacer otra corporal, dando de comer a todos los de la aldea, bajo una gran ramada. Los hombres comían en una parte y las mujeres en otra; en la comida se gastó una vaca, unos puercos domésticos y de la selva con otros productos de la caza, muchas legumbres, frutas y bebidas típicas de frutas. Al terminar de comer, se tocaban los tambores y las gaitas. La fiesta fue grande para ellos, por lo que en la tarde determinaron alegrar al Padre, jugando a las 'naranjadas' y haciendo motines de guerra a su modo y al de los portugueses. Cuando hacen estos motines, andan muy juntos en un cuerpo como multitud con sus arcos en las manos y manojos de flechas levantadas para arriba; alguno se pintan y empluman de varios colores. Las mujeres los acompañan, la mayoría de ellas desnudas, y andan juntos recorriendo toda la población, dando grandes gritos, y al mismo tiempo bailando y cantando al son de un calabazo lleno de piedritas (como los pequeños panderos de los niños en Portugal)[4].

Van tan serenos y tan acompasados que no cometen el menor error con los pies, y hollan el suelo de tal manera que hacen temblar la tierra. Andan tan inflamados en bravura y muestran tanta ferocidad, que es cosa terrible y espantosa. Las mujeres y niños también les ayudan en estos bailes y cantos; hacen sus intercambios y mudanzas con tales gestos y muecas, que es cosa ridícula. De ordinario no se mueven de un lugar, sino están quedos en rueda, meneando los cuerpos, manos y pies. No se les entiende lo que cantan, pero me dijeron los padres que cantaban en trova cuantas hazañas y muertes habían hecho sus antepasados. Remedan pájaros, cobras y otros animales, todo trovado por comparaciones para incitarse a pelear. Estas

4 Maracas

trovas las improvisan y las mujeres son insignes trovadoras. Cuando hacen este motín, también salen uno y otro a la plaza, y ambos se ensayan hasta que alguno se cansa, y luego viene otro a acudirle. Algunas veces procuran venir a las manos y amarrar al contrario, y todo esto lo hacen para embravecerse. En fin, tengo por milagro el que llegue a domarse gente tan fiera; mas todo lo puede un celoso y humilde, lleno del amor de Dios y de las almas, etc.

(2. Cultura tupí antes de evangelización)

Moraban los indios antes de su conversión en aldeas, en unas **ocas** o casas muy largas, de 200, 300 o 400 palmos y 50 de ancho, poco más o menos, fundadas sobre grandes puntales de madera con paredes de paja o de tapia de mano, cubiertas de **pindoba**, que es cierto género de palma que resiste bien el agua y dura tres o cuatro años. Cada casa de estas tiene dos o tres entradas, sin puerta ni cerradura: dentro de ellas viven 100 o 220 personas, cada matrimonio con su grupo, sin ninguna repartición y viven de una parte y de otra, quedando gran espacio en el medio, y todos están como en comunidad, y al entrar uno en la casa se ve cuánto hay en ella, porque todos están a la vista unos de otros, sin repartición ni división. Y como la gente es mucha, suelen tener fuego de día y de noche, en verano y en invierno, porque el fuego es su ropa, y ellos son muy desdichados sin fuego. La casa parece un infierno o laberinto, unos cantan, otros lloran, otros comen, otros preparan harina o vinos, etc. y toda la casa arde de fuegos; sin embargo, es tanta la conformidad entre ellos, que en todo el año no hay ninguna pelea, y no teniendo nada cerrado, tampoco hay hurtos. Si fuera otra nación cualquiera, no podría vivir de la manera que viven sin muchas quejas, disgustos y aun muertes, lo que nunca sucede entre ellos. Esta costumbre de las casas guardan también ahora después de ser cristianos.

En cada **oca** de éstas hay siempre un principal, al que tienen alguna clase de obediencia (aunque haya otros más de menor rango). Este exhorta a preparar sus rozas y demás servicios y los anima para la guerra, y en todo le tienen respeto. Háceles tales exhortaciones por medio de discursos, comienza de madrugada echado en la hamaca por espacio de media hora, al amanecer se levanta y recorre toda la aldea continuando su discurso, lo que hace en voz alta y muy pausada, repitiendo muchas veces las palabras. Entre estos principales y oradores, hay algunos ancianos de gran nombre y autoridad entre ellos, que tienen fama en todo el sertón, 300 o 400 leguas y más. Estiman tanto a un buen orador que le llaman señor de la palabra. Y en su mano tiene la muerte y la vida y los llevará a donde quiera sin contradicción. Cuando quieren probar a uno y saber si él es buen orador, se

juntan muchos para ver si lo pueden cansar, hablando toda la noche con él, y a veces dos o tres días sin que se enfade.

Estos principales, cuando el P.Visitador llegaba, discurseaban a su modo sobre los trabajos que padeció el Padre en el camino, atravesando las olas del mar y viniendo de tan lejos, expuesto a tantos peligros para consolarlos a ellos, y movían a todos a alegrarse de tanto bien y a traerle algunas cosas suyas. Por los principales fue visitado muchas veces, viniendo todos juntos, **per modum universi**, con sus varas de alguaciles en las manos, que estiman mucho, porque desde que son cristianos se le dan estas varas a los principales, para honrarlos y para asemejarlos a los blancos. Esta es toda su honra secular.

Es una cosa no solo nueva, sino de gran espanto, ver el modo que tienen en agasajar a los huéspedes, a los cuales agasajan llorando de un extraño modo. La cosa sucede de esta manera. Al entrar algún amigo, pariente o parienta por la puerta, si es varón luego se va a echar en la hamaca sin decir palabra; las parientas, también sin decir palabra, lo rodean, echándole los cabellos al rostro y los brazos al cuello, y le tocan con la mano alguna parte de su cuerpo, como las rodillas, el hombro, el cuello, etc. Estando de este modo y teniéndolo medio rodeado, comienzan la fiesta (que es la mayor y de mayor honra que le pueden hacer): lloran tantas lágrimas a su pies, deslizándole en el hilo, como si muriera el marido, el padre o la madre; y al mismo tiempo comienzan a decir en trova todos los trabajos que en el camino padecería tal huésped, y los que ellas padecerán en su ausencia.

Nada se les entiende sino unos gemidos muy sentidos. Si el huésped es un principal, también le cuentan los trabajos que padeció; si es mujer, ella llora de la misma manera que las que la reciben. En este tiempo de triste o alegre recibimiento, la mayor injuria que se puede hacer es decirles que se callen o que basta con estos llantos. No había quien se oyese en las aldeas, cuando llegábamos. Acabada la fiesta y los recibimientos, limpian sus lágrimas con manos y cabellos, quedando tan alegres y serenos como si nunca lloraran, y después se saludan con su **Eriupe** y comen, etc. Para los muertos tienen otro llanto muy particular, y los lloran días y noches enteras con abundantes lágrimas. Pero volviendo a la fiesta de huéspedes, cuando llegábamos o se hacía alguna fiesta, se ponían a llorar, diciendo en trova muchas lástimas sobre cómo sus parientes y antepasados no oyeron a los Padres, ni su doctrina.

Los padres no tienen cosa que más amen que sus hijos, y quien a los hijos hace algún bien consigue de sus padres cuanto quiere. Las madres los

traen en unos pedazos de redes, a las que llaman **typoia**. De ordinario los traen en las espaldas o escanrrachados en la ijada, y con ellos andan por donde quiera que van, con ellos a la espalda trabajan en calmas, lluvias y frío. No tienen ninguna clase de castigo para sus hijos; tanto los traen en los ojos, que no hay padre ni madre que en toda su vida castigue o toque a su hijo. De pequeños, son muy obedientes a sus padres y madres y todos muy amables y apacibles; tienen muchos juegos típicos que realizan con mucha mayor fiesta y alegría que los niños portugueses.En estos juegos remedan a varios pájaros, cobras y a otros animales, etc.; los juegos son muy graciosos y recreativos, no hay entre ellos desavenencias, quejas o peleas; no se oyen insultos ni groserías o deshonestidades.

Todos traen sus arcos y flechas y no se les escapa pajarito, ni pez en el agua que no flechen, pescan bien con cordel y son muy pacientes en esperar, de donde vienen a ser grandes pescadores y cazadores; no hay selva ni río que no conozcan y atraviesen, y por ser grandes nadadores no temen el agua, los olas o los mares. Hay indio que con un grillete o grillos en los pies nada dos o tres leguas. Cuando caminan, sudados, se echan a los ríos: los hombres, las mujeres y los niños, al levantarse se van a lavar y nadar a los ríos, por más frío que haga; las mujeres reman y nadan como los hombres, y después del parto, algunas se van a lavar a los ríos.

(3. En las aldeas de San Antonio y San Juan)

Volviendo al viaje, salimos de la aldea del Espíritu Santo para la de San Antonio, pasamos algunos ríos caudalosos en balsas, fuimos a comer en una hacienda del colegio, donde un hermano, además de otras muchas cosas, tenía mucha leche, requesones y natas que hacía recordar al Alemtejo. Comimos bajo un arbolado muy fresco, lleno de **acajús**, que son como peros....[5] Aquella noche fuimos a la casa de un hombre rico, que esperaba al P.Visitador; es en Bahía el segundo en riquezas por tener 7 u 8 leguas de tierra por la costa, donde se haya el mejor ámbar que hay por acá, y en un solo año recogió 8 mil cruzados de él, sin costarle nada. Tiene tanto ganado que él no sabe su número, y sólo del bravo y perdido sustentó las armadas reales. Agasajó al padre en su casa llena de adornos con una rica cama, diónos siempre de comer aves, pavos, manjar blanco, etc. El mismo, despojado de su birrete, servía a la mesa, y nos ayudaba a la misa en una capilla suya, la más famosa que hay en Brasil, hecha toda ella de estuco y de

5 Aqui Cardim hace una cuidadosa descripción de este arbol frutal y de su utilización, comparandolo con los de Portugal.

timtim (?), obra maravillosa de molduras, cornisas y ornatos en forma de lazos; es de bóveda hexagonal con tres puertas y la tiene muy bien provista de ornamentos. En ésta y otras ermitas me acordaba de Vuestra Reverencia y de todos los de esa provincia.

De aquí partimos para la aldea, atravesando por el sertón, caminamos toda la tarde por unos mangales, que se parecen algo a los manzanos....[6] Aquella noche nos agasajó un rentero del mismo hombre del que hablé antes, a quien él había mandado recado. Se nos dio todo lo necesario con toda la limpieza de porcelanas y plata, con gran caridad. Al día siguiente, a las 10 horas poco más o menos, llegamos a la aldea de San Antonio. De los indios somos recibidos con muchas fiestas a su modo, que dejo por brevedad.

El domingo siguiente, antes de la misa el P. Visitador, vestido de pontifical, bautizó 60 adultos con gran alegría y fiesta y consolación de todos. En la misa, que fué de canto de órgano, casó a muchos en ley de gracia y dió la comunión a 80, y todo se hizo con las mismas fiestas y músicas que en la aldea de Espíritu Santo. Por la tarde mandó el Padre dar una buena comida, en la que se gastó una vaca, muchos puercos de la selva, que ellos mismos traían muertos y que los dejaban a los pies del padre (tienen estos puercos el ombligo en la espalda, y en algunas cosas difieren de los de Portugal). Había mesa en que por lado cabían cien personas; los indios a la tarde, para hacer fiesta al padre jugaron a las naranjas, hicieron naranjadas, e hicieron sus motines de guerra y fueron a un río a dar **tinguí**, es decir, barbasco, a los peces y quedaron bien provistos, trajeron tantos al padre que llenaron dos grandes artesas, que era hermoso verlas.

Al día siguiente llevó el P.Visitador a todos los padres y hermanos a un río caudaloso, que estaba cerca de la casa, donde cenamos. Iban con nosotros unos 60 niños desnuditos, como acostumbran. Durante el camino hicieron gran fiesta al Padre, unas veces lo cercaban, otros lo tomaban cautivo, otras imitaban a los pájaros de modo muy natural; en el río hicieron muchos juegos todavía más graciosos, pues tienen ellos en el agua mucha gracia en todo lo que hacen. Estas cosas las hacían ordinariamente por su cuenta, que no es tan poco que se encuentre en **brasis** (?) y niños habilidad para saber celebrar y agasajar al **Payguacú**[7].

De esta aldea fuimos a la de San Juan, 7 leguas de allí, volviendo a dar vuelta hacia el mar. Es camino de grandes campos y desiertos; una le-

---

6 nueva descripción de los mangos
7 Padre grande.

gua larga antes de la aldea vinieron los indios principales, que turnándose llevaron al Padre en una hamaca y, por ser el camino corto, a cada paso se turnaban para que no quedara ninguno sin llevar al padre, y no cabían de contentos por tener aquello por gran honra y favor. Fuimos recibidos con muchas fiestas, etc. En el siguiente domingo bautizó el Padre 30 adultos, casó en la misa otros tantos y dio la comunión a 120. Hubo misa cantada, predicación muy solemne y después de las fiestas espirituales tuvieron otro banquete como los anteriores, gastando toda la tarde en sus fiestas. Todo el tiempo de nuestra estancia se nos dio para comer aves, tórtolas y faisanes, que tienen tres pechugas una sobre otra; es carne gustosa semejante a la de la perdiz, pero más sana.

(4. Otras prácticas de las aldeas cristianas)

En estas tres aldeas hay escuela, donde los padres enseñan a leer y escribir a los niños indios, y a los más hábiles les enseñan también a contar, cantar y tocar; todo lo reciben bien y hay ya muchos que tocan flautas, violas y clavicornios y ofician misa en canto de órgano, cosa que sus padres estiman mucho. Estos niños hablan portugués, cantan por la noche la doctrina por las calles, y encomiendan a las almas del purgatorio.

En las mismas aldeas hay cofradías del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora y de los difuntos. Los mayordomos son los principales y más virtuosos; tienen su mesa en la iglesia con su paño y ellos traen sus hábitos de beyeta u otro paño rojo, blanco o azul; sirven visitando a los enfermos, ayudando a enterrar a los muertos, ayudando a las misas, llevando cirios encendidos oportunamente, lo que realizan con modesta devoción y puntualmente; dan limosnas para las cofradías, a las que tienen bien provistas de cera, y los altares están adornados de frontales de sedas variadas; en sus fiestas enraman las iglesias con mucha diligencia y fervor, y es cierto que consuela ver esta nueva cristianadad.

Todos los de las aldeas, grandes y pequeños, oyen misa muy temprano cada día antes de ir a sus servicios, y antes y después de la misa les enseñan las oraciones en portugués y tupí, y por la tarde son instruídos en el diálogo de la fe, en la confesión y en la comunión. Algunos, tanto varones como mujeres, más ladinos, rezan el rosario de Nuestra Señora; se confiesan a menudo; se honran mucho de ir a comulgar y por eso hacen extremos, hasta dejar sus vinos, a los que son muy dados, y que es la obra más heroica que pueden hacer; cuando les incitan a hacer algún pecado de venganza, deshonestidad, etc., responden que son de comunión, que no han de hacer tal cosa. Nótanse entre ellos los que comulgan por el ejemplo de la buena vida, modestia y perseverancia en la doctrina.

Tienen extraordinario amor, crédito y respeto a los misioneros y no hacen sin su consejo y así piden permiso para cualquier cosa por pequeña que sea, como si fueran novicios. Y hasta a los de los sertones, a 200, 300 y más leguas de allí, llega la fama de los padres e iglesias, y si no hubiera estorbos, todo el sertón se vendría a las iglesias, porque los que traen los portugueses todos vienen con promesa y título que los pondrán en las iglesias de los padres, pero en llegando al mar nada se les cumple.

Tres fiestas celebran estos indios con gran alegría, aplauso y gusto particular. La primera es las 'Hogueras de San Juan', porque sus aldeas arden en fuegos y, para saltar las hogueras, no les estorba la ropa, aunque algunas veces se chamuscan la piel. La segunda es la 'Fiesta de ramos', porque es cosa de ver las palabras, flores y margaritas silvestres que buscan, la alegría con que los tienen en las manos durante el oficio, y procuran que les caiga agua bendita en los ramos. La tercera, que celebran más que todas, es el 'Día de ceniza', porque de ordinario ninguno falta y del fin del mundo vienen a la ceniza; les gusta que le pongan una gran cruz en la cabeza y, si sucede al padre no ir a la aldea, ellos, por no quedarse sin ceniza, se la dan unos a otros, como ocurrió con una anciana que, faltando el padre, convocó a toda la aldea y les dió la ceniza, diciendo que así hacían los **Abarés**, sc. padres, y que no habían de quedarse en tal solemnidad sin ceniza» (**Narrativa epistolar**_1980:150-56).

2.4 LUIZ FIGUEIRA (1575?-1643)

Es conocido como lingüista y como fundador de la misión de Maranhão, por haberla planeado, siendo superior del colegio de San Luiz, y por haber conseguido en Lisboa el apoyo legal y económico necesarios para la misma, aunque en verdad no llegó a ponerla en marcha. La razón es que murió, junto con once de los catorce misioneros que llevaba para la fundación, al encallar su barco en la Isla del Sol, donde parece que fueron víctimas de una fiesta de antropofagia ritual. Figueira había nacido en Almodóvar (Evora), ingresó en la Compañía en 1592 e hizo sus estudios en Evora. En 1602 es enviado a la provincia de Brasil y trabaja en el colegio de Bahía, donde inicia el aprendizaje de la lengua tupí.

Su gran sueño misionero era establecer una misión en Maranhão. Por eso, en enero de 1607, fue enviado por el provincial Fernão Cardim, el cronista precedente en esta antología, a explorar el camino de Pernambuco al Maranhão, en compañía del P.Fernando Pinto y de 60 indios, sin soldados portugueses ni otros blancos. Pero, la expedición solo pudo llegar a la Sierra de Ibiapaba (Estado de Ceará), siendo asesinado el P. Pinto por los

indios **Cararijus** y teniendo que regresar el mismo Figueira muy débil en septiembre de 1608 a Pernambuco, en cuyo colegio trabajará hasta 1622. Sobre este viaje escribió Figueira una pormenorizada relación, que es el más extenso de todos sus escritos. Estos han sido publicados en su original portugués por Serafim Leite en **Luiz Figueira: a su vida heroica e a sua vida literaria** (Lisboa, 1940, Agencia Geral das Colonias), obra en la que me baso para este resumen biográfico y de la que traduzco al castellano el fragmento del viaje para la antología.

Tal fragmento narra, con el estilo vivo y directo propio del diario de campo, las andanzas de Figueira y sus compañeros en la Sierra de Ibiapaba y proporciona excelente información sobre la ecología, la cultura de las distintas etnias, la crisis demográfica de los indios producida por la conquista colonial de los blancos, las rivalidades entre portugueses y franceses que buscan aliarse con distintas etnias en beneficio de su propio proyecto colonial, los métodos de contacto y de evangelización de los misioneros y las formas de resistencia indígena, en su forma más extrema de matar a los misioneros.

Sin duda dicho viaje fué también para Figueira una gran ocasión para profundizar su conocimiento del tupí, que le permitió escribir un **Arte da lingua brasilica**, que debió terminar en 1619, cuando era misionero de la aldea de Escada, Pernambuco. La licencia de publicación de dicha obra es 1620 y su edición, aparecida en Lisboa sin fecha, debió de tener lugar, según Leite (1940:77), en 1621. Hay reediciones en Lisboa (1687, 1754, y 1795), en Bahía (1852), en Leipzig (1878) y en Río de Janeiro (1888). En el prólogo de dicha gramática se refiere Figueira a los motivos que tuvo para escribirla y al modo de hacerlo, después de reconocer que «no es fácil, a los que aprenden una lengua extranjera a una edad ya crecida, alcanzar todos los secretos y delicadezas de ella, sobre todo no habiendo arte, ni maestros que la enseñen de modo científico», expresión que no se compagina con la existencia de la primera gramática escrita por Anchieta, a no ser que indique que ésta estaba entonces muy agotada. Sus palabras son:

> «El gusto y deseo, que siempre tuve de saber esta lengua para ayudar a estos pobres brasileños, y la falta que había de una gramática para aprenderla, me obligaron a quererla conocer y aprender de raíz sus fundamentos y reglas, que busqué consultándolas o dándolas a examinar a los indios naturales y a los padres **grandes lenguas** nacidos y criados entre los mismos indios del Brasil» (1940:78).

Al fin, en 1622 puede llegar Figueira a Maranhão, en compañía del P.Benedito Amodei, y la Compañía funda un templo y un colegio en la

ciudad de San Luiz, que desde hacía un año era sede de la nueva capitanía de Maranhão. Desde el colegio se comienza a dar una atención intermitente a las aldeas indígenas. Pero Figueira tenía el sueño de establecer misiones permanentes entre los indios. Para ello, en 1636 hizo un viaje exploratorio a Pará, Tocantins y Xingú y en 1637, conociendo la dificultad de contar con misioneros de la provincia de Brasil, por el número insuficiente de jesuitas y por el aislamiento de Maranhão, aumentado por la presencia de los holandeses, emprendió un viaje a Lisboa para presentar su plan en la corte y reclutar misioneros.

Allí hace imprimir y entrega al rey un «Memorial sobre as terras e gente do Maranhão, Grão Pará e Rio das Amazonas». En dicho memorial Figueira recuerda que, a pesar del apoyo prestado por los indios en la lucha de Portugal contra holandeses e ingleses, que se habían establecido en zonas del Brasil, los portugueses:

> «no les acudimos en lo espiritual de ningún modo, ni hay allí ningún clérigo que sepa la lengua, ni religioso que les pueda hacer bien. Así siguen en medio de portugueses los pobres, inmersos en su propia gentilidad, sin catequesis, muriendo sin bautismo. Y algunos se hacen cristianos para nada, porque no se confiesan en toda la vida, ni siquiera en la hora de la muerte, a pesar de que piden estos sacramentos insistentemente... Y el remedio es bien fácil: mandar religiosos que puedan hacer esto, para lo que hay que darles alguna ayuda de los frutos de la tierra para su moderado sustento, que es necesaria pues S. M. la da a los clérigos de la tierra que menos la merecen. Bastaría dar una plaza de soldado a cada religioso y pagarle el viaje desde aquí.
>
> En lo temporal también los pobres indios padecen grandes injusticias de los portugueses, que aquí no se pueden referir por extenso, como son los muchos cautiverios injustos, contra lo establecido en las leyes de S.M., vendiéndolos fuera de esta tierra, y las conquistas. Otros oprimen a los pobres con gran violencia, obligándoles a servicios muy pesados, como el de hacer tabaco, en el que se trabaja siete y ocho meses continuos, de día y de noche, pagándoles por ello cuatro varas de paño, o tres o dos solamente. Y no faltan en estos servicios los portugueses que los meten en el cepo o los azotan algunas veces. Por esto se huyen los indios a la selva, despoblando sus aldeas, y otros mueren de pena en el mismo servicio sin remedio alguno»(1940:209).

El Consejo de Estado discutió dicho memorial y el resultado fue la promulgación de una importante real cédula de 25 de junio de 1638. Por ella se creaba en Maranhão un administrador eclesiástico, con poder episcopal

similar a los de Río y Pernambuco, que debía serlo el superior jesuita del colegio de San Luiz, y se entregaba el gobierno temporal de las misiones a los jesuitas; en lo económico, la real hacienda pagaba a cada misionero que administraba una aldea con la «plaza de un soldado arcabucero» y se prohibía a los misioneros adquirir bienes sin licencia del rey (1940:64-65). Pero Figueira, nombrado en 1639 Superior de la Misión de Maranhão, debió permanecer todavía varios años en la corte para ultimar la creación de la misión, que sin duda se complicó con el cambio del escenario político producida por la restauración de los monarcas portugueses en 1640 en la persona de Juan IV.

Al fin en 1643 Figueira se embarca con 14 jesuitas para fundar la misión de Maranhão. Pero, por el temporal y por el acoso de los piratas, la nave encayó en la Isla del Sol. Tres de los jesuitas pudieron abandonar la nave en el primer grupo de salvamento, dos murieron en ella antes de deshacerse y Figuiera con los nueve restantes cayeron en manos de los indios. Sobre cómo fue su muerte nada dice en su detallado informe de 1 de agosto de 1644 (Leite 1940:229-234) Nicolau Texeira, uno de los tres jesuitas sobrevivientes. En cambio, Vieira piensa que fueron víctimas de la antropofagia de los indios y cuenta que él pudo hablar en Pará con un soldado, que había llegado a la isla del Sol pocos días después de la muerte de los jesuitas, que «vió el lugar donde fueron muertos, que era una plaza grande, con un palo clavado en el medio, que conservaba todavía las señales de la sangre. A este palo los ataban, uno por uno, en diferentes días, y luego se reunían alrededor de ellos con gran fiesta» (Leite 1940:72). Paso ya a recoger el único texto de la antología:

RELACION DE LA MISION DEL MARAÑON (1608?)

(1. Entre los indios de la Sierra de Ibiapaba)

Finalmente llegó la hora de llegar a esta Sierra de Ibiapaba, donde suponíamos que por lo menos nos hartaríamos de harina; no obstante estaba la gente con tanta hambre que, viniendo a nosotros unos indios en el camino a recibir a sus parientes, como legua y media antes de que llegáramos a la aldea, nos presentaron como cosa de gran precio (y no lo era menos) unas 15 o 18 espigas de maíz, que repartimos con el principal de nuestra gente y con nuestros mozos, de modo que para el día siguiente nos quedó una a cada uno. Y con este almuerzo nos pusimos en camino y anduvimos aquella mañana legua y media, que valía por tres, por la altísima ladera que se sube hacia la aldea que está en lo alto de la sierra, y para subir es necesario en algunos pasos tener escaleras, o de palos o hechas en la misma tierra o rocas. Esta sierra corre de norte a sur como 25 leguas o más,

haciendo un muro de roca con sus como almenas naturales, por arriba es tierra llana y llena de hierba, y por la parte del poniente tiene muy poco declive.

Como aquel día caminamos bien y partimos temprano, llegamos arriba a las 2 o 3 horas después de mediodía y, antes de llegar a lo más alto, en una ladera llana y rasa nos estaba esperando el principal y otros, que, para que tuviéramos fuerzas para el resto del camino, nos tenían preparadas unas cuantas raíces de yuca, a la que llaman **macacheira**, cocidas con un poco de sal y pimienta de la tierra, y un palmito para asentar el estómago. Y acercándose el principal a nosostros, nos abrazó diciendo: 'Jesús', y luego se acercaron los demás a abrazarnos y a darnos la bienvenida, y una india nos quería 'recibir con llanto', según su costumbre, pero el padre le mandó decir que no era necesario. Y con esto nos recogimos de la lluvia que aun entre tantas fiestas no nos dejó.

Metidos nosotros y agasajados en una choza, que para eso tenían aparejada, comenzaron a correr los presentes: quien media docena de espigas, quien un palmito, quien una calabaza, que era lo de más precio; en fin, palmitos y algún maíz fueron las cosas más ordinarias que allí tuvimos en los 15 días que estuvimos en esta aldea. Estos son los recibimientos que por acá hay que yo puedo escribir; escriban otros sin embargo los que se hacen en las cortes de los reyes y príncipes de Europa, que aunque tendrán más que escribir, no tendrán más gusto que yo en hacerlo; mas con todo luego contaré otro recibimiento más solemne que éste.

Un principal de estos indios le había dicho a un joven mameluco, a quien le dolía mucho la cabeza, que, en caso de continuar su mal, al llegar nosotros nos dijera que lo bautizáramos; no era bastante para quitarle el dolor un hierro roto del freno de un caballo, al cual tenía en gran estima de santidad por habérselo dado otro como cosa venida del cielo, que le quité con mucho trabajo; de ahí a algunos días, diciéndole a este indio que yo andaba indispuesto, me respondió diciendo que era porque yo no tenía confianza en Dios como él había tenido, y que por eso se le había ido el dolor de cabeza y andaba ya sano. En fin, él tenía buen entendimiento de las cosas de Dios y venía muchas veces a preguntarlas diciendo que lo hacía para enseñar a su mujer; después vino para la Iglesia. Dios lo haga buen cristiano. Este joven mameluco, del que hablé, había llegado con otros blancos y se quedó allí con otro, y hacía tres años que no se confesaba ni oía misa; luego los hicimos preparar despacio para confesar y comulgar. Estos andan por allá conforme a aquellos con quienes tratan, desnudos y en miseria total, y el espíritu poco puede ser entre bárbaros infieles, sin misa ni sacramentos.

En esta inmensa sierra, hace dos o tres años, había más de 70 aldeas

de gente que nos contaron por sus nombres. Pero cuando los blancos fueron allá y ellos les recibieron al principio con guerra, se fueron todos hacia Maranhão con miedo, diciendo que, si los blancos habían destruído a todos los habitantes de Jagoaribe, que los habían recibido con paz, mucho más los destruirían a ellos, que los recibieron con guerra; y allá a estos pobres, después, les hicieron guerra sus contrarios con los franceses y destruyeron a muchos, y otros murieron de enfermedades contagiosas y dos, que se quedaron a mitad de camino y se volvieron, al llegar, fueron cautivos y muertos por los tapuyas. De modo que una vez llegaron solo 6 o 7 y otra como 20 parejas, y en esta sierra habían quedado solo dos grandes aldeas, una de las cuales es ésta, a la que primero llegamos por estar más cerca del mar, que tendrá 20 parejas y la otra, unas 50 o 60.

(2. **Pasan a la aldea de Diablo Grande**)

Puestos nosotros allí con tanta hambre cuanta antes ya traíamos y estando tan flacos como tísicos que no teníamos nada más que piel y huesos, era necesario irnos a establecer adonde pudiéramos reponernos. Mandamos recado a la otra aldea para saber si nos querían allí, pidiendo que viniesen algunos a hablar con nosotros; también queríamos informarnos, de los que allí estaban venidos del Marañón, principalmente sobre los franceses, que teníamos la noticia de que estaban allí de asiento con dos fortalezas hechas en dos islas en la boca del Marañón. El principal de la aldea, llamado Diablo Grande, nos mandó un hermano suyo, de nombre Diablo Ligero (que es indio muy dispuesto y en su hablar elocuente y arrogante), que hizo todos los cumplimientos y nos expresó deseos de vernos en su aldea; con esto ofreció un poco de maíz y de frijoles que traía, y recibiendo nuestra promesa de que nos iríamos con él, despidió luego a los suyos para que fuesen a certificar a su hermano de nuestra ida y del día que llegaríamos, etc.

Nos partimos con él y se vino también con nosotros la mayor parte de la aldea, huyendo del hambre y con intento de venirse para Pernambuco, como lo hicieron. Gastamos en el camino 11 días, yendo siempre delante Diablo Ligero, que nos agasajó y señaló el lugar para nuestras chozas o **tigipares**; en el camino tuvimos la fiesta de la Ascensión y llegamos a la aldea dos días antes de la del Espíritu Santo. Y porque para ir de la aldea a la suya debíamos bajar la sierra y volver a subirla para evitarnos un gran rodeo, cosa que nos era no solo penosa sino casi imposible por nuestra debilidad y hambre, cuando llegamos al pie de la ladera que íbamos a subir, como 5 leguas antes de llegar nosotros, por el trabajo de aquel día por ser el camino muy espeso y tupido, nos arrojamos sobre unas piedras a lo largo de un río sin poder dar paso adelante por la debilidad, ni poder llegar al

lugar donde habíamos de dormir, sino cuando vinieron dos jóvenes con un poco de harina de maíz con un vaso, que fueron para nosotros como el profeta Habacuc cuando, guiado por el ángel, llevó de comer a Daniel.

Al fin comimos de aquella harina y bebimos de aquella agua y así pudimos llegar a los **tujupares**, donde ya estaban los nuestros y también habían llegado 15 o 18 que Diablo Grande había mandado en compañía de otro hermano suyo más joven con refrigerio de harina, pez, maíz y calabazas y con la orden de que nos llevaran en hamacas, no solo al subir la ladera, sino en todas aquellas 5 leguas, lo que ellos hicieron con tanta diligencia y caridad cuanta no se puede encarecer (aquellas 5 leguas anduvimos en pies ajenos en todo este camino); estando ya nosotros al fin instalados a solo una legua de la aldea, llegó la mujer de Diablo Ligero, que fue a buscarnos con unos indios llevando otro presente del principal de frijoles, peces y una docena de calabazas.

Al día siguiente vino a recibirnos al camino el mismo principal a media legua de la aldea con todos los principales y algunas mujeres con sus presentes, y ellos todos con sus bocinas, gaitas y cascabeles, que son sus instrumentos musicales, con tanta fiesta y alegría que me quedé pasmado, y el padre, a pesar de ser un antiguo sertanista, me dijo que nunca vió entre las gentes cosa semejante. En fin, de allí nos trajeron con rapidez y todos se alternaban en cargar las hamacas en que veníamos, como si ganaran indulgencias; eran tantos los gritos de fiesta que parecían locos. Al llegar a la aldea, apareció un tambor grande,que ya habíamos oído toda la mañana, con unas maracas (que son calabazas con frejoles dentro) tocando y cantando, y con esa solemnidad nos metieron en la casa que nos tenían preparada y nos trajeron luego muchos presentes, continuando las músicas y danzas otros dos días con sus noches. Bendito sea Dios que permite que estos bárbaros sin conocerle a El, conozcan y honren a sus siervos solo por serlo. Mas todos sus deseos eran tenernos aquí consigo y los nuestros eran llevarlos con nosotros o mandarlos venir para la Iglesia, mas después hablaré del resultado de esto. Luego el principal de **motu proprio** nos reunió por la aldea algún maíz, que había mucho antes de que se acabase, pues harina había muy poca por causa de la sequía del año pasado.

(3. Situación de los tapuyas de Maranhão)

En fin encontramos a los pocos que habían venido de Maranhão, los cuales no habían llegado al mar y, por eso, no sabían sobre los franceses sino haber ellos venido con la gente de la tierra a hacer la guerra a algunos de los suyos, que se habían dividido, como ya dije, pero éstos no se habían hallado presentes; aunque no vieron a los franceses, sin embargo certifica-

ron que los había. Pero sobre el camino nos informaron, tanto ellos como otros de varias naciones, de la existencia de **tapuyas** salvajes, por entre los cuales no han de pasar sino a fuerza de armas, como ellos habían pasado, o a fuerza de sobornos y dádivas. Conforme a esto, nos aparejábamos y disponíamos nuestras cosas y trazas para caminar y superar las grandes dificultades que se nos ofrecían y los miedos que todos nos metían, mas con grande confianza de haber de facilitar todo Aquel, por quien a todo nos atrevíamos encomendándonos a El.

De modo que, desde esta Sierra de Ibiapaba hasta Maranhão, todo está lleno de salvajes que a todos matan o cautivan; sin embargo, entran a ellos algunos indios de paz, cuando van a tratar algún rescate o cosa semejante, mas con grandes cautelas de los **tapuyas**, que de nadie se fían; cuando algunos van allá no han de llevar armas y con las flechas en el pecho o dispuestos al golpe, le preguntan a qué van, examinándolos muy bien y fingiendo que no le creen. Y si traen alguna cosa, la toman aunque les digan que es para su principal, porque no le tienen más respeto que esto; pero después de bien probados, les dan muy bien de comer y les hacen danzar y cantar y ellos también hacen la misma fiesta. Estos que vinieron de Maranhão nos contaron que, a su ida hacia allá, vistieron a uno de los suyos con una ropa larga y le pusieron un gorro de disfraz, fingiendo y diciendo a los tapuyas que aquél era un **abaré** o padre; y como los tapuyas no tenían ninguna noticia de los padres ni aun de los blancos, fácilmente se persuadieron ser así, y por otra parte imaginando que aquél y los de su calidad eran señores de muerte y de vida, etc., le mostraron grandísimo miedo, dándole muy bien de comer y llevándole cargados para que no le hiciesen algún mal, y si no fueran tan bien acompañado, sin duda procurarían quitarle la vida para sacar tal peste de este mundo.

Cuando mueren los suyos, tienen por costumbre, si se trata de hombres, las mujeres comen la carne y beben los huesos molidos de ellos, para no tener nostalgias de quienes meten en sus entrañas, teniéndose por más piadosos en esta impiedad que los que entierran a los muertos, apartándolos de sí del todo, lo que es causa de nostalgias. El modo de vivir de éstos es andar siempre como los antiguos, habituados a su casa a cuestas y todas sus riquezas y arreos son su arco y sus flechas con los que cazan, y donde hallan de comer allí duermen sin otra cama ni hamaca que el suelo. Y como son muchos, rara vez hallan en un lugar de comer dos días **arreo** (?) por la que casi infaliblemente andan cada día una o dos leguas.

(4. Mensaje a los tapuyas y su respuesta)

Inquiriendo nosotros, pues, el modo que tendríamos para pasar por

ellos, a todos nos pareció que negociásemos la paz, porque no teníamos gentes suficientes para defendernos de ellos; tomada esta resolución obligada y más propia de nuestro hábito religioso, mandamos mensajeros a las dos partes más cercanas, por una de las cuales necesariamente habíamos de ir. Los que fueron a una de las partes volvieron de su camino en seguida, por no poder atravesar la selva; los que fueron al otro lado, llevaron un presente al principal de ellos, a saber una hacha, dos cuchillos y un poco de tabaco, que es la mejor y más preciosa droga que se manda, y con esperanzas que viéndonos y negociándose las paces, ellos serían mejor apremiados.

Al cabo de un mes volvieron con la respuesta, a saber, que los primeros con que se encontraron les quitaron el hacha y lo demás que llevaban, que así acostumbran de ordinario estos salvajes, no aprovechando decirles que era para el principal, a cuya mano solo llegó un cuchillo, que todos decían que los padres fuesen y que les llevasen hachas, cuchillos, espejos, tesoros, etc. (nombrado todo por su nombre) y que ellos harían paces con otros de delante. Al decirles los nuestros que los padres no llevaban muchas cosas y que así solo podían dar alguna cosa a los principales, les respondieron que a todos darían, al menos sus vestidos. Ya teníamos nosotros noticia de esta su codicia insaciable, que es tal que, al ver una canasta o caja, lo han de revolver y buscar todo y tomar lo que les parece sin poder irles a la mano, y si no se le da todos, quedan descontentos, de modo que es necsario una nave cargada para contentarlos; y esto sería soportable, si se tratara sólo de un grupo de ellos, pero son muchas naciones de 60, 80, 100 y más parejas.

Juntándonos y confiriendo esta respuesta con la noticia que ya teníamos, quedamos casi desconfiados de poder entrar por esta puerta; sin embargo, encomendando siempre todo a Nuestro Señor y pidiéndole que nos abriese el camino, volvimos a mandar allá por segunda vez, yendo por embajador el soldado amigo nuestro que fue con nosotros de Río Grande, y llevando otro pequeño presente, para que él nos diera a conocer a dichos tapuyas. Debía informarles que éramos muy diferentes de sus hechiceros y de los otros indios, a los que ellos aborrecían y tenían por peste del mundo, y que veníamos a darles noticias de otra vida y del Creador de todo el mundo y de la vida santa, etc.; además, llevaba encargo de traer de allá algún tapuya o algún esclavo de ellos, que fuese lengua, para que nos viese y llevase a los suyos la certeza de ser todo verdad y que dejase allá algunos de los nuestros como rehenes.

Y al mismo tiempo mandamos negociar la paz a Maíz Verde, que es enemigo capital de los blancos y de los indios de Ibiapaba, con quien estábamos, y también la mandamos negociar con otro indio del mar llamado

Cobra Azul, para que se hiciese también amigo de estos indios de Ibiapaba. Todas estas empresas las tomamos entre manos. Los que iban a Maíz Verde no pudieron llegar allá por estar el camino impedido por otros tapuyas. El joven que fue con indios a los tapuyas al principio tuvo el suceso que aquí diré. En primer lugar, el recibimiento fue con las ceremonias que he dicho y es el ordinario entre ellos. Hízoles su plática por un intérprete, que era una india parienta de algunos de los nuestros, que era esclava de ellos hacía muchos años; recibió el principal lo que le mandábamos y sobre todo hizo mucha fiesta a una **buceta** de frailes llena de tabaco; le pidieron todos los trajes que llevaba y todos los dio, mas tenía poco que dar. A uno, a quien él dio los calzones, después de ponérselos, se le reunieron las mujeres en torno suyo, a plañirlo por vestir los fetiches del blanco, como ellas diz que decían. Y como en éstos, todo es matar y en esto muestran su valentía, uno más valiente le preguntó al joven si él era valiente, y al responderle éste que tanto como él, por eso lo llevó para su casa y le hizo una fiesta.

(5. Llega india intérprete y comienza negociación)

En conclusión, le dieron una india que era intérprete para venir acá a vernos y llevarles certeza y noticia clara de lo que éramos, y en su lugar quedaron tres jóvenes de los nuestros. Al vernos esta india por primera vez, como quien nunca viera gente, estaba delante de nosotros con los ojos en el suelo sin mirarnos, y al decirle un indio: 'ves aquí a los padres, éste es el hermano más viejo y éste otro es el hermano más mozo', levantó los ojos y de inmediato los tornó a poner en el suelo, y esto con miedo como ella, después que lo perdió, confesó; como aún no hacía diferencia entre sus hechiceros, a los que temen y aborrecen, y nosotros, no podía ni vernos; sin embargo, después hablaba, reía y miraba con alegría, mostrando mucha satisfacción de todo.

Y nosotros la hicimos quedar 8 o 9 días y esperar hasta la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, en que teníamos que hacer una procesión con una danza de niños indios y un diablillo, etc., todo lo cual causó admiración, así a ella como a los demás de esta aldea, por ser para ellos una gran novedad; y después de la fiesta, todos se fueron a sus casas a lamentar que sus antepasados murieran sin ver tanto bien como ellos ahora veían, como después nos explicó un principal, añadiendo que tampoco él podía contenerse y se puso a llorar; y cuando nos lo contaba, mostraba todavía los mismos efectos. Pasado el día de la fiesta, despedimos a la india bien acompañada, dándole un cuero para ella y mandándole al principal un espejo y una hacha; ella nos prometió que había de hacer venir acá al principal de los tapuyas, quien ya antes había dicho que mandaría a algunos de los suyos con nosotros para que nos guiaran.

En este mismo tiempo mandamos también recado a los tapuyas del otro camino, la ida a los cuales, como ya dije, no tuvo efecto la primera vez, y la respuesta fue que estaban alborozados por vernos y que fuéramos y les llevásemos muchas herramientas que debíamos de traer; que si los que pasaban por sus tierras le daban muchas cosas, cuanto más nosotros, que éramos señores de las cosas. Aunque nos enfadaron con tanta codicia, junto con ser salvajes sin miedo ni respeto, nosotros estábamos con todo determinados a romper con todas las dificultades con el favor de Dios.

Después que pasáramos por Jagoaribe, como queda referido, los sobrevivientes que escaparon de los blancos y andaban escondidos de nuestro paso, tuvieron noticia de que traíamos paz y libertad por lo que fueron saliendo al mar. Un principal de ellos llamado Algodón, no pudiendo creer (como dicen) tanto bien como los suyos le certificaban, quiso ir a Ibiapaba a vernos con los ojos y a oir las buenas noticias de nuestra boca; partió y fue a casa de Cobra Azul a quien habíamos mandado recado y llevó consigo un hijo suyo, y otros 4 o 5. No puedo explicar los efectos de la alegría que este Algodón mostraba de vernos, prometiendo que, acabando de salir sus parientes, harían lo que nosotros quisiésemos e irían hacia donde nosotros mandásemos, y al mismo tiempo se asentaron las paces entre ellos y éstos de Ibiapaba; el hijo de Cobra Azul hizo también paces en nombre de su padre, y trataron de reunirse para vivir junto al mar, cerca del río de Pará, que está entre Ibiapaba y Maranhão.

(6. **Sentida muerte de principal de Ibiapaba**)

Ahora hablaré de algunas costumbres de los indios de Ibiapaba y de algunas cosas que sucedieron en los 4 o 5 meses que con ellos estuvimos. En primer lugar, tuvimos una gran pérdida y fue morírsenos aquí el principal de nuestra gente, llamado **Belchior da Rosa**, capitán de los indios de Pernambuco por provisión de los Gobernadores por los servicios que había hecho con su gente. Este era un indio muy bien entendido y de mucha autoridad entre los suyos; en el hablar y entender las cosas era más que indio del Brasil, por lo que todos le tenían mucho respeto; en sus discursos ponía a los padres por las nubes y hablaba espiritualmente declarando a lo que íbamos y lo que pretendíamos. En verdad me admiró la primera vez que lo oí hablar, aun sin entenderlo todavía perfectamente, porque el tema de su discurso fue cómo nosotros íbamos por amor de ellos y de sus almas y para darles noticia del camino del cielo, lo que bien mostraban nuestros bordones, y que si tuviéramos otras pretensiones, llevaríamos escopetas, soldados y otras cosas parecidas: todo lo cual me causaba no menos devoción que admiración.

Murió tísico, muy bien preparado, después de haber confesado y comulgado dos veces y hacer sus indicaciones. Para su entierro se reunieron todos, así los nuestros como todos los demás, con sus candelas encedidas y lo trajeron en procesión a la capilla en que decíamos misa en un ataúd que le habíamos mandado hacer, cosa que pasmó a estas gentes, porque su costumbre es **emnovellarem** (¿poner en forma de ovillo?) a sus muertos y así los meten en un hueco que para esto hacen en cualquier rincón de la selva. Tomamos ésta y otras ocasiones para hablarles de la muerte y de su certeza, porque muchos de éstos tenían para sí que eran inmortales y quedaban pasmados cuando les decíamos que habían de morir, no pudiendo creer lo que no querían padecer, y el principal de éstos decía que sólo la muerte y el infierno le entristecían de nuestras cosas. Por último celebramos algunas misas por el difunto con sus responsos sobre la sepultura...[1]

(7. Alcalde indígena, discursos y un cometa)

Nos pidieron éstos que le diésemos una vara de nuestra mano a uno de ellos para que fuese alcalde de los otros, y esto con tanta insistencia que nos vencieron; señaló el principal Diablo Grande para ella a su hermano Diablo Ligero. Dióla el Padre un domingo al terminar la misa, estando todos juntos, para lo cual les había convidado el principal en un discurso que había hecho aquella madrugada. Al entregarle la vara el Padre, le declaró el fin para el que se la daba, a saber para enmendar a los que se embriagasen, para hacerles ir a todos al templo, para vigilar la aldea, etc.

Tomolo él por un muy grande honor y al otro día de madrugada empezó a discursear con gran fervor: que fuesen siempre todos a la iglesia en los días santos y si no, todo lo que en esos días sembraren iba a secarse; que las mujeres tuvieran cuidado, al salir fuera, de apagar el fuego, para que no se quemaran las casas; que todos fuesen hijos de Dios y de Nuestra Señora y no creyesen las cosas de sus mayores, sino sólo lo que enseñaban los padres: que Dios era nuestro creador y que luego en el vientre de nuestras madres nos hacía a unos hombres y a otros mujeres, aficionándolos para eso, que bien claro estaba que nuestros padres no lo podían hacer. Y en otro discurso, después de repetir cosas semajantes a éstas, acabó con un coloquio diciendo: 'Señor Dios, ten cuidado de mi alma para que no se pierda, porque tengo mucha repugnancia en ir al infierno para ser quemado con los demonios'.

---

1 Ahora Figueira recoge una rica etnografía de los indios de Ibiapalia (pp. 127-130), salpicada de anécdotas de su permanencia en la aldea de Diablo Grande.

Otra vez, al verme rezar, me preguntó si hablaba Dios con nosotros; yo le respondí que en aquellos libros teníamos las palabras de Dios, que leíamos, y que nosotros podíamos hablar con El cada vez que quisiésemos, pidiéndole alguna cosa, que bien nos oía. Luego él comenzó con grandes muestras de devoción a hablar con Dios, pidiéndole la salud y que lo librase de todos los males. Con estas cosas el fruto que se hacía en estas almas aliviaba mi trabajo de caminos y cansancios y la ausencia de la vista y plática de nuestros padres y hermanos.

Rematando nuestras cosas en la aldea de Diablo Grande, donde nos detuvimos cuatro meses intentando hacer la paz con los tapuyas sin tener efecto, a fines de septiembre de 607 apareció un cometa por la banda oeste de Maranhão, que tenía una larga cola hacia el este y duró muchos días. Los indios, al ver tan gran novedad para ellos, vinieron a preguntarme muchas veces qué era aquello: si el cielo se quemaba, si se caería y otras preguntas de acuerdo a su capacidad. Yo les declaré lo que era y además lo que significaba y cómo, de ordinario cuando aquello sucedía, había muertes de grandes y de jefes, con lo que el principal atemorizado me preguntó si escaparía. 'Dios te dará vida -le respondí-, pero prepárate para ser hijo de Dios, porque nosotros no sabemos de la muerte ni de la vida'. Y aunque este cometa pudiera significar otras cosas mayores, sin embargo yo muchas veces imaginé con pena y aflicción si significaría algún trabajo de nuestra misión de Maranhão.

(9. Salen de aldea y se unen a indios de Ibiapaba)

Al fin el 17 de octubre siguiente salimos de la aldea, continuando nuestra peregrinación. Partió con nosotros el mismo principal, llevando consigo otros dos hijos y otra gente con el intento de rozar en el camino junto a las tierras de los tapuyas, a quienes queríamos acabar de pacificar y de establecer las paces tan bien comenzadas, para seguir nuestro camino hasta el río de Pará, famoso entre ellos, y para desde allí examinar los vacíos de tierra y gentes y mandar información a nuestros superiores, como en la pasada carta prometimos al P.Provincial.

Estando nosotros ya a 5 leguas de la aldea, nos alcanzó un joven que traía noticias de que habían venido unos pocos de los indios sobrevivientes de las 70 aldeas, que por miedo de los blancos y por verse libres de éstos, huyeron y fueron a acabar en Maranhão a manos de los tapuyas y franceses, y otra gente del mismo Maranhão que con los franceses les hicieron la guerra, ayudándolos también la peste que les dio, y esperamos que llegasen a nosotros algunos para que nos informaran de lo que pasaba.

Vino el principal llamado **Mandiaré** a vernos y nos contó que había allí muchos franceses, tanto en el río de Maranhão como en el río e islas de las Amazonas, y que tenían comercio de plata, a cambio de la cual le daban vestidos y herramienta, y además de eso les enseñaban a usar arcabuces; sin embargo, de esto él no vio más que a los franceses con los que tuvo guerra y lo demás lo oyó a sus parientes; añadió el principal que quería volver con nosotros a buscar a algunos parientes suyos, que allí le quedaron esparcidos y que ya sabían el camino y las tierras, pero para esto era necesario que esperáramos que él y los suyos descansasen e hiciesen algunos maizales. Esta ida suya nos era bien importante por no tener gente bastante para ir con nosotros, pero esperarlo era muy penoso por estar entrando el invierno.

Aceptaron todos los nuestros su propuesta, diciendo que esperaríamos y rozaríamos todos. Como ellos no reconocen en el cristiano ninguna superioridad que los aparte de lo que ellos quieren, nuestras dificultades nos obligaban a condescender con ellos por no haber otro remedio. Y con todo teníamos por probable habernos de faltar con la palabra, por lo que nos pareció bien llamar a los **petigoares** que fuesen con nosotros y por ventura tuviera efecto si después no sucediera la muerte del padre, mi compañero; por haber ya salido de la aldea de Diablo Grande no quisieron volver atrás, como yo quería y persuadía al padre. En fin, un poco más adelante de donde estábamos, rozaron todos e hicieron casas, donde nos manteníamos con palmitos y unos cocos, cuya médula son como bellotas en su aspecto, pero mucho más secos y dificultosos de engullir a no ser que sean tiernos; y en cuanto a la harina, la teníamos por reliquias, y sin otro alimento más que algunons pececitos, de vez en cuando, y por gran fiesta unas habas secas, cocidas sin más aceite, ni vinagre, ni sal. Muchas veces deseábamos una porción de lo que nuestros negros comen en los colegios, pero no dejábamos de hacer buen rostro a estas limitaciones, acordándonos de que otros padres y hermanos nuestros en otras partes del mundo las pasarían también alegremente por amor de Dios.

(10. **Ataque de Cararijus y muerte del P.Pinto**)

De aquí habría como 15 o 20 leguas a la tierra de los tapuyas llamados **Cararijus**, por donde queríamos pasar y les habíamos ya mandado dos veces recados y presentes, dando ellos buenas muestras de que querían la paz, pero era todo fingido. Procurábamos que nos viniesen a ver, para que creyeran que éramos nosotros y para que viéramos con los propios ojos lo que teníamos en ellos. Para este fin, les mandamos por tercera vez recado y otros presentes, para que algunos de ellos viniesen a hablarnos; sin embargo ellos, usando su habitual brutalidad, mataron a nuestros mensajeros, quemándolos vivos según su costumbre y reservando sólo a uno que les sir-

viese de guía para venir a matarnos; al mismo tiempo mandaron recado a otros tapuyas con quienes también trataban paces, diciéndoles no creyesen en nosotros ni en nuestras paces, que todo eran trazas de los de Ibiapaba para cautivarlos allá y matarlos.

En fin, la prolongada demora de los nuestros nos hacía evidente haber sido muertos, lo que confirmó luego un esclavo de los otros tapuyas, a quien ellos habían mandado recado, que de allá vino, y esta certeza de su muerte nos hacía bien evidente que querían venir a matarnos. Yo procuré que nos pusiéramos en seguida a salvo, lo que era bien fácil, pero éste era el término que había de tener la santa vida del P. Francisco Pinto. Al fin, muchos días después, quisimos ponernos a salvo. Al ver que se nos cerraba por completo la puerta de Maranhão (porque si en 5 meses en que tratamos de establecer la paz con los tapuyas, no pudimos ni siquiera lograr de ellos que vinieran, sin duda si partíamos e íbamos a sus tierras, acabaríamos quemados sin volver a saberse más de nosotros), tratamos de bajar a la costa y rozar, mientras escribimos a los superiores y al Gobernador que era imposible ir por tierra a Maranhão, por no haber palmo de tierra en cien leguas de camino que no estuviera poblado de tapuyas, que quien escapara de los primeros y segundos, no escaparía de los terceros y cuartos, y que cumpliríamos la orden que nos viniese. Y mandamos un indio delante de nosotros el viernes de la octava de Epifanía, haciendo cuenta de bajar nosotros de la sierra pasado el domingo siguiente.

Salía por la puerta el indio camino de la costa, cuando los tapuyas aparecieron de repente en nuestra puerta con mano armada; comenzaron los flechazos de una a otra parte con gran gritería, y en breve murió un tapuya y dicen que otro se fue con las tripas fuera, llenando el camino de sangre, y probablemente moriría luego. Y como los salvajes llegaron a nuestra puerta, que estaba en la parte posterior de la aldea al borde de la selva, y el padre estaba dentro de la casa rezando las horas menores, salió con dificultad, deteniendo los nuestros el ímpetu de los tapuyas para que no lo matasen luego, y lo fueron amparando hasta que llegaron a la selva. Los tapuyas atacaron allí siguiéndolos y como la selva allí era estrecha, luego salieron a las rozas limpias; gritaron los nuestros a los tapuyas que estuvieran quietos, que él era el padre **Abare** que los quería pacificar y enseñar la buena vida, pero ellos les respondieron que no tenían que ver con esto y que lo iban a matar.

Finalmente, se dispersaron 2 o 3 de los nuestros que allí estaban, quedando sólo junto al padre un esforzado indio y bienhechor de los padres, llamado **Antonio Carajbpocu**, el cual lo defendió en cuanto pudo hasta morir por él y con él; quedó todavía con viva, pero sin sentido ni

habla y duró pocas horas. Llegaron entonces al padre y teniéndole unos con las manos en los brazos y estirándole por ambos lados,estando él en figura de cruz, otros le dieron tantos golpes con un palo en la cabeza que se la hicieron pedazos, le quebraron el mentón y le aplastaron los huesos de la nariz y los ojos; le despojaron de su traje y lo cubrieron con tierra, poniendo el palo encima (este, lleno de sangre, lo traje como reliquia).

(11. **Figueira se salva y entierra a los muertos**)

Y porque siempre los ruines y menos necesarios en el mundo escapan, en el momento en que se inició la lucha, acerté a estar yo en la casa de los jóvenes fuera de mi costumbre de aquel tiempo, y puesto que estaba en frente de ellos, aunque un poco desviado, y de allí salí luego para otra parte, salió conmigo un jovencito nuestro que fue mi salvación. El cual me tomó la delantera corriendo y gritándome: 'de prisa, de prisa, padre'. Yo lo seguía no muy de prisa, viendo él que no yo corría tanto como él quería, metióse luego entre unos matorrales bien estrechos y tupidos, por donde no se podían dar muchos pasos y así nos quedamos luego al borde de la selva, oyendo gritos junto a nosotros por todas partes y esperando que pronto llegasen. Y lo que más me asustaba era escuchar a un perro que andaba dando latidos en la misma selva, persuadido de que era de los tapuyas que querían descubrir a los escondidos, el cual pasó por delante de nosotros, pero sin dar muestras de descubrirnos.

Aquí mi joven compañero me dijo amedrentado:'Padre, yo aquí he de morir contigo'. Yo le animé diciendo: 'Hijo, no moriremos, Dios nos guardará'. Y así lo guardó para lo que El sabe; espero yo que sea para hacerle muchos servicios en la compañía. Al fin fueron retirándose los tapuyas, lo que se reconocía por la gritería que llevaban, y fueron entonces a apoderarse de todo, tanto lo que teníamos en casa como las herramientas que habíamos prestado a los indios, no quedando más que algunas cositas de poca importancia, que habíamos ya mandado delante adonde nos queríamos ir. Se llevaron todo de la iglesia, nuestro pequeño ropero, que teníamos guardado para lo restante de nuestra misión, y todo lo demás. También se llevaron dos de nuestros niños y dos indias jóvenes, matando a otras dos ancianas.

Al aquietarse todo y al gritar un indio nuestro que saliesen todos que ya se habían ido los tapuyas, me dijo mi compañero que iría a ver en qué estado estaban las cosas para venir a darme recado. Fue y volvió con recado y nuevas tristes, diciendo: 'Ha muerto nuestro padre'. Aquí comencé con él a derramar lágrimas tristes y a llorar mi desamparo, **in medio nationis**

pravae[2]. Salí finalmente recogiéndome al lugar más seguro, recelando de que volvieran a buscarme como después supe que estuvieron por hacer, pero Dios lo impidió. En aquel lugar nos juntamos casi todos, allí hice traer las reliquias que los bárbaros dejaron por allí desparramadas por no servirles, como libros, papeles, etc. y el cuerpo santo del padre con su ropa interior. Se había encontrado una ropa mía que le pusimos, y lavándole el rostro y la cabeza llena de sangre y tierra y hecha pedazos, lo acomodamos en una hamaca para traerlo a la falda de la sierra.

En esto me dijeron que quedaba allá en un rincón de la selva un indio que aún vivía, pero que se estaba muriendo. Y porque éste era todavía catecúmeno, temiendo que muriese en el camino sin bautismo si lo mandaba buscar, porque estaba lejos, llevé conmigo unos pocos indios y fui allá y todavía me respondió a algunas cosas que le dije. Preparándolo para el bautismo lo bauticé y le curé una gran herida que tenía en la cabeza, apretándola con un lienzo mío, y así lo hice traer conmigo. De allí me fui a lugar donde muriera el padre a ver al indio que con él murió, que también se quejaba todavía, mas no le pude sacar palabra alguna ni señal de acuerdo, por lo que le dejé estar, para no acabar de matarlo con el movimiento y mandarlo traer después.

Con esto me fui y me bajé de la sierra, trayendo delante de mí el cuerpo del padre y lo enterré al pie de la sierra, haciéndole un monumento de piedras sobre su sepultura para señal de ella, poniéndole también una cruz en la cabecera; mandé luego a recoger a los dos indios, uno de ellos estaba ya muerto y el otro murió al día siguiente, y a ambos los hice enterrar junto al padre en cuya defensa murieron, uno de una parte y otro de la otra, quedando él en medio. Aquí se remataron y coronaron todos los trabajos pasados del santo padre con esta dichosa muerte, cuyo intento era hacer muchas iglesias en el sertón de Maranhão y convertir el Amazonas. Cortóle Dios el hilo, porque aún no había llegado la hora.

(12. Ultimos arreglos y se emprende el retorno)

Una de las indias que los bárbaros se llevaron les metió miedo diciéndoles: 'vosotros habéis de morir, porque luego han de venir los blancos con instrumentos de fuego a mataros y a vengar la muerte del padre, que quería establecer la paz con vosotros, tomándoos por hijos y enseñándoos la vida santa, y vosotros lleváis su hamaca con su ropa, que os ha de ser causa de muerte'. Le respondió uno que llevaba la ropa: 'Dices verdad, porque yo estoy ya horrible y flaco' (Y como estos bárbaros son imaginativos sin duda

---

2 en medio de una nación perversa

moriría, porque solo la creencia de imaginar que alguien les prenda con lazo a la muerte basta para matarlos). 'Pero ya que tú dices eso -añadió él- vuélvete y dile a su hermano que aquí queda todo, que lo mande a buscar'. E hizo poner toda la ropa sobre unos palos altos, y se fueron mandando a la india.

La cual tomó de todo la hamaca del padre, sabiendo que yo quedaba con el suelo por cama. Y para que ellos no volvieran a arrepentirse, se vino con mucha prisa a contarme todo y me certificó cómo antes de esto estuvieron a punto de volver a buscarme. A la tarde se reunió conmigo después de las 7. Al día siguiente mandé buscar todo a un grupo de jóvenes, pero parece que los tapuyas regresaron para llevar lo que dejaron, porque solo se halló la casulla, la estola, el manípulo, el frontal y los breviarios; se llevaron el cáliz, el alba, el cíngulo, el misal y la harina de las hostias, etc, cosa que me dio gran pena que me dejaran sin misa y sin sacramento en aquel destierro. Sea con todo el Señor alabado para siempre.

Después de enterrar al padre, al pie de aquella alta sierra de Ibiapaba, en un lugar con el nombre propio de **Abayára** a lo largo de un río y dentro de un matorral, esperé algunos días al principal que estaba ausente para despedirme de él por las muestras de caridad que de él habíamos recibido; al fin vino, lo convidé para venir conmigo hacia la iglesia y a los otros princiaples que allí se juntaron; sin embargo él siempre se mostró un tanto duro, mas los otros me dieron palabra de venir y en efecto se preparaban, queriendo luego deshacer sus sementeras. Pero como yo por entonces, más que venirme al mar a esperar que pasase el invierno que se echaba encima, pretendía hacer entre tanto algunos maizales y avisar juntamente a mis superiores, les detuve diciendo que quería venirme por delante a esperar a que ellos se prepararan, en lo que quedaron bien.

Se fueron para su aldea y Diablo Grande celebró e hizo celebrar a todos las exequias del padre a su modo, mandando que se hiciesen grandes y públicos llantos por toda la aldea, y se reunieron los indios en la casa que fue la nuestra y al pie de la cruz que en la plaza habíamos hecho levantar, haciendo principalmente en estos lugares grandes gritos y derramando muchas lágrimas, y los hijos de Diablo Grande se dejaron crecer el cabello, tiñéndolo y tiznándolo en señal de tristeza, que es su luto. Al partirse ellos para la aldea, me partí yo también para el mar hacia la casa de Cobra Azul, que serían 30 o hasta 40 leguas; empleé en el camino 17 días, le mandé previamente recado a Cobra Azul de cómo me iba para su casa, al fin llegué y me hizo un modesto agasajo, recogiéndome en una casita que me había mandado hacer y luego me dio una roza para plantar maíz, y yo hice hacer otra y compré otra e hice plantar maíz, frejoles, habas y calabazas, preparándome para los que iban a venir de Ibiapaba» (1940:107-39).

2.5 SIMÃO DE VASCONCELOS (1596?-1671)

Ha pasado a la historia de la provincia brasileña como profesor, superior y cronista. Por no haber trabajado en las misiones con los indios, no debería aparecer en esta antología de los misioneros-cronistas. Sin embargo, el haber promovido las misiones como superior de colegios y como provincial y el haber escrito sobre ellas como historiador, unidos a la circunstancia de que el número de misioneros-cronistas fue relativamente menor en la provincia brasileña que en otras (por ejemplo, la del Paraguay), le aseguran a Vasconcelos un puesto en esta antología.

Nace en Oporto hacia 1596 y muere en Río de Janeiro. Siendo adolescente emigra con su familia a Brasil, donde estudia en el Colegio de Salvador. En 1615 ingresa en la Compañía y hace su carrera sacerdotal en Bahía, obteniendo el grado de maestro en artes. Allí mismo se dedica a la docencia y enseña dos años humanidades y cinco teología moral y especulativa. Se convierte en un hombre de prestigio y de consejo, dentro y fuera de la Compañía. Era socio del provincial, cuando forma parte, junto con Vieira, de la embajada que en 1641 envía el virrey a Lisboa con motivo de la restauración de la monarquía portuguesa en Juan IV. Al regresar en 1642, trabaja en el colegio de Salvador, siendo confesor del virrey, y luego es rector del colegio de Río. En 1655-58 es nombrado provincial, cargo en el que promueve misiones en Jacobina y Río das Contas en el interior de Bahía. En 1662 viaja a Roma como delegado en la Congregación de Procuradores. Su simpatía y aun cierto partidismo hacia los jesuitas criollos contra los nacidos en Portugal y su participación en la comisión que depuso al visitador Gacinto de Magistris, lo indisponen con sus superiores, por lo que fue privado de voz activa y pasiva, pero fue rehabilitado y así murió siendo rector del colegio de Río.

Vasconcelos es el historiador del primer siglo de la vida jesuítica en el Brasil (1549-1654) con una crónica y sendas biografías de Anchieta y Almeida. Su **Crónica da Companhía de Jesús do Estado de Brasil** apareció primero en Lisboa en 1663 en un tomo I y único, editada por Henrique Valente de Oliveira y fue reeditada en 1865 en Lisboa por A. J.Fernandes Lopes y en 1977 en Petrópolis por Vozes. Esta crónica contiene un «livro primeiro» de **Noticias curiosas e necessarias das cousas do Brasil**, que se publicó aparte (Lisboa, 1668, Joam da Costa) como una especie de historia natural y moral del Brasil. Es notable en este libro el esfuerzo analítico de Vasconcelos, aunque con resultados no siempre válidos, para responder distintas preguntas que el mundo indígena planteaba a los europeos. Pongo un solo ejemplo, el de «la mudanza y variedad de las lenguas». El cronista se pregunta cómo se multiplicaron las lenguas en Brasil, quién fue el autor

de ellas y en qué escuelas, en medio de los sertones, aprenden los indios tan acertadas reglas de gramática, que no son inferiores a las del latín o el griego (1668:114). Luego analiza la respuesta que dan los indios, que señalan como causa «el paso del tiempo y la variedad de los lugares», pero sin saber explicar el modo «con que una lengua se varía o se transforma en otra o en muchas» (p.115), para profundizar en la respuesta indígena por comparación con la evolución linguística de Portugal. Apoyándose en la obra **Origem da lingoa portuguesa** de Duarte Nunes de Leão, Vasconcelos presenta los distintos mecanismos de «corrupción» de las palabras latinas en portuguesas (cambio de terminaciones, disminución de letras o sílabas, aumento de letras o sílabas, cambio de unas letras por otras, inversión de letras y apropiaciones metafóricas) y concluye:

> «Así como la lengua de Portugal por corrupción de unos vocablos e introducción de otros, dejó de ser lengua latina y se convirtió en portuguesa; así como antes de llegar al estado en que hoy la vemos, tuvo tantos cambios de lenguas que hoy no son entendidas, porque desapareció en Portugal la lengua primitiva, que se habló en tiempos de Tubal, que dicen que era caldaica, y se transformo en otra, y ésta en otra, y después en latina y últimamente en la que hoy hablamos; y así como del latín se formaron tantas lenguas, como la gallega, la castellana, la francesa y otras. Así también todos estos cambios han acontencido en el Brasil que por semejantes corrupciones, introducciones de palabras y mudanzas de lugar, vino su primera lengua a corromperse y mudarse en tantas otras, hasta llegar a la multitud que hoy se cuentan de más de cien; unas lenguas son totalmente ininteligibles para otras y otras en parte, porque debajo de alguna raíz común, que llaman matriz, se comunican algunas palabras, como sucede con el castellano o gallego con el portugués» (1668:117-118).

Es también interesante el análisis que después hace el cronista sobre la importancia de la lengua en la identidad cultural (1668:153-155). Pero los demás libros de la **Crónica** de Vasconcelos son, sobre todo, una detallada narración de la vida y actividades pastorales de los jesuitas, siguiendo la secuencia temporal del gobierno de cada provincial, pero relatando también los sucesos políticos y sociales del país, que eran trasfondo y estímulo al trabajo misionero. Mención aparte merece el extenso poema de Anchieta (en la edición de 1865 ocupa las pp. 139-278) en versos latinos sobre la vida y gloria de la Virgen María; según la tradición, Anchieta lo compuso cuando estaba de rehén entre los indios tamoyos y tuvo que escribirlo en la arena de la playa, por no tener papel ni pluma, y aprendérselo después de memoria.

Antes de su crónica, Vasconcelos escribió sendas biografías, **A vida do P.João de Almeida da Companhia de Jesús na provincia do Brasil** (Lisboa, 1658) y la **Vida del Venerabel Padre José de Anchieta da Companhia de Jesús, taumaturgo do Novo Mundo** (Lisboa, 1662 y Río de Janeiro, 1943, Imprensa Nacional con un prefácio de Leite). Se trata naturalmente de historias ejemplares, donde se multiplican los milagros[1], pero que completan el panorama histórico del primer siglo jesuítico brasileño por lo que Leite llega a decir que constituyen con la **Crónica** como una sola obra. Vasconcelos escribió también un pequeño **Tratado do paraiso na América**, en el que aborda un tema de actualidad en su época y sostiene que el paraíso terrenal estuvo en este continente y en concreto en el Brasil.

He elegido dos textos de Vasconcelos para la antología. El primero, tomado de las **Noticias curiosas**, es la respuesta del cronista a la pregunta europea sobre la religión indígena y es una buena síntesis etnográfica, con los tres grandes temas de la ausencia de Dios, la gran presencia de los brujos y los vestigios de la primera predicación apostólica. Vasconcelos desarrolla el tercer tema, tan caro a muchos misioneros coloniales como un modo de reconciliarse con su teología sobre el origen diabólico de las religiones indígenas y de facilitar su predicación a los indios, con bastante amplitud y analizando, con buen sentido científico, datos de la arqueología, de la tradición oral indígena y de la piedad popular brasileña. El texto es:

I. ETNOGRAFIA RELIGIOSA BRASILEÑA (1668)

(1. Conocimiento de Dios y de la otra vida)

«11. Síguese por orden la pregunta de la religión de los indios. A ésta

---

1 No hay que olvidar que, cuando Vasconcelos escribe, se cumplía casi medio siglo de la introducción de la causa de canonización de Anchieta en 1617 y que el cronista lo presenta como "taumaturgo del nuevo mundo". Uno de los hechos milagrosos que narra es la resurrección de un indio de Santos, llamado Diego, que servía al portugués Domingo Dias y que estando ya amortajado y a punto de ser sepultado, comenzó a hablar, diciendo que viniera el P. José para bautizarlo. Luego contó a sus atemorizados amos: "Yo partí de esta vida y en la primera entrada de la otra, escuché una voz que decía que yo no caminaba al cielo por el camino real y directo, pues no había entrado en la Iglesia de Dios por la puerta común del bautismo. Lo que era verdad, porque, cuando los portugueses llegaron a mi tierra, me enseñaron la fe y me dieron el nombre de Diego, pero no el bautismo, que yo por error nunca creí que fuera necesario, y solo traté de guardar los mandamientos" (1943:165). Avisado Anchieta por caminos tambien extraordinarios, se presentó y bautizó a Diego, quien poco despues murió.

responderán ellos solamente con las noticias de Santo Tomás (de las que luego hablaremos, pues se nos abre ocasión tan buena). Y en verdad es un tema curioso; porque si aquellos sus primeros pobladores, padres, maestros fueron judíos, según la opinión de algunos, o eran del pueblo escogido y adoraban al Dios verdadero, o eran idólatras y adoraban dioses falsos;si eran troyanos, atenienses,africanos o de cualquiera otra nación de aquellos tiempos, tenían sus dioses particulares, Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Hércules, Atlante, Pallas, Diana. Pues luego, ¿con qué acontecimiento vinieron los indios del Brasil a degenerar de todo culto a los dioses?; cosa tan fuera de las naciones del mundo, que la primera que aprenden es algún Dios superior a todo, según la luz de la razón natural, refugio de sus males y esperanza de sus bienes.

12. En esta materia sea la primera resolución. Los indios del Brasil de los tiempos inmemoriales a esta parte, no adoran expresamente ningún Dios; ni tienen templo, ni sacerdote, ni sacrificio, ni fe, ni ley alguna. Léanse los autores al margen citados[2], donde tratan de la gentes de esta América y se hallará, aunque en otros términos, esta misma conclusión. Consta además, en segundo lugar, de la experiencia de todos los portugueses, que entre ellos viven desde el principio del descubrimiento de esta tierra. La razón porque así degeneraron de sus progenitores, viene a ser la misma que la de sus costumbres: porque ocupados en las guerras y odios entrañables, a los que son muy propensos, descuidaron del amor debido a Dios y finalmente por ser en lo común más agrestes que todas las otras naciones de América.

12 (sic). Dije del Brasil, porque de los indios de casi todas las otras partes de América, del Perú, México, Nueva España, etc. sabemos lo contrario, que sus primeros decubridores hallaron grandes indicios, ruinas de templos famosos y variedad de ídolos, sacerdotes, ceremonias y cultos. Llega a dar espanto lo que se escribe de la majestad de ellos. Véase Garcilaso de la Vega en sus **Comentarios Reales** (lib.I,cap.2), Joaquín Brulio, **Historia peruana** (lib.1,cap.4), Fr. Agustín de Avila, **Historia de México** (lib.1,cap.24 y 25), P.Alfonso de Ovalle de la Compañía de Jesús, **Historia de Chile** (lib.8,cap.1 y 2).

13. Dije expresamente: porque supuesto que por lo común no reconozcan con claridad deidad alguna, tienen con todo unos confusos vestigios

---

2 Maffeo da Histor. da India liv.2. Niculao Orlandino, Francisco Sachino, Abraham Hortelio, Theatrum Orbis. Oliveira, Historia natural do Brasil

de una excelencia superior, a quien llaman **Tupa**, que quiere decir excelencia espantosa, y de quien muestran que dependen. Por esta razón tienen gran miedo de los truenos y relámpagos, por decir que son efecto del Tupa superior; por eso llaman al trueno **Tupasanunga**, que quiere decir estruendo hecho por la Excelencia superior, y al relámpago llaman **Tupa beraba**, que quiere decir resplandor hecho por la misma. Los mismos vestigios hay entre ellos de la inmortalidad del alma y de la otra vida, porque tienen para sí que los varones valientes que en esta vida mataron en guerra, comieron muchos de los enemigos,así como las mujeres, que fueron tan dichosas que ayudaron a cazarlos, asarlos y comerlos, después de su muerte se juntarán a tener su paraíso en ciertos valles, que llaman campos alegres (cual otros Elíseos) y que allí hacen grandes banquetes, cantos y danzas. Pero los que fueron cobardes o que en vida no obraron hazañas, van a penar con ciertos malos espíritus, a quien llaman **Anhangas**.

14. A esta noticia de la otra vida alude aquel modo, con que entierran a sus difuntos, con su hamaca e instrumentos de su trabajo juntamente, para que en la otra vida tengan a mano en qué dormir y con qué granjear qué comer. Donde no cuidan que la otra vida es espiritual, como nosotros, sino solamente corporal, como la que ahora vivimos y ponen allí su bienaventuranza en la quietud y paz que tendrán, libres de los trabajos de esta vida. Por el contrario, ponen la desdicha en las inquietudes y trabajos de los que vivieren entre aquellos malos espíritus que llaman **Anhangas**. Estos son los vestigios que tiene este gente y hasta que llegan los bienes de la fe, ni conocen claramente otra suerte de premios o castigos del cielo o infierno, ni tienen clara noticia de la creación del mundo, ni de algún otro misterio de la fe.

(2. Espíritus del mal y acción de los hechiceros)

15. Creen que hay unos espíritus malignos, a los que tienen grandísimo miedo. A estos los denominan con varios nombres: **Curapíra**, a los espíritus de los pensamientos, **Macachera**,a los espíritus de los caminos, **Yurupary** o **Anhanga**, a los espíritus malos o diablos, **Maraguigana**,a los espíritus o almas separadas que anuncian muerte y a quien dan tanta fe, que basta sólo que imaginen que tienen algún crédito de este espíritu agorero, para que luego se entreguen a la muerte y efectivamente mueran sin remedio. A éstos hacen ciertas ceremonias, no como a dioses sino como a mensajeros de la muerte, ofreciéndoles presentes como ciertos panecillos metidos en tierra, teniendo para sí que con éstos se aplacan.

16. Tienen gran cantidad de hechiceros, agoreros y brujos. Los dos

primeros, a los que llaman **Payes** o **Caraybas**, los engañan con falsas apariencias y los últimos los embrujan a cada paso. Los tapuyas son en este punto los peores,porque, además de no conocer a Dios, creen en el diablo que se hace visible en formas ridículas de mosquitos, sapos, ratones y de otros animales despreciables. Los hechiceros, agoreros y curanderos son entre ellos los más estimados; a éstos dan toda la veneración y lo que dicen sobre ellos es infalible. Los modos de dar sus oráculos y de adivinar el futuro son varios y ridículos. Pondré uno o dos, a modo de ejemplo. Usan algunos un calabacín a modo de cabeza fingida de hombre, con cabellos, orejas, narices, ojos y boca; estriba éste sobre una flecha, como sobre el pescuezo y cuando quieren dar sus oráculos, hacen humo dentro de este calabacín quemando hojas secas de tabaco; el humo que sale por los ojos, oídos y boca de la fingida cabeza, lo reciben por las narices, hasta que, por el mismo, quedan perturbados y como embriagados, y luego de estar animados así, hacen visages y ceremonias como si estuvieran endemoniados. Entonces dicen a los otros lo que les viene a la boca o lo que les sirve el diablo, y éstos creen firmemente todo lo que ellos dicen durante aquel desatino, como nosotros creemos en la revelación de un profeta. A unos anuncian la muerte, a otros malaventuras, a otros buenas noticias, y el vulgo ignorante lo recibe todo como dicho de alguna deidad. En cualquier lugar en que aparecen, les hacen grandes fiestas, danzas y bailes, como a quienes traen consigo espíritu tan puro.

17. Vaya otro ejemplo. Un grupo de soldados portugueses, que había partido en compañía de gran cantidad de indios al sertón, vio con sus ojos y testificó de modo unánime el caso siguiente. Estando en la frontera de los enemigos, los nuestros dudaban de si debían atacar o no, porque los indios estaban fuertemente atrincherados y con mejor partido como defensores. Por lo que uno de los indios que por nosotros militaba, fué a una plaza cercana a los enemigos, fijando en tierra dos horquillas, amarró con fuerza sobre ellas una clava o maza de palo, que es su espada a la que llaman **tangapema**, toda adornada de plumas de varios colores. Después que tuvo amarrada la maza, convocó a muchos de los suyos para que danzasen y cantasen alrededor de ella, y acabadas las danzas y los cantos, comenzó el mismo hechicero a hacer las suyas por sí solo y alrededor de la misma maza, añadiendo a las ridículas ceremonias, burlas y gestos de escarnio. Hecho esto, llegándose a la espada o maza, dijo entre dientes ciertas palabras mal pronunciadas y peor entendidas, y dichas éstas, soplando más de tres veces sobre la espada, ésta quedó de pronto suelta de las ataduras en que estaba, saltó fuera de las horquillas y fue volando por los aires con **asfas** de admiración de los portugueses, que deseosos de ver el final, se quedaron en el lugar.

Cosa espantosa. Poco tiempo después vieron todos que regresaba la misma espada, volando por los aires por el mismo camino y, a la vista de todos, se volvía a colocar en el mismo lugar y sobre las mismas horquillas, pero de modo muy distinto, porque estaba toda ensangrentada y destilando sangre, cual si viniera de grandes matanzas. Los portugueses quedaron confusos, aunque el hechicero quedó contento y les declaró que el pronóstico era señal cierta de victoria, añadiendo que podrían atacar seguros porque habían de matar a los contarios y derramar mucha sangre. El lo dijo y el suceso lo mostró en breve, porque mataron como 4 mil y pusieron en fuga a innumerables. Véanse las varias y notables clases de hechiceros que escribimos en la **Vida del venerable P. Juan de Almeida,** en el lib.IV, cap.6 en adelante, que son muy dignas de notar y que yo no quiero repetirlas aquí.

(3. La predicación del apóstol Tomás)

18. Hemos hablado en general de la fe en Dios. En cuanto a la fe en Cristo en particular, es cosa digna de saberse lo que los indios dijeron acerca de la venida del Apóstol S.Tomás a esta su tierra, donde decían que tenían por tradición que les enseñó cosas de otra vida, pero que no fue recibido de sus antepasados. Sobre esta curiosa duda, para mayor claridad diré lo que vi y alcancé de personas dignas de fe. Hay en aquella parte de la playa que viene corriendo al norte del puerto de la villa de San Vicente no muy lejos de él, un pedazo de arrecife o piedra plana, que el mar lava, cubre y descubre con la variedad de sus ordinarias mareas. En el medio de ésta son vistas de todos los que a aquella parte se llegaron, además de otras menos importantes, dos huellas de pie de un hombre descalzo, derecha e izquierda, ambas en proporción de quien entra en el mar, la parte posterior hacia la tierra y la anterior hacia el agua:son tan vivas y claras, como si al mismo tiempo se hicieran y aparecieran, y tan permanentes,que no pudieron descomponerlas los siglos pasados, ni parece lo podrán los futuros, porque supuesto que no están impresas en la piedra, son como de pintura tan firme, tan natural y viva, que el mejor pintor del mundo no parece poder hacer obra tan acabada.

Buscando información sobre estas huellas (que fueron consideradas siempre como cosa milagrosa por los portugueses desde su primera entrada en Brasil, y que son tenidas como cosa santa, hasta el tiempo en que esto escribimos), los primeros que poblaron esta Capitanía y después de ellos algunos padres de nuestra Compañía hallaron, por tradición antigua de padres a hijos de los naturales de la tierra, que eran huellas de un hombre blanco, barbado y vestido, que en tiempos antiquísimos anduvo en aquellas

partes. Tenía por nombre en su lengua **Sumè**, que es lo mismo que Thomé en la nuestra, enseñaba cosas de otra vida, y en base a dicha tradición y de la misma cosa, que de sí parece milagrosa, dicho lugar fue siempre tenido por santo y como tal venerado; y con razón, porque ¿con qué propósito se pone la naturaleza a pintar imágenes tan propias de los pies de un hombre?, y después, ¿con qué propósito las conserva por tan dilatados tiempos?.

19. Sobre la verdad de esta tradición de los indios, confieso que tuve en tiempos pasados alguna duda; no obstante, de ésta me fue librando el mismo tiempo y la experiencia, de modo que hoy la considero cierta. Convéncenme los argumentos de grandes sañales que se hallaron y hallan ahora por toda esta costa del Brasil y fuera de ella por toda América. En Bahía, fuera de la entrada del puerto, en otra playa semejante que dista como dos leguas de la ciudad, a la que llaman **Itàpoà**, vi con mis ojos y ven cada día nuestros padres y todo el pueblo, en otro pedazo de arrecife o piedra plana, una huella de hombre perfectísima, impresa en la sustancia de la piedra con la parte posterior hacia la tierra y la anterior hacia el agua. A ésta, viniendo yo de una aldea de indios, noté que concurrían todos los que venían en nuestra compañía, aun los que iban con cargas; le pregunté a uno de ellos la causa (que yo era nuevo en aquel camino) y todos me respondieron: **'Pay, Sumè pipuera angaba aè**: es que está allí la huella de S.Tomé'. Entonces les pedí que me llevasen a ella; vi la huella que dije de un pie descalzo, el izquierdo, como si estuviera impresa en barro blando. Los indios la tienen en gran veneración y ninguno pasa que no la visite, si puede; tienen para sí que, poniéndole el pie, queda mejorado todo su cuerpo. Esta parte no es frecuentada por los portugueses, como la otra de San Vivente, porque está la mayor parte del tiempo cubierta por el mar y solo aparece en reflujos mayores.

20. Dentro de la misma zona de Bahía, como a 3 leguas de distancia, en un paraje que llaman S.Thomé o **Toquè Toquè**,en otra playa y en otro pedazo de piedra plana similar, dejó el mismo Santo otras dos huellas de sus pies impresas en la sustancia de la piedra en la misma forma que la de la piedra plana de **Itàpoà**, y a distancia la una de la otra en la proporción requerida por los pasos ordinarios de un hombre que camina. Fueron siempre en todo el Brasil tenidas, habidas y veneradas por huellas del Santo Apostol, milagrosas entre los portugueses. Y la tradición antiquísima de los indios, transmitida de padres a hijos, es la misma ya referida: que son huellas de un hombre blanco, con barba y vestido, que anduvo en aquellas partes y trató con ellos de un modo de vida muy diferente, llamado por nombre Thomé; del cual dicen éstos en particular que cierto día, exasperados sus abuelos por la novedad de la doctrina e inducidos por sus hechiceros o por el enemigo común del género humano, arremetieron para to-

marlo preso, pero él se retiró en dirección a la playa, caminando por un monte abajo tan escarpado que era imposible seguirlo por allí; y cuando, dando un rodeo, lo buscaron por otra parte, él tuvo tiempo de huir, y lo vieron ir por el mar, dejando frustrados sus intentos y por memoria de su repugnancia aquella huellas impresas en la piedra sobredicha. Esta tradición es constante. La averiguaron los padres de la Compañía que en el mismo lugar residieron antiguamente, los que reconocieron siempre y veneraron tales señales como del santo y como cosa sobrenatural. En la cumbre del monte por donde bajó, fundó la devoción del pueblo una iglesia en honra del santo y en memoria de dicha tradición; la cual iglesia, si bien fue siempre venerada y visitada de los fieles, en el tiempo presente lo es con mayor concurso y continuidad por los efectos extraordinarios, tenidos por milagrosos, que allí experimenta la fe de los enfermos y necesitados.

(4. Carácter milagroso de la fuente de S.Tomé)

21. Aquí para mayor confirmación de lo sobredicho, obró la divina Potencia una circunstancia, que parece tiene mucho de sobrenatural. Es esta una fuente perenne de agua dulce, que brota de otro peñasco junto al de las huellas, pocos pasos andados, en la raíz del propio monte, por donde es tradición que bajó el santo. A esta fuente llama la gente fuente milagrosa de Santo Tomás, y la razón es varia. Unos dicen que es milagrosa, porque nace milagrosamente de piedra viva, como la de Moisés en el desierto. Otros, porque nació milagrosamente por el toque de un pie del santo, cuya huella allí se muestra, cual la de pie del cordero de San Clemente: **De sub cuius pede fons vivus emanat** [3]. Y de aquí quieren se derive el nombre de Toquè Toquê. Otros, porque se conserva milagrosamente siempre en un mismo tenor de sus aguas, tanto en verano como en invierno, sin que rebase por más lluvias que haya y sin dejar de estar llena, por más calores que abrasen la tierra. Otros, finalmente, porque cura de modo milagroso todo género de enfermedades.

22. Esto es lo que dicen. Yo diré lo que vi con mis ojos y lo que parece más verosímil por información que obtuve de hombres antiguos, dignos de fe y moradores del lugar, yendo a él sólo para efectos de averiguar la verdad. Vi que es cierto que nace aquella fuente de la piedra dicha, no de aquel mismo lugar, donde su agua se junta como en una pila de agua bendita, sino más arriba de un ojo pequeño, por donde cae en tan pequeña cantidad que escasamente se ve, si no es de quien reflexiona, porque viene como la-

3 Debajo de cuyo pie nace una fuente viva.

miendo la piedra y como mojándola nomás, pero llenando siempre la pila, y lo que se desborda es imperceptible también, porque va de la misma manera lamiendo la piedra sutilmente, y como es poca, cae en la arena, no se empoza, ni puede percibirse.

23. Con razón de todo lo que vi dudo, ¿se ha de decir que nace esta agua de la misma piedra viva, o antes que por aquel ojo que dije viene atraída de la sustancia del monte? Y la razón de la duda es porque hace fuerza la experiencia que muestra que ni disminuye, ni rebasa jamás el agua de la fuente, sino que siempre está en el mismo ser. Porque sabemos que lo natural de las fuentes que tienen su nacimiento en la tierra, es que rebasen en el invierno y falten en tiempo de secas; y la que nace de la piedra viva no tiene estas alternancias, porque ésta no depende de la tierra, que se inunde en las grandes invernadas o se seque con las grandes bonanzas. Cada quien juzgará en este duda lo que le parezca, que yo sólo digo lo que vi y experimenté.

24. Acerca de los que dicen que (esta fuente) nació por el toque de un pie del santo, supuesto que no vi en esta piedra señal de huella, ni quien la viese, me formé sin embargo un argumento favorable: porque, supuesta la referida tradición de que el santo vino huyendo por aquel monte abajo, observé (poniéndome en el lugar de las huellas del arrecife a donde fue a parar y mirando derecho a la cumbre del monte, en el que dicen que estaba la aldea, de donde parece que partió) que la fuente estaba en el camino y que forzosamente, viniendo derecho, había de pasar por el peñasco en el que nace. Y por aquí se hace verosímil que al ir pasando pisaría la piedra con sus pies, en cuyo contacto brotarían las aguas. En cuanto a los efectos de las aguas de esta fuente, bien se puede por ellos con verdad llamar milagrosa. Es cosa muy sabida y pública que dichas aguas, en nombre del santo y de un modo considerado milagroso, dan salud a los enfermos, que llegan a lavarse en ellas o las mandan buscar para eso. Esto lo deduje de las muchas romerías que se hacen a dicha fuente, de los exvotos que vi colgados en las paredes del templo y de los varios y diversos sucesos milagrosos, que oí contar sobre esto a hombres dignos de fe.

25. Las huellas del santo, de que al principio hablé, no las vi, ni hoy se observan; vi la piedra, en la que me mostraron los antiguos de aquel lugar la parte, donde estuvieron y donde ellos las vieron con sus ojos: en lo que no puede haber duda alguna, porque lo convence la fama y lo testifican documentos antiquísimos de las cantidades de tierra de aquellos primeros tiempos, en los que se asigna por referencia la piedra de las huellas del santo, diciendo así. Concedo una cantidad de tierra, situada en las huellas de S. Thomé, tanto para tal parte y tanto para la otra, etc. Estos documentos

vi y tenemos uno en nuestro archivo de este colegio de Bahía: sino que los tiempos que todo lo gastan, vinieron, pasados los siglos no menos de 1500 años, a cegar todas éstas señales. Unos dicen que por el continuo paso de los devotos que se entretenían en llevar reliquias, raspando parte de ellas; otros, que ayudó para eso la disposición del lugar, que es una playa de arena muy movediza y puede arrasar los vacíos conglutinándose con la misma piedra.

(5. Otros indicios de la presencia del apóstol)

26. Pasando yo por la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción de Cabo Frío, distante 18 leguas de Río de Janeiro, a 23 grados de longitud y 6 de latitud sur, el capitán que allí gobernaba fue a mostrarme un paraje, llamado en lengua indígena **Itayurú**, entre la ciudad y un fuente extraordinaria de aguas rojas, medicinales, sobre todo para el mal de piedra. En este paraje me mostró un gran peñasco, abollado por varios bordonazos (deben ser de 7 a 8 para arriba), tan impresos en la piedra, como si el mismo bordón diera con fuerza en blanda cera, porque todos los bodonazos eran iguales. Y la tradición de los indios es que son del bordón de S.Thomé con motivo de que los indios resistieron la doctrina, que allí él les predicaba, y les quiso mostrar con estos ejemplos que, cuando los peñascos se dejaban penetrar de la palabra de Dios, sus duros corazones resistían, más obstinados que las duras piedras.

27. Es también digna de anotarse aquí la historia de **Mairape**, lugar distante como 10 leguas en el interior de la concavidad de esta ciudad. Hay un camino hecho de arena sólida y pura, de media lengua de extensión mar adentro; y la tradición del mismo es que fue hecho milagrosamente por Santo Thomé, cuando andaba en Bahía predicando a los indios de aquel paraje. Ellos se amotinaron contra el santo, el cual, huyendo de la furia de sus flechas, fue levantando en el mar aquella carretera por donde pasase a pie enjunto a su vista, cubriendo luego el principio de ella de agua, para que no pudiesen seguirlo las gentes, que se quedaron en la playa admirados de cosa tan extraordinaria y llamaron de allí en adelante a aquella milagrosa carretera, **Maipiré**, que en lengua de Brasil significa camino del hombre blanco. Así llamaron a S.Thomé, porque hasta entonces no habían visto entre ellos a ningún otro hombre blanco.

28. A la altura de la ciudad de Paraíba, a 7 grados de latitud sur hacia el sertón, en un lugar hoy desierto y solitario, se ve otro peñasco con otras dos huellas de un hombre mayor, y otras de otro más pequeño, y ciertas letras esculpidas en la piedra. Este lugar es hallado a cada paso por los in-

dios que van a cazar desde sus aldeas; y piensan que aquellas huellas son de S. Thomé: según lo que afirma S.Crisóstomo y S.Tomás, que acompañaba a S.Thomé uno de los discípulos de Cristo, las segundas huellas menores deben ser de éste. Las letras pretendieron los indios imitarlas para nuestros padres en las aldeas, pero no se ha entenido hasta ahora su significación» (**Noticias curiosas** 1668:174-94).

El segundo texto elegido para la antología está tomado de la **Crónica** y es la muerte de Ignacio de Azevedo (1526-70) y de sus 39 compañeros por corsarios hugonotes. El P.Azevedo nació en Oporto, se hizo jesuita en 1548 y ocupó en seguida cargos de gobierno en Portugal. En 1566 fue designado visitador de la provincia de Brasil y en 1568 regresa como procurador a Roma y para preparar una gran expedición misionera. En 1570 vuelve al Brasil como provincial al frente de 73 padres y hermanos. El 12 de junio el grupo se divide en Founchal (Madeira) y el 30 de junio Ignacio con 39 compañeros sale para La Palma, mientras el resto se queda para seguir después. El 15 de julio en el mar de Canarias mueren los 40 jesuitas a manos de los hugonotes. Como observa Leite, «casi todos los otros compañeros, que quedaron en Madeira al cuidado del P.Pero Dias, vinieron a tener, después en la continuación de su viaje, igual suerte. Desde el punto de vista humano, fue una catástrofe completa esta gran expedición misionera; desde el punto de vista religioso, no, porque **sanguis martyrum est semen christianorum**[4]» (MB, IV, 1960:74). Ignacio y sus 39 compañeros fueron beatificados por Gregorio XV en 1854.

Volviendo al segundo texto, éste ilumina, más que el riesgo de los viajes que hicieron perder la vida a tantos jesuitas misioneros camino de su destino, como se verá en más de una ocasión, el problema de la amenaza latente a ciertas misiones, sobre todo del Brasil, de piratas de las potencias coloniales europeas donde había triunfado la reforma protestante. El texto refleja el duro clima de las guerras de religión, que ensangretaron la Europa de los siglos XVI y XVII y que tuvieron cierta repercusión en las misiones americanas. No está demás recordar que las misiones jesuíticas americanas nunca fueron un problema exclusivo de indios y misioneros, sino que la política y las luchas europeas pesaron sobre ellas, como lo prueba su trágico fin. El clima de las guerras religiosas y la circunstancia poco repetida de que muriera, a manos de calvinistas franceses, toda una expedición de 40 misioneros, en su mayoría jóvenes que se preparaban para el sacerdocio, sin llegar a pisar tierra brasileña, dan a este relato un tono de panegírico, que

4 Sangre de mártires es semilla de cristianos.

acentúa más aún el carácter de historia ejemplar propio de la crónica misionera.

II. MUERTE DE IGNACIO DE AZEVEDO Y 39 COMPAÑEROS (1570)

(1. Al salir de Madeira, aparecen los corsarios)

«29. Partió aquella compañía del puerto de **Tersa Corte** un viernes por la mañana; y como el viento era poco favorable, después de realizado un lento circuito, al romper la mañana del sábado, se hallaban frente a Palma como a tres leguas en el mar. Pero otro era el puerto y otra era la palma más feliz, hacia donde Dios los guiaba, porque cuando con alegría de los navegantes preparaban el paseo a tierra, gritó el gaviero desde lo alto del mástil mayor: 'barco, barco', y cuando los de abajo fijaban la vista, volvió a gritar: 'Aparecen cuatro menores más, demoran en tal parte'. Fue grande la perturbación de los navegantes, como sucede en semejantes casos: unos lanzaban discursos, que sería la flota de D. Luís de Vasconcelos, que habían dejado en Madeira, pues la nave capitana se parecía a la nave de la India. Pero pasó poco tiempo y se desengañaron, porque eran naves francesas.

30. Y porque desde luego sabemos qué escuadra es ésta y qué intento trae. Es de saber que, tras las conocidas revueltas en tiempo del cristianísimo rey de Francia Carlos IX con los herejes hugonotes, de la traición con que quitaron la vida al católico duque de Guisa, y de la traición con que pretendían apoderarse del propio rey y de la reina su madre por defender la fe católica, y últimamente del castigo que en ellos ejecutó el mismo Carlos IX con muerte de 30 mil de lo más granado, se levantó el resto de los hugonotes con algunas de las fuerzas de Francia, Rochela, Montalván Mompelier y otras. Los que vivían junto al mar, faltándoles la extensión de la tierra, tomaron el oficio de piratas, y entre éstos uno de los más famosos corsarios de aquel tiempo fue Jacques Soria, gran hereje, enemigo capital de los 'papistas' y, sobre todo, de los jesuitas, que así los llamaban.

Había sido almirante de la afamada 'Pata de palo', cuando saqueó la isla de Palma, y era ahora almirante de la reina de Navarra, Juana de la Brie, y por orden suya infestaba los mares con cuatro naves fuertemente armadas y con ellas había salido este año de la Rochela. Este corsario, pues, era el que veían los de nuestra nave Santiago; él fue visto en la isla de Madeira, donde robó y quemó algunos navíos y contra él salió el Gobernador D.Luis. Debía de tener noticia de que había partido la nave Santiago,

y como un lobo carnicero, que deja el rebaño por miedo a los perros y va en busca de la oveja que se apartó, así el corsario Jacques Soria, no osando atacar las naves de D.Luis, busca y ataca a la Santiago, sola y desgarrada. Su nave capitana llamábase Príncipe; era un galeón, traía 300 hombres armados de sayas de maya y de armas blancas, y su artillería era toda de bronce.

(2. Marinos y misioneros se preparan a luchar)

31. A vista de tan poderoso enemigo, ¿qué podía hacer la nave Santiago, de porte pequeño, flaca artillería y 40 hombres de guerra casi desarmados?. Parecía una pequeña casa en comparación de una gran torre. Con todo los oportenses no perdieron el ánimo y resolvieron entre sí defender como valientes su partido hasta perder la vida o alcanzar victoria. Prepararon a toda prisa las cosas necesarias, deshicieron el comedor de los padres para nunca volver a tenerlo, pusieron en dirección la artillería, hicieron jaretas, lanzaron paveses y bandera de guerra y esperaron al enemigo. Con todo entre tan excitadas preparaciones y en cuanto el impulso de la guerra rompe los aposentos, deshace los retiros, llama a rebato, convierte el combés en plaza de armas militares, veamos lo que hacen los soldados de la milicia de Cristo.

32. Era admirable el corazón intrépido de Ignacio en medio de los suyos, reunidos al final de las letanías, con la imagen de la Virgen en las manos y hablándoles así: '¡Oh hermanos de mis entrañas! Según lo que me dice el corazón, ésta será la última exhortación que en esta vida mortal os haga. No son necesarias muchas palabras, donde el tiempo es tan breve y los corazones están tan dispuestos. Hemos llegado al fin de nuestros deseos; a la vista estamos del puerto y la palma de mayor estima que podían esperar nuestros trabajos. Hoy, hoy, nos tiene el destino reservado entrar todos juntos a gozar de la tierra venturosa y de la compañía feliz del Señor, que nos redimió con su sangre, de esta Señora, que hasta aquí nos favoreció, y de los santos que siempre invocamos. Y ¿qué mejor puerto que éste? ¿o qué mejor palma? ¡Oh bienaventurados trabajos! ¡Qué bien empleadas hallaréis ahora las penitencias del retiro del Valle del Rosal, vuestros cilicios, vuestras disciplinas, vuestras vigilias! Ahora éstas os abren el puerto, ahora os forman la palma con que habéis de entrar triunfando en aquellas plazas eternas que tanto deseábais. ¡Oh, hermanos míos, qué ventura tan grande!. Para tan dichosa fortuna os formó la naturaleza, labró el espíritu, predestinó la gracia. ¡Oh feliz suerte! Que venga ésta a reducirnos a un breve momento de tiempo, los largos años del Brasil, de sus sertones, de sus gentes y de sus dilatadas cruces! Ea, muramos ya todos, ¿para qué queremos la vida, sino para comprar en un momento el eterno peso de la gloria?'. Al son de esta

última exhortación, último legado y como testamento del padre, estando todos de rodillas y con los ojos y las manos levantados al cielo, prorumpieron en voz alta con estas palabras: 'Hágase en nosotros la voluntad del Señor; desde aquí le dedicamos la vida y estamos dispuestos a dar la sangre por su amor'.

33. Entre tanto con las velas desplegadas venía a gran velocidad la nave capitana de Jacques Soria, cual ave de rapiña que sigue a su presa la paloma. Pidió el capitán de la nave al P.Ignacio algunos compañeros para ayudar a pelear, supuesto el número reducido de su gente. Animólos el siervo de Dios y ya que estaban determinados, les advirtió que peleaban contra herejes enemigos de la fe y de la santa Iglesia Romana, en cuya lucha siempre salían triunfando: ya venciendo a los enemigos, ya muriendo a manos de los herejes por la fe en Cristo. Y puesto que sus compañeros por ser religiosos no eran aptos para las armas, señaló a los más esforzados que para esto se ofrecieron para animar en la lucha: el H.Manuel Alves, Juan de Mayorga, Gonzalo Henriques, Manuel Pacheco, Domingo Fernandes, Francisco Peres y Antonio Soares, el P.Pedro de Andrade, Esteban Zarura, Juan de San Martín y Juan de Bayena. Asignóles su oficio: animar y dar aliento a los que peleaban, acudir con ayuda a los cansados, retirar a los heridos, curarlos, confesarlos y proclamar en alta voz, en medio de las armas, la fe de Cristo y de la Iglesia Romana.

(3. Se inicia la lucha entre las naves)

34. Al llegar a tiro de pieza la nave de Jacques Soria, dio principio con un disparo de cañón, para amainar la nuestra. La respuesta fue disparar sobre ella toda la artillería, que, como la nave era grande y la soldadesca mucha, tuvo buen resultado y mató a muchos. Aquí comenzó a encenderse la pelea, deshaciéndose en fuego de parte a parte las dos naves. Manipuló Jacques hacia la nuestra y pretendió meterle gente; pero como no pudieron aferrarla, solamente saltaron dentro tres hombres armados, entre los que iba el subcapitán, segunda persona de Jacques, tenida en grande estima. Pelearon éstos en el combés valientemente, y como bien armados pudieron resistir algún tiempo, hasta que vendidos, fueron lanzados medio muertos al mar, con gran sentimiento de Soria, que lo estaba viendo. Instigado por el dolor, atacó segunda y tercera vez, mas también sin efecto, porque, al querer saltar algunos a la nave, cayeron armados en el mar y se hundieron. Comíase de rabia Jacques Soria por ver frustrados sus intentos, y resolvió que era necesaria más fuerza; volvió a intentarlo otra vez, trayendo consigo las otras cuatro naves, cercó la nuestra y estando él atravesado por proa y los cuatro por los lados, disparó sobre ella toda la artillería con daño y

muerte de algunos portugueses. Acabada la humareda, arrojó el arpeo y lanzó dentro de la nave 50 soldados de armas blancas, y dando por cierta la victoria, por la diferencia conocida de poder, púsose lejos a ver el suceso desde lo alto de la popa de su galeón.

(4. **Muerte de Ignacio de Acevedo**)

35. Travóse una pelea reñidísima, peleándose esforzadamente de una y otra parte, unos defendiendo la causa de su libertad, vida y fe; otros, la de su codicia, impiedad y odio mortal. Pero aquí es bien que se vea ahora el esfuerzo del capitán Ignacio, por tantas veces prometido y para aquí guardado. **Non sicut mori solent ignavi, mortuus est Abner**[5]. Aquel puesto que una vez escogió vivo, ese mismo cubrió en la guerra su cuerpo muerto y ese mismo lavó con su sangre. En el centro de la nave, al pie de mástil principal, lo hallaron los enemigos, ahí lo acabaron inmóvil. Pudieron quitarle la vida, pero no sus armas, porque el escudo de la santa imagen de la Virgen que pintó San Lucas, que tenía abrazada, nadie pudo quitárselo de las manos, por más que pretendió hacerlo el rencor de los herejes. Allí hacía confesión de la fe romana, allí eran oídas, por encima del estruendo de las armas, estas palabras suyas: 'Hermanos, defended la fe de Cristo, pelead esforzadamente por la Iglesia Católica Romana; lo hacéis contra herejes, que andan errados y fuera del camino de la verdad'. Allí inmóvil recibió de un hereje, que oía sus voces y veía su sagrado escudo, lleno de odio y furor, una cruel cuchillada que le cortó la cabeza y le descubrió el cerebro. Aquí otras cuatro lanzadas, a cuyo rigor desfalleció el cuerpo, pero no el brío. Cayó sobre su sangre en el mismo lugar donde cantó las letanías, exhortó a sus hermanos, hizo oración, esperó el conflicto, animó a los soldados, confesó la fe y reprendió a los herejes. Pero su espíritu estaba fuerte todavía y, aunque el ruido era grande, fueron oídas en todo el combés estas palabras suyas: 'Séanme testigos el mundo, los ángeles y los hombres, que muero por la fe católica, la Iglesia Romana y lo que ella confiesa'.

36. Aquí acudieron sus compañeros a la voz de su pastor herido. El P.Andrade se abrazó con él con lazos tan fuertes de amor que no pudieron apartarlos; fue necesario retirar a ambos a un camarote junto al timón, donde por último se reconcilió con el mismo padre. Llegaban todos bañados en lágrimas de sangre, y ensangrentábanse en la del bendito mártir, lo abrazaban y besaban sus heridas; pero él se despedía de ellos, lleno de alegría y como último prueba de amor les rogaba que no llorasen por su

5 No como suelen morir los pusilanimes, murió Abner.

muerte, sino que se alegrasen: 'Hízome Dios vuestro pastor –decía– y es bueno que vaya a prepararles un lugar. Lo mismo dijo Cristo a sus discípulos: **Vado parare vobis locum.** Hijos míos,cuán suave es morir por Cristo, que nadie desmaye y todos mueran por El'. Con estas palabras, desangrado, fijos los ojos en la santa imagen de la Virgen que nunca soltó, sin señal de pesar alguno, pasó a gozar del premio de sus grandes trabajos.

(5. **Muerte de otros misioneros**)

37. Siguió a su pastor inmediatamente el esforzado H.Benito de Castro, el cual, al primer furor del enemigo, separado de los demás hermanos, se fue a meter entre los que luchaban, armado solo con la espada de la cruz de Cristo, para que por ella fuera conocido y diera claro testimonio de la fe que profesaba. Y animando con grandes voces a los nuestros que peleasen por la Iglesia de Roma y desengañando a los herejes de sus errores, fue atravesado por tres disparos de arcabuz, y no siendo suficientes para que cayese tan gran constancia, cargó sobre él el odio mortal de los herejes y la fuerza de siete puñaladas a quemarropa, en el mismo lugar donde comenzó, con la misma constancia de espíritu, proclamando la fe en que moría y abrazado a la cruz de Cristo, cayó desmayado, envuelto en su propia sangre, y medio muerto fue luego arrojado al mar. El tercero en orden fue el H.Diego Pires de Nicéia, llamado antes el preferido, nunca más que ahora del cielo, quien junto al lugar donde murió su capitán, entregó con constancia la vida a manos de un soldado cruel, que lleno de odio por escuchar las voces con que protestaba la fe romana, lo buscó con una lanza y, atravesado de parte a parte, lo lanzó al mar.

38. A ellos siguieron en la palma de la victoria aquellos soldados, que el bendito P.Ignacio había destinado a la lucha. Ellos y otros guerreros valerosos que se le juntaron, después de despedirse de su pastor, recibida su bendición y preparado aquel santo cuerpo difunto, volvieron a la lucha con nuevo brío, como elefantes a la vista de la sangre, de la que venían teñidos. 'Muramos todos, hermanos, –decían– sigamos a nuestro capitán'. El H. Juan de Mayorga, pintor, cansado igualmente de animar y de confesar la fe entre los combates por espacio grande, conocido por la sotana y birrete que traía de la Compañía, atacado por no menos de 6 o 7 soldados de la pérfida secta, fue lanzado vivo al mar, sin herida alguna, pero con más crueldad. Los HH. Gonzalo Henriques do Porto, Manuel Rodrigues de Alcochete, Manuel Pacheco de Ceita y Esteban de Zurara, viscaíno, embebidos en en lo vivo de la lucha, acudiendo a una y otra parte, animando a los soldados, confesando la fe y el ser hijos de la Compañía, ni supieron de la muerte de su P.Ignacio, ni los que corrieron a despedir de éste, supieron

de la suya; solo conocieron que fueron lanzados al mar, como había hecho a los otros el furor herético, porque volviendo a la pelea, nunca más los vieron en la nave.

39. El H.Manuel Alves tiene no menor parte en tan gran empresa: defendió siempre sobre la jareta y castillos de popa, su valor fue insigne, despreciaba lo mismo la muerte que a los enemigos. Aquélla procuraba, confesando la fe a viva voz, que atronaba todo el combés y era oída hasta en las naves distantes; a éstos detestaba por ciegos y errados hijos de la perdición. Cesaba ya el furor de la lucha, pero no cesaba el esforzado soldado de Cristo con la confesión de su fe; arremeten los infernales sayones, y sacian en él su rencor: le retazan el rostro, le extienden las piernas y le hacen pedazos las canillas con los caños se sus aracbuces, y no quisieren matarlo para que no se acabase su pena. Lo retiran los hermanos para sí, y al ver que sentían su tormento, vuelto a ellos, les dijo: 'hermanos, tenganme envidia, no lástima, que yo confieso que nunca merecí de Dios tan gran bien. Hace 15 años que estoy en la Compañía y pasan de 10 que pido el destino al Brasil, y me preparao para él, y con solo esta muerte me doy por bien pagado de todos mis servicios'.

40. Entonces el capitán de la nave mortalmente herido, viéndose retirado del castillo de popa donde luchara animosamente, entró en el camarote donde estaban los hermanos puestos en oración delante de las sagradas imágenes. Al ver esto el furor de los herejes que le venían siguiendo, después de acabar de matar al capitán, detestando el acto de los siervos de Dios como idolatría, se arrojaron sobre ellos. Al H.Blas Ribeiro, de Braga, de 24 años de edad y solo 7 meses de Compañía, le quebraron el casco del cabeza hasta esparcirle la masa cerebral con las mazas de sus espadas, dejándole muerto. Al H.Pedro de Fontoura, también de Braga, le cortaron de una cuchillada la parte inferior de la boca y también la lengua. Al H.Antonio Correa, de Oporto, le dieron un gran golpe en la cabeza con la punta de otra espada, quejándose él a los demás hermanos por ser tan duro, que quedaba todavía con vida.

(6. La nave se rinde, pero siguen matando a jesuitas y tiran al mar el cadáver de Ignacio)

41. Muerto el capitán, que peleaba con valor, y muertos los hermanos que metían corazón en el conflicto, se acabó la lucha y se rindió la nave Santiago. De nuestros soldados murieron 15 o 16, que en su mayoría fueron lanzados al mar por los franceses, estando mal heridos, pero todavía vivos, para evitarse el trabajo de curarlos. De los herejes murieron 30, contando

también los que cayeron en sus naves por la artillería, y no fue mayor el número porque venían armados en todo el cuerpo. Sirva de ejemplo un hombre del mar natural de Oporto: era valiente, no tenía más arma que una lanza y con ella empujó a uno de estos armados y dio con él en el combés, se fue sobre él y queriendo matarlo, no halló con qué ni por dónde; le tiró de la espada de mano, pero no pudo sacarla del brazo, al que estaba amarrada. ¿Qué remedio? Acordose el buen oportense que traía una navaja colgada y la sacó de la vaina, pero no sabía cómo emplearla hasta que descubrió cierta junta en un lado del cuerpo, y por allí la metió y le quitó la vida, mostrando su esfuerzo y al mismo tiempo la dificultad de dar muerte a un hombre bien armado.

42. Desparramáronse luego los vencedores por diversas partes a tomar posesión y a saquear, según su costumbre, los bajos y depósitos. Aquí se vio más que en otra parte el odio de estos inhumanos herejes hacia los nuestros: porque siendo así que, acabada la guerra, según el común derecho de gentes, a sangre fría, ni se mata, ni se afrenta al rendido, no lo hicieron así con los que hirieron y mataron: no obstante, cual hircanos en rebaño sin pastor y sin perros que puedan defenderlo, hallando debajo de la cubierta a los padres y hermanos, que estaban acompañando el cuerpo de su maestro Ignacio y curando a los heridos, y todos ellos tan lleno de trabajos que eran dignos de compasión, usaron entonces con ellos de mayor crueldad. Viendo allí todavía vivo al esforzado H.Manuel Alvares, lidiando con la muerte a causa de los fuertes dolores de las heridas mortales que le hicieran, conociendo que era el que animaba y confesaba su fe desde el castillo de popa, lo arrojaron así medio vivo al mar. Lo mismo hicieron con el H.Fontoura en medio de los dolores de su quijada y de su lengua cortada, estando todavía vivo.

43. Pero lo que sobre todo les dolió en el alma, fue que aquellos verdugos del infierno les arrancaran de sus brazos el venerable y santo cuerpo difunto de su querido padre Ignacio, reliquia última de su consuelo y consuelo verdadero por sus vivos ejemplos, pero no de sus ojos, porque con éstos lo siguieron desde la cubierta hasta desaparecer. Y fueron testigos de un caso insolito, notorio en toda aquella nave: que andaba el santo cadáver flotando sobre las aguas con los brazos abiertos en forma de cruz, porque aquel que viviera en cruz, en cruz muriera, y no se hundiera aquel que no tenia el común peso sensual de la carne. Tuvieronlo por un portento todos los de la nave, que con cuidado lo notaron hasta perderlo de vista, sabiendo muy bien que un cadáver frío se va al fondo igual que un saco de tierra. Lo que nunca perderemos de vista los que somos hijos de esta su provincia del Brasil es el gran ejemplo de aquel que, no solo en su vida, pero también en su muerte nos enseñó la verdadera mortificación de la cruz" (**Cronica** 1977, II: 163-70).

2.6 ANTONIO VIEIRA (1608-1697)

Se diferencia bastante de la mayoría de los misioneros de esta antología. Tiene una personalidad rica y compleja, ocupa un lugar importante en la vida eclesiástica y aun política lusitana del siglo XVII y ha sido llamado el Las Casas portugués. Fue un extraordinario predicador en Brasil y en el viejo mundo, un consejero de la corte y embajador del rey en delicadas misiones políticas, un escritor de utopías que tuvo problemas con la Inquisición y un organizador de las misiones amazónicas. Aunque nació en Lisboa, a los seis años marchó con su familia al Brasil, al ser nombrado su padre escribano del Tribunal de Justicia de Bahía. Allí ingresa en la Compañía en 1623 a los quince años, cuando era rector del colegio de Salvador Fernão Cardim, otro jesuita cronista, y allí pasa la etapa final de su vida y muere con casi 90 años.

En su larga vida jesuítica pueden señalarse cinco períodos: 1) formación y primer trabajo pastoral (1623-40), 2) predicador en la corte de Lisboa y embajador regio en Francia y Holanda sobre asuntos de la restaurada monarquía portuguesa (1641-52), 3) visitador y organizador de la misión de Maranhão y Grão Pará y expulsión a Portugal (1653-61), 4) defensa en la corte, proceso de la Inquisición y viaje a Italia (1661-81) y 5) retorno a Bahía y muerte (1682-97). Para los fines de esta antología, el período más importante es el tercero. Vieira tuvo siempre muchos interés en la evangelización de los indios. Así, en sus años de estudiante jesuita aprendió el tupí, lengua general del Brasil, tuvo trabajo pastoral esporádico en aldeas de indios y hasta hizo, a los 17 años, un voto personal de consagrarse a la evangelización indígena. Si embargo, su talento oratorio fuera de serie, por el que se le reclamaba en los más famosos púlpitos, y su preocupación creciente por los problemas políticos de Brasil y Portugal, le impidieron, cada vez más, consagrarse a las tareas de simple misionero.

Muchos datos de la biografía de Vieira aparecen ya en la introducción histórica de este capítulo, porque, como es sabido, la historia de la misión de Maranhão y de su lucha contra la esclavitud indígena es la historia de Vieira. Con todo debo recoger ciertos detalles, especialmente del período tercero, desde que en 1653 regresa Vieira a Brasil como superior de los jesuitas del Estado de Maranhão. Poco después de su llegada, se recibe la nueva ley sobre la libertad de los indios, cuya promulgación degeneró en un tumulto. Vieira lo cuenta en carta a Bahía:

> «Había mandado en esta ocasión S.M. una ley, en la que se declaraban libres, como en ese Brasil, a todos los indios de este Estado, cualquiera que fuera su condición. Publicose el bando con cajas y se

fijó la orden de S.M. en las puertas de la ciudad. El resultado fue que todos protestaron contra la ley con un motín público en el Concejo, en la plaza y en todas partes..,estando decididos todos a perder antes la vida (y hay algunos que dieran antes el alma) que consentir que les sacaran de casa a los (indios) que habían comprado con su dinero. Aprovechose de esta ocasión el demonio y puso en la boca, no se sabe de quién, que los padres de la Compañía fueron los que consiguieron del rey esta orden, para quitar los indios a los colonos, llevarlos a sus aldeas y enseñorearse de ellos»(Leite IV:45).

Luego, Vieira refiere otros detalles del conflicto. Los amotinados prepararon con el concejo una representación al rey solicitando la deregoción de la ley, que ya había sido firmada por los vicarios y superiores de las demás órdenes religiosas y que ahora debía firmar Vieira. Las razones por la derogación eran: «que la república no puede sostenerse sin indios (esclavos); que éstos habían sido cautivados de modo legítimo; que las entradas al sertón y los rescates eran lícitos; que los indios eran la peor y más bárbara gente del mundo y que, al verse libres, se levantarían contra los portugueses» (IV:46). Tras consultarlo con sus compañeros, Vieira dijo que no podía firmar la representación y respondió haciendo una nueva propuesta por escrito. Pero, al siguiente día, se presentó en el colegio una turba gritando: «¡fuera los padres de la Compañía!, ¡fuera los enemigos del bien común!, ¡metámoslos en dos naves a la deriva!», hasta que llegó el gobernador con tropas para librar a los padres.

En seguida vino el diálogo de las autoridades con los jesuitas, para que éstos moderasen su postura y evitaran un enfrentamiento con el pueblo. En el diálogo se sugirió que Vieira predicara el domingo primero de cuaresma, presentando su propuesta. El aceptó y pronunció una de las más bellas piezas oratorias de todos los tiempos sobre la esclavitud, que será el primer texto de la antología. Vieira cuenta los detalles en una larga carta a Bahía:

«Prediqué en la siguiente **dominica**, que era la de las **Tentaciones**, y tomando por fundamento el **Haec omnia tibi dabo**, que era la tercera tentación, mostré primero, del modo más eficaz que pude, que un alma vale más que todos los reinos del mundo; y después de bien asentado este punto, pasé a desegañar con la mayor claridad a los hombres de Maranhão, mostrándoles que todos en general estaban en estado de condenación por los cautiverios injustos de los indios, y que, si este pecado habitual no se remediaba, todas las almas de los portugueses de este Estado iban a ir al infierno. Propuse, finalmente, el remedio, que vino a ser en sustancia los mismos puntos de nuestra

respuesta, pero de modo más amplio y convincente, facilitando su ejecución y encareciendo su conveniencia; y acabé prometiendo grandes bendiciones y beneficios de Dios, incluso de orden temporal, a los que, por servicio del mismo Señor y por salvar su alma, les sacrificasen sus intereses.

En los cambios de color del auditorio veía yo con claridad los efectos que, por medio de estas palabras, obraba Dios en los corazones de muchos, que luego salían de allí persuadidos en querer salvarse y en aplicar los medios que fuesen necesarios a cualquier costo. Aquella misma tarde, antes de que la memoria se perdiese o alguna conferencia secreta la confundiese, convocó una reunión el Capitán mayor en la misma matriz, a la que asistieron el Síndico, los prelados de las órdenes religiosas, el Concejo, el Vicario general, la mayoría de autoridades militares y civiles y gran multitud del pueblo,que entró sin ser llamado y que no pudo impedirse que estuviera presente. Me pidieron que volviese a proponer lo que dijera por la mañana, y habiéndolo aprobado todos, **nemine discrepante**, se pasó a los medios de ejecución, en lo que hubo grandes dificultades» (IV: 49-50).

Como no pudo llegarse a ninguna solución práctica y los colonos seguían exigiendo la revocación de la ley, el rey acabó dando la nueva ley de 17 de octubre de 1653, que legalizaba ciertas formas de rescate. Esto ocurría mientras Vieira y otros tres jesuitas organizaban una entrada al río Tocantins. El mismo cuenta en larga carta al provincial de Brasil (III:316-336) los detalles de la entrada. En la carta hay una rica información del mundo amazónico y una viva descripción del conflicto permanente entre misioneros y funcionarios o colonos portugueses en torno a los indios descubiertos en dichas entradas. Una muestra del conflicto es el siguiente fragmento de la carta:

«Por lo que veíamos obrar al capitán, muchas veces sospechábamos que el capitán-mayor le había dado otra orden, contraria a la última con que trató de satisfacer o librarse de mis requerimientos. En ese día, pues, me dijo el capitán que tenía que enviar dos canoas antes, que avisasen de su llegada a los indios que íbamos a buscar, para que lo viniesen s recibir y para que él les dijese lo que habían de hacer, en lo que se hacía dueño de la Misión.

Parecióme no disimular más, como hasta entonces había hecho, por tratarse del punto esencial de los indios y de su conversión. Quise explicarle las órdenes de S.M. y del capitán-mayor, sacándolas para mostrarlas, pero él se levantó dando voces, tapándose los ojos y los oídos para no verlas ni oirlas. Callo las palabras irreverentes con que

nos trató en particular y en común, los descomedimientos que dijo y quién es la persona que los dijo, porque no es eso lo que sentimos, ni sentiríamos nada si nos dejasen cumplir nuestra misión.. Luego que estuvo menos colérico declaró y nos manifestó de todos los modos posibles que, aunque el capitán-mayor nos había dado aquella orden, después le había dado a él otra» (III:334).

No es posible ampliar los detalles de aquella entrada. Al volver Vieira, se encontró con la nueva ley del 17 de octubre de 1653 que abría otra vez la puerta de los cautiverios. Como se vió en la introducción histórica, se embarcó para Lisboa donde consiguió de Juan IV la ley del 9 de abril de 1655 que volvía a prohibir los «rescates» de los indios, pero, tras la muerte de dicho rey en 1656, los colonos trataron de cambiar otra vez las cosas y en 1661 estalló en la ciudad de San Luis de Maranhão un nuevo motín. Vieira lo narra al rey en una extensa carta de 22 de mayo de 1661:

«Los Padres ...han sido expulsados de las aldeas de los indios, sacados del Colegio y encerrados en una casa secular... Los ejecutores de esta acción ha sido el llamado pueblo, pero los que lo movieron...son los que más debían defender la causa de la fe, el aumento de la cristiandad y la obediencia y la observancia de la ley de V.M...El motivo interior, único y total de tal resolución, que hace mucho tiempo se medita, es la codicia, especialmente de los más poderosos. Y puesto que éstos no se conforman con lo que les permiten las leyes de V.M. y no hay otros que defiendan dichas leyes y la libertad y la justicia de los indios, sino los religiosos de la Compañía, decidieron al fin quitar este impedimento por tan indignos caminos... La última ocasión que tomaron para esto, según me escribe el Gobernador, fueron las tres causas siguientes...Ahora, dicen que mandan procuradores a ese Reino y que llevan algunos indios confidentes suyos, que, por ser de vida abominable, no quieren la doctrina y sujección de los Padres...De todo lo que tengo referido a V.M. tuve aviso en el mar, donde escribo ésta, viniendo para el Maranhão de visitar las cristiandades de Pará y del río Amazonas, donde de nuevo dejé asentadas dos misiones...Hasta las naciones que tienen trato inmediato con los holandeses nos mandaron a pedir que las aceptáramos por hijos, bajo las mismas condiciones de paz y vasallaje de V.M...Pero, cuando esto hacen los bárbaros gentiles, los portugueses y los religiosos nos prenden y nos destierran, y esto en las ciudades del rey más católico y en el reino que Dios escogió para sí y para propagación de su fe. Por esta causa, Señor, desisto del camino que llevaba al Maranhão y regreso al Pará y al río de las Amazonas, a ver si puedo conservar de algún modo esta parte del rebaño de Cristo y confirmar a los indios,

que con este suceso se consideran ya todos en la antigua servidumbre y tiranía» (IV:56-58).

Al llegar Vieira a Belem, trató de comunicarse con las autoridades, pero todo fue inútil y pronto se reprodujo en dicha ciudad el motín de San Luis. El 17 de julio de 1661 el colegio fué asaltado, los padres fueron encerrados en casas particulares y, dos meses después, Vieira y 32 jesuitas, que trabajaban en 38 aldeas, fueron deportados a Lisboa. Aunque el 6 de enero de 1662, fiesta de la Epifanía, Vieira tuvo en la corte, ante la reina-regente Doña Luisa, un sermón magistral sobre las glorias de Portugal misionero (Cidade 1940,III:355-416), que debía servir para reivindicar a los misioneros expulsados, las cosas no tuvieron el desenlace esperado. La razón fue que la regencia culminó con un golpe de estado de los partidarios de Alfonso VI, que marginó a don Pedro, que era más amigo de Vieira. Así la nueva ley de 12 de septiembre de 1663 restablecía, como observa Leite (IV:61), «con pocas modificaciones la de 1653, entregaba la administración civil de las aldeas a capitanes seculares... Todos los jesuitas podían regresar al Maranhao, menos el P.Vieira». Este debió quedarse por un proceso pendiente en el Tribunal de la Inquisición, relacionado con el mito del V Imperio, y en realidad nunca más volvió a Maranhão.

Así se cierra el tercer período de la vida de Vieira, el más importante para los fines de esta obra. Pero, para completar esta síntesis del personaje, debo referirme a sus escritos. Vieira fue un fecundo escritor y muchas de sus obras han sido traducidas a distintas lenguas, sobre todo sus sermones, por ser considerado un maestro de la oratoria sagrada. Leite reseña los escritos de Vieira en 171 páginas (IX:192-263) de su bio-bibliografía de los jesuitas de la provincia de Brasil, que está en los tomos VIII y IX de su **Historia**. Es sabido que Vieira pasó sus últimos años preparando la edición de sus sermones y que estando él vivo se publicaron muchas de sus obras. La edición de sus **Obras completas** apareció en Lisboa entre 1854-58, a cargo de J.M. C.Seabra y T.Q.Antunes, en 27 volúmenes, de los cuales 15 son de **Sermões**, 4 de **Cartas**, 3 de **Obras inéditas**, 2 de **Várias**, 1 de la **Historia do futuro** y 1 del **Arte de furtar**, atribuído a Vieira. Al final de este capítulo se reseñan las principales ediciones de Vieira e importantes estudios sobre su compleja vida y obra. Para el fin de esta obra, entre los 15 tomos de **Sermões** hay que destacar los que se refieren a las misiones y al conflicto sobre la libertad de los indios, cuyo sermón más clásico es el de la 1a.Dominica de cuaresma, que recojo en gran parte en la antología. Los 4 tomos de **Cartas** son muy interesante para analizar el conflicto colonial y varias de ellas ya han aparecido en esta biografía o en la síntesis histórica. Pero hay que tener presente también otros escritos de Vieira, donde se recogen las «Ordenanzas para el gobierno de las aldeas», que son el segundo texto elegido para la antología, y las «Relaciones» de sus viajes misionales.

Un capítulo aparte es la **Historia do futuro**, obra inconclusa de Vieira sobre el mito del V Imperio portugués. Luisa Trías Folch y Enrique Nogueras, en su excelente estudio inicial de la nueva edición castellana de **Historia del futuro** (Madrid, 1987, Cátedra), se refieren al «sebastianismo» como ingrediente de la resistencia portuguesa después de la unión de la dos estados ibéricos bajo Felipe II:

> «A fines del siglo XVI y principios del XVII el sebastianismo no pasaba de ser una creencia en que D. Sebastião no había muerto en Alcazarquivir y en que volvería para reclamar el trono que le pertenecía. Nadie había visto su cadáver y, como su desaparición estaba ligada a la pérdida de la independencia,el sebastianismo encontró al principio adeptos en las capas bajas de la sociedad. Esta creencia se fue generalizando por las profecías de un tal Bandarra, zapatero de Troncoso, que vivió en tiempos de D. João III, y que anunciaba en sus **Trovas** la llegada de un rey «encubierto» redentor de la humanidad...Pero la idea de un rey «encubierto» no fué invención de Bandarra. Procedía de España. Alrededor de 1520 empezaron a divulgarse textos proféticos: unos exhumados de escritos de San Isidoro, obispo de Sevilla, en el siglo VII; otros que seguían la tradición de Merlín. Las profecías anunciaban la destrucción del Imperio y que un infante de Portugal vencería al rey Carlos y reinaría en toda España...Otra fuente de inspiración fueron las coplas de Jean de Roquetaillade, franciscano catalán del siglo XIV, discípulo del abad Joaquín de Fiore» (1987:10-11).

Sin duda, Vieira había tenido presentes estas ideas de sabor mesiánico en distintos sermones de su larga carrera oratoria, tan vinculada a la vida política de Portugal. Ya en sus primeros sermones bahianos, en el entorno de la ocupación de Pernambuco y el acoso de Bahía por Holanda, Vieira se refiere muchas veces a Portugal como el moderno pueblo elegido de Dios. Luego, en su primer regreso a Lisboa y en su larga vinculación con Juan IV, parece referirse al mismo como el rey «encubierto» de las profecías populares. Más tarde, en su viaje a Holanda se pone en contacto con el mesianismo temporal del rabino Menasseben Israel y acaba adhiriéndose al mito del V Imperio, que recoge en la **Historia do futuro**, que comineza a redactar en 1649 (Trías y Nogueras 1987:25).

Después del largo período como visitador de las misiones de Maranhão y de su regreso a Lisboa entre los demás misioneros expulsados (1653-61), debió quedarse en la corte para responder a la Inquisición. Se trataba de su escrito «Esperanças de Portugal, Quinto Império do Mundo. Primeira e segunda vida de El-Rei D.João IV, escritas por Gonçalo Eanes

Bandarra e comentadas por Vieira, em carta ao bispo do Japão, D.André Fernándes». Tal escrito, recogido en **Obras escolhidas**, VI:97-179, es el verdadero núcleo de su **Historia do futuro** y tiene la misma tesis. Allí Vieira trataba de probar que el V imperio de las profecías de Ezequiel y Daniel, comenzado con el nacimiento de Cristo, sería consumado en breve. Tras los cuatro imperios: el asirio, el medo-persa, el griego y el romano, que persistía a través de la Casa de Austria, vendría el quinto, el portugués, también de carácter espiritual y temporal y al que se incorporarían las diez tribus de Israel, los herejes y los pueblos paganos.

El 21 de junio de 1663 se presenta Vieira en la Inquisición y comienza un proceso, en el que él estuvo en la cárcel algunos meses y el resto recluído en alguna casa de la Compañia. Al hacer su defensa por escrito, va reuniendo materiales para su proyectada obra, ante la inminencia del año 1666, fecha considerada por muchos clave en el destino de la humanidad. El proceso, que duró cuatra años, entre otros motivos porque Vieira tenía muy quebrantada la salud y pedía prórrogas para hacer su defensa, terminó el 23 de diciembre de 1667, según una sentencia por la que se recluía a Vieira en un colegio de la Compañía y se le privaba de voz activa y pasiva y de la facultad de predicar. Pero, la situación cambió por el golpe de estado que el mismo año de 1667 dió el infante D. Pedro, quien va a reivindicar a Vieira. Para terminar esta biografía, debe tenerse presente que, aunque Vieira, al escribir sobre un mito como el del V imperio, aborda un tema importante para el estudio de las sociedades indígenas, sin embargo, como no utiliza, en cuanto sabemos, material de dichas sociedades, ningún fragmento de la **Historia do futuro** será parte de la antología.

Paso ya a presentar los dos textos de Vieira. El primero es su sermón sobre la esclavitud de los indios en el 1er. domingo de cuaresma, a partir del pasaje evangélico de las tres tentaciones de Cristo. De las 6 partes del sermón recojo, como más significativas, la III, IV y V: *

I. SERMON SOBRE LA ESCLAVITUD EN MARAÑON (1653)

(1.Vieira piensa que debe hablar contra esclavitud)

«Señores míos, nos hemos entrado a fuerza del evangelio en la más grave y más sutil materia que tiene este Estado. Materia en que va, o la salvación del alma, o el remedio de la vida: ved si es grave y si es útil. Es la más grave, es la más importante, y es la más intrincada y, siendo la más útil, es la menos gustosa. Por esta última razón de menos gustosa, había determinado de nunca hablaros de ella y por eso también, de no subir al

púlpito. Subir al púlpito para dar disgusto, no es mi ánimo y mucho menos a personas a quienes yo deseo todos los gustos y todos los bienes. Por otra parte, subir al púlpito y no decir la verdad, es contra el oficio, contra la obligación y contra la conciencia, principalmente en mí, que he dicho tantas verdades y con tanta libertad. Por esta causa resolví trocar un oficio por otro e irme a doctrinar a los indios por esas aldeas.

Estando en esta resolución hasta el jueves, hubo personas, a quienes no se puede perder el respeto, que me obligaron a que quisiese predicar en la ciudad esta cuaresma. Prometílo una vez y arrepentíme muchas, porque volví a verme en la misma perplejidad. Es verdad que, en el jucio de los que tuviesen jucio, siempre mi buena intención parece que estaba segura. Preguntoos: ¿Cuál es mejor amigo, aquél que os avisa del peligro, o aquél que, por no daros pena, os deja perecer en él?. ¿Qué médico es más cristiano: aquél que os avisa de la muerte, o aquél que, por no acongojaros, os deja morir sin sacramentos?. Todas estas razones tenía a mi favor, pero no acababa de deliberar. Fui el viernes por la mañana a decir misa por este cuidado, para que Dios me alumbrase y me inspirase lo que fuese más gloria suya. Y al leer la epístola, me dijo Dios lo que quería que hiciese con las mismas palabras de ella. Son de Isaías en el capítulo 58.

Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam et anuntia populo meo scelera eorum(Is 58,1). Grita, oh predicador, y no ceses: levanta tu voz como trompeta, desengaña a mi pueblo, anúnciale sus pecados y dile el estado en que están. Ya el pregón del Rey se dio con tambores, ahora dice Dios que el suyo se dé con trompetas: **Quasi tuba exalta vocem tuam.** No os asombre, señores, el pregón, que como es pregón de Dios yo os prometo que sea más blando y más benigno que el del rey. Y si no, ved las palabras que se siguen: **Me etenim de die in diem quaerunt et sciere vias meas volunt: quasi gens quae iustitiam fecerit et iudicium Dei sui non dereliquerit**(Is 58,2). Y ¿sabes por qué quiero que desengañes a este pueblo mío y por qué quiero que le declares sus peacados?. Porque son unos hombres, dice Dios, que me buscan todos los días y hacen muchas cosas en mi servicio; y siendo así que tienen gravísimos pecados de injusticias, viven tan sin susto, como si estuviesen en mi gracia:**quasi gens quae iustitiam fecerit.** Pues, Señor, ¿qué desengaño es el que he de dar a esta gente, y qué es lo que he de anunciar de parte de Dios?.

Ved lo que dicen las palabras del mismo texto:**Nonne hoc est magis ieiunium, quod elegi? Dissolve colligationes impietatis, et dimitte eos, qui confracti sunt, liberi.** Sabéis, cristianos, sabéis, nobleza y pueblo del Marañón, ¿cuá es el ayuno que quiere Dios en esta cuaresma? Que soltéis las ataduras de la injusticia y que dejéis libres a los que téneis cautivos y

oprimidos. Estos son los pecados del Marañón, éstos son los que Dios mandó que os anuncie: **anuntia populo meo scelera eorum**. Cristianos, Dios me manda desengañaros y yo os desengaño de parte de Dios. Todos estáis en pecado mortal,todos vivís y morís en estado de condenación y todos os vais derechos al infierno. Ya están muchos allá y vos estaréis presto con ellos, si no mudáreis de vida.

(2. **Según la biblia, la esclavitud es injusta**)

Pues válgame Dios, ¿un pueblo entero en pecado? ¿un pueblo entero al infierno? Quien se admira de eso, no sabe qué cosa son cautivos injustos. Bajaron los hijos de Israel a Egipto y, después de la muerte de José, cautivólos el rey faraón y servíase de ellos como esclavos. Quiso Dios dar libertad a este miserable pueblo, envió allá a Moisés y no le dio más escolta que una vara. Halló Dios que, para poner en libertad a cautivos, bastaba una vara, aunque fuese libertarlos de un rey tan tirano como Faráon, y de una gente tan bárbara como la de Egipto. No quiso dar Faraón libertad a los cautivos, comenzó a llover plagas sobre ellos. La tierra se convertía en ranas, el aire se convertía en mosquitos, los ríos se convertían en sangre, las nubes se convertían en rayos y relámpagos: todo el Egipto, asombrado y pereciendo. ¿Sabéis quién trae las plagas a la tierra? Cautiverios injustos. ¿Quién trajo al Marañón la plaga de los holandeses? ¿quién trajo el hambre y la estirilidad? Estos cautiverios. Insistió y apretó más Moisés, para que Faraón largase al pueblo, y ¿qué respondió Faraón? Dijo una cosa y ejecutó otra. Lo que dijo fue: **Nescio Dominum et Israel non dimittam**(Ex 5,2). No conozco a Dios, no he de dar libertad a los cautivos. Ea, esto me parece bien; acabemos ya de declararnos. ¿Sabéis por qué no dais libertad a los esclavos mal habidos? Porque no conocéis a Dios. La falta de fe es la causa de todo. Si vosotros tuviérais verdadera fe, si vosotros creyerais verdaderamente en la inmortalidad del alma, si vosotros creyerais que hay infierno por toda la eternidad, no quisiérais ir allá por el cautiverio de un tapuya. ¿Con qué confianza os parece que dijo hoy el diablo: **si cadens adoraberis me**? Con la confianza de haber ofrecido todo el mundo. Hizo el demonio est discurso: yo a este hombre le ofrezco todo: si es codicioso y avariento, ha de aceptar: si acepta, sin duda me ha de adorar idolatrando, porque la codicia y avaricia son la misma idolatría. Es sentencia expresa de San Pablo: **avaritiam, quae est simulacrorum servitus** (Col 3,5). Tal fue la avaricia de Faraón en querer detener y no dar libertad a los hijos de Israel cautivos, contestando justamente que no conocía a Dios: **Nescio Dominum et Israel non dimittam**. Esto es lo que dijo.

Lo que hizo fue que, huyendo todos los israelitas cautivos, salió el

mismo rey Faraón con todo el poder de su reino para volverlos al cautiverio. ¿Y qué aconteció? Abrese el Mar Bermejo para que pasasen los cautivos a pie enjuto (que sabe Dios hacer milagros para libertar cautivos). No penséis que merecieron esto los hebreos por sus virtudes, porque eran peores que estos tapuyas: de allí a pocos días adoraron un becerro y de todos, que eran 600 mil hombres, solo dos entraron en la tierra de promisión; mas Dios es tan favorecedor de libertades que lo que desmerecieron por malos, alcanzaron por injustamente cautivos. Pasados a la otra banda del Mar Bermejo, entra Faraón por el mismo camino, que aún estaba abierto, y el mar, de una y otra parte como en murallas, caen sobre él y sobre su ejército las aguas, y los ahogaron a todos. En lo que aquí reparo es en el modo con que cuenta esto Moisés en su cántico: **Operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus. Extendisti manum tuam et devoravit eos terra** (Ex 15,10-12). Que cayó sobre ellos y los ahogó el mar y los comió y engulló la tierra. Pues, si los ahogó el mar ¿cómo los tragó la tierra? Todo fue. Aquellos hombres, como nosotros, tenían cuerpo y alma; los cuerpos ahogólos el agua, porque quedaron en lo profundo del mar; las almas tragólas la tierra, porque bajaron a lo profundo del infierno. Todos al infierno sin quedar ninguno, porque donde todos persiguen y todos cautivan, todos se condenan. ¿No está bueno el ejemplo? Vaya ahora la razón.

(3.La esclavitud es injusta según la razón humana)

Todo hombre que debe servicio o libertad ajena y, pudiéndola restituir, no restituye,es cierto que se condena; todos o casi todos los hombre del Marañón deben servicios y libertades ajenas y, pudiendo restituir, no restituyen: luego todos o casi todos se condenan.Diréisme que aunque esto fuese así, que ni lo pensaban ni lo sabían y que su buena fe los salvaría. Niego tal: si lo pensaban y sabían, como también lo pensáis y lo sabéis; y si no lo pensaban y sabían, debieran pensarlo y saberlo. A unos los condena la certeza, a otros la duda, a otros la ignorancia. A los que tienen certeza, les condena el no restituir; a los que tienen duda, los condena el no examinarla; a los que tienen ignorancia, los condena el no saber, cuando tienen obligación de saber.

Así ahora se abrieran estas sepulturas y se apareciera alguno de los que murieron en este infeliz Estado; cómo es cierto que, al fuego de sus llamas, habíais de leer claramente esta verdad!. Mas ¿sabéis por qué Dios no permite que os aparezca? Es por lo que Abrahán dijo al rico avariento, cuando le pedía que enviase a Lázaro a este mundo: **Habent Moysem et prophetas**(Lc 16,29). No es necesario que vaya de acá del infierno quien le aparezca y le diga la verdad: allá tienen a Moisés y a la Ley, allá tienen los

profetas y doctores. Hermanos míos, si hay alguien que dude de esto, ahí están las leyes,ahí están los letrados, pregúntenlo. Tres religiones tenéis en esta Estado, donde hay tantos sujetos de tantas virtudes y tantas letras, preguntad, examinad e informaos.Mas no es necesario ir a las religiones, id a Turquía, id al infierno, porque no puede haber un turco tan turco en la Turquía, ni demonio tan endemoniado en el infierno, que diga que un hombre libre puede ser cautivo. ¿Hay alguno de vosotros, solo con la luz natural, que lo niegue? Pues ¿en qué dudáis?.

(4. ¿Son los cautiverios un mal necesario?)

Veo que me decís: bien está eso, si nosotros tuviéramos otro remedio, y con el mismo evangelio nos queremos defender. ¿Cuál más apretada tentación, la primera o la tercera? Nosotros entendemos que la primera, porque en la primera estaba Cristo con hambre de cuarenta días y ofrecióle el demonio pan; en la tercera, ofrecióle reinos y monarquías;y un hombre puede vivir sin reinos y sin imperios, mas sin pan para la boca no puede vivir, y en este estrecho nos vemos. Este pueblo, esta república, este Estado no se pueden sustentar sin indios. ¿Quién nos ha de ir a buscar un cántaro de agua o traer un haz de leña? ¿han de ir nuestras mujeres? ¿han de ir nuestros hijos? Primeramente, no son estos los estrechos en que os he de poner, como luego veréis, mas cuando la necesidad y la conciencia obliguen a tanto, digo que sí y vuelvo a decir que sí, que vosotros, que vuestras mujeres, que vuestros hijos y que todos nosotros nos sustentásemos con nuestros brazos, porque mejor es sustentarse con sudor propio que con la sangre ajena. Ah haciendas del Marañón y cómo, si esas capas y esos mantos se torcieran, habían de arrojar sangre!. La samaritana iba con un cántaro a buscar agua a la fuente, y fue tan santa como sabemos. Jezabel era mujer de Acab, reina de Israel, y fue comida de los perros y sepultada en el infierno, porque tomó a Nabor una viña; que no le llegó a tomar la libertad. Pregunto: ¿cuál es mejor, llevar el cántaro a la fuente e ir al cielo, como la samaritana, o ser señora, servida y reina e ir al infierno, como Jezabel? Mejor era que nosotros Adán y había ofendido a Dios con menos pecados, y debía al trabajo de sus manos el bocado de pan que metía en su boca. Hijos de Dios era Cristo y ganaba con un instrumento mecánico el alimento con que sustentaba la vida, que después había de dar por nosotros. Hace esto por nosotros el mismo Dios y ¿nosotros tendremos por desprecio hacer otro tanto por guardar su ley?

Diréis que estos llamados vuestros esclavos son vuestros pies y vuestras manos, y también podréis decir que los amáis muchos, porque los criásteis como vuestros hijos y porque os criaron los vuestros. Así es, mas

ya Cristo respondió a esta réplica: **Si oculus tuus scandalizat te, erue eum, si manus vel pes tuus scandalizat te, amputa illum** (Mt 5,29; Mc 9,42-45). No quiere decir Cristo que arranquemos los ojos, ni que cortemos los pies y las manos, mas quiere decir que, si nos sirviere de escándalo aquello que amamos como nuestros ojos, y aquello que habemos menester como los pies y las manos, que lo arrojemos de nosotros, aunque nos duela, como si lo cortáramos. ¿Quién hay que no ame mucho su brazo y su mano?, mas si en ella le salieran herpes, permite que la corten por conservar la vida. El mercader o el pasajero que viene de la India o del Japón, mucho estima las drogas que tanto le costaron allá; mas, si la vida peligra, va todo al mar, porque ella se salve. Lo mismo digo en nuestro caso. Si para asegurar la conciencia y para salvar el alma, fuere necesario perderlo todo y quedar como un Job, piérdase todo.

(5. Propuesta concreta para el Marañón)

Mas buen ánimo, señores míos, que no es necesario llegar a tanto, ni a mucho menos. Estudié el punto con toda diligencia y con todo afecto, y siguiendo las opiniones más anchas y más favorables, vengo a reducir las cosas a estado que entiendo que, con muy poca pérdida temporal, se pueden asegurar las conciencias de todos los moradores de este Estado, y con muy grandes intereses, se pueden asegurar sus conveniencias para lo futuro. Dadme atención.

Todos los indios de este Estado o son los que sirven como esclavos, o son los que moran en las aldeas del rey como libres, o los que viven en el sertón en su natural y aun mayor libertad, los cuales por esos ríos se van a comprar o rescatar (como dicen), dando el piadoso nombre de rescate a una venta tan forzada y violenta, que tal vez se hace con la pistola a los pechos. Cuanto a aquellos que os sirven, todos en esta tierra son heredados, habidos y poseídos con mala fe, según lo cual no harían poco, aunque lo harán fácilmente, en perdonaros todo el servicio pasado. Con todo, si después de manifestarles esta condición de su libertad, por ser criados en vuestra casa y con vuestros hijos, a lo menos los más domésticos, espontánea y voluntariamente os quieren servir y quedar en ella: ninguno, en cuanto ellos tuvieren esta voluntad, los podrá apartar de vuestro servicio. Y ¿qué se hará de algunos de ellos, que no quisieren continuar en esta sujeción? Estos serán obligados a ir a vivir en las aldeas del rey,donde también servirán en la forma que luego veremos.

Al sertón se podrán hacer todos los años entradas, en que verdaderamente se rescaten los que estuvieren (como se dice) en cuerdas para ser

comidos, y se les conmutara esta crueldad en perpetuo cautiverio. Así serán también cautivos todos los que sin violencia fueren vendidos como esclavos de sus enemigos, tomados en guerra justa, de la cual serán jueces el Gobernador de todo el Estado, el Auditor General, el Vicario del Marañón o Pará y los prelados de las cuatro religiones, carmelitas, franciscanos, mercenarios y de la Compañía de Jesús. Todos los que de este juicio salieren calificados por verdaderamente cautivos, se repartirán a los moradores por el mismo precio que fueron comprados.Y los que no constare que la guerra, en que fueron tomados, fue justa, ¿qué se hará con ellos?. Todos serán avecindados por nuevas poblaciones o divididos por las aldeas, que hoy hay, donde, repartidos con los demás indios de ellas por los moradores, los servirán por seis meses del año, alternadamente de dos en dos, quedando los otros seis meses para tratar de sus labores y familias.

De suerte que en esta forma todos los indios de este Estado servirán a los portugueses: o como propia y enteramente cautivos, que son los de cuerda, los de guerra justa y los que libre y voluntariamente quisieran servir, como dijimos de los primeros, o como medio cautivos, que son todos los de las antiguas y nueva aldeas que, por el bien y conservación del Estado, me consta que siendo libres, se sujetaron a servirnos y ayudarnos la mitad del tiempo de su vida. Solamente resta saber: ¿cuál será el precio de estos que llamamos medio cautivos o medio libres, con qué se les pagará el trabajo de su servicio? Es materia, de que se reirá otra cualquiera nación del mundo y solo en esta tierra no se admira. El dinero de esta tierra es paño de algodón y el precio ordinario porque sirven los indios y servirán cada mes, son dos varas de este paño, que valen dos tostones. De donde se sigue que por menos de siete reis de cobre servirá un indio cada día. Cosa que es indigna de decirse y mucho más indigna de que, por no pagar tan leve precio, haya hombres de entendimiento y cristiandad que quieran condenar sus almas e irse al infierno.

(6. **Ventajas de la propuesta de Vieira)**

¿Puede haber cosa más moderada? ¿puede haber cosa más puesta en razón que ésta? Quien no se contenta o no se satisface de estos, una de dos: o no es cristiano o no tiene entendimiento. Y sino, estrechemos el punto y pesemos los bienes y los males de esta propuesta. El mal es uno solo, que será haber algunos particulares de perder algunos indios, que yo os prometo que sean muy pocos. Mas a los que en esto reparen, pregunto: ¿se murieron ya algunos indios? ¿se os huyeron algunos indios? Muchos. Pues lo que hace la muerte, ¿por qué no lo ha de hacer la razón? Lo que hace el suceso de la fotuna, ¿por qué no lo hará el escrúpulo de la conciencia? Si

vinieren los Vexigas y os los quitaren todos, ¿qué habréis de hacer? Habréis de tener paciencia. Pues ¿no es mejor perderlos por el servicio de Dios que por el castigo de Dios? Esto no tiene respuesta.

Vamos a los bienes, que son cuatro los más considerables. El primero es quedaros con las conciencias seguras. Ved cuán grande bien éste. Quitarse ha este pueblo del estado de pecado mortal, viviréis como cristianos, os confesaréis como cristianos, moriréis como cristianos, testaréis como cristianos: en fin, iréis al cielo, no iréis al infierno, a lo menos ciertamente, que es triste cosa.

El segundo bien es que quitaréis de vuestra casa esta maldición. No hay mayor maldición en una casa y en una familia, que servirse con el sudor y con la sangre injusta: todo va al revés, ninguna cosa se logra, todo lo lleva el diablo. El pan que así se grangea es como lo que hoy ofrece el diablo a Cristo; pan de piedras que, cuando se atraviesa en la garganta, no se puede digerir. Vedlo en esos que sacaron mucho pan del Marañón, ved si lo digirió alguno o si se le logró? Hubo a quien se le atravesó en la garganta, que ni confesar pudo.

El tercero bien es que por este medio habrá muchos rescates, con que adquirirán muchos indios que de otra manera no los habrá. ¿No decís vosotros que este Estado no se puede mantener sin indios? Pues si los sertones se cercaren totalmente, si los rescates se prohibieren totalmente, muertos estos pocos indios que hay, ¿qué remedio tendréis? Luego importa que haya rescates y sólo por este medio se podrán conceder.

Cuarto y último bien que, hecha una propuesta en esta forma, será digna de ir a las manos de su Majestad y de que su Majestad la apruebe y confirme. Quien pide lo ilícito y lo injusto, merece que le nieguen lo lícito y lo justo, y quien requiere con justicia, con conciencia y con razón, merece que se le conceda. ¿Vos sabéis la propuesta que aquí hacéis? Era una propuesta que ni los vasallos la podían hacer en conciencia, ni los ministros la podían consultar en conciencia, ni el rey la podía conceder en conciencia. Y aunque, por imposible, el rey tal permitiese o disimulase, ¿de qué nos servía eso o qué nos importaba? Si el rey permitiere que yo jure en falso, ¿dejará el juramento de ser pecado?. Si el rey permitiere que yo hurte, ¿dejará el hurto de ser pecado? Lo mismo pasa con los indios. El rey podrá mandar que los cautivos sean libres; mas que los libres sean cautivos, no llega allá su jurisdicción. Si tal propuesta fuese al rey, las piedras de la calle se habían de levantar contra los hombres del Marañón. Mas si la propuesta fuese lícita, fuese justa, fuese cristiana, las mismas piedras se pondrán de vuestra parte y querrá Dios que no sean necesarias piedras, ni pedrerías. Todos firmare-

mos, todos informaremos, todos ayudaremos, todos pediremos, todos lo encomendaremos a Dios, que es el Autor del bien y no puede dejar de favorecer intentos tan de su servicio.Helo dicho» (Vieira 1712:120-37).

El segundo texto de Vieira elegido es su reglamento de aldeas,que dejó a raíz de su visita como superior general. El texto tiene tres partes, que tratan de la vida religiosa de los misioneros, de la atención espiritual de las aldeas y de su gobierno temporal, aunque a veces hay normas un poco desubicadas. Por brevedad no transcribo la primera, cuyos temas son: oración, clausura, ejercicios espirituales de año, residencia en aldeas, viajes, hospitales, casas de huéspedes, economía, etc. Aunque el conflicto ya descrito impidió un estricto cumplimiento de estas normas, sin duda representan un ideal y reflejan cierta práctica ya institucionalizada. En este caso los subtítulos entre paréntesis no son míos, sino del P.Leite:

II. REGLAMENTO DE LAS ALDEAS del MARAÑON (1653)

2a. parte. LA CURA ESPIRITUAL DE LOS INDIOS

«14.(**Doctrina matutina**) Todos los días de la semana, acabada la oración, se dirá una misa que puedan escuchar los indios antes de irse a sus trabajos, y para eso se tendrá la oración de modo que, al salir el sol, esté al menos comenzada la misa, acabada la cual se enseñarán a los indios en voz alta las oraciones ordinarias,a saber, padrenuestro,avemaría, credo, mandamientos de la ley de Dios y de la santa madre Iglesia; y los sacramentos, acto de contricción y confesión, generalmente por los diálogos del catecismo breve, en que se contienen los misterios de la fe.

15. (**Escuela**) Acabada esta doctrina, todos los Nuestros irán, en lo posible, a la escuela, que estará en el interior de nuestra portería, donde los más hábiles serán enseñados a leer y a escribir y, habiendo muchos, también a cantar y a tocar instrumentos para beneficio de los oficos divinos; y al menos, se enseñará a todos la doctrina cristiana y, en caso de que no pueda hacerlo el padre, o lo hará su compañero, que es siempre lo más conveniente, o lo hará algún joven de los más instruídos en la doctrina y de buenas costumbres.

16. (**Doctrina vespertina**) Por la tarde, antes de ponerse el sol, se tocará a la 2a. doctrina, exhortando a todos a que vengan a ella y siendo obligatoria la asietencia para niños y niñas, como es costumbre; y en esta doctrina se enseñarán las mismas oraciones que en la mañana, cambiando

únicamente el diálogo del catecismo, que será rotativamente uno de los otros. Y acabada la doctrina saldrán los niños en orden, dando una vuelta por la plaza de la aldea, cantando el credo y los mandamientos y encomendando, de tiempo en tiempo, a las almas del purgatorio y rezando cada vez un padrenuestro y una avemaría.

No es suficiente, para el remedio de las almas y el cumplimiento de nuestras obligaciones,enseñar de modo general la doctrina en las aldeas, sino que es necesario advertir en particular si hay algunos más rudos que no la (sepan) o no la entiendan y que se haga una lista de éstos para ser enseñados de modo especial. Esto se podrá hacer más fácilmente, cuando las aldeas se desobliguen[1] en la cuaresma, poniendo al margen de las listas, junto al nombre del que necesita ser enseñado, esta señal +, para que el mismo padre u otro que le suceda, sepa los que necesitan ser catequizados.

17. **(Catequesis dominical)** Los domingos y días de guardar se dirá la misa a la hora en que puedan juntarse, y se tomará lista de los que faltaren, para lo que aprovechará mucho tener un lugar fijo en la iglesia las familias, siendo primero, amonestados en particular y en público y después, castigados los que fueren más remisos en acudir a la misa; y antes de ésta, además de la doctrina ordinaria, se hará una que contenga comúnmente dos puntos, uno de los misterios o del evangelio, y otro moral y contra el vicio de mayor necesidad.

18. **(Bailes de los indios)** Para que los indios sean capaces de asistir a los oficios y de entender la doctrina, como conviene, se les permitirán sus bailes, en la víspera de domingos y días de guardar, solo hasta las 10 u 11 de la noche y se tocará una señal, para que terminen los bailes y se recojan en sus casas.

19. **(Aldeas de visita)** En las aldeas de visita se hará todo lo sobredicho en los días en que allí residan los nuestros, y cuando estuvieren ausentes dejarán, en las mismas aldeas como también en las residencias, algún indio o indios de más inteligencia y diligencia, que tengan el oficio de acudir al templo,tocar para la doctrina matutina y vespertina y enseñarla a los niños y a los demás que acudan, los cuales también procurarán bautizar en caso de necesidad, ayudar a bien morir y enterrar a los muertos.

20. **(Devociones)** Todos los lunes después de misa saldrá el padre, acompañado de la gente que asista a ella, a rezar en el templo y en el ce-

---

1 cumplen con la confesión pascual

menterio los responsos según la forma del **Catecismo**. Los sábados y fiestas de Nuestra Señora se añadirá la salve a las oraciones ordinarias, y los sábados y vísperas de la Virgen se rezarán las letanías marianas en lugar de doctrina.. Y en los viernes de cuaresma se harán, en lo posible, procesiones de las imágenes con una letanía, práctica de la pasión y disciplina; lo mismo y con mayor solemnidad en la semana santa, en la cual no se expondrá el Santísimo, a no ser con la debida decencia y con licencia del superior.

21. **(Cofradías)** En lo posible habrá en cada aldea tres cofradías para lo que se nombrarán sus oficiales: una del Santísimo, que asistirá a la administración de este sacramento y de la santa unción y que se encarga de todas las fiestas de Cristo; otra de las almas, que tendrá también cuidado de enterrar a los muertos y de otras obras de misericordia; y otra del **Orago** (?) de la Iglesia y que se encarga de las fiestas de la Virgen y de los Santos.

22. **(Asistencia a los enfermos)** Todos los padres que estén encargados de muchas aldeas, además de en la que residen, las visitarán en el tiempo señalado de acuerdo a la distancia; al llegar a ellas, lo primero será informarse de los enfermos, acudiendo luego a los que estuvieren en algún peligro y, para que esta diligencia sea efectiva, no se fiarán de los Principales, ni de otros oficiales de la aldea, sino que los mismos padres recorrerán personalmente las casas y no se preocuparán solo de los enfermos que hubiere en ellas, sino también de los que estuvieren en las rozas, avisándolos luego y tratando de su remedio espiritual, y no se irán de la aldea antes de confesar a todos los enfermos, aunque su enfermedad no sea grave.

23. **(Rito en la administración de sacramentos)** En la administración de los sacramentos todos se atengan a la Ritual Romano reformado y sólo en caso de necesidad se dejen algunas ceremonias, de acuerdo a lo establecido en el mismo Ritual.

24. **(Baptisterios)** En todos los templos de nuestras doctrinas haya baptisterio cerrado y lugar decente del mismo, donde se guarden los santos óleos.

25. **(Registro de bautismos)** En los libros de bautismos se declare el mes y el año y se escriban los nombres de los padrinos con sus apellidos; en caso de que no los tengan, se les pondrá los de su país u otras señales que basten para identificar a las personas, y lo mismo se guarde con los nombres del padre y de la madre del niño; y si éste no fuera reciénnacido, se escribirá también la edad que tenía o podía tener cuando fue bautizado, para que consten las edades de cada uno. En los bautismos de adultos, declárense los nombres que tenían en su gentilidad y los que reciben de nue-

vo, para que sean conocidos por ellos, y de estos adultos hágase, en lo posible, bautismo general con gran solemnidad.

26. **(Libro de cristianos antiguos)** Por cuanto en las aldeas que tenemos a nuestro cargo no había libro por el que consten los cristianos antiguos, procúrese arreglar este descuido con la mayor exactitud posible, declarando el nombre de los bautizados, de los padrinos, si hubiera memoria de ellos, y de la persona que los bautizó; y si se bautizaron **sub condicione**, anótese también en el mismo libro.

27. **(Bautismo de adultos)** Viniendo del sertón algunos indios gentiles, de los que haya probable (temor) de que podrán tornar a sus tierras, aunque digan que quieren ser cristianos, no se les bautice a ellos, ni a sus hijos (a no ser que estén en peligro de muerte) por la experiencia que hay de la poca constancia de algunas de estas naciones.

Si no hay peligro de que se vuelvan al sertón, bautícese luego a todos los niños, pero los adultos,a no ser que hablen la lengua general u otra de las que conocemos, no sean bautizados, fuera de en peligro de muerte, sino con prudencia y con mucha consideración a la poca capacidad de los intérpretes, puesto que no hay número de sujetos que puedan aplicarse a las diversas lenguas.

28. **(Catecismos de lenguas no tupís)** El padre que los tuviere a su cuidado procurará diligentemente hacer un catecismo breve, que contenga exactamente los puntos necesarios para la salvación, y usarán de éste en caso de necesidad y por él los irán enseñando e instruyendo; pero, en caso de que no haya en absoluto intérperte, ni otro modo para componer el dicho catecismo, será mucho mejor mezclar dichos indios con los de la lengua general o de otra sabida, para que, al menos sus niños, aprendan con la comunicación; y entre tanto se les mostrarán las imágenes y las cruces y se les hará asistir a los oficios divinos, a la administración de los sacramentos y a las demás acciones de los cristianos, para que puedan en caso de necesidad inculcarles el bautismo por gestos, pues no hay modo de que reciban la fe por los oídos, de modo que al menos **sub condicione** nadie muera sin bautismo.

29. **(Catequistas)** Y para que no suceda que, en la ausencia de los padres, muera alguna criatura o adulto sin bautismo, uno de los puntos de doctrina que se hace a todos será enseñar la forma y el modo de bautizar, habiendo en todas las aldeas algunos indios más antiguos y prácticos que tengan este cuidado; y puesto que ellos no sabrán preparar a los adultos de modo conveniente, es necesario que los padres tengan preparados a los

adultos que no estén bautizados, en cuanto sea posible, y con sus voluntades dispuestas para recibir el bautismo.

30. **(Confesiones)** El padre que tenga a su cargo alguna población o poblaciones de indios, hará todos los años una lista de todos los capaces de confesión,de modo que nadie quede sin confesarse, y puesto que los indios son muchos y los sacerdotes pocos, se les extenderá el tiempo para cumplir con la confesión anual y podrán cumplirla desde Septuagésima hasta la octava del Espíritu Santo.

31. **(Precepto pascual y viático)** Importa que se ponga toda la diligencia para que todos los indios se hagan capaces de recibir el Santísimo Sacramento, al menos para cumplir con pascua, y este cuidado debe ser todavía mayor para que en la hora de la muerte tengan el viático, en cuya concesión y administración no debemos ser demasiado escrupulosos, fiados en la benignidad y misericordia de Cristo, a quien no ofende la rudeza, sino la malicia.

Parece más decente y conveniente y más conforme a la costumbre universal de la Iglesia, que el Señor, en lo posible, se lleve a los enfermos y no que éstos lo vayan a recibir en el templo en sus redes, y para esto, si hubiera facilidad, habrá un lugar preparado en la enfermería de la aldea, para que en él se pueda administrar este Santísimo Sacramento, haciendo para eso palio y todo lo necesario con la mayor decencia posible.

32. **(Binación en la misa)** Para mayor expedición de las misiones y consuelo de las feligresías que tenemos a nuestro cargo, será bueno, sobre todo en los días de guardar, donde la distancia lo permita, usen los padres del derecho y privilegio que tienen los párrocos para decir dos misas en el mismo día; el cáliz, una vez consumida la Sangre y purificado con agua lo mejor posible, lo llevará el sacerdote, ya en la mano junto al pecho ya en el altar portátil sobre el ara y el corporal, cubierto con la palia, siguiendo todo lo demás que se hace en el día de Navidad.

33. **(Matrimonios de indios)** En el libro de matrimonios, que habrá en todas las aldeas, se observará los mismo que en los bautismos: la distinción de nombres y apellidos, la declaración de año, mes y día, párroco y testigos. Y cuando hubiese de casarse en una aldea un indio que pertenezca a otra, no lo hará el padre, en cuya iglesia se ha de celebrar el matrimonio, sin previa información del padre que fuera párroco de dicho indio y sin que se hagan las proclamas en ambas parroquias. Y lo que se dice de diferentes parroquias se entiende mucho más cuando los contrayentes son de diferentes Capitanías. Y porque la experiencia ha mostrado las inquietudes,

disgustos y otros inconvenientes que de tales matrimonios suelen seguirse, procuren los padres, en lo posible, evitarlos sin impedir la libertad matrimonial, y cuando al fin se vayan de casar (lo que nunca se hará sin aprobación del superior) declarará el mismo padre a la contrayente que queda obligada a seguir a su marido e ir a vivir a su aldea siempre que él quiera; y este derecho se declare en todas las aldeas y se intime a los Principales, para que lo tengan por entendido y aceptado.

En los matrimonios de indios libres con esclavas (donde son todavía mayores los inconvenientes) se tenga la misma vigilancia, se guarde el acuerdo que sobre esta materia se ha hecho con el Ordinario, no recibiendo, ni consintiendo que se reciba indio alguno de las aldeas sin ser primero examinado y desengañado por el Superior de la Colonia, para evitar los engaños, pues tales casamientos vienen a ser, bajo el nombre de matrimonio, una de las formas de cautiverio que en este Estado se usan.

34. (**Asistencia a los moribundos**) El mayor cuidado de todos los nuestros en las aldeas debe ser el de la muerte de los indios, pues es una hora en la que se recoge el fruto de nuestros trabajos, en que se ganan o pierden las almas que vinimos a buscar y de las que hemos de dar cuenta; y así se encomienda y encarga a los padres con todo encarecimiento que en este punto empleen todo el celo, con mayor aplicación y vigilancia, procurando que, ni en la aldea ni fuera de ella, haya enfermo del que no tenga noticia, confesándolos luego al comienzo de la enfermedad y no faltándoles con ninguno de los sacramentois a su tiempo.

Después de recibida la santa unción, quedará frente al enfermo, en una mesa cubierta con una toalla, una imagen de Cristo crucificado o, al menos, una cruz y agua bendita; y una vez que el enfermo esté en este estado, el padre lo visitará más veces, procurando en lo posible estar presente al expirar, cuando le rezará el oficio de agonía y le encomendará el alma, pues si la Iglesia lo encarga así a todos los que tienen cuidado de las almas, bien se deja ver la obligación de los que en todo profesan mayor perfección.

En caso de que muera sin sacramentos algún indio en una aldea a nuestro cargo (lo que rara vez sucederá si no nos fiamos durante la enfermedad y acudimos con cuidado), el padre y su compañero están obligados a avisar al superior, el cual, hayando que hubo culpa, dará una penitencia por este descuido y avisará al Superior de toda la misión.

35. (**Funerales**) Amortajado el difunto, será puesto en el túmulo y colocado en un lugar decente con una cruz en la cabecera y una vela al menos, en cuanto lo permita la pobreza de la gente. Y porque en el modo de

amortajar hay naciones que usan algunas cosas supersticiosas, éstas se les prohiban y aun algunos excesos con que acostumbran honrar al difunto, aunque sean más demostraciones de dolor natural que costumbres gentílicas, procurando que en lo posible se acomoden a la política cristiana.

En el entierro nos atendremos al Ritual Romano, en cuanto la limitación de la aldea lo permita, y en los lugares de sepulturas habrá tal diferencia, que solo los Principales de toda la aldea se entierren en las gradas para adentro y en el cuerpo de la iglesia todos los feligreses de la misma nación, y en el atrio los esclavos que allí se vinieran a enterrar.

36. (**Sufragios**) Al día siguiente del entierro de alguien o el mismo día, si fuera posible, acabada la misa, dirá el padre un responso sobre la sepultura, y será caridad muy agradable a Dios si todos los sacerdotes, que tienen cuidado de estas almas tan desamparadas almas,dicen una misa **in die obitus** por cada uno de los que mueren en su feligresía, pues carecen de todo otro sufragio; y por tal responso N.R.P.(General) exime a todos los misioneros de las misas que por su intención debían decir.

Para suplir la falta de sufragios, procuren los padres introducir en las aldeas, en lo posible, el uso de las Bulas de vivos y difuntos, pagándose la limosna con alguna cosa que el difunto deje u de otro modo que la caridad puede descubrir fácilmente; será bien que los padres apliquen las indulgencias que puedan, así suyas, como las oraciones que se hagan en aquella hora públicamente en la iglesia, y las que se hagan hasta el fin del día en que murió el difunto y las de la recomendación de las almas.

37. (**Correción de los que delinquen**) Los padres que tienen a su cargo las cristiandades, como aquellos a quienes pertenece el gobierno espiritual de ellas, podrán reprender y mandar castigar por si inmediatamente a los que delinquieren **in spiritualibus**, haciendo ejecutar los castigos ordinarios como crea **in Domino** importar a la enmienda del que delinque y al ejemplo de los demás; entiendo por castigo ordinario hasta prisión de tres días; mas, si el castigo hubiera de ser grave o ejecutado en persona de respeto, como de capitán para arriba, no lo harán los padres sin aprobación del superior.

3a. parte. LA ADMINISTRACION TEMPORAL DE LOS INDIOS

38. (**Régimen paternal**) En la dirección temporal, que su Majestad nos encomienda por ley, es muy importante proceder paternalmente y sin formas que huelan a imperio, no dando en ningún caso nombres afrentosos a los indios, ni castigándolos por nuestras manos, lo que se entiende de igual

modo cuando el derecho sea espiritual, sino que el castigo que merezcan se les dará por medio de los principales; y en general todo lo que hayamos de hacer **maxime in temporalibus**, conviene que no lo hagamos directamente por nosotros, sino por los principales de su nación, los cuales con esto se satisfacen y nosotros acrecentamos en respeto y autoridad.

39. **(Corresponencia con las autoridades civiles)** Habiendo algunas quejas y culpas de los Principales, para cuyo remedio no hayan bastado las amonestaciones paternales y las representaciones de los nuestros, el padre que tenga cuidado de la aldea dará parte al superior para ver el remedio que deba aplicar y si ha de avisar al Gobernador o Capitán mayor; al cual Gobernador o Capitán mayor no escriban los misioneros, mas, teniendo negocio con ellos lo remitirán al superior para que lo trate directamente, y si sobre el mismo negocio u otro cualquiera reciben carta del Gobernador o Capitán mayor, enviarán su respuesta abierta al mismo superior para que, después de leerla, la pueda entregar.

40. **(Herencia o elección del Principal de aldea)** Cuando muere el legítimo Principal de la aldea, teniendo hijo legítimo, de capacidad y edad, le sucede en el gobierno sin ninguna otra diligencia; mas, no teniendo hijo o no siendo capaz, el estilo es que el padre, que tiene cuidado de la aldea, consulte con los mayores que tengan merecimiento para ser Principal, y ése es propuesto al Gobernador para que mande pasar Provisión.

41. **(Otros oficios y cartas patentes)** La provisión de los otros oficios de la aldea, ya sean de guerra, ya de república, principalmente después de la nueva ley, basta que la hagan los Principales con la guía y aprobación del padre, y (puesto) que dice la ley que los párrocos con los Principales de sus naciones gobiernan las aldeas, es más conforme a la modestia religiosa, que nosotros no pasemos provisiones de dichos oficios, y más conforme a la sencillez natural, con que siempre se gobernaron los indios, que sirvan sin provisiones, salvo si ellos las piden a los Gobernadores, como algunas veces hacen, en lo que no nos meteremos; sin embargo, porque algunos de dichos indios estiman mucho un papel, donde consten sus oficios y servicios, para satisfacer este deseo, podrá el padre encargado de la aldea pasarles un certificado, donde refiera el oficio para el que fue elegido por los Principales, y los merecimientos y servicios por los que le fue dado el cargo. Para tal certificado y cartas patentes, que los indios llevan al sertón, cuando van con recados o embajadas de los padres a los gentiles, y para las órdenes que se mandan a los Principales de las aldeas, etc., habrá un formulario particular, en el que todas estas cosas se contengan, para que hablemos el mismo lenguaje, con palabras ciertas y decentes, donde nuestros calumniadores no tengan que acusar.

42. (**Servicio de los indios**) En la repartición de los indios que han de servir a los moradores, se guarde en todo la disposición del rey, conforme a la costumbre introducida, que es verdadera, repartiéndose sólo hombres y no mujeres ni niños, salvo en los casos exceptuados, en que se podrán dar algunas mujeres para servir, que son los siguientes: 1) alguna india de leche para criar, 2) alguna india libre y no moza para servir al Gobernador, o al Capitán mayor, o al Vicario general, o a otros ministros reales que vengan de nuevo a este Estado, 3) alguna india también libre para servir a alguna mujer pobre y desamparada, que no tenga otro remedio, 4) algunas indias con sus maridos en la cosecha de la mandioca. Fuera de estos casos, ciérrese totalmente la puerta de dar indias para servicio, por los gravísimos inconvenientes espirituales y temporales, que de lo contrario se ha experimentado y que la misma ley quiso atajar.

43. (**Salarios**) En los precios del servicio de los indios nada se altere, ni se permita a nadie separarlos sin depositar el pago, excepto solo cuando sean de servicio del rey, con cuyos ministros se debe solicitar con todo rigor la satisfacción del sudor de estos miserables, pues del buen trato que se da a éstos ya cristianos, depende en tanta parte la conversión de los gentiles.

44. (**Indios ausentes de las aldeas**) Cuando algunos indios vayan a sitios lejanos, se harán tres listas de ellos, una que quede en la misma aldea, otra que lleve el Mayoral y otra que se envíe al padre que estuviere en aquel lugar, para que, con esta diligencia, haya en todas partes quien cuide de los indios, para que no se pierdan y se conserven las aldeas; pues de su conservación depende la del Estado y la de las cristiandades, y cuando los indios se ausenten para alguna entrada o misión, el padre que vaya con ellos llevará las mismas listas.

45. (**Fugitivos**) No se consientan en las aldeas indios que pertenezcan a otras, antes luego sean devueltos a las suyas con la seguridad necesaria, y mucho menos se debe consentir en las aldeas esclavo alguno de los portugueses que sea tenido por tal; y cuando él diga que es libre, respóndasele que no somos jueces de sus cosas, que,si quiere buscar su libertad, hágalo por los medios ordinarios, pero si éste o cualquiera otro no fuera de las aldeas a nuestro cargo, de ningún modo nos entrometamos en impugnar su cautiverio, ni en solicitar su libertad, por ser ésta una obra de caridad de la que se siguen grandes escándalos y se impiden mayores bienes.

46. (**Defensa y armas de fuego**) En los sitios donde pueden ser asaltados y en los viajes donde haya el mismo peligro, si no hubiere presidio o escolta de los portugueses que defiendan a los misioneros, podrán los nuestros tener en casa o llevar en la embarcación algunas armas de fuego,

que sin embargo no usarán en ningún caso, salvo en defensa natural y cuando no haya otros que puedan usar dichas armas.

47. (**Resguardo en los viajes**) Cuando los nuestros hagan viajes, especialmente en canoa propia, no consientan que vaya mujer en la misma canoa,salvo en caso de urgentísima necesidad, y todos los días **pro oportunitate temporis** rezarán una vez con los indios, en la canoa o en tierra, las mismas oraciones de la doctrina que suelen rezarse en la aldea, y al final dirán un padrenuestro y una avemaría por las almas.

48. (**Prohibición de viajar en red**) Y cuando la misión que hiciern los nuestros fuera por tierra, no irán en red en hombros de los indios, excepto en caso de necesidad; ni por tierra, ni por mar, lleven consigo sino a los mozos que fueran estrictamente necesarios.

49. (**Enfermedad y muerte de los padres**) Enfermando gravemente alguno de los nuestros que andan por las misiones o aldeas de los indios, si es posible sin mayor peligro se vendrá a curar a casa; cuando muriere en la misma aldea y el compañero no fuere sacerdote, ni lo hubiere a una distancia que pueda ir a enterrarlo solemnemente, su compañero lo sepultará en la misma aldea con la mayor decencia posible en el lugar más cercano al altar mayor en un cajón, si lo hubiere, para ser trasladados sus huesos, cuando así los ordene N.R.P.General; puesto que todos los padres, con quienes estas diposiciones se consultaron, dijeron que preferían ser sepultados en el lugar de su muerte, entre los cuerpos de aquellos, cuyas almas vinieron a buscar. También convinieron los padres en que las misas, que se dicen por cada uno de los nuestros, sean tres en toda la misión, aunque pertenezcan los difuntos a diferente casa o colonia, y la primera vez que los padres de dicha colonia se junten, recen el oficio de difuntos como se acostumbra.

50. (**Licencias particulares**) Para que los nuestros de las aldeas guarden la pobreza con toda perfección, no podrán tomar ni retener para su propio uso cosa alguna sin licencia del superior, como sucede en los colegios; en cuanto a las casas e iglesias de las aldeas, no podrán contraer deudas que pasen del valor de diez cruzados y solo podrán exceder de esta cantidad, en caso que tengan prontos los efectos para pagar, con aprobación del superior. Y porque algunas veces es necesario corresponder a personas beneméritas, haciéndoles algunos presentes de cosas que hay en los lugares donde los padres residen, a lo que no se puede señalar cosa cierta: cada uno de los padres tendrá por escrito licencia de los que puede hacer en esta materia, lo que siempre debe hacerse con moderación, pues así lo pide la pobreza que profesamos, como quien vive de limosnas de los indios. **Finis. Laus Deo**» (Leite IV:112-24).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO II.

A. MISIONEROS:

ANCHIETA, José
1595 **Arte da gramática da lingua mais usada na costa de Brasil,** Coimbra, Antonio de Mariz,
1933 **Cartas, informações, fragmentos históricos y sermões do Padre...,** Río de Janeiro, Academia Brasileira de Letras,
1954 **Poesias: manuscrito do séc. XVI en portugués, catelhano, latim e tupí,** Sao Paulo, Comissao IV Centenario da Cidade de Sao Paulo.

CARDIM, Fernão
1980 **Tratados da terra e gente do Brasil,** Belo Horizonte, Editora Itatiana,

FIGUEIRA, Luiz
1940 **Luiz Figueira: a sua vida heroica e a sua vida literaria,** Lisboa, Agencia Geral das Colonias, edic. Serafim Leite.

NOBREGA, Manuel
1955 **Cartas do Brasil e mais escritos de Padre...** (opera omnia), Coimbra, Por orden da Universidade, Introdução e notas de Serafim Leite.

VASCONCELOS, Simão de
1663 **Cronica da Companhía de Jesús,** Lisboa, Henrique Valente de Oliveira; Petropolis, 1977, Vozes, 2 volumes
1668 **Noticias curiosas e necessarias das cousas do Brasil** Lisboa, Joam da Costa,
1672 **Vida del Venerabel Padre José de Anchieta,** Lisboa; Río de Janiero, 1943, Imprensa Nacional,2 volumes, prol. S.Leite,

VIEIRA, Antonio
1679-1748 **Sermões do P..,** Lisboa, 15 volumes. Edición castellana **Sermones varios traducidos en castellano de su original portugués** Madrid, 1712-1715, Nicolás Rodríguez Franco, 20 tomos
1925-1928 **Cartas do P...,** Coimbra, anotadas por Lucio d'Azevedo, 3 volumes,
1951-1954 **P.A.V: Obras escolhidas,** Lisboa, 12 volumes, prefacios e notas de Antonio Sergio e Hernani Cidade,
1957 **Defesa perante o tribunal do Santo Oficio,** Bahia, Universidade da Bahia, 2 volumes, Introducão e notas de Hernani Cidade.
1989 **Historia del futuro,** Madrid, Catedra.

C. ESTUDIOSOS:

CIDADE, Hernani
1940 **Padre Antonio Vieira** Lisboa, Agencia Geral das Colonias, 4 tomos,

HEMMING, J.
1978 **Red Gold. The Conquest of the Brazilian Indians**, London, Macmillan

LEITE, Serafim
1938-1950 **Historia da Companhía de Jesús no Brasil**, 10 volumes, 1 y 2, Lisboa, 1938, Livraria Portugalia; 3 a 10, Rio de Janeiro, 1943-1950, Instituto Nacional do Livro
1940 **Novas cartas jesuíticas (De Nobrega a Vieira)**, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional,
1940 **Luiz Figueira: a sua vida heroica e a sua obra literaria**, Lisboa, Agencia Geral das Colonias,

LEITE, Serafím (editor)
1945-1968 **Monumenta Brasiliae**, Roma, Monumenta Historica Societatis Jesu, 5 volúmenes.

MADUREIRA, J.M.
1929 **A libertade dos indios. A Companhía de Jesús, sua pedagogia e seus resultados**, Río de Janeiro, 2 volumes, Impresora Nacional.

MOREIRA NETO, Carlos de Araujo.
1988 **Indios da Amazonia: da maioria a minoria (1750-1850)**, Petropolis, Vozes.

PEREIRA GOMES, Mercio,
1988 **Os índios e o Brasil**, Petropolis, Vozes.

VIOTTI, Helio
1966 **Anchieta.O Apotolo do Brasil**, Sao Paulo.

CAPITULO III.

MISIONES DE LA PROV. DEL PERU

CAPITULO III. MISIONES DE LA PROV. DEL PERU

Como se vió en el cap.1o., la acción misionera de los jesuitas peruanos hasta su expulsión en 1767 tuvo dos campos principales:la doctrina de Juli con los indios lupaqas del altiplano a partir de 1576 y, un siglo después en 1675, la misión de Mojos, entre éstos y otros indios del norte de la actual Bolivia. Pero, los jesuitas del Perú, que habían sido pedidos por Felipe II y enviados por el P.General Borja para dedicarse a los indios, se encargaron también en Lima, aunque con menos personal que en Juli, de la doctrina de Santiago del Cercado durante casi toda la colonia, y por períodos breves de Huarochirí y Chavín. Además, realizaron frecuentes **misiones volantes** en regiones indígenas desde sus colegios y prestaron atención permanente a los indios en los templos de la Compañía de las ciudades en la adminitración de los sacramentos y la organización de cofradías de indios, como la del Niño Jesús. Por eso, llamo «Misión andina» a la actividad misional de los jesuitas en Juli y en otras regiones costeñas o serranas entre indios ya bautizados y reducidos y «Misión de Mojos» al trabajo misionero con los indios sin bautizar de la selva boliviana, que aceptaban la invitación de los jesuitas para reducirse en nuevos pueblos.

1. La Misión andina

Como también se vio, la primera expedición de la Compañía llegó al Perú en 1568, enviada por el 3er. General San Francisco de Borja. Al frente de la misma venía el P. Jerónimo Ruiz del Portillo con el cargo de provincial de la nueva provincia. La expedición, integrada por 8 jesuitas, dos de cada una de las cuatro privincias españolas, 5 de los cuales eran sacerdotes y 3 hermanos o escolares, tras casi cinco meses de navegación, llegó por fin al Callao el 1o. de abril de 1568, aunque uno de los sacerdotes murió en la escala de Panamá. En seguida emprendieron su trabajo pastoral, estableciendo ese mismo año en Lima el primer colegio con el nombre de San Pablo, y un noviciado, uno de cuyos primeros novicios fue el mestizo Blas Valera, que será un gran estudioso de la cultura andina.

En 1569, en la misma armada donde venía el virrey Francisco de Toledo, verdadero organizador del virreynato del Perú, llegó la segunda expedición de 12 jesuitas, que pagó también su cuota de sacrificio con la muerte de un padre en Panamá. Entre ellos venía el célebre misionero y lingüista P. Alonso de Barzana, que ese mismo año se encarga, junto con Blas Valera, todavía estudiante, y con otros jesuitas, a petición del arzobispo Loayza y del virrey Toledo, de la doctrina de Huarochirí, que será el primer

trabajo pastoral de los jesuitas peruanos con la población quechua, aunque la experiencia duró poco más de dos años.

Dos años después en 1572, llega la tercera expedición de solo 3 jesuitas y entre ellos José de Acosta, primer cronista de este capítulo, quien, como se verá, tuvo un papel decisivo en la naciente Iglesia peruana y en todas las misiones de la Compañía en América por su difundida obra **De procuranda indorum salute** (1588). Ese mismo año viaja como procurador el P.Diego de Bracamonte a Roma, para informar al P.General Everardo Mercuriano sobre la marcha de la nueva provincia y regresa en 1575 con una cuarta expedición de 15 jesuitas, entre ellos el P.Juan de la Plaza, que venía como visitador de las nuevas provincias del Perú y de México, el P. Bartolomé Hernández, que será confesor del Virrey Toledo, y el H.Bernardo Bitti, que pintará bellos cuadros para muchos templos de la Compañía y será considerado gran figura de la pintura colonial peruana.

Dos puntos preocupaban a los jesuitas de la nueva provincia del Perú. Uno, de carácter pastoral, sobre la conveniencia de tomar doctrinas estables entre los indios ya cristianizados, como se vio en el cap. 1o., sobre todo en la carta del P.Hernández al Presidente del Consejo de Indias que recojo en una larga nota; de hecho, Juli y el Cercado fueron las dos únicas doctrinas que la Compañía tuvo durante toda la colonia. Y el otro, de carácter ético, sobre la colaboración con el régimen colonial y sobre el modo de predicar y administrar los sacramentos, tanto a los españoles que eran encomenderos o estaban implicados en otras formas de explotación, como a los indios víctimas de la misma. Es cierto que, al llegar los jesuitas, casi un siglo después de la conquista americana por España, la polémica de los justos títulos había perdido virulencia y que, además, la corona había reglamentado cuidadosamente las «entradas» en tierras indígenas. Así en 1573 Felipe II promulgó sus «Ordenanzas de nuevos descubrimientos y poblaciones», que, como se verá en el cap.10o., significaron un gran cambio en las conquistas.

Con todo, seguían vigentes muchos problemas éticos que cuestionaban a no pocos jesuitas destinados al Perú, como observa Carlos Baciero en un interesante estudio[1]. Así el 12 de febrero de 1574, cuando la cuarta expedición seguía esperando su viaje americano, tras el naufragio del primer intento en enero, el P.Bracamonte escribía al P.General: «El P.Plaza va muy temeroso y yo más en ver sus temores, dado que nosotros no vamos a dar ni quitar títulos, sino ayudar a que conozcan a Dios y aquella gente sea bien

1 "La ética de la conquista de América y los primeros jesuitas del Perú" en la revista **Miscelanea Comillas**, Madrid, Pontificia Universidad Comillas, 1988, no.46, pp.129-64.

tratada y menos escandalizada» (MP I:613). Tales temores los había expuesto reiteradamente Plaza al P.General. En una de sus cartas le dijo:

> «La dificultad principal que yo tengo y en la que deseo más resolución no es tanto en negocios de agravios particulares, porque éstos más fácilmente se pueden remediar o disimular. En lo que yo deseo satisfacción es el punto principal del señorío y dominio universal de aquellos reinos, porque estando esto llano, todo lo demás es fácil de allanar. Y aunque yo veo que hay muchas causas que dan título justo, yo las he procurado saber y hasta ahora no se ha hallado quien enteramente me satisfaga» (MP I:648).

En abril de 1574 el P.General le responde:

> «Cuando viniere la instrucción que ha de enviar el P. Bracamonte, se enviará la resolución más en particular; pero entre tanto lo que se ofrece es, lo primero, que podrá aprovecharse de las resoluciones que llevó Don Francisco de Toledo cuando fue al Perú, que se hallarán entre los nuestros. Podráse también aprovechar de lo que se ha resuelto en los Sínodos Provinciales del Perú. Lo tercero, podrá consultar estas dificultades con los padres que están en el Perú y principalmente con el P.Joseph de Acosta,que las tendrá más de cerca vistas y estudiadas. Añádase que, aunque haya algunas cosas en los conquistadores y otros del Perú que no parezcan excusables, no por eso la Compañía dejará de tener mucha materia de emplearse con mucha gloria de Dios Nuestro Señor» (MP I:632-33).

Pero Plaza no era el único que temía pasar a América por razones éticas. Había sido más expresivo aún el P.Hernández en carta de 28 de noviembre de 1568 al P.General Borja. En ella representaba su «grande aversión a esta misión de estas Indias» por haber estudiado en la Universidad de Salamanca, donde había aprendido de sus maestros, como «Fray Domingo de Soto y Fray Pedro de Sotomayor y de otros muy doctos, que (no pocos españoles en Indias) habían entrado con muy mal trato, y los que tenían hacienda de allá y la traían adquirida con aquel trato, que la tenían con mucho peligro de sus conciencias»; además, recuerda la respuesta que le dio Soto, «como muy mi padre y maestro, con quien yo tenía mucha amistad, consultándole si absolvería una persona que había traído hacienda de Indias. Y el consejo fue éste: 'Padre, tome mi consejo y huya de esos indianos, si no quiere correr peligro de su alma'» (MP I:613).

Creo que éstos testimonios son suficientes para conocer el problema ético de los primeros jesuitas peruanos, cuya solución pastoral se verá en el

último capítulo del 2o. tomo, a partir de la opinión de la Escuela de Salamanca y de Acosta. De hecho el P.Hernández vino al Perú, donde fue confesor de Toledo, y el P.Plaza realizó su visita peruana por cuatro años en la primera mitad del gobierno provincial de Acosta en 1576. Este ya había hecho en 1573-74, a petición Ruíz del Portillo, una prolongada visita, que en parte coincidió con la del Virrey Toledo, a Cusco, La Paz, Postosí, Chuquisaca y Arequipa, para estudiar los problemas pastorales de la naciente provincia. Y luego en 1576 presidió la 1a. Congregación Provincial, que se reunió Lima y, meses después, en Cusco, cuyas actas reflejan bastante los problemas y las soluciones del **De procuranda**, y donde se decidió encargarse de la doctrina de Juli, en la que el 4 de noviembre de 1576 iniciaron su labor pastoral 6 jesuitas, entre ellos el lingüista Barzana. Al año siguiente llegó Blas Valera.

Al aumentar rápidamente el número de casas (Huarochirí 1569, Santiago del Cercado 1570, Cusco 1571...) fue necesario traer nuevos refuerzos de España, y en mayo de 1581 llegó a Lima, en la misma armada que el 2o. Arzobispo de Lima, Santo Toribio de Mogrovejo, la quinta expedición. Esta estaba integrada por 13 sacerdotes, de los que 3 murieron en el viaje, 2 escolares y 2 hermanos. Debe recordarse a Diego de Torres Bollo, el primer provincial del Paraguay, y a dos futuros lingüistas que darán prestigo a la Escuela de Lenguas de Juli. Uno era el extremeño Diego González Holguín, autor de la **Gramática y arte nuevo de la lengua general de todo el Perú, llamada quichua** y el respectivo **Vocabulario** (Lima, 1607 y 1608, Francisco del Canto) y otro, el italiano Ludovico Bertonio,autor de la primera gramática y diccionario aymaras, que es uno de los cronistas de este capítulo. En junio de 1585 llegó la sexta expedición de 20 jesuitas y entre ellos dos escolares teólogos que tendrán bastante fama con el tiempo: el escritor de temas espirituales Diego Alvarez de Paz y otro cronista de este capítulo, Pablo José de Arriaga, que será, a partir de 1588, el primer rector del colegio-seminario San Martín, que había sido fundado seis años antes dependiendo del colegio de San Pablo.

Así la provincia del Perú se fué consolidando. Mateos en su introducción histórica a la **Crónica Anónima de 1600**, también seleccionada en este capítulo, recoge de una carta anua de 1601, el panorama de 282 jesuitas (de los que 125 eran sacerdotes) que vivían en 16 casas. Estas eran 8 colegios (Lima, Arequipa, Cusco, Potosí, La Paz, Chuquisaca, Quito y Santiago de Chile), 1 casa de probación (Lima), 2 colegio-seminarios (Lima y Quito), 3 residencias (El Cercado, Juli y Panamá) y 2 Misiones (Tucumán y Santa Cruz de la Sierra) (Mateos 1944,I:37-38). Nótese de paso la amplitud de la ola misionera en sólo unos 30 años y la ubicación en zonas indígenas de muchas casas, incluso los colegios, desde donde se hacían con frecuencia **misiones volantes** a los indios.

Como la labor pastoral en Juli fue, sin duda, la más importante de la Misión andina, conviene tener una visión de conjunto de la misma, por más que el segundo texto elegido de la **Crónica anónima** recoja una buena síntesis de la experiencia, al cumplirse el primer cuarto de siglo. El historiador norteamericano Norman Meiklejohn (1988) ha hecho un buen estudio global de la evangelización de los lupaqas coloniales. En el cap.VI califica a jesuitas de Juli de «doctrineros modelo», porque hicieron «un trabajo inusual y sumamente exitoso» (1988:202) y porque «sus cuatro doctrinas de Juli no tuvieron parangón en el Perú» (1988:221). En una parte de su análisis afirma:

> «Caben pocas dudas de que las ideas y actitudes de Acosta ejercieron una profunda impresión sobre los sujetos de Juli, ya que era él quien tenía el mando al iniciarse la experiencia. Lo más importante es que su tratado fue publicado enseguida y estuvo al alcance de los 'obreros de indios' para su posterior estudio y reflexión. Estos hombres intentaron a su vez poner fin a las borracheras y uniones ilícitas y fomentar la 'pulicía', es decir un estilo de vida 'civilizado' (léase español). Ellos hicieron todo cuanto estaba a su alcance para que los indígenas conociesen y apreciasen el mensaje cristiano y penetrasen sus profundos misterios. Así se entiende el esfuerzo que los primeros jesuitas desplegaron para realizar el adoctrinamiento de su gente a cabalidad y para ayudar a cada uno a fin de que hicieran una buena confesión, así como el hecho de que constituyeran la primera cofradía del Altiplano. El respeto que tenían a los indígenas explica el que muy pronto se preocupasen de que confesaran con frecuencia, recibieran la comunión los que se encontraban preparados y más adelante también en forma continua, y finalmente de que los moribundos recibieran los últimos auxilios de la Iglesia. En el término de una generación, numerosos hombres y mujeres de Juli llegaron a formar parte de las cofradías, se consagraron fervorosamente a la oración y a las obras de caridad y empezaron a solicitar que se establecieran otras cofradías...
>
> En el plano humano...los jesuitas les brindaban una ayuda compensatoria al distribuirles limosnas equivalentes a millares de pesos diaria, semanal, anualmente. Tomaban éstas la forma de chuño, carne y lana. A veces proporcionaban llamas a los más pobres que, siendo destinados a trabajar un año de mitayos en Potosí, carecían de bestias para transportar sus vituallas y su equipaje a la ida y al retorno. Gracias a la planificación y organización jesuítica este mismo mitayo podía volver a Juli y encontrar que su casa había sido mantenida en buenas condiciones y sus chacras trabajadas y cosechadas.Los indígenas que por uno u otro motivo no habían podido ganar o encontrar dinero para pagar el tributo anual, recibían la

suma necesaria del fondo tributario de los Padres.De hecho hay un documento que establece cómo el objetivo de los jesuitas era pagar los impuestos de todos los habitantes de Juli con las rentas de las haciendas... Parte de lo que se obtenía de las ocho haciendas ganaderas,que poseían las parroquias y que eran administradas por los padres, era utilizado en el buen mantenimiento de los templos, en decorarlos con pinturas, ornamentos litúrgicos e instrumentos musicales, incluso órganos. Aparte de esto, los jesuitas hicieron instalar algunas fuentes de agua en el pueblo de Juli y un molino para harina»(1988:213-15).

Creo que esta visión de conjunto sobre Juli de un historiador no jesuita es suficiente en esta introducción, remitiéndome para su ampliación a lo que he escrito en **La transformación religiosa peruana** (1983), donde hablo de «Juli, un modelo de doctrina diferente»(pp.388-403). Con todo, quiero añadir dos observaciones.

La primera, sobre Juli como modelo de reducciones jesuíticas americanas, según el estudio pionero de Alfonso Echánove (1955-1956) en sendos artículos sobre el «Origen y evolución de la idea jesuítica de reducciones en las misiones del Virreinato del Perú"[2]. Sin negar el papel ejemplar de Juli como primera experiencia misionera de la Compañía en la América española, ni el que muchos jesuitas de distintas misiones sudamericanas trabajaron, tuvieron una iniciación lingüistica o visitaron la doctrina de Juli, ni el que ésta fue un campo experimental para las ideas de Acosta en el **De procuranda**, el libro que influyó más quizás en las misiones americanas de la Compañía, no deben olvidarse las diferencias entre Juli y otras reducciones. En efecto, la experiencia de Juli consistió en evangelizar a indios procedentes de una «alta cultura», ya conquistados, reducidos y sometidos al sistema colonial de tributo y mita minera de Potosí, de acuerdo al modelo de reducción de la Ordenanzas de Virrey Toledo[3]; en cambio, en la mayoría de sus misiones los jesuitas trataban de evangelizar a indios de menor desarrollo cultural (recolectores, pescadores y cazadores, sin agricultura o

---

2 En la revista **Missionalia Hispanica**, que publica en Madrid el Concejo Superior de Investigaciones Científicas, 34(1955): 95-144 y 35(1956):497-540. Al respecto Meiklejohn opina: "En realidad la experiencia de Juli fue solo una, y tal vez la menos directa, de las muchas influencias que pesaron en la creación y desarrollo de las reducciones jesuiticas del Paraguay" (1988:21).

3 Puede consultarse al respecto el libro **Francisco de Toledo: Disposiciones gubernativas para el Virreinato del Perú** (1569-1574) y (1575-1580), Sevilla, 1586 y 1589, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 2 tomos, especialmente las "Ordenanzas generales para la vida común en los pueblos de indios", Arequipa, 6 de noviembre de 1575, en tomo 2, pp.217-266.

con agricultura poco desarrollada), que se «reducían» libremente a invitación de los misioneros y que estaban exentos de los servicios personales y del tributo, o éste se pagaba con la caja comunal asegurada por la eficiente economía jesuítica.

La otra observación se refiere a la gran aceptación de Juli entre los funcionarios del Virreinato del Perú. Una razón de tal aceptación fue, sin duda, que Juli parecía haber superado la contradicción del sistema colonial, denunciada con tanta energía por el cronista indio Guaman Poma en su **Nueva crónica y buen gobierno** (1615?). Este escribía a Felipe III: «digo que en este reino se acaban los indios y se han de acabar. Desde aquí de veinte años, (no) habrá indio en este reino de que se sirva su corona real y defensa de nuestra santa fe católica. Porque sin los indios vuestra majestad no vale cosa, porque se acuerde Castilla es Castilla por los indios» (1987:1059-1060). Hay bastantes testimonios de funcionarios coloniales que escribieron al rey solicitando que se multiplicara la experiencia de Juli. Voy a limitarme a los remitidos con motivo de «una polémica sobre la evangelización indígena (1654-64)», que he recogido en mi citada obra **La transformación religiosa peruana** (1983).

Al denunciar el alcalde del crimen de Lima don Juan de Padilla en carta de 15 de octubre de 1654 a Felipe IV la mala evangelización y la explotación de los indios, el rey pidió explicaciones y se desató una ola de cartas e informes a la corte, remitidas por las figuras más representativas del clero y de la burocracia virreinal. Entre ellos el mismo Padilla envió un extenso memorial sobre los «Trabajos, agravios e injusticias que padecen los indios del Perú en lo espiritual y temporal», que ha publicado Vargas Ugarte (1966)[4]. Padilla, después de hablar de los trabajos en lo espiritual, presenta los remedios, de los que «uno de los más eficaces o el más eficaz» es confiar a los jesuitas una doctrina «en cada provincia» por varias razones, siendo la segunda porque «la experiencia ha mostrado que en las pocas doctrinas que estos religiosos tienen, no solo están instruídos los indios en nuestra santa fe, sino también en el culto divino, siendo muchos músicos y cantores, y en lo político, sabiendo leer y escribir y portándose con más similitud a los españoles que los demás» (1966:397 y 396).

Tal propuesta es compartida por otro de los actores principales de la polémica, el Protector General de los Naturales Diego León Pinelo,«por la experiencia que se tiene de lo que pasa en la doctrina de Juli... y en el pueblo del Cercado», a cargo de los jesuitas, «contra los cuales en cinco años y

4 Ruben Vargas Ugarte, **Historia General del Perú**, Lima, 1966, Edit. Milla Batres, tomo 3, documento 2o., pp.391-420.

seis meses que ha que sirve el dicho Protector General su oficio, no ha visto ni un memorial» (Marzal 1983: 171); León Pinelo recuerda, además, que su predecesor Francisco Valenzuela había expresado la misma opinión y por la misma razón: el trabajo de la Compañía en Juli, el Cercado y Chavín de los Guamalíes, «que estuvo a su cuidado por más de 20 años.., que confina con tierra de infieles y su virtud, celo y trato blando y desinteresado con ellos y su continua predicación, redujeron a más de 400 familias a nuestra fe y poblaron dos pueblos» (1983:394). Por su parte, el oidor Bernardo Iturrizarra expresa también la misma opinión y observa que ésta ya la habían expresado los virreyes «don Luis de Velasco, el Príncipe de Esquilache, el Conde de Chinchón y el Conde de Alba, que actualmente gobierna estos reinos»; el sucesor de éste, Conde de Santisteban, llegó a proponer al rey una lista de 47 doctrinas que, al quedar vacantes, debían pasar a los jesuitas (1983:394-95).

2. Cronistas de la Misión Andina.

Tras esta apretada síntesis de la Misión Andina, paso ya a presentar a sus misioneros-cronistas, recordando que, en este caso, el término de misionero se toma en sentido más amplio.

2.1 JOSE DE ACOSTA (1540-1600).

Aunque Acosta será estudiado detenidamente en el último capítulo de la obra como inspirador de las misiones jesuíticas americanas, merece su propio lugar en esta antología, a pesar de haber vivido solo la cuarta parte de su vida en América. Nace en la entonces importante ciudad castellana de Medina del Campo. Muy joven entra en la Compañía en Salamanca,en la que ingresarán también 4 de sus 5 hermanos varones, uno de los cuales, Bernardino, será misionero en México. Entre 1559 y 1567 hace sus estudios de filosofía y teología en la Universidad de Alcalá, siendo ordenado sacerdote en 1566. Como observa Mateos (1954), en su estudio preliminar a las obras de Acosta, éste adquirió en estos años:

> «la extensa y profunda cultura que manifiestan sus escritos, y que abarcó, como la propia Universidad, casi todas las ramas del saber humano del renacimiento, lo mismo en el campo de la teología, la sagrada escritura, los Padres de la Iglesia y los concilios, el derecho canónico, que en las ciencias profanas, derecho civil, ciencias naturales, historia. Los sucesos y problemas de la conquista de América le interesan de modo particular; de sí mismo confiesa: 'Peruanam

historiam et bella hispanorum, in Hispania positus legeram'[1], y en ellos la línea de su pensamiento se atiene a los grandes maestros españoles de la Escuela de Salamanca, Vitoria, Soto, Covarrubias, Antonio de Córdoba y otros que con frecuencia cita en sus escritos. La lectura de Acosta en Alcalá debió ser inmensa y su capacidad de asimilación extraordinaria; estos años acabaron de formar su personalidad y desde entonces comenzaron a brillar sus excelsas cualidades de profundidad, claridad, curiosidad infatigable, reposado juicio, eximia prudencia y emprendedora laboriosidad» (1954:IX).

Al acabar su formación se dedica a las dos grandes actividades de su vida, la predicación y la enseñanza de la teología en distintos colegios. La enseñaba en Plasencia (Extremadura), cuando fue destinado al Perú y en abril de 1572 llegó a Lima, donde se consagró a predicar y a enseñar teología en el Colegio de San Pablo. Pero, como se vió en la introducción histórica, entre 1573 y 74 fue enviado por el provincial a estudiar la situación pastoral de Cusco, La Paz, Potosí, Chuquisaca y Arequipa, con miras al establecimiento de la Compañía en dicha región. Este largo viaje de unos 16 meses, en parte paralelo al de la visita general de Toledo, le permitió a Acosta conocer al virrey y a su equipo de colaboradores, en especial a Polo de Ondegardo, uno de los primeros estudiosos de las religiones indígenas.

De regreso a Lima trasladó, por deseo del virrey, su cátedra de teología a la Universidad de San Marcos. En 1576 es nombrado 2o. provincial del Perú y ese mismo año preside la 1a. Congregación Provincial del Perú, que se consagra a estudiar la pastoral de los jesuitas en el Perú. En las actas de la misma se encuentran muchas ideas del **De procuranda indorum salute**, que Acosta compone por estos años, aunque no se publicó hasta 1588. Como provincial establece la residencia de Juli. La **Crónica anónima** de 1600, que será presentada después, hace esta síntesis del gobierno de Acosta:

> «Fue provincial desde 1576 hasta 1581, en los cuales pasó grandes trabajos en los viajes que hizo, por la grande incomodidad y aspereza de los caminos. Gobernó la provincia con grande prudencia, procurando... (el) mayor servicio de Dios, especialmente en ayudar a los indios y al remedio de sus almas. Reparaban mucho todos los de casa en ver que, siendo un hombre muy pesado[2], era para tanto que no

---

1 En España me había dedicado a leer la historia peruana y las conquistas de los españoles.

2 Además de ésta he visto otras citas que hacen referencia a la corpulencia de Acosta (nota de Mateos).

hicieran otros cuatro juntos lo que él mismo hacía a un tiempo..; no dejaba las lecciones de teología y predicaba tan ordinariamente, como si estuviera dedicado a sólo este oficio, y escribía alguno de los libros que dejó impresos de cosas del Perú...Ocupábanle los virreyes y prelados en todos los casos graves tocantes a conciencia que había en el reino, sin haber negocio de importancia que no pasase por sus manos» (1944,I: 283-84).

En 1582 y 1583 Acosta desempeña un papel importante como teólogo del 3er. Concilio Limense, que, como es sabido, influyó mucho en la modelación religiosa de la Sudamérica española. No sólo redactó las actas del concilio y los decretos que votaron los obispos, sino que fue el autor principal del catecismo castellano, traducido al aymara por otro misionero cronista[3], el P.Blas Valera. Parece que Acosta sólo tuvo un conocimiento modesto del quechua, que le permitía confesar a los indios y predicar con dificultad en esa lengua. En 1586 deja definitivamente el Perú y tras un año de permanencia en México, que aprovecha para recoger material para sus obras sobre América, cuya redacción completa en España, viaja a Roma para recabar la aprobación pontificia del 3er. Concilio y para informar al P.General y al Papa sobre los problemas americanos. El resto de su vida transcurre en España dedicado al gobierno, a la enseñanza de la teología y a la publicación de sus obras.

Además de su obra como «autor principal» no reconocido del **Catecismo** conciliar y demás complementos pastorales, Acosta escribió dos libros que se convirtieron en clásicos y fueron reeditados muchas veces. El primero escrito en latín, el **De procuranda indorum salute** (Salamanca, 1588, Guillermo Foquel), es uno de los más importantes tratados sobre la pastoral indígena y que ha sido reeditada hasta ahora ocho veces: Salamanca (1589), Colonia (1596), Lyon (1670), Manila (1858), Madrid (1952)

---

3 Sobre la participación de Acosta en el concilio tenemos su carta al P. General Aquaviva de 12 de abril de 1584: "Yo me he ocupado, estos años pasados, principalmente en el Concilio Provincial que aquí se celebró, en el cual se ofrecieron muchas dificultades y trabajos; y, al fin, fue el Señor servido saliese no pequeño fruto de él. Porque, aunque no fuera sino la **Doctrina cristiana** y **Catecismo** que por medio de la compañía se compuso y tradujo en las lenguas de estas Indias y ahora se estampa en nuestra casa, ha sido de gran provecho. Lo que se imprime es un **Catecismo pequeño y otro más largo**, y **Confesionario**, y **Exhortación para bien morir**, y **Sermones**, todo en tres lenguas, y muy acomodado al ingenio de los indios" (MP, III:401). Una ampliación de este tema puede verse en Juan Guillermo Durán, **El catecismo del III Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales (1584-1585)**, Buenos Aires, 1982, Universidad Católica Argentina.

traducida al castellano por el Francisco Mateos sj, Madrid (1954) en las obras completas de Acosta editadas por el mismo Mateos, y finalmente Madrid en edición crítica latina y castellana, en 2 tomos subtitulados **Pacificación y colonización** (1984) y **Educación y evangelización** (1987), hecha bajo la dirección de Luciano Pereña en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas sobre el original de Acosta previo a la censura, que se conserva en los fondos manuscritos de la Universidad de Salamanca[4].

El segundo gran libro de Acosta fue su **Historia natural y moral de las Indias** (Sevilla, 1590, Juan de León), reeditado en Barcelona (1591), en Madrid (1608, 1792, 1894), México (1940 y 1962) y Madrid (1990). Además ha sido traducida a muchas lenguas y últimamente (1978) al japonés. Palerm en su **Historia de la etnología. Los precursores** (1974) observa que ya antes del medio siglo de su aparición se habían publicado 10 ediciones extranjeras(tres en alemán, dos en francés y latín y una en inglés, italiano y holandés), y lo atribuye a que la obra, aparecida casi un siglo después del descubrimiento español, no trata de satisfacer la cursiosidad sobre América, sino a que «suscita y debate, quizás por primera vez, los grandes problemas que surgen al tratar de incorporar la experiencia natural y humana del Nuevo Mundo a las concepciones de la teología, la historia y la ciencia europea» (1974:249). Este tema ha sido expuesto muy bien por Edmundo O'Gormann en el estudio introductorio de la edición mexicana del Fondo de Cultura (1962:XI-LIII).

He elegido tres textos de Acosta, sacados todos del **De procuranda**. El primero,que es el proemio de la obra, trata de una evangelización diferente para los tres tipos de 'bárbaros'; el segundo, que es el capítulo 18 del libro III, analiza el problema pastoral de la mita minera; y el tercero,que es el

---

4 Pereña en el estudio preliminar recoge el largo itinerario del libro, que se terminó de escribir en 1576 y se publicó en 1588. Tras la censura romana se envió el manuscrito a España para la censura española, para la cual: "Parecía prudente y oportuno suprimir ciertas expresiones y relatos por verdaderos que parecieren. Hasta desapareció íntegramente algún capítulo. Es el caso del capítulo 21 del libro VI sobre el matrimonio de los indios. Los capítulos 11, 12 y 13 del libro I, y los capítulos 1, 4, 11 y 18 del libro II y los capítulos 5, 7, 9, 11 y 17 del libro III fueron sometidos a dura amputación, suprimiendo abundantes párrafos que denunciaban abusos de los españoles o describían métodos de crueldad de los conquistadores. Se mutilan y recortan frases o textos, se tachan o suprimen palabras y epítetos que podían herir la sensibilidad política de los españoles o cuestionar la honorabilidad y prestigio de la Corona" (1984:21). El original mutilado por la censura pudo ser reelaborado por Acosta, que había vuelto a España.

capítulo 24 del mismo libro, fundamenta el gran principio de que «las costumbres de los indios que no van contra el cristianismo se deben conservar».

I. EVANGELIZACION Y 3 TIPOS DE DESARROLLO CULTURAL (1588)

(1. Misión y diversidad cultural indiana)

«Es muy difícil hablar correcta y acertadamente sobre el ministerio de la salvación de los indios. En primer lugar, por ser innumerables estos pueblos de bárbaros y muy diferentes entre sí tanto por el clima, regiones y modo de vestir como por su ingenio, costumbres y tradiciones. Establecer una norma común para adaptarles a todos ellos al Evangelio, educarlos y gobernarlos, cuando se da tanta diferencia de hombres y cosas, definir con propiedad y certeza lo que conviene, requiere dotes que en modo alguno, a decir verdad, poseemos. Además la situación indiana apenas goza de consistencia y estabilidad y cada día ofrece traza nueva y distinta: lo que ahora se hace preciso reprobar, antes parecía, por el contrario, muy conveniente; y al cambiar las circunstancias, normas antes de utilidad resultan incluso perniciosas.

Resulta, pues, poco menos que imposible establecer en esta materia normas fijas y duraderas. Uno es el vestido que hay que ajustar a la niñez y otro el que conviene a la juventud; no puede haber una misma medida para todas las edades. Así también al ir pasando la república indiana de tiempo en tiempo por diversas edades, por así decir, en sus instituciones, religión y procedencia de sus habitantes, no es de extrañar que los que tienen la misión de instruir empleen distintos procedimientos pastorales. Ello explica que nuestro tiempo no tenga ya en mucha estima a escritores de antes, insignes, por otra parte, por su religiosidad y sabiduría, que publicaron estudios y comentarios sobre temas indianos: se da en ellos un notable desajuste a la situación presente. Es de presumir, en consecuencia, que también publicistas que hoy día están en actualidad, dentro de no mucho tiempo dejen de estarlo.

A los profanos en materias indianas a menudo les parecerá que escribo quizá cosas falsas y contradictorias, al hablar de diversa manera en lugares diversos sobre el natural y costumbres de los indios y sobre el progreso de la fe cristiana. Por el contrario, los expertos en estas materias pensarán que la exposición no alcanza la suficiente amplitud y elevación y tendrán la impresión de que su propia aportación podría ser más rica y exacta. Pero a mí no me preocupa demasiado lo que puedan echar de me-

nos los entendidos o reprochar los ignorantes. Cualquier persona prudente echa de ver fácilmente que un mismo asunto admite un tratamiento que no tiene por qué ser único e idéntico en todos sus aspectos, si se procede con verdad y no con pasión.

Ni es caer en error pronunciarse en un problema complejo de distintas maneras según los distintos aspectos. Un mismo e idéntico hombre admite a menudo discrepancias consigo mismo; una misma ciudad y una misma casa puede, sin que se falte a la verdad, ser objeto de alabanza y de reproche en textos distintos. Sin duda pudo el Apóstol Pablo en una misma carta colmar de las máximas alabanzas a los corintios llamándoles espirituales, sabios, diciéndoles que en ningún don y gracia se quedaban cortos; y al mismo tiempo humillarlos hasta el punto de reprocharlos que eran carnales, engreídos, ineptos para las cosas del espíritu. Y no es que se contradiga o haya perdido la memoria; simplemente pudo sin faltar a la verdad, como comenta Juan Crisóstomo, aplicar a la totalidad lo que veía repartido entre ellos.

A menudo unos mismos profetas reprochan a Israel y Judá, llamándolos a la cara raza de malvados, hijos degenerados, pueblo de Gomorra y otros innumerables improperios de este tipo; y a reglón seguido los ponen por las nubes,llamándolos pueblo justo, hijos de Dios, heredad amada, nación santa y otros muchos títulos honoríficos. Es más, Pablo en una misma perícopa, dice: Por un lado, considerando el Evangelio, son enemigos,para ventaja vuestra; pero por otro, considerando la elección, son predilectos por razón de los patriarcas. ¿Con cuánta más razón se ha de estimar que podemos decir de estos pueblos indios tan diversos entre sí, quedando a salvo la verdad, unas veces que se adaptan perfectamente al Evangelio, como es verdad en la mayoría de los casos; y otras veces acusarlos de muy renuentes, a causa de los pecados de los hombres y de la mala educación?.

(2. Necesidad de una tipología de los indios)

Es un error común limitar con estrechez las Indias a una especie de campo o ciudad y creer que, por llevar un mismo nombre, son de la misma índole y condición. Pero quien lea estas páginas, encontrará sin duda que en ellas exponemos tanto lo bueno como lo malo, sin dejarnos llevar de ningún tipo de partidismo, y que aducimos indistintamente tanto los hechos alegres como los tristes.Pues testigo es Nuestro Señor Jesucristo de que nuestro deseo y empeño no es otro sino transmitir a los demás cuanto hemos comprobado a ciencia cierta, tal cual es: bien sabemos que Dios no necesita de nuestras mentiras. Ni es formándose una idea ilusoria o falsa como hay que

ir a estos pueblos y buscar su salvación; sólo se mantiene uno en la conveniente disposición, cuando sin dejarse llevar de vanas habladurías sino apoyado en el firme propósito de la vocación divina, haya sopesado juiciosamente la calidad y grandeza de la obra del Señor que emprende.

Los pueblos indios son innumerables, tiene cada uno de ellos determinados ritos propios y costumbres y se hace necesaria una administración distinta según los casos. Por eso, no sintiéndome yo capaz de tratar uno a uno de todos ellos,por serme desconocido en su mayor parte y aunque llegara a conocerlos del todo sería tarea interminable, he juzgado oportuno tener principalmente en cuenta a los indios del Perú, para adaptarme mejor a todos los demás. Y lo hice por dos razones: una, porque el mejor conocimiento que tengo de estas provincias me permite dar a mis afirmaciones una mayor certeza; la segunda, porque siempre me han parecido estos indios una especie de punto medio entre los demás: a partir de ellos es posible llegar más fácilmente a un juicio de los extremos, por así decir. Pues aunque se llama indios a todos los bárbaros descubiertos en nuestros días por los españoles y portugueses que con sus flotas han surcado el dilatadísimo océano (no sólo privados de la luz evangélica, sino también con aversión a toda institución humana), sin embargo no todos tienen las mismas características; va mucho de indio a indio, por decirlo con humor, y hay bárbaros que sacan gran ventaja a bárbaros.

Según la definición de prestigiosos autores, bárbaros son aquéllos que se apartan de la recta razón y de la práctica habitual de los hombres. Por eso suelen destacar los escritores más ilustres la incapacidad de los bárbaros, su fiereza, incluso sus técnicas y trabajos, significando lo lejos que están de la práctica usual de los demás hombres y lo poco que tienen de sabiduría y actividad racional. Tengo para mí que todos estos bárbaros del Nuevo Mundo recibieron la denominación de indios, porque para los antiguos era la India la región más apartada de la tierra y se pensaba que constituía los límites últimos del orbe. Con gran encomio recuerdan tanto los escritores sagrados como profanos que en ella pusieron pie Alejandro de Macedonia y el Emperador Trajano, como si hubieran llegado al confín de la tierra. A imitación suya los españoles aplicaron, a mi entender, este nombre a los nuevos pueblos por ellos descubiertos. Pero al principio no se llamaba indios a los bárbaros occidentales, sino isleños o antillanos. Por numerosas que sean las provincias, naciones y estirpes de los bárbaros, a mi entender, tras prolongado y concienzudo examen,son tres las clases, por así decir, de bárbaros, con grandes diferencias entre sí, a las que se pueden reducir casi todas estas naciones indianas.

(3. **Primer tipo de bárbaros**)

Una primera clase es la de aquéllos que no se apartan gran cosa de la recta razón y de la práctica del género humano. Estos son ante todo los que tienen régimen estable de gobierno, leyes públicas, ciudades fortificadas, magistrados de notable prestigio, comercio próspero y bien organizado y, lo que más importa, uso bien reconocido de las letras. Pues en ninguna parte se encuentran monumentos literarios ni libros, si sus gentes no son cultas ni tienen, sobre todo, una organización política. A esta clase parecen pertenecer, en primer lugar, los chinos, cuyos caracteres yo he visto muy semejantes a los siríacos; llevan fama de haber logrado un alto grado de florecimiento por la abundancia de sus libros, el esplendor de sus academias, por el prestigio de sus leyes y magistrados, por la magnificencia de sus monumentos públicos. Siguen a continuación los japoneses y una buena parte de las provincias de la India Oriental,a las que no me cabe duda de que en otro tiempo llegó la cultura asiática y europea.

Estos pueblos, aunque en realidad sean bárbaros y disientan en múltiples cuestiones de la recta razón y ley natural, han de ser llamados a la salvación del Evangelio casi a la manera misma como lo fueron en otros tiempos griegos y romanos por los apóstoles, así como los demás pueblos de Asia y Europa. Porque destacan por su capacidad y su no despreciable sabiduría humana, y es sobre todo por su propia razón, con la actuación interior de Dios, como se ha de lograr la victoria sobre ellos y su sumisión al Evangelio. Si nos empeñamos en someterlos a Cristo por la fuerza y el poder, no seguiremos más que apartarlos totalmente de la ley cristiana.

(4. **Segundo tipo de bárbaros**)

En la segunda clase incluyo a aquellos bárbaros que, aunque no han conocido el uso de la escritura ni las leyes escritas ni la ciencia filosófica o civil, tienen, sin embargo, sus magistrados bien determinados, tienen su régimen de gobierno, tienen asentamientos frecuentes y fijos en los que mantienen su administración política, tienen sus jefes militares organizados y un cierto esplendor de culto religioso; tienen, finalmente, su determinada norma de comportamiento humano. De esta clase eran nuestros mejicanos y peruanos, cuyos imperios, sistemas de gobierno, leyes e instituciones todo el mundo puede en justicia admirar. Y suplieron (parece casi increíble) la falta de escritura con tal derroche de ingenio que guardan memoria de sus historias, ritos y leyes y, lo que es más, de la trayectoria de los tiempos y del recuento de los números con unos signos y memoriales que ellos inventados, que llaman quipos, de suerte que a menudo los nuestros, con todas sus

escrituras, se rinden a su pericia. En cómputos y divisiones no sé, a la verdad, si nuestra escritura da a los matemáticos más seguridad que a estos hombres esos signos suyos. Y es de todo punto sorprendente ver con qué fidelidad guardan memoria aún de las cosas más menudas durante muchísimo tiempo con ayuda de sus quipos.

No obstante, están todavía muy lejos de la recta razón y de las prácticas propias del género humano. Se trata de una clase que está muy extendida. Comprende en primer lugar imperios, como fue el de los incas, y además reinos menores y principados, como son los que tienen mucho de los caciques, magistrados públicos creados por la propia república, como es el caso prácticamente de los araucanos, tucapalenses y los demás chilenos. Todos ellos tienen de común que viven en ciudades y no andan errantes como las fieras, y también que tienen juez y jefe designados y a cada uno se les respetan sus derechos.

Pero como en sus costumbres, ritos y leyes se hallan tantas desviaciones monstruosas y tanta permisividad para ensañarse con los súbditos que, de no mediar una fuerza y autoridad de gobierno superiores, a duras penas recibirían, al parecer, la luz del Evangelio y llevarían una vida digna de hombres honrados o, una vez recibida, se prevé que difícilmente perseverarían en ella; con razón la situación misma exige y la autoridad de la Iglesia así lo establece que, a quienes de ellos hayan dado el paso a la vida cristiana, se les ponga bajo la autoridad de príncipes y magistrados cristianos.Pero de tal suerte que se les ha de permitir el libre uso de sus bienes y fortunas y de las leyes que no son contrarias a la naturaleza y al Evangelio.

(5. **Tercer tipo de bárbaros**)

Viniendo ya a la tercera y última clase de bárbaros, es imposible decir el número de pueblos y regiones de este Nuevo Mundo que comprende. En ella entran los hombres salvajes, semejantes a las bestias, que apenas tienen sentimientos humanos. Sin ley, sin rey, sin pactos, sin magistrados ni régimen de gobierno fijos, cambiando de domicilio de tiempo en tiempo y aun cuando lo tienen fijo, más se parece a una cueva de fieras o a establos de animales. A este grupo pertenecen, en primer lugar, todos aquellos que los nuestros llaman caribes; no ejercen otra profesión que la de derramar sangre, son crueles con todos los huéspedes, se alimentan de carne humana, andan desnudos cubriendo apenas sus vergüenzas.

A este tipo de bárbaros alude Aristóteles cuando escribía que se les podía cazar como a bestias y domar por la fuerza. De ellos hay en el Nuevo

Mundo innumerables manadas. Tales son los chunchos, chiriguanás, mojos, iscaicingas,vecinos nuestros que conocemos; tales dicen ser buena parte de los pueblos brasileños y los de casi toda la Florida. Pertenecen también a esta clase aquellos bárbaros que, aun sin ser tan fieros como tigres o panteras, poco se diferencian, sin embargo, de los animales, también ellos desnudos, asustadizos y entregados a los más degradantes vicios de Venus o incluso de Adonis. Tales dicen ser los que los nuestros llaman moscas en el Nuevo Reino [de Granada], tal la gente que habita promiscuamente en Cartagena y a lo largo de todas sus costas y los que pueblan las grandes campiñas del inmenso río Paraguay, así como la mayor parte de los pueblos que ocupan el espacio infinito que media entre los dos océanos, aún no bien explorados pero de cuya existencia consta con certeza.

También en la India Oriental son, al parecer, de esta condición los que habitan en islas, como los de las Molucas. Al mismo grupo pertenencen otro tupo de bárbaros pacíficos, pero muy cortos de juicio, que, al parecer, superan algo a los anteriores, presentan una cierta forma de gobierno, pero tienen una leyes y unos ritos que se asemejan mucho a niñerías. Tales son, según rumores, los innumerables que pueblan las llamadas islas de Salomón; las mayores, según dicen, están junto al continente.

A todos estos hombres o mediohombres es preciso darles instrucción humana, para que aprendan a ser hombres, educarlos como a niños. Y si con halagos se dejan espontáneamente promocionar, tanto mejor; de no ser así, no se les ha de dejar a su suerte: si se resisten con terquedad a su propia regeneración y desvarían contra sus propios maestros y médicos, hay que obligarles por la fuerza y hacerles alguna conveniente presión para que no pongan obstáculos al Evangelio y hay que hacerles cumplir sus obligaciones; y convendrá hacerles fuerza para que se trasladen de la selva a la convivencia humana de la ciudad y entren, aunque sea un poco a regañadientes, en el reino de los cielos.

No conviene, si no queremos errar gravemente, aplicar una mismas medidas a todos los pueblos de las Indias. Ni tampoco convertir en maestra de la predicación evangélica la codicia y tiranía, como hacen nuestros soldados, o (lo que es igualmente dañoso) preferir la vana filosofía de unos cuantos inexpertos a la certeza de unos hechos fielmente comprabados y a la experiencia.Cuando vuelvo los ojos a estos pueblos que ocupan la superficie más dilatada de la tierra, antes durante tantos siglos desconocidos, nada me complace tanto como repetir aquellas palabras: 'según tu grandeza has multiplicado los hijos de los hombres' (Ps 11,9). Porque indudablemente altísimo designio ha sido y absolutamente inescrutable para nosotros, que se propagasen tantos pueblos sin que por largos siglos les fuese conocido el

camino de la salvación.El Señor, sin embargo, se ha dignado en nuestro tiempo llamarlos al Evangelio, gracia no otorgada a otras generaciones, incorporarlos y hacerlos partícipes de los misterios de Cristo. Y esto con tal disposición y de tal manera, con procedimientos tan distintos por parte de nuestros hombres, que la mente humana se siente llena de asombro ante la grandeza del designio divino.

Creemos y afirmamos, por tanto, que es preciso procurar la salvación de todos ellos bajo la guía de Cristo. Nuestro intento es aportar algo, en la medida de nuestra pobreza, que pueda ayudar a los misterios del Evangelio. La tarea es, sin duda, dificíl en sí misma, nueva y compleja, y por otra parte nuestra fuerzas bien escasas. Quien enseña con claridad y hace persuasivo al alma su enseñanza, ciertamente aquél que es el único Maestro de todos, el mentor de la sabiduría y el que marca el camino a los sabios, en cuyas manos estamos nosotros y nuestras palabras.A él sea dado todo honor y gloria ahora y por toda la eternidad. Amén» (1984:55-71).

II. POSTURA PASTORAL ANTE LA MITA MINERA (1588)

(1. **Dureza del trabajo en las minas**)

«**1.** Muy dura parece la legislación que obliga a los indios a trabajar en las minas. Este trabajo los antiguos lo tuvieron por tan duro y afrentoso que, como ahora castigan a los facinerosos a servir en galeras por los horrendos crímenes que han cometido, así ellos entonces los condenaban a trabajar en las minas. Esta condena era la más cercana a la pena de muerte. Forzar, pues, a estos trabajos a hombres libres y que ningún mal han hecho, parece algo ciertamente truculento. Además es un hecho que los pozos de plata fueron a la vez cementerio de indios.Muchos miles han perecido por ese tipo de trabajo.

Horror da referir cuál es el aspecto de los minerales que se esconden en las más profundas entrañas de la tierra. ¡Qué vértigo y qué profundidades! Parece que el infierno mismo se abre a tus pies. Y no sin razón los poetas antiguos fingieron que las riquezas estaban escondidas en los reinos de Plutón. San Juan Crisóstomo refiere elocuentemente y con asombro los trabajos de los hombres de su tiempo al extraer los metales. Pero todo aquello es sombra y humo en comparación con lo que vemos ahora: noche perpetua y horrenda, aire espeso y subterráneo, la bajada sumamente difícil y complicada, lucha durísima con la peña viva. Pararse es peligroso. Si se escurre el pie, se acabó. El acarreo a hombros es pesadísimo, y la subida se efectúa por rampas oblicuas y de mala consistencia. Y otras cosas que sólo el pensarlo da espanto.

Pero hay mucho más: frecuentemente las venas de plata están en lugares fragosos e inaccesibles y en parajes inhabitables. Para beneficiarlas, los indios han de venir desterrados de sus tierras, abandonando muchas veces a sus hijos y a su esposa, y mudando de suelo y de aire. Contraen enfermedades con mucha facilidad y terminan muriendo. ¿Y qué vamos a decir cuando se trata de la explotación del mercurio?. Sólo con respirar, aunque sea ligeramente, los vapores que exhala la combustión en sitios cerrados, produce la muerte instantánea. ¿Y para qué vamos a hablar de las pesquerías de perlas?.

(2. La explotación de perlas y su prohición)

2. Estando yo en un pueblo llamado Río de la Hacha pude ver por mis propios ojos que no hay esclavitud más dura que pueda imponer el más implacable de los soldados a su más encarnizado enemigo al hacerlo prisionero, que la esclavitud que allí sufren los indios por parte de los cristianos. Se les mantenía toda la noche en vela con los pies amarrados con correas de cuero. A la mañana temprano los llevaban a unas lanchas y bajaban al fondo del mar, muchas veces a gran profundidad. Por espacio de casi media hora completa, aguantando la respiración como hacen los buscadores, buscaban y recogían conchas y ostras con inmenso trabajo y grandísimo peligro. Si no cogían las perlas que se esperaba, la paliza era segura. La comida siempre era de la peor calidad y más que escasa.Jamás se les permitía tener a sus esposas ni tocar a una mujer, porque se pensaba como cosa evidente que el gozar de los placeres de Venus era un obstáculo para poder aguantar la respiración al bucear. Se les prohibía todo trato con los españoles e incluso con el sacerdote, para evitar que se tragaran furtivamente unas cuantas perlas y luego las vendieran para remediar la extrema pobreza en que vivían.

Este tipo de pesquerías de perlas duró mucho tiempo. Al final, aunque fuera ya tarde, se corrigió lo que merecía reprobación. Nuestros católicos reyes hicieron por fin la averiguaciones oportunas y tomaron las medidas necesarias una, dos y hasta tres veces. En consecuencia, se proclamó libres a todos los indios y se dio orden de que ya no trabajaran en ese tipo de empresas. Lo que es más problemático es si quedó algún indio que pudiera gozar de esa nueva libertad. ¡Hasta tal punto el trabajo desproporcionado había despoblado a esa provincia!.

(3. Pros y contras de la mita minera)

3. Hay muchos que piensan que la situación es la misma en lo que se refiere a la explotación de las minas de metales, y que los quebrantos que

implican las minas son en realidad equivalentes: tal trabajo dispone injusticia contra la libertad de los indios, puesto que se les obliga a servir al lucro ajeno a costa de tantos inconvenientes personales suyos, abandonando a su tierra y sus hijos. Les expone, además, a peligros extremos, pues muchos perecen por el cambio de clima, la dureza del trabajo y los accidentes de ese tipo de actividad. Pero, por otra parte, si se abandona la explotación de minas de metales y, como se dice en el libro del santo Job, si no se arranca la plata de las venas de la tierra, descuajando de raíz las montañas; si no se saca oro de las escolleras de los ríos y se deja al margen a los demás metales, entonces se acabó: toda promoción y organización pública de los indios cae por los suelos. Ese es el objetivo que buscan los españoles con tan grandes periplos por el mar. Esa es la razón por la que negocian los mercaderes, proceden los jueces e incluso muchas veces los sacerdotes predican el Evangelio.

El día en que falten el oro y la plata o desaparezcan de la circulación, se desvanecerá automáticamente toda convivencia de gente, toda ambición viajera, toda rivalidad en el campo civil o eclesiástico. La isla Española y la de Cuba y San Juan de Puerto Rico en otro tiempo estuvieron pobladísimas, mientras nadaban en la abundancia de oro, y ahora están casi desérticas y salvajes. Los indios se acabaron y ya no se pueden trabajar los metales preciosos que allí abundan. En todo este Nuevo Mundo vemos que las que más sobresalen en cultura y conocimientos son las provincias que también destacan por sus riquezas. Parece como que el mundo entero se concentra en estos emporios de riqueza.

4. Puestas así las cosas, no sé qué será mejor. Por una parte, debería quejarme de la calamidad de nuestros tiempos y de que se haya enfriado tanto la caridad, y la fe casi no se encuentre en la tierra, según la palabra del Señor. ¿La salvación de tantos millares de almas que hay que ganar para Cristo, no parece ya una paga suficientemente digna como para despertar y estimular las almas de los nuestros?. ¿Vale y cuenta mucho más entre nosotros la codicia del oro y plata, hasta el punto de que, si eso falta, ya no cuenta para nada la salvación de las almas?. Pero, por otra parte, habrá que admirar profundamente la bondad y providencia de Dios, que se acomoda a la condición de los hombres, y para traer a gentes tan remotas y bárbaras al Evengelio, proveyó tan copiosamente estas tierras de metales de oro y de plata como para despertar con ello la codicia de los nuestros. Si no nos estimula la caridad por las almas, ¿será, al menos, cebo suficiente la codicia de oro?. Y como en otro tiempo la incredulidad de Israel fue motivo de salvación para los gentiles, así ahora la avaricia de los cristianos se ha convertido en causa de evangelización de los indios.El gran apóstol San Pablo dice: ¿Qué más da?. Al fin y al cabo, sea con sinceridad o con segundas inten-

ciones, se anuncia a Cristo y yo me alegro y me seguiré alegrando. También Dios se aprovecha de las ocasiones para hacer el bien.

La primera difusión del Evangelio fue con ocasión del temor y huída de los discípulos por causa de la persecución de Jerusalén, en la que casi no quedaron en la ciudad más que los Apóstoles. El pueblo de Israel, por haber merecido justamente la ira de Dios, fue esparcido entre los gentiles, y a éstos les llevó en gran parte la salvación. Así que en el mismo hecho muestra Dios a su pueblo ira y a los extraños misericordia. Con razón apela San Pablo, al llegar aquí, a la altura y profundidad de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.

¿Quién, pues, no mirará con espanto y asombro los secretos de la sabiduría del Señor, que supo hacer que la plata y el oro, peste de los mortales, fuesen la salvación para los indios?. Por tanto, las medidas que puedan tomarse sin ofender a Dios ni cometer injusticia contra nuestros hermanos los indios, a fin de que el laboreo de los metales no desaparezca o venga a menos, no debe de ninguna manera dejarlas al margen un gobernante público inteligente y con espíritu religioso. Todo este asunto del trabajo de los indios en las minas ha sido tratado grave y maduramente no ha mucho tiempo en una consulta de teólogos y jurisconsultos. Y están ahí las leyes y ordenanzas provinciales que determinan el orden y moderación que se ha de guardar al extraer los metales proveyendo a la salud y comodidad de los indios. No creo, pues, que me corresponda a mí reprobar el parecer de tan insignes varones, y mucho menos reclamar leyes nuevas con que se mitigue la situación tan dura de los indios. Solamente extraeré los puntos principales y resumiré los términos exactos en que el asunto queda encuadrado.

(4. Condiciones para que mita siga vigente)

5. No han de faltar, primeramente, a los que trabajan en las minas ministros para su educación y cuidado espiritual. Haya quien les diga misa, quien los instruya en los rudimentos de la fe,quien los confiese a la hora de la muerte y les administre los demás sacramentos necesarios. Después, para mirar por su salud, que no se obliga a emigrar a los que están acostumbrados a climas y aires muy contrarios,ni se los haga venir de distancias muy remotas, ni se les oprima con trabajos inmoderados. Además,que vean que no se deja de tener algún interés y preocupación por sus propias haciendas, sino que se compensa con precio justo un trabajo tan duro.Permítaseles que de vez en cuando logren algún beneficio y ganancia modesta. Provéase también que no falten alimentos convenientes para los sanos y remedios y el alivio necesario para los enfermos. Finalmente, que el trabajo se reparta cómodamente por turnos convenientes, a fin de que no se vean forzados

contra su voluntad a estar demasiado tiempo ausentes de sus pueblos, y no caiga todo el peso sobre una provincia, mientras otra está siempre mano sobre mano.

Si los nuestros observan,como es razón, estas condiciones de la ley,tal como han sido ideadas por varones doctos, nos parece que hay que ser tolerantes con ellos, no sea que, acabándose el comercio, se abandone también el trabajo de la predicación del evangelio. Pero si no se cumplen estas premisas y tratan curelmente a los indios como si fueran esclavos, vean ellos la cuenta que habrán de dar a Dios, que es padre de los pobres y juez de los huérfanos» (1984:527-37).

III. CONSERVAR CULTURA INDIGENA NO CONTRARIA AL EVANGELIO (1588)

(1. **Formulación del principio)**

«1. Hay que ir poco a poco imbuyendo a los indios, en las costumbres cristianas y en nuestra forma de vivir. Y hay que cortar paso a paso los ritos superticiosos y sacrilegos y los hábitos de bárbara fiereza. Pero en los puntos en que sus costumbres no se oponen a la religión o a la justicia, no creo que se las deba cambiar así porque sí. Hay que conversar sus costumbres patrias y tradicionales que no vayan contra la justicia, y organizarles jurídicamente conforme a ellas, tal y como ordenan las disposiciones del Consejo de Indias. En este campo hay muchos que se equivocan frecuentemente, unas veces porque desconocen las ordenanzas municipales y otras veces por celo exagerado y prematuro de transmitirles nuestras costumbres y formas de vida.

Para ratificar este punto no voy a ponerme a detallar los sabios consejos que da el filósofo Plutarco respecto a la mejor manera de gobernar la sociedad.

> 'Hay que tratar de conocer –según él– las costumbres de los ciudadanos y descubrir cuáles son relamente sus sentimientos y aspiraciones profundas. Empeñarse en cambiar de golpe las costumbres y manera de ser del pueblo y querer transformalas de repente mediante nuevas leyes, no solamente no es una tarea fácil, sino que es un procedimiento absolutamente aleatorio, pues tal empresa requiere mucho tiempo y prolongado esfuerzo'[5].

5 Plutarchus, **Politica, seu de civili institutione liber, ad Traianum Imperatorem.**

Pone Plutarco una buena comparación en relación con el vino: al comienzo quien manda es la voluntad del que bebe; pero leugo el vino va calentando poco a poco la cabeza, transforma las ideas y termina por dominar al hombre.

(2. Normas del papa en evangelización inglesa)

2. Por consiguiente, en muchos casos hay que disimular y en otros hay que alabar. Cuando se trata de costumbres tenazmente arraigadas y gravemente dañinas, hay que transformarlas en otras parecidas y que sean buenas, con habilidad y destreza. En este asunto propongo como maestro excepcional al Papa San Gregorio Magno. El arzobispo inglés Agustín lo había consultado respecto a una cuestión parecida y él contestó así en su carta a Melito:

> 'Decidle al obispo Agustín que he reflexionado mucho tiempo buscando una solución para el asunto de los ingleses. Pienso, en conclusión, que no conviene de ninguna manera destruir los templos que tienen de sus ídolos, sino sólo los ídolos que hay en esos templos.Cuando esas gentes vean que no destruimos unos templos que son tan suyos, depondrán de su corazón el error y conocerán y adorarán al verdadero Dios, acudiendo con toda naturalidad a los sitios a que están acostumbrados. Tienen por costumbre inmolar muchos bueyes en sus sacrificios a los demonios. Pues también es ese punto hay que modificar algunas formalidades. Por ejemplo,en el día de la consagración de la iglesia o al celebrar el aniversario de los mártires, que levanten sus tiendas con ramas de árboles junto a las iglesias que antes eran templos paganos, y celebran la fiesta con banquetes religiosos. Y no inmolen ya más animales al demonio, sino que maten los animales para comérselos a la mayor gloria de Dios. Y cuando estén saciados, den gracias por ello al que todo nos lo ha dado. Así aprenderán más fácilmente a poner su corazón en las alegrías de dentro, si a la vez conservamos para ellos algunas alegrías de fuera. La cosa está clara: cortar de ingenios duros todos los resabios a la vez, es imposible. El que pretende subir a la cumbre, asciende por escalones y paso a paso, pero no a saltos'.

El propio San Gregorio pone como ejemplo de sus enseñanzas al pueblo de Israel, que estaba acostumbrado a los sacrificios de los egipcios. Dios, queriéndolo apartar del culto de los ídolos, mandó que le ofreciesen a él, único Dios verdadero, sacrificios de animales.

Hemos transcrito este texto en toda su amplitud para dejar más claro

el asunto, no sólo por lo que nos enseña San Gregorio Magno, sino también por el ejemplo que no da: matar, para celebrar un gran convite, bueyes que ellos solían sacrificar a sus ídolos. De la misma manera puede permitirse alguna vez a los bárbaros celebrar convites y festejos solemnes en que coman y beban en público, siempre que sea en la plaza del pueblo, como ya prescribían las leyes de los incas. Si se hace así, ya no hay miedo de que proliferen tanto las grandes borracheras, puesto que lo estarán viendo y podrán castigarlo todos los nuestros. En definitiva, la caridad de Cristo –combinada con grandes dosis de prudencia y moderación– nos dirá exactamente qué es lo que hay que permitir y tolerar y, por el contrario, qué es lo que hay que cambiar o lo que de ninguna manera hay que consentir.

(3. Llamamiento a autoridades coloniales)

3. Sólo me queda un consejo que dar a todos los magistrados civiles: que a la hora de gobernar y dirigir las comunidades indias, colaboren como verdaderos hermanos con los representantes de la Iglesia. Que el gobernante sea para el sacerdote lo que David para Samuel, Josías para Jeremías, Ezequías para Isaías, Constantino para Silvestre y Teodosio para Ambrosio. Todo se podrá conseguir si ambas espadas van unidas y se guardan dentro de la misma vaina. Por el contrario, nada perturba tanto la religión y la doctrina moral, nada la arruina tanto ni la echa por tierra como la rivalidad y lucha entre lo sagrado y lo profano. Está escrito: Uno que edifica y otro que destruye, ¿qué hacen sino aumentar el trabajo? (Eccli 34,28), y también: No es Dios de disensión, sino de paz (1 Cor 14,33). Y en otra parte: Si alguno está dispuesto a ser pendenciero, nosotros no tenemos tal costumbre, y la Iglesia de Dios, tampoco (1 Cor 11,16) Y: ¡Ay de aquel que escandalizare a uno de estos pequeños que han creído (Mt 18,6) en Cristo! Que todo se haga, pues, según la caridad (1 Cor 16,14), todo con orden, todo en el vínculo de la paz (Ef 4,3). Nada por rencilla ni por vanagloria. No mire cada uno por lo suyo, sino por lo de los otros(Fil 3,3-4).

Los oficios y tareas son distintos y no es conveniente que el sacerdote se ocupe de las cosas de las armas ni que el juez ofrezca sacrificios; sin embargo, en los dos debe ser uno el ánimo, una la mente, uno el empeño de llevarlos a todos a Cristo. Es, pues, necesario procurar de todas maneras que mutuamente se ayuden. Ocupado uno preferentemente en las cosas que tocan a Dios,y otro en las que tocan a los hombres, ambos apacienten las ovejas de Cristo y busquen la salvación de los que les están confiados. No miren lo que a ellos les conviene en particular, sino lo que a muchos, para que se salven (1 Cor 10,24-33)» (1984:587-93).

2.2. BLAS VALERA (1551-1597)

El maestro de la historiagrafía peruana Raúl Porras en su clásica obra **Los cronistas del Perú (1528-1650)** (1986) llama a Valera «cronista fantasma», porque:

> «No se conserva de él ninguna obra, a no ser los fragmentos de su **Historia de los Incas** que Garcilaso transcribió, traduciéndolos del latín, en sus **Comentarios reales** y las citas que de su **Vocabulario** quechua, también perdido, traen el P.Anello Oliva[1] y otros jesuitas. Todavía debe agregarse que algunos historiógrafos le adjudican, no sin razón, la paternidad de la **Relación** del «jesuita anónimo», en tanto que otros pretenden que es suya la mayor parte de la obra del Inca relativa al Imperio Incaico, que Garcilaso no habría hecho sino copiar de los originales de Valera que le regalaron los jesuitas, después del saco de Cádiz de 1596. De todo esto resulta un cronista sin obra al que no se le conoce sino por apariciones pasajeras y controvertibles y no se sabe, a punto fijo, si es o no es, como los aparecidos, y que, a pesar de todo, existe y tiene una influencia visible e incierta.
>
> Sin embargo de esto, el padre Valera es no solo cronista y de importancia, sino hasta jefe de escuela y renovador audaz de la historiografía incaica. En el padre Valera o en el jesuita anónimo y en sus presuntas noticias sacadas de los quipus incaicos, sacaron el Licenciado Montesinos y el padre Anello Oliva, la tesis de un Imperio incaico con 96 o 102 reyes y dominio de la escritura, del que Manco Cápac sería solo el restaurador incompleto...» (1986:462).

Blas Valera es un mestizo de Chachapoyas, hijo del capitán español Luis Valera y de la india Francisca Pérez. Después de estudiar gramática, dos años de artes y uno de teología, en 1568 ingresa a la recién llegada Compañía en Lima y en 1569 forma parte, sin duda por hablar bien el quechua, del grupo de jesuitas destinado a Huarochiri. Al concluirse dos

---

1 Juan Anello Oliva (1572-1642). Es de Nápoles, ingresa en la Compañía en 1593 y 4 años despues pasa al Perú, donde completa sus estudios y se ordena de sacerdote en Lima. Trabaja en Juli, Oruro, Potosi, Chuquisaca y Arequipa y finalmente en Lima. Aquí termina su obra **Vida de varones ilustres de la Compañía de Jesus** (1631), aunque no se publico hasta 1895 en Lima y solo parcialmente. Tiene 4 libros, el 1o. de los cuales "trata del reino y provincias del Perú, de sus Incas Reyes, descubrimiento y conquista por los españoles, con otras singularidades concernientes a la historia", mientras que los otros tres presenta biografias de jesuitas ilustres. Por considerarlo sobre un todo historiador no he incluido a Juan Anello Oliva en esta antología.

años después esta experiencia, Valera es enviado al Cusco, donde se ordena de sacerdote en 1573 y trabaja con los indios. En 1577 pasa a Juli y después a Potosí,época en la que escribe en latín su historia del Perú. Según Vargas Ugarte (1963:388),en Potosí debió cometer cierta falta grave y sus superiores juzgaron oportuno que marchara a trabajar a España, donde debía, además, publicar sus obras. Viajó a más tardar en 1587 y fue destinado al colegio de Málaga. Pero en 1596 está en Cádiz, cuando una flota inglesa tomó la ciudad y en el saqueo de la casa de los jesuítas desaparecieron en gran parte los manuscritos de Valera. Tras la muerte de éste, en 1600 el jesuita Pedro Maldonado de Torres entregó a Garcilaso, que preparaba los **Comentarios reales**, los papeles incompletos y «destrozados» de Valera, en los que, según el Inca, faltaban «lo más y mejor».

Fuera de los fragmentos de dicho manuscrito que Garcilaso recogió en su obra, no se conocía nada más de Varela. Pero, en 1879 el americanista Marcos Jiménez de la Espada publicó **Tres relaciones de antigüedades peruanas** (Madrid, Ministerio de Fomento) y entre ellas una **Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú**, escrita en 1615 o 1616 por un jesuíta anónimo, que otros atribuyeron a Valera. Así dicha relación, reeditada varias veces por ser una fuente importante sobre la religión incaica, ha sido atribuída a Valera en dos ediciones:la de Francisco A. Loayza (1945, Lima, Imprenta Miranda) y la de Max H. Miñano García (1956, México, Secretaría de Educación Pública) y al Jesuita Anónimo en otras dos: la reedición de **Tres relaciones de antiguedades peruanas** (Buenos Aires, 1950, Guarania) y la obra colectiva de Francisco Esteve Barba **Crónicas peruanas de interés indígena** (Madrid, 1968, Biblioteca de Autores Españoles, vo.209). Raúl Porras expone las razones en pro y en contra de ambas posiciones, juzga que la **Relación** pudo escribirse «a fines del gobierno toledano o hasta doce años después» (1986:471) y parece inclinarse por Varela, como insinúa repetidas veces, aunque en su antología (1986) presente primero a Valera y luego al Jesuita Anónimo.

Pero, aunque para los fines de esta antología sea poco significativo conocer al verdadero autor de la **Relación**, pues, cualquiera que sea la respuesta, su autor tiene un lugar asegurado en la antología, puede ser útil formular la pregunta: ¿son el jesuita anónimo y Valera la misma persona?. Rául Porras la responde así:

> «En lo que sí parece tuvo Razón González de la Rosa es en sostener la identidad de Valera y el Jesuita Anónimo. Ambos coinciden cronológica y sicológicamente. Sabemos que Valera era un novicio o joven sacerdote en la época de Toledo y que encarnaba una tesis contraria a éste: la de la bondad de los incas frente a la tiranía encar-

nada por los cronistas toledanos. El Jesuita Anónimo embiste contra el representante oficial del espíritu toledano, Polo de Ondegardo, y le rectifica a base de mejor conocimiento lingüistico y de la referencia a los quipus. Valera y el Jesuita Anónimo son los únicos que citan nombres de quipucamayos, seguidos en esto por Oliva y Montesinos. También coinciden en las fuentes, pues en un fragmento citado por Garcilaso, Valera exhibe la misma bibliografía que el jesuita, nombrando, ambos, a autores no mencionados en ningún otro cronista. Por último, hay hasta el recuerdo familiar y denunciador en ambos que es la referencia a la relación de Francisco de Chávez, entregada a Luis Valera, y que nadie más, sino ellos, ha visto, antes ni después. Means cita, además, el hecho significativo que el manuscrito del jesuita anónimo fue hallado en Cádiz en 1836, uno de los últimos lugares en que vivió Blas Valera» (1986:463-64)[1.A].

Antes de referirme a cada uno de los textos seleccionados de la **Relación**, conviene señalar el enfoque básico de la misma señalado por muchos estudiosos. Como bien decía Porras, Valera es jefe de escuela y marca una visión positiva de la cultura incaica opuesto al de los cronistas toledanos, cuyo mejor representante era Polo de Ondegardo[2]. Prescindiendo ahora de la verdad histórica, que según Porras favorece a Polo[3], es interesante señalar esa corriente de pensamiento encarnada en Valera y Garcilaso,

---

1.A Estando ya en prensa este libró, leí la ponencia de Enrique Fernández, "Blas Valera es el jesuita anónimo, autor de la Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú", presentado en Arequipa en 1991. En ella se prueba la identidad de Valera y el jesuita anónimo y se fecha la relación hacia 1595.

2 Polo de Ondegardo y Zárate, hermano de otro cronista peruano que preferia el apellido materno, Agustin de Zárate, es un hombre de leyes castellano, que vino al Perú en 1544 y fue corregidor del Cusco en 1558 y de nuevo con Toledo, a cuya visita general estuvo vinculado. Polo se interesó en estudiar las costumbres indígenas, aunque muchos de sus estudios se han perdido. Es autor del **Tratado y averiguación sobre los errores y supersticiones de los indios** (1559), del que se sacó el resumen publicado en 1585 por el 3er. Concilio Limeño en el **Confessionario para curas de indios,**. Se le atribuye la **Relación de los adoratorios de los indios en los cuatro suyos**, que recogió el padre Cobo en el lib. XIII de su **Historia del Nuevo Mundo** (1653) y escribió la **Relación de los fundamentos del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros**, que acaba de ser reeditada por Laura González y Alicia Alonso con el título de **El mundo de los incas** (Madrid, 1990, Historia 16).

3 Dice Porras al respecto: " las críticas del jesuita a Polo, a quien ataca con rudeza, son en su mayor parte pueriles, rectificaciones de segundo orden y sobre asuntos opinables... La irritación contra el Licenciado viene de una divergencia más grave y fundamental para la apreciación del Imperio Incaico. Es la cuestión de los sacrificios humanos, punto crucial de dos escuelas o bandos entre los cronistas peruanos. El jesuita anonimo, seguido en esto únicamente por Garcilaso y Blas

dos ilustres intelectuales mestizos, para librar al mundo incaico del baldón de los sacrificios humanos y de la idolatría. Es útil recordar al respecto que en sus **Comentarios reales** (1609) el Inca,también en nombre de su mayor conocimiento de la lengua, juzgará que el rito de los indios que subían con alguna carga a las **apachetas**, arrojando en la cumbre un pelo, una ceja o la coca que 'chacchaban' durante la subida, no era un culto idolátrico al monte, sino una acción de gracias a Dios. La razón de su interpretación es que dicha palabra quechua viene del verbo **apáchec**, que significa llevar, y así el dativo del participio de presente **apachecta**, no es el nombre del monte divinizado, sino una palabra ritual de gratitud a Dios, 'al que hace llevar'. «Entendían los indios –añade– con lumbre natural, que se debían dar gracias y hacer alguna ofrenda al Pachacamac, Dios no conocido, que ellos adoraban mentalmente, por haberles ayudado en aquel trabajo. Y así, luego que habían subido la cuesta, se descargaban y, alzando los ojos al cielo y bajándolos al suelo.., repetían dos, tres veces el dativo **Apachecta**» (1943,I:73).

Por su parte, el autor de la **Relación**, como se ve en el texto transcrito, tras decir que los incas tenían dos clases de templos, naturales y artificiales, y que ciertas realidades de la naturaleza eran templo de Dios, sostiene:

> «todas las cuales cosas fueron por ellos reverenciadas, no por entender que allí había alguna divinidad o virtud del cielo, o porque fuesen cosa viva, sino porque creían que el gran Dios **Illa Tecce** había criado y puesto allí aquella tal cosa y señalándola con cosa particular y singular, fuera de lo que comúnmente tienen los otros lugares de aquel género, para que sirviese de lugar sagrado y como santuario donde él y los otros dioses fuesen adorados; lo cual se ve por las oraciones que hacían cuando se arrodillaban o postraban o estaban parados en tal lugar, pues no hablaban con el monte, fuente o río, o cueva, sino con el gran **Illa Tecce Viracocha**, que decían estar en el cielo y en aquel lugar invisiblemente» (1968:157).

Aunque era clave librar a los incas de la idolatría y de los sacrificios humanos, por la especial gravedad que éstos revestían para los españoles del

---

Valera, es el paladín contra la existencia de sacrificios entre los Incas. Su argumentación es a la verdad deleznable y algo sofística. Dice que el Licenciado Polo por no saber la lengua, oyó decir que en la coronación de los reyes se sacrificaban doscientos 'huahuas' y creyó que eran niños, cuando esto es lenguaje figurado y se trataba de 200 corderitos, y a las ovejas y corderos que sacrificaban llamaban también con nombres de pasnas, ñustas, acllas o doncellas. Pero Cristobal de Molina, Betanzos, Santa Cruz Pachacutic, Guaman Poma –quechuistas y quehuas– dicen lo mismo que Polo y prueban que no se trata de un malaventurado tropo, sino de una realidad indiscutible" (1986:469).

siglo de oro, la defensa de los indios se extiende a otros muchos puntos.Porras cree que:

> «El defecto del jesuita como historiador es su empeño idealizador del Imperio Incaico, y su propósito de encontrar en todas las instituciones incaicas anticipaciones del espíritu cristiano o del culto católico... Los incas, según el jesuita, tuvieron un dios invisible y todopoderoso y creador del mundo, que fue Illa Tecce Viracocha, y creyeron en la resurrección de la carne.En el cielo indio había ángeles, unos buenos -**huaminca**- y otros rebeldes o diablos –**supay**–. Las huacas no eran ídolos sino templos del dios invisible; en el del Sol del Cusco, había una estatua en hábito talar que se supone representara a San Bartolomé apóstol. El Villac Umo o gran sacerdote era una especie de cenobita, alimentado sólo de hierbas y raíces, quien vivía en el campo, llevaba una especie de tiara y era elegido por un colegio de amautas con ribetes de cónclave» (1986:470).

Y así sigue aportando datos para esta «cristianización póstuma» de la religión incaica, que iba mucho más allá que la «parodia diabólica» sostenida por Acosta y de la que, según éste, se valió Dios para facilitar la conversión. Puede decirse que era una forma de inculturación del evangelio, no en el sentido de dar formas culturales andinas al evangelio universal, sino en el de descubrir muchos contenidos de ese evangelio en la religión incaica.

Aunque este tema se discutirá ampliamente en el cap.10 del tomo 2o., voy a consignar otros tres ejemplos de la **Relación** de esta «cristianización» de la religión incaica. Uno es la existencia de un Dios creador, pues «creyeron y dijeron que el mundo, cielo y tierra, y sol y luna fueron criados por otro mayor que ellos: a este llamaron **Illa Tecce**, que quiere decir **Luz eterna**. Los modernos añadieron otro nombre, que es **Viracocha**, que significa Dios inmenso de Pirua», primer poblador de la región (1968:153). Otro es la predicación apostólica, pues en el único altar del templo solar del Cusco, «había un ídolo de piedra mármol, de la estatua (¿estatura?) de un hombre, y los cabellos, rostro, ropaje y calzado, al mismo modo como pintan a San Bartolomé apóstol» (1968:157-58). Y el tercero, la confesión auricular, pues «de entre sus ministros se elegían los que habían de ser **ichuris**, esto es confesores, para oír los pecados de cada uno»(1968:164), que incluía los pecados de deseo («también declaraban los deseos e intenciones... Y así lo que dicen algunos que no declaraban los pecados interiores, entiéndase de los rudos y de los muchachos que no sabían, pero los indios instruídos sí declaraban») (p.165) y que obligaba al confesor «a guardar el secreto natural grandemente, porque si se le probase que había descubierto pecados de alguno que hubiese sido su penitente y los había oído en confesión, moría por ello sin remedio» (p.164).

He elegido para la antología dos textos. Uno trata de los sacrificios y lugares de culto incaico y otro de tres modos de cristianizar a los indios del Perú. En el primero he conservado las notas del autor, para destacar el aporte bibliográfico sobre obras, muchas de las cuales no son desconocidas, y tres notas del editor, Francisco Esteve Barba, con sus iniciales (F.E.B.). Ambos textos tienen de común la defensa del cristianismo de los indios, tan propia de Valera: el primero es una "cristianización original" en el sentido ya apuntado, y el segundo es una "cristianización actual", como consecuencia de la aplicación del tercer modelo de evengelización, que fue plenamente asumido por los jesuitas.

I. SACRIFICIOS Y LUGARES DE CULTO INCAICOS. (1595?)

(1.**Que no hubo sacrificios de hombres ni de niños**[4].)

«Pero el mayor borrón o (si se ha de decir) falso testimonio que Polo dijo de los peruanos, fue que ellos usaron sacrificar hombres adultos y niños para diversas necesidades; y como Polo hizo la averiguación[5] en el Cuzco, siendo juez el año de 1554, cuando ni aun la lengua apenas se sabía, y no

---

4 Autores son todos los ya dichos, pero en particular Francisco de Chaves, jerezano, que fue grande amigo de Tito Atauchi, hermano del rey Atahuallpa; el cual no solo se informó de mil cosas, pero vio con sus ojos esto que aquí se dice, y hizo una relación copiosa y la dejó en poder de su amigo y deudo Don Luis Valera, y éste se la dio a Diego de Olivares, de quien tomaron Juan de Oliva, que también fue testigo de vista, y el licenciado Alvarez, vecino de Huánuco, en su libro **De titulis regni piruani**, en el capítulo "De sacrificiis"; fuera de que él se informó de los indios de su encomienda. También es contra Polo Fr. Marcos Jofre, en su **Itinerario**, y cita allí a Francisco de Chaves y a Juan de Oliva y a Fr. Mateo de los Angeles, franciscano, que escribió **De ritibus indorum**, y murió como un santo en Cajamarca. Item el licenciado Falcón, en la **Apología pro indis**, en el capítulo "De proetoribus"; y dice que no ha habido entre los gentiles reyes más benignos y clementes que los incas. Fray Melchior Hernández, de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, en sus **Anotaciones**, verbo Harpai, Huaspai, Huahua. Don Luis y Don Francisco Yutu, Juan Huallpa, Diego Roca, Don Sebastián Nina Villca, Señor de Guarochirí, Don Juan Collque, Señor de los Quillacas, en los Quipos y Memoriales. Todos los quipos de Pachacama, Chincha, Contisuyo, Collasuyo y del Cuzco convienen, y de ellos se han sacado estas razones.

5 Hizo Polo esta averiguación recién llegado al reino el marqués de Cañete, el viejo, cuando todos los viejos e historiadores indios se habían ido al monte, por causa de la guerra de Francisco Hernández Girón, que el año de 1553 pasó.

había intérpretes, ni había lugar para saber de raíz las antiguallas, no pudo dejar de escribir muchas cosas, al revés de lo que ello pasaba y de como los indios lo entendían; porque lo cierto y averiguado es, que lo más que escribió, fue por vía de conjeturas, a manera de comentarios, porque sobre una palabra que el indio decía, añadía él ciento, como interpretando y declarando aquella palabra; y de esto hay ya evidencia tan clara en muchas instancias, que apenas se puede leer en sus papeles cosa que no vaya llena de estas conjeturas. Mas como era juez y docto, y escribió el primero sobre ello, hanse dejado llevar tanto de él otros doctos, que sin examinar cosa de las que escribió, las trasladan en sus libros. Y por el mismo engaño se dejó llevar el que hizo el compendio de Polo, diciendo, que en la coronación de los reyes se sacrificaban doscientos niños como lo refiere en el librillo de los ritos de los indios (**De ritibus indorum**, in 2. p. c. 9. n. 3.)[6].

La razón del engaño se prueba, lo primero, porque había ley antiquísima del reino y de los reyes que se prohibía sacrificar hombres o sangre humana, por ser cosa cruelísima y de caribes; y esta ley se guardó tan puntualmente, que no se sabe que en algún tiempo haya osado, no digo señores, sino el mismo inga a quebrantarla; porque es tradición que lo mandó aquel gran Pirua, primer poblador de la tierra [7].

Lo segundo, porque cada y cuando que conquistaban los ingas algunas provincias de los Andes de gente que comiese carne humana, lo primero que les mandaban, su pena de la vida, era que no la comiesen ni menos sacrificasen hombres o niños; y si tal gente tenía ley de ello, luego se la revocaba, mandando que no usasen de ella. Pues, claro está que si el inca permitiera en el Perú sacrificar hombres , que tambien pasara por ello en los Andes. Por donde vemos que los caribes que fueron conquistados por Topa Inca Yupanqui en los Quijos, Motilones, Moyopampas, Ruparupa, Villcabamba y otros, son quitados de ese vicio; y cuando vinieron los españoles, hallaron a éstos puestos en esta humanidad, como quiera que antes de ser conquistados hubiesen comido carne humana.

Lo tercero, porque los incas se preciaron siempre de ser clementes, y el día de su coronación mandaban soltar todos los presos, **etiam** los que merecían muerte por sus delitos; ¿cómo se sigue que permitisen que tantos niños muriesen, pues daban y concedían la vida a tantos salteadores?, pues

---

6 Nota que Polo lo revolvió todo; que lo que era de los Andes lo aplicó a los incas, y al revés; porque entonces no tuvo más luz de las antiguedades del Perú sino las que se le dijeron en confuso; que él no vio nada de esto, pues vino ya muy tarde al reino.

7 Los quipos del Cuzco, de Cajamarca, de Tarama, de Quito y de otras provincias.

aquello fuera grande crueldad y contra sus mismas leyes, y matar salteadores era justicia. Lo cuarto, porque sus leyes establecían mayor pena para el que matase o sacrificase un niño que un hombre adulto; luego falso es decir que los peruanos quebrantaban sus leyes tan fácilmente, guardando como guardaban puntualmente otras de menos importancia y de menos pena, como el mismo Polo lo confiesa y encarece mucho.

Lo quinto, porque aun en tiempo de triunfos, cuando entraban los triunfadores en el Cuzco y llevaban consigo los prisioneros capitanes y soldados, no morían ninguno de ellos ni por vía de justicia ni por vía de sacrificio, con haber en contrario ley que mandaba que muriesen como traidores y enemigos, como también la tenían los romanos para sus triunfos y la ejecutaban en medio de sus fiesta[8] ; sino que, en lugar de los hombres prisioneros que habían de morir, se daban tantas cabezas de ganado para que sacrificasen, y a éstas llamaban **runa**, esto es, carnero que muere por el hombre. Y la verdad de esta historia e interpretación no la entendió Polo. Luego a fortiori queda, que en tiempo de la coronación de los incas reyes, que era mayor fiesta y de mayor clemencia, había de cesar todo derramamiento de sangre humana, como en efecto cesaba. A lo que dice que en la coronación del inca Huayna Cápac murieron doscientos niños, y a su entierro mil adultos, concedo que fueron sacrificados doscientos **huahuas** y mil **yuyac**, o, como otros dicen, **runa**; mas estos **huahuas** no se entienden niños hijos de hombres, sino corderitos, que también se llaman niños en aquella lengua; y al mismo modo, **yuyac**, se entienden animales ya crecidos adultos que en lugar de hombres se sacrificaban[9].

(2. **Templos y lugares sagrados.**)

Dos maneras tenían de templos, unos naturales y otros artificiales[10] . Los naturales eran cielos, elementos, mar, tierra, montes, quebradas, ríos caudalosos, fuentes o manantiales, lagos o lagunas hondas, cuevas, peñas vivas tajadas, cumbreras de montes; todas las cuales cosas fueron por ellos reverenciadas, no por entender que allí había alguna divinidad o virtud del cielo, o que fuese cosa viva, sino porque creían que el gran Dios **Illa Tecce** había criado y puesto allí aquella tal cosa y señaládola con cosa particular y singular, fuera de lo que comúnmente tienen los otros lugares de aquel género, para que sirviese de lugar sagrado y como santuario donde él y los otros dioses fuesen adorados; lo cual se ve por las oraciones que hacían

8 El P. Montoya, de la Compañía de Jesús, en sus Anotaciones de la Lengua.
9 El Vocabulario de la lengua impreso en Lima [en 1586], verbo huahua.
10 Los quipos ya dichos.

cuando se arrodillaban o postraban o estaban parados en tal lugar, pues no hablaban con el monte, fuente o río, o cueva sino con el gran **Illa Tecce Viracocha** que decían estar en el cielo y en aquel lugar invisiblemente. Y este modo fue muy ordinario en los peruanos. Y estos lugares naturales se llamaron en su lengua de ellos diferentemente, como las cumbreras **apachitas**, las cuevas **huaca**, los montes **orcos**, las fuentes **pucyu**, los cielos **huahua pacha**.

Y no reverenciaron todos los montes y cerros, todas las fuentes y ríos, sino sólo aquellos en que había alguna singularidad digna de particular consideración, teniéndolos por lugares sagrados. Y los modernos añadieron que los dioses menores, cuando enviados del gran Dios venían a la tierra, reposaban en los tales lugares, y los dejaban como consagrados. Y sin duda se apareció el Demonio a algunos de los gentiles en semejantes lugares en figura de algún dios que ellos imaginaban, como de **Pirua**, Júpiter, de **Huacha**, Saturno, etc., para que les reverenciasen en los tales lugares cuando por allí pasasen, que él los favorecería y oiría, aunque no estuviese presente. De este género de templos naturales usaron los piruanos mucho tiempo sin hacer edificio ninguno, y cuando mucho, hacían en los tales lugares un altar de piedra, que llamaban **osno**, para sus sacrificios.

Andando el tiempo, comenzaron a edificar templos bajos en lugares altos, y poco a poco se vinieron a los pueblos y ciudades, donde los edificaron con la sumptuosidad que muestran las reliquias y ruinas que quedan y todos hemos visto. Sus templos eran siempre de una nave, capaces, y su modo de capilla mayor, y en la pared hacían los altares de piedra para poner el ídolo de oro o de plata, y conforme era el ídolo, tal ornato tenía el templo y altar. El templo del gran **Illa Tecce Viracocha**, que está en el Cuzco y ahora es la iglesia catedral, dedicada a Nuestra Señora, no tenía más de un altar en el mismo lugar donde ahora está el altar mayor; y en aquel altar había un ídolo de piedra, mármol de la estatua de un hombre, y los cabellos, rostro y ropaje y calzado al mismo modo como pintan a San Bartolomé apóstol.Este ídolo fue después hecho pedazos en los Canchis (a donde los gentiles lo habían escondido) por un español visitador y corregidor de aquel distrito. El altar era de la misma piedra labrado, y el templo entapizado de paramentos de lana muy fina. Dentro del altar se ofrecían cosas olorosas y mieses, y en el atrio, que es como gradas, aunque más ancho, quemaban los sacrificios.

El templo del Sol, que ahora es la iglesia de Santo Domingo, había otro altar, y en el hueco de la pared un ídolo de oro pintado como sol con sus rayos, por lo cual era el altar y las paredes estaban cubiertas de chapas de oro, y aun el betún del edificio es de oro derritido. Aquí había fuego que

llamaban eterno, al modo de los romanos, porque había de estar encendido de noche y de día perpétuamente: de este fuego tenían cuidado las vírgenes, que eran como vestales.

El templo del planeta llamado **Pirua** estaba todo adornado de flores, de mieses, de luces y manera de lámparas, porque el ídolo hecho en su memoria, tenía siempre en la mano ramilletes nuevos o manojos de mieses. El templo del signo Escorpión era bajo, con un ídolo de metal hecho en figura de serpiente o dragón, con un escorpión a la boca, y apenas entraba en él nadie si no son los hechiceros. Tenía atrios grandes para los sacrificios. Este templo con sus atrios se llamaba **Amaro cancha**, donde tiene la compañía de Jesús su colegio; y en el mismo lugar donde estaba antiguamente el ídolo de la serpiente, está ahora el altar mayor con el tabernáculo del Santísimo Sacramento.

Había en el Cuzco un templo, que era como el Pantheon de Roma, donde colocaban todos los ídolos de todas las naciones y pueblos sujetos al inca, cada ídolo en su altar con su insignia, pero con una cadena al pie, para denotar la sujeción y vasallaje de su gente. Otros muchos templos había en el Cuzco, y cada provincia o pueblo de todo el reino tenía sus templos adornados y sus ministros; y llamábanse los templos **huaca**.

(3. **Formas de culto a los difuntos**).

Otro género de templo había, que eran los sepulcros de los difuntos, hechos en los campos; de suerte, que así como el día de hoy señala un cristiano para sí y para los suyos algún sepulcro, y así lo adorna cada uno conforme a su caudal, así también hacían los peruanos antiguamente, señalando y edificando sepulcros en los campos o en los arenales. El sepulcro de los reyes y grandes señores era como una casa de habitación, con su sala, cámara y recámara, con todos los demás lugares necesarios para la despensa, cocina, patios, corredores, portadas, etc. Muerto el rey o señor, le quitaban los intestinos y embalsamaban todo el cuerpo con bálsamo traido de Tolú y con otras confecciones, de manera que duraba un cuerpo así embalsamado más de cuatrocientos y quinientos años. El entierro era solemne, con cánticos a su modo, y usaron su manera de litera donde traían sentado al difunto, vestido muy bien, y después de haber hecho sus exequias y llantos en los atrios, metían el difunto en la recámara o aposento que estaba para ello aparejado, y sentábanlo allí y tapaban la puerta y ventanas, y en la anterecámara le ponían todos sus tesoros y vajilla y ropa y ofrecían mucha comida, como pan y vino hecho de grano de maíz.

Luego se echaba un bando, o pregón, que cualquiera de sus criados o criadas, o amigos y aliados [que] quisiesen ir a servir a aquel señor en la otra vida, que podían de su voluntad hacerlo; porque lo uno,el gran **Illa Tecce Viracocha**, criador del sol y de la luna y estrellas y cielo y tierra, y señor de todos los demás dioses, se lo premiaría muy bien; lo segundo, que el dios particular de aquella familia y nación de donde procedió el difunto, le sería favorable en la otra vida y le daría todas las cosas en abundancia; lo tercero, que a los hijos y herederos de los que así quisiesen ir a la otra vida a servir al difunto, se les daría acá abundantísimamente las tierras y cosas necesarias, así de lo que perteneciese a sus padres, como otras de merced. Y que el que no quisiese ir a la otra vida, se ofresiese acá en la vida a socorrer al difunto con las ofrendas necesarias. A este bando y pregón obedecían todos los que querían, en una de tres maneras: unos a matarse voluntariamente con mano propia o con la ajena que él escogiese y con el género de muerte que él quisiese; y así había cordeles, cuchillos, bestias fieras, despeñaderos, bebidas de ponzoña que luego acaban la vida, y otros géneros de muerte, y con gran solemnidad y acompañamiento iba el que había de morir; y lo más ordinario era tomar veneno, o matarse con pedernales desangrándose; cordeles para ahorcarse casi nunca se usaban, ni los despeñaderos; bestias fieras no sé que se usase sino dos o tres veces fuera del Cuzco. Luego como morían, los metían embalsamados en la antecámara, si era varón y en el aposento del tesoro, si era mujer, y a los herederos les hacía luego merced el sucesor del rey o señor, haciéndolos libres de todo pecho y tributo.

La segunda manera era, que como esta muerte era tan voluntaria, que aun después de haberse ofrecido ante los magistrados podía conmutarla en otro servicio como algún sacrificio de ganado, hacía junto al sepulcro, y presentes algunos magistrados, la conmutación de su muerte, dando la razón y causas bastantes de ella, las cuales se recibían públicamente, y él ofrecía entonces por sí tantas cabezas de ganado, ropa y otras cosas, y tantas ovejas por su mujer, y tantos corderos por sus hijos; y porque este ganado había de morir por los hombres,llamábanlos no solamente **runa**, hombres, **huarmi**, mujeres, **huahua**, niños, pero los nombres propios de ellos se los ponían a los carneros, llamando al carnero **Quispi**, y a la oveja **Chimpu**, y al cordero **Pasña**. Hacían el sacrificio muy solenne, y esto acabado, hacían un gran convite, porque habían satisfecho con el muerto y ellos escapado con la vida.

Esta manera de conmutación fue tan usada entre los peruanos, que acontecía las más veces no morir ninguno en muertes de príncipes y señores, sino ganado en su lugar. Y con la muerte de **Huayna Cápac**, emperador (que murió en Quito), no murieron diez cabales, sino ganado que llegó

a mil, porque fueron muchos los que se ofrecieron e hicieron esta conmutación, y el ganado quedó señalado en las historias con título y nombre de hombres, como ya apuntamos esto de **Huayna Cápac** arriba. Y vese esto ser así verdad, lo primero, porque en todos los sepulcros y huacas que deshicieron ls españoles en diversas partes del reino, para sacar el tesoro, no hallaron en los aposentos donde los señores estaban encerrados indio ningún enterrado, sino sola la ropa y los tesoros; y si hallaron algunos huesos y calaveras de muertos, no fueron de indios que se mataron en aquella superstición, sino por muerte de enfermedad o peste, pues estaban fuera de las **huacas** y no tenían señal ninguna de las que a los tales se mandaban poner. Lo segundo, porque aquella conmutación de muerte o sacrificios de animales y de ofrendas, era entre ellos tenida por muy bastante, y así pasaban los reyes con ella mejor que si hubiera muertos, que causaban horror y más llanto y lástima.

La tercera manera de ofrecerse al bando era, obligarse a acudir siempre en ciertos tiempos a ofrecer comida y bebida al difunto, derramándola en el sepulcro, y a servir de ministro; y por esto había mucha gente que acudía a los sepulcros, no solo de reyes y señores, pero de particulares.

Estos sepulcros o **huacas** estuvieron mucho tiempo patentes, excepto los aposentos donde estaban los difuntos y los tesoros, que tenían tapiado las puertas y ventanas, pero los atrios, portales, salas y otras piezas estaban abiertas, para que entrasen a rogar a los dioses por aquellos difuntos y guardarlos por sus tandas y tareas; porque fue grande la vigilancia que tuvieron acerca de honrar y guardar y conservar a sus difuntos. Y la principal razón de esto es, que como principalmente los incas y sus **amautas** (que así se llamaban sus sabios) tuvieron por opinión que habían de volver las ánimas a sus cuerpos en cierto tiempo y resucitar, añadieron que esto no tenía efecto ninguno, sino es que los cuerpos estuviesen guardados incorruptos sin que les faltase nada, a lo menos hueso, ya que la carne se consumiese; por lo cual pusieron excesivo cuidado en enterrar a sus difuntos embalsamados, o embetunados con cierta confección que, a falta de bálsamo, conserva mucho la carne para que se conserve. Y Polo toca esto de la resurrección, cuando dice que los peruanos creen que sus reyes y señores ya difuntos han de volver a esta vida, puesto que en otra parte niega lo de la resurrección, etc.

Después que sucedieron ciertas guerras crueles y algunas inundaciones de agua, dieron en cerrar los sepulcros, no solo puertas y ventanas, pero echando tierra encima, y haciendo túmulos y terraplenes como cerros sobre ellos. Quedaron empero algunos para más memoria, pero como se supo en

todo el reino que habían entrado los españoles en la tierra con mano armada, robando, matando, deshaciendo templos y oratorios, saqueando pueblos, y que todo su corazón era plata y oro, acordaron de tapar y esconder todos los sepulcros, y los tesoros que no pudieron esconder, los echaron en la mar o lagunas.

Por las palabras de las oraciones, que hacían los peruanos gentiles, se ve que no adoraban a los difuntos aunque fuesen cuerpos de reyes, ni a cosa que hubiese en aquellos sepulcros, llamados **huacas**, ni creyeron que allí o en los difuntos había alguna divinidad o virtud del cielo, pues rogaban y pedían primeramente el gran **Illa Tecce**, que mirase muy bien por el tal difunto y no permitiese que su cuerpo se corrompiese y se perdiese acá en la tierra, ni que su ánima anduviese allá vaga y peregrina, sino que la recogiese y pusiese el algún lugar de contento, y recibiese aquella ofrenda o sacrificio que ofrecía por el tal difunto, y mandase que se lo diesen para que gozase de lo sacrificado. Y después pedían a los dioses que intercediesen por el que oraba y por el difunto, para que el gran **Illa Tecce Viracocha** concediese todo lo que se le pedía[11].

En lo que dice Polo que hubo incas que quisieron ser adorados como dioses, y que lo mandaron así guardar, es cosa clara que fue conjetura suya[12], porque de los indios antiguos y de los modernos ni de sus historias y memorias, no se puede sacar tal cosa, sino lo contrario, como parece por una disputa muy larga que tuvo **Amaro Toco, amauta**, en el Cuzco[13] en tiempo de los incas, en que prueba que ningún hombre nacido de hombre y de mujer puede ser dios, porque si este hombre lo puede ser, también todos los demás hombres, y así habría confusión de dioses sin ser necesarios para nadie. Y esta disputa agradó mucho al inca que entonces vivía, y por causa de ella hizo ley de que ninguno adorase a hombre terreno mortal ni en vida ni en muerte, su pena de la vida, y so la misma pena ninguno osase tratar de esto; y que si algún rey, engañado de la soberbia, dijese de si que era dios o se mandase adorar así o a su estatua, que por el mismo caso fuese indigno del reino y le pudiesen privar.

Esta ley precedió mucho tiempo atrás a **Huayna Cápac**[14], de quien

---

11 Autores: Polo, en la **Relación de las oraciones del inca**. Fr. Melchior Hernández, en la **Interpretación y Exposición de ellas**. El licenciado Falcón, en la **Apología pro indis**.

12 Asi lo dice Falcón en su **Apol. pro ind.**, y Fr. Melchior Hernández.

13 Los quipos del Cuzco y de Sacsahuaman.

14 Los quipos de Quito, donde murió el dicho Huayna Capac; Francisco de Chaves, en su **Relación**.

dice Polo en particular que quería hacerse dios; y la verdad es que éste era el más puntual en hacer guardar las leyes de sus antecesores, y no sólo no trató acerca de este punto de hacerse adorar, más aún confirmó y estableció de nuevo aquella ley, la cual se repitió después en tiempo de su hijo el rey Atahuallpa, en una junta que hizo en Cajamarca, a manera de Cortes.

Bien es verdad que algunos incas hicieron estatuas, llamándolas **huaoque**, hermanos, y las señalaron sacrificios, ministros y renta; más no eran las estatuas suyas de su nombre y representantes de su persona, sino del dios que tenía particular la familia, o nación, o casa de donde procedía, o de algún dios particular que él imaginaba le había sido favorable y pío (que eso quiere decir **huaoque**) en tal o tal cosa; y vese esto ser así, porque cuando despúes de la muerte del tal inca traían su estatua en procesión por alguna necesidad de la familia, no hablaban con el inca difunto, sino primeramente con el **Illa Tecce**, y luego con aquel dios particular, pidiéndole por intercesor; y rogaban al uno y al otro por el inca difunto» (Esteve 1968:155-161).

II. CONVERSION DE LOS INDIOS PERUANOS A LA FE CATOLICA (1595?)

(1.Primer modo: a la fuerza y sin ninguna instrucción)

«Tres maneras ha habido en el Perú de cristianizar a los naturales. La primera, por fuerza y con violencia, sin que precediese catequización ni enseñanza ninguna, como sucedió en el Puná, Tumbes, Cajamarca, Pachacamac, Lima y otros lugares, cuando los predicadores eran soldados y los bautizadores idiotas[15], y los bautizados traídos en collera y cadena, o atados o hechos una sarta de ellos, o a manadas, con apercibimiento que si no levantaban las cabezas, habían de probar a lo que sabían las espadas y arcabuces. De estos que así fueron bautizados, todos, cuanto a lo primero, no recibieron la gracia del bautismo, y cuanto a lo segundo, los más de ellos, según se entiende, no recibían ni el mismo sacramento ni el carácter, porque directamente no quisieron tal cosa en lo interior, ya que en lo exterior parecieron consentir dejándose bautizar de miedo de que no los matasen los españoles, como mataron a otros que claramente dijeron que no querían cristianarse; y vese ser esto verdad, pues luego volvieron a sus

15 Sobre el sentido que debe atribuirse a esta palabra, véase nuestra Introducción (F.E.B.).

supersticiones, teniéndose por no cristianos y usando de los mismo que antes usaban.

Pues los españoles soldados y vecinos, como lo mostraron por la obra, no pretendieron tanto que los indios fuesen cristianos o se salvasen, cuanto sus propios intereses y comodidades, fingiendo que lo hacían por el descargo de sus conciencias, por no parecer que, sin hacer beneficio alguno al indio, se servía de él y de sus hijos; y por otra parte les permitían todas las supersticiones y vicios de la gentilidad, sin tratar del remedio, ni que en todo un año se les advirtiese algo o se les enseñase la fe, pues disimular con ellos estaba muy bien para sus comodidades e intereses, y tratar de que se ocupasen, siquiera un día, en su reformación y enseñanza, se les hacía cuesta arriba, y decían que se les perdería su hacienda; lo cual aún dura todavía en muchas partes del reino, particularmente donde hay granjerías de minas, de labranzas de tierras, de coca, de obrajes, de trapiches y de otras cosas, en las cuales está hoy toda la nación indiana ocupada, particularmente la plebeya.

Agrégase, que como estos vivieron entre los españoles o los forzaron a que, dejando sus pueblos, viniesen a las ciudades nuevas, aprendieron de los españoles muchos vicios que ellos no sabían, o si sabían y tenían inclinación de ellos, a lo menos no los tenían en uso común ni en ocupación pública, por el rigor de sus leyes y porque se ejecutaban a la letra. Porque, quitado todo lo que es y suena idolatría y gentilidad y superstición,en lo que es costumbres y vida moral y civil, más corruptos fueron a una mano los soldados y vecinos españoles en aquellos tiempos que los indios gentiles, por muy distraidos que fuesen; porque, dejado aparte todo lo que es hurtar y robar y hacer agravios e injurias, o el jurar, blasfemar, renegar, los homicidios, aun entre sí mismos, y otros muchos males, en lo que toca a la deshonestidad, iba tan roto el negocio, que desde el capitán hasta el mismo soldado vivían miserablemente, cual con cinco, cual con diez, cual con doce mancebas y todas gentiles, y todas ellas quitadas, o de sus padres, que las tenían doncellas para casar, o de sus maridos; y por quitar escrupulillos, las hacían bautizar sin catecismo ni prevención alguna, y acabado el bautismo, las hacían volver a sus casas y pecados, y las que poco antes fueron mancebas gentiles, el mismo día del bautizo se hacían mancebas bautizadas y cristianas. Y quitaban también muchachos a sus padres para servirse de ellos de alcahuetes para hacer llamar hoy a ésta, mañana a aquélla.

Que semejantes indios y a este modo y en tales ejemplo instruídos y bautizados, fuesen malos, llenos de vicios y de males, ¿qué maravilla, si el rigor de sus leyes y la ejecución de ellas, y el gobierno de los incas cesaron con la muerte de Don Juan Atahuallpa, y no quedó quien los gobernase en

lo civil y moral? ¿Cómo no habían de soltar las riendas a los vicios, pues hallaban la puerta abierta, pues los españoles que sucedieron en el gobierno, no tratron por mucho tiempo nada de esto, ocupados con sus desconciertos y codicias, y habiendo de ser el ejemplo de la virtud cristiana, fueron los más flacos y miserables, y dieron avilantez a que las casadas dejasen a sus maridos, las hijas vírgenes a sus padres y se diesen públicamente a deshonestidades, cosa que todo lo que antes precedió en más de dos mil años, no se había visto en el reino? ¿Cómo no habían de ser bestiales los indios y hacerse bárbaros, sin leyes, pues con la ocasión, y mucho más con las guerras civiles que sucedieron, no se les intimó ley evangélica ni civil, si quiera de España, ni las leyes buenas de sus antepasados, y al cabo se quedaron, sin ley, sin gobierno, sin porvenir? De tales indios como éstos se ha de entender lo que autores graves han escrito diciendo, que la virginidad entre ellos no fue estimada, ni querían casar con mujer que fuese vírgen, por parecerles que no había sido digna de que la amase otro.

De que esto no se puede decir con verdad por los antiguos, mientras gobernasen los incas, vese muy claro por lo que arriba queda dicho de las vírgenes vestales peruanas, pues la primera y más substancial condición que pedían era la virginidad, sin la cual, según sus leyes, no podía ser recibida ninguna, como lo confiesan los mismos autores, puesto caso que dispensaban con reinas y grandes señoras que, enviudando, quisieren entrar en el monasterio. Vese también por las penas de muerte que ponen las leyes contra los estupros y con forzar al violador que se case con la violada, si ella quisiere, y no con otra. Vese por la grande custodia que había en tiempo de los incas de todo género de doncellas y muchachas, pues había jueces de familias y de la educación de los niños y niñas.

Más tiene eso verdad por los de aqueste tiempo corrupto de que vamos tratando; porque si el que profesaba la ley cristiana era el que cometía los estupros y después daba de esas mujeres a sus criados que eran indios, diciéndoles que se las daban para honrarlos y que se casasen con ellas, ¿qué mucho que entendiésen que era honra tomar la mujer violada por el español y casarse con ella? ¿Qué mucho que los señores y caciques aprendiesen a hacer otro tanto con sus vasallos? ¿Qué doctrina oyeron en todo ese tiempo? ¿Quién les dijo que la virginidad era un estado altísimo de la Iglesia de Dios? ¿Qué ejemplos vieron de virtud y honestidad para que deprendiesen lo bueno? Así que, como vieron y supieron algunas personas graves (que después fueron de España a las Indias) que esto que pasaba, entendieron que era vicio que venía desde los tiempos pasados, y como lo imaginaron, así lo escribieron, no embargante que también supieron la corrupción de los soldados españoles, el descuido de los magistrados y la turbación de las guerras civiles entre los mismos españoles, cuando no se guardaba ley ni cosa ninguna buena en favor del bien público; más, con

todo, hubo quien excusó a los españoles o calló sus escándalos y animó grandemente a los indios. De estos indios así bautizados e instruídos se entiende lo que dicen algunos concilios celebrados en Lima, de que desenterraban los difuntos, sacándolos de las iglesias y llevándolos al monte, de que hacían sus antiguas supersticiones y sacrificios y males, etc.; más no se entiende de los de ahora, que están del todo olvidados de lo antiguo; y si hay uno o dos que sean apóstatas, ¿qué maravilla, pues en la Europa vemos reinos enteros apóstatas, y en Italia y en España no falta quien haya dejado la fe católica?

(2. **Segundo modo: libremente, pero sin instrucción**)

La segunda manera de cristianizar a indios fue de los que quisieron de su voluntad ser cristianos, porque los movió el ejemplo santo de algún religioso bueno, o de algún seglar español piadoso (que no faltaban de éstos, sino que eran los que menos podían), pero no tuvieron quien les enseñase la fe en su lengua; contentábanse con decirles el Pater Noster, Ave María y Credo en latín, poniéndoles una cruz alta en público y que se arrodillasen allí por las mañanas y al anochecer. Religiosos había pocos, y éstos que había, estaban ocupados en las ciudades de españoles en fundar casas y monasterios, en el coro y otras cosas; y así no podían atender a los indios, y si atendían, era por vía de intérpretes, que sabían nuestro romance castellano muy mal; aunque, cuanto duraron las guerras civiles, no hubo eso ni esotro. Y como en aquellos tiempos era costumbre que a la parte de los indios fuesen personas **comúnmente idiotas**, privados de voz activa y pasiva para las elecciones, eran muy pocos los que se inclinaban a ir a los indios, por parecer cosa de afrenta; y si iba uno solo, tenía a cargo una provincia entera, con no tener ni letras ni lengua; y había de acudir a cuarenta y a cincuenta pueblos y a más quien con sólo uno no podía. De cuya falta nació que pusieron en los pueblos de los indios españoles seglares por doctrineros, que ni sabían la lengua, ni aun la doctrina cristiana: todo se les iba en hacer su hacienda, ocupar a los indios, y en cobrar los tributos de sus amos, y andar a los puñetes con los indios; y como ellos se veían libres en el prado vedado, entregábanse a sus anchuras, sin dejar doncella ni casada.

De tal modo de doctrinar como éste, mal podían los naturales aprovecharse; más antes se les entibiaban y perdían los buenos deseos que tenían, porque nunca oían palabra divina que los provocase, ni veían buen ejemplo que los incitase, mas muchos que les ayudasen a salir de frailes y devoción y a entregarse a los vicios. En muchos años no vieron sacerdote, y si lo vieron, jamás supieron que cosa es confesarse sacramentalmente como cristiano católico, porque el sacerdote no se quería meter en tanto trabajo;

bastábale pasar de ligero por el pueblo y cobrar su estipendio, en cuya paga estaban bien intruídos. Y es cosa de notar, que para todas las cosas que tocan al interés o comodidad o deleite de los españoles, no faltaban lenguas, intérpretes, eficacia, medios extraños, como para edificios suntuosísimos, monasterios, labranzas de tierra, oficios mecánicos, tratos, contratos, tributos, alcabalas, imposiciones con nombres afamados del rey, de la caja real, del virrey, audiencia, y de vecinos y los demás ministros, para todas las delicias y regalos que pueden imaginar los señores y señoras para todos sus deleites y para otras mil cosas. Ni faltaban en los indios habilidad y presteza de ingenio para entenderlas y comprenderlas y ponerlas por obra, aunque se les dijese con señas exteriores como a mudos. Y que para predicarles la fe católica y la gloria de Cristo Nuestro Señor faltasen intérpretes y los ministros estuviesen tibios, y apenas se hallasen medios para poder hacerlo, y los indios fuesen tardísimos y torpes de ingenio y que nunca hayan podido aprender cosa que nunca oyeron, ni poner por obra cosa de virtud.

Y esto es y ha sido el fundamento que tienen y han tenido los que han intimado el poco aprovechamiento de los peruanos en la cristiandad, queriendo que con tal género de doctrinar como hemos dicho, fuesen tan fervorosos como los de la primitiva iglesia; y encarecen grandemente esto, quejándose de que en los indios, aún no instruídos, no resplandezca la virtud y santidad, que en ellos, que son instruídos, no resplandece. Claro es que los indios supieran las cosas de Cristo, si fueran instruídos, como saben las cosas del rey, porque los instruían. ¿Es posible que quien sabe todas las cédulas y pragmáticas reales para lo que toca a tributos y cajas reales, para minas, comunidades, servicio personal y otras cosas, y las saben de memoria porque se las repiten cada día, no sabría siquiera el Credo y los Mandamientos con su declaración breve, si se les repitiese e inculcase? Quien tiene tanta noticia del Rey y de su poder y majestad, ¿no la tendría del Papa y de su potestad y dignidad soberana?

Queda, pues, que aun de estos segundos no hay que maravillar que en la cristiandad sean flojos y no fervorosos, y que en la virtud sean inconstantes y en los buenos deseos y propósitos no perseverantes, y en los vicios sean algo demasiados y disolutos, y hayan tornado a resucitar algunas de las costumbres corruptas que tuvieron sus mayores, como es la lujuria con mujeres mundanas, la embriaguez, el no respetar a sus padres y a sus mayores y ancianos y otras que no supieron, como es perjurarse, hacerse testigos falsos, hurtar, ser desagradecidos, tener tedio y fastidio para las cosas de Dios, codiciar dineros, no mirar por el bien común, amancebarse **etiam** con casadas, no perdonar injurias, ser contumaces y rebeldes, etc. Más, con todo esto (en) pocos o ninguno hemos visto falta de la fe que recibieron, y más los que desde niños recibieron el bautizo; ninguno hemos

visto quemar por sométicо, con andar sus contrarios con el ojo tan alerta para cogerlos. En los pueblos de ellos que están apartados de los españoles, no se hallarán en todo el año dos adulterios, no hurtos, no homicidios, no enemistades crueles; aunque los que viven entre españoles caen muchas veces en estas cosas, porque tienen el ejemplo a la mano. Y si cotejamos los unos y los otros, hallaremos en los soldados españoles y en otros que se llaman soldados, más males en un mes, que en los indios en un año; como es testigo de esto la ciudad de Lima y de México y La Habana y otras ciudades. Pero no merecen estos indios por esto excusa alguna, sino reprensión, pues pudieran ellos aprovecharse de los bueno que sentían de la ley evangélica, y apartarse de la compañía de los malos y no hacerse a una con ellos.

(3. Tercer modo: libremente y con buena instrucción)

La tercera manera de entrar los peruanos en la cristiandad, fue de indios que no solamente quisieron de su propia voluntad ser bautizados ellos y sus hijos y sus mujeres, mas tuvieron ventura de hallar quien les enseñase, y con buenos ejemplos les incitase al fervor de la fe y al amor de Dios. Y si acaso les faltó quien les enseñase, ellos buscaron modos de aprender lo que estaban obligados, y enseñarlo a sus hijos. Y como el que hace lo que debe y puede, nunca le falta Dios, envióles algunos claros varones eclesiásticos, clérigos y regulares, que con grande y loable trabajo aprendieron la lengua de la tierra; y éstos, pospuesta toda la honra del mundo y el decir de los que tan aversos eran a los indios, se dieron a predicar el evangelio públicamente, andando de pueblo en pueblo, quitando la idolatría, no sólo en lo exterior, como hicieron los primeros y segundos, que no sabían la lengua, sino de los corazones y voluntades; de manera que no tenían ellos necesidad de acudir al ídolo y quebrarlo, y a deshacer altares y oratorios antiguos, sino que los mismos indios hacían pedazos y ceniza todo cuantos ídolos y altares había, y los que estaban secretos los descubrían y quebrantaban. Estos dieron aviso de todos los montes y fuentes y otras cosas naturales que los antiguos veneraban, para que los tales predicadores estuviesen sobre aviso y predicasen contra tan malas supersticiones. De éstos supimos todas las cosas que arriba se han referido y otras más que no se dicen, porque ellos, como abominando tan mala cosa, no solamente la desecharon de todo punto de sus corazones, pero descubriéronlas para que los sacerdotes estuviesen sobre aviso.

Señaláronse en esta obra grandemente los religiosos de Santo Domingo, y precedieron siempre con gran prudencia y discreción, junta con la santidad y virtud; de ellos fue Fr.Cristóbal López, varón santo y digno de

eterna memoria, porque en todo fue esclarecido; también Fr. Domingo de Santo Tomás, y otros. En la orden de San Francisco no hubo tanto intérpretes o lenguas, pero hicieron todo su deber aquellos que se consagraron al bien de los naturales. No faltaron entre los agustinos (aunque llegaron más tarde) buenos operarios, particularmente uno, que no sólo trabajó, pero escribió en la lengua para que se aprovechasen los venideros. Los clérigos, si no es con largos estipendios, no podían estar entre indios; pero algunos se dieron a la vida apostólica, como fueron Machin de Deva, Gregorio de Montalvo, Cristóbal de Molina, Juan de Pantaleón, a quien ahorcó Gonzalo Pizarro, porque persudía a los indios al servicio del rey, y otros dos o tres que hicieron gran provecho.

Y para como andaban las cosas en aquellos tiempos, no hicieron estos religiosos y clérigos poco en darse a los indios, sino un acto heróico y celestial, lleno de humildad y desprecio del mundo, llenos de amor de Dios y del prójimo, y una perpetua mortificación; porque así se tenía por afrenta y menoscabo grande acudir y predicar a los naturales, como se tiene ahora que un grave y noble se vaya a comunicar y conversar con pícaros o grumetes; y mandar a un religioso imperfecto que acudiese a los indios, era como decirle que fuese a una galera. De manera que fue menester que saliese de corazón para una obra que de suyo es celestial. Pero fue providencia de Dios que hubiese operarios forzados y operarios voluntarios, para que se viese la diferencia.

Todos estos predicadores, por más de treinta años, no atendieron sino a predicar a los naturales, y de los sacramentos no se les comunicaba sino sólo el del bautismo y matrimonio; y como eran pocos los operarios y los indios sin número, no se podía acudir a bautizar a todas las provincias y pueblos, y así perdieron mucho los de la segunda manera de conversión, como arriba vimos, porque ni supieron en mucho tiempo ni aun el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, cuanto más los misterios de la fe, ni fueron ayudados con los sacramentos, ni animados a cosas de virtud; y aunque vieron los buenos ejemplos de los buenos predicadores, con todo, los males de otros les arrastraron y llevaron tras sí, de manera que dieron en vicios, como ya queda dicho. También estaban en peligro éstos del tercer modo de conversión, por la falta que había de quien los confesase, porque entonces se tenía como por milagro que algún sacerdote se aplicase a oir confesiones de indios; y si por mano de sus pecados algunos de sus ministros menos fervorosos se ponía a confesarlos, mejor fuera que no lo hiciera, porque como despachaba ciento cincuenta y más cada día, ni ellos iban confesados, ni él hecho su oficio, lo uno por la prisa, lo otro porque apenas sabía la lengua, lo otro porque no les apercibía primero para declararlo cómo se ha de recibir aquel sacramento.

Por más de treinta y ocho años no se les predicó o intimó que hubiese necesidad de recibir el santísimo de la Eucaristía, ni qué cosa era, ni aun del sacrificio santo de la Misa, y mucho menos de los Sacramentos. Y era lástima ver la lágrimas de los naturales que se quejaban de que no se les enseñase el modo que a los españoles enseñaban....etc. De manera, que de sólo el bautismo y matrimonio supieron los indios comunmente, y sólo cuanto a la práctica y uso de recibirlos, que cuanto a la doctrina, de mil era sólo uno el que sabía algo, porque le alcanzó algo del benerficio de los buenos operarios que hemos dicho.

(4. Los jesuitas realizan el tercer modelo)

Oyó Dios las peticiones y lágrimas de los indios y envióles la Compañía de Jesús, año de 1568. La cual, el mismo año por el mes de setiembre, y mucho más por enero del año siguiente de 69, levantó tanta caza con su predicación y buen ejemplo, que se admiraban los naturales de sí mismos de ver la mudanza tan notable, el fervor y devoción nunca vista, el concurso de indios tan grande, que nunca tanta gente se había visto en Lima. El arzobispo Don Jerónimo de Loayza lloraba de placer cada vez que veía los domingos y fiestas pasar por su calle procesión de indios innumerables. Allegóse a esto el ejercicio de las confesiones que entonces comenzó con los indios, y se vió claro y manifiesto que no había estado la culpa en el reloj sino en el relojero, pues hallando los indios la puerta abierta para lo que deseaban, luego acudieron. Pesóle grandemente al Demonio de tanto bien, y luego inventó un estorbo terrible, porque así lo permitió Dios para que se conociese la constancia de los ministros operarios nuevos y la de los nuevamente convertidos a la verdadera devoción.

Quisiéronse los codiciosos e inexorables aprovecharse de esta ocasión y de la buena obra de la Compañía, con mandar que, pues tantos indios había, sirviesen todos y trajesen más de las serranías de donde aquellos habían venido; y aunque resistieron los píos, pudieron más los impíos, trayendo razones impertinentes, y entre otras, una de que aquella devoción que mostraban los indios era por hacerse haraganes y no trabajar en las haciendas de los españoles; que harta doctrina tenían y habían tenido hasta allí; que para qué eran menester nuevos modos de procesiones y devociones y confesiones que embarazaban más; y que eso se querían los indios y hacerse haraganes y bellacos. De manera que estos impíos recibían pena de que así entrase la salud por los indios, y quisieran que lo que ellos por su malicia no habían querido recibir, tampoco lo recibieran los indios. Huyéronse con todo muchos indios por no ser forzados al servicio personal, aunque no dejaron la devoción jamás, porque allá en sus tierras estuvieron

a la mira, aguardando a que la Compañía fuera allí o pasase por su lugar. Los que quedaron en la ciudad padecieron bien, aunque no dejaron lo comenzado.

Finalmente, dióse un corte, que fue fundar el pueblo de Santiago, que llaman el Cercado, pegado a Lima, y que estuviesen juntos y fuesen doctrinados por los de la Compañía[16]. Hízose así, muriéronse infinitos con la mudanza de lugar, sacaron otros los interesados, que no se holgaban de tanta felicidad; finalmente, quedó buen número, que hasta ahora ha permanecido con tanto virtud, honestidad y devoción, que es para admirar. Ellos de su limosna y trabajo, sin ayuda de otro, han hecho la iglesia de San Blas, la cual después se conmutó en hospital; han hecho la de Santiago, que en lindeza, hermosura y adorno excede a muchas de Lima, el oratorio del altar del sagrario del Santísimo Sacramento, los aderezos de los ministros que allí sirven, la música para los oficios divinos, no sólo de voces, sino de instrumentos diversos y de vihuelas de arco, el aparato tan ilustre y suntuoso con que sale el Santísimo Sacramento para los indios enfermos, la cofradía que en su honor se ha instituído, en la cual están incorporadas las Cofradías de Nuestra Señora y de la VeraCruz y de las ánimas del Purgatorio; la utilidad y comodidad de esta cofradía, la cura y medicinas y provisión y recaudos del hospital, el socorro de los pobres y huérfanos, el sustento de los padres que allí residen para enseñarlos, las limosnas continuas que allí hacen, no sólo a sus padres espirituales, sino a la casa de probación que allí está, todas estas cosas salen de los indios y no de otros; fuera de que estos mismos indios ayudan con sus limosnas a los hospitales y cofradías y necesidades de pobres de la ciudad de Lima.

Pues todo esto, ¿quién dirá que es fingido, o quién lo echará a mala parte? ¿Qué más pueden hacer en esto exterior los más antiguos devotos en la cristiandad? Pues y a lo que es fino (sic) y de donde les ha venido todo este bien, que es la frecuencia de las confesiones y el recibir el Santísimo Scaramento las pascuas y fiestas solemnes, ¿dónde se ve mejor que en el Cercado?. Pueblo hay de indios por allí alrededor que tienen los mismos deseos y ansias, y aun preparaciones, pero **non est qui frangat panem eis**[17], antes en los púlpitos han sido los de la Compañía reprendidos porque así comunicaban estos divinos Sacramentos a los indios; sermones se oyeron más de veinte y cuatro con razones aparentes que los seglares pensaron que era la pura verdad, y por eso todos los clérigos seculares dieron en seguir a

16 Esta fundación se hizo por los años de 1616 o 1617, siendo virrey del Perú el príncipe de Esquilache y arzobispo de los Reyes don Bartolomé Lobo Guerrero. Para mayores precisiones, véase nuestra Introducción (F.E.B).

17 No hay quien les parta el pan.

esos tales predicadores, trayendo en consecuencia algunas flaquezas y caídas de indios, como si faltasen otras tales **etiam** entre los mismos ministros. Los frailes querían pasar adelante con lo que hasta allí habían usado, de no confesar lo ordinario, sino es en casos raros, a los indios y mucho menos darles el Santísimo Sacramento; y porque no lo pidiesen algún dia, si supiesen que lo podían recibir, habiendo buena disposición y preparación, acordaban de nunca tratarles de esta materia.

Pero la Compañía, regida por el espíritu verdadero de la Iglesia Católica, pasaba adelante en su obra, con mucha prudencia y discreción; porque si en el Cercado de Lima y en las demás gente indiana devota que vive en la ciudad ha hecho todo lo que está dicho y mucho más que no se dice, en el Cuzco fue más admirable lo que hizo y obró, ayudada de la gracia divina. Y fue ésta tanto de mayor estima, cuando hubo de parte de los enemigos de la virtud mayor y más pesado estorbo y persecución, y en los naturales más fe y constancia. Los medios que usó la Compañía de Jesús fueron paciencia, humildad, obediencia, caridad, oración fervorosa, y acudir a sus ministerios con fuego de corazón, sin perdonar sudores, trabajo, hambre, sin temer persecuciones. Los ministerios eran predicar, confesar y dar la comunión, acudir a enfermos, presos, hospitales, niños y rudos; dar traza como se socorriesen necesidades de pobres, cómo se compusiesen las pendencias y enemistades, y se evitasen los pecados públicos.

El modo de predicar era nuevo para los indios, y hasta allí nunca usado, como es adornar el púlpito con sedas, hacer los acatamientos y exordios como para auditorio cristiano y que cada uno de los que allí estaban tenía por ayo un ángel soberano del cielo; traer las autoridades de la Santa Escritura en la lengua latina, e interpretarlas luego en la lengua con fidelidad, porque así reverenciasen la palabra divina; predicarles lo ordinario históricamente, porque de esto gustan ellos grandemente, y sacar de la narración histórica apóstrofes y exclamaciones, o amorosas y tiernas, provocativas a penitencia y reformación, o terribles y espantosas, provocativas a temor divino y a apartarse de vicios; hacer procesiones; honrarlos conforme a la calidad y oficio, y en las conversaciones particulares, contar vidas de santos y tratar cosas de virtud; componer las letras en su lengua a lo divino y hacer a los niños que las canten ante ellos, para que así se olviden de los cantares antiguos, y por vía de la música se les encajone la declaración de los Artículos y Mandamientos y Sacramentos y Obras de misericordia.

(5. **Surgen contradicciones contra jesuitas**)

Cuán grande fue el fruto y provecho que sacó de aquí, díganlo las

piedras de Cuzco, que aunque los hombres lo callen o nieguen de malicia o olvido, lo confesarán ellas. Díganlo las otras religiones, que gozaron de la gran liberalidad de sus limosnas, que vieron palpablemente su reformación y perseverancia. Que aunque algunos de ellos mofaron y rieron grandemente de los de la Compañía de dos cosas, lo primero, de que como nuevos y chapetones predicaban y trabajaban, sin advertir que echaban agua en el harnero y que la devocioncilla o hipocresía de los indios había de ser como estaca, tres días en pared; y para más avergonzar a los de la Compañia o apartarlos de su propósito, andaban con suma diligencia inquiriendo si alguno de los que acudían a nuestras pláticas había caído en pecado alguno, y aunque fuese un alzar de ojos descuidado o no tan honesto, lo acriminaban y hacían plaza de ello; de donde tomaron los seglares motivo para no sólo inquirir esto mismo, pero si sabían o habían oído que algún indio cualquiera que sea (porque para esto hacían ellos regla de que toda la provincia, sin exceptuar ninguno, había gozado de la doctrina de la Compañía) había caído en alguna deshonestidad o embriaguez, lo encarecían y abominaban tanto, que era para tapar los oídos. 'Mirad –decían– los sermones de los teatinos en qué vienen a parar, que es por demás predicar a éstos, que más vale echarlos a las minas y que trabajen para nosotros'. Y hubo un soldado tan malicioso, que solicitó a una mujer natural de la tierra, que nunca había oído ni visto padres de la Compañía, y habiendo ofendido a Dios con ella, luego otro día la afrentó públicamente, diciendo que había sido mala y perversa, y denostado la predicación de los padres.

Y aunque los religiosos susodichos rieron, lo segundo, del modo de predicar que tenían los padres de la Compañía, según lo arriba dicho, triscando grandemente, con todo, pasado algún tiempo, cayeron en la cuenta y se desdijeron de lo uno y de lo otro y comenzaron a ayudar valerosamente, teniendo ya por honor el oficio que hasta allí habían tenido por deshonra; entendiendo que, pues los más granados de la Compañía se preciaban de aquello, no había razón para que lo depreciasen ellos; y así, comenzaron ellos a predicar a los indios y a seguir el estilo y modo de la Compañía y a confesar a todos cuantos la doctrina de la Compañía derribaba; porque como eran tantos millares los que acudían y cada dia venía gente de nuevo, no podían acudir a todos, aunque hubiese veinte o treinta confesores, y tomóse por medio a que los religiosos que así se animaron los ayudasen, en lo cual se señalaron grandemente los dominicos y en ninguna cosa se apartaron del espíritu y modo de proceder nuestro[18]. También hicieron mucho los mercenarios con sus sermones y algunas confesiones; los franciscanos no tuvieron lenguas por entonces, ni los agustinos, mas después que las tuvieron, ayudaron con mucho fruto.

---

18 Donde se descubre qué era el autor (F.E.B.)

Visto el Demonio que ya se habían destruído sus máquinas, inventó otras. Tomó el obispo tanta tirria y enojo de que la Compañía hiciese en su ciudad y obispado copioso fruto en los indios, que incitó a su provisor y vicarios y curas y clérigos, o por mejor decir, ellos le incitaron a él, para que atajasen los pasos a los padres, porque echaron fama de que en son de predicar y confesar, se querían apoderar de las parroquias y de los pueblos de toda la provincia y aún quizá de todo el obispado. Para esto pusieron, pena de excomunión mayor **latae sententiae**, que ningún clérigo ni cura los admitiese en sus iglesias ni pueblos, ni a predicar, ni a confesar, ni a nada; a los caciques y señores so pena de cien pesos, y a los demás pena de cien azotes y trasquile de cabellos, que no se confesasen con dichos padres ni oyesen palabra ninguna de ellos; sobre lo cual hicieron extrañas cosas, azotaron a muchos, así varones como mujeres, y los afrentaron públicamente, y pusieron todos los medios de cárceles y destierros y otras penas que pudieron; sólo matar no les fue concedido. Mas no salieron con su intento, porque crecía el número de los que trataban de su reformación, en tanto grado, que ellos se acusaron y conocieron que no iban por buen camino; fuera de que la justicia real tomó la mano de defender a los indios y a la Compañía.

Esta devoción y reformación no se puede probar mejor que con ver que dura hasta el día de hoy con un mismo tesón y con tantos extremos. Casi este mismo modo, fervor y devoción ha habido y hay en Arequipa. Juli, Chuquiabo, Chuquisaca, Potosí, Tucumán, Chile, y principalmente Quito. Dos misiones ha hecho la Compañía a las Chachapoyas y Huánuco, y la reformación que entonces había dura ahora con grande fruto, habiendo más de doce años que no ha ido la Compañía a esos lugares. No trato de los grandes estorbos e impedimentos que han dado y dan las opresiones y trabajos cuotidianos, los diversos tributos y pechos que se les han puesto y cada año se les imponen; los agravios y vejaciones que reciben de mano de los magistrados mediatos e inmediatos y de los particulares; la horrible servidumbre a que han venido, no más de porque son cristianos, y la suma probreza que tienen y el no poder acudir a la crianza de sus hijos y de su casa, porque no tienen lugar ni aun para atender a su salvación; la enemiga que tienen los seglares porque atienden los eclesiásticos a su enseñanza y defensa; no digo nada de esto que sería largo de contar, mas vemos que con tanta carga y peso (que con la mínima parte desfallecen muchos españoles, no sólo de la virtud, más de la lealtad que deben a su rey) están los indios firmes en su propósito, y en medio de sus trabajos y dolores, se abrazan con Cristo, y mientras más inconveniente y estorbo y persecuciones, más firmeza y arraigamiento en la fe. Porque es verdad que determinándose de veras de abrazarla, no serán bastantes los tormentos y muertes a apartarse de ella, como se ha visto por experiencia en muchos que por no ofender al

Señor se han dejado matar a mano de españoles. Y como Nuestro Señor ha permitido que en todas partes donde alguna gentilidad se convierte haya quien ejercitó a los nuevamente convertidos para su mayor provecho, como se ha visto en Europa, Asia y Africa, así también ha permitido que sean ejercitados los indios critianos; y como no hay gentiles ni herejes que los martiricen, ha permitido que algunos españoles sirvan de perseguirlos, maltratándolos, vejándolos y agraviándolos, y que los magistrados colmen la medida en esto de molestarlos y agraviarlos, junto con los demasiados tributos e imposiciones, para que así sean ejercitados y se arraiguen en la fe y busquen a Dios en sus tribulaciones y lágrimas, como lo hacen con gran ventaja y fruto» (Esteve 1968:181-189).

2.3 CRONICA ANONIMA DE 1600

Esta crónica, publicada por el P.Francisco Mateos S.J. casi tres siglos y medio después de escrita con el título de **Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú** (Madrid, 1944, Consejo Superior de Investigaciones Científicas), tiene 2 tomos. El primero, de 485 págs.,subtitulado **Historia General y del Colegio de Lima**, trata en sus seis partes de las cosas notables ocurridas en el gobierno de cada uno de los seis provinciales; el segundo, de 532 págs., subtitulado **Relaciones de colegios y misiones**, recoge la historia de los otros 7 colegios (Cusco, Potosí, Arequipa, La Paz, Quito, Chuquisaca y Santiago de Chile), de las 2 residencias (Panamá y Juli) y de las 2 misiones (Tucumán y Paraguay y Santa Cruz de la Sierra), que al comenzar el siglo XVII tenía la extensa provincia peruana. Según Mateos, la crónica pertenece a una serie de historias de provincias y casas hacia 1600, ordenada por el P.General Claudio Aquaviva. Este quería que se escribiera una historia de la Compañía desde sus orígenes y, para eso, envió en 1598 a todas las provincias un esquema de ocho puntos que el superior o el designado debían seguir al componer la historia. Los puntos eran:

1. Fundaciones de los colegios y casas, nombres de los fundadores, progresos y crecimiento de ellas.
2. Aprobación y favores de las ciudades y pueblo.
3. Bienhechores insignes y favorecedores.
4. Sucesos prósperos y adversos de la Compañía.
5. Virtudes y hechos de varones ilustres que han muerto en la Compañía.
6. Vocaciones ilustres y extraordinarias.
7. Mudanzas y conversiones notables logradas con nuestros ministerios.

8. Sucesos desastrosos de personas que han salido de la Compañía» (Mateos 1944,I:83).

Se trataba, pues, de una historia ejemplar, para fortalecer la vocación de cada jesuita, meta que subyace en el punto 8 sobre las desgracias a algunos que han salido de la Compañía, y estimular su trabajo pastoral en su propio campo, y también para despertar la generosidad de los bienhechores. Tal meta no priva necesariamente a la historia de objetividad, aunque la historia completa exija emplear también otras fuentes, como por ejemplo las cartas secretas de los archivos. Mateos observa al respecto:

> «Es preciso completar la Crónica con los Archivos. Así en nuestra **Historia** es inútil buscar información completa sobre las arbitrariedades del Virrey Toledo contra los jesuitas en Lima, Arequipa o Potosí, y si se refiere el atropello que quiso hacer en La Paz contra el P.Juan de Zúñiga, lo atribuirá a la mala información del virrey, no a la intemperancia de su genio; asímismo se omiten en la **Historia** los sucesos enojosos del proceso de la Inquisición de Lima contra los PP.Luis López y Miguel de Fuentes; y, en general, se atiene a lo que en la época era axioma y las órdenes de Roma imponían, que no se contasen en la historia cosas que no fuesen de edificación. Era la misma norma que se seguía en las Cartas Anuas, fuente principalísima, como hemos visto, de la **Historia**; no dan toda la verdad, pero sí nos dan una experiencia verdadera, muchas veces magnífica e insustituible de la actividad que podríamos llamar **ad extra** de la Compañía de Jesús» (1944,I:105).

En cuanto al autor, se trata, naturalmente, de una obra colectiva y así lo revelan los diferentes estilos y las referencias locales al escribir, aunque pueda hablarse de un corrector o responsable final. Mateos piensa que el tomo I, que llegó a Roma en 1601, «es, probablemente, en todo o en gran parte obra del P.José Tiruel, rector del colegio de Lima, quien por el mismo tiempo escribía una Relación o Informe dirigido al rey» (1944,I:89), mientras que en el tomo II, que llegó a Roma en 1603, parece que tuvo la última palabra el P.Rodrigo de Cabredo (p.92). Y finalmente, en cuanto a los límites geográficos, la cronica se refiere a la provincia antes de su división y así incluye territorios que a principios del siglo XVII forman dos nuevas provincias (Paraguay y Nuevo Reino) y a fines del mismo se subdividen para formar otras dos (Chile y Quito). Como se vio en la introducción de la Misión Andina, la provincia peruana tenía en 1601 16 casas con 125 sacerdotes y 282 jesuitas en total.

He elegido dos textos, sacados ambos del tomo II, que debió termi-

narse en 1602. El primero, que lleva el título de «Misión a la provincia de los Aymaraes del Cusco, y lo que se trabajó en ella por extirpar la idolatría», es un ejemplo de las **misiones volantes** realizadas en 11 provincias. La misión elegida fue en el repartimiento de Aymaraes, donde, con motivo de la epidemia de **moro oncoy** (viruelas), «un indio ladino» inició un movimiento de sabor mesiánico en torno a la waka **Pisi** en Huaquirca, capital del repartimiento; el informe narra tanto la acogida que el movimiento tuvo en un kuraka y en indios que seguían sufriendo la epidemia, como la manera como los PP.Gregorio de Cisneros y Esteban Ochoa trataron de acabar con las formas de resistencia indígena en la religión andina persistente, lo que anuncia los métodos que se verán en el clásico libro (1621) de José Arriaga en el apartado 5. El segundo texto, que transcribe gran parte de lo que la **Historia** trae de la residencia de Juli, presenta una visión de conjunto de la pastoral de los jesuitas en su única residencia andina, recogiendo los motivos para aceptar Juli, el número de jesuitas, el éxito pastoral y los medios empleados, al cumplirse el primer cuarto de siglo de la experiencia. Paso a transcribir cada texto:

I. UN MOVIMIENTO MESIANICO EN AYMARAES (1602)

(1. PP. Ochoa y Cisneros inician misión)

«Otra misión de mucho servicio de Dios Nuestro Señor y bien de las almas y estimación de nuestra Compañía se hizo a la provincia de los Aymaraes, a petición del capitán don Francisco de Loayza, señor de aquel repartimiento, el cual conociendo la necesidad de sus pueblos y el fruto que la Compañía hace, pidió al Padre Rector dos Padres para dicha misión, y así fueron a ella el Padre Esteban Ochoa que sabía dos lenguas, quechua y aymara, y el Padre Gregorio de Cisneros, y para que tuviese efecto y fuese de más gloria de Nuestro Señor su ida, el mismo don Francisco llevó a los Padres, y juntada la gente haciéndoles pláticas particulares de la estima que habían de tener de la doctrina que los Padres les predicaban; llevaba en las doctrinas que por las tardes se hacían la bandera y cruz, otras veces el corregidor, con lo cual y tan buen ejemplo como en esto y en otras cosas veían los indios, se dispusieron para servir a Nuestro Señor y salir de unas tinieblas más oscuras que las de Egipto en que desde sus antepasados estaban. Y para que se entienda el valor que da Dios a su palabra y la fuerza que hace en los corazones, diré en dos o tres casos el miserable estado en que esta provincia estaba siguiendo la ciega idolatría.

(2. A raíz del moro oncoy surge un indio predicador)

Habiendo pasado en esta ciudad la enfermedad de viruelas, que llaman los indios **moro oncoy**, y teniéndose en aquella provincia noticia de la mortandad y fallecimiento de seis mil indios que en esta ciudad murieron, se levantó en la provincia de los Aymaraes un indio ladino y enseñado en la escuela de Satanás, grande lengua y experimentado en hacer embustes y traer y llevar almas al demonio; este indio hizo pregonar en el pueblo de Huaquirca, que es la cabeza de toda esta provincia, que todos los hombres y mujeres se juntasen y subiesen a un cerro a adorar y sacrificar a una huaca o ídolo llamada **Pisi**, la cual enojada de que le habían quitado su adoración antigua y la habían dado al Dios de los cristianos, prometía que, si no volvían a sus antiguos ritos y ceremonias con que tantos años le habían adorado y sacrificado animales, había de destruir toda la provincia, enviándoles la enfermedad de **moro oncoy**, que son las viruelas dichas. Dijo también este indio y persuadió a todos los curacas principales que él venía de parte de esta huaca y de la enfermedad, y que luego pusiesen por obra un sacrificio y ofrecimiento de oro, lanas y otras cosas.

Pudo tanto el demonio con las razones y eficacia de palabras de este su mensajero, que luego se juntaron para el día señalado cuatro pueblos, y subiendo a un cerro muy áspero todos los indios de ellos hasta los viejos, los cuales por las pocas fuerzas y dificultad de la cuesta del medio de ella, y los demás desde arriba, adoraban la huaca al modo dicho antiguo, poniendo la mano izquierda en el cerebro y con la derecha delante del rostro hacia la parte donde la huaca estaba, haciendo cierto ruido con los labios y ofreciendo lo que llevaban, otros se tiraban y pelaban las cejas y se postraban en el suelo. En lo alto de este cerro había una llanada en frente del ídolo adonde tenían una hoguera, y el indio dicho estaba junto a ella recibiendo los sacrificios de ropa, oro, ganado, cuyes y otros animales, los cuales degollaba y asperjaba con la sangre la huaca y quemaba la carne de algunos, y los indios que iban a sacrificar venían enbijados y afeitados los rostros, y con unas danzas al modo antiguo y con unas redes de lana que les cubrían todo el cuerpo y en las cabezas unas maneras de señales como cuernos; cada ayllu y parcialidad seguía su modo y ceremonias, cantaban sus desdichas y decían cosas en honor de la huaca, levantando uno sólo la voz y respondiéndole los demás; todos ofrecieron maíz, que es su comida, de diferentes colores, y así mismo el que llaman **parasa**, que es de mucha estima entre ellos y con ello hacen una masa que llaman **sancu**, de que forman los ídolos, como adelante se dirá.

Estando en este sacrificio con gran ruido de tambores y otros instrumentos de flautillas a su modo dando gran gritería, pasando una pobre india devota de la iglesia, la cual siempre rezaba su rosario en ella, antes de

ir a la puna y estando en medio del cerro, tuvo noticia de ello el indio que estaba haciendo el sacrificio, el cual se alborotó y dijo que si no la mataban que no podría ir adelante con el sacrificio, por ser devota de ir a la iglesia y hacer lo que los cristianos hacían; luego viniendo todos en ello a puras pedradas la mataron, y un curaca de los que estaban entre éstos, indio cantor y muy hábil en leer y escribir, remordiéndole la conciencia por lo hecho y por la gran ofensa que estaban haciendo contra Dios en escuchar aquel ídolo, y por excusarse del castigo que el Corregidor le podía hacer, disimuladamente se fue a su casa y dio cuenta de todo lo hecho. El cura y el corregidor con otros españoles e indios subieron al cerro donde hallaron a los indios dichos y gran cantidad de lanas, vestidos, maíz y un rimero grande de los animales que iban ofreciendo; prendieron a los culpados e hicieron algunos castigos aunque muy sobre peine, y fue mucho de llorar que se puso más los ojos en recoger lo que allí se halló que no en remediar un pecado tan abominable.

(3. El P.Cisneros convierte al indio predicador)

Mas Nuestro Señor envió el remedio dentro de pocos días: los padres empezaron a predicar contra la idolatría, e hicieron otras diligencias, con las cuales el indio que había sido el instrumento para que se adorase la huaca e ídolo, oyendo los sermones conoció su pecado y púsose en las manos del Padre Gregorio de Cisneros para que hiciese lo que él quisiese y encaminase su alma al cielo. El Padre le afeó la gran ofensa que habían hecho contra Dios, quitándole su honra y la adoración y reverencia tan debida, que era necesario restituírsela dando a entender a aquellos cuatro pueblos cómo el demonio les había engañado con codicia de lo que ofrecían a la huaca, y que como pobre y miserable reconocía su pecado y pedía a Dios perdón, al cual se había de adorar y a Jesucristo y al Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, y otras cosas a este propósito, lo cual bien entendido se ofreció a hacer.

Y así un día de Corpus juntándose todos los pueblos dichos, a quien había persuadido adorasen al demonio, y muchos españoles, clérigos y otras personas que a la fiesta vinieron, en medio de la plaza se pusieron dos púlpitos, y subiéndose en uno el Padre Cisneros y en el otro el pobre indio, con gran ánimo dijo en dos lenguas lo que el Padre le había dicho, y se desdijo de las torpezas y supersticiones que había enseñado, y que pedía a Dios perdón y a los presentes de la ofensa que había hecho a Dios, al cual se volvía de todo corazón, y que abominaba y detestaba todo lo hecho, como cosa ordenada por el demonio porque se condenasen las almas que le siguiesen, y que a un solo Dios se había de adorar para librarse de las penas

eternas, y que la doctrina que los padres de la Compañía predicaban era la cierta y la verdadera, y que como criados de Dios venían a volver por su honra y a desterrar el demonio de las almas, que todos se confesasen y arrepintiesen e hiciesen penitencia, que él también haría lo que los padres dijesen; y así lo hizo y se confesó generalmente.

Acabada esta plática a la cual estuvieron todos muy atentos, el Padre empezó la suya, tomando por tema y explicando al auditorio aquel verso del Santo Profeta David: **omnes dii gentium daemonia, Dominus autem coelos fecit**[1], y acabó el sermón con aquellas palabras del salmo: **Hodie si vocem eius audieritis, nolite obdurare corda vestra,** y les declaró los engaños del demonio, y trajo en conclusión muchas razones con que el auditorio quedó desengañado; de lo cual resultaron lágrimas, dolor, enmienda de vida, y muchos se confesaron generalmente, siendo los principales los primeros y siguiéndoles otra mucha gente, que metidos en grandes pecados se volvieron a nuestro Criador y Señor, estando todo el día en la doctrina y acudiendo muy de mañana a misa y a la disciplina,que tres días en la semana se hacía.

(4. Un curaca, que rehace matrimonios y adivina, es convertido por el P.Ochoa)

Así mismo diré otro caso notable que aconteció en esta provincia en el tiempo dicho. Un curaca principal oyendo la doctrina del indio hechicero arriba dicho, juntó todos los hombres casados de todo su repartimiento y les predicó y amonestó cómo no estaban legítimamente casados, antes habían hecho un gran pecado en casarse como los cristianos, y que habían enojado a sus ídolos por no recibir de su mano las mujeres que él les diese; y así el capitán y guía los llevó a una puna donde estaba una peña, que era el ídolo de aquel pueblo antiguo, e hizo que toda aquella gente le adorase, y repudiando las mujeres legítimas que la santa Iglesia les había dado, recibiesen otras que estaban en servicio de aquel demonio, y con este abominable hecho hicieron sus taquíes para alegrar la huaca bebiendo y haciendo grandes borracheras.

Sabida esta maldad por el visitador se fulminó un proceso contra este indio, aunque el castigo fue leve, y así cometió otra gran maldad y ofensa contra Nuestro Señor, persuadiendo a sus súbditos que fuesen a su casa a adorar a la enfermedad que venía a castigarlos de parte del **Supay**, que así

---

1 "Todos los dioses de las gentes son demonios, pero el Señor hizo los cielos" (Ps 95,5) y "Si hoy oyereis su voz, no queráis endurecer vuestro corazón" (Ps 94,8).

llaman al demonio, porque le habían dejado; y poniendo en su casa en un aposento oscuro una esterilla y haciendo un hoyo, que todos fuesen allá y le ofreciesen oro, que por tener allí unas minas de donde se sacaba mucho, aquellos pueblos tenían abundancia de ello; acudían los pobres indios a la casa del curaca ofreciendo el oro, y pidiendo respuestas del hoyo dicho oían una vez del demonio que se las daba, y así estaban todos estos pueblos inficionados con tan abominable huesped.

Quiso la Majestad divina justificar en ellos su causa y darles luz, y así acudiendo los padres a su remedio predicaron algunos días contra esta falsa doctrina y superstición, y el indio curaca, conociendo su ceguedad y yerro, a persuasión del Padre Ochoa y de la verdad eterna que hacía fuerza en su alma, subiéndose con el padre en un alto y teniendo toda la genta engañada delante,dijo en lengua aymara cómo les había engañado, como él lo había sido del demonio, que como malo y enemigo de Dios procura que sus criaturas vayan al infierno; finalmente hizo satisfacción **in integrum**, reconociendo a Jesucristo por su Dios y Señor y pidiéndole perdón. El Padre tomó la mano por ser tan eminente letrado y lengua, y declaró al pueblo lo que acerca de esto les convenía seguir, y que con penitencia y dolor se aplacaría Dios y perdonaría sus pecados; lo cual hicieron con muchas disciplinas y rosarios y confesándose con mucha fidelidad.

(5. Conversión de indio que fue donde hechicera).

No fue de menor admiración lo que sucedió a un pobre indio que temiendo la enfermedad, y que con un hermano suyo que estaba ya con ella moría, consultó una famosa hechicera, la cual le persuadió que mochase al demonio que tenía en la obscuridad de su casa, y que él podía saber lo que había de suceder a su hermano; este pobre indio con el amor de carne y sangre, fue a su casa de la india e hincado de rodillas adoró al demonio, y preguntó si moriría su hermano, y entendiendo tenía ya concluído su negocio, la india le dijo que había de hacer otra cosa, que era pesarle de haber sido cristiano y de haber recibido el santo bautismo, y que protestase serviría al demonio y a las huacas de sus antepasados. Reparó mucho el indio en esto y viniéndole un sudor de muerte estaba muy acongojado y confuso en lo que había de hacer, viendo por una parte a lo que iba y por otra que había de negar a su Dios; con todo esto la hechicera le supo decir tantas cosas que hubo de condescender con ella negando a su Criador, y en reconomiento de las amistades que hacía con el demonio y que sería su esclavo de allí adelante, la hechicera le dio dos vasos de agua y brindó al demonio, y bebiendo el uno de ellos derramó el otro en la oscuridad donde le dieron respuesta de que no moriría su hermano.

La hechicera viendo al indio con gran contento por haber sabido lo que deseaba, la mandó desnudar hasta la cintura, y tomando la posesión de estado en nombre del demonio, le refregó con un pellejo de león todo el cuerpo empezando desde la cabeza, y con esto salió el indio y se fue a su casa con mucha alegría y bien satisfecho que su hermano se levantaría, lo cual fue bien al contrario de lo que el padre de la mentira le prometió, porque murió dentro de poco el enfermo; y andando este indio con inquietud en su alma, oyó los sermones que los nuestros hicieron, y los grandes castigos con que Dios amenaza a los idólatras, y sintiendo una nueva luz en su alma, se convirtió y con lágrimas se volvió a su Dios, y acudiendo a lo que tenía obligación, según uno de los padres su confesor le dijo, confesándose generalmente y acudiendo mañana y tarde a lo que convenía, hizo buena penitencia con la cual se libró de la cautividad en que se había metido.

Era tanta la miseria en que esta provincia estaba metida que algunos de ella hablaban con el demonio, y teniendo alguna necesidad para sus ganados, deseando o temporales para su chacras, o salud para sí o para sus hijos, acudían a las punas o huacas antiguas, y allí pedían remedio y daban cuenta de sus trabajos y vidas al demonio y le pedían respuestas, y aunque muchas veces el demonio les engañaba en ellas, era tanta su ceguera y dureza de corazón que se dejaban morir, caminando largos caminos y negando la carne y sangre y, lo que más es, a su verdadero Dios, por seguir al demonio. Un indio muy principal hablaba las más noches con Satanás, y tenía con él estrecha amistad y familiaridad, dándole cuenta de todo lo que hacía en su casa y sus haciendas; (a)parecíase visiblemente en diferentes figuras, unas como inca con muchas plumas y **llauto** de oro en la cabeza y un **champi** que es cetro en las manos, con vestiduras al modo de los incas, otras en figura de cabrón muy feo, otra en tempestad, como pareció por la información que de todo se hizo por el Vicario, que se envió al obispo don fray Gregorio de Montalvo, que sea en gloria; quitáronle por sentencia el cacicazgo, y diéronle otros castigos, mas por no caer en el infierno se redujo y convirtió y confesó generalmente e hizo penitencia.

Este era el triste estado en que esta provincia estaba cuando entraron los de la Compañía en ella, y cumpliéndose lo que dijo el profeta Isaías cap. 35: **In cubilibus in quibus prius dracones habitabant orietur viror calami et iunci, et quae erat arida erit in stagnum et sitiens in fontes aquarum**[2]; y la divina Majestad por medio de sus ministros, que fueron los padres dichos. trajo muchas almas a su conocimiento, recogiendo lo perdido, esfor-

2 "Donde ahora viven los chacales, crecerán cañas y juncos; el desierto será un lago y la tierra seca se llenará de manantiales" (Is 35,7).

zando lo que estaba para caer, y las almas que vivían en la sombra de la muerte se levantaron a nueva claridad y resplandor, echando al demonio de su habitación antigua y dando conocimiento con lo cual quedó toda la provincia con mucho lustre y ser» (Mateos 1944:107-14).

II. LA DOCTRINA DE JULI 25 AÑOS DESPUES (1602).

1. Del puesto del pueblo de Juli

«El pueblo de Juli está situado en medio de la provincia de Chucuito, junto a la laguna tan famosa que llaman de Chucuito entre cuatro cerros, sesenta leguas del Cuzco y cien de Potosí. Entre los siete pueblos que tiene esta provincia es el mayor, y así tiene cuatro doctrinas. Su temple es inclemente, parte por estar en puna fría, parte por los continuos aires fríos que le baten de la dicha laguna. Los mantenimienos de este pueblo son los comunes de la tierra: papas, chuño y quinua, aunque por ser este puesto más frío que otros se dan aquí peor que en los demás pueblos, y por la misma razón es falto de leña y aun seco de aguas, y por no tener lagunas como los demás, carece aun de yerba, y por esta razón los pastos para los ganados de la tierra están lejos en la puna. Y aunque está situado junto a la laguna, por ser la playa rasa en esta parte y no haber totorales donde el pescado se cría, es también falto de pescado, siendo los demás pueblos de esta provincia muy abuntantes de él. Pero, lo que miró la Compañia, es muy poblado de indios, que es la mercadería y empleo que ella busca, porque tiene de tasa tres mil doscientos indios, y habrá en él al pie de dieciseis mil almas, en que tiene la Compañía bien que hacer.

2. Razones de los jesuitas para tomar Juli.

Entró la Compañía en este pueblo de Juli el 4 de noviembre de 1576 años. Algunos motivos particulares tuvo la Compañía, así para tomar doctrina, como para que fuese en este puesto de Juli. Primeramente se movió la Compañía a tomar doctrinas por hacer fruto permanentemente y de dura en las almas, porque, aunque es verdad que con las misiones que la Compañía usa en todo el mundo, se hacía también fruto acá entre los indios, pero éste no era tan estable y firme, así por la inestabilidad y mudanza natural de los indios, que son como niños, como porque los vicios de idolatría, borracheras y mujeres, que estaban arraigados y envejecidos, y como connaturales y heredados desde el inicio, era imposible poderse desarraigar en tan breve tiempo como piden las misiones. Y por esto tomó la Compañía doctrina de asiento, para ver si estando de propósito entre ellos y siempre sobre ellos,

podrían de una vez con su perpetua vigilancia y cuidado, y con el continuo macerar, desarraigar siquiera de un pueblo la idolatría y borrachera, y ya que en los viejos esto no pudiese tener tan cumplido efecto como se deseaba, por la envejecida costumbre, lo tuviese a lo menos en los que fuesen naciendo, criándolos a sus pechos con la leche pura del evangelio.

Otro motivo propio fue hacer la Compañía en este puesto como un seminario de lenguas para los hijos de la misma Compañía, los cuales estando en este puesto apartados del comercio y trato de los españoles, aplicados y dedicados sólo a indios, pudiesen fácilmente en breve tiempo aprender la lengua para poder con suficiencia ser obreros cabales, confesar y predicar a indios, lo cual se experimentó por largos años ser muy difícil viviendo en los colegios, donde con las ocupaciones domésticas, con el acudir a los estudios, y con las ocupaciones de españoles, se divertían los nuestros del ministerio de los indios, y principalmente por no tener tan a mano los indios para tratar con ellos en los colegios, como en su propio pueblo, maxime los que comenzaban a aprender la lengua, de manera que en muchos años de obreros de indios no sabían predicarles y ejercitar los demás ministerios con eminencia; y en este seminario de Juli, aun los no aventajados en habilidad, en pocos meses con moderado trabajo, han salido aventajados obreros.

No fue pequeño motivo para tomar la Compañía doctrina las quejas universales de todos los del Perú, así religiosos como seglares y muy particulares del Virrey don Francisco de Toledo, dadas acá y aún enviadas a España a la Magestad católica de don Felipe II y su Consejo de Indias, y zaheridas a la Compañía acá y allá de por qué no tomaba la Compañía doctrinas, como todas las demás religiones, habiendo venido de España y fundado acá colegios con tan excesivos gastos de su Magestad, siendo el principal motivo del Rey y de la Compañía en el pasar a estas partes, el frutificar en los indios; lo cual por experiencia de la Compañía y demás religiones, se sabía no poderse hacer tan aventajadamente sin tomar doctrinas. Viéndose pues la Compañía tan apurada por todas partes, después de mucho acuerdo, aunque gimiendo la carga pesada de las almas y el desquiciar en esto de su ordinario modo de proceder, se resolvió en tomar esta dotrina de Juli.

Eligió particularmente la Compañía este puesto de Juli, por la razón general de ser la lengua de este pueblo aymara, que es, de las dos lenguas más generales que se hablan en todo el Perú, la una, porque esta lengua aymara corre desde el Cuzco hasta Tucumán; y en particular por estar este pueblo en medio de la provincia y tener en contorno por cualquier parte gran suma de pueblos aymaras, donde desde Juli puede hacer la Compañía

sus misiones sin encontrarse con otras religiones, y volverse a rehacer a su puesto con brevedad. Miró también la Compañía su bien particular, porque habiendo de tomar doctrina, escogió puesto donde pudiese tener número de religiosos que viviendo en comunidad y clausura todos de unas puertas adentro, pudiesen juntamente ser doctrinantes, porque vivir solos cada uno en su doctrina es cuchillo de la religión; y como en Juli hay cuatro doctrinas, así por el número de indios, que da bien que entender a ocho padres y cinco o seis hermanos coadjutores, como la suficiencia del sínodo para el sustento de los dichos padres, lo cual todo apenas se hallará en otro solo pueblo de las Indias, eligieron discretamente el puesto de Juli antes que otro ninguno.

3. Del número de jesuitas en Juli y de su sustento.

Tiene la Compañía en este puesto para sustento de los que en él residen, el sínodo de cuatro doctrinas a 800 (pesos) ensayados por cada una, como las demás de este obispado, que añadiendo a esto lo que su Magestad da de limosna para vino, cera y aceite, viene a sumar todo 6.000 pesos corrientes de a ocho reales el peso, con que tienen bastante sustento trece o catorce sujetos que hay de la Compañia de ordinario en este puesto. Y aunque a algunos les parecerá ser demasiada gente para un solo pueblo, pero la Compañia que mira el bien de su religión, juzga que para su regular observancia es necesario este número, en especial que no todos son obreros hechos, sino que muchos de ellos se van haciendo para este puesto y los demás de la provincia, y la experiencia ha enseñado que para cumplir bastante y descansadamente con esta carga, es necesario este número, y si se mira bien la grandeza de este pueblo muy particular a que los padres acuden, así a lo espiritual como a lo temporal de estos indios, y el natural indómito y dificultoso de ellos, se hallará que aún son pocos nueve padres y cinco hermanos, porque fuera de lo de dentro del pueblo, tienen los hermanos muchas estancias a que acudir de vacas y de ovejas y otros ganados, que todo esto es menester así para el sustento de los dichos padres, como para las limosnas que dan a los indios, de todas las cuales dichas estancias y del dicho sínodo toma la Compañia lo que es precisamente necesario para el sustento común muy moderado de los suyos **ad victum et vestitum**, sin aprovecharse ni de un real para otra cosa, **neque intus neque foris**[3], y todo lo demás lo consume y gasta en limosna con los indios pobres del dicho pueblo, y en ornato para el culto divino de las dichas iglesias.

Finalmente han de acudir de este puesto a proveerse del Cuzco, Arequipa, Chuquiabo y valles comarcanos de lo necesario para el sustento,

---

3 para comida y vestido..., ni dentro ni fuera

por ser este pueblo destituido de todo ello, para todo lo cual es menester el dicho número de religiosos, y éstos no cualquiera, sino de los muy escogidos, como los ha tenido y tiene señalados en virtud, letras y discreción la Compañia en este puesto, así por lo mucho a que hay que acudir como por el mucho riesgo que se corre con el familiar y ordinario trato con ellos, como también por apreciarse la Compañía de ocupar de los mejores sujetos que tiene en trato de indios, por ser este su principal asunto en estas Indias.

4. Del fruto de la Compañía en Juli

Tres géneros de frutos a hecho y hace la Compañía en esta residencia de Juli. El primero y principal en las almas de los indios, porque con ser los de este puesto de su natural indómitos y poco cultivados de los sacerdotes antepasados, después que la Compañia entró aquí han hecho una mudanza extraordinaria, que sin encarecimiento se puede decir que, si en todo el reino del Perú hay algunos indios que sean de veras cristianos, son los de Juli, porque en lo que toca a sus antiguas idolatrías no hay rastro de ellas, y si hay algunas hechicerías en cual o cual viejo o vieja, tienen por honrra los indios perseguirlos, desdeñarse de tratar con ellos y al momento los vienen a manifestar a los padres. En lo que toca a las borracheras, que son muy frecuentes en esta nación, es tanta la moderación de Juli, que hay en él mucha cantidad de indios e indias que no probaran chicha aunque los zahirieren, y para quitarse de ocasiones rehusan de acudir a sus juntas y fiestas, y ya que compelidos acudan, por ninguna vía beben chicha.

En lo que toca a la honestidad de las indias, es cosa para alabar a Dios la limpieza que en esto tienen; y innumerables ejemplos pudiera contar de indias que han hecho tan extraordinaria resistencia a españoles, como si fueran matronas romanas, hasta llegar a herir a los mismos españoles, esconderse por los montes por librarse de ellos, desechar sus dádivas y promesas, y lo que más es convertir a buen vivir a sus mismos solicitadores. Pero por no ser largo en este punto, remítome a las Anuas ordinarias de esta residencia. Cunde esta buena fama tanto por toda la tierra, que los españoles que tan de ordinario pasan por este pueblo, traen por refrán en Juli, pasar de largo, que son demonios las indias, duras más que diamantes. Esta virtud y con ellas otras que se hallan en estos indios, es fruto de las comuniones tan ordinarias que es menester ir muy a la mano. Las confesiones son tan frecuentes que es necesario ponerles tasa.

El asistir todos los días en la iglesia a misas es tanto, que ha obligado a hacerles que se contenten con oír cada día una misa, y a las tardes rezar un rato, y lo demás que se vayan a sus casas. Pues lo que es frecuencia de

sermones, sólo quien lo viere lo creerá, de donde nace que están bien instruídos en las cosas de la fe, que muchos teólogos no saben tantas delicadezas como los indios de Juli, y a los muy estirados les dan que pensar en sus preguntas, porque lo que es lo común del catesismo, de los misterios de la fe y oraciones, es raro el indio de Juli que no le tanga muy **in promptu**, y así no solo los seglares pero aun los eclesiásticos, y lo que más es, los demás religiosos, confiesan públicamente ser la gente de Juli, la primera en virtud y cristiandad y doctrina.

El segundo fruto que la Compañía hace en este puesto, es la policía y humanidad y buena crianza de estos indios, que con ser ellos de su natural tan torpes y vastos, tienen en sus casas, en sus personas, en la crianza de sus hijos, en el trato con los españoles, en la reverencia y respeto a sus padres y mayores, tan buen término y policía como si fueran españoles. Pues lo que es acudir a sus difuntos con sufragios y misas, ser liberales en el ornato y culto de sus iglesias, caritativos y misericordiosos con los pobres, continuos en el visitar al hospital y servir a los enfermos, acudir con regalos, el no faltar a sus procesiones y fiestas solemnes, esmerándose mucho en esto para que se hagan con gran aplauso, siendo los más principales los primeros a servir en todo, la eminencia de música y cantores de que tanto se aprecian, y finalmente todo lo que toca al culto divino y policía humana, no parece que hace ventaja a Juli ninguna república de españoles bien consertada.

El tercer fruto y no menos principal aunque trabajoso y murmurado no poco, es el de defender los padres de la Compañía a los indios de los españoles, no sólo en no consentir que español ninguno ni soltero ni casado viva en el pueblo de Juli, porque son la polilla de los indios, el no permitirles que les hagan agravios, el llevarlos por fuerza, tomarles sus hacenduelas y aun las propias mujeres y hijas, que es el uso común, no permitir que tengan dares y tomares cautelosos con que engañan a los indios, ventas de su mal vino, coca podrida y harina para barracheras, y otros tratos que son ordinarios en otros pueblos, sino también en oponerse con valeroso pecho a los gobernadores en que no saquen de Juli indios con exceso para sus trajines, en que no se haga en Juli ropa para ellos, en que las cobranzas de las tasas sean con moderación, y aun de esas mismas se les releven conforme a los muertos, que se disminuya el número de indios para Potosí, que es cuchillo y sepultura de la tierra, y finalmente amparan a los desventurados indios de los jueces y comisarios que como granizo llueven por esta provincia, que sólo el valor de la Compañía por su vida inculpable, puede resistir a tantas vejaciones como los indios padecen de estos jueces, por traer el más ruín de ellos un Don Felipe en el cuerpo.

Y de este amparo tan fuerte de los padres nace a ojos vistas, que los

indios de Juli multiplican y crecen con muchas más ventajas, por no estar tan apurados, asisten en el pueblo gran suma de ellos, que no parece sino colmena, son todos a una mano ricos de muchos ganados de la tierra, y al fin viven descansados y quietos en su pueblo, lo cual todo se halla al contrario en todos los demás pueblos vecinos, que más parecen robados que pueblos de moradores, porque lo que sirve la Compañía a los indios de Juli de amparo de los españoles, sirven a los demás indios las punas y desiertos, donde tienen por mayor felicidad vivir a solas entre vicuñas y huanacos, que al fin no les ofenden, que en comunidad en sus pueblos, donde son tan acosados de los españoles.

5. De los medios que emplea la Compañía en Juli

Usa la Compañia en esta Residencia para bien de los indios de todos los medios comunes y de muchos particulares, porque primeramente tiene gran cuidado en que todos los días de todo el año se junten todos los indios e indias, cada parroquia aparte, y allí su propio cura les enseña la doctrina cristiana y catecismo, preguntando y examinando en particular a cada uno. Y con este cuidado incansable saben todos, chicos y grandes, la doctrina cristiana y catecismo. Predícaseles a los indios todos los domingos y fiestas suyas por la mañana sin faltar día, y por las tardes se le cuenta un ejemplo o vida de algún Santo, de que se ha experimentado notable fruto. Están expuestos los padres en nuestra iglesia mañana y tarde a todos los que se vienen a confesar, y como saben los indios que han de hallar el remedio a mano, acuden mucho, y lo que otros no hacen, dan el viático y extremaunción a los enfermos; a los bautismos, entierros, misas y casamientos acuden puntualmente sin interés ninguno, mas de lo que los indios de su voluntad quieren dar por los entierros y misas de difuntos, lo cual si se acepta es para darlo de limosna a sus pobres, sin que de ello se aprovechen los nuestros en cosa alguna.

Acuden con particular cuidado todos los días en compañía de los fiscales, a visitar el pueblo, para impedir borracheras y pecados públicos, tienen una casa diputada donde encierran los hechiceros, a los cuales sustentan de limosna, y acuden con particular cuidado a su instrucción y enseñanza, aunque de éstos hay ya muy pocos. Aquí también recogen por algún tiempo algunas indias escandalosas.

Hay en este pueblo dos escuelas, una de niños donde les enseñan doctrina cristiana, leer, escribir y contar. Hay otra de canto donde enseña todas las diferencias de música de todo género de instrumentos. Hay un hospital con dos salas y camas suficientes con sus colchones, frazadas y

pabellones, donde se curan todos los indios enfermos del pueblo con particular cuidado y regalo, y lo que en otras partes rehusan de ir al hospital, que llaman casa de muerte, aquí estando indispuestos vienen a rogar al padre que tiene el cuidado del hospital, que los admita, y al salir se le hace de mal. Hay en este hospital un aposento aparte muy bien aderezado para españoles.

Lo que grandemente resplandece en los ojos de todos y estiman los indios, es las gruesas y continuas limosnas que los padres en este pueblo hacen a los indios, no sólo de ración ordinaria de chuño, carne y otras cosas, pero cada semana reparten un novillo y muchos carneros entre todos los pobres, y no sólo acuden a los propios del pueblo, sino también a los indios pasajeros pobres, y aún a los propios, no sólo cuando asisten en el pueblo sino cuando salen de él para ir a Potosí, y cuando vuelven. Tienen un depósito para esto de gran cantidad de chuño, que es su comida, para que si acaso sucediere ser año de hambre, tengan de donde socorrer los pobres. Hay un padre diputado para limosnero, el cual por cuenta y razón recibe todo lo que entra de ofrendas y fruto de las estancias, para por la misma distribuirlo entre los pobres, de manera que tomando los padres de la Compañía que aquí residen, lo simpliciter necesario, y esto con más parsimonia y escasez que en otra parte de la Compañia, y lo necesario para el culto eclesiástico, todo lo demás así de su sínodo como de lo que procede de las estancias, y de lo que los indios ofrecen, todo lo consumen en limosnas de los dichos indios pobres, de manera que ni superior ni particular por ninguna vía, fin ni motivo, saca de la residencia de Juli valor de un real para la Compañía ni para otra persona ninguna» (Mateos 1944:399-410).

2.4 LUDOVICO BERTONIO (1557-1625)

Este misionero y lingüista italiano nace en Roca Contrada (hoy Arcevia) en la Marca de Ancona, y muere en Lima. En 1574 ingresa en la Compañía y en 1581 llega al Perú, donde completa sus estudios teológicos y recibe la ordenación sacerdotal del arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo. Entre 1582-84 da clase de humanidades en el colegio de San Pablo, y en 1585 es destinado a Juli, «porque -como escribe el provincial al P.General- deseaba mucho ocuparse con los indios, y es un ángel y tiene mucha actitud para ayudarles» (MP III:675). Allí encuentra a su compañero de viaje y autor de la segunda gramática quechua, Diego González Holguín, y allí habían estado, no hacía mucho, otros dos grandes lingüistas americanos, Blas Valera y Alonso de Barzana.

En esta residencia, que era también una especie de Escuela de Len-

guas para misioneros, pasa como 30 años de su vida, interrumpidos por un breve período (1599-1603), en la ciudad minera de Potosí, como ministro del colegio y como misionero de indios. Como dice Albó en su estudio preliminar de la nueva edición del **Vocabulario aymara** (1984): «estos años en Potosí dieron a Bertonio la opotunidad de confrontar el Aymara Lupaqa, que ya dominaba, con el de casi todas las regiones en que se seguía hablando, información que después aprovechará en la versión final de sus trabajos» (1984:XXIV). De vuelta a Juli, a donde en 1615 llegará también Bernabé Cobo, otro cronista de este capítulo, se dedicó a escribir distintos libros sobre la lengua aymara, de la que se llega a ser un clásico.

Su método de trabajo, basado en la ayuda de informantes y auxiliares aymaras, es descrito por Bertonio en el prólogo de su **Vocabulario,** que es el primer texto elegido. En primer lugar, Bertonio pidió a un grupo de indios, que desde su niñez habían tenido una buena formación religiosa, que escribiesen en aymara con la mayor propiedad posible todo el bagaje de una catequesis completa, a saber «los principales misterios de la vida de Cristo, grande copia de ejemplos y vidas de santos, muchos sermones de diversas materias, varias comparaciones de avisos y virtudes, algunos tratados de la misa, de la confesión y de la comunión, de la vana superstición e idolatría». En segundo lugar, Bertonio repasó detenidamente todo el material para sacar:

> «cada vocablo que en cada renglón topaba y de todas las frasis y modos de hablar elegantes... y después de averiguada la significación, así de los vocablos como de las frasis con mucho trabajo, me puse a ordenar por sus letras el presente vocabulario... Y no contento con esto..., junté otra gran multitud de vocablos que sirven para diversos géneros de cosas: ayudándome para esto de los trabajos que algunos Padres de esta casa versados en esta lengua habían puesto en recoger cosas tocantes a ella» (pp.1-2).

Albó (1984) reconoce que el «corpus así logrado tuvo indudablemente grandes deficiencias, que han sido señaladas por Briggs...: la fuente de muchos vocablos son textos (o al menos sugerencias y conceptos) traducidos del castellano al aymara; no al revés», pero recuerda que Bertonio «hurgó mucho más allá de los textos escritos» y así concluye que, «cuando se empiezan a explorar áreas semánticas, los resultados muestran consistencia dentro de categorías claramente andinas» (1984: XXXII). Pronto se empezó a publicar la obra lingüística de Bertonio. Ya en 1603 son editados en Roma por Luis Zanetti el **Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara** (reeditado en 1879 por Julio Platzmann, Leipzig: Teubner) y el **Arte breve de la lengua aymara para introducción del arte grande de la misma.**

Nueve años después, en 1612, el conocido editor Francisco del Canto publicó en Juli cuatro obras de Bertonio, que serán una herramienta insustituible para la evangelización aymara.

La primera es el **Arte de lengua aymara con una silva de phrases de la misma lengua**, en cuyo prólogo Bertonio dice que como la edición romana «sin asistir a la corrección de la imprenta alguno que tuviese noticia de esta lengua, salió con muchas erratas...,púseme de nuevo a trabajar, atendiendo a dos cosas, a corregir las erratas... y a cercenar muchas cosas», reduciendo las 348 páginas del texto romano a 135. Esta reducción del **arte** se vió compensada con la segunda parte de la obra o **silva de phrases** que, según Albó, «consiste en 264 páginas de frases organizadas en torno a un vocabulario selecto de unas 300 palabras, más un doble índice de términos en aymara y en castellano» y que «es un elogio a la estética más formal de lo que podríamos llamar la literatura oral aymara del siglo XVI, a lo que Bertonio -por muchos años profesor de humanidades- llama las 'galas', 'los afeites del bien decir' y 'los muchos modos y muy galanos' de la lengua aymara» (1984:XXXIII).

La segunda es el **Vocabulario de lengua aymara**, que ha sido reeditado tres veces (en 1879 por Julio Platzmann, Leipzig: Teubner; en 1956 en La Paz: Don Bosco, edición fotostática, y en 1984 por Xavier Albó en Cochabamaba: CERES, IFEA, MUSEF). La tercera es el **Libro de la vida y milagros de Nuestro Señor Jesucristo en dos lenguas, aymara y romance**, escrito originalmente por el Licenciado Alfonso de Villegas y traducido al aymara por un colaborador de Bertonio, Martín de Santa Cruz Hanansaya del ayllo Cara, no literalmente sino «quitadas y añadidas algunas cosas, y acomodado a la capacidad de los indios». La cuarta es el **Confesionario muy copioso en dos lenguas, aymara y española**, que es un manual para misioneros, que contiene «instrucciones sobre los sacramentos, un catecismo para rudos, guías para atender enfermos y moribundos, oraciones devotas, una larga guía para confesar, los misterios del rosario y finalmente unas 150 páginas de 'ejemplos' sobre diversos temas devotos» (Albó 1984:XXXVI). Aunque estas obras aparecen publicadas en Juli, se discute si esta doctrina tuvo una imprenta permanente como expresión de su nivel de desarrollo (como la tuvo la reducción guaraní de Santa María la Mayor), porque no se conocen otros libros publicados allí.

No puedo terminar esta presentación de Bertonio sin recordar que su obra ha sido analizada desde distintos puntos de vista (lingüísticos, culturales, sociales e históricos), no sólo por su importancia, sino por ser la ausencia de obras similares en los siglos siguientes. Hoy, de cara al resurgimiento de las viejas etnias y en pleno V Centenario,es analizada

también como un medio de profundizar en la identidad aymara. Albó observa al respecto:

> «Si en el siglo XVI y siguientes los españoles a través de los religiosos hubiesen llevado la devastación cultural hasta el punto de imponer a sangre y fuego su lengua y cultura europea, otra habría sido nuestra realidad: habría desaparecido la identidad aymara, tal vez sin dejar huella alguna. Por suerte no ocurrió así. De esta forma descubrimos hoy la cara oculta de la misma medalla. Si en el pasado nuestros abuelos sufrieron a causa del sometimiento y de la destrucción sistemática de la religión aymara por parte de los misioneros, con el paso del tiempo, en retribución, aquellos misioneros nos han legado monumentales obras del idioma aymara, nada menos que de principios del siglo XVII. Paradójicamente, gracias a aquella actividad religiosa en aymara ahora seguimos contando con una de las mayores culturas andinas, no sólo vigente, sino también en vías de revaloración y revitalización. De esta forma personajes como Bertonio han rendido a la larga otro servicio impensado a los nietos de aquellos aymaras con quienes trabajaban: ayudarles a recuperar la identidad y libertad malogradas» (1984:LVIII).

He elegido dos breves textos, que Bertonio coloca en la introducción del **Vocabulario aymara** (1612). El primero, más pastoral, es su carta o comunicación a los sacerdotes de la nación aymara, donde explica cómo compuso su obra y reflexiona sobre las dificultades y necesidad de aprender aymara en el ministerio pastoral. El otro, más lingüístico, está constituído por cuatro de las cinco anotaciones que pone Bertonio para usar mejor el **Vocabulario** y para hablar con más propiedad la lengua aymara. Dada la naturaleza de esta antología quizás el segundo texto no debía incluirse en la misma, pero lo he elegido como una muestra de la creatividad de los misioneros, que no solo debieron aprender muchas lenguas extrañas, sino que compusieron gramáticas y diccionarios, que siguen siendo indispensables en el aprendizaje de no pocas lenguas americanas. Paso a transcribir cada texto:

I. CARTA A LOS CURAS SOBRE APRENDIZAJE DEL AYMARA (1612)

(1. Razones y modo de componer el vocabulario)

«El principal intento que tuve (Sacerdotes de Cristo) en sacar a luz este Vocabulario de la lengua aymara (dejando aparte la gloria de su divina Majestad,que es el primer blanco a que deben mirar todas nuestras obras)

fue acudir al buen deseo, que vuestras mercedes tienen de saber hablar congruentemente a los indios de sus Doctrinas: para quitar de sus entendimientos las tinieblas de ingorancia en las cosas de su salvación y enseñarles los misterios de nuestra católica religión. Y teniendo esto por fin de este mi trabajo, parecióme cosa excusada tomar por asunto juntar en este libro todos los vocablos, que las dos lenguas Española y Aymara tienen: lo uno, porque son tantos que en muchos años no pudieran agotarse: lo otro, porque no es necesario saberlos todos para enseñar nuestros sagrados misterios, y para que se tenga satisfacción de que aquí no faltarán los que para esto se requieren, diré las diligencias que se hicieron para recogerlos.

En este pueblo de Juli (cuyas parroquias de 35 años a esta parte y más han estado a cargo de nuestra Compañía de Jesús) algunos indios desde su niñez se han criado con la leche de la doctrina cristiana, por cuyo medio, y también por la buena capacidad que nuestro Señor se ha servido de darles, han alcanzado a entender muy bien todo lo que puede pedirse a un fiel, y católico cristiano, que con cuidadado acude a los sermones, y a preguntar a sus Padres Espirituales lo que conviene para tener noticia de nuestro Redentor y Maestro, de los sacramentos que nos ha dejado para medicina de nuestras almas, y de los preceptos que nos ha dado, para caminar derechamente al felicísimo fin de nuestra bienaventuranza.

Echando, pues, de ver esta misericordia y merced que nuestro Señor les había hecho, procuramos que escribiesen en su lengua Aymara,con la mayor propiedad que fuese posible, los principales misterios de la vida de Cristo, gran copia de ejemplos y vidas de Santos, muchos sermones de diversas materias, varias comparaciones tocantes a vicios y virtudes, algunos tratados de la Misa, de la Confesión y Comunión, de la vana superstición de la idolatría, y de otras muchas cosas que fuera largo de contar. Y como Nuestro Señor quiso servirse de esta diligencia,también se sirvió de acudir a los tales indios, para que se hiciesen muy entero concepto de todas aquellas sagradas materias; ayudándose también de algunos libros de romance, cuya lengua bastante entienden, y con esta luz escribió también en su lengua y con tanta propiedad y elegancia, que es cosa de admiración para los que la entienden.

Acabada de hacer esta diligencia comencé a revolver todo lo escrito en esta lengua, y a sacar cada vocablo que en cada renglón topaba, y todas las frases y modos de hablar elegantes, con que cada cosa se explicaba, y después de averiguada la significación de los vocablos como de las frases, con mucho trabajo, me puse a ordenar por sus letras el presente vocabulario con la mejor traza que supe y como quiera que los vocablos y frases se han sacado de tantas y tan diversas materias, no puede entenderse otra cosa,

sino que se hallarán en el vocabulario todos los vocablos que son menester, para que un cura no sólo bastante, sino bastantemente pueda enseñar, predicar y hablar todo lo que quisiere a los indios sus feligreses; y no contento con esto, que podía ser bastantísimo para lo que se pretende, junté otra gran multitud de vocablos que sirven para diversos géneros de cosas: ayudándome para esto de los trabajos, que algunos padres de esta casa versados en esta lengua habían puesto en recoger cosas tocantes a ella. Con todo esto, si andando el tiempo pareciere que este vocabulario es diminuto y limitado, espero que nuestro Señor se servirá de poner en corazón a otro, para que tome trabajo de añadirle todo lo que pareciere necesario y conveniente para saber muy perfetamente esta abundante y copiosa lengua; pero por ahora parece bastante los vocablos que aquí se hallaren.

(2. Area lingüística del vocabulario)

Los que aquí se ponen son propios aymaraes de la provincia Lupaca, porque habiendo estado de asiento en ella más de 20 años, más comodidad he tenido para saber su lengua que la de otras provincias. Pero no por esto debe uno juzgar que este vocabulario servirá sólo a los sacerdotes y a otras personas, que residen en la provincia de Chucuito y entre indios lupacas, porque sin duda ninguna servirá do quiera que se hable la lengua aymara, y en toda la nación de indios aymaraes. Lo uno, porque se ponen muchos vocablos y sinónimos, y cada uno podrá tomar el que usare más comúnmente en la provincia donde se hallare; lo otro, porque cuando falten algunos, ellos no pueden ser muchos, porque la nación aymara, aunque extendida en varias y diversas provincias, conforma mucho en el lenguaje y modos de hablar generales; y así el que sabe bien esta lengua lupaca, sin dificultad entenderá a los indios de otras provincias, y podrá hablarles todo lo que fuese menester; y para que vea que esto es evidente, como aquí se dice, no quiero traer otro argumento sino éste.

Muchos padres de la Compañía y yo mismo entre ellos no hemos aprendido la lengua aymara sino en este pueblo de Juli, que es de la provincia de Chucuito o Lupaca; y salidos después a otros pueblos y especialmente a la villa de Potosí, donde por causa de las minas hay gran concurso de indios y particularmente de la nación aymara, sin estudiar otra lengua hemos predicado a muchos millares de indios y oído grandísimo número de confesiones; y aunque ellos eran de diversas provincias, como Canas, Canchis, Pacajes, Carancas, Quillaguas, Charcas, etc., fácilmente entendíamos y éramos entendidos de todos aquellos indios, por ser todos aymaraes, aunque de diversas provincias, diferenciándonos solamente en cuál y cuál vocablo. Pero de ninguna manera nos era estorbo para contestar y predicar

con toda la claridad que conviene. Luego uno que sabe bien la lengua de alguna provincia aymara, especialmente de la provincia Lupaca, sabrá sin falta la de toda la nación aymara, excepto algunos vocablos particulares, bien pocos, como dijimos.

(3. Dificultades en el aprendizaje del aymara)

En lo que toca a la dificultad que se haya en aprender esta lengua, nadie debe asombrarse con la muchedumbre de los vocablos; porque, aunque no los tome todos y quiera contentarse con la cuarta parte de los que aquí se ponen, podrá no solamente contestar a los indios, sino también predicarles con mucha suficiencia y copia de todo lo que quiera decirles. Y si se han puesto tantos, es porque no puede saberse precisamente los que a cada uno le sean necesarios; y se ha tenido atención a la calidad de ellos, que no sean muy toscos ni muy exquisitos, porque éstos fueran de muy poco provecho para la gente ordinaria, y los otros enfadaran a los que gustan de oír al que corta bien su lengua.

Otros habrá por ventura a quien acobarde el ver la oscuridad de los modos de hablar, y el rodeo y frase del lenguaje, que verdaderamente es dificultoso, y bien diferente del nuestro; pero sin duda es menos que el de la lengua latina, italiana y española, porque éstas tienen varias declinaciones de nombres, varias conjugaciones de verbos, tienen varios géneros y pretéritos, varios casos con que se construyen los nombres y verbos, y las demás partes de la oración. Pero esta lengua se contenta con una sola declinación de todos los nombres y partes declinables, con una sola conjugación de todos los verbos, no resultan barbarismos, ni solecismos, por causa de los géneros o pretéritos, porque no los hay, de suerte que sea menester mirar en ellos; la construcción de las partes es tan simple y llana, que no trae consigo dificultad notable, salvo algunas cosas que piden alguna más advertencia, y para ellas hay reglas muy claras en el arte de esta misma lengua, que se imprimió en Roma los años pasados, aunque con algunas erratas de la Imprenta por falta de quien pudiese hallarse a corregirla.

Pues si estudiando uno con voluntad y aplicación la lengua latina, al cabo de poco tiempo sale con ella, con tener las dificultades que le han tocado; con cuanta mayor brevedad vendrá uno a saber la lengua aymara, que es tan llana y simple como se ha dicho, especialmente ofreciéndose ocasión de hablar de ella a cada paso, con que se alcanza gran prontitud en hablarla y mayor facilidad que en la lengua latina; la cual parece que no se atrave a salir ya de las escuelas, pues fuera de ellas muy raros son los que la hablan o se precian de saberla; y por este uso cotidiano y llaneza que dijimos del

aymara, ningún padre de esta casa ha habido que en un año no haya predicado a los indios sueltamente con sólo pensar un rato lo que había de decir, habiendo precedido empero el cuidado que se pide de su parte, y ejercitándole por algunos meses en las cosas que en las anotaciones de este vocabulario apuntamos.

(4. Las mayores dificultades son de orden pastoral)

Pero no son éstas las mayores dificultades que se hallan en aprender esta lengua. Otras hay mayores, que suelen entibiar mucho aun a los que se sujetan de buena gana al trabajo. La una es la poca capacidad que se ve en los indios. La otra es la poca esperanza que tienen de coger fruto después de haber trabajado, por ver que los indios son tan mal habituados, tan llenos de espinas, y abrojos sus corazones que la semilla de la divina palabra que en ellos se siembra no puede fructificar y, finalmente, que es tiempo perdido el cultivar esta gente. Dificultoso negocio es deshacer una opinión tan asentada en el común sentir de los hombres, y nacida de lo que comúnmente todos vemos por experiencia, y por ello no puede negarse y es necesario concederlo.

Pero, por otra parte, la fuerza de esta razón por grande que sea no se extiende a tanto, que por ella debemos dejar totalmente el cuidado de procurar remedio a tanta gente y sufrir que a vista de ojos el común enemigo del linaje humano triunfe de las almas redimidas con precio tan costoso; pues el Redentor de ellas, como refiere San Lucas en el capítulo 10 de su sagrado evangelio, dio sentencia contra el sacerdote y el levita que no se compadecieron de aquel hombre miserable que, maltratado y herido de los ladrones mientras viajaba de Jerusalem a Jericó, estaba echado en la mitad del camino casi para expirar y dar la última boqueada; y por el contrario alabó mucho al samaritano que, movido con entrañas de compasión, puso aceite y vino en sus llagas, fajolas con sus vendas, cargóle sobre su jumento; llegado al mesón curole con todo cuidado, encomendándole al mesonero y dejole plata para que se encargase de él, con prometerle que a la vuelta le pagaría muy bien todo lo que gastase en curarle.

Toda esta nación de indios está bien lastimada y herida en el entendimiento con su poca capacidad, y en la voluntad con la muchedumbre de malos hábitos y mucho estrago de vicios, con poca esperanza de su mejoría. Pero esta miseria y extrema necesidad de estas almas, antes nos ha de mover a compasión para ayudarlas que no a tibieza o cobardía para desampararlas; y si con todas nuestras diligencias no pudiéramos curar sus llagas, ni librarlas del peligro de su eterna condenación en que se hallan, no

por esto perderemos el premio del cuidado que de nuestra parte pusiéramos para librarlas. Porque Cristo Nuestro Señor no alabó al samaritano de compasivo y caritativo para con su prójimo por haberle sanado, pues no nos declaró que después de curado el doliente haya vivido, sino porque hizo todas sus diligencias, y aplicó las curas y remedios para que no se le muriese, sino que viviese con entera salud, con gran deseo de que así le sucediese. Ni por el contrario los excusó al sacerdote y levita que se pasaron de largo sin cuidar de aquel pobre necesitado y de muerte herido por la poca esperanza que había de su vida, sino que los dio por hombres inhumanos y sin caridad, y por eso indignos de la vida eterna. Pues como declaró por boca de su amado discípulo: **qui non diligit fratrem suum, manet in morte et no habet hereditatem in regno Christi Dei**[1] .Y si queremos entrar un poco más adentro y examinar este negocio con el nivel de la razón y verdad, confesando con llaneza la puntualidad de lo que pasa, veremos que mucha culpa pueden echarnos, así de la mucha rudeza, como de los malos hábitos con que vive esta nación de los indios tan extraviada.

(5. **Culpa de los curas en la ignorancia religiosa aymara**)

Parecerá esto **prima facie**, que nos hacemos culpados sin tener culpa de una cosa tan grave; pero para que veamos la verdad de esto, vamos discurriendo poco a poco. Cierto es que en esta nación Aymara entre pequeños y grandes hay más de mil pueblos, o poco menos. Contemos ahora cuantos son los predicadores que sabiendo bien esta lengua, con la claridad y suficiencia que se requiere, enseñen la doctrina evangélica. No dijera mal si afirmara que apenas llegan a 20, pero quiero conceder que sean 50; pues si los pueblos son tantos y los predicadores pocos y éstos no salen a otros pueblos, fácilmente puede colegirse que la Fe no está bastantemente plantada en esta nación, porque conforme al Apóstol: **fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi**. Después para mayor claridad añade: **Quo modo audient sine praedicante?**[2].

Los misterios de nuesta Santa Fe son altísimos y tales que, aunque de ninguna manera son contra razón, pero sobrepujan a toda razón; y aunque el hábito de la fe con todas las demás virtudes se infunden con el Sacramento del Bautismo, pero el acto de creer, cual es necesario en un cristiano adulto, no se produce sin la intrucción necesaria de las cosas y misterios

---

1 El que no ama a su hermano, permanece en la muerte y no tiene herencia en el reino de Cristo Dios.

2 La fe procede de la escucha y ésta de la palabra de Cristo. Pero, ¿cómo escucharán sin nadie que les predique?

pertenecientes a la misma Fe. Y éstas como son tan soberanas, si no se proponen con la claridad que conviene, acomodándose el predicador a la capacidad de los oyentes, abriendo camino al entendimiento con algunas comparaciones fáciles y claras, y en fin dando a mamar la leche de la doctrina Evangélica: **quasi nutrix fovens filios suos**[3], como dice el Apóstol, no sé con qué Fe puede criarse aunque uno esté bautizado; y sin la Fe y conocimiento explícito de lo que Dios nos manda creer, no sé tampoco qué manera será la de su vida, especialmente si ve a sus padres y a sus viejos que no hacen caso de las costumbres y vida cristiana, o ya que acuden a misa y se confiesan cada año, juntamente guardan los ritos gentílicos, adorando los cerros, confesándose con sus hechiceros y teniendo otras innumerables superticiones, como es notorio.

Y en medio de tan malas hierbas, si no se van arrancando con la continua predicación y con mostrar la vanidad de semejantes abusiones, ¿cómo podrá crecer la semilla de la divina palabra?; cuando mucho se enseña, con mandar decir al pueblo las oraciones y el catecismo por medio de algunos muchachos, sin otra declaración de los divinos misterios que en él se contienen. De donde resulta que los creen con muchos errores, y asi vienen a ser un monstruo, ni del todo gentiles, ni enteramente cristianos: al pie de la letra como los de Samaria, según de ellos se escribe en el Libro IV de los Reyes, donde dice el sagrado texto: **Fuerunt igitur gentes istae timentes Dominum, sed nihilhominus idolis suis servientes: nam et filii eorum et nepotes sicut fecerunt patres sui, ita faciunt usque in praesentem diem**[4]. Pues si los indios son de esta manera por falta de enseñanza, muy claramente se echa de ver que somos culpados en ello, pues por no saber su lengua no los enseñamos, ni damos bastante noticia del Evangelio, ni creo que habrá nadie, si tiene un tantico de humildad, que no conceda esto, sin osar contradecirlo; y donde no se siembra, ¿qué esperanza puede haber ni aun de mediana cosecha?.

Concedamos, pues, que aunque la tierra está llena de espinas y abrojos y por esto muy mala de sembrar: pero ya que nos hemos encargado de ella y llevamos nuestro estipendio a título de que somos sus labradores, ¿no tendremos que responder a su dueño cuando se ponga en cuenta con nosotros y nos pide los frutos, que no cogimos por no haber trabajado en cultivarla?. No soy amigo de encarecer nuestras cosas. Pero volviendo por la verdad, digo que en este pueblo de Juli, y aun donde quiera que se pone

---

3 Como una nodriza alimentando a sus hijos.

4 Fueron, pues, estas gentes temerosas de Dios, pero no menos servidoras de sus ídolos; pues sus hijos y sobrinos, como obraron sus padres, así obran hasta el día de hoy.

cuidado en enseñar **verbo et opere** [5] la doctrina Evangélica conforme a la capacidad de los indios, se ven almas muy aprovechadas, no solamente en la enmienda de su vida pasada, sino también en virtudes y costumbres cristianas. Y si también se ven otros que no son tales y perseveran en sus vicios y maldades por muchos sermones que les prediquen, digo que es cosa común, en todos los pueblos de cristianos, estar mezclados buenos y malos, y siempre lo estarán hasta que el mundo se acabe, y así no hay que espantarse que se vea esto mismo entre los indios, pues de gente más política y entendida que ésta dijeron: **Non omnes obediunt evangelio. Domine, quis credidit auditui nostro?.** Y con todo esto no dejaron de predicarles, pues dijo el Profeta: **In omnem terram exivit sonus eorum**[6] . Confesemos, pues, que no tienen toda la culpa los indios si aprovechan tan poco en la doctrina evangélica, pues procede también del descuido que nosotros tenemos en enseñarles, y de la poca confianza que tenemos en Nuestro Señor de que haremos algún provecho por mucho que los doctrinemos.

(6.Estímulo en tradición evangelizadora de Iglesia)

Para librarnos de esta culpa no hay otro remedio que sujetarnos al trabajo, animándonos con el ejemplo de los que no solamente lo tomaron en aprender lenguas de naciones muy bárbaras para reducirlas a Cristo, sino de los que dieron sus vidas en esta tan gloriosa empresa de ganarlas para el cielo. ¿Qué dejó de hacer el príncipe de los apóstoles San Pedro, a quien Nuestro Señor entregó el cargo de su rebaño? ¿Qué trabajos no tomó su coapóstol San Pablo y los demás apóstoles y discípulos del Señor? ¿Quién dirá las provincias y tierras que anduvieron? ¿Quién el hambre, sed y desnudez que padecieron? ¿Quién las afrentas, cadenas y largas prisiones que pasaron? ¿Cuántas noches emplearon en oración, negociando con Dios la salvación de las almas, que con tantas ansias iban buscando?.

Y aunque principalmente se echa de ver esto en los sagrados apóstoles y otros varones apostólicos de aquellos tiempos de la primitiva Iglesia, pero nunca han faltado en ella santísimos pastores, celosísimos sacerdotes y varones encendidos en la caridad de sus prójimos, que olvidados de las cosas perecederas de la tierra, todos sus cuidados, deseos y continuos trabajos emplearon en acrecentar la hacienda de Cristo, que son las almas redimidas con su sangre preciosa. Pero más que todos nos animará el ejemplo del mismo Cristo, el cual tuvo tanto amor a las almas, que por sacarlas del

---

5 De palabra y de obra.

6 No todos obedecen al evangelio. Señor, ¿quién creyó a lo que de nosotros escuchó? Y a toda la tierra llegó el sonido de su voz.

poder del infernal tirano y de los eternos tormentos, no dudó siendo Dios hacerse hombre, abatirse, humillarse, pasar hambre, sed, y cansancio, y finalmente tender sus brazos en una cruz, y dejarse enclavar en ella, dejando asombrado al cielo y a la tierra con el amor tan excesivo que mostraba a las almas, dando su divina vida en trueque de ellas.

Pues ¿qué amor mostraremos a Cristo los sacerdotes, si habiéndonos encargado el cuidado de la cosa que más amó y ama en este mundo, que son las almas, con tanta tibieza las buscaremos, y a vista de ojos dejaremos que su capital enemigo triunfe de ellas, arrebatandolas del reino del cielo para llevarlas a los abismos infierno?. Ingratitud fuera ésta, y crueldad tan aborrecible en los ojos de Dios, cuan dañosa y perjudicial a nuestras mismas almas, que han de dar cuenta de lo que nos han entregado. Y por ser negocio dificultoso poder cumplidamente satisfacer esta tan precisa obligación que tenemos los sacerdotes, a cuyo cargo está enseñar la doctrina evangélica a esta nación Aymara, sin un Vocabulario de su lengua, he procurado salga a luz, tal cual es éste que ahora sacamos.

No sé si he salido con mi intento, pero ha sido buscar y recoger el trigo y molerle, juntando todos los vocablos que han parecido necesarios para el fin que pretendemos. Lo que resta ahora es que amasemos el pan con el agua de la doctrina celestial; porque ni el saber la lengua de los indios aprovechará, sin la enseñanza continua de esta soberana doctrina, ni tampoco el saber esta misma doctrina, si no se supiese manifestar con claridad de los vocablos y frases y modos de hablar que para enseñarla se requieren. Trabajo ha sido de muchos años, especialmente por haberse pasado en compañía de muchas enfermedades y otras ocupaciones muy forzosas; pero todo lo doy por bien empleado por la esperanza que tengo que ha de ser de alguna ayuda para la salvación de las almas, y por el consiguiente a gloria de Nuestro Señor Jesucristo, a quien supliquemos se sirva hacernos idóneos ministros de su sagrado Evangelio. Valete. De Juli, y Julio 10 de 1611 años».

II. ANOTACIONES PARA HABLAR BIEN LA LENGUA AYMARA (1612)

(1a. De la pronunciación y ortografía de la lengua)

«La ortografía es arte que enseña a escribir bien y congruentemente, usando de las letras y caracteres, que los sabios de las lenguas aplicaron para leer, y pronunciar conforme al uso de cada nación. De dónde se sigue que quien supiere leer bien según la fuerza y sonido de cada letra, sabrá

pronunciar bien si lo escrito llevare las letras que la ortografía pide; y este mismo saber leer bien será causa que uno pronuncie mal, si la ortografía faltare.Como por ejemplo: hombre bárbaro, por llevar buena ortografía, quienquiera que sabe leer lo pronunciará bien, y si estuviera mal escrito, de esta manera: homble parpado, el que supiere leer según la fuerza de cada letra pronunciará mal por ser mala la ortografía; de donde se echa de ver cuán necesario sea que los vocablos vayan bien escritos según la variedad de su pronunciación. Si esta lengua, como en muchas partes se conforma en la pronunciación con la española, se conformara en todo, no hubiera necesidad de inventar otras letras o modos de escribir que los que usamos escribiendo en romance. Pero estos aymaraes tienen muchas pronunciaciones, que no tienen los españoles, y por el contrario los españoles tienen otras de que carecen los Aymaraes. Por esto es necesario buscar algún modo de ortografía que enseñe a pronunciar bien lo que se escribiere en su lengua.

Dos maneras hallo yo para esto: la una es, que se inventasen nuevos caracteres aplicándolos a las pronunciaciones de que nosotros carecemos; pero, aunque ésta sea las más propia y mejor manera, tiene un inconveniente muy grande, y es que, si no hubiere maestros de escuela que enseñen a pronunciar aquella nueva forma de letras, solamente el inventor de ellas sabrá pronunciarlas; por esta causa tengo por mejor la otra manera, y es que usemos de las mismas letras que tenemos en romance duplicándolas, o acompañándolas con otras, o de otra manera como mejor pareciere, y así duplicadas y acompañadas se apliquen a la pronunciación que fuese menester, porque por una parte no se extrañarán las letras, y acompañadas o duplicadas de aquella manera servirán de pronunciar conforme a las reglas que para ella daremos.

Y no es nuevo hacer esto, porque la lengua italiana y española usan de las mismas letras que la latina, y para sus pronunciaciones particulares duplican las letras latinas, o las acompañan con otras. V.g. en esta dicción, amarillo, aquellas dos ll, se pronuncian diferentemente que en latín, y para escribir esto mismo en italiano escribieran de esta manera: amariglio; los españoles dicen milla y los italianos miglia, y todos pronuncian de una misma fuente, y lo escriben de diferente manera tomando cada nación las letras latinas, y acomodándolas a su natural pronunciación con duplicarlas o acompañarlas con otras, como es fácil advertirlo, y pudiéramos traer otros muchos ejemplos. Esto mismo pues guardaremos en esta lengua y para proceder en esto con la claridad que conviene, primeramente es necesario saber las letras y sílabas que se han de diferenciar de nuestra común pronunciación y modo de hablar.

Parecerá esto **prima facie** negocio muy dificultoso, pero yo lo hallo muy

fácil y hacedero, porque, con saber pronunciar 12 o 14 vocablos que aquí ponemos, se sabrán pronunciar todos los demás que se hallaren escritos conforme a la pronunciación que aquí enseñamos. Sean pues las sílabas estas con sus vocablos:

Cca, cco, ccu. Luz, **Ccana.**
Ccha, cche, cchi, ccho, cchu, Fuerza, **Cchama.**
Chha, chhe, chhi, chho, chhu. Perderse, **Chhaccatha.**
Ghi. Bebe, **Vmghi.**
Gra, gre, gri, gro, gru. Dar a diversas personas, **Churagratha.**
Ka, ke, ki, ko, ku. Enojarse, embravecerse, **Kapistha.**
Kha, khe, khi, kho, khu. Encima, **Paskhana.**
Pha, phe, phi, pho, phu. Soga de bicho, **Phala.**
Ppa, ppe, ppi, ppo, ppu. Barro colorado, **Pparppa.**
Qhue, qhui. Algodón, **Qhuea.**
Qque, qqui, Mezquino, **Traqque.**
Tha, the, thi, tho, thu. Frío, **Thaa.**
Tta, tte, tti, tto, ttu. Pan, **Ttantta.**

El modo como cada uno sabrá pronunciar estas sílabas y los vocablos en que se hallan al principio, medio, y fin de ellos será esto que pregunte al indio ladino, o al criollo que mamaron de esta lengua con la leche, y que también saben bastamente la española, y le diga cómo se dice en su lengua luz por este vocablo **ccana**, fuerza por **cchama**, o enojarse por **kapistha**, dar a muchos por **churagratha**, encima por **patkhana**, soga por **Phala**, barro por **pparppa**, algodón por **qhuea**, peña por **haqque**, frío por **thaa**, pan por **ttantta**, beber por **vmghi**. Diome de beber: **vmghito, etc.** Y advirtiendo como pronuncia el indio, procurar de pronunciar de aquella propia manera, haciendo hábito en tales pronunciaciones, y después hallando aquella letra, o sílaba en este vocabulario y en todo lo que se escribiere según esta ortografía, procurar de pronunciar siempre de aquella manera y si él escribiere, escribir también de la misma manera, acostumbrándose a ello, y lo que se ha dicho de estas sílabas, cca, ccha, gra, ka, kha, pha, ppa, qhue, qque, tha, tta, ghi, etc.

Para saberlas pronunciar se guardará también cuando aquellas letras se juntaren con e,i,o,u, porque casi todas ellas pueden juntarse con todas las vocales, como puede verse en todo el discurso de este vocabulario,como **kellu**, amarillo, **killina**, carbón, **kochallo**, roto, **kusa**, chicha, y así de todas las demás letras, que por no alargarme no pongo ejemplo de cada una en particular,ni es necesario por ser negocio claro, verdad sea que esta letra Ka, Ke, Ki, etc. se pronuncia también de otras maneras, pero por no causar confusión me ha parecido mejor dejarlas al uso cotidiano, que es maestro de todas las artes.

La regla que se ha dado para saber pronunciar, es más cierta y segura remitiéndolo al indio o criollo, para que lo aprendamos y oigamos de su boca, que no enseñar como se ha de poner la lengua, labios, y dientes, o si ha de ser la pronunciación hacia adentro o hacia afuera, que por esta regla quedaría abierta la puerta para errar muy a menudo. Con todo esto, por no dejar de acudir al parecer de algunos pondré también algunas advertencias como se han de poner los labios y otras cosas para saber pronunciar, que por ventura dará alguna luz para ello.

Cca, qhue, qhui, se pronuncian con el principio de la garganta al fin del paladar, apretando algo el espíritu. Kha, se pronuncia casi de la misma manera, sin apretar el espíritu o resuello. Ka, apretando mucho la garganta como quien da castañeta. Ccha, apretando la lengua y retirándola al pronunciar. Chha, echando el espíritu afuera más que la nuestra cha ordinaria. Gra, como si la g, fuera ijota, y también ghi. Pha es media entre f y p. Ppa, apretando los labios mucho. Qque, qqui, con más fuerza que si fuera con solo una q. Tha echando el espíritu afuera. Tta, apretando mucho la lengua entre los dientes. Quede dicho así esto, aunque con alguna oscuridad porque es dificultuoso señalar las partes de la garganta, lengua, y dientes donde se hace la pronunciación, y así me parece mejor aprender oyendo a los indios.

Es tan importante saber bien la pronunciación, y la ortografía para escribir que sin ella resultan muchos yerros, como se verá. 1o. No se entenderá lo que uno quiere decir, sino es por discreción o adivinando. 2o. Que dirá una cosa por otra si uno escribiere o pronunciare según la ortografía del romance, como si en lugar de **kacha hocha** que significa pecado ligero o pequeño, escribiese o pronunciase **ccaccha hocha**, que significa pecado de incesto. Y son casi innumerables los vocablos donde hubiera gran equivocación, si con el pronunciarlos o escribirlos de diferente modo no se distinguieran. 3o. Que en lugar de algún vocable honesto dirá otro que es torpe, como **hallu** con aspiración significa lluvia o aguacero, y sin ella quiere decir **pudenda virorum**[7]. 4o. Que aunque se entienda lo que uno quiere decir pronunciando mal pero afende los oídos o provoca a los oyentes a risa, como nos reímos de los indios nosotros cuando les oímos que dicen Mal varido en lugar de Mal parido, Caurasara en lugar de Carvajal, Resituma por Legítimo, Perazo por Pedazo, Salo por jarro, Cometa por Comida, y otros disparates como éstos.

Holgárame de haber hallado cosa asentada acerca de la ortografía de esta lengua, pero pues no hay nada pareciome puesta en razón la que aquí

---

7 miembro viril.

enseñamos, y si fuere diminuta o insuficiente, con el tiempo se podrá ir mejorando como acontece también en la lengua española, que tampoco tiene la firmeza que conviene, que aun en los libros impresos hay gran variedad en la ortografía, como puede verse en la obras del Padre Fr.Luis de Granada y del P.P.de Ribadeneyra y en otros que varían en hartas cosas unos de otros, con ser hombres tan doctos, porque unos escriben hazeys, otros hazeis, unos consciencia, otros conciencia, unos charidad, otros caridad, etc.

Pertenece también a la ortografía de esta lengua, saber que muchas veces se pone un puntillo entre dos tt como **Yatichit*ta, Aparát*tatha, Hac*cquitha, cchac*khatatha,** y en otras muchas ocasiones, para significar que es menester detenerse un poco allí, y que no debe pronunciarse como si fueran dos consonantes juntas como se usa en latín. La ortografía de cada vocablo se sabrá mejor mirándole donde está escrito con los demás en su propia letra como en la A, los que comienza por A, y en la B, los que en su primera sílaba tienen B. Y así los demás, por el cuidado que se tuvo en escribirle con más puntualidad en su lugar, que en otras partes donde se topare.

Las consonantes dobladas como cca, ppa, qq, tta, otras así que se acompañan, contra el uso de la lengua española sirven de una sola letra, pero con diversa pronunciación. Y esto se hace para que se repare en que esta lengua pide, en semejantes letras, diverso modo de pronunciar y sin esta diligencia no se reparara y hubiera gran equivocación y confusión en los vocablos; aunque la cca, **in medio dictionis,** se pronuncia como en latin algunas veces, aunque pocas. Es necesario saber la ortografía especialmente **in principio dictionis,** para saber buscar los vocablos en este libro de la primera y segunda parte, y mucho más en la segunda.

Algunas naciones se deferencian de otras en la pronunciación: porque estos lupacas raras veces pronuncian ya, sino a, como en lugar de **hihuayatha hihuaatha, lurayatha luraatha** y así en lugar de **suyu** dicen **suu** contra el uso de los indios Pacajes y otros que siempre pronuncian yo.l.yu. Muchas veces también donde los Pacajes dicen ña, éstos dicen lla, como **piña uñatha,** y los Lupacas **pilla ullatha,** etc. Unos dicen **Hutkhatha,** y los Canas y Canchis **Hutcatha,** volviendo la partícula kha interpuesta en ca, ordinariamente. Unos pronuncian **Layra** en lugar de **Nayra, Luranatha** en lugar de **Lurahata** en el futuro, otros **Yatichaama** en lugar de **Yatichamama.** Adviértese esto para que no se extrañe cuando los indios hablaren de aquella manera, no solamente en lo que se ha dicho, sino también en otras ocasiones, que con el uso y advertencia se irán sabiendo como otras muchas cosas.

(2a. De los vocablos de la lengua)

La causa de haber tantos vocablos en esta lengua es, porque en las acciones de las cosas no miran tanto al efecto como al modo con que se hace, y como éste sea vario, resulta de ello gran variedad y copia de vocablos. Nosotros para decir llevar una cosa, no miramos más sino que la cosa se pase de una parte a otra, y así hay un verbo general para personas y cosas cualesquiera que sean, que es el verbo llevar, y esto está recibido en la lengua romance. Pero en la lengua aymara se mira si la cosa que se lleva es persona o animal bruto, si la cosa es larga, si pesada o ligera, porque realmente, según estas calidades, son diversos los modos de llevar con las manos, en el hombre, a cuestas, etc. Porque el modo de llevar es diverso. Aprovecha saber esto así para no espantarse mucho de la gran copia de vocablos, como también ya que los hay, para buscar los que son propios para cada cosa. Lo cual sucede no solamente en los verbos de llevar, sino también en otros muchos, como en traer, andar, lavar, y aun en los nombres y particularmente en los de parentesco.

2. Los novatos que van aprendiendo la lengua aymara muchas veces yerran queriendo deducir un vocablo de otro por alguna semejanza que entre ellos hay, y con esto pasan muchas dificultades en concertar el uno con el otro. **Hayppu** es la tarde y **hayphu** oscuro, que no se parece bien; querrá uno decir que el uno se deduce del otro, pero no tienen que ver y también son diversos en la pronunciación, y por no advertirse bien dan en estas deducciones.

3. La significación del vocablo principalmente conviene al que está en primer lugar en el vocabulario, así en la primera como en la segunda parte, y si se ponen muchos, búsquele su significación en sus propios lugares.

4. Algunas veces no se ponen los compuestos en su orden, sino que se entrementen los verbos con los nombres verbales, para mayor claridad de sus significaciones y también porque no se hallaron a su tiempo; pero con mirar una columna más toparán con ellos si los hubiere.

5. Pónese algunas veces primero el compuesto que su simple por ser más ordinario, pero será fácil de saberse con quitarle la partícula, aunque por ventura no se usará sino compuesto.

6. Los vocablos algunas veces se explican con muchas palabras, pudiéndose con menos y aún se declaran con algunos ejemplos. Pero todo esto se hace para quitar equivocación y para que se entienda mejor lo que cada vocablo significa; y no se ponen siempre para evitar prolijidad.

7. Cuando el vocablo compete al hombre, de ordinario conviene

también a la mujer, sino es que se advierta lo contrario en la declaración o conste por alguna otra evidente razón que no compete a ambos.

8. Los indios usan ya de muchos vocablos tomados de la lengua española, o porque no los hay en la suya, o porque se len han pegado con el trato de los españoles, como candelero, vinajera, sombrero, etc. Y si los usan, aunque corruptamente, tengo por mejor acomodarse a su modo de hablar que no inventarles nuevos términos en su lengua. Pues entenderán mejor con decirles candelero, o candrillo apaninta: que no candela faattaaña apanima, porque aunque éste segundo es propio de la lengua, pero el otro es más recibido y usado, y lo mismo sucede en los verbos. Pero todos los nombres y verbos tomados de la española se declinarán y conjugarán al modo de la lengua aymara, como azotitha, azotar, Perditha, perder, Pacaritha, pagar. Y como éstos, hay otros muchos que se hallarán en diversas partes del vocabulario, especialmente en la primera.

9. Alguna duda y gran confusión podría causar el ver que preguntando al indio la significación de algún vocablo dice una que es muy diversa de la que ponemos en el vocabulario. Pero esto nace, o de que el vocablo tiene todas aquellas significaciones que el indio dice, aunque no están escritas en el vocabulario por ser claras, o de que el indio no entiende bien lo que le preguntan, o no le preguntan como conviene. Por esto es menester que haya mucho miramiento en el preguntar con toda la claridad posible para que responda con la que conviene, y no condenar luego por impropio algún vocablo, o frase por el dicho de uno sólo. Pues unos indios usan de un término y otros de otros, especialmente si son de diversos pueblos o provincias.

10. Confieso que a veces no se ha podido hallar la significación de algún vocablo que corresponda bien a la lengua española o a la lengua aymara, o la frase de la una que venga bien con la otra. Pero por no dejarlo del todo, se ha puesto algún vocablo, o modo de hablar no tan propio, a fin que por medio de él se busque y haya entrada para investigar lo más propio, y esto no será de poca importancia para los que son curiosos en estudiar esta lengua aymara.

11. Podría ser que alguno se ofendiése cuando topa en este vocabulario algunos vocablos de cosas torpes pareciéndole que podían dejarse. Pero esto se hizo porque muchas veces los confesores entenderán más fácilmente lo que se dice en confesión sabiendo los tales vocablos que no sabiéndolos y servirán también para percibir mejor las circunstancias de los pecados, y aprenderlos con este fin no puede dañar, pues **omnia munda mundis**[8].

8 Todas las cosas son limpias para los limpios.

(3a. **De algunas cosas menudas**)

En esta lengua hay muchos sinónimos o vocablos para una misma cosa. Entiendo que nació esto de la reducción de muchos pueblos, porque en cada uno habría alguna diferencia, usando en un pueblo de un vocablo y en otro de otro,como también sucede en todas las naciones; juntándose después todos en un pueblo y comunicándose vinieron a usar para una misma cosa de otros vocablos de que los moradores usaban, y los moradores de otros, que eran propios de los advenedizos. Para saber si son verdaderamente sinónimos de una misma significación, mírese el lugar del vocabulario donde principalmente se trata de cada uno, que es en su propia letra. Porque cuando se pone por sinónimo de otro, podría ser que lo fuese en parte, y no en todo, y de esto resultaría algún yerro, como aconteció a un Vizcaíno que, pensando que Bazin y Servicio siempre significaba lo mismo, dijo que le había dado a comer un bacin de asado, y otro de guisado.

2. La causa de haber puesto muchos sinónimos es, porque no sólo hemos menester saber hablar con los indios, para lo cual bastarían menos vocablos, sino que también es necesario que sepamos entenderlos cuando ellos hablan y porque usan mucho sinónimos, unas veces de unos, otras veces de otros; si no supiéremos los tales sinónimos, tampoco entenderemos lo que dicen, y así fue necesario ponerlos.

3. Cuando se ponen muchos vocablos que significan lo mismo nombres o verbos que sean como **Larca, Pincha, Irpa,** que todos tres significan acequia, y después dice en el vocabulario: Hacer acequia o haberla, **Larcachatha,** etc. Este etc. quiere decir que también pueden componerse de la misma suerte los otros dos sinónimos y decir **Pinchachatha, Irpachatha,** que significan lo propio que **Larcachatha,** hacer acequia, y esto se hace por abreviar, y así será menester advertir esto cuando uno va estudiando el vocabulario, no solamente para componer con partículas los demás verbos, sino para componer nombres y adverbios, y lo demás que alli se enseña.

4. Muchas metáforas hay en esta lengua pero conviene advertir que aquel la hablará mejor y con más provecho que se acomodare al lenguaje común y ordinario, v.g. **Inti hallu** es más ordinario que **Intiphallufu, Inti halanti** es más claro que no decir **Inti thalakharanti.** De estos modos metafóricos y exquisitos bastará usar de cuando en cuando, para dar alguna sal y lustre a la oración.

5. En la composición del vocabulario no se ha mirado más que a las tres o cuatro letras primeras de cada vocablo, poniendo en primer lugar los que convienen en aquellas tres o cuatro letras por orden del a,b,c. Porque mirar que concertaran en más, fuera cosa de mucho trabajo, y no necesaria.

6. Si en los casos que pide el nombre, o verbo hubiere duda, pregúntele al indio alguna oración en dos o tres maneras, variando el nombre en los casos en que podría ponerle con aquel verbo, y después pregúntale cual de aquellas maneras estará mejor y es la más ordinaria, y seguir lo que el indio dijere, aunque en este vocabulario se ha tenido cuidado de apuntarlo. Este número 3, al cual se siguen las sílabas, que, khe, ee, ii, y otras semejantes, significa que la tercera persona del verbo se acaba de aquella manera para saber formar los tiempos que de ella dependen.

8. Algunas veces, acotando con la primera o segunda parte del vocabulario se hallará que dice vi de ibi, o una v solamente, lo cual quiere decir que allí se hallará la contracción del verbo, o alguna regla para hablar congruentemente, o algún sinónimo, y cosas semejantes.

9. Idem, ordinariamente se pone en los vocablos que los indios han tomado de la lengua españolas, y también cuando la significación es la misma que se puso en el vocablo precedente o cuando un mismo vocablo sirve a dos cosas, a la que precede y a la misma donde se pone idem.

10. La (+) se pone cuando se van diciendo otras cosas pertenecientes a la gramática, o a la significación general del nombre, o verbo.

11. La **q** se pone donde se da alguna regla general perteneciente a la gramática, o a la significación general del nombre o verbo.

12. Cuando en el vocabulario se hallare, Ro, Na, Tha, Mpi, entender que el verbo pide su caso con aquellas preposiciones, y esto se hizo **brevitatis causa**, y cuando dice Acusativo entender que se ha de ser sin preposición.

(4a. **Modo de estudiar la lengua**)

La principal cosa que ayuda para saber esta lengua es un deseo grande de salir con ella para procurar de veras la salvación de los indios, porque sin este despertador cesará todo el cuidado que en esto debe haber.

2. Después de esto es necesario estudiar el arte breve al principio que uno comienza, para saber declinar y conjugar, después con estos principios, y otros semejantes que en ella se enseñan, comenzar a construir algunas cosas de esta lengua, como son las oraciones, catecismo,etc, tomando los vocablos, y modos de haber que se van topando, y comenzar a hablar algo, aunque sea tartamudeando.

3. Sabidos estos principios, y cobrada alguna noticia del modo de hablar de esta lengua, es forzoso instruir en 3 cosas principalmente que son, estudiar con cuidado el arte grande, construir cosas algo más dificultosas como son sermones, ejemplos y otras cosas que hay en esta lengua, traducidas y compuestas con mucha propiedad de los mismos indios, y porque todo esto no se quede en la especulación, es necesario venir a la práctica sujetándose al trabajo de la composición. Sin éstas tres cosas, tengo por imposible que uno venga a saber hablar algo en esta lengua que sea digno de oír, ni que pueda entenderle con la claridad que conviene, y porque uno puede engañarse presumiendo que todo lo que dice va muy bien dicho, y declarado, es necesario acudir al maestro, o a alguno que sepa dar razón de esta lengua, y que corrija las faltas, que en la composición hubiere. Pero para alcanzar facilidad en el hablar, añado que es necesario ejercitarse en predicar los sermones o ejemplos, que se fueren componiendo, después de haberlos corregido con el maestro; porque sin enmendarlos, el que los quisiese predicar cobraría facilidad en hablar mal toda la vida, persuadiéndose que habla muy bien y hablando con muchas impropiedades y solecismos o barbarismos. Sin llevar el modo que este lenguaje pide, poco fruto sacará de sus sermones y doctrinas, sino es que estas faltas se impusiesen con el mucho espíritu, y particular concurso de Nuestro Señor. Pero siempre es bien hagamos lo que podemos de nuestra parte, aunque sea a costa de mucho trabajo, pues le hay en todas las cosas para alcanzarlas, si son de mucha estima.

4. Porque uno no puede hallar siempre el maestro a mano, cuando le faltare será necesario acudir a los indios ladinos. Pero será menester tener mucho aviso en preguntarles, para que no respondan una cosa por otra, acomodándose en las preguntas al modo más claro para ellos y si preguntados en primera persona no lo entendieren, pregúntenle por las demás, y así en los tiempos, y modos del verbo, y casos del nombre, porque muchas veces se turban, por no entender a qué tiran nuestras preguntas, y responden disparates, y no hay duda sino que unos indios son más aptos, y entendidos que otros, y es bueno hacer prueba de muchos.

5. Importará mucho ir leyendo poco a poco el vocabulario, y las frases para echar de ver que esta lengua no es corta, y que tiene muchos modos de hablar, notando algunos siempre, y tomando algún número de vocablos, aunque no sea más que una docena cada día y principalmente aprovechará sacarlos de los sermones y ejemplos que fuere leyendo y construyendo, porque estos son los que **ex adiunctis** se entienden mejor, y aun será provechoso notar aparte en qué ocasión podrá servirse de tal modo de hablar, vocablo y frase.

6. Si la gramática de la lengua española fuera fácil de dar a entender,

pusiera algunas reglas para los indios que quieren aprovecharse de este vocabulario, pero como sea cosa difícil darla a èntender sino es a gente que haya estudiado, no puedo decir otra cosa sino que al indio si fuere ladino, y entendido le será de provecho tomar el verbo, **yatichatha**, con lo que corresponde a la lengua española, y saber la correspondencia de la una lengua a la otra, y con esto quizá podrá aprovecharse de la primera, y aun de ambas partes del vocabulario.

7. Para enterarse más de la propiedad del vocablo, no sería tiempo perdido mirar, así en la primera, como en la segunda parte de él para ver si corresponden las significaciones de los vocablos. Porque el vocablo del aymara, con que se declara el de la lengua española, estará en la segunda parte, y aquel con que se declara el de la lengua aymara, estará en la primera parte de este vocabulario».

2.5 PABLO JOSE DE ARRIAGA (1564-1622)

Vasco, nace en Vergara y muere ahogado en las proximidades de la Habana, cuando la nave en que iba a España se hundió por una tempestad. A los 15 años entra en la Compañía y en 1585 llega al Perú, siendo todavía estudiante, y completa sus estudios en el colegio de San Pablo y se ordena de sacerdote. Pasó la mayor parte de su vida dedicado a la educación en los colegios de San Martín en Lima, del que fue su primer rector en 1588, y de Arequipa. Estaba dotado de una aguda inteligencia y de gran capacidad de trabajo y era un hombre de consejo. Así fue designado procurador de la provincia peruana en Roma en 1601. La **Crónica Anónima** confirma este juicio en la elogiosa reseña que hace sobre él, aunque la misma deba matizarse por el tono ejemplar propio de la crónica[1].

---

1 "Entre ellos el P. Pablo Joseph de Arriaga, el cual sustentó las escuelas menores de latinidad en Lima muchos años, leyendo él siempre Retórica. Fue este padre un hombre que en pequeño cuerpo tenía un corazón en todo grande, y no menor entendimiento, hombre verdaderamente espiritual en lo interior, y en lo exterior hacendoso en gran manera, de suerte que en industria y trabajo hacía por cuatro ordinariamente. Cumplíase en él la propiedad que San Pablo atribuye a la caridad que no es ociosa, porque nunca sabía estar sin muchas ocupaciones juntas, pues le veían siempre en un mismo tiempo leyendo a los estudiantes, confesando mucha gente, acudiendo al gobierno de los colegiales, atendiendo a la prefectura de los estudiantes y a la congregación, y con todo esto buscaba siempre limosna para los pobres de la cárcel, para lo cual tenía algunas casas conocidas que iban por su rueda haciendo la comida los domingos, la cual él mismo iba a dar a los presos, sirviéndoles por su mano y haciéndoles después una plática..." (1944:I,332).

A pesar de su larga estancia en ciudades españolas, debía conocer suficientemente el mundo indígena y, al estallar el escándalo de las idolatrías, acompañó a los visitadores eclesiásticos y dejó un buen testimonio y un manual de tales vistas en su libro **La extirpación de la idolatría en el Perú** (Lima, 1621, Gerónimo Contreras). La obra ha sido reeditada en Lima en 1920 en la Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú y en Madrid 1968 en la Biblioteca de Autores Españoles en **Crónicas peruanas de interés indígena** por Francisco Esteve Barba (pp.191-277).

Como es sabido, a principios del XVII, cuando la gran mayoría de los indios parecían haber aceptado el culto católico, el cura cusqueño Francisco de Avila, párroco en San Damián de Huarochirí, descubrió en 1608 la persistencia del culto a la diosa Pariacaca y otras muchas formas de religión andina, como lo cuenta en el largo prólogo de su **Tratado de los evangelios** (1646), y a raíz de ese descubrimiento el Arzobispo de Lima Lobo y Guerrero organizó campañas para descubrir y procesar a los indios que practicaban ocultamente su antigua religión. Tales procesos fueron como una Inquisición para indios, que estaban exentos de la jurisdicción del Santo Tribunal, con dos diferencias: no podía condenárseles a pena de muerte, sino a otras penas menores, y los procesos de investigación iban precedidos de una misión religiosa para evangelizar a los indios. Arriaga cuenta su designación como misionero en el cap.1 de su obra:

> «Aunque Su Excelencia me tenía ocupado en dar principio al colegio de caciques y en la fábrica de la casa de Santa Cruz, dejándola en buen paraje al cuidado de otro Padre que llevase lo uno y lo otro adelante, me mandó salir a la visita, en la que acompañé año y medio al doctor Avendaño y algunos meses al doctor Francisco de Avila, y así lo que dijere será como testigo de vista o informado de persona de tanto más crédito que el mío» (1968:299).

No es posible detenerse en el desarrollo de las visitas, sobre las cuales hay buenos estudios (Duviols 1971 y 1986). Tampoco se trata de condenar sin más a Arriaga por participar como misionero, no como juez, en los procesos de extirpación. Estos respondían a una concepción de Iglesia y de Estado muy diferente a la de nuestra época, se basaban en el supuesto jurídico que los indios, en cuanto bautizados, estaban sometidos, como cualquier cristiano, a las leyes penales de la Iglesia en sus desviaciones doctrinales y cúlticas, y se iniciaron en un clima de defensa de la unidad religiosa, que en España llevó a la expulsión de los moriscos y en toda Europa a ensangrentar los campos y ciudades por las guerras religiosas.

Pero es importante destacar el papel de Arriaga como sistematizador

de aquella extraña forma de evangelizar que promovió por aquellos años el Arzobispado de Lima con dos momentos culminantes en la 2a. y 5a. década del siglo XVII en torno a Francisco de Avila y al Arzobispo Pedro de Villagómez, autor de las **Exhortaciones e instrucción acerca de las idolatrías de los indios** (Lima, 1649), quien recurre con frecuencia al libro de Arriaga. En otro lugar he estudiado los límites de estas campañas de extirpación, las razones de su aparición y desaparición y el influjo que tuvieron en el conocimiento de la religión popular andina persistente por parte de los agentes de pastoral (Marzal 1983:213-34). Al presentar su libro en el prólogo Arriaga escribe:

> «Aunque no va esta relación dividiva en partes se podrá reducir a tres. La primera, qué ídolos y huacas tienen los indios, qué sacrificios y fiestas les hacen, qué ministros y sacerdotes tienen en su gentilidad e idolatría el día de hoy. La segunda, las causas de no haberse desarraigado entre los indios, pues son cristianos e hijos y aun nietos de cristianos, y los remedios para extirpar las raíces de este mal. La tercera, la práctica muy en particular de cómo se ha de hacer la visita para la extirpación de estas idolatrías» (1968:194).

He elegido para la antología dos textos. El primero incluye los capítulo VII (De las raíces y causas de la idolatría que hoy día se halla entre los indios) y VIII (De otras causas de las idolatrías de los indios). Y el segundo el capítulo XI.

I. EVANGELIZACION Y RESISTENCIA RELIGIOSA ANDINA (1621)

(1. En las doctrinas falta una adecuada catequesis)

«La principal causa y raíz de todo este daño tan común en este arzobispado, y a lo que se puede temer universal de todo el reino, y que, si sola ella se remediase, las demás causas y raíces cesarían y se secarían, es falta de enseñanza y doctrina. Porque, aunque a cualquier curato de indios llamamos doctrina, lo es en algunas partes en el nombre y no se tiene por falto de doctrina el pueblo donde el fiscal o los muchachos que mejor la saben, la dicen o cantan a los muchachos que se juntan todos los días, y los miércoles y viernes a los del pueblo. Pero aun de esta manera, cuando bien la dicen, es como papagayos sin entender lo que dicen, y si les preguntan, responderán todos juntos, y si preguntan a cada uno de por sí, de 20 no sabe 1 la doctrina, digo el texto de la cartilla, y de éste cuando muchachos saben más, y cuanto más viejos menos, y uno de los mayores trabajos que se pasan en

estas misiones es haberles de enseñar y examinar a cada uno de por sí, lo que es precisamente necesario antes de confesarse, y a los así enseñados y examinados se les da una señal, la cual da al confesor cuando va a confesarse y el confesor le da otra diferente para que le escriban en el padrón por confesado.

También ha sido necesario, en llegando al pueblo, ver si el fiscal o muchachos que enseñan la doctrina la saben bien. Porque en algunas partes la enseñan con muchos errores, trastocando o mudando algunas palabras o letras, con que hacen muy diverso sentido, como en el credo por decir **Hucllachacuininta**, que es la comunión o junta de los santos, decir **Pucllachacuininta**, que es la burla o trisca de los santos. Y a este modo les hemos hallado que, aun en este material de la doctrina, tienen muchas equivocaciones y yerrros, nacidos de que muchos curas, aun esta sombra o imagen de doctrina la dejan algunos a que la enseñen los fiscales y muchachos, despreciando el enseñarla ellos por sus personas, ni reparando mucho a que se les enseñe mal o bien. Y si no hacen lo que es menos, ¿cómo se puede entender que harán lo que es más, que es predicarles y enseñarles los misterios de nuestra fe y sacarles de sus errores y engaños?.

Muchos curas hacen su oficio muy exactamente y como se puede desear, pero algunos hay que saben la lengua, mas ni tienen ejercicio ni uso de predicar; otros hay que ni saben la lengua ni menos lo que han de predicar, ni tienen libros, ni cuidan de ellos; otros hay que son buenas lenguas y saben y pueden predicar, pero no lo hacen, por irse, como dijo el otro, **in communem errorem**,y cuando lo hacen es muy de cumplimiento y sobre peine, sin tomar de propósito el enseñarles.

(2. Tal falta es mayor por la dispersión de los indios)

Es también grande impedimento para esto y mayor daño de lo que podrá ser que entiendan los que lo deben y pueden remediar, estar las dotrinas divididas en muchos pueblos que, aunque haya algunos curas celosos del bien de sus indios, no pueden acudirles conforme a su necesidad, y así podría nombrar algunos pueblos donde no ven al cura, si no es para la fiesta de Todos Santos y para el día de la (ad)vocación de la iglesia u otro semejante, y muchos pueblos donde jamás se les ha predicado el Evangelio y misterios de nuestra fe, sino sólo la cartilla, y se tiene por buena dotrina y buen dotrinero donde el tercio de los indios la saben. Que aunque los Concilios y sínodos y los prelados de este arzobispado, especialmente su Señoría Ilustrísima, que viva muchos años, que al presente la gobierna, ha puesto grandes y muy apretados medios y todos cuantos se le han pro-

puesto para remedio de este daño, todos ellos no son hasta ahora eficaces. Porque como dice el proverbio catalán, **'si cor non mous, en vano te caramillo'**. Que como no les salga de corazón y de celo del bien de las almas, muchos no sólo no enseñan a sus indios, pero triscan y motan de los curas que lo hacen, diciendo que es impertinencia y que los indios no han menester saber teologías, que éste es el mismo término que oí a uno. Esta falta de doctrina es todo el daño. **Hoc opus, hic labor est.**

De esta falta de dotrina y enseñanza nace la suma ignorancia, sin hablar con encarecimiento, que tienen de las cosas de nuestra fe, y delante de Dios y de los hombres tienen menos culpa los indios que quien no les ha enseñado, como tiene excusa de no saber matemáticas quien nunca las ha oído, y así a cada paso dicen los indios: 'Nunca me han enseñado esto, nunca me han dicho esto'. No hay hay muchacho, por pequeño que sea, que no sepa el nombre de la huaca de su ayllo, y aunque por sólo hacer esta experiencia, lo he preguntado a muchos, no me acuerdo que ninguno, por muchacho que fuese, me haya dejado de decir su huaca, y son bien pocos los que, preguntados quién es Dios y quién Jesucristo, lo sepan.

(3.Persiste visión andina sobre origen y fin del hombre)

Esta ignorancia es causa de los errores que tienen muy creídos y en que todos están muy de asiento. No saben que procedemos todos de nuestros primeros padres, y así están persuadidos no sólo que los españoles proceden de un principio y los negros de otro, sino que cada ayllo y parcialidad de los indios tienen un principio y **Pacarina**, que ellos llaman particular y la nombran y la adoran y ofrecen sacrificio, llamándola **Cámac**, que es Criador; unos dicen que tal cerro, otros que de tal fuente, otros cuentan de sus **Pacarinas** muchass fábulas y patrañas. Como los de Huacho y Végueta, que el Sol bajó a la tierra y puso dos huevos, uno de oro, de donde procedieron todos los curacas y caciques, y otro de plata, de adonde salieron los demás indios. Otros cuentan en este artículo muchas y largas fábulas, semejantes a las que fingen los poetas de Deucalion y Pirrha, que por ser largas y casi tantas como los pueblos o ayllos no las cuento. Sólo quiero tornar a advertir lo que dije arriba, que ésta es una de las razones porque los indios están tan pertinaces y tercos en conservarse en sus sitios y pueblos antiguos y en volverse a ellos cuando les reducen a otros pueblos, porque tienen aquéllos por su patria y **Pacarina**, y aunque tengan muchas incomodidades es éstos y comodidades en los otros, se verifica en ellos: **Dulcis amor patriae ratione valentior omni**[2].

---

2 El dulce amor a la patria es más fuerte que toda razón.

No tienen menores engaños ni errores en un último fin que en su primer principio, aunque ponen menos términos y paraderos en áquel que en éste. Común error es de todos los pueblos que se han visitado que todas las almas de los que mueren van a una tierra que llaman **Ypamarca**, que podemos explicar a la tierra muda o de los mudos, como dice la frase poética latina **Regio silentum**: dicen que antes de llegar hay un grande río, que han de pasar por una puente de cabellos muy estrecha; otros dicen que los han de pasar unos perros negros, y en algunas partes los criaban y tenían de propósito con esta superticiosa apreensión y se mataron todos. Otros tienen por tradición que las almas de los defuntos van donde están sus huacas. Los del pueblo de Huacho y los otros de la costa dicen que van a la isla del Huano y que las llevan los lobos marinos,que ellos llaman Tumi.

No conocen en esta vida ni en la otra más bienaventuranza que tener buena chacra de que puedan comer y beber. Y así dicen que van a hacer allá sus chacras y sementeras, y no distinguen de que haya de haber ni pena para los malos ni gloria para los buenos. Están persuadidos que los cuerpos muertos sienten, comen y beben y que están con mucha pena enterrados y apretados con la tierra, y con más descanso en sus **machais** y sepulturas en los campos donde no están enterrados, sino en unas bovedillas y cuevas o casitas pequeñas, y ésta es la razón que dan para sacar de las iglesias todos los cuerpos muertos. Engañados con estos errores, no tienen conocimiento de la resurrección de los cuerpos.

(4. Ignorancia sobre sacramentos y descuido en el culto)

Tampoco tienen conocimiento ni estima de los sacramentos, especialmente de la penitencia y eucaristía.Y así son muy raros los que, examinados del visitador, no digan que siempre han callado en la confesión sacramental el adorar las huacas y el consultar los hechiceros y los demás pecados de idolatría. Admirándome yo de esto al principio de la visita y queriendo enterarme si el callar semejantes pecado era pura y mera ignorancia o también malicia, le pregunté a un indio delante del visitador, habiendo dicho las huacas que adoraba: '¿estos pecados confesábaslos al Padre?'. Díjome que no; preguntele más con ésta que es frase de su lengua:'¿Qué te decía tu corazón cuando callabas estos pecados?'. La respuesta fue llorar de repente con grandes gemidos y sollozos, y ya que pudo hablar, dijo: 'Decíame mi corazón que engañaba a Dios y al padre', y esto con tanto sentimiento que en un buen rato no quiso salir de la iglesia al cementerio, donde estaban los demás indios, sino que se estuvo llorando en un rincón, después que se apartó de nosotros.

No ha sido pequeña causa de no tener el conocimiento y estima de-

bida de la confesión la poca que algunos de sus curas les han puesto, no sólo no exhortándoles a la confesión entre año, pero juzgando por impertinencia el admitirles a ella cuando por devoción quieren confesarse algunos. Mayor es el olvido e ignorancia que tienen del Santísimo Sacramento del altar, porque aunque en algunas partes algunos sacerdotes cuidadosos del bien de sus indios han puesto diligencia en disponerlos para que comulguen la Pascua, pero lo común es que no comulgan ni por Pascua, ni por modo de viático cuando están enfermos, porque, por evitar el trabajo de disponerles los curas, dicen que son incapaces. Y como éste es misterio de fe, entiendo que una de las causas de que no están tan arraigados y fundados en ella es no recibirle. Y para esto no quiero más razón que el oráculo y testimonio del Sumo Pontífice y Vicario de Cristo Nuestro Señor. Porque preguntando Clemente VIII, de feliz recordación, en cuyo tiempo fui yo a Roma desde estas partes, por estas palabras: **Quomodo se habent indi peruani circa religionem christianam?**[3], y respondiéndole a Su Santidad que en muchas partes todavía adoraban y retenían sus huacas e ídolos, dijo Su Santidad a esto: **Communincant in Pascate?**[4]. Se le respondió que pocos y que comúnmente no comulgaban, a lo que añadió el Sumo Pontifice: **Non erunt vere christiani, donec communicent in Pascate**[5].

Como la experiencia y doctrina de los santos, especialmente del glorioso San Agustín enseñan, no ayuda poco, mayormente a la gente común, a tener estima de las cosas de la cristianidad, el ornato y aparato en el culto divino. Y siendo comúnmente los indios inclinados a la veneración y adoración de Dios, bien se deja entender cuán poca ayuda tienen en algunas partes de tener estima y conocimiento de la verdadera, por la negligencia que hay en el ornato exterior de los templos y celebridad de los oficios divinos. Pueblo y bien grande pudiera nombrar, donde no se decía jamás misa cantada, si no es la (ad)vocación de la Iglesia, y para entonces a mucha costa de los indios, traían de bien lejos los cantores para oficiar la misa, porque no había en todo el pueblo quien supiese leer ni ayudar a misa, sino sólo un indio, y ése muy mal, y diciéndole yo al cura por qué no ponía una escuela, pues había tanta comodidad para ella, para que aprendiesen a leer y cantar, pues también resultaría en provecho suyo el decir misas cantadas, me respondió que no convenía que los indios supiesen leer ni escribir, porque el saberlo no servía sino de poner capítulos a sus curas.

(5. Resistencia religiosa de sacerdotes andinos y curacas)

Otra causa se puede dar próxima de las idolatrías que se hallan entre

3 ¿cómo se sitúan los indios peruanos acerca de la religión cristiana?
4 ¿comulgan por pascua?
5 No serán verdaderos cristianos hasta que comulguen en la pascua

los indios, que es los muchos ministros y maestros que tienen de ellas, como se ve en los que han sido descubiertos y penitenciados en todos los pueblos. Y hecha la cuenta de todos, mayores y menores, de ordinario se halla para diez indios y para menos un ministro y maestro. Cada ayllo y parcialidad tiene sus sacerdotes particulares y acontece no haber quedado en un ayllo más que tres o cuatro casas, y éstas tienen su huaca y sacerdote particular, que la guarda. Y ayllo he visto donde había quedado sino sólo un indio con su mujer, y en él había quedado el sacerdocio y el cuidado de la huaca de su ayllo. Según esto, bien se deja entender que, teniendo como tienen tantos maestros, que en todas ocasiones y a todos tiempos les están repitiendo las cosas que aprendieron con la leche y que son conforme a su capacidad e inclinación, y no teniendo quién les enseñe los misterios de nuestra fe, que son tan superiores a su entendimiento, sino como dice el refrán: 'Tarde, mal y nunca', cuánta ignorancia tendrán en las cosas de la religión cristiana y cuán enseñados y actuados estarán en las cosas de su gentilidad. Pueblo pudiera yo nombrar de hasta 350 personas de confesión, donde dentro de una hora que llegamos se vinieron de su propia voluntad a descubrir cerca de 30 de estos hechiceros, y dentro de poco llegaron a 40, y en cuatro ni cinco meses no veían al cura, y cuando venía allí, estaba cuatro o cinco días, y luego se volvía a otro pueblecillo suyo bien pequeño, por ser de mejor temple. Pues, ¿qué maravilla que haya idolatría donde tan pocas veces y tan de paso está el cura y donde tan de asiento hay tantos ministros y maestros de ellas?.

A esta continuación y asistencia de los hechiceros se junta otra causa para conservarse la idolatría entre los indios, que es la libertad de los curacas y caciques en hacer lo que les parece y el cuidado y solicitud en honrar y conservar los hechiceros, esconder sus huacas, hacer sus fiestas, saber las tradiciones y fábulas de sus antepasados y contarlas y enseñarlas a los demás. Y si ellos fuesen los que debían ser, sería el único medio para desterrar la idolatría, porque ellos hacen de los indios cuanto quieren, y si quieren que sean idólatras,serán idólatras, y si cristianos, cristianos, porque no tienen más voluntad que las de sus caciques, y ellos son el modelo de cuanto hacen.

(6. Permisividad de curas ante huacas y prácticas religiosas andinas)

Otra causa es no haberles quitado hasta ahora delante de los ojos, que hubiera sido motivo para quitárselas también del corazón, las huacas móviles que tienen, no sólo todos los pueblos, sino también todos los ayllos y parcialidades por pequeños que sean, como se dijo arriba; no haberles quemado sus munaos de los llanos, que son los malquis de la Sierra, a

quien estiman más que sus huacas; no haberles destruido sus machays, que son las sepulturas de sus abuelos y progenitores, y adonde llevan los cuerpos hurtados de las iglesias; no haberles quitado los morpis, que llaman en los llanos, chancas en el Cuzco, y conopas en este arzobispado, que son sus dioses Penates, heredados de padres a hijos como la joya más rica y preciosa de sus pocas alhajas. Y son muy raros los que tienen, siendo los principales herederos de sus linajes, y algunos tienen dos, tres y cuatro.

De un cacique sé yo que exhibió de su voluntad 11 y su mujer 5, todas con sus particulares nombres. También no se ha reparado hasta ahora en que tuviesen las camisetas antiguas de cumbi que ofrecían a sus huacas o vestían a sus malquis, o que se ponían para todas las fiestas y sacrificios de las huacas.

Permitíaseles las medias lunas de plata que llaman chacrahinca, y otras que llaman huamas, y otras como diademas o patenas redondas, que llaman tincurpa, unas de cobre, otras de plata, y no pocas de oro, y camisetas con chapería de plata, y las huaracas de la cabeza con botones de plata, y plumas de diversos colores, y las huacras, que son unos como collares o alzacuellos de diversos colores, que, como se dijo arriba, eran todos ornamentos de las huacas y para solas sus fiestas. No se quiere decir por esto que se les han de quitar todas las camisetas que tienen de cumbi con achaque que son de huacas, sino sólo aquellas que estaban en sus malquis o huacas y no servían sino a sólo a este ministerio, que éstas es bien quemarlas y no guardarlas, porque no entiendan que se les quitan por quedarse con ellas.

Ni tampoco se reparaba en que tuviesen varios instrumentos con que se convocaban para las fiestas de sus huacas, o las festejaban, como son muchas trompetas de cobre o de plata, muy antiguas y de diferente figura y forma que las nuestras; caracoles grandes, que también tocan, que llaman antari y pututu, y otros pincollos, o flautas de hueso y de cañas. Tienen, además de lo dicho, para estas fiestas de sus huacas, muchas cabezas y cuernos de tarugas y ciervos, y mates, y vasos hechos en la misma mata cuando nacen, entre los mismos cuernos, y otras muchas aquillas y vasos para beber, de plata, madera y barro y de diversas figuras. Ni se separaba en tanta multitud como tenían de tamborines con que celebran sus borracheras, ni menos en los oficios y trajes de los parianas, que dijimos arriba.

Antes usaban de todas estas cosas públicamente, y hacían sus fiestas y danzas a vista de los españoles y curas, y aquí en el Cercado de Lima las hemos visto muchas veces. Y es cosa cierta y averiguada que en muchas partes, con achaque de la fiesta del Corpus, hacen la fiesta de Oncoymita,

que dijimos arriba, que es por entonces. Y en la provincia de Chinchacocha, cuando se visitó, se averiguó que llevaban en la procesión del Corpus dos corderos de la tierra vivos, cada uno en sus andas, por vía de fiesta y de danza, y se supo que realmente eran ofrendas y sacrificios ofrecidos a dos lagunas, que son Urcococha y Choclococha, de adonde dicen que salieron y tuvieron origen las llamas. Y ha llegado a tanto esta disimulación o atravimiento de los indios, que ha acontecido en la fiesta del Corpus poner una huaca pequeña en las misma andas al pie de la custodia del Santísimo Sacramento, muy disimuladamente. Y un cura me dijo que había hallado las huacas en el hueco de las peanas de los santos del altar y otras debajo del altar, que las había puesto el sacristán, y yo las he visto detrás de la misma iglesia. Como también se averiguó en Huarochirí por el doctor Francisco de Avila, que para adorar un ídolo en figura de mujer llamada Chupixamor y Mamayoc, hacían fiesta a una imagen de Nuestra Señora de la Asunción, y para adorar un ídolo varón llamado Huayhuay hacían fiesta a un Ecce Homo.

Cuando les veían hacer estas fiestas todos entendían que no había malicia en ellas, sino que eran sus regocijos y danzas antiguas, y, cuando mucho, que era una vana superstición en que no había mucho que reparar. Como ni tampoco en los nombres y apellidos de que usan, que los más principales son de huacas o de sus malquis,o supersticiosos por otras razones, como se dijo tratando de los chuchus, que son cuando nacen de un parto, o de los chacpas que nacen de pies, que aun para los hijos de éstos tienen nombres particulares.

(7. Permisividad ante borracheras)

El pasar con estas cosas o no entenderlas o reparar poco o nada en ellas los que las habían de remediar, ha sido causa de que los indios las continúen y las hagan más a su salvo. Pero en lo que han tenido mucho mayor descuido y remisión es en consentir y disimular sus borracheras y las juntas que hacen para ellas, especialmente en las mingas que llaman para hacer sus chacras o casas. Porque es cosa muy usada hacer todo lo que hacen por vía de comunidad. Y la unión de estas juntas es siempre el beber hasta caer, y de tal madre, demás de los incestos, estupros y otras muchas torpezas, ha procedido siempre la idolatría en los siglos pasados.

Que así entienden muchos aquel lugar del éxodo, **sedit populus manducare et bibere, et surrexit ludere**[6], que fue adorar al becerro. Y así lo

6 Se sentó el pueblo para comer y beber y se levantó para danzar.

dejan los curas como cosa desahuciada y mal que no tiene remedio, y dicen que no se quieren meter con indios borrachos. Y yo he visto en pueblos que lo que mandan las ordenanzas de los corregidores, que del tomín del hospital se les compren medicinas para los enfermos, reducirlas todas a vino y a enviar tantas botijas a un pueblo y tantas a otro, y de muy mal vino, como lo dijo el cura que lo probó delante de mí y a precio muy subido, y si enviaran también aceite podíase decir que hacían lo que el samaritano del Evangelio; pero todas las enfermedades quieren que se curen con vino, porque convino para sus intereses y granjerías; verdad es que esta falta no es de todos, aunque de los más.

Billete pudiera yo enseñar que vino a mis manos en que escribía el teniente de un partido a un cacique de un pueblo: 'Hermano N., ahí os envío tantas botijas de vino; mirad que han de estar vendidas dentro de tantos días y a tal precio, y pues yo acudo a vuestras cosas, acudí vos a las mías'. Semejantes ayudas de costa y no hacer caso de estos males los que los han de corregir y curar, como son los corregidores y curas, ha sido otra causa de no conocer los indios el miserable estado en que están. Que como es ordinario en gente de corto entendimiento conocer y estimar la culpa, no en ella ni por ella, sino por la pena, como ven que no les han dando alguna pena o castigo, o si ha habido alguno ése ha sido muy breve cuando les han hallado, como los hallan muchas veces, en borracheras, supersticiones o idolatrías y por otra parte ven, como dice muy bien el Padre José de Acosta, cap. 19, lib. 4, **De procuranda salute indorum**, que por cosas muy leves, como no traer una cosa tan presto como se la piden, perder o quebrar una cosa que les dieron que llevasen, u otras cosas a este modo de poca importancia, les suelen castigar, como yo lo he visto, con severidad, y si son adúlteros o idólatras disimulan con ello, vienen a tener estas culpas, que no les castigan, por menores y más leves que las que les castigaron, que muchas veces no fueron culpa ninguna, sino un olvido y descuido natural del indio, que no merecía castigo alguno.

(8. Relativismo y sincretismo como resistencia)

Pero fuera de todas estas causas que podemos llamar extrínsecas, que fomentan y conservan la idolatría entre los indios, hay otras dos intrínsecas, que son dos errores y engaños en que el demonio y sus ministros tienen muy persuadidos y ciegos a todos los indios. El primero es que entienden y lo dicen así,que todo lo que los Padres predican es verdad, y que el Dios de los españoles es buen Dios, pero que todo aquello que dicen y enseñan los Padres es para los Viracochas y españoles, y que para ellos son sus huacas, y sus malquis, y sus fiestas, y todas las demás cosas que le han enseñado

sus antepasados y enseñan sus viejos y hechiceros; y ésta es persuasión común de los indios y cosa muy repetida de sus hechiceros, y así dicen que las huacas de los Viracochas son las imágines y que como ellos tienen las suyas tenemos nosotros las nuestras, y este engaño y error es muy perjudicial.

Otro error y más común que el pasado es que pueden hacer a dos manos y acudir a entrambas a dos cosas. Y así sé yo dónde de la misma tela que habían hecho un manto para la imagen de Nuestra Señora, hicieron también una camiseta para la huaca, porque sienten y dicen que pueden adorar a sus huacas y tener por Dios al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo y adorar a Jesucristo; que pueden ofrecer lo que suelen a las huacas y hacerles sus fietas, y venir a la iglesia y oír misa y confesar y aún comulgar. Aunque en esto de la comunión les ha puesto Nuestro Señor un temor y concepto muy grande, que aún ofreciéndosela a algunos, que parecen podían recibirla no se atraven y no la piden sino los que están bien instruidos en los misterios de nuestra fe y bien desengañados de sus errores y se preparan con muchas veras para comulgar. Pero el común de los indios, como no se les han quitado hasta ahora sus huacas, ni conopas, ni estorbado sus fiestas, ni castigado sus abusos ni supersticiones, entienden que son compatibles sus mentiras con nuestra verdad, sus idolatrías con nuestra fe, Dagon con el Arca y Cristo con Belial. Y son y están puntualmente como los samaritanos, de quien dice la Sagrada Escritura, cap.17 del 4 de los Reyes: **qui cum Dominum colerent,diis quoque suis serviebant iuxta consuetudinem gentium**...Y después que ha contado sus errores concluye el sagrado texto: **Fuerunt igitur gentes istae timentes Dominum, sed nihilhominus et idolis suis servientes, nam et filii eorum et nepotes sicut fecerunt patres sui, ita faciunt usque ad praesentem diem**[7].

(9. Esta situación se da también en otras partes)

Este es el estado miserable en que están los indios que se van visitando. Estas son las huacas que adoran, los ministros que tienen de ellas, las cosas que les ofrecen, las fiestas que les hacen, los abusos y supersticiones que usan y las causas que yo he podido alcanzar de todos estos daños y miserias en que están los indios. No entiendo que fuera dificultoso probar que esta pestilencia es común en todo el reino. Porque aunque se puede

7 Los cuales, dando culto al Señor, servían también a sus dioses según la costumbre de los paganos... Fueron, pues, estas gentes temerosas de Dios, pero no menos servidoras de sus ídolos, pues así como lo hicieron sus padres, así lo hacen sus hijos y sus nietos hasta el tiempo presente.

esperar que en algunas partes que están muy cultivadas y tienen ordinario riego de doctrina, hay poca o ninguna idolatría, como se vio en el valle de Jauja, donde son todas las doctrinas de padres de Santo Domingo y San Francisco, donde por la continua asistencia y cuidado de los que dotrinan, por estar el culto divino de música y ornamentos tan en su punto y por todos los demás medios que se ponen en la enseñanza de los indios, se ve la diferencia que hay de estos pueblos a otros donde hay menos de aquello. Y así se entiende que en otras partes no habrá menos mal que lo que se va hallando en los pueblos que se visitan, pues hay la misma razón para ello allá que acá. Antes ha causado admiración y hecho dudar a muchos hasta que les quitó la experiencia su duda de que hubiese estas idolatrías entre los indios. Habiendo visitado tantas veces su arzobispado por su persona y con tan grande celo de santo prelado el señor don Toribio, que está en gloria,sin dejar pueblo ninguno por pequeño que fuese y apartado que estuviese, y que entonces no se descubriese ni se supiese nada de lo que ahora se sabe, tanto ha sido como esto el secreto.

Pero podría ser que lo que entonces no alcanzó con tanto trabajo como entonces puso de su parte, lo haya alcanzado ahora con su intercesión gozando de Nuestro Señor en el cielo, impetrando también vida y salud para su señoría ilustrísima, que al presente gobierna, para que por todos los medios posibles destierre esta pestilencia de todo su arzobispado,como lo va haciendo con el favor de Dios Nuestro Señor. Pero antes que busquemos los remedios de estos daños, veamos qué certidumbre tienen los dos presupuestos que diversas veces he tocado» (1968:218-225).

II. LOS MEDIOS PARA DESARRAIGAR LA IDOLATRIA (1621)

(1. Combinar la misión contra ignorancia y la visita para erradicar huacas)

«Más me holgara de oír una conferencia de hombres experimentados y celosos del bien de los indios acerca de este punto y escribir los medios que otros dieran, que serían tales y tan buenos; pero en el entretanto diré brevemente los que a mí se me ofrecen. Las dos principales causas de la idolatría de los indios dijimos que eran: la primera, suma ignorancia que tienen de las cosas de nuestra fe, por no estar enseñados en ellas, y el engaño en que siempre están de sus huacas y supersticiones, de que no han sido desengañados, que también es falta de dotrina y predicación, la cual se ha de enderezar no sólo en plantar en sus corazones las verdades de la religión cristiana, sino a arrancar de ellos las malezas y raíces de sus errores.

La segunda causa es el no haberles quitado hasta ahora sus huacas, malquis, ni conopas ni los demás motivos de su idolatría.

Estas dos causas se han de remediar con las misiones que dije arriba, en forma de visita, como después veremos; para que por lo que tienen de misiones de personas inteligentes y deseosas de aprovechar a los que tienen tanta necesidad, sean enseñados muy despacio y confesados muy de propósito, como la necesidad lo pide. Y por lo que tienen de visita, se les quiten las huacas y todas las demás cosas a ellas concernientes por el modo que se dirá en la prática e instrucción de la visita. Pero ni la misión ni la visita serán de provecho, que sea duradero y permanente, si lo que entonces se planta y riega no se cultiva y lleva adelante para que lo que se ha arrancado no torne a brotar de las raíces, que por más que se haga han de quedar muchas, como se ha visto.

(2. La catequesis permanente)

A este propósito dijo un cacique, acabada la misión de un pueblo: 'Padre esto bueno queda ahora; pero si yo aro, y cavo, y escardo, y riego mi huerta una vez, y no la viese ni llegase a ella después de un año, ¿qué tal quedaría?'. Explicó muy bien con esta comparación su concepto y lo que pasa en la doctrina de los indios, que el cuidado continuo del cura es lo que importa. Y así su señoría ilustrísima ha puesto grandísimo cuidado, con mandatos y órdenes muy apretadas, de que los curas continúen la labor y no alcen mano de ella, mandándoles que enseñen la doctrina por sus personas y que hagan con particular cuidado los catecismos de los miércoles y viernes; que prediquen todos los domingos y días de fiesta, y que para que lo hagan con más cuidado y se vea si lo hacen y cómo les está mandado, que escriban sus sermones y que los muestren al visitador ordinario de su señoría. Y que cuando hubiere alguno que no sepa ni pueda hacer lo dicho, que por lo menos los domingos y fiestas lea a los indios un sermón de los impresos, pues de esto nadie se puede excusar, mandándoselo debajo de precepto y pena de diez pesos ensayados, aplicados desde luego a la iglesia, por cada vez que lo dejare de hacer. Y que asistan en todos los pueblos de sus dotrinas, porrata de la gente que en ellos hubiere, en los que menos gente menos tiempo, en los que más, más.

Así lo hacen con mucha gloria de Nuestro Señor y aprovecho de los indios y gusto suyo muchos curas. Uno de los cuales me escribió pocos días después que llegó a la dotrina que le habían dado, una carta, la cuál recibí el día que se imprimía este capítulo, y para ejemplo de los demás la quiero poner a la letra, y dice así:

'La de V.P. leo muchas veces y me da ánimo para no desfallecer en el camino, pues es testigo mi Dios que jamás he trabajado tanto ni con mayor celo y cuidado, pero era compasión ver esta dotrina y gente indigna de este nombre, pues más parecían bestias y salvajes, faltos de toda cosa buena; mil y más ánimas de confesión, sin hallarse una que supiese las cuatro oraciones sino con mil yerros y falsedades, y algunos viejos, que hacía más de tres años que no oían misa ni confesaban sino con sus huacas y sacerdotes. ¡Lastima grande! Ultra de esto tan carrera y fugitiva esta gente para la misa los domingos y fiesta y para la dotrina de miércoles y viernes, que parecía no habían tenido Padre. Hame quebrado el corazón y helo llorado con ellos muchas veces, diciéndoles cuán faltos estaban, cuán sin dotrina, sin Dios y sin ley; encogen los hombres y dicen todos: **Checan, checan,** señor padre (verdad es, verdad es), besándome la ropa y pies admirados. Cuatro meses ha que todos los días, dos horas a la mañana y dos a la tarde yo, por mí persona,sin faltar día, hago juntar en el cementerio todos los muchachos y muchachas, viejos y viejas, que por todos pasan de 200, y allí les enseño, catequizo y dotrino en los principios de nuestra santa fe, y luego en las cuatro oraciones, confesión, y artículos, y catecismo, que ya no hay ninguno que ignore esto; dame mil glorias y contentos verles rezar y cantar algunos cánticos y coplas que les tengo enseñado, a mi Dios gracias infinitas. El por su santísima sangre se duela de ellos y de mí, que cierto lo he menester harto, pues me falta (que confieso a veces) la paciencia, cuando uso de amor y regalo. Cuando ya de aspereza y castigo, en diciéndoles que los tengo de enviar a la casa de Santa Cruz, lo temen, asústanse, vienen a misa y a la dotrina. Es esta casa su coco, castigo, cárcel y azote; tengo para mí fue la cosa mejor, más santa, buena y pía que se ha hecho.' Hasta aquí la carta de este sacerdote.

(3.Consolidar las reducciones y exigir a los curas el quechua)

Para este mismo fin ayuda también su excelencia por su parte, mandando que todos los pueblos que están desmembrados de su reducción sin orden del gobierno, los pueda quemar y disipar el visitador, para que vuelvan a su reducción; y así se ha hecho en muchos pueblos, y que los que con orden del gobierno están divididos, si le parece al visitador que no conviene, informen a su excelencia para que se manden reducir. Todos estos medios ejecutados serán eficaces para que los indios tengan la doctrina y enseñanza que han menester. Pero lo que ha de ser más de eficacia es lo que su señoría tiene mandato y se ejecuta puntualmente: Que todos los clérigos que se opusieren a dotrina, o los religiosos que se presentaren a ella fuera

del examen ordinario, para ver si saben la lengua, prediquen en ella públicamente, señalándoles el día antes puntos para el sermón. Y que todos los que tenían dotrinas cuando se publicó este edicto, se presentasen delante de su señoría dentro de ocho meses para que predicasen en público como los demás. Porque es cosa cierta que el que sabe y puede predicar, predicará si quisiere, y para que quiera se le pondrán los medios convenientes; pero el que no sabe ni puede, por más que se lo manden no predicará.

Este mandato de su señoría ha animado mucho a los que saben bien la lengua, porque ven que podrán campear y hacer demostración de ella, y a los que no la saben,para trabajar en aprenderla para que no les quiten las dotrinas; y a los que no las tienen y son buenos lenguas, les entretienen con esperanza de que, teniendo partes para ello, no les faltará puesto para emplearlas. Y si en las oposiciones de doctrinas y otras ocasiones de honra y provecho se sirviesen los señores prelados de tener memoria de los ausentes y mejorar y promover a los que han acudido a sus obligaciones en las doctrinas que han tenido, dándoles otras de mejores temples, menos trabajo y más provecho, sería gran motivo para que todos se esmerasen en hacer su oficio; y como dice el proverbio: **Addere calcaria sponte currenti**[8].

(4. La confesión y comunión por pascua)

Así, en esto de que prediquen los curas, como en otras cosas para el bien de los indios, está todo muy bien mandado y prevenido en las Sinodales que se hicieron ahora cinco años, y no hay que pedir ni desear más que su debida ejecución. Y en ellos, para que los curas sean cuidadosos y diligentes en confesar a sus indios y en catequizarles y disponerles para que comulguen, está mandado que después de Pascua envíen todos los curas los catálogos de sus dotrinas a su señoría ilustrísima para que, vistos, los mande rubricar y que vengan señalados con una C todos los que han confesado, y con dos los que han comulgado. Y yo he traído algunos de estos catálogos, que me daban los curas, a su señoría ilustrísima. Y pasando por un pueblo un domingo de Cuasimodo, comulgué aquel día más de cien indios, a quien tenía el cura bien dispuesto para ello; y el día antes, y aquella mañana, se tornaron a confesar todos. Y el día de Pascua antes había comulgado otros tantos en otro pueblo. Este se visitó de allí a un año, hallándome yo presente; y puedo certificar con toda verdad que de todos cuantos pueblos se han visitado, mayores y menores, en ninguno se ha hallado menos idolatrías que en éste, que parece que se verifica lo que dijimos arriba del Sumo Pontífice Clemente VIII, de feliz recordación, que **non erunt vere christiani donec communicent in Pascate.**

---

8 Poner espuelas al que corre espontáneamente.

Este medio tan eficaz procura el demonio estorbar y divertir por muchas vías. Y así me certificó un padre de Santo Domingo, persona de todo crédito y autoridad que, habiendo prevenido a los indios de un pueblo, que estaba a cargo de su orden, para que comulgasen el día de Pascua los que estaban dispuestos para ello, aquella noche levantó el demonio tan grande ruido y alboroto, que parece que se hundían los cerros de alrededor, y el demonio se les apareció visiblemente, diciéndoles que se había de hundir el pueblo si comulgaban, y así acudieron espantados todos donde estaban los padres con mucho temor, por no saber la causa del alboroto y ruido que oían; quietaron a los indios, y con amanecer un día claro y muy sereno se acabaron de desengañar.

(5. El ornato en los templos y en el culto)

La falta del ornato de las iglesias más proviene de la falta de curiosidad de algunos curas que no de falta de plata, porque fuera de lo que se saca de los tributos de cada año para la iglesia -que aunque entra en poder del corregidor lo manda su excelencia dar cuando se le informa de la necesidad- (y convendría que los visitadores llevasen orden para ello), los indios acuden con facilidad a semejantes gastos o haciendo algunas chacras para este efecto, o de otras maneras si hay quien los aliente a ello. Y así pueblo ha habido donde en una tarde juntaron los indios más de 350 pesos para comprar pendón y cruz de plata, y andas, y una hechura de un Niño Jesús, y otras cosas necesarias para una cofradía que se les había instituido. No dejaré de advertir que conviene mucho ver qué sacristanes se ponen, porque yo sé donde se halló uno que se bebía parte del vino que le daban para las misas, y porque no se echase tan presto de ver añadía otro tanto de agua.

(6. Recomendación del obispo del Cusco sobre ambos medios)

Estos dos medios, que son el uso del Santísimo Sacramento del Altar, el ornato de las iglesias y culto divino, como tan proporcionados y necesarios para esta nueva cristiandad, alentó grandemente el señor obispo del Cuzco, don Fernando de Mendoza, cuya memoria durará muchos años de este reino. Porque para lo primero mandó con grande exacción que todos los curas de su obispado instruyesen y dispusiesen a todos sus feligreses para comulgar, por lo menos, la Pascua, y que no les negasen el viático cuando estuviesen enfermos. Hizo hacer sagrarios, custodias y depósitos en todas las iglesias de los pueblos para que siquiera cuando el cura estuviese en ellos tuviese siempre el Santísimo Sacramento, haciendo algunos a su costa y ayudando con largas limosnas para otros. De un pueblo sé yo donde, habiendo condenado a un cura en una causa que se le hizo en buena

cantidad de dinero, le dijo que aquella condenación merecían sus culpas, pero que hiciese un sagrario y que pusiese en él su nombre y sus armas, como si lo diera de limosna, y así lo hizo.

Y porque es muy ordinario tener un cura cargo de 4 o 5 pueblos y sólo en el que está presente es bien que esté el Santísimo Sacramento para viático, porque no muriesen sin él los enfermos de los otros pueblos, hizo junta de hombres graves de todas las religiones, y venciendo muchas dificultades que le oponían mandó hacer buen número de unos como relicarios, en que el sacerdote, a cualquiera tiempo que le llamasen,pudiese llevar el Santísimo Sacramento a otros pueblos, pendiente al cuello el relicario, en su bolsita de terciopelo, de su cordón de seda y oro muy curioso. Parecerále ésta cosa nueva y extraordinaria a quien no supiere algo de historias eclesiásticas y no hubiere visto lo que pasa en otras partes. Como yo vi en Italia, que yendo a entrar por la puerta de un pueblo bien cercado, aunque no muy grande, llamado Monte Falco, donde está aquel milagroso cuerpo de Santa Clara, que tomó el nombre del pueblo, salía un sacerdote con el Santísimo Sacramento, que le llevaba fuera del pueblo a alguna casa del campo, acompañado de mucha gente hasta la puerta del pueblo, y tomando allí la bendición del sacerdote se fue él sólo su camino con el sacristán, que llevaba luz de una linterna.

Para lo segundo, que es el ornato de las iglesias, habiendo traído de España, donde fue consagrado por obispo, muchos y muy buenos ornamentos, en entrando que entró en su obispado, los fue repartiendo por todos los pueblos por donde pasaba, de suerte que llegó al Cuzco con sólo un ornamento, y después habiéndole enviado de España cerca de mil varas de damascos y terciopelos para una colgadura de su casa,considerando la falta de ornato de las iglesias de los indios, las mandó gastar todas en ornamentos, y así nunca tuvo en su casa sino sólo el dosel para hacer cabildos. Pero las cosas de este grande prelado no son para decirlas tan de paso, pues requieren más larga y mejor historia. Y en este particular pudiera decir mucho más del señor arzobispo de esta ciudad (que está en gloria) don Toribio Alfonso Mogrovejo,pues le acontecía hacer consagración de aras, con ser tan larga, sólo por consagrar una que faltaba en un pueblo, y cuando volvía de la visita no traía nada de su pontifical, que todo lo dejaba de limosna, y porque en Moyobamba no tenía cruz para las procesiones les dejó la cruz de su guión, y hoy la tienen y estiman como es razón.

Muchos curas hay que ponen en esto muy grande cuidado, por ver el provecho como dicen al ojo, y así me escribió esta semana un cura muy cuidadoso la siguiente:

'Certifico a V.P. que se trabaja espiritual y corporalmente, porque mi

deseo no es sino que conozcan las misericordias que nuestro Señor cada día usa con ellos y que ablanden los corazones, que tan duros tienen para lo bueno, y para esto trabajo lo que Su Majestad sabe, porque he de dar cuenta de cada alma, y así hago cuanto en mí es. Holgárame V.P. viniese por esta tierra para que viese el fruto de mi trabajo y cuánta devoción tienen en frecuentar los divinos Sacramentos y todo lo demás, y asimismo el ornato de las iglesias que después que aquí estoy he hecho, animándoles a ellos, y ellos acuden con muy gran voluntad con sus limosnas, que es mucho para indios, porque en todos los pueblos he hecho muy suntuosos sagrarios donde, cuando en los pueblos estoy, pongo el Santísimo Sacramento, y ellos con muy gran devoción acuden a visitarlo, que me da mil contentos verlos, y quisiera todos fuesen santos, etc'.

(7. Reeducación de sacerdotes indios y beneficencia con los mismos)

Para que se acabe la mala casta de los maestros y ministros de la idolatría, o por lo menos no haya tantos, el único remedio es la reclusión de Santa Cruz, que la temen grandemente; más de 14.000 pesos están gastados hasta hoy en ella, porque el señor virrey, príncipe de Esquilache, me cometió el hacer la planta de ella y dar calor a la obra. Y habrá de ser necesario en cada obispado hacer otra, pues con buena traza no será dificultoso el sustentarlos, y donde no hubiere casa donde estén reclusos, se podían repartir en los conventos de religiosos y hospitales y en otras casas de gente pía, donde les guarden, enseñen y sustenten. El quedar estos viejos en sus pueblos es el mayor daño y la principal causa de sus errores. Y ya que no es posible sacarlos todos, porque son muchos, con que vengan los principales de cada pueblo los demás quedan escarmentados. Y es bien que queden señalados para ser conocidos y que los hagan acudir siempre a la dotrina con los muchachos y que se asienten con ellos en las iglesias, porque así los vengan a tener en poco el común del pueblo. Y sobre todo importa que los que reincidieren sean muy bien castigados.

Pero por otra parte como los más de ellos son muy pobres y viejos y que no ejercitan el oficio sino para tener que comer, sería conveniente que se les ayudase con alguna limosna, en tablando entre los indios la práctica de esta virtud, de que tan poco conocimiento y ejercicio tienen. Como vi yo hacer a un cura muchas veces, que previniéndolos a todos los del pueblo para ello, se ponía a la puerta de la iglesia cuando salían de misa a pedir limosna para los pobres, y no quería que diesen plata, sino cosas en especie: maíz, papas, ají, huevos y otras cosas a este modo, de que se hacía muy buen montón, que luego se repartía entre los pobres, y el cura de su parte compraba media fanega de maíz o de papas o un carnero, y nosotros de la

nuestra otro tanto, y no es creíble el bien que se podía hacer, si esto se entablase, que no sería muy dificultoso. A todos cuantos curas se lo he advertido lo han puesto en práctica con grandísimo consuelo suyo y no menos gusto y provecho de los indios.

Que lo de menos es el sustento corporal, sino que fuera de que se les quita grande parte de la ocasión de idolatrías y superticiones, van aprendiendo, unos dando y otros recibiendo, la piedad y misericordia cristiana. Con esto se les granjean grandemente las voluntades para que reciban mejor lo que se les dijere y enseñare. Y así acostumbramos en todos los pueblos visitar cada día los enfermos y llevarles algunos pasas o un poco de pan o cosa semejante, que bien poco que se les dé lo agradecen mucho. Cosa ordinaria es, cuando entramos de nuevo en un pueblo, huir de nosotros los muchachos, y con media docena de higos o un puño de pasas que se les da un día no hay quien después los aparte de nosotros, y tras ellos vienen sus madres y padres.

Muchos de los hechiceros son ambicamayos, como ellos llaman, o curanderos, pero con muchas superticiones e idolatrías que preceden a las curas, y se procura que los curas tengan examinados y bien instruidos a los que han de curar para que, quitado lo que es supertícioso y malo, se aprovechen de lo que es bueno, como es el conocimiento y uso de algunas yerbas y de otros simples de que suelen usar en sus enfermedades.

(8. **Colegios para hijos de caciques**)

Para que los curacas y caciques sean buenos (que el no serlo, dijimos que era grande causa de la idolatría), el único remedio es que el señor virrey, príncipe de Esquilache, pone, tomándole desde sus principios, y es criando bien sus hijos y que desde muchachos aprendan la policía y religión cristiana. Sus padres estiman la merced que en esto se les hace. Y un cacique, después de haber enviado a sus hijos mayores al colegio, me dijo que quería enviar otros dos que le quedaban y que él pagaría el sustento de los que su excelencia no sustentase, que le avisase qué tanto enviaría para cada año.

Otro colegio está mandando fundar en el Cuzco y otro en la ciudad de los Charcas, que son los tres principales puestos de todo este reino, por orden de Su Majestad. No tienen número limitado, sino que vengan a ellos todos los hijos de los caciques y segundas personas, que llaman, de todos los pueblos. Danles todo lo que han menester de comida y vestido. Están a cargo de los Padres de nuestra Compañía, por ser propia de su instituto la educación y crianza de la juventud. Para los colegios del Cuzco y Charcas están despachadas provisiones; del de esta ciudad se dirá después.

(9. **Premios y castigos a los caciques**)

En el entretanto que se goza el fruto de estos colegios, que pasarán algunos años, importa mucho en estas misiones y visitas ganar a los caciques, acariciándoles y honrándoles, no pidiéndoles nada ni tomando nada de ellos (aunque algunos presentillos de cosas de comer se corren mucho si no los toman) y dándoles de las cosas que llevamos de devoción. Porque ganada la puerta de los curacas, no hay dificultad en descubrir todas las huacas e idolatrías; y así es necesario valerse mucho de ellos para este efecto.

Y por otra parte a los que fueren tercos y rebeldes, como lo son algunos, lo que conviene es, como dicen, arrimarles toda la ley y ejecutar en ellos lo que está mandado por el señor arzobispo en su edicto de 30 de agosto del año pasado y por su Excelencia en su provisión en 10 de setiembre del mismo año. Que en suma es que los curacas y caciques que, dentro de dos días que se leyere el edicto, no descubrieren y manifestaren las idolatrías de sus pueblos, que si ellos son los maestros de ellas, sean privados de sus oficios y azotados y trasquilados y traídos a la casa de Santa Cruz; y si fueren cómplices en ellas, sean privados del cacicazgo y reducidos a mita, azotados y trasquilados; y que si hubiere en sus pueblos idolatrías, fiestas superticiosas, taquíes y borracheras comunes y dijeren que ellos no saben que las haya (porque es moralmente imposible que habiéndolas lo dejen de saber los curacas y caciques) que sean privados de sus oficios y reducidos a mita. Estas provisiones se les leen y se les explican al principio de la visita, y si se ejecutasen como en ellas se contiene, bastaría este medio para desterrar toda la idolatría de este reino.

(10. **Desterrar las borracheras**)

Para desterrar y quitar las borracheras, raíz muy antigua de la idolatría, tienen su excelencia y su señoría ilustrísima, cada uno por la parte que le toca, puestos bastantes remedios, mandando a los curas que no vendan vino entre los indios so pena de excomunión y de 20 pesos ensayados, y a los corregidores so pena de perdimiento de lo que vendieren y de otro tanto más. Y en conformidad de las ordenanzas de don Francisco de Toledo manda su excelencia que al indio que se emborrachare, si fuere cacique principal, se le amoneste y aperciba que no lo haga otra vez, y la segunda vez sea desterrado por dos meses, y por la tercera quede inhábil para ser cacique ni tener oficio público, y por la cuarta salga desterrado del repartimiento por seis meses y pierda el salario que tiene con el oficio. Y si persevera en su vicio de emborracharse, sea desterrado perpetuamente y su

excelencia dé su oficio a otro. Y si fuera indio común, la primera vez le aperciban, la segunda le den veinte azotes y que diga el pregón por qué se emborrachó segunda vez, y a la tercera le trasquilen, y a la cuarta le destierren y se ejecuten en él las demás penas que allí ponen. Todo ello está muy bien mandado y acordado, y si se ejecutase, en poco tiempo no habría borracheras entre los indios. Pero ¿quién lo ejecutará?.

Y en esto de disimular con los indios o castigarlos es una cosa digna de advertencia y remedio, y es que es común dicho y sentimiento de los curas que no se atreven a irles a la mano a los indios y les dejan hacer lo que quieren, porque muy fácilmente se conjuran cuatro o cinco para levantar falsos testimonios y poner capítulos a los curas, y muchas veces se me ha ofrecido que sería menos inconveniente que algunas cosas se quedasen sin castigo o se remediasen por otra vía, que no admitir por testigos contra los curas a los indios, que no reparan nada en jurar falso, y convencidos de este delito deberían ser severamente castigados.

En las mismas provisiones de su excelencia y de su señoría ilustrísima está también señalado el castigo que se ha de dar a los que reincidieron en idolatrías, y el día que hubiere castigo habrá enmienda. Por esta primera vez a nadie se castiga y a todos se les perdona y porque les absuelven en la visita solemnemente a la puerta de la iglesia, cobran grande concepto de aquella ceremonia exterior. Díjome un español que, encontrando unos indios en un camino que iban muy aprisa, les preguntó que dónde iban, y que ellos respondieron: 'vamos a que nos hagan buenos cristianos, dándonos con las varas a la puerta de la iglesia', explicando por estos términos el concepto que tenían de la absolución solemne.

Importará mucho para este mismo intento, como lo tiene mandado su señoría ilustrísima, que los visitadores ordinarios, después de haber leído el edicto ordinario de su visita, lean el edicto que se suele leer en las visitas de la idolatría, y las provisiones de su excelencia, y edictos del señor arzobispo contra ellos y contra las borracheras en los pueblos que están ya visitados, y que inquieran con cuidado si hay reincidencias y les castiguen.Y entre otros provechos que se seguirán de que los indios entiendan que les han de visitar todos los años, será uno y no pequeño, que se persuadan que no va el visitador para solos los curas y no tendrán la avilantez que suelen tener de poner capítulo al cura con razón o sin ella. Pero convendría mucho que los visitadores supiesen la lengua y que lo hiciesen de veras.Pero el primero y más próximo y más eficaz remedio y que ha de ser ejecutor de todos los demás, es esta primera visita que dijimos, cuya práctica, conforme se ha experimentado, pondré en los capítulos siguientes» (1968:234-240).

2.6 BERNABE COBO (1580-1657)

Este famoso «naturalìsta» andaluz pasó casi toda su larga vida en América, habiendo atravesado este continente en varias direcciones. Nace en Lopera (Jaén) y muere en Lima. Después de sus estudios básicos, a los 15 años, al llegar a su tierra un capitán indiano enrolando gente para una nueva expedición al Dorado, se mete en la aventura. En el prólogo de su **Fundación de Lima**, escrito en México en 1639, recuerda con tristeza el fracaso de la expedición. Los que hablan de «descubrimientos», cuenta, lo hacen

> «con grandes encarecimientos, por acreditar sus jornadas y acreditar sus hechos. De que tengo más que mediana experiencia de los muchos descubrimientos que en mi tiempo en este Nuevo Mundo se han hecho. Y cuando otras me faltaran, era bastante para este desengaño la que saqué a costa mía de aquella gran armada en que pasé a Indias, siendo mancebo seglar, el año de 1596 a la población del Dorado, de cuya tierra y riquezas publicó en España el que solicitó aquella armada cosas muy contrarias a las que experimentamos los que a ella venimos»(1964,II:279).

Se trataba de la expedición del Gobernador de la Guayana, Antonio de Berrío, y de su maestre de campo, el viscaíno Domingo de la Vera.Este salió de Sanlúcar el 23 de febrero de 1596 con seis embarcaciones y 1500 personas, muchas de ellas mujeres, y llega a Trinidad el 10 de abril. Era el primer contacto de Cobo con el mundo natural americano y también con el mundo social de la conquista, pues la expedición tuvo un final trágico, cayendo parte de ella en manos de indios caribes y muriendo tanto Vera como Berrío, éste después de ser hecho prisionero por el inglés W. Raleigh.

Parece que Cobo llegó pronto a La Española, donde estuvo un año entero, y que en 1597 viajó a Panamá, sin saberse nada de él hasta 1599, en que llega al Perú, donde estudia en el colegio de la Compañía de San Martín, gracias a la ayuda del P.Páez, su compañero de viaje desde Panamá. En 1601 Cobo se hace jesuita y estudia humanidades y filosofía en el Colegio de San Pablo y entre 1609 y 1613 estudia teología en el Cusco. Su itinerario pastoral, que puede reconstruirse por referencias que Cobo introduce en sus descripciones, es: 1613 Lima, 1616 Juli, 1619 Arequipa, 1622 Pisco, 1625 Lima. En todo este tiempo Cobo, a la vez que desempeña su trabajo de misionero de base, recoge mucho material y hace frecuentes viajes para su ambicioso proyecto de una **Historia del Nuevo Mundo**, natural y moral, para el cual estaba dotado de una capacidad de observación casi

instintiva.Parece que la estancia de Cobo en Cusco y Juli le permitieron un dominio suficiente del quechua y del aymara.

En 1629 viaja a México, a través de Nicaragua y de Guatemala. El P.General Vitelleschi le escribe a Puebla el 5 de abril de 1630: «En la de 5 de marzo -dice- me escribe V.R. el fin de su venida a esa provincia (México), que fue para acabar la Historia que tiene comenzada. Aunque yo gustaré de que V.R. la acabe, que sea de modo que no por eso falte a los ministerios, ni haga tantos viajes» (Mateos 1964:XXVII). Fiel a estas normas, Cobo compartió los ministerios y su trabajo de investigación durante su larga estadía en México.A principios de 1642 emprendió su regreso al Perú, de nuevo por Guatemala y Nicaragua, para trabajar en el colegio de San Pablo y completar la obra de su vida, fechada en Lima el 7 de julio de 1653. En el prólogo dice:

> «Concluída, pues, con el favor divino esta obra después de 40 años que la comencé, me pareció intitularla **Historia del Nuevo Mundo**, porque este nombre se ajusta más con la universalidad del sujeto que es toda esta tierra de Indias Occidentales..., parte de esta escritura pertenece a historia natural y parte a política y eclesiástica...
>
> Va repartida en tres partes, cada una en su cuerpo: la primera, trata de la naturaleza y cualidades de este Nuevo Mundo.., la cual contiene 14 libros. En el primero escribo del Mundo en común... Los 8 libros siguientes tratan de las calidades y temples de este Nuevo Mundo y de todas las cosas naturales que de su cosecha lleva y hallaron nuestros españoles cuando vinieron a poblarlo, dispuestos por sus grados y géneros según el orden de perfección y nobleza que en ellas consideran los filósofos, comenzando de las menos perfectas, que son las inanimadas, en las que entran todas las especies de piedras y metales que he podido alcanzar, y prosiguiendo por los linajes de plantas y animales que son naturales y propios de esta tierra, en cuya historia toco de camino el conocimiento y usos que de ellas tenían los indios y que de ellos han aprendido los españoles, así en lo tocante a su sustento, en que se servían de ellas, como para las curas de sus enfermedades, a que solían aplicarlas por las virtudes que en ellas alcanzaron a conocer útiles para este menester.
>
> En el libro décimo comprehenderemos todas las cosas de estos predicamentos de plantas y animales que los españoles han traído de España y de otras regiones a estas Indias después que las poblaron, y al presente nacen en ellas con no menor abundancia que las suyas propias. Los 4 libros últimos contienen lo que pertenece a la naturaleza, condición y costumbre de los indios, particularmente de los naturales de este reino, con el gobierno que sus reyes tenían, así en lo

tocante a la administración temporal como a las cosas de su falsa religión, por haber sido esta república de los reyes Incas la más concertada en su manera de gobierno de cuantas hubo en esta tierra» (1964,I:5-6).

La segunda parte de la obra con 15 libros trata del Virreinato del Perú y la tercera parte con 14 libros del de Nueva España. Desafortunadamente de los 43 libros de la obra, sólo se conservan 17, los 14 de la 1a. parte y los 3 de la **Fundación de Lima**, pertenecientes a la 2a. parte, y además no se publicaron hasta el siglo XIX. Primero Manuel González de la Rosa editó los tres libros de la **Fundación de Lima** (Lima, 1882) y luego Marcos Jiménez de la Espada editó los 14 libros de la 1a.parte de la **Historia del Nuevo Mundo** (Sevilla, 1890-1893, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 4 tomos). El P.Francisco Mateos reedita ambas (Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles, 2 tomos). A pesar de estar incompleta y de no haber sido reeditada, es una obra excepcional. Porras (1986) la califica de «inventario total de su época, síntesis de un siglo de colonización, catálogo de todas las plantas y todos los animales del nuevo mundo, historia de todas los pueblos y razas indígenas» y añade que «no parece en realidad obra de un hombre, sino de toda una generación» y que Cobo es el «precursor de toda la ciencia peruana» (1984:509-512).

Para escribir su historia natural Cobo contó con su admirable capacidad de observación y con el trabajo de campo de sus numerosos viajes. Pero para su historia moral incaica, ¿no vino muy tarde al nuevo mundo?. El declara que llegó en el primer siglo del poblamiento español, por lo que: «tuve ocasión de alcanzar a conocer a algunos de sus primeros pobladores, particularmente en este reino del Perú, en el cual entré a los 68 años de su conquista; y casi a todos los hijos de los conquistadores de él y a no pocos de otras provincias; y a grande número de indios que se acordaban de cuando los españoles entraron en esta tierra» (1964,I:4). Y se refiere en especial a la información recogida sobre dos puntos debatidos por los cronistas del Tawantinsuyu, el número de incas y el de dioses en el panteón.

Así recuerda que tuvo como informante a Alonso Tapa Atau, nieto de Guayna Cápac: «conocí y comuniqué mucho a un indio principal de la sangre real de los Incas, que para cierta pretensión que con el virrey tenía, hizo información de su ascendencia, la cual me leyó él mismo y hallé la misma línea y número de Incas reyes, que pone en su relación el Licenciado Polo». Recuerda también que, siendo estudiante de teología en el Cusco en 1610, con motivo de la beatificación de Ignacio de Loyola, hubo «una representación de sus reyes antiguos en un muy grande y lucido alarde, en que venían los 11 reyes Incas del Cusco, sentados con muestras de gran majestad en sus andas muy adornadas de plumas de diversos colores»

(1964,II:61). En este mismo capítulo 2 del libro XII recoge sus fuentes de información escrita: Polo de Ondegardo, Francisco de Toledo, Cristobal de Molina el Cusqueño, Acosta (1590) y el Inca Garcilaso (1609). Al respecto es útil recordar el juicio de Porras de que Cobo, a pesar de ser «coetáneo de la reacción antitoledana que representan Garcilaso, Blas Valera y el Jesuita anónimo, es el más perfecto tipo de cronista dentro de los cánones de la llamada escuela toledana» (1962:408). Pero, de todos modos es indudable que Cobo es un gran conocedor de la cultura incaica y que en el terreno religioso, por ejemplo, su libro XIII es la mejor síntesis de que se dispone.

He elegido dos textos que me parecen muy representativos. Uno es su excelente descripción de tres plantas autóctonas: la coca (libro V, cap.24), el maíz (lib.IV, cap.3 y 4) y el ají (lib IV, cap.25). El otro es su tipología sobre los indios y el origen de los mismos en el Libro XI (cap.10, 11 y 12), que están inspirados sin duda en Acosta (1588, proemio, y 1590, lib.I, cap.16-25, respectivamente).

I. PLANTAS AUTOCTONAS: COCA, MAIZ Y AJI (1653).

(1. De la coca y de su forma de consumo)

«En este reino del Perú no hay cosa más conocida que la **coca**, cuyo trato es de los gruesos y de mayor ganancia que hay en las Indias y con que no pocos españoles se han hecho ricos. Es la **coca** una mata no mayor que los manzano enanos de España, de hasta un estado de alto; su hoja, que es la que tanto precian y estiman los indios, es del tamaño y talle de la del limón ceutí y a veces menor. Da una frutilla colorada, seca y sin jugo, tamaña como pequeños escaramujos, que sólo sirve de semilla. Plantaban y cultivaban antiguamente la **coca** los naturales del Perú a manera de viñas, y era de tanta estimación su hoja, que solamente la comían los reyes y nobles y la ofrecían en los sacrificios que de ordinario hacían a los falsos dioses. A los plebeyos les era prohibido el uso de ella sin licencia de los gobernadores.

Mas, después que se acabó el señorío de los reyes Incas y con él la prohibición, con el deseo que la gente común tenía de comer de la fruta vedada, se entregó a ella con tanto exceso, que viendo los españoles el gran consumo que había de esta mercadería, plantaron otras muchas más **chácaras** de las que antes había, especialmente en la comarca de la ciudad del Cuzco, cuyos vecinos tuvieron en un tiempo su mayor riqueza en estas heredades; porque solía rentar cada año una buena **chácara** de **coca** más de 20 mil pesos. Pero ya ha dado gran baja y su contratación va de cada día

adelgazando; lo uno, porque los indios han venido en gran disminución, y lo otro, porque con el trato y comunicación con los españoles, se van desengañando y cayendo en la cuenta de que les es de más provecho el pan, vino y carne, que el zumo que chupaban de esta yerba; y así de mejor gana gastan ya su dinero en estos mantenimientos, que no en la **coca**, tan preciada de sus antepasados.

El uso de esta hoja es de esta manera: de ella, majada, hacen los indios unas pelotillas como un higo, y éstas traen de ordinario en la boca, entre el carrillo y las encías, chupando el zumo sin tragar la hoja; y afirman que les da tanto esfuerzo, que, mientras la tienen en la boca, no sienten sed, hambre ni cansancio. Yo bien creo que lo más que publican es imaginación o superstición suya, dado que no se puede negar sino que les da alguna fuerza y aliento, pues los vemos trabajar doblado con ella. Tiene sabor de zumaque, y la suelen polvorear con cierta ceniza que hacen de la rama de la **quinua**, de huesos, de piedras y de conchas de la mar quemadas (salsa por cierto bien semejante al manjar). Cógense cada año muchos millares de cestos de **coca** en las tierras **yuncas** del Perú, que son las provincias de los Andes, de donde se lleva a todo este reino, mayormente a Potosí. Tragínase en grandes recuas de **llamas**, porque comúnmente lleva cada recua de dos a tres mil cestos.

(2. **Forma, cultivo y preparación de la coca**)

Es la planta de la **coca** muy delicada y quiere mucho cuidado en cultivarse y mucho más en conservarse la hoja después de cogida. Nace solamente en las más calientes y húmedas tierras de Indias, y por el consiguiente más enfermas, por ser de calor insufribles y donde lo más del año no cesa de llover; por donde, allende del gran trabajo que cuesta su beneficio a los indios, corren mucho riesgo sus vidas, por la mudanza de un extremo a otro que pasan, yendo de las sierras frías, de donde son naturales, a la **yuncas** y calientes, a cultivar y sacar la **coca**. La cual se planta y beneficia en esta forma: cogen la frutilla del árbol por el mes de marzo, que es cuando está más sazonada, y la ponen a pudrir donde no le dé el sol, y luego hacen almácigo de ella, que llaman **cochas**; de allí la trasponen en la **chácara** y plantan en ringlera, apartada no más de un pie una mata de otra, haciendo calles derechas de pie y medio de ancho. Cada 4 meses se coge la hoja, y en 14 meses 4 veces; y otras tantas se ha de desherbar la **chácara**, porque, como es tierra muy húmeda, crece luego la yerba [y] si no cogen la hoja en llegando a sazón, se cae del árbol y nace otra.

Cúranla de este modo; en cogiéndola, la echan debajo de techado en

una pieza limpia y regada, donde está una noche, y otro día la ponen a secar al sol tendida en unas esteras. Sécase en dos o tres días, y después la ponen a la sombra hasta que se humedezca un poco, para que no se quiebre al encestarla. Luego la meten en unos cestos largos y angostos, llamados **chipas**, que hacen de cañas grandes hendidas y cubren con la cáscaras de las mismas cañas,que son como badanas pequeñas, y las lían con unas sogas hechas de las cortezas de un árbol llamado **pancho**, que son muy correosas. Nacen de ordinario estas cañas y árboles de que se hacen las **chipas**, en las mismas tierras que la **coca**. Pesa la hoja que lleva cada **chipa** 18 libras y 4 la **chipa**, que vienen a ser todas 22. Es la hoja de la **coca** muy delicada y dáñase con facilidad; la dañada se dice **desechos**, y éstos son de todas maneras: unos nacen de llover y no haber sol para secarse el día que se echa la hoja en las esteras, con que se para un poco negra; llámase este desecho **quimbe**. Otro es cuando, habiéndose de secar el día siguiente al que se cogió. por no hacer buen tiempo, se deja dentro de la casa sin ponerla a secar; ésta, si es de dos días arriba, se pone amarilla y se llama **coca caynada**. Otro desecho es si estando encestada no se puede aviar y sacar a la Sierra y tierra fría, por no haber en qué; porque, una vez encestada, no consiente la detengan en el valle y tierra caliente, que también se pierde, y se llama **detenida**. Hase de tener gran cuidado de que no se moje, porque, en mojándose, se daña como le haya dado algún sol. También es desecho la **coca** que ponen al sol cuando es muy rico, porque se arruga y vuelve negra, a la cual llaman **caspada**. La perfecta es la que, después de seca, queda con su color verde, tiesa y lisa. Finalmente, es la yerba más delicada que se puede imaginar. porque le daña el aire, sol, agua y humedad.

(3. Uso medicinal de la coca)

Su temperamento es caliente y seco, con muy buena estipticidad; mascada de ordinario, aparta de los dientes toda corrupción y neguijón, y los emblanquece, aprieta y conforta. A mí me sucedió, que llamando una vez a un barbero para que me sacara una muela,porque se andaba y me dolía mucho, me dijo el barbero que era lástima sacarla, porque estaba buena y sana; y como se hallase presente un amigo mío religioso, me aconsejó que mascase **coca** por algunos días. Hícelo así, con que se me quitó el dolor de la muela y ella se afijó como las demás. El zumo de la **coca** conforta el estómago y ayuda a la digestión; quita toda la ventosidad y mal de ijada. Los polvos de esta hoja, tomados de ordinario y que a dos partes de ellos se eche una de azúcar, son contra la asma o ronquera del pecho. La semilla de la **coca** tomada en sahumerio, dicen los indios que estanca todo flujo de sangre de narices; y el cocimiento de ella, bebido con miel de abejas y yerba buena, aprovecha a la relajación del estómago y contra los vómitos.

El cocimiento de la hoja bebido de ordinario, vale contra las cámaras, deseca las llagas y las mundifica; los polvos, mezclados con sal y clara de huevo consolidan y aprietan toda la fractura y disolución de huesos; y echados en poca cantidad en las úlceras, las desecan y encoran; y el mismo efecto hacen en las llagas de los disciplinantes, como el polvo del arrayán. Finalmente, entra la **coca**, por su estipticidad, en los vinos y cocimientos estípticos y hace su confortación como los demás constipantes y conformantes» (1964,I:214-216).

(4. El **maíz**: su explotación y variedades)

«No se halló en todas estas Indias trigo ni otra especie de grano de los que en Europa nacen en espigas; solo tres géneros de semillas dio el Criador a los naturales de esta tierra, que les sirven del pan, que son: el **maíz**, la **quinua** y el **chián** de las cuales el **maíz**, es tan general en toda la América, así en la tierra firme como en las islas adyacentes a ella, como el trigo en Europa. La planta del **maíz** es ya muy conocida en España con nombre de **trigo de Indias**; parécense mucho sus hojas a las de la caña, salvo que son más anchas y no tan ásperas; levántase el tallo o caña del **maíz** lo más común un estado de alto, y hácese tan gruesa como el dedo pulgar, poco más o menos; tiene por iguales intervalos nudos como la caña común; es tierna, flaca y que con facilidad se quiebra. Echa en el remate una espiga o plumaje de color entre blanco y rojo con muchos vastagillos. Produce su fruto esta planta no en la cumbre, como las demás legumbres, sino en torno de la caña; y de cada mata o caña desde 1 hasta 4 **choclos** (así llaman en el Perú las espigas o mazorcas del **maíz**); es cada **choclo**, después de mondado, casi tan grueso como la muñeca, y algunos de una tercia de largo, y lo más ordinario de un jeme y de ahí para abajo. Está cubierto el **choclo** con unas túnicas o capas delgadas, ásperas y correosas, y entre ellas y el grano hay muchos hilos como cabellos del color del **maíz**,que sobrepujando a la longitud del **choclo**, sale por la punta de él un manojito tan grueso como un dedo. Los granos del **maíz** son del tamaño de garbanzos, no perfectamente redondos; están en el **choclo** puestos en ringlera a lo largo, con mucho concierto, como los granos de granada, y tan apretados entre sí, que al desgranar un **cholco**, el trabajo está en arrancar un grano, que arrancando uno, por allí se da lugar a los demás.

En el **maíz** semilla tan general, que no solamente nace en tierras templadas, sino en otras muchas de varios temples, como es en tierras frías y calientes, secas y húmedas, en montes y llanos, de invierno y de verano, de regadío y de temporal; entre el cual y el trigo hay esta diferencia: que todas las tierras que llevan trigo, llevan también **maíz**, y las que por ser

muy frías no producen trigo, tampoco se da en ellas **maíz**. Aunque en esta parte hace esta ventaja el trigo al **maíz**, que sufre más el frío que no él; porque en las tierras templadas que inclinan más a frío que a calor, siembran el trigo en los altos y laderas, por dejar lo llano y tierra más abrigada para el **maíz**. Y el año que hay yelos, como no sean muy recios, se suelen perder las sementeras de **maíz**, escapándose las de trigo, con estar las unas y las otras en unas mismas tierras; como se experimenta muy de ordinario en la comarca de la ciudad del Cuzco y en todo el Perú. Mas no pasa así al contrario, porque en todas las tierras de temple **yunca** se coge abundantemente **maíz** y no se da trigo, respecto de ser muy húmedo y caliente, en que el trigo, aunque nace, no grana, sino que se va todo en vicio.

No nace el **maíz** en todas partes de igual grandeza ni acude con igual abundancia; en las tierras calientes crece tan lozano y vicioso, que hay maizales que cubren un hombre a caballo; y de aquí para abajo va creciendo, según va la tierra siendo más fría, hasta venir o no levantarse de la tierra más de un codo. En las tierras gruesas y fértiles acude a 200 por fanega comúnmente, y a veces, a 400 y 500; pero en las tierras flacas y ordinarias suele acudir de 100 para abajo, hasta bajar a 10. Aunque lo más que se coge en todas partes es de regadío, no cuesta mucho trabajo su beneficio.Siémbrase todo a mano y no derramándolo, como el trigo, y en cada hoyo echan 3 o 4 granos, de cada uno de los cuales nace una caña, y así, salen tantas juntas en cada mata cuantos fueron lo granos que se echaron juntos. Crece tan en breve en algunas partes, que dentro de 3 o 4 meses y aun a veces dentro de 2, se siembra, coge y encierra.

Son muchas las diferencias que hay de **maíz**; porque, primeramente, se halla de todos colores: blanco, negro y amarillo, morado, colorado claro y oscuro y mezclado de varios colores. Diferénciase, demás de esto, en el tamaño de los granos; los mayores que se hallan son poco menos que habas. Hay un **maíz** muy tierno, de harina muy blanca y suave, y otro muy duro, que los indios llaman **murucho**, y los españoles, **morocho**, que es el que ordinariamente comen las cabalgaduras; y a todas estas diferencias tienen puesto los indios nombres propios[1].

(5. **Distintas formas de consumo del maíz**)

Después de seco el **maíz**, lo suelen cocer los indios con sola agua, al cual así cocido llaman en el Perú **muti** y es el pan ordinario de la gente plebeya. Otro a medio cocer secan al sol para guardar como nosotros el

1 Conozco estos tres: **paracayzara**, maíz blanco; **cullizara**, maíz morado y probablemente, además, colorado claro y oscuro; **kaphiazara**, maíz blando y suave.

bizcocho, al cual llaman **cocopa**, y lo echan en los guisados. Cómenlo también tostado[2], y los indios que van de camino no llevan otro matalotaje más que una taleguilla de él o de su harina, que toman desleída en agua fría y les sirve de comida y bebida. A esta harina de **maíz** tostada llaman **pito**, y los españoles la hacen regalada revuelta con azúcar para el mismo efecto, cuando van de camino[3], lo que se muele, se amasa y se sazona con gran facilidad y presteza. Muélese de dos maneras:la una, quebrantándola solamente en unos morteros grandes de palo, con que le sacan la cáscara o hollejuelo que tiene, y dejándolo algún tiempo en remojo, lo muelen después así mojado en una piedra llana con otra piedra pequeña, y sobre la misma piedra se amasa y hace pan, sin llevar sal, levadura ni más recaudo que una poca de agua fría.

En la Nueva España lo cuecen con cal y ceniza, para mondarlo, y luego así mojado como lo acaban de cocer, lo muelen en un **metate**, que es un instrumento de dos piedras: una, larga media vara y angosta como tercia; y otra, pequeña, rolliza y larga como del codo a la mano.De esta manera se hacen una tortillas delgadas,que se tuestan o cuecen en unas cazuelas de barro puestas al fuego; y éste es el pan más regalado que los indios hacen de **maíz**, el cual, en el Perú, se llama **tanta**, y en la Nueva España, **tlascale**. No son en todas partes de una manera estas tortillas: en la Nueva España las hacen delgadas, del canto de una herradura; en Tierra Firme, tan gruesas como un dedo, que llaman **arepas**; las que se hacían en el Perú eran como las de Nueva España; y las unas y las otras se han de comer calientes, porque, en enfriándose, se ponen correosas como cuero mojado y son desabridas.

En una ocasión que en un pueblo de indios de este reino nos faltó el pan, mandó el cura a las indias que nos hiciesen tortillas de **maíz** como las solían hacer antiguamente para sus caciques,y hiciéronlas tan regaladas y sabrosas, que parecían fruta de sartén, porque amasaron la harina de **maíz** con huevos y manteca. En el puerto de Santa Elena, diócesis de Quito, se hacen las mejores tortillas de **maíz** que hoy se comen en todas las Indias, porque, frías, quedan tan tiesas como bizcochos, y echadas en el caldo de la olla, se empapan como pan, lo cual no tienen las otras tortillas. Pareciéronnos tan buenas a los que veníamos de la Nueva España en un navío que tomó aquel puerto, que embarcamos mucha cantidad de ellas, que nos duraron 10 o 12 días, y al fin de ellos estaban como cuando se sacaron del fuego, acabadas de hacer.

---

2 Que se dice en quíchua **cancha y hancca**.

3 Y añadiéndole canela o clavo es lo que los quiteños llaman pinol y suelen llevar en las jornadas de montaña. Es agradable,nutritivo, tónico y estimulante.

También suelen hacer de la misma masa de **maíz** unos bollos que cuecen, unos en las brasas y otros en agua, envueltos en hojas de árboles o de otra planta. Estos bollos son de muchas maneras; unas veces no tienen más que la masa de **maíz**, y éstos son en dos diferencias: unos gruesos,bastos, hechos sin curiosidad, como decimos acá **pan de toda harina**, que en la Nueva España come la gente rústica y los **maceguales** o **mitayos**. Otros bollos pequeñitos se hacen más regalados de la flor de la harina: son blancos y delicados, porque los hacen de **maíz** despepitado, que es habiéndole quitado, antes de molerlo, aquella rasilla que tiene con que está asido en el **choclo**. A esto han añadido los españoles amasarlos con azúcar, y se ponen por regalo en la mesa, lo cual se usa mucho en México, donde yo los comí algunas veces.

La otra manera de hacer estos bollos de **maíz**, es cuando llevan dentro carne con mucho **ají**, y éstos son los que en la Nueva España llaman **tamales**. Suélenlos envolver, para cocerlos, en las hojas o túnicas del **choclo**, y para sólo esto se venden estas hojas en manojos en toda la Nueva España; más en esta ciudad de Lima los envuelven en hojas de plátanos. Han sabido (mejorar?) mucho los españoles estos **tamales**, porque los hacen con más recaudo y curiosidad que los [que] usaban los indios. Los ordinarios que se venden en las plazas son de carne de puerco, mas, los que se hacen de regalo, llevan carne de gallina o de pollos y palominos, y hay **tamales** que cada uno lleva una gallina entera; y para fiestas extraordinarias, suelen echar un pavo entero en un **tamal** y porque no hay hoja de planta ninguna que baste a cubrirlo,lo envuelven en un **petate**.

La otra manera de moler el **maíz** para hacerlo harina, es que lo echan seco sobre una losa grande y lo muelen con otra piedra mediana que trae una persona a dos manos; si bien al presente se muele mucho en nuestros molinos de moler trigo. Como los indios, antiguamente, no tuvieron cedazos, cernían esta harina solamente para la gente regalada, como eran los caciques, en una manta de algodón en la cual se pegaba la harina floreada o flor de la harina y se apartaba lo grueso de ella como el afrecho; mas ahora usan ya de nuestros cedazos. Hacen también de la harina de **maíz**, fuera del pan llamado **tanta**, otro más basto, que llaman **zanco**; poleadas, o mazamorra, que en la Nueva España nombran **atole**, y otras cosas.

(6. **Otros usos del maíz**)

Los españoles asimismo se aprovechan del **maíz** en muchos usos, porque de él hacen almidón, cuzcuz o frangollo, que suple en lugar de arroz, unas veces con leche y azúcar, y otras con grasa o manteca, poleadas, pasteles, regalos de dulce con azúcar, y otros modos de mantenimientos

saludables y provechosos. Finalmente, es de tanta utilidad esta semilla, que demás de ser mantenimiento de los hombres, lo es también de los animales; porque se da en lugar de cebada a las cabalgaduras; es el grano que comen las aves caseras, gallinas, pavos, palomas y patos, y engordan con ella los cebones mejor que con bellotas; y ni aun su caña deja de ser provechosa, porque, verde, la chupan los indios como si fuera caña dulce, y en algunas partes hacen de su zumo miel y vinos; y su hoja, verde y seca, es maravilloso pasto para las cabalgaduras; y en la Nueva España hacen de estas cañas secas ricas imágenes de bulto, que salen, aunque sean muy grandes, muy livianas.

Además de esto, es el **maíz** muy medicinal, porque el zumo de su hoja verde junta las heridas frescas, y tostado el grano y rociado con vino, aplicado caliente en saquillo, resuelve el dolor ventoso y quita la intemperie fría. Mezclada su harina con zumo de hojas de rábanos, quita los cardenales. Finalmente, la poleada o **atole** que se hace de ella con azúcar, es comida muy regalada, saludable y fácil de dijerir, y que se da así a los heridos como a los enfermos de calenturas. El nombre de **maíz** es de la lengua de los indios de la isla Española; los mexicanos lo llaman **thaolli**, y los del Perú, **zara** en la lengua quichua, y en la aimará, **tonco**; y a la mazorca del maíz llaman los indios de la Nueva España **elote**, y los peruanos, **choclo**; y al corazón de la mazorca sin grano, **coronte**, y sirve de leña; y las túnicas del **choclo** son muy útiles a los arrieros, porque hinchen con ellas las enjalmas y quedan muy livianas.

(7. Distintas clases de chicha y su fabricación)

Debajo de este nombre de **chicha** se comprenden todas las bebidas que usaban los naturales de este Nuevo Mundo en lugar de vino, y con que muy frecuentemente se embriagan; al cual vicio son tan inclinados, que ni ha aprovechado haberse convertido a nuestra Santa Fe, ni el trato y comunicación con los españoles, ni los castigos que hacen en ellos sus curas y las justicias para que se aparten de él, dado que en algunas provincias se ve alguna enmienda y en general en todas partes no son ahora tan comunes y frecuentes las borracheras como en tiempo de su gentilidad. Hácese la **chicha** de muchas cosas, acomodándose cada nación a aquellas semillas y frutas que más en abundancia produce su tierra, para hacer **chicha** de ellas. Unas **chichas** se hacen de **ocas**, **yucas** y de otras raíces; otras de **quinua** y del fruto del **molle**. Los indios de Tucumán la hacen de algarrobas; los de Chile, de fresas; los de Tierra Firme, de **piñas**; los mexicanos, del **magüey**, el vino que ellos llaman **pulque**; y a este modo, en diferentes provincias de diversas frutas y legumbres, que parece haber conspirado todos los mora-

dores de la América contra el agua, según rehusan de beberla pura. Pero la mejor **chicha** de todas y que generalmente se bebe en esta tierra, la cual, como vino precioso, tiene el primer lugar entre todas las demás bebidas de los indios, es la que se hace de **maíz**.

Esta se hace de muchas maneras, y en lo que se diferencian unas de otras es en ser unas **chichas** más fuertes que otras y de diferentes colores; porque se hace **chicha** colorada, blanca, amarilla, cenicienta y de otros colores. Una muy fuerte, llamada **sora**, que hacen de **maíz** que primero está algunos días enterrado hasta que retoñece; otra, de **maíz** tostado; otra, de **maíz** mascado y y de otras maneras. La más ordinaria que beben los indios del Perú es la que se hace de **maíz** mascado; para lo cual se ven, no sólo en sus pueblos, sino también en muchos de españoles donde hay concurso de indios, como en Potosí, Oruro y otros, hechos corrillos en las plazas de indias viejas y muchachos sentados mascando **maíz**, que no poco asco causa a los españoles sólo el verlo, sin que lo cause a los indios el beber un brebaje hecho tan suciamente. No mascan todo el **maíz** de que se hace la **chicha**, sino parte de él, que, mezclado con lo demás, sirve como de levadura. La cual tienen los indios por tan necesaria para darle el punto a la **chicha**, que cuando el **maíz** se muele para este efecto en nuestros molinos de agua, mascan la harina hasta humedecerla en la boca y hacerla masa; y llevan su paga los que se ocupan en este ejercicio de mascar **maíz** o harina, fuera de lo que interesan tragando lo que quieren para matar la hambre.

Los españoles también suelen hacer **chicha** de **maíz** por regalo, pero hácenla con más limpieza y curiosidad que los indios; la cual es una bebida saludable, fresca y de buen gusto, y se hace de esta manera: tuéstase un almud de **maíz** (más o menos según la cantidad de **chicha** que se ha de hacer) y después se muele y cierne su harina, la cual se amasa con un poco de agua tibia y no caliente, que lleve un poco de sal. Hase de sobar esta masa de manera que ni quede rala ni aguanosa ni muy dura, sino que haga algún poco de correa. Hecho esto, se deja la masa por una noche, y por la mañana se echa en una tinajuela que pueda caber una arroba de agua, y allí se le han de echar como 6 cuartillos de agua muy hirviendo, y con una cuchara grande se maneará de manera que la masa y agua se incorporen; y luego, sucesivamente, se le echa agua tibia hasta cumplimiento de una arroba, y con ella se menea la masa para que todo se incorpore.

Luego se tapa la vasija y se deja así por 24 horas; las cuales pasadas, se saca de ella el agua, que está clara y asentada, y se echa en otra vasija, y de allí sacarán como 6 cuartillos de ella, la cual, con libra y media de azúcar, ha de hervir un poco; y esta agua, azucarada, se revolverá con la demás, y después que esté tibia, se ha de echar colada en la vasija de donde se ha de

sacar para beber, tapándola con un lienzo, porque no se impida al hervir de la **chicha** la espuma que ha de salir. Si la vasija en que se echare estuviere usada de esta bebida, se pondrá la **chicha** de sazón para poderla beber dentro de dos días, y si no lo estuviere, tardará 7 u 8 días en hervir y madurarse.

(8. **Empleo medicinal de la chicha**)

Toda suerte de **chicha** de **maíz**, bebida, aprovecha contra el mal y detención de orina, contra las arenas y piedras de los riñones y vejiga; a cuya causa, nunca en los indios, así viejos como mozos, se hallan estas enfermedades, por el uso que tienen de beber **chicha**. Tomando medio cuartillo de ella en ayunas, en que se hayan estado en remojo por espacio de una noche los cascos de media cebolla blanca y un poco de azúcar, quita la purgación de riñones, o, cuando menos, la templa y apoca para que no desuelle y haga llagas en la vía de la orina; y tomando de esta bebida, cuando no está muy agria o madura, medio cuartillo caliente en ayunas, aprovecha contra la cólica pasión y contra todo detenimiento de orina y mal de ijada. También sirve el concho o asiento de la masa que hace la **chicha**, porque,aplicado sobre los pies gotosos, les quita el ardor y mitiga el dolor. El nombre de la **chicha** no es de este reino; pienso que lo tomaron los españoles de la lengua de la isla Española;llámase en la lengua quichua del Perú **aca** (**azua**?) y en la aimará **cusa** »(1964,I: 159-63).

(9. **El ají: la planta, explotación y uso**)

«Entre las legumbres que producen el fruto en sus ramas, tiene el **ají**, después del **maíz**, el primer lugar, como la planta más general y de mayor estima entre los indios de cuantas se hallaron en esta tierra; porque entre las especias que dio Dios a los naturales de ella es tan recibida de todas las naciones de este Nuevo Mundo, que no se ha hallado ninguna que no tuviese el uso de ella y en mucha estimación; y no sólo de los indios es hoy muy preciado el **ají**, sino también de los españoles moradores de estas Indias, y aun de los que no han pasado a ellas, pues se da ya con no menor abundancia en España que en esta América, y no es menos bien recibido su uso que el de la pimienta de la India Oriental. Sólo se halla esta diferencia entre la pimienta y el **ají**, que éste,por darse con más abundancia y a menos costa nuestra, es tenido en menos que la pimienta, que nos cuesta más cara por venir de lejos; más esta menor estimación es general en todas las cosas que fácilmente alcanzamos.

La mata del **ají** es copada y de agradable parecer; levántase del suelo

dos o tres codos, más o menos según la tierra donde nace es fértil o flaca; la hoja se parece a la de la yerba mora o a la de la albahaca de hojas anchas. Aunque son muchas las diferencias que se hallan de **ají**, en lo que es la mata, ramas y hojas, no hay variedad, sino en una particular especie de que luego diré. Echa unas florcitas blancas y pequeñas de ningún olor, y a éstas sucede el fruto, que son unas vainillas llenas de pepitas blancas,el cual, uno es grande como limas y ciruelas grandes; otro, tan pequeño como piñones y aun como granos de trigo, y entre estos dos extremos hay mucha diferencias en su tamaño. En el color se halla no menor variedad, aunque todo **ají** conviene en ser verde antes de madurar. La misma discrepancia se halla en la forma y hechura; porque uno es redondo; otro, prolongado, y otros, de otras muchas formas.

Empero todo **ají** conviene en ser agudo, mordicativo y picante, mayormente las pepitas. El mayor de todos se llama **rocoto**, pronunciada la r como en este nombre, caridad; cuya hoja es muy diferente de las de las otras especies de **ají**, porque es mucho mayor, no tan lisa, de un verde oscuro, y algo parecida a la hoja del toronjil; el **ají** de esta planta es muy grande, del tamaño de una lima, y aun como una mediana naranja, redondo, y alguno prolongado; uno, de color verdinegro, y otro, muy colorado; no quema su cáscara como la de los otros **ajíes**, sino que se deja comer cruda, como si fuese otra fruta.

Otro **ají** hay largo y grueso, mayor que el más largo dedo de la mano, y éste se halla de muchos colores: uno, colorado muy encendido; otro, verde oscuro; otro,morado, negro, amarillo, y otro, verde claro. Otra suerte hay de **ají** largo como el primero, pero que hacia la punta se va estrechando y acaba puntiagudo, el cual también es de muchos colores. Otro, se halla un poco menor que éste, del tamaño y hechura de un dátil; otro **ají** hay como aceitunas, y todos ellos son de varios colores. El más hermoso a la vista es uno tan parecido en el color, tamaño y hechura a las guindas, que se engañara una persona fácilmente pensando que lo son. Hállase otro **ají** muy picante y tan pequeño como piñones. Finalmente, son tantas las diferencias que se hallan de **ají** en estas Indias, que pasan de 40.

Es el **ají** tan regalada y apetitosa salsa para los indios, que con él cualquiera cosa comen bien, aunque sean yerbas silvestres y amargas; y lo más rigurosos ayunos que hacían en su gentilidad, era abstenerse de comer cosa guisada con **ají**. No sólo se come el fruto de esta planta, sino que también sus hojas se echan en los guisados como el perejil y la yerbabuena, en especial en el llamado **locro**, en que echan tanto **ají** a los indios, y aun algunos españoles, que los que no están acostumbrados a él, no lo pueden comer sin derramar lágrimas, que les saca la fuerza del **ají**. También de las

hojas tiernas del **ají** se hace tan buena salsa como de perejil. Cómese el **ají** verde y también se guarda de dos o tres maneras; en escabeche, que es muy regalado y lo suelen embarcar los que navegan; y seco, y de éste, uno se guarda entero, y otro molido. La planta se puede podar de un año para otro, más no da tanto fruto como lo que se siembra cada año. Es el **ají** más cálido que la pimienta y acrecenta la gana del comer, y por eso es tan apetitoso; comido con moderación y templanza, ayuda a la digestión. Su polvo, hervido con vino y de ello echando unas gotas en el oído, quita el dolor causado de interperie fría o por ventosidad; y asimismo, hervido en polvo con vinagre, quita el dolor de muelas. Llámase **ají** en la lengua de la isla Española; en la mexicana, **chilli**, y en las dos lenguas generales del Perú, **uchu** en la quichua, y **huayca** en la aimará» (1964,I:172-74).

II. TIPOLOGIA DE LOS INDIOS Y ORIGEN DE LOS MISMOS (1653)

(1. Tres tipos de bárbaros y rasgos de cada uno)

«Queda asentado arriba, que todos estos indios naturales de la América son bárbaros, por convenirles cuanto distingue a hombres que en su proceder no guardan concierto, humanidad y policía, de los que observan estas cosas y regulan su vida y costumbres por leyes de razón y justicia. Puesto caso que esto es así, todavía, porque aun entre bárbaros hay gran diferencia y desigualdad, aventajándose un bárbaro a otro en muchas cosas (que no todos son cortados por una tijera), pondremos una general división que los abrace a todos y servirá para mayor distinción y claridad de lo que en el proceso de esta escritura se dijere. A tres órdenes o clases podemos reducir estas gentes, tomando por razón constitutiva de cada clase la manera de gobierno y república que guardan entre sí, por esta forma.

En la primera clase de bárbaros pongo aquellos que pasan la vida en behetrías, sin pueblos, reyes, ni señores; éstos son los más rudos y salvajes de todos, de los cuales, unos andan por los campos y desiertos a bandadas como brutos, sin reconocer superioridad a ninguno, otros viven en pequeñas comunidades, que consta cada una de solos los hombres de un linaje y familia, los cuales obedecen en lo que quieren al padre de la familia, que suele ser el pariente mayor, o al que entre ellos se aventaja a los demás en razón y habilidad. En segundo grado tiene ya más semejanza de república, porque incluye todos los bárbaros que viven en comunidades compuestas de diferentes familias, reconocen una cabeza y cacique a quien dan obediencia, el cual no tiene debajo de su dominio ningún señor de vasallos. El tercero grado contiene los indios de más orden y razón política,que son los

que se juntan en comunidades o repúblicas grandes, cuyo príncipado poseen reyes poderosos, que tienen por súbditos otros caciques y señores de vasallos.

En lo que difieren comúnmente los indios de estas tres clases, allende de lo dicho, es en que muchos de la primera no tienen casas ni asiento fijo para su morada, sino que hoy están aquí y mañana allí,mudándose de unas partes a otras en busca de su sustento, a guisa de animales que se pasan de unos pastos a otros, por cuanto se mantienen de fruta silvestre y de la caza y pesca, sin cultivar ni sembrar la tierra. Los de la segunda y tercera siembran y cogen sus semillas y legumbres y tiene uso de casas y pueblos, viviendo aquéllos en rancherías de poco número de casas, divididos de ordinario pos sus linajes y parcialidades, y éstos en pueblos grandes y ordenados con muchas aldeas de corta vecindad alrededor, cada una de su **aillo** o linaje. Otrosí se diferencia en que muchas naciones de las dos primeras clases andan del todo desnudas, pero de las de la tercera ninguna.

Item, cuanto más se apartan de la primera, tanto más tiene de religión y supersticiones; porque casi todos los indios del primer grado y orden de barbaridad, así como en serlo se adelantan a los demás, así se les quedan atrás en idolatrías, porque casi todos ellos no usan de ningún género de adoración. Los de la segunda clase reconocen y hacen reverencia a algunos dioses falsos, más con muy pocas ceremonias y ofrendas. Los que más dioses adoraban y con mayor orden, culto y celebridad de templos,sacerdotes y sacrificios, eran los de la tercera. Fuera de lo dicho, era muy poca la desigualdad que entre todas las gentes, de estos tres grados de barbaridad se veía; porque si miramos su rudeza, inhumanidad y fiereza, en todas tres clases había harto de todo; pues en la más noble y política se hallaban naciones de **caribes** comedores de carne humana y que ofrecían al demonio sacrificios de hombres. En lo que más excedían los de la tercera a los de las otras dos era en ser más domésticos y mansos, por estar más acostumbrados a obedecer a sus reyes, y en curiosidad y primor en algunos oficios que sabían, y en que los grandes reyes habían con el uso de gobernar adquirido mucha experiencia y destreza para la buena administración y conservación de sus reinos, como parece por el gobierno que tenían los reyes mexicanos y peruanos.

(2.Pueblos autóctonos ubicados dentro de cada tipo)

La primera clase de bárbaros es la más extendida y difusa, en que entran los **chichimecas** de la Nueva España, los de la Florida, de la California y otras innumerables gentes que hay en aquella parte setentrional

de la América. En esta meridional pertenecen a la misma clase todos los indios que habitan las provincias del estrecho de Magallanes, los más de Tucumán y Paraguay, los **brasiles** y casi todos los de las costas de la Mar del Norte, con los que corren desde allí la tierra adentro por las riberas del gran río Marañon hasta los confines de este reino del Perú; y en luengo de este reino son innumerables las gentes que habitan las provincias de los Andes y tierras yuncas que le caen al Oriente desde el distrito de los **Charcas**, corriendo la vuelta del Norte hasta las que confinan con las provincias de Quito y del Nuevo Reino de Granada.

En la segunda clase se comprenden los valientes **chilenos**, los de Popayán, algunas naciones de Tucumán y Paraguay. Muchas de las gentes que han acabado después que los españoles entraron en la tierra, pertenecían también a este grado, como eran los naturales de la isla Española y otros cacicazgos de las islas sus comarcanas, los habitadores del reino de Tierra Firme y otras muchas naciones de las costas del Norte.

En el tercero grado y orden ponemos las repúblicas populosas que más guardaban de humanidad y razón, gobernadas por reyes poderosos; las cuales eran muy pocas en comparación de las innumerables behetrías y estados y señoríos cortos que había, cuales eran el reino de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada; el imperio mexicano; y el de los reyes Incas del Perú, con algunos otros reinos de menos cuenta y nombre que había en la Nueva España con los cuales se puede contar el de Tlascala, que era república libre al modo de la señoría de Venecia.

Lo que del principio de estas tres clases de barbaros y cómo y cuándo se vinieron a diferenciar en las cosas susodichas se puede averiguar (tomando la carrera de lo más lejos que la memoria y tradición de ellos alcanza, que apenas llega a quinientos años), es que todas las gentes de este Nuevo Mundo eran muy bárbaros y salvajes antiguamente, cuales son el día de hoy los **chichimecas, chunchos, mojos, chiriguanás**, con los demás que todavía se están en su infidelidad y pertenecen a la primera clase de bárbaros; y que de pocos siglos a esta parte comenzaron a levantarse de entre ellos algunos hombres de más habilidad y valor que los demás, y con maña y violencia de armas ocuparon la libertad de los suyos y de sus vecinos; los cuales, dado que al principio, como hombres fieros e indómitos,no hechos a sufrir tal carga, sintieron notablemente el yugo de la sujeción y procuramos sacudirlo de sí, al fin, a poder de castigos rigurosos que los tiranos ejecutaban en los que les resistían, vinieron a domesticarse y rendir al mando tan cruel y tiránico; y fundados ya esos señoríos y cacicazgos, los fueron heredando los descendientes de los que lo establecieron, los cuales, con el discurso del tiempo, los fueron asegurando más y ampliándolos.

(3. Tipología y evolución cultural)

Y éste fué el camino por donde de la primera suerte y clase de bárbaros tuvo principio la segunda, y de ésta vino a salir la tercera, creciendo tanto en potencia y vasallos algunos caciques, que pudieron sojuzgar a sus comarcanos y tener por súbditos otros caciques inferiores y señores de vasallos.

He referido tan a la larga cuanto en común se puede decir de la naturaleza y costumbres de los indios, movido solamente con deseo de que conste la verdad de lo que eran en su gentilidad, y no para que sus ignorancias y desventuras sean ocasión de que los despreciemos y tengamos en menos, más antes para que, compadeciéndonos de su necesidad, nos esforcemos con caridad cristiana a ayudarlos con tanto más celo de ganarlos para Cristo y encaminarlos a su salvación, cuanto más ciegos y sujetos a su tiránico dominio los tenía el demonio y tiene todavía a los que no han salido de las tinieblas de su infidelidad, y para que los que vieren el copioso fruto que ha obrado la palabra divina en estas gentes, que tan desviadas andaban del camino de la vida, conozcan su admirable virtud y eficacia y también se descubra la hacienda tan grande que en su cultura y enseñanza han hecho en pocos años los ministros evangélicos, y a imitación suya se animen los que adelante vinieren, para llevar adelante tan gloriosa empresa.

(4. El problema del origen y sus dos presupuestos)

A temeraria osadía tuviera yo a el que sin más probanza que estribando en la sutileza de su ingenio y discurso, se arrojara a determinar por cierto lo que del origen de los indios imaginase; porque es negocio tan culto y difícil, que ninguno hasta hoy, de cuantos de él han escrito, se ha adelantado a más que a proponernos su parecer, sin demandar le demos más fe de la que su probabilidad sacare.Pues temiendo yo incurrir en la misma censura, me contentaré con sólo manifestar llanamente lo que de esta cuestión tan intrincada siento; y con referir las conjeturas y motivos que a ello me inclinan, remitiendo la determinación de la verdad a quien hallare otras razones y fundamentos más sólidos con que apoyarla; que, a mi ver, ello será muy dificultoso averiguarla concluyentemente,a causa de que, faltando aquella luz y guía que en semejantes disputas suelen abrir camino a la razón, más habremos de colegir lo que juzgáremos ser conforme a ella por discreción y buen discurso, que de autoridades ajenas y argumentos evidentes; pues ni en escrituras antiguas, así profanas como sagradas, hallamos rastro de aqueste punto, ni menos entre los mismos indios memoria y tradición de donde procedan; si bien es verdad que los de este reino del

Perú cuentan algunas ficciones fabulosas acerca de su origen, que no hacen al propósito, de las cuales haré mención cuando llegue a escribir sus cosas.

Presupongamos ante todas cosas la verdad católica que nos enseña la Divina Escritura, esto es, que todos los hombres del mundo procedemos de un primer hombre, y que en el Diluvio universal perecieron todos, sin escapar con vida más que el patriarca Noé y sus hijos y mujeres, de los cuales se tornó a poblar la tierra. De este principio se sigue haber venido los primeros hombres que poblaron las Indias de alguna de las regiones del mundo viejo, por donde comenzó la restauración del universo. El segundo presupuesto sea que no nos habemos de acoger a milagros donde se pueden excusar, pues no investigamos ahora lo que Dios pudo hacer para poblar todo el mundo,sino lo que es más conforme al curso de las cosas humanas. Asentados estos fundamentos, que cuantos tratan este argumento suponen como infalibles, resta inquiramos el camino que pudieron traer los primeros pobladores que acá pasaron.

(5. Diferentes hipótesis propuestas)

El ser este negocio tan oscuro y dudoso, ha dado ocasión a los que de él han escrito a echar cada cual por su vereda. Unos dicen que vinieron los pobladores de esta cuarta parte del mundo por tierra, extendiéndose poco a poco de unas regiones en otras; para lo cual quieren que esta América por alguna parte se continúe con la Asia; otros, que hicieron su camino por mar, o acaso arrojados de tempestad, o en navegación hecha de propósito; y no faltan escritores que señalen las naciones y provincias de donde salieron, afirmando unos haberse propagado todos estos indios de una nación, y que esa fué gente venida de Fenicia y Cartago, la cual, por ser muy diestra en la arte de navegar, pasó de intento en flota a esta tierra, de la cual tuvo antes alguna noticia.

Otros, que estos indios descienden de aquellas diez tribus de los hebreos que, como se dice en Esdras, fueron trasladados a una región muy remota de esa otra parte del río Eúfrates, donde jamás habían vivido gentes, y que de allí,por la Tartaria, pasaron a la América septentrional, de donde se fueron extendiendo por las demás partes de las Indias. Otros, que de los habitantes de aquella isla fabulosa llamada en Platón Atlántica. Otros son de parecer que los naturales de este Nuevo Mundo son descendientes de los españoles, porque de ellos dicen fueron pobladas las islas de Canaria y de ellas pasaron acá. También sienten otros que poblaron esta tierra los romanos al tiempo que más pujante y dilatado estaba su imperio. A otros parece que descienden los indios de los tártaros y chinos; y a otros, final-

mente, que no vienen de sola una nación, sino de todas las referidas, ni vinieron por sola una, sino por muchas y diversas vías, parte por tierra y parte por mar, unos acaso, y otros de propósito.

En conclusión, de la incertidumbre y oscuridad del tiempo se ha tomado cada uno la licencia que ha querido, para seguir las conjeturas que su pensamiento ha rastreado; y como todas ellas no tengan otra firmeza que la que intentan darle los que sobre ellas fabrican sus discursos, es tan débil el apoyo y estabilidad de las opiniones que en ellas van fundadas, que no han menester ser impugnadas de otras más poderosas, para desfallecer y caerse. Pero, como es cosa muy fácil deshacer lo que juzgo ser falso del principio y origen de los indios, así tengo por negocio muy arduo y dificultoso dar con el blanco de la verdad. Y ciertamente, si el proceso y orden de esta historia no me obligara a decir lo que siento de esta cuestión, y la descripción que atrás queda hecha de la condición y calidad de la tierra y de sus habitadores no me prometiera alguna luz y rastro de atinar con lo más verosimil, de bonísima gana me abstuviera de tratarla y manifestar mi sentimiento, pues no se me esconde que por más que trabaje en apoyarlo y establecerlo, al fin ha de quedar expuesto al contraste de las otras opiniones que pretendo rechazar.

(6. Los americanos proceden de una sola nación)

Empezando, pues, a desenvolver esta dificultad, digo lo primero, que con lo que dejo probado en el capítulo IX de este libro, conviene a saber, que todas estas gentes descienden de un linaje, queda deshecha la opinión que llevaba proceder de muchas naciones del viejo mundo. Ni obsta alegar en contrario la dificultad, que a prima faz se ofrece, de haberse poblado tantas y tan extendidas tierras de un solo linaje de hombres, pues de no más de uno solo se ha venido a henchir todo el mundo de las innumerables gentes que hoy lo habitan; y muy bien, y sin dificultad alguna, pudieron los primeros que pusieron sus pies en esta tierra, por muy pocos que fuesen en número, irse ellos y sus descendientes derramando y ocupándola toda con el discurso del tiempo; que si nuestros españoles en poco más de 150 años que ha que la descubrieron, con hallarla tan llena de gentes fieras y belicosas, que les hicieron y todavía hacen en algunas partes porfiada resistencia, la han penetrado toda y ocupado gran parte de ella, en que tienen ya fundadas tantas ciudades y provincias, ¿qué hay que maravillarnos que hallándola vacía y yerma los primeros pobladores, sin que hubiese quien les resistiese y atajase el paso, la ocupasen en algunos siglos?.

Que no debieron de ser tan pocos que no haya habido tiempo sufi-

ciente, no sólo para que se llenase de los primeros poseedores, sino para que, multiplicándose algunas naciones excesivamente y no cabiendo por su multitud en los límites de su patria, moviesen guerra a sus comarcanas, y consumiéndolas con el rigor de ella y de su bárbara crueldad, les ocupasen y poblasen sus provincias. De lo cual tenemos ejemplos no muy antiguos en los indios **chiriguanás**, que siendo, como son, valientes y guerreros, casi al mismo tiempo o pocos años antes que los españoles entrasen en este reino del Perú, salieron ellos en cuadrillas de su patria, el Paraguay, y corriendo más de 400 leguas por las provincias que hay en medio, haciendo gran destrozo en los naturales de ellas, llegaron a las tierras que al preente poseen confinantes con la provincia de los Charcas, las cuales quitaron a sus moradores, y usurpándolas para sí, las tienen ahora bien pobladas de los de su nación. Y en los indios **brasiles**, que aportaron a la provincia de Chachapoyas en tiempo del presidente Pedro de la Gasca, los cuales habían caminado desde su tierra hasta el fin de su peregrinación más de mil leguas. Pues pregunto yo ahora, si en tan pocos años, obra de 10 a 12 mil **chiriguanás** han corrido y ocupado tan extendidas provincias, peleando y destruyendo a sus habitadores,y las han llenado de colonias suyas, y aún se hubieran extendido y señoreado de más tierras, si los españoles no se lo hubieran estorbado,reprimiendo su orgullo, ¿cuán aprisa se irían aumentando y dilatando los primeros pobladores,mayormente por la brutal incontinencia de estas gentes bárbaras, que en su gentilidad se multiplicaban poco menos aprisa que la especie de ganado más fecundo?.

De donde concluyo este primer punto, el cual pongo por fundamento para la resolución de esta cuestión, haber sido una sola nación de hombres la que pasó a poblar estas Indias, de quien descienden las innumerables que la poseen el día de hoy;las cuales ha sido muy fácil haberse propagado de aquélla, por los muchos siglos que han pasado de por medio. Que si bien no hay prueba clara del tiempo en que acá vinieron hombres, todavía la antigüedad de edificios arruinados que hallamos, y lo que arriba queda dicho de la división en tres clases de gentes bárbaras y su infinidad de lenguas, todo es argumento de haber comenzado la población de este Nuevo Mundo no muchos siglos después de haber pasado el universal Diluvio.

(7. Dicha nación tenía cultura muy primitiva)

Sea el segundo presupuesto, que los hombres que poblaron esta tierra eran ya, cuando a ella vinieron, gente ignorante, ruda y salvaje, sin letras, ciencia, ni rastro de policía; lo cual me persuado vista y considerada la naturaleza y propiedades de la tierra y condición de sus moradores, tan diversos en todo de las gentes de Europa y sus vecinas; es bien verdad, que

puesto caso que hubieran los primeros, habitadores venido de alguna nación republicana y de letras, pudieran sus descendientes con el largo tiempo y falta de comercio con otras gentes haber degenerado del ser y lustre de sus progenitores y venido a la inculta barbaridad en que los hallamos; mas, no da lugar a pensar esto la extrañeza y discrepancia tan rara que de sus calidades y costumbres queda explicada; porque, si hubiera pasado así, algunos rastros quedaran por indicios del más valor y excelencia de sus antepasados, y lo que hallamos cuanto más de atrás inquirimos e investigamos sus principios, es mayor rudeza y salvajez. Pero porque adelante he de seguir más a la larga este argumento, no me quiero detener ahora en él.

Con este segundo presupuesto se rechaza la opinión de los que tienen decender estos indios de la nación de los judíos y de otra cualquiera de las de Europa; y consiguientemente se concluye que no vinieron sus progenitores en navegación larga por el Oceano hecha de propósito, así por lo que queda dicho, como porque jamás se tuvo allá noticia de estas Indias, como adelante probaremos.

(8. **Procede del Viejo Mundo por cercanía geográfica**)

Conforme a los fundamentos que dejamos echados en el capítulo pasado, pasaremos adelante con nuestra pesquisa, inquiriendo de qué parte del mundo viejo pasaron a este Nuevo los primeros hombres que lo poblaron, y de qué modo pudieron hacer tan largo viaje. Para cuya averiguación, si bien es verdad que no tenemos camino abierto ni aun huella y rastro conocido que podamos seguramente llevar, el por donde voy guiando mi discurso imagino es el más cierto y seguro, como lo mostrarán las conjeturas que me mueven a echar por él. En primer lugar, demos vuelta con el ánimo a toda esta cuarta parte del mundo que llamamos América, rodeándola por sus costas y orillas, y vamos de camino advirtiendo y notando, como desde Atalaya qué tierra del mundo viejo es la que le cae más vecina, y hallada, pongamos luego los ojos en sus moradores y miremos si ellos y estos indios se imitan en ingenio y propiedades. En consecuencia de lo cual se nos ofrece luego la duda que no han acabado de aclarar los cosmográfos y geógrafos, conviene a saber, si por la parte septentrional se continúa esta tierra con alguna región de la Asia de las que más se allegan al norte.

Y verdaderamente que la razón de dudar es muy grande, tomada de la relación que han traído los que sólo por explorar los términos y límites de esta tierra,han navegado sus costas septentrionales por ambos mares del Norte y del Sur; los cuales, aunque siguiendo y costeando su orilla, se han puesto lo más cerca del polo que han podido, subiendo más de 60 grados

de la equinoccial, de la cual altura no les ha dejado pasar el excesivo frío que sienten en aquel paraje por los meses de junio y julio, ni han descubierto el cabo de la tierra, ni se han acabado de resolver en si corre o no hasta juntarse con la Asia; y así han dejado en pie la duda. Y puesto caso que haya estrecho de mar entre Asia y la América, como lo ponen los cosmógrafos en sus tablas y lo nombran de Anián, no debe de ser muy ancho, por lo mucho que se avecinan al septentrión los términos de esta tierra. De donde consta que por aquella parte se acerca más al mundo viejo que por otra ninguna.

Esta es hablando en la opinión común que ha puesto aquí ha seguido el torrente de los geógrafos; más, en la mía ha cesado ya esta duda, supuesto lo que dejo dicho en el capítulo XIV del libro I de la Primera parte, y es que tengo por más probable que se continúa esta tierra con la parte más septentrional de la Asia; y conforme a esta opinión, siendo que de aquella última región de Asia en que cae la China, la Tartaria y el archipiélago de San Lázaro, en que se incluyen las islas Filipinas, pasaron a esta tierra sus primeros pobladores.

(9. Y también por similitud cultural)

Y hace mucho en confirmación de esto, hallarse también por esta vía el segundo indicio que investigábamos de la similitud de estos indios con las gentes que habitan aquellas costas de la Asia, la cual no se puede negar sino que es muy grade no sólo en el color y ser naturalmente aquellos hombres de la China y de las islas sus adyacentes naturalmente lampiños como estos indios, sino también en el ingenio, inclinación y costumbres; porque, así estas gentes de la América como aquéllas de la China y Filipinas son pusilánimes, inconstantes y fáciles; y de las mismas calidades deben de participar por la vecindad los tártaros finísimos de la China. Allégase a lo dicho, que me certificó el que me dió la primera noticia de continuarse la América con la Asia, que los tártaros confinantes con la China usan del mismo género de libros que tenían los **mexicanos**, en que por figuras contaban sus historias.

Y lo que no poco hace en apoyo de lo que vamos diciendo, es el ver la semejanza grande que tienen con estos indios de la América todas las naciones de gentes que se han descubierto navegando desde esta tierra hacia el poniente y septentrión, así enmarados como costa a costa; poque los que han hecho esta navegación desde el Perú a las islas de Salomón enmarados, han topando por todo el camino muchas islas bien pobladas de indios hasta las islas de Salomón, y desde allí hasta las Filipinas y costa de la Asia. Y de

la misma manera, los que han ido a descubrir del fin de esta tierra costa a costa, así por la mar del Sur como por la del Norte, cuantas gentes hallaron en todas las partes adonde arribaban a reconocer la tierra, son en todo muy parecidas es estos nuestros indios de la América.

(10. **Hipótesis sobre modo del viaje**)

El modo como hicieron este camino aquellos primeros que lo anduvieron, podría causar dificultad; pero yo, cierto no la hallo, considerando que no era necesario fuesen unos mismos hombres los que partieron de Asia y trajeron este viaje tan largo hasta lo último de estas tierras, sino que debió de suceder en esto lo mismo que en la población de las otras partes del mundo, y es que, como se iban propagando y multiplicando los hombres, se iban extendiendo y dividiendo por sus familias y parcialidades y ocupando las provincias cercanas a su naturaleza que hallaban yermas. Así, pues, los primeros que salieron de Asia ocuparían la primera tierra desde América, que por aquella parte les caía más cercana, y a la proporción que se iban multiplicando, irían extendiéndose y ocupando nuevas tierras,sin hacer tránsito largo de unas a otras, más que por huir la estrechura de las muy pobladas, procurarían sólo extenderse por las que hallaban vacías y aparejadas para poderse mantener en ellas. Y en hinchéndose aquéllas de más gentes que cómodamente pudiesen mantener, se irían alargando por las contérminas a ellas las familias que, como enjambres, se iban procreando, sin emprender jornadas largas para dividirse los unos de los otros, supuesto que todo el camino que habemos descubierto por esta derrota es continuado. Y así, sucediéndose unos a otros en continuar este viaje por esta forma, que habiéndolo comenzado los primeros y llevándolo adelante sus descendientes, al cabo de algunas generaciones lo acabarían los postreros.

Ocupando, pues, todas las provincias de esta gran tierra firme (en que no dejarían de pasar algunos centenares de años), y no cabiendo ya en ella por su gran muchedumbre de moradores, pasarían a las islas más cercanas del gran archipiélago de la América, que por correr tan juntas y eslabonadas desde la costa de esta América austral a la septentrional, no hallarían dificultad que les impidiese el pasaje a todas ellas, hasta venir a parar y poner fin y término al largo curso de la peregrinación comenzada por sus progenitores en las islas últimas y más orientales del dicho archipiélago. Y verdaderamente, que si ancho golfo del mar Oceáno, que atravesado entre la costa oriental de esta América y la occidental de Africa, no dividiera estas dos partes del mundo, llevaban talle estos indios de llegar a comunicarse con los africanos, si hallaran como hasta aquí paso continuado por tierra, o sin que la perdieran de vista.

De haber sido este el viaje y discurso de los pobladores de estas Indias y de los que poblaron las demás regiones del mundo, y no con navegaciones largas hechas de intento, es para mí muy fuerte argumento el haberse hallado en nuestros tiempos muchas islas despobladas y yermas, no por otra razón que por estar apartadas de tierra firme, de las cuales nunca se había tenido noticia, como son las islas de Cabo Verde, la isla de la Madera, la de San Juan, y las islas Terceras o de los Azores, que los protugueses han descubierto y poblado; las cuales, si hubieran sido halladas de los antiguos, no dudo sino que las hubieran poblado como lo han hecho los portugueses; y en esta mar del Sur, todas las islas que están vecinas y a vista de la Tierra Firme hallaron los castellanos bien pobladas de indios y despobladas y yermas las que están muy desviadas, como son las islas de Juan Fernández en la costa de Chile, por distar de ella 60 leguas; y las islas de los Galápagos, enfrente de la provincia del Guayaquil, como 100 leguas la mar adentro» (1964,II:29-36).

3. La Misión de Mojos.

Josep M. Barnadas en su introducción a la crónica de Eder (1985) comienza su «balance historiográfico» de Mojos con estas palabras, que juzgo suficientes para los fines de esta síntesis histórica:

> «Las reducciones jesuíticas de Mojos (1682-1768) no han encontrado todavía a su gran historiador, sea éste antiguo o moderno: no disponemos más que de simples aproximaciones, todas ellas parciales e insuficientes por alguna razón; cuantitativamente, quien ha escrito más sobre ellas es el P.Vargas Ugarte (1964), aunque con una base documental absolutamente desigual, como -por ejemplo- no ha podido darnos un catalogo de los misioneros que trabajaron allí ni un cuadro de la evolución demográfica de cada reducción; le sigue una historia general de Mojos (Chávez Suárez 1944, 177-305), que se basa en las fuentes clásicas jesuíticas, la colección Moreno, la documentación reunida por Maúrtua y otra bibliografía disponible: en conjunto su solidez supera la de Vargas Ugarte; modernamente han aparecido dos breves esbozos (Egaña 1966; Menacho 1982), que aprovechan el material impreso» (1985:XXXI).

Se ha dicho que los jesuitas de la provincia peruana mostraron poco interés en organizar misiones entre indios paganos, porque otras provincias que se separaron de ella, como las de Paraguay, Chile y Quito, organizaron pronto sus misiones, mientras que la del Perú no la tendrá hasta fines del siglo XVII en los departamentos del Beni y Santa Cruz (Bolivia) y parte del

Estado de Matto Grosso (Brasil). Aunque la provincia peruana hará una primera entrada en Mojos ya en 1593 con el P. Jerónimo de Andión y tales contactos se multiplicarán en el último tercio del XVII, es cierto que por distintas razones la misión de Mojos se estableció cuando la Compañía ya había cumplido su primer siglo peruano. En 1675 se hizo un nuevo intento y el P.Visitador Hernando Cavero envió a los PP.Pedro Marbán y Cipriano Barace[1] y al H. José del Castillo en un misión de exploración, que debía durar «por lo menos un año» sobre «la disposición de los pueblos, su número y el de la gente que cada uno tiene.., la disposición que hay en ellos para recibir la noticia del evangelio .., si toda la nación de los Mojos es una lengua o muchas.., qué número de sujetos será menester de presente...» (Vargas U. 1964:22-23).

Una vez que los misioneros hicieron su viaje exploratorio y comenzaron el incipiente trabajo pastoral, hubo muchas dudas, por la distinta percepción de la realidad por los tres misioneros y por los problemas de salud, de adaptación al medio y de limitada respuesta de los indios. Al fin en 1682 se estableció la primera reducción en Loreto. La carta anua de 1681-1684 dice: «La provincia ha trabajado entre los Mojos 18 años, con más de 300 mil pesos de gasto. Asistiendo 4 padres y bautizándose más de 1600 adultos. Fundóse la reducción primera con cuatro pueblos (parcialidades) y se va dando comienzo a la segunda con 2 mil catecúmenos» (Vargas U. 1964:30-31). En el desarrollo de la misión Barnadas (1985) señala tres etapas bien definidas: 1a. etapa (1682-1700) sobre el eje del río Mamoré y las Pampas de Occidente, en la que se fundan 10 reducciones; 2a. etapa (1700-1720), en que se continúa la expansión por las Pampas y se penetra en el Baures, fundándose otras 10 reducciones, y 3a. etapa, «durante la cual se consolida la penetración en Baures hasta las orillas del Iténez y se pone un hito de contacto con Santa Cruz de la Sierra» y se fundan 6 reducciones (XLIII-XLIV).

---

1 Como ejemplo de los fundadores de Mojos recojo la biografía de este misionero. Nace en Isaba (Navarra) en 1641 y entra en la Compañía en 1670, siendo destinado durante el noviciado al Perú. Ordenado de sacerdote en Lima en 1673, dos años después sale de Santa Cruz para iniciar la misión de Mojos. En 1686 funda la reducción de Trinidad, donde debió trabajar en agricultura y ganadería (introdujo en la misión el ganado vacuno en un difícil viaje de dos meses), arquitectura, alfarería, medicina y música, habiendo compuesto cantos y enseñado a los indios a tocar diversos instrumentos musicales. También una gramática, un vocabulario y un catecismo en lengua mojeña. Explorador infatigable se puso en contacto con muchas tribus y en una de esas exploraciones fué muerto por un grupo de baures. El P. Antonio de Orellana, natural de Pisco y superior de la Misión de Mojos publicó, en Lima la **Relación sumaria del la vida del V.P.Cipriano Varace** (1704).-

El mismo Barnadas recoge interesantes cuadros sobre la evolución, a lo largo de casi tres cuartos del siglo, del número de reducciones, misioneros e indios en las mismas, teniendo en cuenta que algunas de las fundadas debieron ser abandonadas por distintas razones, como las pestes, la dispersión, huída o apostasía de los indios o su traslado para integrarse a otras reducciones. Así las reducciones eran 5 en 1690, 21 en 1720 y en 1752 y 16 en 1764; los misioneros eran 11 en 1690, subieron hasta 53 en 1741 y bajaron en 1752 a 47 y en 1764 a 26; finalmente. los indios eran en 1690 8 mil, subiendo en 1736 a 35271, para bajar en 1752 a 31325 y en 1764 a 21808 (1985:XLV-XLVI). Otro dato cuantitativo significativo que ofrece Barnadas es la proporción de misioneros criollos que había en Mojos entre 1696 (44%) y 1767 (41%), habiendo subido en 1700 al 50% y bajado en 1749 a 28%, cuando en la provincia peruana en su conjunto en el momento de la expulsión el 62% eran crillos y el 38% europeos (p.L).

No es posible dar más detalles sobre el desarrollo histórico de esta misión, que tuvo también problemas con los portugueses. Paso ya a presentar al único misionero cronista de Mojos en la antología.

3.1 FRANCISCO J. EDER (1727-72)

Para presentar su biografía, recurro sobre todo al excelente estudio introductorio de la nueva edición de su crónica **Breve descripción de las reducciones de los Mojos (ca.1772)**, que ha hecho el historiador Joseph de Barnadas, al que ya me referí. Eder nace en Schemnitz, ciudad germánica de Eslovaquia que estaba sometida a la corona de Hungría y así tenía influjo de tres culturas; hoy se llama Banká Stiavnica y es de Checoslovaquia. Eder era bilingüe; por ser sus padres de lengua y de cultura alemanas, en su casa hablaba alemán, y por ser la mayoría de los habitantes de Schemnitz eslovacos, en la calle hablaba la lengua de éstos.

En 1742 ingresó en la Compañía y ocho años después fue destinado a misiones en la provincia peruana, llegando a Lima en agosto de 1751. Aquí termina su formación jesuítica en el colegio de San Pablo y recibe la ordenación sacerdotal, y por fin en 1753 pudo llegar a Mojos, laborando hasta el exilio en la misma reducción de San Martín en el partido de Baures,que era una zona marginal de la Misión. Ciertos rasgos de la biografía americana y de la personalidad de Eder hay que rastrearlos en distintos pasajes de su **Descripción**, como lo muestra este párrafo de Barnadas:

> «Mientras vivía en Mojos seguían vivos sus padres y tenía varios hermanos casados (n.189); entre sus habilidades personales figuraba la

música (n.558). Su vida al frente de la reducción tuvo sus percances de diferente tipo: durante tres años padeció del estómago (n.488); los indios se le huyeron al monte (n.487); estuvo a punto de morir envenenado o a golpes de macana (nos.486-487); los indios le quemaron el templo y la casa (nos.212,486), perdiendo sus efectos personales (n.599). Naturalmente fuera de Mojos, un 'prelado' lo invitó a presenciar una corrida de toros, espectáculo que chocó desagradablemente con su sensibilidad centroeuropea (n.495)» (1985:LXXV)

La orden de expulsión de los jesuitas de Carlos III de 2 de abril de 1567 se concretó en Baures un año después, y Eder con otros misioneros llegó a Lima en diciembre de 1768 y a Cádiz en agosto de 1769. Por ser extranjero pudo regresar a su país de origen y en 1770 se instaló en Neusohl, dedicado a los ministerios sacerdotales y a escribir en latín sobre su experiencia americana, muriendo sin rematar su obra como un año antes de la supresión de la Compañía por Clemente XIV.

La **Brevis descriptio** fue publicada en latín en la Imprenta Universitaria de Buda en 1791 por un antiguo compañero de Eder, que dejó de ser jesuita con la supresión papal, Pal Makó (1723-93), después de «haber ordenado, depurado y anotado», en un sentido que Barnadas analiza acuciosamente (1985:LXXXV-XC), el manuscrito original sin forma definitiva. La primera edición castellana de Eder fue hecha por el misionero franciscano Nicolás Armentia (1845-909) y apareció en La Paz, El Siglo Industrial, 1888, con un título que era traducción literal del original: **Descripción de la Provincia de los Mojos en el reino del Perú, sacada de los escritos póstumos del P.Francisco Javier Eder de la Compañía de Jesús, misionero que fue durante quince años entre los mismos Mojos; arreglada e ilustrada con notas por el Abate y Consejero Real Makó.**

Casi un siglo después, en 1985 Barnadas publicó en Cochabamba, con el sello editorial de Historia Boliviana, la segunda edición castellana; hizo una nueva traducción del original «sobre una transcripción mecanográfica y sólo con acceso al manuscrito en una etapa final», teniendo conciencia de la «cuádruple estratificación lingüistica (y mental) de Eder» (latín, baure, castellano, alemán), quien debió «escribir en latín de unas realidades que conoció en un ámbito lingüistico escindido (la lengua oficial, urbana y dominante era la castellana; pero la lengua misionera y de trato social en Mojos era el baure)»(1985:CI), observación ésta que juzgo válida para otros cronistas de esta antología.

Pasando al objetivo de Eder para escribir, él lo cuenta en el primer párrafo de su **Descripción**: «me propongo tratar exclusivamente de las reducciones levantadas con el esfuerzo, el trabajo, las erogaciones, los sudores

y aun la sangre de tantos jesuitas en el Reino del Perú» (1985:3). Sin embargo, juzgando Eder que muchos lectores podrían estar interesados en saber algo del legendario Perú, que él había «recorrido dos veces», comienza su descripción de la lejana provincia selvática con una breve introducción sobre el Perú, aduciendo dos razones: «por la tan exigua información, que me fue dado encontrar entre quienes estoy viviendo, en mi tierra» y «para quitar toda ocasión, a quienes saben que viví allá, de reprochar mi silencio y descuido, dando así mayor brillo a mi obrita y más simpatía a su propio autor» (p.3). Así da una visión de la Lima de la segunda mitad del XVIII con los ojos diferentes de su mundo germánico-eslovaco-magiar[1].

En cuanto a la estructura de la crónica, Eder recurre al conocido modelo cuatripartito de historia natural y moral y de mundo prehispánico y jesuítico, pero pasando con facilidad de un sector a otro. Fuera de la introducción sobre el Perú, la crónica tiene tres libros. El 1o. describe en 12 capítulos, las reducciones de Mojos, abordando estos puntos: territorio y número de reducciones, clima, las inundaciones y sus efectos, ríos y puentes, fertilidad de la tierra, descripción somática y anímica de los indios, antiguas construcciones, supersticiones de los indios y, por último, métodos misionales para atraer a los indios. El 2o. libro presenta en 10 capítulos muchas plantas, animales, aves, reptiles, peces e insectos de la región, pero completando dicha historia natural con útil información sobre la vida social (técnicas de caza y pesca, empleo de venenos, etc.). El 3er. libro recoge en 12 capítulos la historia moral de los indios: matrimonio, fiestas, comida y bebida, destreza en el trabajo y holgazanería de los indios, enfermedades,

---

1 Un par de ejemplos para estimular el estudio de los escritos de los misioneros extranjeros para profundizar en la historia virreinal o, al menos, en sus estereotipos que, como es sabido, son parte de la construcción social de la realidad. Así Eder pinta el boato de los limeños: "son espléndidos y suntuosos tanto por su menaje doméstico, ornato interno de sus casas, número de sirvientes y sirvientas, como sobre todo por el boato de sus banquetes, donde no es nada raro que en uno solo gasten 40 o 50 mil florines. Viven rodeados de imágenes, cofrecitos y espejos, por lo general de plata (y de la mas gruesa). Aun más: los platos de diario, las ollas de cocina, las vasijas destinadas para usos bajos, todo es de plata" (p.5-6). También le llama la atención la creciente mezcla étnica de Lima. Calcula que su población era, en la segunda mitad del XVIII, 60 mil, de los que españoles sin mezcla eran apenas 6 mil y el resto son indios y negros. "De las uniones entre ellos existe tal variedad de tonos, más o menos apartado del blanco, y tal variedad de nombres que requiere de peculiar estudio. He aquí algunos: mulato, zambo, mestizo, puchuelo, cuarterón, tercerón, secundón, tente en el aire (como si se quisiera indicar 'cuidado con retroceder' en la escala de las pigmentaciones); otros son conocidos como 'salto atrás' (cuando retroceden hacia el negro); y todavia hay más" (p.8). También es interesante lo que se decía de la rebelión de Juan Santos Atawallpa (p.7-8).

partos y ocupación de la mujer, comformidad ante la pobreza, régimen político y religioso de los pueblos y ausencia de verdadera religión en los indios prehispánicos.

Pero, ¿qué conocimiento tenía Eder sobre la misión de Mojos? Barnadas observa que, aunque Eder estuvo todo el tiempo en la misma reducción, tuvo una visión más amplia de Mojos por haber tratado bastante a los demás misioneros: con ocasión de la reunión anual de éstos donde se debatían los problemas de la misión; al recorrer personalmente la mayoría de las reducciones para pedir ornamentos y vasos sagrados que había perdido en un incendio de su reducción (n.589); en sus viajes de llegada y de salida de la misión y, sobre todo, durante el largo viaje del exilio, en el que pudo conversar sin prisas no solo con misioneros de Mojos, sino también de otras muchas misiones americanas. Por eso, Barnadas afirma:

> «Eder conoce perfectamnte el mosaico étnico de Mojos y deja de ello suficientes huellas en su obras (cf.por ejemplo, nos. 93, 164, 461, 471, 490, 491); todavía más, se previene de los posibles reproches de lectores apresurados, recomendándoles comprobar primero la identidad geográfica y étnica de cualquier información presuntamente incompatible con la contenida en su obra (n.613); por otra parte, hay bastantes informaciones referidas a etnias concretas: los Baure (ns.97, 158, 181, 182, 185, 214, 215..), Meque (n.164), Tibori (n. 171), Canichana (n.191), Guarayu (n.215), Caturino (nos. 268, 492), Mure (nos. 481, 542), Itonama (nos. 507, 575-76), Patigui (n. 541), Chiriguano (n. 579), Guaykurú, Abipón, Awka (no.603)»(1985:XCVII).

He seleccionado dos textos de Eder. El primero es el cap.10 del lib.I sobre las supersticiones de los indios, que porporciona una detallada etnografía, si se prescinde de la interpretación demoníaca y de la minusvaloración intelectual del indio. Eder tuvo mucho interés de investigar el fenómeno religioso baure, tanto como problema existencial para dar sentido a su propia vida misionera[2], cuanto como problema teológicopastoral, y así lo dice de muchos modos: «hablé de esto con los indios antes paganos, preguntándole qué pensaban antiguamente de estas criaturas» (sol, luna, ...), «convoqué a todos los hombres venerables por su

---

2 Merece la pena oírle: "Recuerdo que al comienzo, viendo cada día ejemplos desconocidos hasta entonces de su rudeza, muchas veces me atormentaba y dudaba de la salvación de los indios; pero en cuanto descubrí que aquellos árboles no podían dar más ni mejores frutos (Mt 7, 16-20) (y esto no por algún defecto, sino por su misma naturaleza), se tranquilizó por completo mi espíritu y cultivé en cuanto me fue posible la viña que se me había confiado, aunque fuera estéril y, por ello mismo, muy trabajosa para los labradores (Lc 13,6-9). Me ayudó

calvicie, de todas las etnias, y les pregunté sobre la creación del mundo y del primer hombre», «con igual esfuerzo traté de descubrir algo sobre la inmortalidad del alma» (1985:378-79). Pero, el resultado de su pesquisa sobre la religión baure fue una gran incomprensión, que se acentúa en el último capítulo de la crónica, donde dice que los indios no tuvieron idea del Creador (n.610), ni de la creación (n.611), ni de una sanción ultraterrena de contenido ético (n.613), ni de los primeros principios éticos conocidos por la razón natural, excepto del incesto («En una sola cosa coinciden con los demás y aun superan a muchos pueblos de Europa: no se oyó jamás que tuvieran unión carnal con parientes sanguíneos, huyendo con horror de ella, igual que la mujer») (1985:380). Este primer texto, con la numeración y subtítulos de Barnadas pero sin sus notas, es:

I. DE LAS SUPERSTICIONES DE LOS INDIOS (1772?)

217. Opinión sobre las supersticiones de los indios

«Es algo verdaderamente admirable cómo absolutamente todas las etnias, por más inmensas que sean las distancias que las separan, diferentes sus costumbres y lenguas y diversísimas sus creencias, participan de la superstición. Acerca de los indios de que vengo hablando, aunque son realmente incontables, no me atrevo a definir si las aceptan y creen incondicionalmente en ellas o más bien conservan todo lo que les han narrado - en una especie de tradición llegada hasta ellos- sólo por reverencia a sus antepasados. Ya porque su inteligencia no da nunca asentimiento total a nada, ya porque no quieren oponerse a las creencias de sus abuelos y nadie quiere ser vanguardia de los demás, daré mi opinión personal de ellos: pienso que en manera alguna se pueden comparar con nuestra gente supersticiosa, pues aunque parezcan sostenerlas con absoluta convicción y apenas se pueda encontrar a nadie que sea capaz de descubrir algo a los Padres, en cuanto se les muestra algo falso explotan en risas, llenando de tales sarcasmos la misma cosa que hacía un momento temían y reverenciaban grandemente, que uno no puede menos de sacar la impresión de estar

---

también mucho lo que leí en la vida de Santa Rosa de Lima: que muchas veces reflexionando con tristeza sobre el carácter de sus coterráneos, haciéndose de ellos una mala opinión; un día se apoderó de su espíritu una mayor preocupación por su salvación, de manera que se comprometió ante sí misma a orar más fervorsamente por ellos; desde aquel momento también mereció la Iluminación de que los indios tenían un sistema para salvarse muy diferente del de los demás" (1985:377).

tratando con niños o semitontos. Varios de los casos que voy a traer en este capítulo confirmarán mis aserciones.

218. Origen de las supersticiones

Así como no hay en la tierra un pueblo que no cuente con abundantes holgazanes que han de combatir el hambre con diferentes artimañas, también entre los indios -perezosísimos y que ya destestan todo trabajo por naturaleza- abundan los que han tratado de hacer perder la cabeza a los demás y curarse a sí mismos con las supersticiones, cosa que lograron con tanto mayor éxito cuanto más obtusos coterráneos han conseguido. Y no han faltado razones para que el demonio prestara su contribución y consejo, pues no pudiendo inducirlos al culto y adoración de los ídolos y de sí mismo, prohibiéndoselo Dios, ha tratado siquiera de engañarlos con la mayor cantidad posible de las más vanas e ineptas supersticiones.

Descubrí algunos indicios sólidos que demuestran la existencia de algún trato con el diablo; quienes como por oficio conservaban la memoria de todos los tipos de superstición, las aumentaban, difundían o fomentaban, se llamaban motire, de los que en cada etnia de las reducciones hay una multitud bastante grande, aunque puede ser que no en todas partes hayan sido descubiertos, a causa del esfuerzo e interés por eludir y ocultar sus secretos al Padre. Este tipo de gente, estos **motire** nunca siembran ni salen a pescar o a cazar; nunca aportan su esfuerzo a ninguna obra propia o pública, signos todos ellos por los que pude descubrir a muchos, aunque ellos lo atribuían a su edad. Y, en verdad, la mayoría eran de edad avanzada, hombres y mujeres, a quienes place este género de vida. Para que uno fuera considerado **motire** sólo se requería que demostrara haber hablado, en su caso o fuera de ella, con el tigre, el caimán o -lo que es lo máximo- con el achane.

219. ¿Qué es la achane?

Ni yo ni los indios sabemos decir propiamente qué es este **achane**. Tuve algunos indios, convertidos ya con toda sinceridad de sus idolatrías, que con el mayor candor y despreciando todas estas simplezas, me descubrieron grandes secretos, sin la menor lisonja ni consideración a sí mismos, a sus padres, hermanos u otro cualquiera: acosándolos a menudo con preguntas para llegar a saber algo de este **achane**, jamás alcancé una descripción satisfactoria del mismo, pues afirmaban con seriedad que no había nadie que la pudiera dar sin recurrir a nuevas leyendas y mentiras, pues

nadie lo había visto ni oído. En efecto, los jóvenes oyen que algunos ancianos a veces se llaman **achane** y cuentan de él cosas dignas de admiración; esto hace que se crean lo que dicen, por cierto instinto ciego y necio, sin saber qué ni en quién creen.

Sin embargo, lo que alcancé casi con certeza es que este **achane** es un espíritu, de doble género: uno, que acaso podemos llamar divinidad tutelar, habita en lugar fijo, como si tuviese su residencia en aquella cosa: todos los árboles, ríos, lagos, bosques tienen su **achane** propio; otro, que llamaremos familiar, acompaña a los seres humanos y cumple todos sus mandatos. Los poderes de estos familiares varían, siendo unos más poderosos y otros más débiles, por lo cual si sus protegidos provocan enemistades, quien tienen un **achane** más débil ha de sucumbir. Con tan ciega credulidad, el enemigo del género humano logra infiltrar en sus corazones sospechas secretas y gravísimas, sembrando gérmenes de discordia, de los que con frecuencia cosecha frutos funestos y abundantísimos. Apenas muere nadie sin que se convenzan de que lo ha matado el achane más poderoso de algún enemigo suyo. Y como los parientes del difunto no pueden contar con la ayuda de su achane más débil para infligir al más fuerte el daño que pide la venganza, echan mano del veneno para desembarazarse del otro. Esto, a su vez, es origen de nuevos odios, que sólo pueden llevar a las más funestas situaciones y a una desenfrenada pasión de matarse recíprocamente.

El otro **achane** que dije funcionaba como genio protector de determinados lugares, es de otro género, como se pondrá de manifiesto por lo que diré. He aquí un signo de perfecta estupidez, que a menudo llenó su espíritu de temor y de admiración; apenas tuve conocimiento de este misterio de credulidad y contradiciéndolo, no de palabra sino con obras para que se convencieran y aceptaran plenamente, ellos -sin embargo- no generalizaban el raciocinio a los demás casos semejantes, por lo que fue necesario refutar cada leyenda individualmente, dirigiéndonos a cada árbol (con frecuencia bastante distante), río o lago. Entonces comprobaban la perfecta falsedad del temor que hasta entonces los había dominado por lo que les habría de suceder a propósito de aquellas cosas o lugares, deponían su miedo, en adelante iban cuantas veces era necesario a aquellos parajes, se reían ostentosamente de sí mismos y condenaban su propia credulidad; pero nada de ello lograba levantar la más mínima sospecha sobre la verdad de los demás lugares y cosas.

220. Del cinturón del achane

En los ríos existe un tipo de pez que llamaríamos torpedo y los indios llaman **achanepi**, es decir: 'cinturón o cinto del **achane**'. Teniendo este pez cierta cualidad especial que describiré en el capítulo 5 del próximo libro, por

aquel cinturón tejieron con sus **achane** una cantidad admirable de leyendas, a cual más estúpida.

221. Del ajuar y del banquete del achane

He comprobado que las indias son del mismo temple que nuestras mujeres por lo que se refiere a la mayoría de sus peculiaridades: la misma credulidad a todo, la misma inclinación a estas leyendas, la misma pertinacia en darles crédito. Ellas son las que más se preocupan del **achane**; ellas son las que mantienen y acrecen el temor por él entre los indios, con nuevos rumores diarios. Cada vez que el hambre aprieta o les acomete el deseo de emborracharse imaginan que el **achane** está airado, afirmando que si no lo aplacan inmediatamente con patos, gallinas u otros animales cobrados en la caza o pescados, además de algunos cántaros de chicha, su vida y sus cosas corren peligro. Admirable e inaudita hambre que, para apoderarse de lo ajeno, finge un delito que tanto la cosa como el delincuente desconocen! En tales ocasiones a veces se tambalea la credulidad del indio en la aflicción del cuitado, pues para que el **achane** no muera de hambre, él mismo la ha de sufrir! Y si, como sucede a veces, al portavoz de la voluntad del **achane** se le ocurre que todavía no se ha aplacado y que hay que satisfacerle con nuevos dones, son raros los que anteponen la piedad por él a la propia, enviándolo a buscarse personalmente lo necesario.

Ante todo estos representantes de los **achane** reúnen los alimentos solicitados, mientras hechizan el espíritu o genio, dando así tiempo para preparar la bebida. Cuando llega todo, asa el pato, llena de chicha la copa destinada exclusivamente al **achane** y, retirada toda la gente de su choza, se sienta para comer. Luego de haberlo hecho opíparamente, llama a la persona afligida y le muestra con qué gusto ha comido el **achane**, pues no ha dejado ni los huesos (que el chamán ha tenido buen cuidado de esconder); luego, en signo de alianza y de paz, ofrece al miserable un sorbo de chicha, quien al beberlo se olvida de todas las penas. Se dispersa la reunión y en los días siguientes se desvanecen los resabios de la aflicción sufrida. Luego, estos perezosísimos chamanes de los airados **achane** buscan a otro pobre a quien aterrorizar, el cual por varios días los trata regiamente, pasando así de uno a otro, inventando para ello cada día nuevos motivos: la enfermedad, la muerte de alguien por haber comido un animal que había ingerido una semilla venenosa, la escasez de sacrificios expiatorios o cualesquiera otros que les venían a la cabeza.

222. De los gemelos nacidos en un solo parto

Como en todas partes, a veces sucede que una mujer da a luz geme-

los, de los que el marido sólo reconoce como propio a uno, creyendo que el otro es hijo del **achane**; entonces todos consideran y veneran a tal mujer como predilecta del **achane**. Antes de que me informara de ello, incluso el marido se mudaba a otra casa y desde entonces abandonaba a su esposa, aunque debía proporcionarle comida y lo demás necesario en mayor abundancia que hasta ese momento. El primer hijo en nacer era del marido; el segundo, del **achane**. Si sobrevivía y llegaba a la edad núbil, había de quedarse soltero o sólo podía casarse con otro gemelo»(Eder 1985:109-113).

El segundo texto recoge en casi su totalidad el cap.11 del Lib. III de la crónica. En el mismo presenta Eder una rica y detallada información sobre las reducciones en torno a tres ejes: edificios privados y públicos, organización política y vida cristiana. Se trata de un informe objetivo que, por el carácter de autodefensa propio de gran parte de la literatura jesuítica del exilio, se convierte a veces, sobre todo cuando responde a las críticas, en discurso de abogado defensor del más clásico sabor ciceroniano, a lo que contribuye quizás el mismo latín en que está escrita la crónica. Este carácter de autodefensa puede ser que explique el pesimismo sobre el indio no reducido, que ya señalé en texto anterior, y el optimismo sobre el indio reducido. Es especialmente interesante la información sobre la política judicial y sobre las fuentes económicas de las reducciones. En este segundo punto hay que notar que la Misión de Mojos, por su misma situación y recursos,vivía más de fuera que de dentro, lo que no será el caso de todas las reducciones, como se verá en el capítulo 10 del volumen II de esta obra. Paso a transcribir el texto:

II. EDIFICIOS, SOCIEDAD Y RELIGION DE REDUCCIONES (1772?)

A. De construccion y ajuar de casas y templos

592. **Se describen las casas**

La primera preocupación del misionero que construye una nueva reducción consiste en buscar un paraje más elevado que los demás, para ponerla a salvo de la inundación anual. El misionero es también el arquitecto de todas las casas; cada uno las levanta en la forma que considere más oportuna, aunque a fin de cuentas no hay gran diferencia. Yo presentaré mi reducción, por ser la que mejor recuerdo.

Cada casa mide diez varas de altura, veinticuatro de largo y trece de

ancho, de manera que el espacio destinado a la vivienda era de ocho varas, siendo el corredor que rodea la casa de dos varas y media de anchura. Estos corredores son muy necesarios y a propósito, tanto para resguardar de las lluvias las paredes de la casa como para ofrecer sombra y brisa a los que huyen del calor en el interior de la vivienda. Los mencionados corredores no se cerraban con ninguna pared, quedando libre el paso a la calle. La casa y los corredores se levantaban un palmo sobre el resto del terreno de la reducción, llevando tierra de otras partes para que las corrientes de agua no la inundaran ni sus habitantes enfermaran con la excesiva cercanía del agua. Las columnas que sustentaban el techo que cubría los corredores eran cuadradas y bien trabajadas. Las paredes (bastante anchas por todos lados) estaban hechas de arcilla mezclada con paja: resultaba tan fuerte, que una vez secada eran difícil hendirla con reiterados golpes del azadón.

Las casas del misionero se inspiraban en el mismo patrón; aunque algunos con el tiempo las construyeron con adobes hasta la altura que llaman de un piso, pensando que así lograrían librarse de los animales ponzoñosos, la experiencia demostró que las víboras, sapas y demás animales semejantes penetraban así en igual abundancia y los mosquitos, mucho más.

Toda la casa se blanqueaba por dentro y por fuera; no con cal, que no la teníamos, sino con una tierra blanquísima igual o mejor que aquélla. La base de las paredes, los dinteles de las puertas y ventanas se pintaban con tierras de diferentes colores jaspeados, con bastante gusto. Las hojas de todas las puertas y ventanas eran de tabla de cedro; las rejas de las ventanas eran torneadas. Toda la casa estaba cubierta con paja. Las reducciones más antiguas cubrían con tejas, no sólo el templo y la casa del misionero, sino también la mayor parte (alguna, la totalidad) de las casas de los indios; de ello se pudo comprobar la molestia de que la proporción de murciélagos entre las reducciones con techo de paja y de teja era de uno a mil.

593. Número de familias por casa y distancia entre éstas

Puse por lo menos dos familias en cada casa y ello por fines tanto espirituales como temporales; si eran de pocos miembros, hasta tres. Señalé casa especial para habitar a los que habían recibido el encargo de atender algunos huérfanos o abandonados por alguna otra razón. Como no había ningún obstáculo, las calles iban rectísimas y las casas estaban construídas según la misma rasante, pero de manera que entre una y otra hubiera una distancia de sesenta pasos, con el fin de que si se declaraba incendio (cosa facilísima entre gente tan descuidada y que no valora nada) no ardiera en un momento toda la reducción, como ya había sucedido más de una vez.

Estando situadas las puertas de las casas a igual distancia entre sí (por razón de la ventilación), resultaba no sólo fácil sino incluso agradable recorrer de un vistazo toda la fila de casas a través de las puertas abiertas. En el centro de la reducción estaba la plaza, perfectamente cuadrada, midiendo cada lado ciento sesenta pasos. En cada esquina de la plaza hay una cruz muy grande con capillas para la celebración de las procesiones, en especial la del Corpus, las de los sábados y las de Semana Santa. En el centro de la plaza había también una cruz, mayor que las demás, protegida por una reja y rodeada de árboles debidamente distribuídos.

594. Se describen los templos.

Muchos misioneros, habiendo logrado librarse de otras obras más necesarias y animando a los indios para empresas mayores, construyeron unos templos que incluso en Europa recibirían alabanzas. Los muros eran de adobe, pero de una altura a la que -por falta de cal- no resultaba fácil creer que pudieran subir, si no viera con mis propios ojos cómo subían y se mantenían por muchos años. Y aunque allí el esplendor de los templos cuesta tan gran trabajo por la abundancia de animales que lo ensuciaban todo y por la innata dejadez de los indios, es tal que parece difícil superar. Los altares, púlpitos y confesionarios (en especial los que delinearon y tallaron dos célebres bohemios, sacerdote uno y hermano coadjutor otro), dándole a cada templo una considerable prestancia, pues los han tallado con toda elegancia y los han dorado. No son de menor distinción y precio las andas en que llevan las varias imágenes del Señor, la Virgen y los santos (la mayoría, de Italia), en sus procesiones solemnes según la festividad; pero superan todo lo anterior los ornamentos sacerdotales, tan abundantes y preciosos en algunas reducciones, que podrían competir con muchos templos de Europa, incluso de primera fila. Tampoco faltaba la platería en la ornamentación de los altares, que en algunos lugares era bastante abundante.

595. ¿De dónde se obtiene el dinero necesario para esto?

Lector benévolo: estimo oportuno y aun necesario aludir a las fuentes de donde sacamos el dinero necesario para todo esto, tanto en lo que se refiere a los templos como a los indios; así satisfaré la curiosidad de algunos y, todavía más, saldré al paso de las opiniones de los criticones y de los que imaginan tesoros por doquier. Empezaré advirtiendo que los reyes españoles jamás dieron ni atribuyeron nada a nuestras reducciones peruanas: ni para los templos ni para los misioneros que trabajaban allí ni para los indios

convertidos a la fe. También hago notar que los indios jamás han pagado nada a los reyes en calidad de tributo, impuesto o cualquier otra contribución. Puede ser que los indios de nuestras reducciones fueran los únicos a quienes los ministros reales no impusieron ningún gravamen, pues de las demás todas -o su mayoría- no sólo -igual que las nuestras- obedecían al rey y de las Españas, sino que también pagaban el tributo establecido. Aunque no puedo decir cuál era la causa concreta de esta diferencia, no creo equivocarme mucho: por toda América hay la costumbre de que en cuanto los indios pagan tributo al rey también sus párrocos reciben una pensión anual de la Hacienda Real: ambas cosas van tan ligadas, que difícilmente se separan, a menos que la gran indigencia de los indios aconseje otra cosa. Hay que añadir también que, por voluntad real, cuantos ejercen cargos u oficios de utilidad o necesidad para la reducción, no pagan absolutamente nada, género de excención concedido no sólo a nuestras reducciones, sino también a los demás pueblos de indios.

Y paso ya a manifestar mi opinión. En primer lugar, los indios de nuestras reducciones eran de tal condición que me parece difícil se pueda encontrar otros más pobres, aunque se rebuscara por todos los rincones de la tierra. Además, la región es azotada por enfermedades frecuentísimas y epidémicas, por lo que los habitantes de cada reducción no pasaban de mil quinientos, la mayoría no llegaba a mil y algunas apenas contaban con seiscientos. Los Itonama eran la única etnia que, gracias a la fecundidad femenina y a la salubridad de la región, tenía un crecimiento anual. Y esto permitía que, al llegar una peste, los dos misioneros pudieran acudir sin dificultad a todos los enfermos con unos y otros remedios.

Dejo de lado otros trabajos, el cuidado de los asuntos temporales, la búsqueda de parajes aptos (escasos a causa de las inundaciones) para construir muchas casas, para granos y para pastar el ganado. Las autoridades reales conocían, no sólo el número de las reducciones, sino también su población, así como las causas de por qué no eran más pobladas. El Excmo. Señor Presidente Juan de Pestaña pudo conocer la región por sus propios ojos, comprobando que las cosas eran como he dicho hasta aquí y ni siquiera mencionó la introducción de algún tributo.

En efecto, si hubiese ordenado su pago, habría tenido que eximir -como es costumbre- a los ancianos, menores y lisiados a todos los que sirven al bien público (nombre con que en toda América se denomina a los tejedores, carpinteros, músicos, pastores); y también a todos los que gozan de alguna dignidad por su estirpe o por cargo. Y entonces habrían quedado tan pocos, que a la Real Hacienda le habrían venido más erogaciones por las pensiones que habría tenido que pagar a los misioneros en calidad de pá-

rrocos, que ventajas por los insignificantes tributos de los indios. Creo que ésta es la causa de por qué hasta ahora no se ha impuesto ningún tributo a los indios de las reducciones peruanas y, por tanto, que tampoco se haya destinado ninguna asignación monetaria a sus párrocos.

Pero descubramos ya el origen del dinero gastado en los templos y en los indios. **En primer lugar**, de los españoles que viven en el Perú distinguiéndose muchos de ellos por su fortuna no menos que su piedad y teniendo abundantes noticias de las cercanas reducciones, ya sea durante su vida ya sea a la hora de la muerte hicieron partícipe de sus riquezas a quien reconocían como fuente de las mismas. La mayoría de éstos entregaban la suma de dinero que habían decidido al superior de la provincia y de las reducciones; éste gastaba trienalmente en Lima todo el dinero en la compra de las mercancías que se le aconsejaba, por ser del mayor provecho para las reducciones. Hubo otros bienhechores que, para demostrar mejor su generosidad, legaron bienes raíces, cuya renta anual sirviera a los neófitos y a sus templos:los Provinciales la gastaban juntamente con las sumas anteriores y para los mismos fines.

La **segunda fuente** de los fondos estaba en las mismas reducciones: se mandaba a los indios que trajeran cera del monte; algunas reducciones más cercanas a los bosques abundantes de cacaotales, también los cultivaban; otras llevaban cada año sebo, arroz, telas de algodón, plumas de avestruz y otras pequeñas mercancías a la primera ciudad de españoles -Santa Cruz- distante casi doscientas millas de las reducciones, remontando el río en canoas; allí el Procurador que hay para tal fin, lo vende todo a los españoles y con el producto al año siguiente envía lo que cada uno le ha pedido por escrito.

La **tercera** (y, sin duda, mayor de todas las fuentes), procedía de los propios misioneros. Hubo bastantes hijos de padres acaudalados que, habiendo entrado en la Compañía, al terminar sus estudios solicitaron ser destinados a las reducciones, entregando la herencia recibida de sus progenitores a la reducción a que se le había destinado como fundadores o acrecentadores; se invertía en la ornamentación de los templos y en la adquicisión de todo tipo de artefactos para los indios.

La **cuarta** y última, en el orden y en la cuantía, la debemos a los bienhechores europeos. Y aquí he de ensalzar la bondad de algunos magnates cuyos nombres desearía conocer como conozco sus muestras. Estoy seguro que muchos de ellos ya recibieron el premio junto a Dios, quien tanto más revelará al mundo y recompensará su piedad, cuanto más ellos la escondieron de los hombres. Felices quienes, no pudiendo trabajar -por su

estado y cargo- en aquella viña, la cultivaron de la forma que les era posible: dedicando una parte de sus recursos a la reducción de los infieles y al ornato de los templos. Felices, sí, quienes gastaron en el esplendor de las casas dedicadas a Dios y en regalos con que atraer a los infieles, en su vestido y demás ajuar lo que otros gastan con lamentable ceguera en lujo, juego, servidumbre y banquetes pueden confiar encontrar un Dios bondadoso, pues se han hecho preceder ante su tribunal por unas obras tan destacadas de las dos clases de misericordia.

B. De la organización política de los indios

596. Con esfuerzo de implanta alguna organización.

De cuánto trabajo y permanente vigilancia se requiere para que los indios, dejando sus anteriores hábitos salvajes, se adapten a las leyes de la civilización, sólo lo puede saber quien ha vivido y convivido con ellos; valiendo de poco las razones y moviéndose en su conducta por la única norma del provecho y de la utilidad, sólo con dificultad y con gran lentitud se someten a lo que encaja con aquellas normas. No obstante, como todos los misioneros estaban firmemente convencidos de que no asimilarían con solidez y arraigo la fe hasta que, desponjándose de su rudeza, adoptaran costumbres humanas, les insistían continuamente y trataban de convencerles con el ejemplo de otras etnias y con regalos, para que quisieran ser realmente lo que aparentaban.

Con este fin se establecieron los cargos que existen en toda ciudad bien organizada. Cada año, el día de la Circuncisión del Señor, el misionero nombraba quienes debían desempeñarlos. Quien el año anterior había cumplido con diligencia su cargo, era ascendido; en caso contrario volvía a la masa, lo que les lastimaba tanto, que a veces no era prudente hacerlo. Cada año se repetía una escena divertidísima: al acercarse su fin, toda su preocupación y artimaña la encaminaban a captar algún indicio de si el misionero los iba a mantener, ascender o destituir en sus cargos. En los meses de diciembre y enero resultaba agradable gobernar la reducción: todo hervía, todos cumplían esforzadamente la tarea de que se les había responsabilizado, hasta el extremo de que con frecuencia había que amonestarlos a que no aplastaran a los indios con unas exigencias excesivas. En diciembre lo hacían para complacer al misionero y hacer méritos para mantenerse en su cargo; en enero, para demostrar con los hechos el acierto de su elección; pero pasado ese mes, apenas hay uno que, incluso pidéndolo y gritándoles muchas veces el misionero, esté a su disposición, pues la dejadez vuelve a reinar. Repito ¿quiénes en todo el mundo son más niños que

éstos? ¿Qué merecen más: compasión, indignación, o, más bien, una benévola sonrisa?

597. Aseo en el vestido, el cuerpo y las casas.

Al principio cuesta igual trabajo que mantengan sus vestidos limpios, pero no dura tanto tiempo.Como ya he hablado con bastante detalle de ellos en otro lugar, me parece superfluo añadir mucho más. Actualmente cuidan bastante bien de sus cuerpos, en especial si hay que aparecer en público. En efecto, ya nadie acude sin lavarse ni peinarse al templo para la celebración del culto religioso, ni a la casa del misionero.

En cuanto a sus casas, también he logrado que, sacando de ellas los animales domésticos, los encierren en corrales; antes les gustaba tanto vivir mezclados con ellos, que al sentarse para comer contaban como comensales a todos los animales: sin que nadie se diera por aludido, sacaban del mismo plato con su pico u hocico cuanto podían. Incluso, progresando más, han soportado tener que barrer al amanecer sus casas y alrededores, para hacer desaparecer cuanto molesta la vista o el olfato. Entregué a muchos bancos y una mesita, o hasta sillas de madera cubiertas con cuero, para que no se sentaran en el suelo, como perros. Y siendo a veces necesario sentarse así, hice que fuera encima de las esteras tejidas con la artística elegancia de que he hablado; con el tiempo algunos las fabricaron para extenderlas por toda la casa los días de fiesta

598. El misionero corrige a los infractores

He dudado sobre si había de decir la verdad y declarar en esta obra quién y cómo castiga los delitos de los indios. Conozco lo que los malévolos han divultado por doquier -de palabra y por escrito- sobre los misioneros, a quienes -por grado o por fuerza- tratan de hacer y proclamar reyes, con el fin de prepararse luego amplio campo para vituperarlos: a los mismos que a su gusto habían coronado como reyes, luego los borran del aprecio, trato y memoria de la gente, como la peor peste de la sociedad. Y no me extrañaría que lo que ahora voy a decir les de abundante materia, a ellos que en todo se fijan. Sea: por mi no hay inconveniente que acometan, exageren y amenacen; puede ser que alguien los crea: serán solamente aquéllos de quienes no busco alabanzas ni me preocupan los vituperios.

Así pues, los delitos de los indios son denunciados al misionero; éste, examinada la denuncia, los castiga según su gravedad. He aquí los castigos que más se acostumbran a imponer: cárcel con una moderada privación de

alimento (sólo ésta tiene la función de pena, pues aquélla merece más bien el nombre de premio o ventaja, pues es una buena ocasión de echarse a la bartola y no hacer nada). También se puso mucho cuidado en los azotes infligidos por mano ajena, cuyo número no podía pasar de doce. Si el delito era de mayor gravedad, se los rapaba, ya que ponen toda su vanidad en el cabello. Los delitos máximos (por ejemplo, los incendios provocados, la sedición y otras cosas semejantes, rarísimas) eran castigados con el destierro a otra reducción o, a veces, a la primera ciudad de españoles del Reino del Perú, por cierto número de años o por toda su vida. Estos eran los límites de la jurisdicción de los misioneros; éste era el tribunal del juez o padre.

599. Se responde a las objecciones

No habrá quien pretenda que en una sociedad bien ordenada los culpables de un delito no han de ser castigados ni inducidos a una vida mejor con el temor de las penas; pero sí objetarán que esto no lo ha de hacer el misionero, sino otros destinados para tal efecto. Muy bien: estoy plenamente de acuerdo y estoy tan lejos de oponerme a esa opinión, como que confieso que todos nosotros hace tiempo que lo deseábamos así. En efecto, nadie era tan tonto que no viese cuán contrario era a nuestra vocación, a nuestra función, a nuestra forma de tratar, castigar a los indios (aunque sea con justo motivo), pues ¿quién no ve -y al mismo tiempo rechaza- la necesidad por una parte de castigar y por otra de herir y alejar a quien conviene mantener favorable, propicio y libre de todo temor? Efectivamente: siendo los indios, por su carácter, tímidos y pusilánimes más de lo que se puede creer y decir; deciendo sobre las cosas, no tanto según la razón cuanto según su arrebato; por fin, creyendo que se les castiga, no por delito sino por odio, pongo por testigo a mi conciencia de cuántas veces me quedé irresoluto ante la terrible necesidad de castigar y las objeciones ya mencionadas, como entre la espada, y la pared y sin saber qué era lo más aconsejable.

¿Qué hacer si el indio -como sucedió con frecuencia- no sólo toma determinaciones fatales, sino que las lleva a la práctica? ¿Qué hacer si escapa al monte, trama un motín y logra convencer unos espíritus absolutamente volubles? ¿Qué hacer si en un instante reduce a cenizas los sudores de muchos años? Y no se trata de temores vanos de los misioneros, que se pueden descartar fácilmente. La reducción que estuvo a mi cargo ardió tres veces; otra vez, al levantarme por la mañana, me encontré con que sólo quedaban siete personas, habiendo huído el resto al monte la noche anterior. ¿La causa? Simplemente, haber castigado al autor de un motín con el ascenso del cargo que desempeñaba a otro superior. Esto y muchas cosas hacen que sólo los castiguemos cuando no quepa hacer otra cosa.

600. Otra objección

Pero dirá alguien: ¿por qué no se encarga la función de juez a un indio? ¿Por qué no a los españoles? Quien así habla está poniendo el dedo o el cuchillo en la llaga. Dios mío, qué nueva ley de la república! Arreglado estaría el mundo si se gobernara por la opinión del indio: la ley suprema, el ocio; el mayor delito, el trabajo; el primer infractor de la ley, el juez. Por favor, recuerde y vuelva a recordar por un momento el lector lo que he contado sobre su carácter, su escaso uso de la razón, su dejadez e inclinación al vicio; luego diga si posee las cualidades necesarias para desempeñar el cargo de juez. Además, en una misma reducción conviven a menudo diferentes etnias, que antiguamente se hostigaban con permanentes odios y guerras; aunque éstas han cesado, hasta ahora sigue clavada en los espíritus su memoria y aun cierto resabio de odio. ¿Cómo podrían admitir a un juez de otra etnia, que supieran les es hostil? ¿No equivaldría a convertir la reducción en un escenario infernal de lucha? La misma Europa, aun contando con antiquísimo cultivo moral y religioso, nos ha dado pruebas incluso en este siglo y con su ejemplo ha demostrado cuán amargos frutos nacen de las semillas de estos odios nacionales. No destacando nadie entre ellos por alguna superioridad de estirpe o de virtud como para que los demás acepten sometérsele, en cuanto vieran que los manda un igual, con razón habría que temer disputas, enfrentamientos y la revuelta declarada.

601. ¿Por qué no un español?

Mucho menos todavía se les puede poner por autoridad a un español. ¿Cuál puede ser o de dónde puede venir si en las reducciones no hay ninguno? ¿Será el primero que aparezca o quien sobresale un poquito? En el primer caso, ni cumplirá debidamente sus obligaciones ni los indios pueden someterse ni obedecerán a un cualquiera; en el segundo, pedirá recompensa, que no sé quién la pagará. Y ¿por qué las autoridades reales, el virrey del Perú no ha nombrado ni presentado cada año nuevos jueces? ¿Quién se lo prohibió? ¿Quién expulsó a los enviados? ¿Por qué la Corte no ha aceptado la entrega de las antiguas reducciones, ya instruídas en la fe y las costumbres? Me consta que los superiores de varias provincias se han esforzado por conseguirlo, pudiendo así los que estaban inmovilizados en su atención liberarse para la conquista de nuevas etnias en el monte; pero ¿cuál fue la respuesta del Rey Fernando, fallecido recientemente? ¿Qué ordenó el virrey?

Diré la verdad: no sólo no aceptó, sino que mandó al virrey del Perú que nos confiara la atención de las parroquias que entonces se habían quitado -por orden suya- a los religiosos de diferentes órdenes; mandato que

nunca se llevó a cabo, por nuestra propia resistencia. Espero de los adversarios que presenten documentos para probar sus afirmaciones, regalándoles toda la jurisdicción, dignidad y oficio de jueces de indios sin ninguna remuneración; también les regalo todas las rentas y ventajas; tantas y tan variadas que cualquier otro tendrá dificultad en contarlas: el calor de la zona tórrida; las inundaciones anuales que impulsan a los mismos caimanes hasta la puerta del aposento; los sapos que visitan a cada momento la cama; las bandadas de mosquitos de día y de noche; las víboras y serpientes; los tigres; las manadas de hormigas; las arañas y escorpiones venenosísimos; la dejadez, inconstancia, cortedad y muchos otros defectos de los indios. He aquí los honores, las ganancias que atesorábamos a manos llenas.

602. ¿Se prohibe a indios trato con españoles?

Hay quienes, para no dejar de remover ninguna piedra, también nos reprochan que hemos prohibido a los indios todo trato con los españoles. Aquí ruego e invoco a todos los españoles que expulsaron a los portugueses del fuerte del Santísimo Sacramento en el Paraguay o los que entraron a las reducciones peruanas, primero en 1763 y luego en 1766 para sacar también de allí a los portugueses,y en primer lugar a los jefes y comandantes: ¿encontraron la más leve sombra de este odio tan reiterado? Los indios paraguayos de nuestras reducciones, ¿no ayudaron a los españoles hasta el punto de que forzaron a los portugueses a rendirse? En las reducciones peruanas, ¿no los acogieron con tanto cariño, que sólo los llamaban «hermanos» y merecieron alabanzas ante los jefes, el virrey y aun mismo monarca?

Lo mismo hay que decir sobre el otro aspecto de la objeción: ¿quién ha expulsado jamás a un español de las reducciones? ¿Quién prohibió que vendiera sus mercancías? Aunque es verdad que se promulgaron repetidas órdenes reales que prohibían a los españoles entrar en las reducciones, por causas de consideracíon se introdujo la costumbre contraria, quedando aquéllas sin vigencia. Cada año entrban, aunque pocos y forzados más por la necesidad que por la ambición de grandes ganancias. ¿Qué podrían encontrar en una pobreza tan grande de los indios? Hasta el presente, el temor de contraer las enfermedades de aquella región, el ardor del sol, la abundancia de ríos, arroyos y pantanos, los caminos intransitables y expuestos a las fieras, la ausencia de tambos y de viviendas en un viaje tan largo: he aquí lo que cerraba el paso a la mayoría para visitar las reducciones.

No niego que muchos españoles han salido de las reducciones irritados contra los Padres, diseminando después muchas opiniones, que quizás fueron la causa de estos rumores. Se trataba de quienes buscaban solamente

su beneficio por las buenas o las malas, olvidándose por completo de su consciencia: pedían a los indios (ignorantes de las cosas y de los precios) que, a cambio de unas cuantas bolas de vidrio, campanillas u otras fruslerías parecidas, les dieran un vestido, una hamaca o muchas libras de algodón. Y -apreciando el indio tan poco sus cosas y no valorando en nada su trabajo- sucedía a menudo que, cobrado el precio, quedaba totalmente desnudo y durante muchos meses tenía que abstenerse de asistir a misa o a los días de fiesta. Esto hizo que con frecuencia se anulara el contrato y, obligado por el misionero, el español tuviera que devolver con dolor y rabia el precio de lo vendido.

Hasta dónde esto es verdad se hace evidente por el hecho de que el propio comandante de la tropa española que entró a las reducciones, declaró a sus súbditos que todo contrato con los indios que se hiciera sin conocimiento del misionero sería jurídicamente nulo y que el español incurriría en la pena de la pérdida de la mercancía. ¿O había que tolerar la impunidad de los fraudes? ¿ó el padre no goza del mismo derecho sobre sus hijos, el marido sobre la esposa, el señor sobre sus esclavos? ¿Acaso esto es prohibir el trato? ¿Acaso hay que decir de los jueces que vigilan engaños semejantes en las ciudades, que lo impiden y aniquilan? Ojalá muchos españoles se decidieran a superar las incomodidades de un viaje tan largo y molesto, llegando cada año, no sólo a las reducciones próximas sino también a las lejanas, cargados de mercancías: así no tendríamos que acudir siempre a Lima o a otras ciudades alejadísimas para recibir las cosas pedidas con grandes costos de transporte, a menudo después de dos años y quizás también medio podridas, humedecidas o rotas, con daño irreparable. Desparecerían todos estos retrasos y perjuicios si los españoles quisieran recorrer todas las comarcas, a quienes -además- se les podría dar las cosas comunes de utilidad para ellos en el consumo doméstico, pero que -por ser despreciadas- se pudrían en sus casas, sin ningún daño para nosotros y aun con grandísimo provecho para nuestras reducciones.

603. Se satisface a la última objección de que reducciones no han traído ninguna ventaja al rey.

Lo último que también ha afilado la lengua de muchos adversarios es que el rey no ha sacado ningún provecho de estas reducciones. Demostraré enseguida con mayor claridad que el sol cuán falso es esto; pero antes, permítanme estos señores más impertinentes que las moscas hacerles algunas preguntas: ¿Les ha encargado el monarca español cuidar de su Hacienda? ¿Consideran tan tontos a quienes ello corresponde, tan olvidados de las ganancias de su rey o tan realmente apáticos que no se preocupan ver

cómo los podrían conseguir? Que ojos de lince, que aciertan a descubrir desde la lejanísima Europa lo que no ven los virreyes y gobernadores reales cercanos a las reducciones! Por favor, id corriendo a Madrid y abrid los ojos al rey: estoy seguro que al instante os abrumará con honores y riquezas americanas, os levantará monumentos, esculpirá en mármol la memoria de vuestro nombre y -lo que más os aprovechará- os pondrá al frente de la Real Hacienda; pero os recomiendo y suplico que la tratéis con mayor prudencia que la fama de tantos hombres inofensivos; de lo contrario acabaréis desgraciadamente en el mismo lugar donde van a parar vuestras palabras.

Y para satisfacer plenamente también al segundo reclamo, pido al lector amigo que se disponga a oirme y aguante con paciencia a estos convidados desagradecidos. Desearía aquí poder mostrar al mundo un mapa donde figuraran solamente las regiones que los jesuitas descubrieron y sometieron a la Iglesia y al monarca español (que no sospechaba nada de ello),no sólo con sus sudores sino a su propia costa y, lo que es mayor precio, con su sangre. Muchos reinos europeos, ¿qué digo? (lo diré con osadía, pues no me averguenzo de señalarlo): toda Europa apenas si llega a lo que los jesuitas han sometido al pago del tributo en favor del rey de España. ¿Es esto nada o poco? Pues examinemos otros beneficios. Conozco la existencia en algunos reinos de América de etnias tan salvajes y tan enemigas de los españoles, que no pudieron jamás, no ya ser sometidas sino ni siquiera amedrentarlas con la guerra, a pesar de los inmensos gastos y no menor despliegue militar hechos. En consecuencia, los gobernadores de aquellas provincias recibieron la orden de terminar las enemistades, gastos y guerras existentes desde el mismo comienzo de la ocupación de América; díganlo, si no, algunas etnias como los Guaykurú, los Abipón, los Auka y varias otras que en esto momento no me vienen a la memoria: terminada la guerra declarada, con sus permanentes incursiones asolaban de día y de noche las poblaciones y ciudades de españoles, de modo que ni por un momento podían vivir tranquilos, seguros de sus vidas o en sus casas.

Gracias a la labor de nuestros religiosos se logró que se convirtieran en amigos de la Humanidad y de los españoles y en súbditos del rey; no sólo esto se han levantado nuevas reducciones donde solían atacar otras etnias enemigas de los españoles y cuya acometida, por tanto, habían de rechazar ellos, mientras los españoles dormían tranquilamente. ¿No ha de figurar también esto entre las ventajas para los españoles?

Cuánto han contribuído los indios de nuestras reducciones en la reciente guerra surgida entre los monarcas de España y Portugal, lo saben perfectamente uno y otro: el primero, con el acrecentamiento de su honra; el

segundo, de su ignominia. Mencionaré brevemente el aporte de las reducciones peruanas a esta última guerra a que acabo de aludir. Transportaron todo el ejército a las reducciones con sus canoas; corrieron con toda la provisión de víveres durante más de un año, tanto de la oficialidad como de los soldados rasos, gratuitamente y sin tasa. En la provisión de víveres incluyo maíz, carne vacuna, arroz, alcohol, azúcar, diversas legumbres, calabazas, plátanos, leña traída a los soldados; provisión de medicinas por los misioneros a todos los enfermos; conducción de casi todos los caballos enviados con destino a la tropa hasta las cercanías de los enemigos, cuya mayoría murió o se perdió por descuido; fundición de la artillería; reparación de casi todas las escopetas con nuestro hierro, con nuestro acero y nuestros oficiales; transporte por los indios de los cañones y vituallas al lugar del asedio, en muchos días de viaje; construcción de cobertizos a lo largo de la ruta, para defenderse del calor del mediodía y para pernoctar; construcción de todas las obras necesarias para cercar la fortaleza portuguesa. Y callo lo demás, que el propio comandante y los jefes militares comunicaron al rey en forma pormenorizada. Además, ¿quién impide a los españoles sacar de allí diferentes maderas, resinas vegetales, hierbas medicinales, algodón y muchas otras cosas y estimular su comercio?

Para resumir todo en pocas palabras: ¿No valen nada todos los provechos que he mendionado hasta aquí ¿Sufre algún prejuicio la Real Hacienda y no le basta al Rey Católico haber hecho seres humanos e hijos de la Iglesia a tantos miles de personas infieles que no tenían la menor noticia de su Creador ni aspecto de civilización? ¿No le reporta mayor gloria contar con tantos templos levantados al Dios verdadero, donde antes sólo había bosques silvestres y la simpre inmensidad de las sabanas? ¿No valen más que el oro tantas almas -sobre todo de niños- que deben su salvación a los misioneros enviados por el Rey? ¿No han de apreciar grandemente los Reyes Católicos tantas y tan inmensas regiones, cuyos antepasados no conocían ni sus nombres y que hoy están sometidas al dominio hispano, y sin que para ello hayan hecho ningún gasto? ¿No merece acaso el más rendido reconocimiento que unos salvajes ferocísimos, desnudos, acostumbrados a vivir sin autoridad ni ley, sin casas, que se despedazaban mutuamente con guerras y odios intestinos, que tenían entre sus placeres el comer carne humana, en fin, la verguenza del género humano, hayan sido transformados en una organización que renueva la de la Iglesia primitiva y conformen una sociedad bien ordenada? Que estos críticos de lo mejor, dejen de murmurar y una de dos: o nieguen que se trata de ventajas positivas o reconozcan que lo son -y de primera magnitud- las que los Reyes Católicos reciben de la conversión de tantos millares de indios.

C. De la organización espiritual de los indios.

604. Festividades, en especial la del Corpus.

Aunque ya he contado varios detalles sobre este tema en el capítulo 2 de este libro,por considerarlo interesante para el lector aquí me ocuparé más ampliamente de él, para que pueda, no sólo admirar sino también alabar el cambio obrado por la diestra divina, quien es capaz de sacar sin ningún esfuerzo hijos de Abraham de las piedras. En efecto,en todo el mundo el lustre y brillantez externos de las cosas hacen que la piedad aumente y la devoción se inflame grandemente; y entre los indios estas cosas tienen tanto mayor efecto cuando parecen estar dotados de menor capacidad intelectual y valoran todo por su aspecto visible. Esto explica que los misioneros celebraran las fiestas con la máxima solemnidad posible, representando los misterios de nuestra salvación y de la Virgen María en estatuas e imágemes.

Pero entre todas, ninguna se celebraba con tanto boato como la de Corpus. Conozco una reducción que cubría toda la inmensa plaza con alfombras pintadas de colores muy elegantes. Todos los que concurren a la procesión (y concurren todos) llevan su cirio, pues en la mayoría de aquellos parajes abunda la cera. Varias reducciones hacían explotar sus cañoncitos delante de cada altar: el mismo adorno del templo y de los altares, los ornamentos de los ministros, la música más selecta, el uso introducido de banderas de seda, los arcos triunfales, los árboles traídos que se colocaban a ambos lados de la plaza y en las esquinas, con palmas entretejidas: todo ello hacía recordar no sé qué de Europa.

605. Semana Santa.

En cuanto al sagrado ayuno cuaresmal, también allí se han introducido actos más frecuentes de piedad y penitencia, casi como en Europa. Los días de la Semana Santa comienzan el domingo de Ramos, con la procesión acostumbrada. Los días restantes todo se celebra con una exactitud tan grande, que no falta nada de lo que suele ejecutar incluso en los templos más importantes. Los tres días se entona el Oficio de Tinieblas; luego, la pasión en su lengua. Todos los indios visten de estricto negro desde el Miércoles de Ceniza hasta el día de Pascua; durante este período ni siquiera las mujeres utilizan el menor adorno. El Jueves Santo tiene lugar el tradicional lavatorio de los pies y la cena con doce indios. Pero sin duda nada dice tanto en favor de los indios como el silencio y aplicación en la procesión que se suele celebrar el Viernes Santos, a los que contribuyen mucho la

música triste, la viveza de la escenografía con las estatuas fabricadas en Italia que representan los misterios del Señor que ha sufrido por nosotros, así como los cantos que se repiten en cada parada. En diferentes reducciones pude ver cómo unos indios se flagelaban sin misericordia durante toda la procesión; es general que la acompañen ciñendo una corona de espinos y llevando en la mano una cruz.

606. Costumbres cristianas introducidas con éxito

He aquí las que se observan de fijo durante el año: al son de la campana, venerar la Vírgen Madre como patrona de todas las reducciones con el avemaría; las festividades marianas se celebran con la solemnidad que les indujera a la devoción que tratábamos de inculcarles de palabra. Se les enseñó a rezar una breve oración siempre que comían y cenaban. Por la mañana, al amanecer y al toque de campana -igual que en la noche- todos los habitantes de cada casa recitaban de rodillas, mirando hacia el templo y en voz alta, las oraciones de costumbre y con breve canto entonaban la alabanza del Santísimo Sacramento, de la Virgen, del Angel de la Guarda y de los demás patronos. Antes de salir el sol, todos los que no estaban impedidos por trabajos necesarios o enfermedad, acudían al llamado de la campana para oir misa. Esta se celebraba a diario, así hubiera que transportar lo necesario a lomo de mula desde 200 leguas. Aunque sólo se cantaba los sábados, los días restantes entre semana iba acompañada de sin voces. Los sábados por la tarde se cantaban solemnemente las Letanías, tal como suele practicarse en Europa; luego salía la procesión y todo el pueblo recitaba los misterios del Rosario (que los otros días se rezaba después del ocaso del sol). Los domingos y fiestas el misionero celebraba la misa ante el pueblo, pero antes todos -con el misionero a la cabeza- recitaban en voz alta las oraciones que hay que saber, los mandamientos, los sacramentos, los preceptos de la Iglesia y el catecismo. En los días de trabajo se hacía lo mismo, pero con sólo los menores, en la misa mencionada.

Según la costumbre española, varones y mujeres llevan colgado del cuello el rosario. En los días que la Iglesia nos ofrece recordar los misterios del Señor o de su Madre,muchos purifican su consciencia y luego acuden a la mesa divina con gran compostura. Cierto que si su devoción interior (de la que Dios es el único testigo) igual a la que pude ver con los ojos, por lo menos en los templos pueden dar lecciones de compostura y devoción refinadas a los europeos.

Por lo que se refiere a los delitos, hay muchos de los que ni siquiera saben en qué consisten. En efecto: ¿quién encontró jamás el más leve indicio

de blasfemia, soberbia pecaminosa, juramento, ambición, denigración, falso testimonio, envidia, engaño y otras cosas parecidas, tan frecuente entre nosotros que se pueden llamar cotidianos? Es inútil preguntarles por ellos, pues sus faltas pueden reducirse prácticamente a estos capítulos: sentimientos lascivos, borrachera, inclinación a la mentira y al robo de cosas pequeñas. Felices quienes ni siquiera tienen conocimiento de muchos géneros de culpas. Propongo a los naturalistas que, de querer ensalzar algo en los indios, exalten y pregonen esta felicidad; hasta deseo que no sólo la honren de palabra, sino que también la imiten o, por lo menos, traten de hacerlo»(1985:355-373).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO III

1. Misión andina.

A. MISIONEROS:

ACOSTA, José
1588 **De procuranda indorum salute**, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo 1, **Pacificación y colonización**, 1984; tomo 2, **Educación y evangelización**, 1987, edición de Luciano Pereña.
1590 **Historia natural y moral de las Indias**, México, 1940, Fondo de Cultura Económica, edición de Edmundo O'Gorman.

ARRIAGA, José de
1621 **La extirpación de la idolatría en el Perú**, en **Crónicas peruanas de interés indígena**, Madrid, 1968, Biblioteca de Autores Españoles, edición de Francisco Esteve Barba.

BERTONIO, Ludovico,
1612 **Arte de lengua aymara**, Juli, Francisco del Canto,
1612 **Vocabulario de lengua aymara**, Juli, Francisco del Canto; Cochabamba, 1984, CERES, IFEA, MUSEF, edición de Xavier Albó.
1612 **Libro de Vida y milagros de Jesucristo en aymara y romance**, Juli, Francisco del Canto,
1612 **Confesionario muy copioso en dos lenguas, aymara y española**, Juli, Francisco del Canto.

COBO, Bernabé,
1653 **Historia del Nuevo Mundo**, en **Obras**, Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles, edición de Francisco Mateos.

GONZALEZ HOLGUIN, Diego,
1607 **Gramática y arte nuevo de la lengua general de todo el Perú,** Lima, Francisco del Canto,
1608 **Vocabulario de la lengua general de todo el Perú,** Lima, Francisco del Canto

MATEOS, Francisco (editor)
(1600) **Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú,** Madrid, 1944, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2 tomos.

VALERA, Blas (o el Jesuíta Anónimo)
(1615?) **Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú** en **Crónicas peruanas de interés indígena,** Madrid, 1968, Biblioteca de Autores Españoles, edición de Francisco Esteve Barba.

C. ESTUDIOSOS:

BACIERO, Carlos,
1988 «La ética de la conquista de América y los primeros jesuitas del Perú», en revista **Miscelanea Comillas,** vol 46, pp.129-164.

DURAN, Juan Guillermo
1982 **El Catecismo del III Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales,** Buenos Aires, Universidad Católica Argentina.

ECHANOVE, Alfonso
1955-1956 «Origen y evolución de la idea jesuítica de reducciones en las misiones del virreinato del Perú», en revista **Missionalia hispanica,** Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp.95-144 y 497-540.

EGAÑA, Antonio y Enrique FERNANDEZ (edit),
1954-1982 **Monumenta peruana,** Roma, Monumenta Historica Societatis Jesu, 8 tomos

MARZAL, Manuel M.
1983 **La transformación religiosa peruana,** Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú

MEIKLEJOHN, Norman
1988 **La Iglesia y los lupaqas durante la Colonia,** Cusco, Centro de estudios rurales andinos Las Casas.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1986 **Los cronistas del Perú (1528-1650)**, Lima, Biblioteca de Clásicos del Perú, 2, edición de Franklin Pease.

TOLEDO, Francisco
(1569-1580) **Disposiciones gubernativas para el Virreinato del Perú**, Sevilla, 2 tomos, 1986 y 1989, Consejo Superior de Investiagacones Científicas.

VARGAS UGARTE, Rubén
1966 **Historia general del Perú**, Lima, Milla Batres, 12 tomos.

2. **Misión de Mojos**

A. MISIONEROS:

EDER, Francisco
1772? **Breve descripción de las reducciones de los Mojos, ca. 1772**, Cochabamba, 1985, Historia Boliviana, edición de Josep M. Barnadas

B. HISTORIADORES:

ALTAMIRANO, Diego Franciso
(1699) **Historia de la misión de los mojos**, La Paz, 1979,Instituto Boliviano de Cultura.

C. ESTUDIOSOS:

CHAVEZ SUAREZ, José
1944. **Historia de Moxos**, La Paz.

EGAÑA, Antonio
1966 **Historia de la Iglesia en la América Española. Desde el descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX. Hemisferio Sur.** Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

MENACHO, Antonio
1982 «As Missões entre os Mojos» en E.Hoornaert (ed.) **Das reducões latinoamericanas as lutas indígenas actuais**, Sao Paulo, Paulinas, pp.191-204.

MORENO, Gabriel R,
1888 **Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos,** La Paz, 1974, Juventud

VARGAS UGARTE, Rubén
1964 **Historia de la Compañía de Jesús en el Perú,** Burgos, tomo III.

CAPITULO IV.

MISIONES DE LA PROV. DEL PARAGUAY

Como se vió en la introducción, en 1586 los jesuitas llegan a Paraguay desde el Perú, a solicitud del obispo de Tucumán, Francisco de Vitoria, y en 1607 constituyen la tercera provincia de la América española, que, por abarcar la gran cuenca del segundo río sudamericano, debió llamarse del Río de la Plata. Es cierto que en 1588 hay, también a solicitud del obispo de Tucumán, una pasajera presencia de jesuitas de la provincia del Brasil, que se establecen en Asunción y que trabajan, no tanto entre los indios cuanto en las ciudades españolas (Santos 1988:85-86). Poco a poco los jesuitas de la provincia del Paraguay organizan misiones en las tres provincias del territorio, Asunción, Tucumán y La Plata, e incluso en Santa Cruz de la Sierra, que dependía en lo político del Perú.

El cronista Peramás (1768) hace una síntesis de las misiones del Paraguay en tiempo de la expulsión y distingue entre misiones antiguas y nuevas.Las primeras «estaban fundadas ya ha mucho tiempo y están al presente bien establecidas», como las 30 reducciones guaraníes, que son «un retrato de la primitiva Iglesia, y ninguno entra en ellas que no admire la armonía en que están regidas. Hacen vida común» (1952 :139), y las 10 de los chiquitos, que «en cuanto a su sustancia no se diferencian de las de las Guaraníes, pero en cuanto al modo sí, porque...no hacen vida común» (1952:141). Las misiones nuevas eran las del Chaco. Fundadas en el siglo XVIII, «en ellas no hay aquel admirable método de Guaraníes y Chiquitos, ya por no estar arraigada la fe en estos indios, ya por no estar aun establecidas y fijas las haciendas y posesiones; pero con el tiempo hubieran sido de las más florecientes. La tierra es sumamente fértil y muy abundante en aves y maderas apreciables» En la región del Chaco había 14 reducciones, 3 de indios mocobíes, 3 de abipones y 1 de cada una de estas etnias: lules, vilelas, pasaines, omoampas, isistines, chiriguanes, tobas y mbayás (1952: 141-42).

Pero, esta última reducción, que se llamaba Belén, no estaba en el Chaco, sino al norte de río Paraguay, donde vivían los mbayás, que durante 130 años habían mantenido su independencia. Los jesuitas intentaron fundar reducciones entre ellos, no solo para ampliar el campo de evangelización, sino para abrir un camino directo entre sus misiones guaraníes y chuiquitanas.Este viejo sueño no se realizó hasta poco antes del destierro. Domingo Muriel, último provincial del Paraguay, en su manual sobre legislación eclesiástica indiana, tan útil para comprender uno de los factores de la aculturación religiosa indígena, titulado **Fasti novi orbis et ordinationum apostolicarum ad Indias pertinentium breviarium cum anotationibus** (1776), consigna el descubrimiento del camino directo entre

ambas misiones como «fasto» del nuevo mundo. Traduzco del original latino:

> «1767. El padre José Sánchez Labrador, jesuita español, misionero de los mbayás en el norte del Paraguay, abrió un camino a las misiones de los chuiquitos. Tal camino se intentó primero en 1715 por el norte del Paraguay, pero, a raíz de la muerte por los indios de los padres Agustín Arce y Bartolomé Blende y de la dispersión de los neófitos que iban con ellos, quedó más cerrado aún. De nuevo en 1763, por la misma razón de facilitar el tránsito de los chiquitos hacia el Paraguay, el padre Antonio Guasp, que atendía la reducción del Sagrado Corazón, quiso fundar una nueva más cerca del Paraguay, siendo asesinado con siete de sus neófitos por los gaucurúes. Por fin, en 1766, después de vanos intentos, a cincuenta leguas de la misión mbayá de Belén, se funda la reducción de San Juan Nepomuceno entre los Chanas. Del diálogo tenido con éstos, quedó expedito el nuevo camino» (1776:45-45)

La provincia del Paraguay tenía, pues, tres misiones, cuyos cronistas presentaré sucesivamente: la guaraní, la de los chiquitos y la del Chaco, que dependían políticamente de las provincias de Asunción, Santa Cruz de la Sierra y La Plata o Tucumán respectivamente.

1. La Misión Guaraní (1609-1767)

En esta historia de más de siglo y medio pueden señalarse cinco etapas, aunque no sea fácil señalar siempre la frontera temporal: 1) fundación de las reducciones, 2) crisis por las incursiones paulistas y gran transmigración, 3) consolidación del sistema de reducciones, 4) nueva crisis por el Tratado de límites de 1750 y guerra guaranítica y 5) devolución de los 7 pueblos y reconstrucción, interrumpida por la expulsión de 1767. La misión se inicia con la aceptación por el provincial Diego de Torres de la propuesta del gobernador del Paraguay, Hernando Arias de Saavedra, para que los jesuitas se encargaran de la evangelización de los innumerables pueblos indígenas del territorio. A fines de 1609, comienzan a trabajar tres binas de jesuitas en tres sectores: el Paraná, el Guayrá y los indios Guaycurúes y en 1610 se establecen las primeras reducciones en San Ignacio Guazú en el Paraná y en San Ignacio y Loreto en el Guayrá. Estas no tenían todavía la compleja organización de las futuras reducciones, sino que eran solo el modelo toledano del Perú, introducido en el Paraguay por los franciscanos; la forma compleja se irá conformando, poco a poco, como creación colectiva de los jesuitas y como expresión de la experiencia misional vivida.

Poco éxito tuvo el trabajo entre los guaycurúes. Por eso, uno de sus misioneros, Roque González, criollo de Asunción que ya sacerdote entró en la Compañía, pasó al Paraná y al Uruguay, donde fundó muchas reducciones. Tal actividad fue cortada violentamente por los indios de Caaró, que en 1628 le dieron muerte junto con los PP. Juan del Castillo y Alonso Rodríguez. Así aparecían los tres primeros mártires, que fueron canonizados por Juan Pablo II en 1988. También en la región del Guayrá establecieron los jesuitas muchas reducciones y allí desempañó un papel clave el criollo de Lima, Antonio Ruiz de Montoya, que escribió la primera crónica de esta misión.

Pero, al mismo tiempo que crecían las reducciones, se fue incubando la crisis. Esta se debió, no tanto a la natural rebelión de los indios, quienes, después de aceptar libremente formar reducciones, querían volver a su antigua vida, instigados de ordinario por sus caciques o shamanes, como al impacto de las incursiones paulistas, que buscaban en los nuevos pueblos mano de obra esclava para las plantaciones portuguesas. Sus principales campos de operación fueron el Guayrá y el Tapé. Aunque hubo una incursión paulistaya en 1611, fueron increibles las de 1628-30 que acabaron con nueve de las once reducciones del Guayrá. Esto explica la gran «transmigración» o traslado de 12 mil indios en unas 700 balsas hacia regiones más seguras al sur del Paraná, que dirigió personalmente Ruiz de Monoya, como se verá en uno de sus textos de la antología. Pero el año 1636 hubo nuevas incursiones en las reducciones de Itatines y Tapé. Por eso, Ruiz de Montoya decidió viajar a Madrid para conseguir licencia del rey para organizar ejércitos indígenas que defendieran las reducciones.

La obtención de dicha licencia marca el comienzo de la consolidación del sistema de reducciones. Aunque este estaba basado, como se verá ampliamente a lo largo de la obra, en la ruptura de las relaciones coloniales, en la eficiente organización de la vida económica y social y en el cultivo religioso profundo, tal sistema no fué posible hasta que se dieron o se crearon ciertas condiciones, de las que es un buen indicador la organización de un ejército indígena. En efecto, éste,por una parte, aseguró la defensa del territorio y la permanencia de cada reducción en el mismo emplazamiento, sin los cambios de la etapa anterior, todo lo cual permitió el desarrollo interno de la misma. Y por otra parte, el papel que empezó a desempeñar dicho ejército en los conflictos del estado colonial español con el portugués y en los conflictos internos del Paraguay, hizo que se mirara a las reducciones de otra manera. Así en esta etapa se consolida la autonomía económica y política de las reducciones y se logra, además, su mayor volumen demográfico, que llega en 1731 a 138.938 personas (Hernández 1913, II: 618), aunque éste no se mantuvo por mucho tiempo a causa de la reaparición de las periódicas epidemias.

La etapa siguiente está marcada por la firma del Tratado de Límites de 1750, por el que Fernando VI de España, cuya esposa Bárbara de Braganza era hija del rey de Portugal, quiso resolver el secular problema de límites de las colonias ibéricas en América, debido a que no se observaba el Tratado de Tordesillas. Por el nuevo tratado Portugal cedía la colonia del Sacramento y la entera navegación por el Plata, mientras que España cedía un territorio de como medio millón de Kms2 al oriente del río Uruguay. El problema para la misión guaraní era que 7 de las 30 reducciones con 29.191 indios estaban en el territorio que pasaba a Portugal (Furlong 1971: 59-60). Cardiel en su **Breve relación** (1771) dice que los indios de los siete pueblos:

> «habían de pasar a los dominios de España, formando nuevos pueblos, llevando consigo los ganados y bienes muebles y dejando para los portugueses sus casas, tierras, huertas, algodonales, yerbales y todo bien inmueble; y en recompensa de esto se daría a cada pueblo 4 mil pesos. Esta diferencia se hizo para no dar tanto indio a Portugal, con las cuales en aquellas partes nos pudiesen hacer guerra en tiempo que la hubiese.
>
> Intimóse a los indios el tratado. Al principio consintieron algunos, pero apretándoles en su ejecución, resistieron todos. Instíbamosles los Padres considerando el empeño de la Corte, y que, si no obedecían, había de ser peor, y mal de su grado por armas les harían obedecer, con pérdidas de sus bienes muebles e inmuebles, y también de muchas vidas, si resistían. Lo que perdían en este tratado era mucho más de lo que en la corte se pensó; que no lo consultó con nosotros, juzgándonos apasionados por los indios. Juzgaron que con 4 mil pesos se resarcían las pérdidas de los edificios y los demás bienes. Pero era tan al contrario, que había pueblos que perdían más de 700 mil pesos.
>
> Estando yo cuidando...el pueblo de San Nicolás, uno de los del tratado, instando en la transmigración de los indios de él: no queriendo dejar sus tierras, vino un destacamento de soldados.Salieron al opósito los indios, no pudiendo yo estorbarlo. Mataron a un capitán español y los españoles a 4 indios en las calles, con lo que huyeron los demás y se apoderaron del pueblo» (Cardiel 1988:81-82).

Así se inicia la llamada «guerra guaranítica» de los indios contra el ejército colonial hispanoportugués, que duró más de dos años y que fué muy sangrienta. Como observa Cardiel, «finalmente, los indios a fuerza de armas fueron echados de los siete pueblos. Recibiéronlos los otros 23 de la banda occidental del Uruguay» (1988:84).

La última etapa de la misión comienza con la subida al trono en 1759

de Carlos III, quien, por una parte, declara nulo el tratado, abriendo la puerta para el regreso de los indios de los siete pueblos y, por otra, seis años después, expulsa a todos los jesuitas de España y sus colonias. En efecto, Carlos III denuncia el tratado de 1750 por ser contrario a los intereses españoles y en 1661 se firma su anulación, con lo que se autoriza, a los indios de los siete pueblos, volver a los mismos y emprender su reconstrucción. Esta no fué fácil, a pesar de que indios y misioneros la asumieron con entusiasmo, y además, no pudo ser concluida, porque en 1767 el mismo Carlos III dió el golpe definitivo al decretar la expulsión de todos los misioneros. Sobre este bosquejo histórico paso ya a presentar a los misioneros cronistas.

1.1 ANTONIO RUIZ DE MONTOYA (1585-1652)

Es un criollo que, aunque nace y muere en Lima (Perú), consagra la mayor parte de su vida a la Misión Guaraní. Entra en la Compañía en 1607 y como novicio forma parte de la expedición de 16 jesuitas de la provincia del Perú, entre ellos el quechuista Diego González Holguín, que van a crear la nueva provincia del Paraguay. Completa su carrera sacerdotal en Córdoba y en 1612 inicia el trabajo misional en el Guayrá. Despliega un gran actividad, funda 11 nuevas reducciones y en 1620 es designado superior de la misión. En 1628 se intensificaron las incursiones paulistas a la caza de indios esclavos, a pesar de la protesta de los misioneros. Ruiz de Montoya cuenta en su **Conquista espiritual** (1639) el fracaso de su mediación y la de otros misioneros para que los paulistas liberaran a los indios cautivos:

> «Dos y tres años están en esta caza de hombres como si fueran bestias...Entró esta gente, peores que alarbes, por nuestras reducciones, cautivando, matando y despojando altares. Acudimos tres padres a sus aduares y alojamientos donde tenían ya cautiva mucha gente, pedímosles nos diesen los que nos habían cautivado, y tenían muchos en cadenas. Al punto, como locos frenéticos dieron voces diciendo: 'préndanlos, préndanlos, que son traidores', y juntamente dispararon algunos arcabuzazos, con que hirieron a ocho o nueve indios que nos acompañaban. Uno quedó luego allí muerto de un balazo que le dieron en un muslo; el P.Cristobal de Mendoza salió herido de un flechazo. Tuvieron al P. José Domenech preso, diciéndonos...que no éramos sacerdotes, sino demonios, herejes, enemigos de Dios y que predicábamos mentiras a los indios. Apuntóme uno de ellos con su escopeta al pecho, abrí la ropa para que sin ninguna resistencia entrase la pelota» (1892:144-145).

Ante esta situación, en 1631 Ruiz de Montoya concluye que la única solución era trasladar aquellas reducciones hacia el sur a sitios más seguros, hacer una **transmigración**, palabra que va a ingresar en el lenguaje común de las reducciones. En el primer texto de la antología puede verse la viveza con que Ruiz de Montoya narra la transmigración, empezando por la construcción de las balsas, el retirar las imágenes de los templos (una «imagen en el mismo tiempo que desamparábamos los templos sudó gotas tan grandes y en tanta abundancia, que dos padres no se daban mano a recoger el sudor en algodones, maravillados de tan espantoso suceso») (1892:153), la exhumación y el traslado de tres misioneros muertos, para que «los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, (en) este último nos acompañaran también» (p.153), etc.

Como las incursiones paulistas continuaban, en 1637 Ruiz de Montoya inicia un largo viaje a España para informar personalmente a Felipe IV, que era también rey de Portugal, sobre el problema de las incursiones paulistas, cuya meta parecía ser llegar a Potosí, motor de la economía colonial, y sobre la necesidad de organizar la defensa por la creación de ejércitos indígenas. Ruiz de Montoya resume la entrevista con el rey:

> «Lo primero que le dije (a Su Majestad) fue cómo los portugueses y holandeses le querían quitar la mejor pieza de su Real Corona, que era el Perú, sobre que desde esas regiones había dado voces en estas partes, y por ser tanta la distancia, no había sido oído; que tres cartas mías había en el Consejo en que había avisado, pero no se trataba de remedios. Hasta que el deseo de haberlos, me había obligado a caminar tantas leguas y con un báculo en la mano, muriéndome, como S.M. veía; había venido a sus reales pies a pedir remedio de males tan graves como prometía la perfidia de los rebeldes, que ya por San Pablo acometían al cerro de Potosí, cuya cercanía, agravios, muertes de indios, quemas de iglesias, heridas de sacerdotes, esclavitud de hombres libres, daban voces. Y porque a las mías se diese crédito, había hecho dos memoriales impresos, que si S. M. se servía pasar por ellos los ojos, se lastimaría su real corazón y movería el amor de sus vasallos el remedio» (Furlong 1964:58).

El monarca leyó los memoriales y los pasó al Consejo con esta nota: «Mirad las cosas que ese religioso me avisa: son de tanto peso, que mi persona había de ir al remedio. Remediadlo con todo cuidado». Esto lo supo Ruiz de Montoya por don Juan de Solórzano, uno de los miembros del Consejo (Furlong 1964: 59). Los puntos más importantes de los memoriales eran: que se reitere la ley de 1611 que prohibe la esclavitud de los indios, agravando las penas; que el cautivar indios sea caso de inquisición; que el gobernador

de Río de Janeiro tenga jurisdicción sobre las ciudades del sur (San Pablo San Vicente, etc.) y no se limite a remitir las cosas a Bahía; que se ponga en libertad a los indios cautivos y se envíen a Buenos Aires, «a costa de los que los tienen, que puestos allí ofrezco en nombre de mi provincia restituirlos a sus patrias, aunque se vendan los cálices y ornamentos», etc. Sobre estos y los demás puntos de los memoriales fueron saliendo reales cédulas, pero la separación de los dos países ibéricos en 1640, después de 60 años de unidad, echó por tierrra muchos de los remedios que iban a ponerse.

Para examinar la propuesta de hacer un ejército de indios, el rey convocó una junta, asistiendo Ruiz de Montoya a algunas de sus reuniones, y por fin se dió la real cédula de 21 de mayo de 1640 que otorgaba la autorización pedida, subordinando su ejecución a lo que dispusiera el virrey del Perú, por lo que el misionero retornó al Paraguay en la flota de Lima, no sin haber aprovechado su prolongada estancia en la corte para escribir y publicar varias obras y para otros asuntos de la misión guaraní. Durante su escala en su ciudad natal, el conocido jesuita limeño Francisco del Castillo, quiso aprovechar la experiencia espiritual del viejo misionero y le pidió que escribiera sobre la oración. Así Ruiz de Montoya compuso el **Silex del divino amor**, un bello tratado con el sabor de las grandes obras de la mística española, que descubrió en el Archivo Arzobispal de Lima Rubén Vargas Ugarte entre los legajos del proceso de canonización del P. Francisco del Castillo y ha sido publicado en 1991 por la Pontificia Universidad Católica del Perú con un sugerente estudio de José Luis Rouillón.

De regreso al Paraguay, ya había llegado Ruiz de Montoya a Chuquisaca, cuando recibió orden de volver a Lima para nuevos asuntos. Y en esta ciudad le sorprendió la muerte, habiendo expresado el deseo de ser enterrado en la reducción de Loreto. Para cumplir este último deseo cuarenta guaraníes de la misma vinieron a Lima a recoger los restos de su misionero y lo llevaron en hombros hasta Loreto a través del continente, estableciendo sin duda un record entre los cortejos fúnebres más largos de la historia.

Pasando ya a los escritos de Ruiz de Monoya, puede decirse de ellos que, en general, están al servicio de su trabajo misional. Su obra más importante es la **Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape**, Madrid, 1639, Imprenta del Rey. Dicha obra fué traducida al guaraní en 1733 y publicada junto con una versión portuguesa en 1879 en los **Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio de Janeiro** (vol. VII). La segunda edición castellana apareció en 1892 en Bilbao en la editorial Mensajero y la tercera en 1989 en Rosario, editada por el Equipo Difusor de Estudios de Historia

Iberoamericana, con un estudio preliminar y notas de Ernesto J.A. Maeder. La obra tenía una finalidad informativa y era parte de la concientización que trató de hacer Ruiz de Monoya en la corte española. En la introducción él escribe:

> «Mi pretensión es poner paz entre españoles e indios, cosa tan difícil, que en más de cien años que se descubrieron las Indias Occidentales hasta hoy no se ha podido alcanzar. Incítame a procurarla la caridad cristiana, el desamparo total de los indios, el ejemplo de mis pasados que los conquistaron y dejaron ejemplos raros que imitar (*se refiere a los misioneros y a su conquista espiritual*), el haber cerca de treinta años que sin divertirme a otro empleo, mi principal ha sido su eneseñanza y conversión a nuestra santa fe» (1982:14).

Más adelante, expresa los motivos concretos de su viaje: la invasión hostil de once poblaciones y las incursiones paulistas le han obligado a «acudir a la real corte y pies de Su Majestad, caminando al pie de 2.000 leguas, con el peligro y riesgo de mar, ríos y enemigos que es notorio, a pedir insistentemente el remedio de tantos males» (1892:15-16). En cuanto a la estructura de la crónica, está dividida en 81 breves capítulos y abarca un período de un cuarto de siglo desde la llegada de los jesuitas al Paraguay hasta la ida a Madrid de Ruiz de Montoya (1637). Aunque la crónica no sea unas simples memorias de su autor, sin duda él es el gran protagonista. El título de **Conquista espiritual** sugiere tanto que la evangelización guaraní se hizo sin conquista política previa por respuesta libre a la invitación de los misioneros, como que hubo un verdadero cambio espiritual, contra la difundida tesis de que los indios no llegaban a hacerse verdaderos cristianos. La **Conquista** tiene poca historia natural (el solitario cap.3 sobre los animales) y buena historia social (por ejemplo, la explotación colonial del mate, c.7, y las incursiones paulistas y la gran transmigración, cc.35-39 y 75-77). Pero es, sobre todo, una historia religiosa: la religión guaraní autóctona, c.10; la predicación del apóstol Santo Tomás, cc.21-26; el martirio de misioneros, cc.44, 57 y 71, y de indios, c.20; la resistencia de la religión nativa y surgimiento de movimientos mesiánicos, c.28-29 y 78; y la historia de cada una de las 25 reducciones, cc.47-56 y 60-70, donde se narran muchos ejemplos de vida cristiana, que rayan en lo milagroso y en lo místico.

En esta crónica se puede analizar el nacimiento de la idea de reducción. «Llamamos reducciones a los pueblos de indios que, viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro o seis casas solas, los redujo la diligencia de los padres a vivir a poblaciones grandes y a vida política y humana, a beneficiar el algodón con que se vistan, porque comunmente vivían en desnudez» (1892:29). Esta idea

de reducción es distinta de la de Juli, donde habían trabajado algunos de los misioneros del Paraguay. Como se vió en el capítulo III, en Juli se trataba de reducir a indios aymaras, que eran parte de la alta cultura andina del Tawantinsuyu y que habían sido previamente conquistados, tratando de conservar en lo posible su cultura y de minimizar la relación colonial, aunque sin poder suprimir la mita minera en Potosí. En cambio, en el Paraguay se trataba de reducir a indios guaraníes con cultura de selva tropical, agricultura de roza y quema y organización social tribal, que eran invitados a integrarse en reducciones, donde, aunque se conservaban ciertos elementos de la cultura ancestral, como la lengua y la autoridad de los caciques, se creaba una cultura nueva y bastante autónoma.

Para Ruiz de Montoya el modelo de reducción se sintetizaba en tres puntos: una ruptura de las relaciones coloniales, una buena organización socio-económica y un cultivo religioso profundo. Sobre el primero, recuerda que «no han entrado los españoles en aquella tierra por haberla conquistado solo el evangelio» y así no hay derechos de conquista; aunque los indios se someten libremente al rey y le pagan el justo tributo, no deben tener servicio personal, «traza que inventó Faraón para aflicción del pueblo israelítico, y con que han muerto en Indias infinidad de gentes, y aun sin esperanza de vida eterna, por falta de doctrina; que la continua ocupación ...de este diabólico servicio personal les ha quitado el tiempo de aprenderla y de ejercitarla» (1892:199-200). Menos aún deben ser esclavizados por los paulistas y, por eso, organiza la transmigración y consigue que se organicen ejércitos indígenas.

Sobre el segundo punto, la crónica recoge unas «advertencias generales» que son comunes a todas las reducciones (cap.45), donde se expone la organización económica y social. Sobre el tercer punto, Ruiz de Montoya presenta la compleja vida religiosa de las reducciones y recoge no pocos testimonios de verdadera santidad indígena, como el indio mártir (cap.20) y los que parecían tener «dones extraordinarios» de Dios, tema que Ruiz de Montoya conocía bien, como autor del **Silex del divino amor**. Sin duda, esta conciencia de algunos guaraníes de haber recibido dones «extraordinarios» de Dios era fruto del clima espiritual bastante monacal de las reducciones, pero quizás respondía también a un sustrato de su cultura autóctona. Hoy todavía ciertos guaraníes, aunque no sean chamanes, dicen recibir la inspiración a través de un sueño, donde escuchan uno o varios «cantos» que orientarán, al menos en parte, el futuro de sus vidas.

---

1 En esta obra Ruiz de Montoya pone como ejemplo de contemplación mística al indio guaraní Ignacio Piraycí de la reducción de Loreto (1991: 156- 157).

Continuando con los escritos de Ruiz de Montoya, todos ellos orientados a apoyar su trabajo pastoral, hay que señalar el **Tesoro de lengua Guaraní**, Madrid, 1639, Juan Sánchez, y el **Arte y Vocabulario de la lengua guaraní**, Madrid, 1640, Juan Sánchez, que son la primera gramática y diccionario publicados sobre dicha lengua, y el **Catecismo de la lengua guaraní**, Madrid, 1640, Diego Díaz de la Carrera. Del **Arte** hay una reimpresión en 1724 y del **Vocabulario** otra en 1722, ambas en la imprenta de las reducciones en Santa María la Mayor. Y una nueva edición de las tres obras en Leipzig, 1876, B.G. Teubner. Finalmente, Ruiz de Montoya imprimió distintos **Memoriales**, que son un excelente ejemplo de la literatura de denuncia y una buena fuente para conocer y analizar los conflictos que se produjeron en torno a las reducciones. Allí aparecen ya la mayoría de las acusaciones que se harán en el siglo siguiente, aunque entonces habrá más virulencia.

He elegido para la antología dos textos: el primero es una síntesis de la cultura guaraní prehispánia (cap.10) y el segundo es la narración de la trasnmigración de las reducciones de Loreto y San Ignacio a las márgenes del río Paraná (cc.38 y 39).

I. SINTESIS DE LA CULTURA GUARANI PREHISPANICA (1639)

(1. **Organización política y matrimonial**)

«Vivían y hoy viven los gentiles en poblaciones muy pequeñas (como se ha dicho), pero no sin gobierno. Tenían sus caciques, en quien todos reconocen nobleza, heredada de sus antepasados, fundada en que habían tenido vasallos y gobernado pueblo. Muchos se ennoblecen con la elocuencia en el hablar (tanto estiman su lengua y, con razón, porque es digna de alabarse y de celebrarse entre las de fama), con ella agregan gente y vasallos, con que quedan ennoblecidos ellos y sus descendientes. A estos sirven sus plebeyos de hacerles rozas, sembrar y coger las mieses, hacerles casas y darles sus hijas, cuando ellos las apetecen, en que tienen libertad gentílica.

Conocimos algunos de éstos que tenían a 15, 20 y 30 mujeres. Las del hermano muerto toma a veces el hermano vivo, y esto no muy comúnmente; tuvieron muy gran respeto en esta parte a las madres y hermanas, que ni por pensamiento tratan de eso como cosa nefanda; y aun después de cristianos, en siendo parienta en cualquier grado, aunque dispensable o lícito, sin dispensación no la admiten por mujer, diciendo que es su sangre.

Los caciques ya cristianos no se casan hoy con mujeres vulgares, sino con principales, y son en eso muy remirados, aunque las vulgares sean dotadas de naturaleza. Mujer perpetua aseguran muchos fundamentos que no la tuvieron, porque como gente que no tuvo contratos, pasóseles por alto éste tan oneroso en perpetuidad de matrimonio; demás de que, como gente amiga de libertad y desenfado, tuvo por caso de indecencia el ligarse el varón, con vínculo que **ad libitum** no fuese soluble, con una sola; otros hallan razones para la opinión contraria; mi intento no es decidir cuestiones.

(2. **Creencias religiosas y tradiciones míticas**)

Conocieron que había Dios, y aun en cierto modo su unidad, y se colige del nombre que le dieron, que es **tupán**; la primera palabra, **tu**, es admiración, la segunda, **pan**, es interrogación, y así corresponde al vocablo hebreo manhun, **quid est hoc**, en singular. Nunca tuvieron ídolos, aunque ya iba el demonio imponiéndoles que venerasen los huesos de algunos indios, que viviendo fueron famosos magos, como adelante se verá. Al verdadero Dios nunca le hicieron sacrificios, ni tuvieron más que un simple conocimiento, y tengo para mí que solo esto les quedó de la predicación del apóstol Santo Tomás, que, como veremos, les anunció los misterios divinos.

Cuentan los años por los inviernos, que llaman **roy**. Su numerar no llega a más que cuatro, y de allí con alguna confusión hasta diez, y así le vamos enseñando nuestra cuenta, importante para las confesiones. Conocen el tiempo de las sementeras por el curso de las cabrillas. Tenían por muy cierta doctrina que en el cielo hay un tigre o perro muy grande, el cual en ciertos acontecimientos de enojo se comía la luna y el sol, que son los llamados eclipses, y cuando sucedían, mostraban sentimiento y admiración.

(3. **Familia, antropofagia y hospitalidad**)

El varón, en pariendo cualquiera de sus mujeres, ayunaba con gran rigor por quince días sin comer carne, y aunque la caza se la ofreciese, no la mataba; guardaba todo este tiempo un gran recogimiento y clausura, porque de esto dependía la buena salud y crianza del infante. Usan un género de bautismo o de ponerse nombre.

El cautivo que cogen en guerra lo engordan, dándole libertad en comidas y mujeres que escoge a su gusto; ya gordo lo matan con mucha solemnidad, y tocando todos a este cuerpo muerto con la mano, o dándole algún golpe con un palo, se pone cada cual su nombre; por la comarca re-

parten pedazos de este cuerpo, el cual pedazo cocido con mucha agua, hacen unas gachas, de que tomando un bocado toma cada cual su nombre; las mujeres dan a sus hijos de teta un poquito de esta mazamorra, y con eso les ponen el nombre. Es fiesta muy célebre para ellos, que hacen con muchas ceremonias.

Reciben a los huéspedes o a los que vuelven de viaje con un formado llanto de voces a esta forma. En entrando el huésped en la casa, se sienta y junto a él el que lo recibe. Salen luego las mujeres y rodeando al huesped, sin haberse hablado palabra, levantan ellas un formado alarido; cuentan en este llanto los deudos del que viene, sus muertes, sus hazañas y hechos que viviendo hicieron, la fortuna buena o mala que les corrió. Los varones cubren el rostro con la mano, mostrando tristeza y llorando juntamente; con palabras bajas van aplaudiendo a las endechas que las mujeres llorando dicen, y mientras más principal es la persona, mayor es el llanto y los alaridos, que parece por toda la vecindad que algún muy querido de aquella casa ha muerto. Enjúganse las lágrimas, cesan los gritos y entonces se da la bienvenida, y es desdichado el que así no es recibido.

(4. Creencias y ritos fúnebres)

A la muerte del marido las mujeres se arrojan de estado y medio de alto, dando gritos, y a veces suelen morir de aquestos golpes o quedar lisiadas. Tiénelos el demonio engañados, persuadiéndoles que el morir no es cosa natural y común a todos, sino que el que muere es acaso. Juzgaban que al cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque separada; y así muchos enterraban sus muertos en una grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando a los cristianos enterrábamos en tierra, acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían que en él sacaba el alma del difunto, para que no padeciese enterrada con su cuerpo.

Tienen por cierta experiencia, que en entrando algún venado en algún lugar y no matándolo, ha de morir alguno de aquel barrio por donde escapa, y el demonio ha concurrido a veces con estas supersticiones. Como vimos que en una ciudad de españoles se casó uno, y estando el novio en la calle regocijando su casamiento con otros a caballo, pasó un venado que, acosado en el campo, pasó por aquella calle. Ayudó al regocijo el querer cogerle, pero escapose, y con gran sentimiento dijo un indio: ¿quién es el que ha de morir de aquesta casa hoy? Sucedió que aquella misma noche adoleció el novio y no amaneció vivo.

Lo mismo tienen de los sapos que, si entran en alguna embarcación, alguno de ella ha de morir. Yendo yo en una embarcación con más de 20 personas, oimos todos dos días arreo ruido de estas sabandijas; yo ya avisado de esta superstición, atendí con cuidado a las acciones de los indios, los cuales se turbaron, buscaron con cuidado estos animalejos, y no se pudieran encubrir si **de facto** los hubiera, pero fue invención diabólica que por dos días nos dió música de sapos, sin que en ninguna manera los hubiera. Congojáronse los indios, pero como ya recién cristianos, por mi respeto disimularon su pena. Dentro de muy pocos días, en el mismo viaje y embarcación adolecieron algunos de tabardillo, y aunque les acudí con sangrías, murieron cuatro de ellos.

(5. **Otros mitos, curanderismo y brujería**)

Tienen noticia por tradición del general diluvio que llaman **iporum**, que quiere decir inundación muy grande; y la misma tradición tienen en el Perú, como escribe un autor de nuestro tiempo[2].

Las supersticiones de los magos se fundan en adivinaciones por los cantos de las aves, de que han inventando muchas fábulas en curar y con embustes, chupando al enfermo las partes lesas, y sacando él de la boca cosas que lleva ocultas, mostrando que él con su virtud le ha sacado aquello que le causaba la dolencia, como una espina de pescado, un carbón o cosa semejante.

Los primeros y más perniciosos son los enterradores, cuyo oficio es matar, enterrando en la casa del que desea matar algunas sobras de su comida, cáscaras de fruta y pedazos de carbón, etc. A veces entierran sapos atravesados con alguna espina de pescado, con que se va enflaqueciendo el que desea matar, y sin otro accidente muere, de que hemos visto muchas veces efectos desconocidos. Averigüé de algunos que el demonio en figura de un negrillo se les aparecía con un cesto en la mano, incitándoles a que fuesen a enterrar; y en una pieza, donde nunca faltaba gente de día ni de noche, hallamos más de 300 hoyos de sepulturas y cosas que el demonio les había dado. Y deseando uno de éstos matar con estas cosas a un padre, le respondió el demonio que 'no tenía él fuerzas contra aquellos religiosos' (1892:49-54).

---

2 Se refiere al agustino Alonso Ramos Gavilán, que publicó en 1621 en Lima su **Historia de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros, e invención de la cruz de Carabuco**. Hay una moderna edición en Lima, 1979, Ignacio Prado Pastor.

II. LA GRAN TRANSMIGRACION AL RIO PARANA (1631)

(1. Mandato de salir, preparativos y hierofanías)

«Había el P.Francisco Vázuez Trujillo, provincial que entonces era, visitado por aquestos días toda aquella tierra. Hallóse en la destrucción de San Javier, y con la noticia clara que tenía,nos ordenó que muy de secreto dispusiésemos las cosas de manera que, cuando fuese necesario hacer mudanza por causa del común enemigo, se hiciese con seguridad y desahogo, encargándose de alcanzar de la Real Audiencia de Chuquisaca licencia para ello.

La centinela, que comúnmente teníamos, nos dió aviso de la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudar y de dejar sus tierras para escapar las vidas y libertad. Ayudó mucho a esta mudanza el requerimiento que la justicia de la ciudad de Guaira nos había hecho, pidiéndonos mudásemos aquella gente, porque ellos por sus pocas fuerzas no nos podían ayudar contra enemigo tan pujante. Este reque-rimiento fue lleno de dolo y engaño,porque pretendieron los españoles salirnos al camino, y a fuer de los de San Pablo quitarnos las ovejas y repartirlas entre sí. Así lo probó el suceso, aunque no consiguieron su intento, y como ya los indios se habían prevenido de cosas por haber de ser la salida por el Paraná abajo, facilitóse mucho la mudanza.

Ponía espanto ver por toda aquella playa ocupados indios en hacer balsas, que son juntas de canoas o dos maderos grandes, cavados a modo de barco, y sobre ellos forman una casa bien cubierta que resiste el agua y el sol; andaba la gente toda ocupada en bajar a la playa sus alhajas, su matalotaje, sus avecillas y crianza. El ruido de las herra-mientas, la priesa y la confusión daban demostraciones de acercarse ya el juicio. ¿Y quién lo dudara, viendo seis o siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar imágenes, consumir los óleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban (para que los que en vida en nuestro trabajo nos fueron compañeros, éste último nos acompañaran también, y no quedar en aquellos desiertos), desamparar tan lindas y suntuosas iglesias, que dejamos bien cerradas porque no se volviesen escondrijo de bestias?.

Fue tan horrendo y calamitoso este espectáculo, que no con cometas dio el cielo muestras de sentimiento, sino en el suelo, por medio de una imagen de pincel de dos varas de alto que estaba en una reducción del Paraná, que estaba de éstas que despoblamos más de cien leguas, y adonde

llevábamos puesta la mira del fin de nuestro viaje. La cual imagen, en el mismo tiempo que desamparábamos los templos, sudó gotas tan grandes y en tanta abundancia, que dos padres no se daban mano a recoger el sudor en algodones, maravillados de tan espantoso suceso, temiendo algún grave trabajo e ignorantes del nuestro. Cogiónos la nueva de este suceso en el mayor aprieto de esta trasmigración y confieso que me fue de grande consuelo y alegría, viendo tan a los ojos que mostraba la Virgen sernos compañera de nuestros trabajos y agonías.Fueron tales (de mí solo digo, que las de mi compañeros fueron gravísimas) que sin encarecimiento pensé tres veces que de dolor y angustia me desamparaba el alma, pero, acogiéndome al refugio de la oración, me sentía seguro de la muerte.

Dos ángeles hicieron igual sentimiento, porque por sus ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, mostrando el sentimiento que el cielo y los siete príncipes de los ángeles, a quien atrás dije había dedicado la famosa reducción de Ṭaboada, hicieron viendo su reducción ya despoblada, de que se tomó información jurídica por el obispo del Paraguay. Fabricáronse en muy breve tiempo 700 balsas sin muchas canoas sueltas, en que se embarcaron más de 12.000 almas, que solas escaparon en este diluvio tan tempestuoso.

(2. Invasión paulista e investigación antijesuítica)

Dos días solos habíamos caminado río abajo, cuando nos alcanzaron unos indios que se habían dilatado en su despacho,de los cuales supimos como aquel pernicioso enemigo quedaba furioso viéndose burlado, que a haberse dado un poco más de priesa nos hubiera cogido sin duda y llevádose tan buena presa. Llegaron al despoblado pueblo, embisten con las puertas de los templos, y como hallaron resistencia en abrirlas por estar bien atrancadas, hicieron pedazos las puertas, que su labor y hermosura pudiera recelar su atrevida mano, ya que nos les moviera el saber que eran templos donde Dios había sido tantos años reverenciado;entraron en aquellos templos con tropel y algazara, embisten con los retablos, derriban sus columnas, dan con ellas en tierra, y a pedazos las llevaron para guisar sus comidas, acción que ellos mismos confesaron a algunos religiosos, que después de haber hecho esta bárbara acción les temblaban las carnes de su atrevimiento. Alojáronse en las iglesias y en nuestras celdas, llenándolas de indias, lugar que nunca jamás habían visto mujeres.

No quiero callar un riguroso examen que ellos mismos han confesado hicieron de nuestras vidas, y para cohechar testigos, se amancebaron con las indias que de nuestras reducciones habían hurtado, dándoles regalos y

dádivas para que les descubriesen nuestra vida y costumbres, deseosos de rastrear algo. Muchas diligencias hicieron también con los varones y con los indios que más de cerca nos asistían, haciendo de nuestras vidas un muy riguroso examen con porfiadas preguntas. Pero ¿qué hallaron? Con confusión y vergüenza han confesado este atrevimiento y pudieran con edificación aprovecharse de la declaración de los testigos.

Mas ¿qué pudieron decir? La libertad (dijeron) con que reprendimos siempre todo vicio, y principalmente el de la deshonestidad. ¿Qué habían de decir? Que jamás ni de día ni de noche entró mujer en nuestra celda, y dos que con lascivo intento las entraron a media noche, con ánimo de provocar a mal a un padre, que solo en una reducción estaba durmiendo, a quien su ángel de la guarda avisó en sueños del veneno mortífero que la deshonestidad le preparaba, y levantándose bien despavorido, dió voces llamando a unos indios que en otro asposento dormían, y riñéndoles por descuidados, sin ver quién por el cerco se entraba. 'Buscad -les dijo- que dos han entrado'. Hallaron dos mujeres que al ruido se habían escondido en el rincón de un aposento, las cuales despedidas, con harta compunción se confesaron el siguiente día. ¿Qué habían de decir? Que siendo solicitados de mujeres aun en parte sacra, las dejaron bien arrepentidas, bien confesadas y con propósito de vivir bien, como lo hicieron.

Dirían que (como dijimos) les habían ofrecido mujeres para su servicio de las cosas caseras, y dada a entender a los gentiles la honestidad y el recato sacerdotal, las desecharon. El haberse sustentado tantos años, sin haber visto pan, vino, sal y carne raras veces y gastar muy largas horas de la noche en oración, de cuyos efectos es bien calle la pluma, y de las otras cosas que a los religiosos apostólicos de aquella provincia pertenecen, porque mi intento se enderaza sólo a contar las de los indios. Efectos de tal predicación y de tal vida fueron la multitud de mancebas que se quitaron y tanta multitud de gentiles que dejando su gentilismo se agregó al aprisco de la Iglesia, de que por los libros solos que escapamos (que otros quemó aquel tirano) se hallan hoy escritos 22.000 y más almas. Esto fue lo que aquellos bien cohechados testigos declararon.

(3. Emboscada española y difícil negociación)

Volvamos ahora a nustra flota de balsas, que iba caminando, al parecer segura de enemigos que por detrás dejaba, cuando tuvimos aviso que los españoles, vecinos de Guaira, nos aguardaban en un estrecho y peligroso paso que hace el famoso salto del Paraná, en cuya ribera habían fabricado una fortaleza de palos para impedirnos el paso y cautivar la gente. La traza

era que desde este fuerte, al pasar las embarcaciones, fuesen derribando los romeros y gente que podía defenderse, y debilitando con esto aquella tropa, saliesen ellos a la presa. Supe el caso, y dudoso que fuese así, dejando la gente me adelanté en una embarcación ligera. Hallé ser verdad, entré en aquel palenque, seguro de traición, quejéme dando mis razones, a que cerrando los oídos sacaron sus espadas, y poniéndome cinco a los pechos me quisieron tener por prisionero. Salí por medio de ellos ayudado de una sobrerropa que llevaba.

Volví a los misioneros a consultar el caso, que causó a todos pena y dolor, viéndose perseguidos y atajados de la fortuna, que por todas partes quería hacer presa de ellos. Resolvimos que volviesen dos padres a requerir a aquellos hombres nos diesen paso libre, pues ellos mismos en el requierimiento que nos habían hecho confesaban que no podían ayudarnos, y que a ellos mismos los habían de desterrar de sus tierras los de San Pablo, como muy poco después lo hicieron, y juntamente la ciudad de Jerez, llevándose de ambas ciudades consigo muchos moradores y un clérigo cura. No alcanzaron nada los Padres mensajeros. Parecionos enviar otros dos, para que la amonestación fuera trina y ajustada a la razón. Fuimos dos religiosos, roguélos que nos dejasen pasar, hallélos aún con más aceros a la resistencia. Instaba el temor de que los de San Pablo que quedaban en los despoblados pueblos no se arrojasen por el río abajo en nuestro seguimiento, los cuales juntos con esotros los viéramos como dos manadas de hambrientos lobos en el rebaño de las ovejas mansas. Y así, valiéndome de más maña donde faltaba fuerza, mostré ánimo de pasar a su despecho, y llegándome a un hombre que allí tenía su mujer, le avisé que la apartase de allí, porque no se contase aquel día, muerta entre hombres muertos, una mujer. Volvimos con esto a deliberar en el caso.

Los españoles, picados de lo que oyeron, recelaron su dureza, ya no se veían seguros en su fuerte, ya les parecía verse consumidos, y cuando la conciencia aprieta los cordeles, aparece la verdad muy clara. Juzgaron su acción por muy injusta y así, enviándonos mensajeros, nos pidieron que les diésemos término y seguro para salir de aquel palenque. Dióseles con mucha humanidad y cortesía, y salieron creo más corridos de haber intentado tal traición, que de la presa que a su juicio tenían segura se les hubiese deslizado de las manos.

(4. Por cataratas, siguen por tierra su éxodo)

Con esto tomamos aquel puesto, donde fue fuerza dejásemos las canoas; porque por allí es innavegable el río por la despeñada agua que forma

remolinos tales, que rehusa la vista el verlos por el temor que causan. Con todo eso probamos a echar por aquellas rocas de agua 300 canoas, por ver si salían algunas sanas, porque pasadas 25 legunas que habíamos por fuerza de caminar por tierra, habíamos de tomar el mismo río y rumbo; pero el ímpetu del agua, la profundidad inmensa y el arrebatado movimiento con que daba con ellas en asperísimos escollos, las volvía astillas. Nuestro intento en este viaje fue bajarnos por aqueste río a buscar las poblaciones que por él había hecho la Compañía.

Pasado aqueste impedimento tratamos de seguir nuestro camino por tierra; todo viviente apercibía su carga, varones, mujeres y niños, acomodando sobre sus costillas sus alhajas y su comida. Acrecentóse el número de gente con la que en esta sazón bajó el P.Pedro de Espinosa de aquellas más remotas reducciones del Tayaoba, el cual era ya muerto, recibidos los sacramentos y con buenas prendas de su salud eterna.

Con orden que el P.Provincial me había dejado que, si las cosas diesen lugar, fuese yo o enviase padres a la provincia de los Itatines, sobre el río Paraguay, paso para el Perú, envié a los PP.Diego Rancioner, Nicolás Hersacio y Mansilla, fervorosos misioneros, de los cuales los dos primeros dieron sus vidas, si no al cuchillo del tirano que siempre acompañó su deseo, diéronla al rigor de sus innumerables trabajos, martirio más prolijo de que diré abajo. Llevaron consigo campanas, imágenes y otras cosas, que su peso impidó encaminarlas por tierra.

Al salir de aqueste pueblo israelítico, imitador de Jacob, huyendo del pueblo bárbaro, sentados a orillas de aquel río, haciendo tierna mención de sus trabajos, el afán y la pobreza en que se veían ahuyentados de sus mismas tierras, de aquellos mismos que, si usaran de razón, debían ampararlos; hacían tierna memoria de sus casas, y principalmente de la de Dios, adonde fue de ellos, por muchos años, adorado y humildemente servido y recibido en sus almas en el vivífico Sacramento. Llevaban arpas e instrumentos músicos, con que en su patria daban música a Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecía su devoción, juzgando por muy breve la asistencia larga que hacían en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino.

En ocho días dimos fin a nustro viaje por tierra saliendo al mismo río, pero ya más benigno y navegable. Juzgamos ser el fin de nuestro afán, por prometernos allí la esperanza embarcaciones y algún refresco de comida, a que los padres, que bien lejos de allí tenían reducciones, hubieran acudido,

si el aviso de nuestra peregrinación no hubiera llegado tarde.Pero fue principio éste de otro trabajo grande.

(5. Sigue viaje por río, con hambre, peste y naufragios)

La hambre, la peste y la diversidad de pareceres causó una muy gran confusión. Porque ¿cómo no había de haber hambre con inmensa chusmilla de muchachos y tanta gente, que limitadamente pudo traer comida para aquel camino, por no tener ayuda otra, más que la de sus espaldas y hombros? ¿Y cómo no había de haber peste con tal necesidad, que solo la imaginación de que se les iba acabando el sustento les causaba hambre, y por consiguiente peste? Hallaron en esta dificultad algún remedio. Unos hicieron canoas de nuevo con inmenso trabajo, otros rozaron pedazos de monte en que sembraron y cogieron a su tiempo con qué poder seguir nuestra derrota, otros con balsas de cañas (que las hay tan gruesas como el muslo y de 50 pies de largo) se arrojaron al agua, fiados más en su destreza en nadar que en la seguridad de la embarcación.

Llenóse una de éstas de gente, y apenas hubo empezado a caminar, cuando se volcó despidiendo de sí toda la gente, que salió a nado; sola una mujer que llevaba en sus brazos dos gemelos de teta hijos suyos, se fue luego a pique a vista de dos Padres que allí estábamos. Mi compañero dio voces a los indios, que se arrojasen a buscarla. Hay por aquel río unos peces, que los naturales llaman culebras grandes, que hemos visto tragarse hombres enteros, y enteros volverlos a echar, pero quebrantados los huesos, como si con piedras los hubiesen quebrado. El recelo de estos animales (con razón temidos) les detuvo por muy gran espacio, hechos argos si veían alguna señal por donde la llevaba el agua, que a juicio de muchos la tenían ya por tragada de estas bestias.

Confieso que me estremecí con un dolor intenso, y volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres, y mirando a Dios que la fe viva representa al vivo, dije: **Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado a este gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de haberme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán (por ventura) que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces.** Fui corriendo al lugar donde la vista juzgaba que estaría. Cuando asomó lo sumo de las cabezas, arrojáronse luego a cogerla y agarrándola bien de los cabellos, la sacaron a rastro por el agua. El tiempo solo que la traían a rastro fue bastante para haberse ahogado. Salió a tierra con alegría común, y no con menos espanto acudimos mi compañero y yo a los dos niños, los cuales, como si hubieran estado en algún regocijo y no en tal trabajo, se empezaron

a reir a carcajadas. Contónos la buena india su aflicción y la que le causaron sus dos niños; porque el deseo de su vida la inclinaba a soltar el uno a los peces, y como diestra en nadar pudiera salvar el otro; pero el amor materno venció el peligro y cobró el logro de sus dos gemelos.

Corrió fortuna una balsa de dos muy hermosas canoas en que se embarcaron cerca de 50 personas. Diles dos indios prácticos de aquel río y aviso que en los pasos peligrosos saliesen a tierra y por ella los evitasen. Fiados en las embarcaciones, se arrojaron por un gran remolino, que sorbió la balsa y la gente toda, la cual valiéndose de sus brazos y destreza en nadar, escaparon la vida, echándolos la furia del agua a varias partes solo cada uno. Cada uno lloraba a sus compañeros como ahogados, hasta que después de dos días se volvieron a juntar contando sus trabajos. Once infantes dichosos se ahogaron y ahorraron de verse en los afanes que quedaban. Con estos dos sucesos pusimos gran cuidado en las embarcaciones, que fue causa que no viéramos más desastres por el río. Socorriéronnos los Padres, sabida nuestra peregrinación, con canoas que venían vacías y volvían cargadas de gente.

(6. Se instalan junto a antiguas reducciones y luchan contra el hambre y la peste)

Escogieron dos puestos, que parece que el cielo se los tenía aparejados, en un bueno y navegable arroyo que sale al gran río Paraná; allí hicieron unas muy bajas chozuelas pajizas. Hay, tres leguas a la redonda de allí, dos reducciones nuestras muy antiguas, las cuales socorrieron con comida a tan apretada necesidad. Pero ¿quién podía sustentar aquella multitud en la soledad y por largo tiempo, en donde no hallaron cosa alguna, sino aquel Señor que con cinco panes sustentó otra multitud en el desierto? Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias, enviándolos a la ciudad de la Asunción por semillas para que sembrasen, de que el colegio que allí tenemos y su Rector, que era el P.Diego Alfaro, con liberalidad nos proveyó.

Con la franca licencia que nos dió un hidalgo honrado, vecino de la ciudad de las Corrientes, llamado el maestre de campo Manuel Cabral, dueño de una gran cría de vacas que por aquellos extendidos campos se crían, de que ahora dos años se sacaron juntas 40.000 cabezas, entramos en ellos el P.Pedro de Espinosa y yo, con gente a propósito y caballos, con que sacamos muy buena cantidad de vacas. En ambas reducciones de Loreto y San Ignacio se mataban cada día 12 o 14 vacas al principio, de que a cada uno se le daba una tan limitada proción, que no servía de más que entretener la vida y dilatar la muerte. Comían los cueros viejos, los lazos, las

melenas de los caballos, y de un cerco que teníamos de palos en nuestra casa quitaron de noche las correas, que eran de cuero de vaca. Sapos, culebras y toda sabandija, que con sus ojos veían, no se escapaban de sus bocas.

Acudió la peste, que en estas ocasiones nunca es lerda; acudieron los Padres con infatigable cuidado a curar las almas y los cuerpos, trabajando de día y de noche. Dieron sus almas al cielo 2.000 personas de adultos e infantes, recibidos los capaces los sacramentos todos, y aunque la memoria de la abundancia grande de que gozaron en sus tierras les pintaba al vivo el miserable estado en que se veían, morían muy alegres repitiendo: 'más vale que el cuerpo muera que no que el alma peligre en la fe, entre aquellos hombres sin Dios, vecinos de San Pablo'. Común consuelo de todos fue aqueste.

A la chusmica, desamparada de la imposibilidad de sus mismos padres y muchos de ellos huérfanos, se acudió con todo cuidado, dándoles en sus escudillas sus porciones cocidas. Al llevarlo a sus casas era el alboroto, porque unos a otros se arrebataban la comida, y allí era el llanto y la confusión. Aqueste por huir de este peligro, corriendo caía en otro, que se le derramaba su comida; el otro, por quitar la ajena, se iba desposeido de la suya. Remedióse con la asistencia de un padre, que les hacía comer en su presencia.

(7. **Las dos reducciones logran estabilizarse**)

Tratamos luego de las sementeras, dándoles semillas, y olvidados del esquilmo que habían de tener, se lo comían; otros lo sembraban hoy, pero mañana hallaban que esta noche habían sacado los granos de los hoyos. Esta tuvimos aun por peor peste, que lo era del multiplico de la comida. Pensado bien el remedio,condenamos al cepo a los delincuentes todo el tiempo que duró el estar las sementeras crecidas, y fuera de este riesgo. Este remedio dio logro a sus labores.

No es Dios menos pródigo en estos tiempos que lo fue en los pasados, ni con el maná que entonces dió se le acabó el caudal de su potencia. Socorrió a esta pobre gente con una medicina, que lo fue de la peste y del hambre. En el arroyo que está pegado al pueblo hallaron una yerba, que llamamos perejil marino y ellos **igau**. Llegando a su sazón tiene de largo media vara, echa sus raíces en las mismas peñas, que es donde se cría sin salir del agua, es de natural salobre, muy gustosa y cría buena sangre, tiene para su perfección como la arbusta, tiempo limitado. Acudió a sacarla todo el pueblo, y olvidados de mañana sacaban hoy cuanto topaban. Confieso yo mi poca confianza que sentí algunos días su codicia en en despojar las pe-

ñas, sin esperanza de que el siguiente día hallasen cosa; pero, el que lo es de los atribulados, socorría cada día con lo necesario, tanto que, viéndome vencido de mi corto ánimo, les animé a que se aprovechasen de la liberalidad del que, aun de un gusanillo vil, no se olvida.

Esta yerba cocida con la carne fue remedio a la disentería que arrebatadamente los llevaba. Viose con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro que tenáin todos. Gastáronse en todo aqueste aprieto 13.000 vacas, unas habidas por precio, otras de limosna. En algodón, lana y lienzo para vestir su desnudez, y en semillas para su sustento y sementeras, se gastaron 2.000 pesos, sin una buena limosna que el P.Diego de Boroa, que hoy es Provincial, les llevó y repartió por su misma mano.

Trabajo fue aqueste muy de prueba. A la consideración dejo del lector lo que mi corta pluma ha dejado. Volvió la primavera después del riguroso estío, empezóse a trabajar varonilmente, hizo cada uno a tres y cuatro rozas, empezó la tierra a ofrecer sus frutos, que bien agradecida da fértil esquilmo. Llenaban las trojes de maíz; la mandioca, que es el común pan, se dio excelentemente; todo género de legumbre creció con abundancia. Compramos algún ganadillo de cerda, patos, gallinas y palomas, todo lo cual repartimos a los indios principales, de que se llenó, después de este diluvio, aquella tierra con una singular abundancia, de que hoy gozan, y con extraña liberalidad reparten a los necesitados de otros pueblos. Y porque el algodón no se logra muy bien por el rigor del hielo, que lo mata a veces, me arrojé a comprarles 1.800 ovejas, para que con la lana y el algodón hiciesen sus vestidos, aunque no se lograron todas, porque, quitando la vida al P.Pedro Espinosa unos indios bárbaros, robaron juntamente parte de las ovejas.

Atribuimos todos esta abundancia a la devoción que se entabló de que todos oyesen misa todos los días.Moviéronlos a esta devoción algunos ejemplos que de esta materia escriben los autores. Hiciéronse iglesias fáciles, capaces y vistosas, renováronse los instrumentos de bajones, cornetas, vigolones, arpas, cítaras, vigüelas, monacordios, con que a canto de órgano a dos o tres coros se celebraban las misas. Colocamos el Santísimo Sacramento, cuya festividad del Corpus se celebra con pobreza, pero con devoción y aseo. Ponen sus altares, hacen sus arcos, de que cuelgan los pajarillos del aire, los animales del monte y peces del agua, ponen por donde ha de ir el sacerdote con el Señor, esteras, porque no pise el suelo, derraman por las calles (en lugar de las monedas que en triunfos suelen los poderosos) de los frutos que cogen sobre que pise el sacerdote, y aquello recogido después lo guardan para sembrar. Comulgan cuatro veces al año a 800 y 1.000 personas en cada pueblo, con muy buena preparción de confesión y limpieza de almas» (1892:152-167).

1.2 ANTONIO SEEP (1655-1733)

Es un misionero tirolés, que destaca como músico y arquitecto y que constituye, junto con Florián Paucke y Martín Dobrizhoffer, que trabajaron en la misión del Chaco, el trío alemán de los misioneros cronistas del Paraguay[1]. Seep nace en Caldaro (Bolzano), que ahora es Italia, y muere en la reducción de San José en la provincia de Misiones (Argentina). Desde niño cultiva la música y forma parte del Coro Imperial de Viena, que viajó a Londres. En 1674 ingresa en la Compañía y pronto pide ser enviado a las Indias, lo que obtiene por fin al concluir su larga carrera sacerdotal en Alemania. Esta larga espera le permite completar su formación musical y humanística como profesor de retórica. De hecho la música y el teatro religioso fueron dos recursos pastorales importantes de su trabajo en las reducciones. Hoffmann en la ya citada introducción a la **Relación de viaje a las misiones jesuíticas** dice: «en la biblioteca de la Universidad de Munich se conservan cuatro manuscritos de 'declamationes' y dramas religiosos de Sepp, tres en latín; el cuarto, que trata un tema histórico y tiene un carácter operístico, en alemán» (1971:21); desafortunadamente no se han conservado obras teatrales de Sepp en guaraní.

En 1689 es destinado a las misiones del Paraguay. Tras un largo viaje con otros 43 jesuitas, que él describe en su **Relación de viaje** (publicada en alemán en 1698), llega a Buenos Aires, cuyo colegio les hace un gran recibimiento. Sepp relata la impresión que le hicieron los músicos indios: «Vinieron a nuestro encuentro, para recibirnos, sesenta **musici**, con toda clase de cornos americanos, pífanos y chirimías y cantaban bastante bien el 'Te, Deum, laudamus'. Alguien marcaba el compás con una banderita, lo que era gracioso de ver» (1971: 122). Y refiere también qué tocó ante los padres en los instrumentos que había traído a la misión, algunos de los cuales eran poco conocidos, como la tiorba, variedad grave del laúd, y el salterio, similar a la cítara, pero de sonido más tierno:

---

1 Puede ser útil recoger el juicio comparativo sobre el trío alemán que hace Hoffman en su larga introducción a la crónica de Seep: "Representan personalidades bastante diferentes según su temperamento y mentalidad. Seep es el artista nato: poeta, músico, escultor, arquitecto, hombre delicado, de fina sensibilidad, pero al mismo tiempo un excelente organizador. Los talentos de Paucke son de índole práctica, conoce todos los oficios y es un sicólogo perfecto que sabe tratar con habilidad única a la difícil gente que debe misionar y civilizar. Dobrizhoffer es el científico de pocas facultades prácticas. Lo que los tres tienen en común es el sentido del humor, más fino en el caso de Seep, más robusto en Paucke y de color algo negro y con tendencia a humor patibulario en cuanto a Dobrizhoffer. También disponen de talento narrativo innato...

«Como sabían que tenía alguna experiencia en música, tuve que tocarles algo. Toqué algo sobre la gran tiorba que había traído de Ausburgo, así como sobre la pequeña tiorba que traje de Génova. Luego saqué el armonioso salterio de mi reverendo Padre Jacobo Marell... Cuando hube tocado, como queda dichos en ambas tiorbas – los Padres no escucharon nunca cosa semejante– el armonioso salterio habló al corazón de los Padres. Al principio les hice tomar asiento de tal modo que solo pudieran oir, pero no verme tocar. Pero pronto no se pudieron contener más, vinieron corriendo hacia mí, para poder seguir el espectáculo con ojos y oídos. Luego toqué con el P.Antonio (Boehm) con dos clases de flauta que había comprado en Génova. También hice un poco de música en las violas y una trompeta, habiendo mandado hacer ésta última en Cádiz» (1971:164).

Y en efecto Sepp destaca sobre todo como músico. El fue quien introduce el arpa, instrumento nacional del Paraguay, quien fabrica un órgano, quien enseña a muchos músicos indios y quien convierte su primera reducción, los Tres Reyes Magos de Yapeyú, en la capital musical de las reducciones. Y es sabido que en éstas la danza estaba muy unida a la música. Al narrar sus diarias actividades de misionero, Sepp dice que una era instruir a los músicos y a los bailarines. Después de oir el canto de los 8 tiples, 6 contraltos, 6 bajos e innumerables tenores y la música de los 4 trompetistas, 8 ejecutantes de chirimía, 4 de trompa, 6 arpistas, 4 organistas y 1 tiorbista, se ocupa de:

«los bailarines y les enseño algunos bailes, como los que solemos tener en las comedias, y como se celebran en España en todas las

---

Estas diferencias de temperamento y estilo se explican, en parte, por la época en la cual los tres misioneros nacieron y por el ambiente social en el cual se criaron. Seep desciende de una familia aristócrata del Tirol y pasa su juventud en el Imperio Alemán devastado por la Guerra de los Treinta Años, invadido culturalmente por el extranjero, sobre todo por Francia e Italia, con una literatura de estilo barroco.., y original en el dominio del arte, solo por su mística... y su música... Paucke nace 64 años más tarde en un pueblo campesino de Silesia, de padres humildes. Alemania se ha recuperado mientras tanto de los desastres de la guerra; el pesado estilo barroco ha pasado y se considera de mal gusto; orden, claridad y simetría reinan en la literatura del siglo de las luces. Dobrizhoffer es casi coetáneo de Paucke y, si es verdad que su ciudad natal fue Freiberg, en Bohemia, es oriundo también de un ambiente parecido; pero pasa luego a las universidades de Viena y de Gratz, donde recibe una orientación científica y se convierte en el investigador minucioso, el observador perspicaz y el espíritu tenaz, predestinado a ser historiador y etnógrafo del Nuevo Mundo" (1971:10-11).

grandes fiestas en las iglesias.Aquí es particularmente necesario entusiasmar a los infieles con tales cosas, transmitirles e inculcarles, junto con la pompa eclesiástica exterior, una inclinación interior hacia la religión cristiana. Por eso, todos los días de fiesta, después de vísperas y antes de la misa mayor, engalanamos a algunos chicuelos indios en forma hermosa; tan hermosa como los pobres indios no han visto en su vida. Luego representan sus bailes en la iglesia, donde todos están reunidos. También organizamos espectáculos de baile en las procesiones públicas, especialmente en la fiesta de **Corpus Christi**, donde algunos danzan ante el **Venerabile** como David ante el Arca de la Alianza» (1971:226).

Pero Sepp destaca también como arquitecto. A él se debe «el descubrimiento de la cal en el territorio de Misiones» (Argentina) (Furlong 1984:136) y la preparación en 1732 de un manual de instrucciones para construir, que fue muy usado en el segundo período arquitectónico de las reducciones, que es el más grandioso. Con el Hno. Juan Kraus levantó el templo de la nueva reducción de San Juan Bautista, en cuya torre colocó un reloj, «que al mediodía hacía pasar a los doce apóstoles delante del horario, al igual que en el famoso reloj de Munich» (1971:89).

La crónica de Sepp tiene tres partes y ha sido editada en castellano por Werner Hoffmann en la Editorial Universitaria de Buenos Aires en tres tomos: I. **Relación de viaje a las misiones jesuíticas** (1971), II. **Continuación de las labores apostólicas** (1972), III. **Jardín de flores paracuario** (1974). La primera parte, formada por las cartas que Sepp escribía a sus familiares, sobre todo a sus hermanos Gabriel, Señor de Rechegg, y Alfonso, sacerdote benedictino, se publicó en alemán (Nürenberg, 1698, Johann Hoffmann). Contiene una primera carta sobre su viaje, escrita al llegar a Buenos Aires en 1691 (cap.1), una segunda carta en forma de diario de viaje, escrita en su reducción de Yapeyú en 1692 (cap.2), otro diario del viaje a las reducciones (cap.3), la llegada de Sepp y de su compañero Böhm a Yapeyú (cap.4) y una descripción de la vida de las reducciones (cap.5). Esta parte fué reeditada varias veces en alemán y publicada en francés (1715), inglés (1746), castellano (1754) y portugués (1943).

La segunda parte se publicó en 1709 en latín y en 1710 en alemán (Ingolstadt, Tomaz Grass) y es una detallada narración del trabajo pastoral de Sepp en las reducciones de los Tres Reyes Magos, Nuestra Señora de la Fe y San Miguel, que dividió para fundar la reducción de San Juan Bautista. Según Hoffmann, la edición alemana de la 2a. parte contenía un «Relato de la misión de los PP. Bartolomé Jiménez y Francisco Robles para convertir a los tobatines», que Sepp envió a Europa junto su manuscrito, pero que no

pertenecía a la 2a. parte, que solo narraba las aventuras de Sepp, sino a la 3a. parte, el **Jardín de flores paracuario**, «que resume la actividad misionera de la Compañía entre los guaraníes desde los principios hasta 1714. Alfonso Sepp, que 'arregló' el texto de la **Continuación**, debe haber(lo) agregado...por la sencilla razón de que se trataba de un relato de palpitante interés» (1974:10). La historia de la misión que constituye la tercera parte, de la que, además, solo se ha conservado el 5o. tomo en la Univesidad de Munich, no es muy original. Por eso, Hoffmann solo traduce 10 de sus 35 capítulos: el 5, 16-18, 21, 29 y 31-34 del informe final, por juzgar que solo tal informe «tiene valor documental» (1974:34), y sitúa también en el 3er. tomo el relato de la misión de los tabatines.

Como la tercera parte nunca se publicó en alemán, la edición bonaerense de Sepp hecha por Hoffmann es hasta ahora la más completa. Hay una edición portuguesa más reciente que, como lo expresa su título, **Viagem às missões jesuíticas e trabalhos apostólicos**, sólo contiene las dos primeras partes. Es de 1980 en Belo Horizonte, de la Editoras Itatiaia y de la Universidad de Sao Paulo, con una largo estudio introductorio de Wolfgang Hoffmann. Y acaba de salir la edición italiana, **Il sacro esperimento del Paraguay dagli scritti del gesuita Antonio Sepp** (Verona, 1990, Cassa di Resparmio di Verona, Vicenza, Bellno e Ancona, con un estudio previo de Francesco Barbarini), que recoge las dos primeras partes y los capítulos 31 al 34 de la tercera.

He elegido dos textos. El primero, tomado de la 2a. parte, narra cómo Sepp descubre hierro y fabrica acero, presentando tal descubrimiento como una bendición de Dios frente al del oro y plata de tantas regiones americanas, que fueron una maldición para los indios. El segundo texto, tomado del informe final de la tercera parte, es una visión de las reducciones como medio siglo antes de su destrucción por el exilio de los jesuitas.

I. SEPP DESCUBRE MINERAL DE HIERRO Y FABRICA ACERO (1700)

(1. **Desubrimiento de mineral ferroso**)

«Fue en el año 1700 cuando los pobres paracuarios hallaron el hierro y acero que la naturaleza mezquina les había negado. Tantos años lo habían buscado en balde, hasta que el Creador les otorgó el favor de revelarles las riquezas escondidas. Eso sucedió de la manera siguiente: hay en Paracuaria una piedra tan endurecida por el calor del sol, que debe ser fundida y afinada como material aurífero. Si se echa entonces agua encima, se vuelve sólida y se torna en el acero más duro.

Esta piedra se encuentra a poca profundidad, así que no hay que minar y volar la roca como en Europa; tampoco hay que bajar a los abismos de las montañas, como lo hacen los mineros de las minas de oro y plata que rastrean los filones a través de laberintos subterráneos, velas en la mano, para arrancar, por así decirlo, los intestinos a las montañas. Nada de eso se necesita. Esta piedra se consigue al primer golpe de piqueta o martillo; sus vetas se encuentran en el césped debajo de la grama verde, bañadas de luz por el sol y mojadas por la lluvia. La naturaleza misma ostenta el precioso tesoro que, de ordinario, esconde en su regazo y en colinas que se elevan sobre la superficie de la tierra.

Los indios llaman a esta clase de piedras **itacurú**, a causa de sus rayas y las manchas que indican claramente que es ferrosa y que el mineral debe ser solamente fundido y afinado para convertirse en hierro y acero.

(2. **Fabricación del acero y sus usos**)

El mejor método de hacerlo es el siguiente: se construye un horno de adoquines, de 8 a 10 pies de alto y 6 pies de ancho, con una chimenea de un pie cuadrado, ubicada en el centro del horno. Por esta chimenea se echa entonces una parte del mineral, partido en pequeños cascos de piedra y mezclado con seis partes de carbón de leña. Antes de triturarlo, el mineral debe ser bien cocido para hacer salir la humedad y secar los espesos vapores. Cuando el horno se enciende, no hace falta otra cosa que atizar el fuego con dos fuelles grandes, para que los diferentes metales se separen paulatinamente, según los principios de la metalurgia, el hierro baje, la espuma o escoria suba a la superficie y salga por el conducto colocado a este efecto, lo cual suele suceder después de 24 horas. Entonces se abre el horno y se saca la masa metálica enrojecida por la puerta con ganchos de hierro. Tal cual está es puesta sobre el yunque, batida y amartillada intensamente y al final estirada por cuatro fuertes oficiales herreros en lingotes largos que sirven para fabricar toda clase de útiles.

Aquí quisiera mencionar qué diferencia existe entre este hierro y el europeo: el nuestro es el mejor y el más duro acero que se puede encontrar. Le doy la dureza del acero echando agua fresca sobre el metal todavía enrojecido; así se reprime y apaga el ardor paulatinamente. Las azadas y cuñas que mis indios fabrican son, por lo tanto, de acero puro; solamente en la medida en que es necesario para el filo, extingo el calor con agua y doy al metal el temple conveniente. Del mismo modo fabricamos todos los otros instrumentos de hierro, que son sumamente útiles para nosotros.

Hasta ahora los pobres indios en el remoto continente americano no lograron encontrar ni huella de hierro. Y desde España no había llegado,

desde hacía 7 años, ningún barco con hierro y acero a Buenos Aires. Por lo tanto, no tuve más remedio que golpear a la puerta del cielo, que no es de hierro fundido, sino accesible a los pobres mortales, según la palabra de Jesucristo: **rogad y se os dará, buscad y encontraréis** (Lc 11,9). Había a menudo expuesto esta urgente necesidad a Dios, el misericordioso y benigno, la había recomendado al santo arcángel Miguel y hecho presente al milagroso san Antonio de Padua; y muchas veces rogué a la Santísima Madre de Altoetting, llena de gracia, que me ayudara. Sobre todo a esta confidente, mi refugio en todas mis penas, pedí, muy encarecidamente, socorro. Tantas veces y hasta entonces siempre en balde había buscado la noble piedra (la puedo nombrar así con razón, porque es en sí noble y preciosa y fue descubierta hace poco en Paracuaria). Solo cuando extaba extremadamente necesitado, debiendo levantar un nuevo pueblo, la encontré. ¡Realmente, una prueba evidente de la infinita misericordia de Dios!.

(3. Providencial ausencia de oro y plata en Paraguay)

Aquí me objetará un codicioso Creso: si Dios en su bondad y preocupación por sus protegidos hubiera enseñado al P.Antonio minas de oro y plata, su descubrimiento habría sido digno de atención y de precio. Pero esta mentalidad es ajena de un misionero, **quien no espera enriquecerse y no se aficiona al oro** (Si 31). Porque si el misericordioso Dios me hubiera indicado minas de oro y plata, habría cerrado el cielo a los pobres indios, a causa de la codicia insaciable de los extranjeros. En seguida habrían invadido nuestras colonias, reduciendo a los recién convertidos a la esclavitud; en vez de ocuparse de su iniciación en la fe cristiana, los habrían destacado para el trabajo de las minas de oro y para cocer a punto el mineral aurífero. El trabajo y singular esfuerzo de nuestros misioneros que los convirtieron y educaron habría sido inútil entonces, y los indios se habrían refugiado en los bosques sombríos y sus cavernas, andando desnudos como sus infelices antepasados entre tigres salvajes, para deshacerse del yugo insoportable y del trabajo de esclavos. ¡Qué artimañas no inventó cierta gente para arrebatarnos a nuestras ovejitas de las manos! ¡Qué solicitudes, llenas de falsos pretextos, qué sarta de embustes, afirmaciones fútiles e ideas fijas no se presentaron a nuestro clementísimo rey Carlos III! ¡Qué ilusiones de montañas de oro escondidas en nuestras reducciones no se hicieron, qué minas de oro no pensaron descubrir los embusteros!. Detengámonos un momento para contar un suceso que está en relación con este tema...[2]

---

2 Seep cuenta ahora la historia de un guaraní, que huyó de las reducciones y se fue con los españoles. Un día le dijo a su amo: ¿Qué recompensa me prometéis si os revelo un secreto? Los padres poseen minas de oro clandestinas y acuñan

(4. Tecnologías tradicionales)

Pero volvamos sobre el asunto del hierro, que Dios, en su infinita bondad, nos hizo descubrir en vez del oro traicionero, precisamente cuando nos encontrábamos en una situación precaria. Es la pura verdad que nuestros indios no necesitan oro, pero mucho más hierro y acero. Escuchad y ved extrañados cómo ellos lo necesitan. Tal vez os parecerá mentira lo que os voy a decir, pero confiad en la sinceridad de la pluma de un eclesiástico.

Nuestros indios no disponen de agujas para remendar sus andrajos y su ropa destrozada; deben fabricarse agujas de madera, enhilarlas y coser con ellas. Mis sacristanes sujetan los manteles del altar a los antipendios por medio de espinas de arbusto en vez de alfiler, para que el buen Dios no las haya hecho crecer inútilmente. Si las muchachas o chicos se clavan una espina en el monte, toman cualquier hueso de buey, lo afilan sobre una piedra y se la sacan con este instrumento primitivo del pie herido. También el sangrador de cirujano que usa para hacer una sangría es sustituido por un hueso de buey afilado. He visto cómo los picapedreros y albañiles se servían en la construcción de una iglesia de simples guijarros, en vez de martillos de hierro, para cortar las canterías y darles forma cuadricular.

Es más, nuestros indios solían talar los árboles más gruesos y más altos con hachas de piedra, cuando eran todavía paganos y en los primeros tiempos de su conversión. Sacaban guijarros de los ríos, a saber aquellos que en cuanto a la dureza pueden igualarse al acero, los restregaban y afilaban, de modo que cada uno servía de piedra amoldadora para el otro, hasta que lograban el filo de un hacha de hierro; luego hacían un mango de madera, en el cual introducían la piedra y se valían de este instrumento para todo trabajo, por ejemplo, para talar árboles y cortar leña.

Si la época alegre de la cosecha se acerca y los campos esperan la guadaña para que las espigas sean trilladas y recolectadas a tiempo, los segadores que van al trabajo llevan huesos en las manos, costillas de vacas y bueyes, que les sirven de guadañas y hoces para cortar toda clase de cereales, centeno, trigo y avena. ¿Dónde sucede eso en Europa? En América lo he visto año tras año, así que no es nada nuevo para mí.

---

monedas de oro que envían por barco a Europa. Las minas se encuentran en la reducción de Concepción. Los españoles fueron con el indio a dicha reducción y dijeron al misionero que venían a inspeccionar las minas e informar al rey. El misionero dijo que no había ninguna mina, pero que podían inspeccionar lo que quisieran. Por fin el indio les mostró un río, diciendo: aquí crece el oro; si refináis la arena, encontraréis oro. Los españoles, sintiéndose engañados, colgaron de un árbol al indio (1974,II:238-39).

Si quieren sacrificar un buey,realizan su propósito sin cuchillo, hacha u otros útiles de hierro. Como es sabido el indio es tan voraz que, por supuesto, es experto en sacrificar un animal: le tira primero, con la mayor rapidez, una soga alrededor de los cuernos, y le corta luego un nervio en una de las patas traseras, no con un cuchillo de hierro o acero, sino con una caña de las Indias que suele partir y afilar con sus dientes agudos hasta que corta como un cuchillo. Con este instrumento de madera les parte a los toros salvajes los nervios en las patas traseras, y les da una puñalada en la nuca entre los dos cuernos, con tal puntería que el animal cae muerto al suelo. Luego empieza el bárbaro carnicero a destriparle y hacerle pedazos, y todo eso sin cuchillo, sólo con la caña de las Indias.

Cuando entrego a los chicos y muchachas, a los hombres y mujeres voraces cada día su buena porción de carne, ¿cómo la cortan entonces? Toman un pedazo en la boca, lo comprimen con los dientes como con una pinza y lo cortan con la caña de las Indias en pequeños pedazos; luego los echan en un pote de arcilla y los cuecen, y como son tan voraces e impacientes que no pueden esperar hasta que la carne esté suficientemente cocida, los comen medio crudos y sin sal, en trocitos; tampoco tratan de despedazar los pedazos un poco con los dientes, sino que los tragan enteramente como hacen los perros.

Por lo general prefieren asar la carne, porque va más rápido y está más de acuerdo con su pereza y glotonería. Pero ¿qué asadero o parrilla usan para este trabajo? Toman una varilla cualquiera, espetan la carne, encienden la lumbre con arbustos secos y arriman al fuego el pedazo puesto en el asadero, le dan vuelta una o dos veces y lo comen casi crudo, cuando todavía exhala humo, sin salarlo. De este modo el indio encuentra por todas partes una cocina pronta para el uso: en cada bosque cocina su almuerzo o cena. Quien no quiere servirse del asadero de madera y prefiere la parrilla para asarse la carne, toma de seis a ocho varillas, las coloca juntas en forma de cruz así que forman una parrilla y pone la carne encima; de este modo empieza a asarla y antes de que la parrilla de madera se queme terminó ya su comida.

Pero ¿cómo puede encender rápido la lumbre y cómo prepara en cualquier parte sin eslabón un hogar? Es curioso cómo sabe arreglarse. Cuando viajé por primera vez en el año 1691 de Buenos Aires al interior del país, y desembarqué del barquichuelo hacia la puesta del sol para rezar mi breviario, anocheció de repente; no vi nada más y pedí que que se encendiera una luz. Mis remeros vigorosos y anchos de espalda se fueron en seguida al bosque y trajeron ramas secas y astillas a la orilla del río. Mi cocinero,que carecía también de lumbre en la cocina, tomó dos pedacitos de

madera, perforó uno y colocó el otro en el agujero, barrenó y frotó con él como si fuera un taladro, trabajando con ambas manos, hasta que las dos maderas se calentaron y comenzaron a humear; finalmente se inflamaron a causa del rozamiento constante y ardían las dos; entonces mi cocinero pudo preparar la cena mientras que yo rezaba las horas canónicas. Y todo esto sucedió sin mecha y sin eslabón. Dejo a los señores filósofos y naturalistas la solución del problema cómo puede ser que dos maderas secas se enciendan. No es nada nuevo que los guijarros o pedernales den fuego, si se frota uno contra otro o se les choca contra el eslabón. Pero que dos maderas secas se inflamen es desconocido en nuestra Europa; se sabe solamente en América, pues la ausencia completa de hierro y acero vuelve ingeniosos a los indios» (1974, II:233-42).

II. UNA VISION DE LAS REDUCCIONES EN 1714

(1. Situación jurídica de las reducciones)

«Toda esta tierra fértil pertenece así a nuestros indios cristianos, que podráin disfrutar de su propiedad, si nadie les turbara la paz. Según las leyes dictadas por el rey no se deja entrar a los españoles, a excepción de los señores Gobernadores de Buenos Aires y del Paraguay, que pueden venir a inspeccionar nuestros pueblos, como también de los señores Obispos, si quieren visitarnos. Como curas párrocos y vicarios estamos sujetos a su autoridad, igual que nuestros feligreses; sin embargo, ya hace 24 años que no he visto a nuestro obispo y lamentablemente su mitra no ha sido todavía pespunteada en España, ni su báculo confeccionado por el señor platero en su taller, ni tampoco templado en el fuego. Tenemos 31 reducciones, incluída la que yo he fundado hace poco, a la cual di el nombre de San Juan Bautista. Cada una es administrada por dos padres de nuestra Compañía, si la falta de jornaleros evangélicos no lo impide; incluso si hay dos, sucede a menudo que uno de los dos cae enfermo, envejece y pierde la fuerza, así que el otro debe hacerse cargo del trabajo diario con todas sus preocupaciones, como me pasó a mí casi siempre, no por culpa de mis queridos superiores, que no pueden remediar el inconveniente por falta de padres.

En cuanto al trabajo que cuesta mantener estos pueblos en buen estado material y moral, quiero remitir al lector cristiano a mis relatos anteriores, enviados en 1701 a Alemania, en donde encontrará un informe detallado. Aquí diré solamente que los misioneros deben cumplir con la tarea apostólica, haciendo todo para todos (**omnibus omnia**). Lo que el cielo fuera sin el sol, el municipio sin el alcalde, un regimiento sin el coronel, el

timonel sin velas, las velas sin viento, el molino sin agua, la huerta sin jardinero, las ovejas sin pastor, la escuela sin maestro, el alma sin el cuerpo, el cuerpo sin cabeza, la cabeza sin cerebro, esto sería el necio paracuario sin su padre espiritual. Con estas pocas palabras he dicho todo.

(2. Artesanías y bellas artes entre guaranís)

Sin embargo, estos pobres diablos son, como artesanos, tan hábiles y tienen tanta facilidad para aprender que parece increible y suena como una fábula de Esopo, un sueño o poesía, una fantasía utópica o un cuento del país de Jauja, pero no como el relato verídico de un fiel historiador que trata de informar a los europeos sobre Paracuaria. Pues en Alemania un escultor no es nada más que un escultor, el campanero no hace otra cosa que fundir campanas, el relojero se ocupa únicamente de relojes, etc. Aquí es al revés. El paracuario reúne todos esos honorables oficios y artes en su cabeza o en sus manos. El zapatero de hoy será mañana sastre; el que mañana funda campanas será, el próximo día de fiesta, director de orquesta.Todo lo que tiene ante sus ojos lo puede confeccionar muy hábilmente con sus manos, que parecen groseras; pero voy a ahorrar palabras pues cualquier testimonio oral o escrito es inútil, quien no lo vio no lo puede creer.

Los músicos son los más hábiles. No solo tocan algunos de ellos todos los instrumentos, y no solamente uno o dos como los músicos alemanes, sino que también funden campanas, cuyo sonido es tan sonoro como el de las campanas de Nola en Campania, fabrican relojes de campana parecidos a los de Augsburgo, órganos, clarines, pífanos y flautas, chirimías, fagotes, arpas, laúdes, violines, candeleros de plata, lámparas de suspensión, cálices, custodias y todo lo que se hace a base de oro, plata, hierro, cobre, hojalata, estaño y plomo en las ciudades de Nüremberg, Viena, Munich, Colonia o Estrasburgo. Y lo que es todavía más insólito: el mismo hombre que ayer en la herrería con el martillo en la mano parecía un Vulcano macizo y negro, forjando el hierro duro sobre el yunque, se ve hoy bordando, como otra Aracné, con una aguja de pespunte especial, el uniforme de gala para el abanderado o el alférez real.

Lamento no poder hablar de nuestros escultores, pintores, carpinteros, encajeros, calceteros, curtidores, sombrereros, picapedreros y constructores. En el pueblo de San Luis Gonzaga me hicieron varias estatuas grandes de cierta clase de piedra blanca, tan vivas y hermosas como si fueran de madera de cedro. Mis músicos saben fabricar cañones y cerrojos de fusil, taladrar tuercas, hacer relojes de sonería que dan las horas, las medias y cuartos de hora. Hace poco un padre les enseñó a biselar los cristales de gafas, hasta

darles la forma de superfiie correspondiente al caso particular, con gran satisfacción nuestra.

Escuchad la historia de un milagro que he visto y que muchas veces he tocado con mis manos, sin comprenderlo con la mente y los cinco sentidos. El Padre Procurador de Buenos Aires envió, el año pasado, al cura del pueblo de los Santos Mártires del Japón un tisú o brocado de oro muy precioso, importado de Nápoles en Italia. Hicimos de este género una casulla, una capa pluvial y una dalmática, pero el resto nos bastaba para el antipendio correspondiente. El padre no sabía qué hacer y dijo a su sacristán: 'Hijo mío, ¿no te atreverías a hacer algo semejante?'. Este le contestó: 'Padre, no se preocupe. Si me da una aguja, entorchado de oro y plata y la cantidad necesaria de seda de varios colores, ya verá si lo puedo hacer'. ¿Qué sucedió entonces? El padre consiguió de los curas de otros pueblos lo que el sacristán pedía y he aquí que el indio, por lo general tan torpe que parece estar hecho para sacrificar, asar y comer el buey de labor junto con su mujer y sus chicos, pero no para la labor de bordar, enhebra pacientemente el hilo metálico y borda ya esta flor de oro o plata, ya aquellos arabescos y adornos. Luego pespuntea los pedazos de seda y agrega los galones y pasamanes correspondientes de oro y plata. ¡Dudo mucho de que las encajeras holandesas puedan adelantar a este paracuario!.

En el pueblo de San Francisco de Borja pintan los indios cuadros tan vistosos y magistrales que sus trabajos se apreciarían en Roma misma. Un hermano italiano, experto en todas las artes, que aún está con vida, les enseña a pintar. En este mismo pueblo un músico, que al mismo tiempo es un calígrafo notable, hizo a pluma una copia de un grabado francés de un artista parisiense, un retrato de su Real Majestad Felipe V, que lo muestra cabalgando en un corcel brioso, y la copia fue tan perfecta que nuestro Padre Procurador estimó que valía la pena llevarla consigo a Europa y presentarla a su Real Majestad. Les parece una bagatela imitar una impresión de Colonia, Amberes o Amsterdam con la pluma. Hace pocos años que se obsequió a Su Santidad el Papa un misal entero, escrito por un indio, que causó sorpresa en el Vaticano.

Se encuentran entre los indios pequeños, de menos de 5 años, que andan todavía sin pantalones con el vestido de la inocencia y que, sin embargo, deletrean cualquier libro impreso en castellano y lo leen en alta voz, mientras comemos en nuestro refectorio, sin tropezar ni equivocarse. Lo que voy a relatar ahora parece todavía más inverosímil y aun imposible, pero es la pura verdad.

En el pueblo de San Juan Bautista, mi amanuense, un buen hombre,

carnicero y gran comilón, quería evitarme el trabajo de copiar mis manuscritos e hizo un duplicado de mis trabajos que se enviarían a Europa y que consistían en muchos pliegos escritos en alemán, así que la copia podía ser enviada **secunda via**, por otro correo, para el caso de que el original se perdiera. Y este secretario hizo la transcripción tan correctamente y sin cometer error alguno, que el duplicado fue mucho más prolijo, claro y legible que mi propio manuscrito bastante garabateado y esto, a pesar de que el necio no entendía el idoma alemán, ni conocía nuestro abecedario. El lector puede formarse una idea de este trabajo examinando el dibujo en la primera y en la última página de cada tomo de esta obra: un cestito o una bandeja de plata, como símbolo de la fertilidad de nuestra huerta, colmada de frutas y flores. Mi pobre indio lo hizo sin conocer el significado del título al cual su trabajo se refería.

La semana pasada vi en el pueblo de la Candelaria, cuando celebraba la misa, un cáliz fabricado en la misma reducción. Habría jurado que era uno de aquellos que Su Santidad el Papa Urbano VIII enviara desde Roma a nuestros indios: el platero había imitado la obra de esmalte en su pie tan hábilmente que no se diferenciaba del original romano. En una palabra están muy capacitados para todo trabajo mecánico y para las artes útiles al gusto europeo.

(3. **La danza en las reducciones**)

También tienen un don natural para el baile, pues son muy ágiles y flexibles y no dudo de que alcanzarían honores en cualquier corte de príncipes europeos con la exhibición de sus bailes a la manera india que nadie conoce. ¿Y no es realmente asombroso ver cómo chicos de 8 o 10 años, que ayer todavía andaban desnudos como corzos por montes y cerros, se elevan hoy al aire como pájaros en sus hermosos vestidos de plumas multicolores? Bailan en rueda, se separan, doblan los pies, hacen piruetas como bailarines italianos; niños de 4 o 5 años bailan jugando con aros, se inclinan, manejan una espada, tremolan una badera, la tiran al aire y la recogen otra vez; tiran con pistolas, juegan con lanzas, hacen corridas de sortijas, forman escuadrones, cambian el núnmero de filas, hacen una conversión, vuelven a formasre, se unen en línea de luna creciente, dan una vuelta con el escudo en la mano e inventan las posiciones más difíciles y artificiales sin confundirse. Parecen auténticos campeones de torneos como los caballeros o los guerreros griegos en la guerra de Troya y acróbatas como los saltimbanquis de las ferias alemanas, a pesar de ser nada más que unos chicos paracuarios que representan una pantomima...

(4. **Organización política**)

En cada pueblo actúa uno de los caciques más prestigiosos como juez o corregidor, junto con otros funcionarios públicos que son anualmente elegidos por el cabildo en una asamblea general y confirmados por los señores Gobernadores españoles, como corresponde. Dos jueces o jurados que llevan una vara (alcaldes ordinarios) asisten al corregidor. Además hay 4 alcaldes de barrios, 6 u 8 comisarios para los diferentes cuarteles, una veedora que mantiene el orden entre las mujeres y las obliga a hilar celosamente y velar por la limpieza de la plaza y de las calles, 4 celadores para chicos y el mismo número de inspectoras para las niñas, que las acompañan a las clases de catecismo y las llevan al trabajo, es decir, a una tarea adecuada a sus fuerzas, como por ejemplo, recoger algodón, garbanzos, habas y otras legumbres secas, cuando llega el tiempo de su cosecha.

Otros funcionarios son el carcelero y alguacil, el procurador y contador, que debe hacer mensualmente el recuento de los caballos, bueyes, vacas, ovejas, mulas y animales reproductores. También tenemos un cierto número de guardas de campos, jardineros, domadores, etc; además 4 y en algunos pueblos 8 enfermeros, que llevan diariamente a los postrados en cama la comida preparada en el colegio de los padres, atienden a los enfermos y nos avisan en seguida, si hay que administrar uno de los santos sacramentos. No tenemos casas correcionales ni hospitales, pues cada familia, por pobre y humilde que sea, es siempre mantenida fiel y lealmente por su cacique y por su parentela. Los pobres huérfanos únicamente son confiados al padre, que los atiende ante todos los otros.

(5. **Actividades económicas y servicios**)

También tenemos en cada aldea artesanos de toda clase, es decir, molineros, panaderos, carniceros, ladrilleros, alfareros, jaboneros, cerrajeros, herreros, hojalateros, curtidores, zapateros, carpinteros, rosarieros, pintores, escultores y todos los otros gremios que deben encontrase en una república o ciudad imperial bien provista. Una imprenta ha sido establecida, hace unos años, con permiso de su Real Majestad, por el P.José Serrano, en bien y provecho de nosotros. El papel no se puede fabricar en el país, porque no hay trapos de lino; lo importamos de Europa y lo pagamos muy caro. Sin embargo, el consabido Padre ya publicó varios pequeños tratados en español y en guaraní, y otro padre, Bonaventura Suárez, escribió unas tablas astronómicas, llamadas efemérides, que fueron publicadas en forma de **vademecum** para todos los días con calendario, indicación de las estaciones, el curso de los planetas, eclipses, pronósticos del tiempo, etc., todo según

nuestra altura polar y muy bien hecho, así que el libro se envía hasta el Perú.

Hierro y acero son más apreciados por los indios que oro y plata, como he relatado en mi libro, enviado en 1701 a Europa; en él expliqué también como Dios misericordioso nos enseñó la manera de obtenerlo. Yo solo he fabricado en mi pueblo más de 2 mil hachas, que he distribuído entre mis parroquianos, entregándolas aun a las mujeres y a las viudas para que pudiesen cortar leña; y ellas me estaban tan agradecidas como si hubiesen sido objetos de plata. También he introducido en tres pueblos el arte de fabricar alfombras turcas: se hacen de lana de oveja y mis monaguillos saben adornarlas con hermosos bordados: flores de varios colores, frutos, animales, pájaros y guirnaldas al gusto romano. Todo el piso del coro delante del altar de nuestra iglesia está cubierto de estas alfombras. Mis monaguillos me hicieron además 50 tapices de tisú de seda, parecido a los lienzos atálicos que se usaban en la corte de Pérgamo, cada uno de los cuales tiene 10 varas de largo; nos sirven para cubrir en días feriados las columnas y pilares de la iglesia que se asemeja entonces más a un vergel que a una casa de Dios. Así progresan nuestros parroquianos diariamente en todas las cosas prácticas, artes y oficios.

Mas no hay tabernas o fondas en nuestros pueblos, pues Baco, el dios borracho, se ahogó con sus barrilitos de vino y cerveza en el río de la Plata, cerca de Buenos Aires; tampoco se encuentran tiendas o vendedores ambulantes, ni se organizan ferias o romerías, porque el dinero es desconocido en nuestras misiones, no se acuña moneda, ni hay un solo **kreutzer** o **pfennig**, todo es común como entre los primeros cristianos, no se compra ni se vende nada, todo se da sin ponerle precio, por amor a Dios. El padre alimenta a todos, los viste y les da todo lo que necesitan, también la semilla para sembrar, si no tendrían los pobres necios un miércoles de ceniza constante y ya en la época de la cosecha empezaría su cuaresma.

Nuestros parroquianos son pobres como las ratas, lo poco que poseen consiste en una calabaza ahuecada, unos viejos potes y una hamaca rota. Por esto no pagan tributo, diezmo, impuesto, derechos de aduana, derechos de consumo, impuesto por hogar, pontazgo o contribuciones, pues donde no hay nada, el emperador no puede hacer valer su derecho. Solo para comprobar que son fieles servidores y vasallos baja el amparo y protección de S.M. el rey de España,el cura párroco paga por ellos un tributo de un peso por familia y por año a la Caja Real de Buenos Aires, no en dinero sino en géneros, por lo general en algodón, tela fina, yerba paracuaria, azúcar, miel, cera o tabaco.

No necesitamos, como los campesinos en las aldeas alemanas, en determinadas épocas del año, mercados de ganado, de caballerías o vacas, ni mercados de carne o de leña, etc.; cada uno corta tanta leña como quiere, talamos el monte a voluntad, no hacemos heno y tampoco hay siega otoñal, pues nuestros campos de pastoreo y praderas, correspondientes a los pastos alpestres de mi patria, son todo el año, tanto en invierno como en verano, verdes y frescos.

Cada uno puede cazar a gusto, no hay distrito prohibido, se permite la caza mayor y menor, todos tienen el derecho de pesca y pueden buscar miel en el monte o fabricar cera; cada pueblo puede llevar de las vaquerías a sus casas, vacas y terneras a millares, como ya dije. En una palabra, si no me equivoco, no se encuentra debajo del sol un pueblo más feliz que el de nuestros indios, con tal de que puedan apreciar y disfrutar esta vida afortunada. Que el benévolo lector repase todas las clases sociales del Santo Imperio Romano, particularmente las de nuestra pobre Alemania y tenga presente lo que vengo a relatar. No dudo de que estará de acuerdo conmigo: no hay, en efecto, ningún pueblo, ninguna clase social del género humano que goce de una vida tan pacífica, tranquila y democrática, aprovechando lo que Dios les ha dado, que estos paracuarios...

(6. La organización militar)

Cada reducción tiene un alférez real, que sustituye en las Indias según la ley española la persona del rey en asuntos políticos y militares. En tiempos de guerra viste un soberbio uniforme, monta un caballo overo o estrellado y lleva el estandarte real; le sigue el primer sargento y teniente real.

Luego viene la caballería cons sus sargentos, lanceros, cazadores, caballería ligera, furrieles,abanderados y cornetas, dividida en varios escuadrones. Con tal fin tenemos en cada pueblo una buena cría de caballos, con sementales excelentes(las yeguas no son de la misma calidad); y para los carros de bagajes criamos mulas, a pesar de tener disponibles para esta tarea una gran cantidad de toros y bueyes, que abundan en todas las reducciones. Si cada pueblo –en total tenemos 31– contribuye solo con la mitad de los caballos, mulas y bueyes a nuestra caballería y a los bagajes, el lector inteligente se puede imaginar cuán poderosos y fuertes deben ser.

La infantería, empero, es más numerosa. Cada pueblo pone, al menos, 4 regimientos en pie de guerra –le dejo sumar al curioso lector las cifras correspondientes– y cada regimiento tiene sus capitanes, sargentos prime-

ros, cabos, oficiales adjuntos, piqueros, alabarderos, mosqueteros, tiradores de lazos, arqueros, gente armada de escudos y mazas, exploradores, etc.

El proverbio dice: golpes y latigazos despierta el ingenio (**vexatio dat intellectum**). Cuando, por lo tanto, los malvados portugueses, hace años, nos causaron daños, fue nuestro deber, frente a nuestros protegidos y delante de Dios –dejando aparte la legítima defensa propia a la que todos tienen derecho–, valernos de la fuerza para rechazar la fuerza, **vim vi repellere**. En otras palabras, teníamos que dar una educación militar a nuestros indios, entrenándoles como si fueran soldados europeos. Y como se mostraron diestros y se perfeccionaron cada día más al servicio de Belona, según el rito europeo, esta tarea no nos costó mucho trabajo, pues debíamos transformar solamente la crueldad, que sus antepasados les habían transmitido por herencia, en virtud del santo evangelio, en fuerza e ingenio cristiano, conscientes del hecho de que la pobre red de pescar de San Pedro no era incompatible con la espada bien afilada.

Instalamos así en todas las reducciones talleres para fabricar pólvora y fundir balas, hacer salitre y preparar mechas, y algunos de nosotros saben también hacer mosquetes, fusiles, carabinas y pistolas. En mi pueblo he ordenado, con permiso de los superiores, que un arcabucero español, experto en su oficio, enseñara a mis indios cómo se fabrican los cañones de hierro para los mosquetes y cómo se hace la raya del cañón, pagándolo después con 400 varas de tela fina de algodón; y todos los padres seguían mi ejemplo. Pues mi nuevo pueblo era el último de todos, ubicado en la región donde antaño los portugueses de Brasil irrumpieron, y el buen gobierno exigía que hiciera de él una obra avanzada para defender como buen pastor a mis ovejas contra los lobos y para proteger a las otras reducciones.Ejercí,por lo tanto, allá durante muchos años el cargo de intendente del ejército misionero, haciendo el papel de un David con el arpa, al mismo tiempo que el de un David con la honda, o sea el de un Aarón con el incensario simultáneamente al de un Josué con la espada...

(7. **Papel del ejército guaraní en la Colonia**)

Dos veces expulsaron nuestros indios a los orgullosos temerarios portugueses de su fortaleza, llamada San Gabriel y ubicada en la otra orilla del Río de la Plata, cerca de Buenos Aires; y esto a pesar de que el lugar está bien fortificado y es fácil de defender contra ataques por mar y por tierra. Nos bombardearon día y noche con artillería ligera y gruesa, tiraron granadas, dispararon morteros, catapultas, piezas gruesas y no se olvidaron de los aros embreados; sin embargo, tomamos la fortaleza finalmente por asalto y la desmantelamos completamente.

Aunque gastamos en esta campaña más de 300 mil pesos, el tesoro real no tuvo que contribuir con un solo centavo. La Compañía de Jesús –tanto los padres como sus hijos espirituales, los pobres indios– cumplía con su deber como fiel servidora de su Majestad Real, convencida de que debía hacer todo esto y mucho más, sin otra recompensa que la conciencia de haber servido a su Señor, **servisse sat est.** Su Alteza Real lo reconoció y agradeció en una carta dirigida a nosotros y a nuestros feligreses.

¿Cuántos pesos fuertes en moneda alemana, cuántos cientos de miles de tálaros no le costarían a Su Majestad la defensa eficiente de todos los países indios? El alistamiento de soldados en España, su envío a través del océano, su acantonamiento en puertos y fortalezas, el sustento de la caballería, su aprovisionamiento con todo lo que se necesita para la guerra, el abastecimiento de la infantería, su preparación para el combate, su retribución, etc. Es fácil concebir qué beneficio se obtiene si nuestros vastos países paracuarios se conservan como bienes de la corona de España sin gastos para las cajas reales, sólo gracias a la vigilancia de nuestros Padres. Los indios convertidos a nuestra fe corren con todos los gastos, suministran el polvo y el plomo, envían caballos y carros, proporcionan los víveres, levantan depósitos, se encargan del bagaje y de todo lo que se necesita para el tren de campaña, tienen sus botes siempre prontos para el combate y no están acostumbrados a hacer botín, sino que se llevan solo algunos clavos herrumbrados para usarlos como anzuelos, en cuanto al resto dejan su disposición a la decisión de S.M el rey y no esperan ninguna recompensa. ¿Qué príncipe o potentado del mundo no quería tener semejantes soldados? ¿En qué país, sea reino o república, reunirán los señores intendentes militares tales voluntarios a pie o a caballo sin gasto alguno?

Además –y esto no es menos digno de aprecio– si los señores gobernadores, en caso de invasión repentina, nos ruegan que les enviemos 10 o 20 mil indios a Buenos Aires, la tropa está al instante a su disposición, no se necesita ningún reclutamiento; bien mandados nuestros soldados se ponen en marcha inmediatamente, van a la guerra y abandonan a su querida mujer y a sus pobres hijitos (muchachos solteros no se envían). Pero, ¿quién cultiva mientras tanto el campo? ¿quién siembra? ¿quién mantiene a la familia? Todo esto se deja a cargo del padre espiritual. Y luego vuelve el pobre necio de la guerra, andrajoso, sin soldada, sin botín alguno, pero cubierto de heridas. El padre debe hacer otra vez lo que pueda: vestirlo, curar sus heridas, alimentarlo y socorrerlo en todo. No hay soldados como los nuestros. S.S. el Papa no vaciló en elogiarlos diciendo estas palabras inolvidables: **Vere filii Societatis Jesu sunt isti,** verdaderamente estos indios son auténticos hijos de la Compañía de Jesús. **Et Societas est genuina filia Ecclesiae militantis.** Y la Compañía es la genuina hija de la Iglesia militante» (1974, III:177-91).

1.3 JOSE CARDIEL (1704-1781)

Este cronista y cartógrafo vasco nace en Laguardia (Alava) y muere en el destierro italiano de Faenza. En 1720 ingresa en la Compañía, como lo harán dos de sus hermanos, en Medina del Campo, donde establece una larga y fecunda amistad con su maestro de retórica y filosofía, el P. Pedro de Calatayud, a quien remitirá muchas cartas y escritos. Con ellos y otros materiales Calatayud escribirá un **Tratado sobre la Provincia de la Compañía de Jesús en Paraguay**, cuyo manuscrito está en el Archivo de Loyola (Sáinz Ollero 1988: 23). En sus casi cuarenta años de misionero, Cardiel es un intrépido viajero patagónico, iniciador de reducciones entre las tribus más irreductibles del Chaco, capellán de los ejércitos guaraníticos e infatigable polemista. Llega a Buenos Aires en 1729 y en su vida americana puede hablarse de tres etapas. La primera, la más tranquila, se dearrolla en las reducciones guaraníes, donde Cardiel trabaja a lo largo de doce años, aunque en 1734-35 será capellán del ejército guaraní en la rebelión de los comuneros de Asunción.

La etapa siguiente es más agitada. Así en 1743 es enviado a la primera reducción entre los mocobíes. Poco después es designado para una expedición científica de la Corona, dirigida por el cartógrafo jesuita José Quiroga, para explorar las costas de la Patagonia, que salió a fines de 1745 y llegó hasta la bahía de San Julián. En 1747 organiza con el jesuita inglés, Tomás Falkner, otro misionero cronista, la reducción de Ntra. Sra. del Pilar del Volcán entre los indios pampas, que acabó siendo abandonada. En 1748 viaja con seis indios para continuar sus exploraciones del sur, pero fué abandonado por los indios y tuvo que desistir. De regreso a Buenos Aires, es designado para la nueva misión de los abipones, siendo fundador de las reducciones de San Jerónimo y de Concepción.

En la tercera etapa Cardiel vuelve a la misión guaraní, donde estará 16 años, pero con poca tranquilidad. Porque, al tener noticia del Tratado de Límites de 1750, se convierte en uno de sus principales críticos redactando distintos memoriales; llegó a escribir al visitador P.Lope Luis Altamirano que el tratado era injusto y que la orden del P.General de que los jesuitas no se opusieran al mismo no podía obligar en conciencia, pero el visitador le mandó por «santa obediencia» no hablar ni escribir sobre el tema. Cuando Carlos III denunció el tratado y los siete pueblos pasaron de nuevo a España, Cardiel es destinado a uno de ellos, San Miguel, y tiene que dirigir la reconstrucción. En 1761 es capellán de los ejércitos españoles y guaraníes en una nueva conquista de la colonia del Sacramento. Solo en 1763 parecía vivir en paz en su nuevo destino de la reducción de Concepción. Pero, cuatro años después llegó el destierro. Tras ser apresado el 10 de agosto de

1768, se embarca con otros 30 misioneros, de los que diez mueren en el mar y cinco al desembarcar, y en abril del 1779 llega a Faenza, donde dedica a escribir los doce años que le quedaban de vida.

Si, como anota Furlong, «bien puede decirse de Cardiel que más que a escribir la historia, dedicóse a hacer la historia» (1953), es indudable que es uno de los cronistas más importantes sobre la misión guaraní, aunque no tenga ninguna obra definitiva, sino un conjunto de diarios y relaciones de viajes, defensas de las misiones y estudios cartográgicos, donde el material de una obra se retoma en otra para ampliarlo o resumirlo. En 1747 escribe una **Carta relación**, haciendo una primera síntesis de las reducciones guaraníes, que ha sido publicada con una extensa introducción por el P. Guillermo Furlong (Buenos Aires, 1953, Librería de la Plata).

En 1758 escribe su obra más extensa: **Declaración de la verdad contra un libelo infamatorio impreso en portugués contra los PP. jesuitas misioneros del Paraguay y Marañón.** Aunque circuló entre los misioneros y autoridades coloniales con aprobación del provincial, no se publicó hasta 1900 en Buenos Aires en la Imprenta de Juan Alsina con una larga introducción del P.Pablo Hernández. Es una obra de contenido polémico, escrita en el tono retórico propio de la defensa ante un tribunal, que debe situarse, para su mejor comprensión, en el contexto del Tratado de 1750 y de la guerra guaranítica. Como explica Cardiel en su prólogo, a mediados de 1758 llegó al ejército español acuartelado en la línea divisoria en San Borja un «libelo infamatorio enviado de los portugueses acuartelados...en el Río Pardo, impreso en su idioma sin nombre de autor, sin fecha, sin licencia ni aprobación». Su título es **Relación de la república que los jesuitas de Portugal y España establecieron en los dominios ultramarinos de las dos monarquías y de la guerra que ellos tienen movida y sustentada contra los ejércitos español y portugués** (1900: 159-160). La obra contenía tales falsedades que uno de los militares españoles, a quienes se pretendía atraer contra los jesuitas como enemigo común, llamado Antonio Veraz, escribió una **Impugnación a la relación hecha contra la república de los PP. Jesuitas en las misiones y contra la guerra que dice haber movido dichos PP. por el tratado de la línea divisoria.**

A Cardiel le pareció que el estilo era «como de soldados, acre, fuerte y con desahogo marcial» y, por eso, decidió «declarar esta verdad con estilo más templado» (1900:161), cosa que no siempre logra pues escribe con pasión, con ironías y con ira contenida. A lo largo de 18 acápites Cardiel, con su gran conocimiento de los hechos y de la abundante literatura sobre las misiones americanas, analiza las viejas y nuevas delaciones sobre el poder de los misioneros, examina los informes al rey de los mismos, rebate las

cinco «máximas» que se atribuían a las reducciones (prohibir la entrada a todo español, inculcar el odio a los blancos, prohibir la lengua castellana, exigir obediencia ciega a los indios y negar toda autoridad fuera de la del misionero), presenta el gobierno espiritual y temporal de las reducciones, tema en el que se acerca al de sus obras de 1747 y 1771, refuta el que los misioneros fueran instigadores de la guerra guaranítica y, finalmente, analiza las causas de la persecución contra los jesuitas en la América española y portuguesa. Aquí hace una larga referencia a Antonio de Vieira y aun resume su famoso sermón de la epifanía de 1662 en la capilla real de Lisboa, al llegar expulsado por los colonos portugueses por su defensa de la libertad de los indios (1900:450-460). Sin duda, ciertos pasajes de la **Declaración de la verdad** tienen un valor permanente y recuerdan lo escrito en otros tiempos y espacios americanos contra los jesuitas que «optaron por los pobres». Porque, como dice Cardiel al libelista, «los jesuitas han de ser los mismos siempre, defensores de los pobres, siempre enemigos mortales de la deshonestidad, siempre resistentes al interés ...y a la malicia con que todos los de vuestro séquito pretenden...acabar a esta pobre gente, como lo han hecho ya en tantas ...provincias enteras» (1900:465).

Continuando con las obras de Cardiel, en 1771, ya en el destierro, escribe la **Breve relación de las misiones del Paraguay**, que es bastante similar a la **Carta relación**, aunque la completa temporalmente. No se publicó hasta 1913 como un apéndice de la **Organización social de las doctrinas guaraníticas de la Compañía de Jesús** (Barcelona, Gustavo Gili, 2 tomos) de Pablo Hernández y ha sido reeditada en 1988 en la colección de Crónicas de América de Historia 16 por Héctor Sáinz Ollero. Este compara las obras de 1747 y 1771 diciendo que «las diferencias entre una y otra son más bien de estilo que de contenido», que la primera es «la más inmediata y subjetiva, escrita entre dos expediciones y plagada de anécdotas y detalles reveladores. La otra, realizada ya en el exilio es algo más serena y objetiva, quizás históricamente más valiosa» (1988:32). Luego da un juicio global de la **Breve relación**:

> «ocupa un lugar central dentro de la obra literaria de Cardiel...Se basó para ello casi exclusivamente en su experiencia y en su memoria, y una vez terminado su escrito, añadió, a modo de apéndice, la respuesta a diez preguntas que le parecían insuficientemente contestadas en el texto. La **Breve relación** constituye así uno de los mejores compendios que sobre la vida en las famosas reducciones jesuíticas del Paraguay se han realizado jamás. Su estilo es claro y sencillo, con algunos rasgos de humor y una cierta nostalgia por aquellas tierras y gentes, a las que ya nunca vería» (1988:35)

Finalmente, en 1780 Cardiel, bajo el seudónimo de Joseph Darceli (apellido que tiene las mismas letras que Cardiel), escribió otra obra, poco original y menos valiosa. Es su **Compendio de la historia del Paraguay sacada de todos los escritos que de ella tratan y de la experiencia del autor en 40 años que habitó en aquellas partes.** El recurso al seudónimo se debía sin duda a querer librar al nuevo libro de la odiosidad antijesuítica vigente. Como las otras obras de Cardiel, ésta no se ha editado hasta el presente siglo, en 1984 en Buenos Aires, 1984, con un estudio previo de José M. Mariluz Urquijo.

He elegido para la antología dos textos, uno breve y otro más largo. El primero está tomado de la **Declaración de la verdad** y es la respuesta que da en el acápite 6 sobre la «segunda máxima de los misioneros: prohibición de la lengua castellana». Aunque el texto no presenta todos los problemas lingüísticos que enfrentaban los misioneros, ni se refiere al establecimiento de imprentas, ni a las muchas publicaciones en guaraní, es interesante para entender la vigencia de dicha lengua en el Paraguay y aporta elementos de análisis para el problema pendiente de la política lingüística de los países americanos multiculturales.

I. REDUCCIONES GUARANIS Y LENGUA CASTELLANA (1758)

(1. Denuncia de libelista y testimonio real)

53. En la pág.4 dice: **'Por otra parte, prohibieron también con fraude aún más extraño que en la misma República y en los límites de ella para dentro se usase el idioma español, permitiendo solamente el uso de la lengua ellos llaman guaraní para así imposibilitar toda comunicación entre indios y españoles'.**

54. ¡Oh, qué engañado vivís, Sr. Libelista! Atended lo que dice la citada cédula del año 1743:'En el tercer punto se trata de la circunstancia de si aquellos indios están instruídos en idioma castellano o son mantenidos en el propio suyo. Y teniendo presente que, por lo que mira a este punto, resulta de los informes que sólo hablan estos indios su idioma natural, pero que esto no es prohibición de los PP. Jesuitas' (reparad que esto lo dice S.M. por los repetidos informes de los Sres. Obispos y Gobernadores en espacio de cien años), 'sino por el amor que tienen a su nativo lenguaje, pues en cada uno de los pueblos hay establecida escuela de leer y escribir en lengua española, y que por este motivo se encuentra un número grande de indios muy hábiles en escribir' (dos de ellos están copiando ahora esto que yo es-

cribo, y de mejor letra que la mía) 'y leer español, y aun latín sin entender lo que leen o escriben, y que aseguran los PP. de la Compañía que solo les ha faltado el usar medios de rigor, los que ni la ley previene, ni les ha parecido conveniente, etc.' y prosigue S.M encargando el uso de las escuelas sin prescribir medios de rigor. No era menester más respuesta que esto.

(2. Razones de persistencia del guaraní)

55. Pero decidme, Sr.Relacionista, ¿en Vizcaya no está mandado el que se use la lengua castellana? Sí, y aun se pone los medios de rigor en las escuelas.Y ¿cuántos la saben? Díganlo tantos como salen a los demás reinos tan cerrados en su idioma, que ni entienden ni los entienden, y de las mujeres muy pocas se hallan que entiendan el castellano. Y ¿por qué? Por el mismo amor que tienen a lo que es propio suyo. ¿Y arguiréis de aquí que los que los gobiernan les prohiben la lengua castellana? Pues, a juicio de todos los que conocen a los indios, mucha mayor adhesión tienen éstos, como menos racionales, a los modales de su nación, por bárbaros que sean. Pues si allá no se puede conseguir, ni aun con rigor,de que usen el castellano, ¿cómo se conseguirá acá?

56. Mas ¿no habéis oído decir que en la jurisdicción del Paraguay, en que hay como 20.000 personas de sangre española, no se usa comúnmente otra lengua que ésta guaraní, aunque mal, con muchos solescismos y barbarismos? Que de las mujeres pocas se encuentran que sepan castellano, y de los varones lo saben muy mal, y esto poco que saben es porque en las escuelas (que hay allí muchas más que en otras partes) les obligan a puros azotes a que lo hablen. Y que en los pueblos de indios que hay allí, que son 10, a cargo de clérigos y de religiosos de San Francisco, no se habla otra lengua que ésta de aquí, siendo así que hay el mismo orden del rey de que se les enseñe que aquí, pues es universal este orden para toda la América. Y que teniendo todos aquellos indios sus encomenderos españoles, y teniendo éstos muy particular orden real de que les enseñen la lengua castellana, pudiendo esto hacerse allí con menos dificultad que aquí, pues cada encomendero no tiene, por lo regular, más que 20 o 30 indios de encomienda, los cuales le sirven en su casa algunos meses del año, con todo eso está tan lejos de hacerse,que el encomendero suele olvidar su lengua castellana por hablar la del indio. ¿No habéis oído que sucede casi lo mismo en la jurisdicción de la ciudad de Corrientes, especialmente entre la gente del campo?. Pues, ¿qué mucho que aquí suceda, habiendo menos medios? ¿Y de aquí habéis de inferir que es para imposibilitar toda comunicación entre españoles e indios?

57. Además de que, ¿cómo por este medio se había de imposibilitar la comunicación con el Paraguay y Corrientes, pues, como acabamos de decir, en estas partes se usa la lengua guaraní más que la castellana y más entienden al indio hablando en su lengua que hablando castellano? Todos los años bajan a Buenos Aires y Santa Fe muchos indios de estos pueblos, llevando en barcos y balsas yerba, tabaco y otros géneros de sus pueblos, y están allí muchos días, y vuelven con los géneros de que su pueblo necesita. Muchas veces van en grandes tropas de centenares y aun de millares, a varias funciones políticas o militares a las ciudades de españoles por orden los Gobernadores de Buenos Aires. Otros muchos, como son noveleros e inconstantes, se van, ya con su consorte, ya solos, a las estancias y a las ciudades de españoles, y están allí algunos años, alquilándose en algunos oficios (que no tienen habilidad para más), y unos se quedan y otros vuelven después de 4, 6 o 10 años.

Con tanto comercio y tanto tiempo han aprendido castellano, y cuando vuelven, no quieren hablar otra lengua que la suya. Háblanles los padres nuestro idioma, y responden en el suyo. Instámosles en que nos hablen en nuestra lengua, responden que no es natural suya ni del país. Reprendémosles, dámosles muchas razones y aun nos enojamos a veces, porque nos consuela hablar en la lengua nativa y nos cuesta trabajo la suya por la dura y difícil pronunciación, y después de todo esto, raras veces conseguimos el que hablen castellano, y si lo conseguimos al principio, recién llegados, después de tiempo ya no lo podemos conseguir. La causa de este rústico pudor es su genio inculto; y la repugnancia grande es, así el serles más fácil y connatural el hablar la lengua nativa antes que la otra, como el que sus paisanos se burlen de él cuando le ven hablar castellano, poniéndoles algunos apodos de **huidor, andariego, vagabundo**, etc.

Esta es, Sr. Libelista, y no otra, la causa de no hablar castellano, aun los indios que pudieran; y cada día lo están viendo estos señores del ejército, ante quienes, por más instancias que hago yo, no puedo hacer hablar en español a los indios que lo saben (siempre lo saben mal, porque su dialecto es muy distinto del español) y sólo tal cual vez lo consigo, a fuerza de reprensiones, después de mucha paciencia en aguantar su rústico pudor» (1900:221-27).

Pasando ya al segundo texto, éste se refiere a la economía, uno de los temas más admirados en las reducciones. El texto recoge el funcionamiento de las sementeras propias, para el mantenimiento y el vestido de cada familia, y comunes, para explotar el algodón, el tabaco y la yerba del Paraguay, así como de las estancias de ganado. Hay buenas decripciones sobre las plantas auctóctonas y sobre el proceso productivo agrícola y ganadero

con minuciosidad de manual técnico. En esta descripción de los procesos productivos, es notable la **innovación tecnológica** de los misioneros, al «domesticar» la yerba silvestre, sembrándola en viveros y trasplantándola después en bosques artificiales, mucho más cercanos a los pueblos. Además, en la narración hay muchos datos cuantitativos, no tan frecuente en la mayoría de las crónicas jesuíticas, a partir de los cuales pueden hacerse, sin duda, análisis confiables sobre la productividad económica de las reducciones. Por otra parte,el texto es útil también para la antropología aplicada, pues recoge buena información sobre la introducción de nuevas técnicas y sobre su aceptación por los indios, a pesar de la «indolencia», la «poca capacidad» y demás valores negativos, que Cardiel atribuye repetidas veces al indio, problema éste que analizaré despacio en el último capítulo de esta obra. Para facilitar la lectura de este texto, que es gran parte del cap. V de la obra, introduzco, como siempre, divisiones con subtítulos entre paréntesis y ahora, además, subrayo el tema central de cada gran párrafo.

II. ORGANIZACION ECONOMICA DE LAS REDUCCIONES (1771)

(1.Parcela para comida y vestido de propia familia)

«Para su mantenimiento, a cada uno se le señala una **porción de tierra para sembrar** maíz, mandioca, batatas, legumbres (que es lo ordinario que siembran) y lo que quisieren. **Mandioca** es un género de raíces como zanahorias, pero mejor que ellas, que comen, ya asadas ya crudas, y de ellas, secas y molidas, hacen también pan. No son aficionados al trigo. Son pocos los que lo siembran, y se lo comen o cocido o moliéndolo y haciendo tortitas sin levadura, que tuestan en unos platos, como hacen con el maíz. Algunos saben hacer buen pan para ellos y para los enfermos dos o tres veces por semana, y suelen mudarse, entrando dos de nuevo para este oficio; y así hay varios fuera. Con todo eso, nunca hacen pan de trigo sino tal cual en alguna principal fiesta. Es una filosofía para el indio moler el trigo, masarlo, echarle sal y levadura, esperar a que fermente y se levante, arroparlo y concerlo. No hace eso sino obligado.

Alguno que otro suele plantar caña dulce y algunos árboles frutales, pero son raros. Para estas labranzas **se les señalan seis meses**, en que aran, siembran, escardillan y cogen su cosecha, Con cuatro semanas efectivas que trabajen, tienen bastante para lograr el sustento para todo el año, como sucede con los más capaces y trabajadores, porque la tierra es fértil; pero generalmente es tanta la desidia del indio, que atenta ella, es menester todo este tiempo. Y con todo eso el mayor trabajo que tienen los Curas es ha-

cerles que siembren y y labren lo necesario para todo el año para su familia, y es menester con muchos usar de castigo para que lo hagan,siendo para solo su bien y no para el común del pueblo. Procuran los curas visitar con frecuencia sus sementeras y envían indios fieles que les den cuenta de ellas. Algunos Curas hacen medir con cordel lo que les parece suficiente para su sustento anual de su casa y le imponen pena de tantos azotes, si no lo han labrado todo: porque el indio es muy amigo de poquitos por sus cortos espíritus, y su vista intelectual no alcanza hasta el fin del año, ni le hacen fuerza las razones, ni la experiencia del hambre que sintió el año antecedente por haber sembrado poco. Otros Padres les hacen labrar y escardillar la tierra por junto, todos los de un cacique o de una parcialidad juntos, hoy tantas sementeras y mañana otras tantas, con una espía como censor o contador, que les haga hacer su deber, además de los caciques y mayorales: que los cuente y dé razón de todo al Cura, y con todo este cuidado no se suele conseguir que cojan lo necesario.

Lo que cuesta más es que cada uno tenga su **algodonar para vestirse**. Es el algodón una planta que crece hasta dos varas de alto y da por fruto unas perillas de tamaño de una nuez con su cáscara, que llegando a su madurez se abre y descubre el algodón en capullos con sus semillas, que son del tamaño de un grano de pimienta. Siémbrase arando la tierra, y haciendo surcos de dos varas de ancho y echando en ellos 3 o 4 semillas a distancia de 2 varas o 2 y media, y cubriéndolas de tierra sin hacer hoyos. El primer año no da algodón, el segundo da algo, el tercero da con fuerza, y de ahí en adelante. Duran estas plantas 30 o 40 años como la viña, y se podan cada año y separan, reemplazando las plantas que el arado destruyó o los soles y tempestades secaron. En tierras cálidas con exceso como es el Paraguay y otras, el primer año da sus frutos y lo arrancan y lo vuelven a sembrar como el maíz. Dase bien en estos pueblos el lino, pero el arrancarlo, quitarle la semilla, ponerlo en remojo, secarlo al sol, macerarlo, peinarlo con el peine de fierro, apartar la estopa, etc. es ciencia tan alta y espaciosa, que excede mucho a la esfera del indio, más que hacer pan de trigo. Ya lo hemos probado muchas veces, y sólo teniendo al lado al indio, y estando siempre con él, y haciendo juntamente con él la maniobra, se consigue algo: pero para esto no hay tiempo. El algodón no le cuesta más a la india que traerlo de la mata a la rueca, cosa propia para la poquedad del indio.

No basta el hacerle labrar el algodón y la demás sementera. Es menester **también hacérselo coger**. El algodón no madura todo de una vez. Cada día van reventando con el sol varias perillas, y así prosigue por tres meses. Es menester cogerlo cada día; si no, cae al suelo, se entrevera con la espesura, o los aguaceros, que son frecuentes, lo mezclan con la tierra y barro y se pierde.. La india coge lo necesario para hilar lo presente y a veces

algo para adelante, pero no recoge todo lo que necesita en el discurso del año, y lo deja perder. Viendo esto algunos Curas envían la turba de las muchachas con sus Ayas o Mayoralas a coger lo que su dueño no coge, y lo ponen en el conjunto del común del pueblo. Con el maíz, que es su encanto, pues lo estiman mucho más que el trigo, y hacen de él sus tortas, y lo usan ya tierno, ya duro, asado o cocido, y entra en todos los guisados, sucede también que, si tiene buena cosecha, deja perder mucho sin cogerlo. Guardar para el año siguiente no hay que pensarlo. Otras veces, por no guardarlo de los loros, pierde lo más. Los loros de todas especies, chicos y grandes, colorados, azules, amarillos y de mezcla muy vistosa de estos colores, son muchos con exceso en grandes bandadas, y hacen mucho más daño a los maizales que los gorriones en España a los trigales.

No basta el hacerle coger toda su cosecha. Lo más que cogerá un indio ordinario es 3 o 4 fanegas de maíz. Bien pudiera coger 20 si quisiera. Si esto lo tiene en su casa, desperdicia mucho y lo gasta luego, ya comiendo sin regla, ya dándole de balde, ya vendiéndole por una bagatela, lo que vale 10 por lo que vale 1. Por eso, se le obliga a **traerlo a los graneros comunes**, cada saco con su nombre y se les deja uno solo en su casa, y se les va dando conforme se les va acabando. Toda esta diligencia es necesaria para su desidia.

Estas cosas con otras de economía temporal cuestan mucho más a los Padres que los ministerios espirituales. Se pone mucho cuidado en ellas, porque **cuando lo temporal** y necesario al sustento **va bien, todo lo espiritual va con mucho aumento** y fervor, asistiendo con grande puntualidad y alegría a todas las funciones de la iglesia y frecuencia de sacramentos y celebrando con grande esplendor y devoción todo lo que toca al culto divino. Si hay hambre u otro trabajo, no acude el indio a Dios y a los santos, como hace la gente de cultura y de entendimiento con devociones y novenas, etc., sino que se huye a buscar qué comer por los montes o a matar vacas y ternera a los pastos o dehesas del común del pueblo, que llaman **estancias** (a las terneras tienen excesiva afición) y destruyen con esto el pueblo. Esto no es por no estar bien arraigados en la fe, pues lo están tanto que, aun los que se huyen a los infieles (que entre tanta multitud no falta quien lo haga, aunque son muy pocos), nunca pierden la fe, aunque envejezcan entre ellos, sino por su capacidad de niños. Lo mismo sucedía con nosotros cuando niños, que no hacíamos votos, ni novenas, ni acudíamos por el remedio de nuestras necesidades a la iglesia, si nuestros padres o madres no nos llevaban. Y en estas ocasiones se están estos pobres huídos por muchos meses (y algunos por años) sin misa, sermones, ni sacramentos, y algunos mueren en las garras de los tigres (de que hay muchos y muy feroces y sangrientos, como los leones de la Africa) o de enfermedades y miserias, sin auxilio alguno espiritual.

(2. **Propiedad comunal y artesanías)**

Para remediar tan grande desidia, están entabladas **sementeras comunes** de maíz, legumbres y algodón y **estancias de ganado** mayor y menor. A las sementeras van en los seis meses de su tiempo los lunes y sábado, excepto los tejedores, herreros y demás oficiales mecánicos, que no van a las faenas de comunidad en todo el año, y se remudan para la labor de sus tierras, una semana a ella y otra a su oficio. Todos los oficiales lo ejercen no afuera en sus casas, que no harían nada de provecho, sino en los patios que para ello hay en la casa de los Padres, y es tanta su sinceridad que todos estos oficios los hacen sin paga, aunque de los bienes comunes se remunera más a éstos por trabajar más, que a los demás. Los visita el Padre con frecuencia para que hagan bien su oficio.

Pónese en cada oficio el que al Cura le parece más a propósito para él y no repugnan a ello, antes algunos los pretenden, porque, como ya se dijo, se tiene por nobleza el tener algún oficio. Solo el ser **tamborilero o flautero** no se dan. Se mete a ello el que tiene afición y hay pueblo que tiene 10, 12 o 20. Y los flauteros siempre tocan dos, uno por tercera arriba, otro por tercera abajo, con un tamboril o tambor en medio; y con sus débiles flautas, que son de caña ordinaria, tocan fugas, arias, minuetes y cuantas cosas oyen a los músicos; y gustan mucho de este vil instrumento, de manera que no hay viaje por río con embarcaciones, por tierra con carreterías, ni ocasión en que vaya alguna tropilla de gente o alguna parcialidad a alguna función o faena, en que no lleven uno o dos tamborileros con sus flauteros, y algunos son caciques, que no se desdeñan de eso con todo su Don. No siente el indio honra ni punto por su cortedad, como sucedía con nosotros cuando muchachos.

Estos **bienes comunes sirven** para dar que sembrar al que no tiene, por habérselo comido o perdido; para sustento de la casa de las recogidas, de que se habló algo en el cap.4 n.3; para avío y provisión de los viajes en pro del pueblo; para dar de comer a los muchachos y muchachas, cuando van a las sementeras comunes u otras faenas; para los caminantes, para agasajarlos; para los huéspedes, que a todos, sea español, mulato, mestizo, negro o indio, esclavo o libre, se le hospeda y da de comer y aun se le pasa en embarcaciones por los ríos grandes que no tienen puente con toda libertad, de balde, **gratis et amore**, sin pedirle nada, sino que él liberalmente quiere dar algo a algún indio, pero el indio nada pide; y finalmente, se emplean estos bienes en socorrer todo enfermo, viejo o necesitado. Y como están a cuenta del Padre, que los visita con frecuencia, y no se expenden sino por su orden, suelen durar de un año para otro y más.

(3. **La industria textil**)

Los **algodonales comunes sirven** para para vestir a todos los muchachos de uno u otro sexo, que si el padre no los viste, los más andarían del todo desnudos, por la incuria de sus padres naturales; y son tantos en pueblos tan numerosos, que cuidando yo del pueblo de Yapeyú, que es el mayor, el año de 55 serían 3.000. El pueblo tenía entonces 1.600 y tantas familias. Dase también el lienzo que del algodón se hace a los que van a hacer yerba del Paraguay, a las viudas y recogidas, viejos e impedidos; y por premios en las fiestas y funciones militares y políticas a los que mejor se portan. Y se guarda una gruesa porción para vender en Buenos Aires y Santa Fe de Paraná y comprar con ello lo necesario de fierro, paños, herramientas, etc. para el pueblo y sedas y adornos para las iglesias. Hácese lienzo blanco de varias calidades, delgado, grueso, de cordoncillo, torcido y de varios colores, de listados.

El modo en que en esto se tiene es éste. A cada india se la da media libra de algodón el sábado para que traiga el miércoles la tercera parte en hilo, porque de las tres partes las dos pesa la semilla. El miércoles se da la otra media libra para que la traiga el sábado. Vienen todas al corredor externo de la casa del Padre, y allí sus viejos Alcaldes pesan el ovillo de cada una y le ponen un pedacito de caña con el nombre de la india, para lo que se dirá. Y van poniendo en el suelo los ovillos en hilera de diez en diez, hasta hacer un cuadro igual de ciento; y más allá otro ciento, hasta concluir con todos y luego pesan el conjunto. Si algún ovillo no vino igual, se lo vuelven hasta que complete la tercera parte; si viene el hilo muy grueso o muy mal hilado, dan alguna penitencia a la india. Después vienen con la cuenta de todo escrita al Padre, que lo hace almacenar al mayordomo de casa. No asisten los Padres a estas funciones de mujeres, porque es mucho el recato que se guarda con ese sexo.

Los **tejedores** son muchos. En Yapeyú tenía yo 38 ordinarios. Los ocho eran de listados y se les da 4 arrobas de hilo y traen de ello una pieza de 200 varas, de vara o cerca de ancho, y se les dan 6 varas por su trabajo. Porque, aunque es para el común del pueblo, y de él se da al mismo tejedor por premio en otras funciones cuando entra en ellas, y a sus hijos de vestir con el conjunto de los demás muchachos, no obstante, por ser cosa de mayor trabajo que lo ordinario de los demás, está ordenado que se les dé este alivio.

Cuando **va urdiendo el tejedor**, tiene los ovillos con aquella cañita del nombre de la india; y cuando al medio del ovillo encuentra con tierra, trapos u otro engaño que puso la hilandera para sisar del hilo, o hilar poco,

viene luego con ella al mayordomo, y éste al Padre para dar alguna reprensión o penitencia a la india. Estas trampas suelen hacer las recién casadas (que hasta casarse no se les da tarea), que ignora para qué es aquella cañita con su nombre. En sabiéndolo, se enmiendan, y es cosa de tan poco trabajo que en 4 o 5 horas se hace el hilar media libra de algodón. La pieza se le pesa al tejedor, para ver si viene bien con lo que se le dio de hilo. Todos se hace por medio de los mayordomos, que escogen de los más capaces, y vela sobre ellos el Padre. De los algodonales particulares, que se les hace labrar para su familia, hila la india lo que quiere, según su mayor o menor cuidado, y lo trae a casa del Padre, y por medio del mayordomo (va) a otros tejedores, que además de los del común del pueblo hay para los particulares, y de lo que trae suelen salir 8 o 10 varas de lienzo; no tienen los cortos espíritus de la india, ni de su marido valor para más. Y al tejedor le da en premio alguna torta de maíz, o mandioca, o algún dijecillo, o nada; que aunque nada le den, hace su deber y no son interesados, y más siendo puestos por el Padre.

Todo este concierto en esto y en todas las demás cosas es **instituído por los Padres**: que el indio de su cosecha no pone orden, economía, ni concierto alguno. El Padres es el alma de todo y hace en el pueblo lo que el alma en el cuerpo. Si descuida algo en velar, todo se va de capa caída. Dios N.S. por su altísima providencia dió a estos pobrecitos indios un respeto y obediencia muy especial para con los Padres, de otra manera era imposible gobernarles; por ella pueden escoger los más a propósito para oficios y para sobrestantes, que entre tanta multitud se encuentran algunos, para por medio de ellos dirigirlos en su bien, velando sobre los mismos sobrestantes.

(4. **Estancias comunales y ganado mayor**)

Los otros bienes comunes y más principales son **el ganado mayor y menor**. Los indios no tienen en particular vacas, ni bueyes, ni caballos, ni ovejas, ni mulas, sino gallinas, porque no son capaces de más. Hemos hecho en todos tiempos muchas pruebas para ver si les podemos hacer tener y guardar algo de ganado mayor y menor y alguna cabalgadura, y no lo hemos podido conseguir. En teniendo un caballo, luego lo llena de mataduras: no le da de comer, ni aun lo deja ir a buscarlo, y luego se le muere. El burro es más propio para su genio, pero lo suele tener tres o cuatro días atado al pilar del corredor de su casa, sin comer ni beber, sin echarlo al campo, por no tener el trabajo de ir a cogerlo allá, y luego se le acaba. Les damos un par de vacas lecheras con sus terneras para que las ordeñen y tengan leche, y por el corto trabajo de ordeñarlas, no las ordeñan, las dejan andar perdidas por los campos y sembrados, o matan a las terneras y se las comen. Los

mismo sucede con los bueyes, que los pierden o matan y comen. Solo en tal cual de los más principales y capaces, podemos lograr que tengan alguna mula o bueyes y que lo conserve. Todo esto está de común.

Para eso tiene cada pueblo **sus dehesas, pastoreos o estancias** de todo ganado: vacas, caballos, mulas, burros y ovejas. Y va el Cura a visitar estas estancias y dar orden de su conservación y aumento dos veces al año, aunque disten 20 o 30 leguas del pueblo, como distan algunas y otras más, porque del buen estado de estas estancias depende el bien o el mal del pueblo en lo temporal y espiritual. Si el año es algo estéril, como el indio no siembra sino lo preciso y con escasez, a los fines del año no hay maíz ni otra cosecha en forma, y aprieta el hambre. Si viene seca (y suele venir cada 3 o 4 años), apenas hay que comer para 6 meses, con que es menester acudir a las vacas. 6 u 8 pueblos hay que tienen las suficientes para poder dar a cada familia 4 o 5 libras de carne todos los días sin disminución de su estancia. Y así lo hacen. Los demás no tienen sino para dar ración, dos, tres o cuatro días a la semana, y guardan con gran cuidado lo que hay, para dar cada día en tiempo de hambre o de epidemia, que suele picar varias veces.

La distribución de la carne es de esta manera. Después del Rosario (que suele ser una hora antes de ponerse el sol), se hace señal con el tambor. Vienen las mujeres, una de cada familia. Cogen los Secretarios (que así se llaman a los que cuentan la gente y leen las listas) sus libros, van llamando a todas por sus cazicazgos y parcialidades, y otros les dan la ración. Para prevenir éstas, traen las reses por la mañana al patio y oficinas de casa de los Padres. Allí las matan y hacen las raciones, y ajustan los Secretarios las cuentas de ellas. Todas llevan por igual, excepto las de los Cabildantes y otros Principales, que se les da doblado.

Para **arar, llevar carros, traer maderas del monte, etc. se les dan toros** de cuatro o cinco años **para que los domen** antes. Cogen el toro con un lazo, en que son diestros. Atanlo a algún horcón o árbol. Tiénenlo allí ayunando dos o tres días, y ya debilitado con el ayuno, le atan pesados ramos para que los arrastre. Así con docilidad, cansancio y ayuno los amansan y luego los usan. Para amansar o domar un caballo o mula, no hacen más que enlazarlo con uno o dos lazos, con que le hacen caer en el suelo sin poder levantar. Allí caído le ponen la silla con sus estribos. Monta en él el domador con sus espuelas. Suéltale las ataduras para que se levante. Corcovea y brinca el caballo, y a vces se echa en el suelo, y el jinete está en él clavado sin caer. Es grande la destreza que en esto tienen. Al echarse o tirarse el caballo al suelo, ensancha el indio las piernas, para que no le coja alguna, y si a espuelazos no se quiere levantar, se apea y con algún látigo o vara hace que se ponga en pie y luego vuelve a montar. Así en tres o cuatro días

doma un caballo feroz. En éstas y en otras cosas mecánicas se adelantan lo que se atrasan en las intelectuales.

Cuando es **tiempo de arar**, traen al corral (que los hay grandes en todo el pueblo) 600 u 800 bueyes, que así llaman a los toros ya amansados, castrados o enteros, y vienen a cogerlos los que han de ir a arar. Pónense a la puerta los Secretarios con su papel, apuntando todos los que sacan bueyes y van con ellos a sus sementeras. A la tarde vuelven los Secretarios y van apuntando todos los que los vuelven, para ver si alguno los perdió, mató o comió: que lo suelen hacer algunas veces (y si no hubiera esta diligencia, lo hicieran cada día), y dan luego razón al Padre si están bien los bueyes. Al día siguiente traen otros tantos, no los mismos porque éstos descansan, porque el día que los lleva el indio nos les da de comer ni beber por su grande incuria y no tener compasión alguna con el animal, ni discurso para su conservación.

Estando yo cuidando un pequeño pueblo de indios, que poco había se habían hecho cristianos, tenían 800 bueyes en la estancia. Hacía traer solo 400 a las cercanías del pueblos. Estos los tenía pastoreando en dos campos; los 200 del uno venían un día al corral del pueblo, y allí los tomaban los indios para su labranza, con la cuenta de los secretarios, como se ha dicho. Y al día siguiente venían los otros 200. Y por ser malo el trato que les dan los indios, y por ser poc fértiles de pastos las cercanías del pueblo, pasados tres meses, los hacían volver a la estancia, y traían los otros 400.De esta manera conservaba los 800, reemplazando los que se morían, y de los 800 no podemos tener más que 200 para cada día. De estas trazas, de esta economía nos valemos para la conservación de estos pueblos en ésta y en las demás materias, de que es incapaz la inadvertencia, incuria y cortedad del indio.

(5. **La explotación del ganado ovejuno**)

Con las ovejas se tiene mucho cuidado, por ser muy **estimada de los indios la lana para su vestuario**. Pero, como es ganado tan delicado, y el indio que la guarda tan descuidado, y el Padre no puede estar en todo, no hay modo de aumentarla. Sabemos el modo de criarlas, porque tenemos libros y escritos que tratan de esto y de todo género de economía natural y casera, y nos aplicamos a ellos para bien de aquellos pobres. Le damos lecciones de todo lo que deben hacer. A todo ello dice que sí el indio, como acostumbra por su mucha humildad, pero a espaldas del Cura no hace cosa de provecho; y así enferman, se mueren y disminuyen las ovejas. No obstante, con el mucho cuidado de los Padres, en algunas partes hay abundancia, a que ayuda ser los pastos mejores, y en otras compran la lana de los que más tienen.

Trasquílanse a su tiempo. Dase a hilar la lana al modo y con el orden y circunstancias que el algodón a las hilanderas y tejedores, y al principio del invierno se reparte todo el tejido a todo el pueblo, hombres y mujeres; y el pueblo que alcanza a dar 5 varas a cada individuo se tiene por dichoso, porque el indio siente mucho frío, y por poco que sea, está como inhabilitado para trabajar, y no hay cosa que estime tanto como un poco de tela de lana para abrigarse; y los Padres, por lo mucho que deseamos su alivio, nos consolamos notablemente cuando los vemos con este alivio. No se hacen telas delicadas sino paño burdo o cordellate, como mantas de caballo, excepto algunas piezas que se hacen de listados de varios colores para los músicos, sacristanes, Cabildantes y caciques para los ponchos. Y este paño tan burdo, si se le da a escoger al indio con una tela de tisú, es tan estimado por él que antes coge el paño que el tisú, porque aquel le abriga más. No mira el indio el aseo y el lucimiento, sino la conveniencia y la necesidad.

El frío de aquellas partes es poco. Pocas veces llega a helar el agua y eso en tal cual invierno y con hielo muy delgado, y no dura más que tres meses, junio, julio y parte de agosto (por estar aquellas partes en el hemisferio opuesto al nuestro) y no en todos los días. Pues en estos tres eses, por estar en mayor cercanía del sol (pues están los pueblos entre 26 grados y medio y 30, cuando España está entre 36 y medio y 44) viene muchas veces de repente el calor por algunos días. Con todo esto, siente mucho el indio este poco frío, que más parece primavera de acá. Debe de ser de complexión muy fría, como es de flemático, según vemos. El calor, que es mucho no lo siente. Cuando aprieta mucho el calor en el estío, sucede estar carpinteando al sol maderos para fábricas o cosa semejante, sin cubrir la cabeza con su gorro o sombrero, aunque haya sombra cerca, y exhortándoles a que se libren del sol, metiendo los palos a la sombra, se ríen, prosiguiendo al sol. Lo más que hacen es desnudarse de medio cuerpo arriba, tostándoles el sol aquellas carnes. Y comúnmente están alegres en estas faenas, y no falta alguno en cada tropilla que tiene genio de decir chanzas y a cada dicho ríen y carcajean con muy poca causa.

(6. **Desarrollo de la ganadería vacuna**)

Como desde el principio conocieron los misioneros que gente de tan poca economía no se podría mantener sin vacas, en los primeros años se llevaron, aunque con grande trabajo, algunas vacas a la primera misión de Guayrá, desde el Paraguay, a donde los primeros españoles las habían traído de España, que en aquella América no las había. Destruyeron los portugueses aquellos 13 pueblos, como se ha dicho, y quedaron allí perdidas las vacas. Llevaron otras a la misión de Tape; y como los mismos aso-

laron aquellos 9 pueblos y se transmigraron los habitadores, como se dijo en el cap.3, nn. 6 y 7, y las vacas que dejaron se amontonaron e hicieron cerriles y esparcieron por aquello campos, que son los mejores pastos, por espacio de más de cien leguas entre el río Uruguay y el mar hasta el río de la Plata. Allí multiplicaron mucho.

Fueron vencidos los portugueses, como queda dicho en el cap.3,n.8; y sosegadas y limpias de enemigos aquellas tierras, **iban los indios de cada pueblo a traer vacas**: que cuesta no poco cuando cerriles, que allá llaman CIMARRONAS. Van 50 0 60 indios con 5 caballos cada uno. Ponen en un alto una pequeña manada de bueyes y vacas mansas, para ser vistas de las cerriles, y a competente distancia las rodean o acorralan 30 u 40 hombres para su guarda. Los demás van a traer allí las más cercanas, que vienen corriendo como cerriles; y viendo las de su especie, dándoles ancha puerta los del coral, se entreveran con ellas. Vuelven por otras, y del mismo modo las van entreverando, hasta que no hay más en aquella cercanía. Júntanse todos los jinetes, y yendo uno o dos delante por guías, cerrando los demás todo lo que cogieron, van conduciéndolo a donde hay más, teniendo cuidado de no acercase mucho: que si se acercan y las estrechan, suelen romper por la rueda y esparramarse. En el segundo paraje, hacen lo propio. Llegada la noche rodean su ganado y hacen fuego por todas partes, y de este modo en medio de la campaña está quieto. Si no hacen fuego, rompen y se van por medio de los jinetes. De este modo, 50 indios en dos meses o tres, suelen coger y traer a su pueblo de distancia de 100 leguas, 5.000 o 6.000 vacas. De los caballos mueren algunos, ya acornados de los toros, que arremeten a cornadas a caballo y a jinete, ya del mucho cansancio y mal trato que les da el indio. Los demás quedan tales que no puede servir en todo el año y se ponen en lozanos pastos a convalecer y engordar. Todo esto cuesta esta faena.

Mientras duraban estas vacas, que llamaron la VAQUERIA DEL MAR, por estar a sus orillas, estaban los indios muy bien asistidos, sin que se necesitasen dehesas de ganado manso. Todo el cuidado estaba en tener muchos caballos para ir a la vaquería, y ésta era la dehesa y estancia de los 30 pueblos, y aunque por los malos tiempos se perdiesen las cosechas, aquí hallaban refugio para todo, porque el indio es muy aficionado a la carne y más de vaca, y en teniendo ésta, yo lo tiene todo. Así perseveran los indios con abundancia más de 50 años, hasta que, hacia los años 1720, un español benmérito de las misiones, pidió licencia para ir a vaquear para sí a esta vaquería del mar. Llaman VAQUEAR a este modo de coger vacas. Es de advertir que de las vacas que se se llevaron de España a Buenos Aires, en espacio de 80 o más años, se llenaron de ellas sus campos...[1]

1 Así Cardiel sigue narrando la historia de la ganadería en la región del Plata con

(7. **Explotación de la yerba del Paraguay**)

Además de los bienes comunes de vacas, algodón, etc, hay otro muy particular y cuantioso, que es **la yerba del Paraguay**, que comúnmente llaman YERBA sin más ádito. Hay en los montes de aquellas Misiones y en los de la gobernación del Paraguay, por toda ella, unos árboles propios de aquel territorio, del tamaño de un naranjo y de hoja parecida a él, que llaman ARBOL DE LA YERBA. Cógense las ramas no grandes de este árbol, chamúscanse a la llama, pónense en unos zarzos muy altos y por debajo se les da humo toda la noche, después se muelen y se ensacan.Esta es la yerba más usada en aquellas tierras entre ricos y pobres, libres y esclavos, como el pan y el vino en España. Usase lo mismo que el **te** o **chá**, como dicen los portugueses, tomado de los chinos. Caliéntase el agua, échase como un puñado de yerba en el MATE, que es la vasija en que se toma, y es de calabazo pintado, de figura de una canoa o pesebre, o de coco grande,que los ricos lo tienen guarnecida de plata, o de palo santo, madera muy medicinal, no de estaño, plata, ni barro. Encima de la yerba se echa el agua caliente templada, no hirviendo, que así hace que amargue más la yerba; y la gente de algún ser le echa azúcar y aun agrio de naranja y pastillas de olor.

Hay dos modos de yerba (no digo especies): una que llaman CAAMINI o yerba menuda, otra CAA IVIRA o yerba de palos. La diferencia entre las dos solo es que la yerba de palos, para molerla, la meten en un hoyo,, barriendo con ella tierra y otras cosas que había debajo de los zarzos, adonde la echaron después de ahumada, y no tapan el hoyo. Allí la majan, cayendo y entreverándose con ella la tierra de los lados del hoyo y no la ciernen en cribas, sino quitando los palos mayores, dejan en ella los menores. La CAAMARI o menuda se muele en canoas o en hoyos bien dispuestos que no se le mezcle tierra, y se criba dejándola sin palitos. Esta vale casi doblado que la otra. La otra de palos la hacen los españoles del Paraguay y los indios de los 10 pueblos que tienen allí.

Antiguamente iban nuestros indios a hacer esta yerba a los montes, distantes de los pueblos 50 o 60 leguas, porque no había a menor distancia. Los 7 de la banda oriental del Uruguay iban por tierra con carretas; los demás por los ríos Uruguay y Paraná en balas hechas de canoas, río arriba,

---

datos muy interesantes sobre el funcionamiento y producción de las estancias ganaderas. También se refiere a las consecuencias, para la economía de las reducciones, del Tratado de 1750 y a la valoración "oficial", que se hizo de los bienes de las reducciones que debían pasar a Portugal, en contraste con la valoración "real" de las mismos (1989:76–85).

que no se cría río abajo y no se podía ir por tierra por las sierras y montañas intermedias. Los de tierra volvían con sus carros cargados después de muchos meses.Y los de agua,después de hecha la yerba, la llevaban a hombros desde el sitio donde se cría hasta el río, que en parte estaba lejos como de tres o cuatro leguas.

Viendo los Padres tanta perdida de tiempo fuera de los pueblos, sin socorros espirituales de él y tanto trabajo en los pobres indios, se aplicaron a hacer yerbales en el pueblo como huertas de él. Costó mucho trabajo, porque la semilla que se traía no prendía. Es la semilla del tamaño de un grano de pimienta, con unos granitos dentro rodeados de goma. Finalmente, después de muchas pruebas se halló que aquellos granitos, limpios de aquella goma, nacían, y trasplantado las plantas muy tiernas del semillero bien estercolado a otro sitio, y dejándolas allí hacer recias, después se trasplantaban al yerbal, y regándolas dos o tres años, prendían y crecían bien, y después de ocho y diez años, se podía hacer yerba. Es planta muy delicada y con toda esta industria y trabajo, se logra, y se han hecho yerbales tan grandes en casi todos los pueblos, que no es menester que los probres indios vayan con tantos afanes a los montes» (1989:64-87).

1.4 JOSE MANUEL PERAMAS (1732-1793)

Este humanista rioplatense, que publicó sus obras en latín, merece un lugar en esta antología, no tanto por haber trabajado varios años con los guaraníes, como por haber escrito dos ensayos importantes sobre las misiones de la provincia del Paraguay. El primero es una comparación entre ciertos escritos utópicos y jurídicos de Platón y las reducciones guaraníticas, que Peramás escribió en latín y lo publicó en uno de sus libros de biografías (1793); tal ensayo ha sido publicado en castellano como **La república de Platón y los guaraníes** (Buenos Aires, 1946, Emecé) con un prólogo de Guillermo Furlong. El segundo es el testimonio más completo que se conserva de la expulsión y el destierro de los jesuitas de una provincia americana, que Peramás escribió primero en castellano como **Historia de la expulsión** y luego en latín con el título de **Annus patiens**; dicha obra apareció por entregas en la «Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires» entre octubre de 1906 y julio de 1907 y fue publicada completa por Guillermo Furlong en su colección de Escritores coloniales rioplatenses con el título de **José Manuel Peramás y su diario del destierro (1768)** (Buenos Aires, 1952, Libreria del Plata).

Peramás nace en Mataró, Barcelona, y muere en el exilio italiano de Faenza. Ingresa en la Compañia en 1747 y afianza su vocación humanista en

la Universidad de Cervera, en la que fue al parecer profesor de retórica. En 1755 realiza su sueño de marchar al Paraguay, donde completa sus estudios sacerdotales en Córdoba. Entre 1760-63 trabaja en la reducción guaraní de San Ignacio Mini, labor que debe interrumpir para enseñar humanides en la Universidad de Córdoba, donde permaneció hasta el destierro. Sobre éste ha dejado una bella narración. Aunque varios cronistas de esta antología dan en sus obras cierta información sobre la expulsión y el destierro, solo Peramás ha escrito una obra dedicada exclusivamente al tema. En ella narra, no solo el exilio de los jesuitas rioplatenses, sino también el de los de otras provincias americanas a partir de su concentración en el Puerto de Santa María (Cádiz) camino de Italia.

La narración puede dividirse en diez capítulos: 1) Prisión en Córdoba y llegada de jesuitas de otras casas y reducciones (nn.1-52), 2) Viaje de Córdoba a los navíos (53-70), 3) Lo sucedido hasta llegar a altamar (71-76), 4) Descripción de las provincias de La Plata, Paraguay y Tucumán (77-107), 5) Síntesis de la labor de la Compañia allí (108-134), 6) Viaje hasta Cádiz (135-161), 7) Permanencia en Puerto de Santa María (162-217), 8) Viaje al puerto francés de Ayacio (Córcega) (217-234), 9) Lo sucedido en territorio francés (235-294) y 10) Llegada a tierras italianas y establecimiento en Faenza (295-334).

El diario se escribe para un desconocido amigo o bienhechor que solicita «la narración de todo lo acaecido desde el primer día de la fatal desgracia de los PP. Jesuitas españoles hasta su destino», como dice Peramás en la breve carta que encabeza el diario, que está fechada en Turín el 24 de diciembre de 1768. La narración comienza en el propio campo de trabajo (Córdoba, 11 de julio de 1767) y termina en el lugar del exilio (Faenza, Estados Pontificios, 30 de septiembre de 1768). Los desterrados se meten en el Atlántico el 12 de octubre (fecha bastante simbólica) y después de 85 días llegan a Cádiz: el 15 de junio se embarcan de nuevo, hacen una escala de 13 días en la isla francesa de Córcega y llegan a Italia, recorriendo por tierra una parte de Génova y Parma antes de aterrizar en los Estados Pontificios. Entre ambos viajes marítimos hacen un largo paréntesis de más de cinco meses en el Puerto de Santa María, para esperar a los otros navíos que transportan jesuitas americanos. El número de éstos, cuenta Peramás:

> «llegó a 1087, con este orden: de México, 393; de Perú, 187; de Paraguay, 219; de Quito, 126; de Chile, 35; de Sante Fe, 137. Entre éstos unos hallaban a sus connovicios, otros a sus discípulos y otros a sus parientes y hermanos; y como unos y otros cuando se apartaron, se apartaron hasta la otra vida, como ahora se volvían a juntar y ver, era indecible el gusto que se recibía con estas vistas. Todos nos contaban

los trabajos que habían pasado, unos en sus provincias, otros en el mar, etc. De este modo digo nos suavizaba el Señor lo que padecíamos» (n.188)

El texto de Peramás es sobre todo narración. Se limita a contar lo que sucede cada día a lo largo de catorce meses. Pero hay dos largos acápites, que he llamado antes capítulos 4 y 5, donde el autor cree necesario presentar el escenario y las actividades que preceden a los hechos. Por eso, ofrece dos ensayos sobre el mundo físico y cultural y sobre el trabaja pastoral de los jesuitas del Paraguay, que son una minicrónica y donde hay observaciones etnográficas interesantes. El talento etnográfico reaparece a menudo en la narración, sobre todo en la última etapa del viaje, cuando el golpe parece más aceptado y se espera recuperar la libertad al pisar los Estados Pontificios.

Además, en medio de la narración se transcriben documentos sobre lo que se narra. Por ejemplo, la escueta carta de Carlos III de 14 de julio de 1767, en la que el rey comunica el hecho consumado al papa Clemente XIII, diciendo que, como es su obligación «vigilar el mantenimiento de la tranquilidad en sus dominios, el honor de su corona y la paz interior entre sus vasallos», se ha visto en la «urgente necesidad de expulsar...a todos los jesuitas ...y enviarlos al Estado eclesiástico bajo la inmediata, sabia y santa dirección de V.B.», añadiendo que «se pagará a cada uno mientras vivan una pensión suficiente para su mantenimiento» (n.173). Peramás transcribe también la respuesta del papa, en la que considera la expulsión como la mayor desgracia de su pontificado y, recordando la frase de César a Bruto, cuando éste se acercó para asesinarlo (**Tu quoque, fili mi**), se queja del gran daño que, para la Iglesia de España y de sus reinos, será la expulsión de un cuerpo entero de eclesiásticos, «sin examinarlos, sin oírlos, sin darles tiempo de justificarse» y proclama «delante de Dios y de los hombres que el cuerpo, el Instituto de la Compañia de Jesús, está absolutamente inocente» (n.174).

El diario resulta un documento humano y fascinante, tanto por el fondo de lo que se narra con sencillez y sin dramatismos, descubriendo a menudo los sentimientos personales o del grupo, como por la viveza del estilo propia del buen humanista y aun por cierto humorismo. Peramás no se rebela ante la injusticia de la expulsión, pero cuenta las múltiples desgracias de los expulsos en aquellos catorce meses. Por ejemplo, al salir de Córcega, donde hubo muchas dificultades, escribe: «apenas amaneció, cuando nos dieron orden para embarcarnos. La alegría nuestra fue cuanto se puede pensar. 13 días hemos estado en Francia y en ellos padecimos más que de la América a Córcega». Y añade: «La comida peor que de galeoto: la carne salada poca y la mayor parte huesos, escogiéndolos ellos, quitándoles

lo magro y dándonos la osamenta, aguándonos con exceso el vino a nuestra vista», recogiendo un pequeño poema con el uno de los desterrados quiso perennizar el paso por Córcega (n.293). Pero esta objetividad frente al mal la conserva Peramás, cuando habla de los jesuitas que no soportaron la prueba y recoge el número y los nombres de todos los que dejaron la Compañía a lo largo del viaje.

Pasando ya al ensayo de Peramás sobre **La república de Platón y los guaraníes**, puede decirse que es fruto de su formación humanista, que le había familiarizado con los clásicos griegos y latinos. Peramás decidió consagrar su exilio a escribir una galería biográfica de los jesuitas más ilustres de la provincia del Paraguay. Así nacieron sus dos obras latinas **De vita et moribus sex sacerdotum paraguaycorum (Faventiae, 1791) y De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum** (Faventiae, 1793). En la segunda añadió a las trece biografías el ensayo **De administratione guaranítica comparate ad rempublicam Platonis comentarius.**

Peramás no trata de probar que los jesuitas que organizaron las reducciones guaraníes se habían inspirado en Platón, al igual que el obispo de Michoacán don Vasco de Quiroga, promotor de otra gran experiencia utópica americana, se inspiró en la **Utopía** (1516) de Tomás Moro, como consta al comparar las normas vigentes en la **Utopía** y en los pueblos-hospitales de Quiroga y por un ejemplar de la **Utopía** anotado profusamente que se encontró en la biblioteca de Don Vasco. Peramás tiene una finalidad más modesta que expone en la introducción: «En la exposición seguiremos el siguiente método: daremos una síntesis del pensamiento de Platón sobre cada uno de los temas, y seguidamente referiremos lo que se practicaba entre los guaraníes; finalmente, el lector juzgará si entre las normas de aquél y las prácticas de éstos había similitud o discrepancia» (1946:20). En una nota de la misma página se refiere a dos obras, **La república** y **Las leyes**, de las que «iremos entresacando el pensamiento del filósofo, sin atenernos al orden ni a la expresión literal». En efecto, tal comparación se hace en casi todos los capítulos a patir del tema indicado (lugar de la ciudad, su forma, sencillez de casas y ajuar, comunidad de bienes, bodas, educación, música, danza, trabajo diario, comidas públicas, comercio, etc.). Pero no podía faltar el diálogo con Raynal, aunque éste había alabado mucho las reducciones, explicando que la comunidad de bienes se debe a la naturaleza y a los principios de la humana filosofía; Peramás le replica, diciendo que se debe también a motivaciones religiosas (1942:175). Sin duda, el peso del factor religioso en la utopía guaranítica será una de las razones de su éxito.

A pesar del método que invita al lector a sacar su propia conclusión, hay la tesis implícita de que las reducciones guaraníes reinventaron o su-

peraron a Platón. En el epílogo Peramás cede la palabra el jesuita italiano Juan Bautista Noghera (1719-1784), profesor de la Universidad de Viena, cuyas obras completas, en polémica con la Ilustración, llegan a 18 tomos (Bossano, 1790). En su obra **Riflessioni sulla Filosofia del bello spirito** (1767), Noghera comprueba que «de bárbaros feroces y crueles antropófagos vemos hoy constituída una república mucho mejor por sus costumbres y bienestar que aquella cuya imagen y cuyos miembros había concebido Platón» (1946:202), que quizás sea la tesis explícita del ensayo. Pero, Peramás añade al epílogo un apóstrofe a los filósofos liberales y una conclusión. En ellas parece adelantarse al enfoque de antropólogos, como Margaret Mead, que convierten las sociedades primitivas en laboratorios de las modernas y reflexiona sobre la Europa de la revolución liberal a la luz de las reducciones. No para ver si es «posible en Europa algo semejante a aquella forma de gobierno», pues piensa que «fué posible en otros tiempos; no en nuestros días. Lo fué cuando los europeos, antes de cultivar las artes y fundar sus ciudades, vivían en grupos y andaban errantes, poco o nada diferentes de las tribus de América» (1946:203). Su reflexión tiene carácter ético y cierto tono de condena a los excesos de la revolución liberal, cuando todavía no se veían ninguno de sus frutos.

He elegido dos textos para la antología. El primero es la comparación entre las ideas de Platón sobre la música y la danza y las realizaciones de las reducciones guaraníticas en este punto. Y el segundo son fragmentos del **Diario del destierro**, desde la promulgación del decreto de expulsión en Córdoba hasta que los desterrados se embarcaron en Buenos Aires. Este texto tiene su complemento en lo que cuenta Paucke de la expulsión en su reducción mocobí.

I. LA MUSICA Y LA DANZA EN LAS REDUCCIONES (1793)

(1. La música según filosofía griega y romana)

«82. Es increible cuánta influencia atribuía Platón a la música para la educación del niño. Este solo hecho nos autorizaría a sospechar que alguna vez, **data opera**, debió escuchar a Pitágoras, quien todo lo explicaba por los números musicales. La misma importancia daba también a la danza para la acabada instrucción del ciudadano. 'Ambas artes, dice, contribuyen al logro de un temperamento recto y equilibrado; la música suaviza y modera lo que, por la bilis, hay de duro y áspero en nosotros; y las danzas, lentas y ligeras, sacuden de nosotros la molicie y la pereza que nos arrastran al ocio y a la voluptuosidad. Si evitamos estos dos extremos viciosos, forzosamente

quedaremos en el justo medio de la virtud'. Aristóteles, que ciertamente no había jurado por las palabras del maestro Platón, también recomendaba la música para la recta y equilibrada educación de los niños.

83. El judío Filón, conocedor del griego y crítico autorizado de los autores helénicos, de acuerdo a los preceptos de Platón, dice lo siguiente: 'La música es como la leche para las inteligencias infantiles; vemos que las nodrizas recurren al canto para cortar el llanto de los niños y hacerles conciliar el sueño. Los mismos niños,cuando pueden tenerse en pie por sí mismos, se entretienen con pitos y flautas, hechos de cañas anudadas.Hay en ello cierto instinto natural que reviste caracteres de universalidad, pues no hay nación, por bárbara e inculta que sea, que en las bodas, en los banquetes y en los juegos públicos no haga uso de la música. En los mismos funerales se recurre a ella, para que, en algún modo, sea más suave el llanto y menos amargo el dolor. Y en ciertas ciudades, sobresalientes por su cultura, el uso de la música está sancionado por ley. Tulio, el máximo de los oradores, afirma que en la formación del orador, influye mucho la música (**De oratore**), pues aprendiendo aquél a hacer inflexiones de voz, podrá después llevar a donde deseare los ánimos de los oyentes' (**De agricultura**).

84. Y Marco Fabio Quintiliano, gloria eximia de España, en sus sapientísimas **Instituciones** aconseja que el orador que él paulatinamente va plasmando aprenda la música desde niño y, explicando el porqué de este consejo, dice: 'No puede ponerse en duda que aquellos preclaros varones que alcanzaron fama de sabios fueron amantes de la música, teniendo en cuenta que Pitágoras y sus discípulos divulgaron la antigua hipótesis de que el universo está compuesto a la manera que lugo imitó la lira... El mismo Platón no puede ser comprendido en algunas pasajes y particularmente en el **Timeo**, sino por quien haya estudiado a fondo esta disciplina. ¿Qué diré de los filósofos, cuyo padre, Sócrates, no tenía empacho, siendo ya anciano, de aprender a tocar la lira? No en vano Platón juzgó necesaria la música al hombre de la ciudad, a quien llamó **politicón**. Ella es como un regalo de la naturaleza para llevar más fácilmente los trabajos. Aun los remeros se animan con el canto. Y no solo en los casos en que muchos se aúnan siguiendo el compás de una hermosa voz; también la fatiga individual se atenúa con solo tararear una simple canción..' (**Instrucciones oratorias,** lib I, c.10).

85. Para no extendernos demasiado en cosa tan manifiesta, he aquí lo que dice de la música el más filósofo de los oradores y el mayor orador de los filósofos, Marco Tulio Cicerón: 'Fue preocupación de muchas ciudades griegas el conservar la modulación antigua de las voces. Pero, a medida que

se fueron corrompiendo sus costumbnres, también fueron trocándose sus canciones,ya fuese que participasen de la misma voluptuosidad y corrupción, como piensan algunos, ya fuese que, al perderse la austeridad de las costumbres a causa de otros vicios, tuviese lugar este cambio junto con el los gustos y preferencias colectivas' (**De legibus**, lib.II).

86. Al leer los testimonios de los varones doctos sobre la influencia y virtud de la música en la educación del pueblo suelo preguntarme: ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso los antiguos conocían distintos y mejores sistemas de modular que los nuestros? Porque ¿cuál es el modo tan dulce y eficaz que tanto poder tenía sobre las malas costumbres? Si hemos de decir la verdad, debemos confesar que la música que ahora cultivamos, lejos de aprovechar, ejerce más bien perniciosa influencia en la educación de la juventud. ¿Por qué así? Porque en vez de canciones nobles y viriles, en vez de majestuosos sones de instrumentos que mitiguen y ordenen las desviaciones del espíritu y sometan a la razón los sentimientos ilícitos, preferimos melodías sensuales y bastardas. Refiérense casos de personas que, mordidas por serpientes de la Apulia, fueron curadas con la música. Pasemos esto por alto. Suponiendo que curasen los cuerpos, nuestras músicas corrompen las almas; y vemos muchas veces que a un cantor o cantora que pervierte el oído y el corazón se le llega a pagar en tres días lo que alcanzaría para alimentar durante un año a todo un familión de gente honesta, que muchas veces llega hasta balar de hambre...(**La Republica**, III y V; **Las Leyes**, II,III y sig.).

(2. **La música en las reducciones guaraníes**)

87. Entre los guaraníes la música era excelente, pues de todos los niños y jóvenes eran elegidos muchos que, después de aprender música, cantaban y tocaban la lira, el órgano, la cítara y el violín. Manejaban también con destreza la flauta, el clarín y la trompa. El que primero los adiestró en este arte fue Juan Vasseo, quien, según dicen, fue músico del emperador Carlos V, y habiendo reunido ya lo suficiente para vivir, renunció espontáneamente y atravesó el océano, dipuesto a amansar con su música, cual otro Orfeo, a los salvajes. Abrumado por el trabajo de atender a los neófitos atacados por la peste, murió en el pueblo de Loreto en 1623.

88. Siendo tanta la inclinación de los indios a la música -podrían ser comparados a las aves, a las cuales la naturaleza inspira sus melodías-, la aprendieron con tal perfección que han causado admiración a los europeos, y lo mismo acontece actualmente. Cayetano Cattaneo, que hizo el viaje a aquellas tierras, desde Italia en 1729, escribió a sus parientes de Módena

haber encontrado un niño guaraní de doces años que ejecutaban el órgano en las más difíciles partituras de los compositores de Bolonia sin un solo tropiezo.

Los guaraníes cantaban diariamente durante la misa, acompañados del órgano y de los demás instrumentos. Por la tarde, después del rosario, se entonaba un breve motete en honor del Santísimo Sacramento y de María, la Madre de Dios, al cual respondía todo el pueblo. Al final se rezaba el acto de contricción. En general, de la música de los guaraníes puede decirse que en el templo era devota y solemne, distando mucho de profanarlo con cadencias o melodías teatrales (que muchos músicos profanos e incapaces han intentado introducir, ¡oh vergüenza!, en el recinto sagrado); y en los hogares y en el campo era honesta y digna, sin admitir nada que pudiese corromper las costumbres.

(3. La danza según Platón)

89. 'Ejercítense los niños y las niñas, decía Platón, en danzas gimnásticas, que proporcionan flexibilidad y agilidad a los miembros, y vienen a ser como una preparación militar. Las mujeres no deberían ignorar el manejo de las armas, ya que alguna vez puede ser necesario que, en ausencia de sus maridos, formen ella como un muro defensivo contra los enemigos del Estado y de la patria. Sean las danzas graves, combinadas y alegóricas, al par que representaciones honestas y aprobadas, de las diversas costumbres y de los hechos gloriosos. Todo lo que sea excederse de esto, como los bailes afeminados y lascivos y las danzas de Baco (es decir, las bacanales) no debe permitirse en la República'.

90. Además de la educación de los niños por medio de la música y de la danza, añadió Platón otro precepto de orden privado y doméstico, dirigido a las madres y nodrizas, sobre el recto cuidado de los pequeños, los cuales, como cera blanda, deben ser modelados a fin de que ninguno de sus miembros quede viciosamente deformado. Según él, los niños deben permanecer fajados durante dos años, a fin de que adquieran una buena formación corporal. Los huérfanos deberán quedar al cuidado y bajo la vigilancia de excelentes tutores y curadores (**La República** y **Las Leyes, loc. cit.**).

(4. La danza en las reducciones)

91. Las danzas tenían lugar solamente en las grandes festividades del

año, en la plaza, en presencia de todo el pueblo y del párroco, quien junto con su compañero se sentaba a la puerta del templo. Solo intervenían en ellas los niños y jóvenes, varones y mujeres por separado. Los bailes eran graves y jeroglíficos, es decir, simbólicos. Unos representaban la lucha entre el arcángel San Miguel (en cuyo escudo se leía: ¿quién como Dios?) y el dragón rebelde con sus secuaces. Estos al fin quedaban vencidos, y aquél, triunfante y vencedor. Otras veces representaban cuatro augustos monarcas, cada uno de una parte distinta del mundo, conducidos por una estrella para adorar al Rey de reyes y Señor de los que dominan; y una vez que lo encontraban, recostado en el seno de la hermosa Madre, deponían ante él sus cetros y coronas en señal de adoración.

92. En otras ocasiones clavaban en el centro de la plaza las insignias de la Virgen, y llevando en unos escudos las letras del nombre de María las combinaban, evolucionando en diversas formas, hasta que paulatinamente las colocaban en orden, de modo que el público pudiese leer simultáneamente el dulce nombre de la Reina del cielo. Los actores del juego, doblando a compás las rodillas e inclinando la cabeza, quedaban prosternados ante una sagrada imagen de la Virgen, dispuesta a este fin de antemano. A veces simulaban luchas entre moros y cristianos, de modo que éstos, con la ayuda de Dios, quedasen vencedores, y aquéllos, confundidos y puestos en fuga, volviesen torpemente las espaldas. Durante el combate guardaban un movimiento rítmico del cuerpo al compás de la música. También exhibían, a veces, bailes de conjunto, con combinaciones musicales: dos, por ejemplo, preludiaban con la lira; respondíanles otros dos con la cítara; seguían dos con laúdes, dos con violines, dos con flautas, etc., sin cesar mientras tanto de saltar con gran ritmo y agilidad.

93. Referiré a este propósito un hecho memorable. Estaba destacado con su ejército en el pueblo de San Francisco de Borja, el ilustre capitán Pedro Cevallos, quien había acudido allá a causa de un levantamiento de los pueblos cisuruguayos, los cuales se resistían a acatar el célebre pacto con los portugueses, que los obligaba a abandonar sus tierras, según dijimos más arriba. Habiéndose recibido en ese tiempo, cartas de Europa con la noticia de la ascensión de Carlos III al trono de España, por muerte de su hermano Fernando VI, quiso Cevallos, en señal de fidelidad al rey, celebrar con toda magnificencia el comienzo de su reinado. Los juegos festivos duraron muchos días y acudieron de otros pueblos muchos cantores y bailarines guaraníes.

94. Los cantores se encargaron de la música sagrada, que ejecutaron maravillosamente durante los oficios que se celebraron por el feliz y próspero gobierno del nuevo rey. Los bailarines hicieron gala de su arte en la

plaza, en presencia del capitán Cevallos, de los jefes y soldados y de numeroso público. Fueron tan variadas las danzas, que constantemente se exhibían números nuevos, y en un solo día se realizaron 6 bailes distintos. Refieren que José Cardiel les enseñó 70 diversos números de baile; y lo que es más de alabar, en tanta variedad de danzas no se advirtió nada chocante o lascivo (para evitar eso estaban allí presentes el párroco y su compañero), o a que se le pudiera aplicar el grave dicho de Gersón: **Omnia peccata chorizant in chorea**: Todos los pecados bailan en la danza (Sermón 2o. **Contra la lujuria**). Todavía creo que viven algunos sacerdotes y muchos soldados (Cevallos ha ya tiempo que murió), los cuales podrían dar testimonio de lo que entonces vieron y admiraron.

95. En el día del Santo Patrón, que cada pueblo celebraba con gran solemnidad, solía representarse alguna obra seria, como la ida de los pastores a la gruta de Belén después de recibir el mensaje del cielo, y el coro de la milicia celestial entonando el **Gloria in excelsis Deo**. Seguidamente presentaban los indios los piadosos obsequios de los pastores y los ofrendaban, con admirable simplicidad y candorosa inocencia, al Dios recién nacido y a su Madre. Para estas representaciones (en las que solo actuaban niños debidamente preparados, sin admitir niñas) y para los bailes que regularmente tenían lugar durante el año, la comunidad proporcionaba trajes a cuantos intervenían, de acuerdo a las distintas escenas. Estos trajes se guardaban (mientras llegaba el tiempo de ser nuevamente usados) en unos armarios que había en la casa parroquial, en la cual había también gimnasios donde eran enseñados los niños, a fin de que el párroco pudiese fácilmente observar si los maestros -indios escogidos- cumplían debidamente con su deber» (Peramás 1946: 78-88).

II. DIARIO DEL DESTIERRO (12 jul. a 29 sep. 1767).

(1. El Comandante Fabro toma el Colegio de Córdoba)

«7. Animado, pues Fabro con el razonamiento llegó finalmente al colegio y hoy,12, Domingo, y puestas las centinelas por afuera y las rancherías (así llaman la casa de los esclavos), él con el resto de la tropa, con la bayoneta calada y con orden de hacer fuego a la menor resistencia, se vino a la portería, a donde estuvo hasta las 3. A esta hora, estando el cielo nublado, que parecía tener sentimiento de nuestra desgracia, tocan la campanilla de la portería y llaman al P.José Páez para una confesión; avisó el portero al P.Rector Pedro Juan Abreu, quien le señaló compañero; acudieron los dos y, al abrir el portero, he aquí que entran en tropel y Fabro, pidiendo

paso franco, le puso dos pistolas a los pechos al pobre portero. Pregunto: ¿para qué fue esta precipitación y aparato de armas? ¿acaso para resistir a 112 sujetos, la mayor parte jóvenes, que, noticiosos de lo que pasaba, saldrían a impedir la entrada? No por cierto, pues todos muy descuidados estaban en sus lechos entregados al descanso. Pues ¿para qué fue?. Para resistir a solo tres sujetos, de los cuales dos pasaban de 60 años. Y para tan pocos y tan flacos, ¿tanto aparato? Oh, qué tímido es el corazón humano, cuando en lo que emprende no le acompaña la razón, ni la justicia!.

8. El P.Páez, aunque vió tal atropellamiento, sin perturbarse dijo a Fabro: 'Señor, mire V.Merced que voy a una confesión; permítame que salga'. 'No es menester, respondió, ni faltará quien vaya a la confesión'. Pidió las llaves al portero y, cerrando la portería, pidió le condujesesn al aposento del P.Rector; lo mismo mandó al P.Ministro Ignacio Deya, que medio vestido acudió a la portería por ser tan repetido el toque de la campanilla y juzgó no haber oído el portero. Todos juntos, llenos de miedo los soldados por haber esparcido nuestros émulos que teníamos un aposento lleno de armas para la defensa, fueron al aposento del P.Rector, a quien dijo Fabro se vistiese y mandase juntar a la comunidad para leerle una cédula del rey. Vestido el P.Rector le dijo al Comandante se esperase un poco para ofrecer las obras del día a Dios, como tenía de costumbre. Y ciertamente que tenía que ofrecer más de lo que pensaba.

9. Quedáronse los oficiales con el P.Rector, y el P. Ministro y el despertador con soldados con bayoneta calada fueron a despertar la comunidad. El despertador no podía hablar, por lo que se quedaban admirados los estudiantes y más oyendo que bajasen a toda prisa al refectorio, pues, cuando veían a los soldados, se quedaban pasmados. Entre tanto fue conducido el P. Rector al refectorio. Como era hora intempestiva, tardó en juntarse la comunidad; algunos se aturdían viendo la casa llena de soldados y oyendo tanto ruido de armas.

10. Al fin todos juntos, se levantó el Comandante Fabro y dijo a la comunidad oyese las providencias del rey. (Nos) pusimos todos en pie y leyó el escribano en voz alta la cédula real de extrañamiento y secuestro. Oída, respondió el P.Rector que la obedecía. Concluyó Fabro que nos quedásemos allí, que se nos trataría con toda decencia y cortesía, como lo mandaba el rey en su pragmática. Mandó después tomar los nombres con distinción de grados, en cuyo ejercicio, llegando el escribano al H.Paz, le dijo que siendo novicio tenía elección de quedarse, y él respondió con tal sacudimiento: 'V.M. escriba mi nombre y déjese de lo demás, que no se le preguntó a los demás novicios'. Al salir Fabro, le pidió el P.Rector que nos dejasen decir misa, pues era domingo, mas él encongiéndose de hombros

respondió que no podía y así se salió cerrando las puertas del refectorio. A poco rato volvió y pidió las llaves de los aposentos.

11. Luego que salió Fabro del refectorio, fué a entregarse del colegio, y en este punto se vió arruinado lo que en tantos sudores habían allegado en 200 años (que en este se cumplían) nuestros primeros PP. En este punto nos vimos reducidos a la mayor miseria los que habíamos socorrido a tantos en las suyas. En este punto nos vimos encarcelados y presos los que habíamos librado a tantos en sus prisiones. Finalmente, se vió en este punto aquel Colegio, que había sido escuela de virtud y letras, convertido en teatro de disolución, libertad y vicio, pues fue hecho cuartel del soldados.

12. Luego, pues, que nos vimos encerrados, mandó el P.Rector tener la oración ordinaria; no faltaban puntos ni materia. En los sujetos, cogiéndoles todo tan de nuevo, se reconocía una resignación muy grande; y luego que se permitió hablar, se iban exhortando unos a otros a la perseverancia, dando prueba de aquella fortaleza y constancia, de aquello que dijo el otro: **Justum et tenacem propositi virum - Si fractus illabitur orbis - Impavidum ferient ruinae** (Horat. 23, ad. 3). Que no eran capaces de alterar los ánimos las ruinas de todos los colegios del nuevo mundo y parte de los del viejo. Prueba fue de esta constancia que, ofreciendo sus amigos a muchos sujetos nuestros comodidad para desaparecer, no lo quiso admitir alguno. A uno se hizo su disfraz a propósito, bien costoso, ofreciendo ponerlo en parte bien segura; y no solo a uno, sino a todos, si queríamos irnos aun desde el refectorio, cuyas ventanas estaban a pie llano y no se puso en ella cuidado alguno, que esta centinela se le escapó a Barzola[1]. A otro jesuita se le trajo vestido nuevo, para que siquiera por una noche fuese desconocido a despedirse de su señora madre, mas de ningún modo lo admitió **(No copio nn.13-41).**

(2. Siguen llegando otros jesuitas al Colegio)

42. Llegó hoy el P.Pedro Martínez, misionero del Partido, con su compañero P.Pedro Nogal, hoy expulso. Se hallaban actualmente haciendo misión en la capilla de Santa Rosa,24 leguas de Córdoba, cuyo partido estaba a su cargo. La primera noticia que tuvieron fue una voz vaga que les dejó suspensos. Después informados del caso, luego al punto dieron la

1 Barzola era un fraile franciscano, que colaboró con el Comandante Fabro en la toma del Colegio y que, según Peramás, "se veía señalado por (el virrey de Buenos Aires) Bucarelli rector del Real Colegio de Monserrate, que gobernaban los nuestros" (n.5).

vuelta a Córdoba y se vinieron a entregar. Antes se despidió del auditorio con esta breve misión: 'Adiós, hijos míos, ya sabéis lo que nos pasa. Yo os he predicado hasta ahora las verdades católicas. En adelante habréis vosotros de predicar las máximas que habéis oído e impreso en vuestros corazones. Adiós, hijos míos, y os pido por las entrañas de Jesucristo que no queráis impedirme que vaya a padecer con mis hermanos. Aquí tenéis a este santo Cristo, compañero de mis misiones, para que os acompañe y consuele, que lo hará mejor que yo. Adiós, hijos, adiós'.

43. No se puede explicar el sentimiento y las lágrimas de aquellas pobres almas, luego que oyeron **adiós, hijos míos**. Pues ya ellos lo esperaban, como que lo habían sabido antes, viendo que se quedaban sin su padre, a quien habían tenido por más de 30 años y a quien amaban con un amor tiernísimo, sin quererse apartar de él por muchas leguas llorando sin cesar. Antes de llegar a Córdoba, ya estaba la noticia en la ciudad, y salieron a recibirle llorando del mismo modo y todos ofreciéndole plata según la posibilidad de cada uno; mas el padre no admitió ni un medio, moneda la de menos valor en aquel país. Hasta los mismos soldados tenían noticia del padre y decían entre sí: **hombre, este padre es el misionero que anda en misiones cerca de 30 años**; y le cobraron tal respeto que, echando mano de lo que traía el padre en el carretón, les dijo con tanta superioridad y desahogo: **esténse quietos y esperen**, que nadie chistó, hasta que a los criados que le acompañaban les dió varias cosas suyas, y luego les dijo a los soldados: **ea, esto es del rey, aquello de estos pobres, ¿a dónde están los Padres?**. Y los soldados en silencio, sin hablar, ni oponerse a nada.

44. Por la tarde llegaron de la Candelaria, estancia del Colegio a 22 leguas de la ciudad, el P.Pedro Rodríguez y el H.Antonio Carranza. Estos supieron antes lo sucedido, mas ellos quisieron que les costase trabajo. Luego que llegaron las tropas, dijo el padre misa y consumió el Señor, porque, aunque querían que se pusiesen en camino sin esa diligencia, el padre les dijo que no se cansasen, porque no se partiría sin consumir al Señor, y se salió con la suya. Aquí, por una casualidad, hallaron 90 pesos, pues la estancia no era de las mejores.

45. Hoy se restituyeron los novicios a nuestro colegio. Sobre su perseverancia supimos cómo el R.P.Guardián les solía repetir muchas veces que estaba en sus manos el seguirnos, y a un sobrino suyo que tenía entre ellos, no le dijo una palabra sobre este punto, porque decía que: **no quería ser responsable a Dios de lo que a su sobrino le sucediese, si por sus consejos faltase a su vocación religiosa**. No así nuestro moralista Barzola,quien dio fuerte batería para que se quedase, haciéndole pecado mortal al H.Baigorri el seguirnos. ¡Qué padre de almas! El H.Baigorri, que era uno de

los mejores colegiales teólogos que teníamos, le respondió con suma modestia deshaciendo sus designios, de suerte que sus padres, que se hallaban presentes, quedaron muy contentos de la constancia de su hijo. Lo mismo hizo un mercenario, aunque no con la intención de Barzola.

46. Con ocasión de una firma que el P.Vicente Sanz, cancelario de la Universidad, había de echar en un libro, vino al refectorio el Secretario de dicha Universidad, el cura D.Martín Guzmendi. Luego que entró, echó a llorar y las palabras que articuló fueron: **Padres míos, ¿qué han de hacer mis feligreses sin pastores? Ya se acabaron las letras, ya se acabó la virtud. Yo me veo precisado a renunciar al curato, si no mandan obreros en lugar de jesuitas.** Acabado su negocio se despidió del mismo modo llorando, habiendo abrazado antes a todos, uno por uno, siendo 133.

(4. Desterrados salen de Córdoba hacia los navíos)

47. Esta noche fue la última de estar en Córdoba, en la que,después de sacar las camas y petacas, a voz de pregonero vino Fabro y los alcaldes entre 10 y 11 de la noche a despedirse de nosotros.Fabro con mil sumisiones y cumplimientos nos dijo que le perdonásemos y que, si no había hecho más con nosotros, era por no permitírselo las órdenes que traía; que si hubiera consistido en él, se hubiera portado de otro modo, **porque yo**, decía, **aunque soy pecador, tengo también mis escrúpulos.** Salimos, pues, entre 11 y 12 de la noche para las carretas, rodeados de soldados y faroles delante. Los tránsitos nos infundían no sé que tristeza y pavor; al pasar por ellos nos acordamos y teníamos muy presente el que no los habíamos de ver más, lo que nos hacía exclamar con el sacerdote de Febo: **Venit summa dies, et ineluctabile tempus - Dardaniae. Fuimus Troes, fuit Illium**[2].

48. Con el acompañamiento dicho fuimos a la puerta de los carros y allí encontramos 44 entre carretas y carretones, y todo el ámbito que ocupaban acordonado de gente, ya para evitar cualquier atentado de los cordobeses, ya para que no huyésemos. En este punto no sé que se figuraba Fabro. El había visto que sin la menor resistencia se había hecho dueño de todo.Había observado la sumisión y rendimiento de todos los sujetos, sin haber sido necesario usar la multitud de esposas que trajo de Buenos Aires. Había hallado ser falso lo del aposento lleno de armas. Todo lo había observado y con ser todo así, ¿tanta prevención de armas, tanto aparato de

2 Llegó para Dardania el día definitivo y el tiempo ineluctable. Existieron los troyanos y existió alguna vez Troya (Virgilio, **La Eneida**, 2).

tropas? Sí, que todo esto y mucho más era necesario para sujetar a aquellos que tan formidables eran en el mundo y que tanto ruido causaron con su célebre Nicolao en Europa. O diremos, si es lícito discurrir así, que, como el mundo nos tiene por tan sagaces y astutos, se recelaba ahora que esta sumisión y rendimiento que mostrábamos,era para que se descuidasen todos y nosotros viendo la nuestra nos salvásemos y huyésemos.

49. Luego que llegamos nos repartió Fabro en este orden. En cada carretón dos Padres, los más ancianos, y un Hno. coadjutor, y en las carretas cuatro en cada una. Los sujetos que salimos eran: sacerdotes 37, estudiantes 52, coadjutores 30, novicios 11 y por todo 130, pues se quedaban los procuradores (P. Antonio Miranda, de Provincia, Hno.Antonio Castillo, del Colegio) y al P.José de la Torre,por su alteración incurable de cabeza, lo enviaron a su casa, que era de Córdoba. Nos acompañaban bastantes soldados bajo la conducta de D.Antonio de Bobadilla junto a las carretas, cuya descripción oye para que veas cómo vendrían cuatro sujetos en cada una.

50. Las carretas son de hechura semejantes a las de España y solo se diferencian en lo bronco y en lo tosco.De largo tendrán tres varas y de ancho vara y media. Están cubiertas unas con espadaña, otras con cuero; su altura, lo que basta para estar uno en pie, su movimiento, molestísimo y algunas lo tienen tan violento que turban la cabeza. Dentro de ellas se experimentan las inclemencias de los tiempos aun con más molestia que en campo raso, porque, como su cubierta es o de pajas o de cuero, tienen mil agujeros y goteras por donde entra el viento y el agua. Esto aún es más cuando llueve y luego sale el sol, que seca los cueros, éstos se encogen y dejan unas ventanas que es menester valerse de mil reparos y no bastan, principalmente si son viejas. Las nuestras eran puntualmente de este jaez, a excepción de unas cuantas nuevas que por casualidad habían traído del Chaco, pues los que las compusieron, como no habían de ir en ellas, ni los que las habían de ocupar repugnar, las compusieron malísimamente **(No transcribo nn.51-52).**

53. Empezamos, pues, entre 1 y 2 de la mañana a caminar, y a pocos pasos comenzaron a volcarse las carretas por un mal paso. En una de éstas venían los enfermos. A este trabajo se juntó la gritería y llanto de la ciudad, principalmente de nuestros esclavos, lo que nos partía el corazón. Mucha causa fue para tanto sentimiento el tener cogidas las bocacalles con soldados para que no pasase gente a vernos. Paramos por la mañana tres leguas de Córdoba, a donde vinieron a despedirse señores de Córdoba y entre ellos venía una señora, disfrazada de hombre, hermana de un jesuita, que venía en la tropa. Aquí compusimos las camas para acomodarlas en las carretas,pero por más composiciones no podíamos acomodar 4 camas, por lo que muchos se determinaron a no desnudarse, y así vinieron 27 días

hasta los navíos. Bobadilla se mostraba muy jovial y alegre, y por la tarde, cuando hicimos la única comida, nos decía que perdonásemos, pues, como era el primer día, no se podía hacer otra cosa, que en estableciéndose las jornadas guardaría otro método y disposición. Con esto, luego que comimos, volvimos a caminar.

54. Llegamos hoy 24 (de julio) al Río Segundo de noche. Aquí encontramos a D.Luis Castañares, estudiante que estaba ya para graduarse en Sagrada Teología. Venía con resolución de seguirnos a Roma, para lo cual había dejado en su casa carta de despido. Mas se le disuadió la idea. Aquí supimos cómo el colegio de Monserrate se perdía a toda prisa, por sacudir o no admitir nuevo yugo los estudiantes. Que Barzola advirtiendo lo disgustados que estaban en él y que esto nacía del afecto que nos conservaban, procuró para aquietarlos impresionar sus ánimos contra nosotros contándoles para esto mil fábulas, de las que para hacernos odiosos han inventado nuestros émulos y corren entre el vulgo.

Y para ganarlos más, se valió de un medio muy pernicioso y que podía tener muy malas consecuencias. Mientras estuvo a nuestro cargo el convictorio, se observó invariablemente una de sus leyes, de no permitir salir a colegial alguno solo, sino siempre en comunidad. Ahora nuestro Rector nuevo en este punto hacía la vista gorda, disimulando que saliesen no solo de día sino aun de noche, y sabemos que en una salieron 18 por la puerta falsa. Este medio -no había duda- era muy adecuado para el fin que pretendía Barzola, pues, para ganar a jóvenes, no hay cosa como disimular sus defectos y permitir vivan a su libertad y anchuras. Pero parece que Dios le castigaba, pues cada día tenía menos súbditos que gobernar **(No copio nn.55-60).**

(5.Llegan a Luján y se ordena ir de frente a navíos)

61. En el 11 (de agosto) pasamos a Luján, población bastante buena, 12 leguas de Buenos Aires. En la torre estaban llorando el cura y el doctor Bejarano, muy afectos nuestros. No nos hablaron, porque el Ilmo.Sr.D.Manuel Antonio de la Torre había prohibido a todos sus feligreses, pena de excomunión, no sólo que nos hablasen, mas aún que nos socorriesen. Contra nosotros escribió este prelado a la corte no ha muchos años. A él vino la comisión para que visitara las misiones de Guaraníes; las visitó y quedó tan prendado que volvió a escribir mil elogios de ellas, añadiendo que, en conciencia y delante de Dios, estaba obligado a hablar de aquel modo. No obstante esto y el conocer él que los jesuitas de estas provincias eran los más obedientes y rendidos al rey y a los obispos, como él dijo a nuestro obispo de Córdoba Illana, ahora se ha portado de este modo.

Amigo, esto es seguir el tiempo y saber vivir en este mundo. En esta villa recibió orden Bobadilla para que sin entrar en Buenos Aires nos llevase a los navíos.

62. En el 12 paramos pasado el riachuelo de las Conchas. Aquí salieron algunos caballeros a visitarnos. En el 13 pasamos a vista de Buenos Aires legua y media y paramos al ponerse el sol, pasado el riachuelo que tiene el mismo nombre que la ciudad. En el 14 caminamos todo el día hasta la 1 de la noche, por lo que fácilmente advertirás que Bobadilla, el ayuno de hoy eclesiástico lo hizo natural. Pasamos por un pueblecito llamado Quilmes, que tiene unos 24 ranchos de indios y está a tres leguas de la ciudad. El 15, día de la Asunción de la Virgen, se dijo misa en el altar portátil, porque Bobadilla no quiso se abriera la capilla de la Calera, que era donde estábamos, por ser nuestra. Todo el camino que nos faltaba era pantanoso, por lo que caminamos poco. Desde aquí veíamos ya los navíos. En día y medio no anduvimos más que una legua por tan difícil como era aquella laguna. Durmieron unos antes del pantano, otros en el pantano y los otros después del pantano. Así nos cogió la noche, porque los carreteros asistían todos con sus yuntas a las carretas que iban pasando, poniendo 5 y 6 yuntas a las carretas, dándoles el agua a los carreteros más arriba del vientre.

63. Unos 3 o 4 de aquellos de quienes se puede decir **Dios los cría y ellos se juntan**, pasamos la noche a un fuego de carbón, que era lo único casi que había quedado en las carretas, hablando de la historia del tiempo, tomando mates al uso de la tierra, y se nos pasó la noche sin sentirla. Luego que amaneció en el 16 fuimos rodeando el pantano para la Ensenada. Era domingo, mas no hubo misa, ni que comer, pues lo que había quedado se hundió y se fue al fondo en el pantano. En el 17 caminamos media legua. Ibamos con las carretas como si navegáramos. En el 18 por la mañana comenzamos a caminar por la Ensenada. Aquí hay una población de más de 100 casas.Estaban ya prevenidas las lanchas y botes de las fragatas, la Liebre, la Esmeralda y la Venus con el Jabeque llamado el Andaluz. Luego a toda prisa nos hicieron embarcar. A los que quedaron esperando volviesen las embarcaciones, dieron de comer unos pobres catalanes sin interés alguno, sacando la comida a la ribera del río. Nos llevaron a la fragata llamada Santa Brígida y por sobrenombre la Venus. Su capitán Don Gabriel Guerra Jerezano, los oficiales y tripulación con toda cortesía y humanidad **(No recojo nn.67-70).**

(6. Llega nueva expedición y retorna a Europa con expulsos)

71. Antes de proseguir nuestra narración, te aviso lector que los días

que echares (de) menos, es señal que no hay más novedad que hacer prevenciones, que aun faltan, para quitar así la molestia que sería ir repitiendo: **no hay novedad o prevenciones**. Esto supuesto, pasemos al día 29 (de agosto), en el cual día por nuestra fortuna tuvimos un temporal fuerte de viento y agua. Empezó a las 10 del día y a las 2 faltó el cable de una de las dos áncoras, por lo que echaron la esperanza. A las 3 sosegó algo y a la noche se apaciguó del todo. En el 30, comulgamos y llegó a bordo la Misión, de que hablamos el día 8, que vino en el navío San Fernando. Venían 5 sacerdotes, 14 estudiantes y 1 coadjutor, pues los demás se quedaron enfermos en Montevideo. Venían de procurador el P.Javier Varas;su compañero y primer procurador, P.José Salinas, venía muy enfermo en el navío y con la pesadumbre que se encontró en el puerto, murió en Montevideo y fue enterrado en la matriz. En esta misión venían para el Paraguay y los otros, con los dichos procuradores para Chile.

72. A éstos, pues, luego que arribaron a Montevideo, les mandaron no saltase nadie a tierra. Después fue el gobernador y les intimó el decreto. ¡Que recibimiento para unos hombres consumidos y acabados con una navegación tan trabajosa como fue la que tuvieron! Considera, lector, cómo se quedarían hallando en el puerto y en tierra mayor tormenta que cuantas padecieron, con ser tan grandes como te voy a referir. Salieron de Cádiz a 11 de enero. Poco después estuvieron para perderse por un temporal que al navío le hizo tener un lado por 3 horas debajo del agua. Cortaron el palo de la mesana, con lo que empezó a enderezarse el navío. Arribaron dos veces a Algeciras. A la primera, se quedaron 3 jesuitas, 2 enfermos y 1 de miedo. A la segunda se quedaron por el mismo miedo otros 2. Arribaron también a Canarias, donde les traró muy bien el obispo. Murió en la línea un estudiante, llamado Palacios, y casi todos con la tripulación enfermaron. Los alimentos los tuvieron muy escasos, principalmente los enfermos, pues para 100 se ponía una gallina en el caldero. Llegaron a Montevideo a 25 de julio. En este mismo día nos envió el Sr. Bucarelli 200 camisas con los barcos en que venía la Misión, y en la misma se fueron los novicios para probarlos segunda vez en Buenos Aires.

73. En estos dos primeros días hubo mucho viento y marejada, especialmente de noche. En el 10 (de septiembre) supimos cómo nuestros novicios se mantenían firmes en su vocación y solo 2, de los recién llegados de Europa, faltaron. En el 11 recibimos de Bucarelli 100 pares de zapatos y 100 libras de tabaco. En el 12 y 13 hubo tormenta de truenos y lluvia, y en el 15 vino de la Ensenada la saeta llamada el Pájaro, que había de venir con nosotros. En el 17 se embarcó la plata del comercio, conviene a saber 800 mil pesos, y en el 18 vino de la Ensenada la saeta Catalana, que había de venir también con nosotros. A ésta se pasó el P. Julián Vergara, según parece a

petición de su capitán o del oficial a cuyo cargo iban los jesuitas. En el 19 se embarcaron los sujetos de los colegios de Santa Fe y Corrientes, 16 de Santa Fe en el Pájaro y 12 de Corrientes en la Catalana. A nuestra fragata vino el P.Quiroga, según parece a petición de nuestro comandante. En este mismo día se restituyeron nuestros novicios, y con ellos venía el H.Joaquín Rada (expulso hoy) perteneciente al colegio de Corrientes.

74. En el 20 supimos cómo los señores colegiales de Monserrate persistían en no querer aceptar nuevo rector fraile. Y que hicieron solemne fiesta en su Real Convictorio el día de nuestro S.P.Ignacio con música y luminarias, y siguieron su ejemplo la Catedral, Sto.Domingo y las Monjas Teresas. En el 22 se trataba con ardor de traer a nuestro navío más pasajeros, principalmente 12 señoras francesas de las Islas Malvinas, mas nuestros oficiales hicieron una representación seria a Bucarelli, haciéndole saber que la opresión era tal que todos nos temíamos una peste. El efecto fue que solo vino un oficial francés fracmasón. En el 24 vino de la ensenada el navío San Esteban, en donde habían de ir 48 sujetos a Buenos Aires. En el 26 a las 8 de la mañana se tiró la primera pieza de leva. Se refirió el Velacho y se puso gallardete señal de Capitana. Salió de la Ensenada el pacabot con 7 novicios de los recién llegados con el P.Cosme Agullo, perteneciente al colegio de Buenos Aires por su superior. En el 28 se elevó un áncora, pero cambiándose el tiempo se volvió a echar. En el 29 disparose el segundo cañonazo de leva y empezamos a caminar a las 9 de la mañana. Anduvimos 3 leguas, buscando el canal en 3 brazas y media. En los días siguientes apenas se caminó, a causa de malos tiempos, pues para salir del Río de la Plata son necesarias tres condiciones para vasos mayores:buen viento, éste flojo y creciente» (**Diario** 1768: 94-118).

2. La Misión de Chiquitos (1692-1767)

Era la segunda gran misión jesuítica en el actual territorio de Bolivia, aunque no dependía como la de Mojos de la provincia del Perú, sino de la provincia del Paraguay. El nombre de chiquitos impuesto por los españoles se debía, no a que fueran de baja estatura, sino a que tenían en sus casas puertas muy pequeñas, por las que solo podía pasarse a gatas. Según el misionero-cronista Fernández (1726), la provincia de Chiquitos era «un espacio de tierra de doscientos leguas de largo y ciento de ancho» (1896:43), que limitada al norte por la sierra de Santiago, al sur por el Chaco, al este por el lago de Xarayes y al oeste por Santa Cruz de la Sierra.

Esta misión se inició en 1692. La provincia del Paraguay aceptó en-

cargarse de la nueva misión por la proximidad del territorio de los chiquitos y por ser éstos de procedencia guaraní y así en 1691 el provincial en Tarija ordenó al P.José de Arce iniciar la misión. La empresa no era fácil por haber sido el territorio chiquitano escenario de la explotación colonial española y portuguesa en distintas ocasiones. Como observa Egaña (1966), antes de partir el P. Arce, surgieron las primeras dificultades:

> «unas de orden moral, pues, según referencias, los chiquitos se hallaban muy lejos de armonizar con los jesuitas, atemorizados como estaban por los mamelucos, quienes, vestidos como sacerdotes y dándose el apelativo de padres, en más de una ocasión habían logrado primero engañar y después apresar a los incautos chiquitos. Otras razones eran de tipo comercial: habíase constituído una sociedad de 'europeos' que entendían en la trata de indios; por cualquier razón fútil, justificada o no, hacían levas de indígenas, que deportados a la capital, o eran sujetos de servicio, o materia de canjeos inhumanos» (1966:413).

A pesar de todo el P. Arce salió de Santa Cruz y el 14 de enero de 1692 estableció la primera reducción de San Javier. Pronto ésta debió hacer frente a las incursiones paulistas. Pero los indios, con el apoyo de 130 soldados enviados por el gobierno colonial de Santa Cruz, lograron rechazar a los 150 paulistas, cuya gran mayoría murió en la refriega. Aunque la reducción se salvó, debió de cambiar de sitio dos veces para alejarse no solo de la ruta de los paulistas hacia el oeste, sino también de los españoles. Pronto se decide establecer nuevas reducciones en la zona oriente, más próxima al Paraguay, y antes de acabar el siglo se fundan las de San Rafael, San José y San Juan Bautista, ésta última por el P. Fernández, el primer cronista de la misión.

Con el nuevo siglo la misión siguió consolidándose y expandiéndose. En 1768, según el P. Knögler, el otro misionero-cronista, había diez reducciones, cuatro de las cuales se habían fundado en los últimos veinte años, donde vivían «no menos de 37 mil indios, 22 mil bautizados y 15 mil a punto de convertirse» (1979:122). Si se compara esta misión con la vecina de Mojos, es indudable que tuvo un menor desarrollo relativo. Egaña lo atribuye no solo a su menor duración temporal (apenas 75 años), sino sobre todo al conflicto del indio chiquito con el mundo colonial español y portugués, que lo «desmoralizaba continua y profundamente» (1966:416). Tras esa apretada síntesis, paso a presentar a los dos misioneros cronistas.

2.1 JUAN PATRICIO FERNANDEZ (1667-1733).

Este misionero castellano nace en Loranca de Tajuña (Guadalajara).

Ingresa en la Compañía en la provincia de Toledo y en 1691, siendo estudiante de teología, llega a la provincia del Paraguay, donde completa sus estudios. En 1696 es destinado a la recién fundada misión de Chiquitos, donde trabajará un total de 24 años. Desempeña su labor misionera sucesivamente en las tres primeras reducciones de la misión y en 1699 funda la cuarta, la de San Juan. En 1704 intenta sin éxito encontrar un camino directo entre las misiones chiquitanas y guaraníes, viejo anhelo de la geopolítica misionera de la provincia del Paraguay que, como ya se vió, sólo pudo ser realizado en 1766 por José Sánchez Labrador. Entre 1707-09 desempeña el cargo de superior de toda la Misión de Chiquitos desde la reducción de San José. Pero en 1720 deja definitivamente la Misión, para desempeñar, en los últimos trece años de su vida, su trabajo pastoral sucesivamente en las ciudades de Tarija, Santiago del Estero, Asunción y Corrientes.

En 1726 el P. Jerónimo Herrán, procurador de la provincia del Paraguay en España, publica la crónica básica sobre la Misión con el título de **Relación historial de las misiones de los indios, que llaman chiquitos, que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay** (Madrid, Manuel Fernández). En 1729 aparece una edición alemana en Viena y una italiana en Roma. La segunda edición española se publica, como siglo y medio después, en Asunción (1896, Librería y Editora A. de Uribe). Aunque el autor principal de la **Relación historial** es Fernández, en realidad ésta contiene una parte redactada por el misionero Domingo Bandiera (1693-1765), quien escribió en italiano una relación sobre las misiones del Chaco, de los chiriguanos y de los chiquitos, apoyándose mucho para ésta en Fernández, y la envió a Lozano, que la tradujo y se la dió a Herrán para su publicación.

La crónica tiene 22 capítulos, en los que se cuenta la fundación y el funcionamiento de las reducciones, la muerte violenta de varios misioneros y la cultura de las distintas etnias: **chiquitos, manacicas, puyzocas, morotocos, quíes, payaguás y zamucos**. Extraña el tono tan impersonal de «historiador» que asume Fernández y que contrasta con el de la mayoría de los cronistas de esta antología, a pesar de que él fue testigo y protagonista de muchos sucesos que se narran en la crónica. Ello se debe sin duda a la intervención, a la que antes me referí, de los PP. Bandiera y Herrán sobre el manuscrito final.

He seleccionado para la antologia dos textos. El cap.2, que es una buena síntesis de la historia natural y moral de los chiquitos y trasluce gran capacidad de observación y simpatía, a pesar de los prejuicios propios de la época, y el cap.15, casi completo, donde se narra la fundación de la reducción de Concepción por el P.Caballero y el asesinato de éste a manos de los **puyzocas**.

I. SINTESIS ETNOGRAFICA DE LOS CHIQUITOS (1726)

(1. Situación e hidrografía)

«La provincia, a quien vulgarmente llamamos de los Chiquitos, es un espacio de tierra de 200 leguas de largo por 100 de ancho. Por el poniente mira a Santa Cruz de la Sierra y algo más lejos a las Misiones de los Mojos, que pertenecen a nuestra Provincia del Perú. Por levante baja hasta el famoso lago de Xarayes, a quien con razón llamaron el Mar Dulce los primeros conquistadores, por su amplitud y grandeza. Por la tramontana la cierra una gran cadena de montes bien larga, que corriendo de la parte de levante a poniente, remata en este lago. Por el mediodía mira al Chaco y a un gran lago o, por mejor decir, golfo del río Paraguay, que forma aquí una bellísima ensenada, cuyas riberas están pobladas de gran multitud de árboles y se llamó desde sus principios este seno o ensenada el puerto de los Itatines.

Bañan a esta provincia de Chiquitos dos ríos. Uno el Guapay, que naciendo en las montañas de Chuquisaca, baja por una llanura abierta por junto a un pueblo de los Chiriguanás llamado Abapó, y corriendo hacia el oriente, ciñe a lo largo,en forma de media luna, a Santa Cruz de la Sierra, y tirando de aquí entre septentrión y poniente, riega y baña las llanuras que están a la falda por ambas partes, y finalmente desagua en la laguna de Mamoré, en cuya costa están fundados algunos pueblos, ya cristianos, de los Mojos.

El otro, el Aperé o San Miguel, que nace en los Alpes del Perú, y atravesando por los Chiriguanás (en cuyas tierras muda su nombre por el de Parapity), se pierde finalmente en unos bosques muy espesos, por las muchas vueltas que da hasta Santa Cruz la Vieja, donde los años pasados se fundó la reducción de San José, y girando entre septentrión y poniente, baña las reducciones de San Francisco Javier y de la Concepción, desde donde tira derechamente al mediodía; y recibiendo en su madre muchos arroyos del contorno, pasa por las reducciones de Baurés, que pertenecen a las Misiones de Mojos, y de aquí va a desaguar en el Mamoré, y éste en el gran río Marañón o de las Amazonas.

(2. Flora y fauna)

El país, por la mayor parte es montuoso y poblado de espesísimos bosques, muy abundantes de miel y de cera por la gran multitud de abejas de varias especies, entre las cuales hay una casta que llaman **Opemús**, la

más semejante a las de Europa, cuya miel es odorífera y fragrante, y blanquísima su crea, aunque algo blanda. Abundan también de muchos monos, gallos, tortugas, antas, ciervos, cabras montesas y también de culebras y víboras de extraños venenos, porque hay algunas que, luego que muerden, se hinchan los cuerpos de los pacientes y destilan sangre por todos sus miembros, ojos, oídos, boca, narices y aun de las uñas; pero el doliente, como echa por tantas partes aquel pestilente humor, no muere. Otras hay cuyo veneno (aunque hayan mordido en la punta del pie) se sube al punto a la cabeza, quitando las fuerzas y privando del juicio, y de aquí extendiéndose por dentro de las venas, mata inmediatamente, causando delirio, y hasta ahora no se le ha podido encontrar eficaz remedio.

El terruño de suyo es seco, pero en tiempo de lluvias, que dura desde diciembre hasta mayo, se anega tan disformemente la campaña, que se cierra al comercio y se forman muchos ríos y grandes lagunas, que abundan de mucho género de pescado, los cuales pescan con cierta pasta amarga, con que atontados salen a la superficie del agua. Pasado el invierno, se secan luego los llanos y, para sembrar, es menester desmontar con gran trabajo los bosques y cultivar las colinas y cumbres de los montes, que rinden muy bien el maíz o trigo de Indias, arroz, algodón, azúcar, tabaco y otros frutos del país, como plátanos, piñas, maní, zapallos (que es una especie de calabazas, mejores y más sabrosas que las de Europa); el grano, empero, y la vid no se pueden coger en estas tierras.

(3. **Clima y prácticas médicas**)

El clima es cálido y destemplado, causa de muchos accidentes apopléticos y frecuentes contagios, que suelen hacer gran riza entre los naturales, porque estos bárbaros no saben aplicar sino dos remedios. El primero es **chupar los cuerpos enfermos**, oficio propio de los caciques y capitanes, que en su idioma se llaman **Iriabós**, los cuales con este oficio se hacen mucho lugar entre los naturales, con harta ganancia, porque en vez de guisar la gallina y otras viandas más exquisitas para el enfermo, se lo come todo el chupador, y al enfermo no le dan sino la ordinaria vianda de un puñado de maíz bien mal cocido; y si no lo quieren comer, no les da mucho cuidado, contentos con la respuesta del enfermo: **¿cómo he de comer si no tengo gana?**. Por lo cual tengo para mí que los más mueren de necesidad más que de enfermedades, de la cual no dan otra relación al sobredicho médico que mostrarle la parte dolorida y decirle por dónde han andado los días antecedentes.

De aquí pasa éste a examinar si el enfermo ha derramado la chicha (bebida algo semejanta a la cerveza), si ha echado a los perros algún pedazo de carne de tortuga, ciervo u otro viviente; y si le halla reo de este delito,

dice que el alma de estos animales, para vengar su injuria, le ha entrado en el cuerpo y le atormenta a medida de su afrenta. De donde es que, para darle algún alivio, le chupan la parte lesa, o también dan en el suelo grandes golpes con la macana alrededor del enfermo, para espantar aquella alma y ahuyentarla. Con esto se queda el doliente como antes, si no es que por ventura sucede que sanan naturalmente. Hase observado en estos médicos que, después de recibido el Santo Bautismo, por mucho que hacen, no pueden vomitar una materia sucia y hedionda, como antes lo hacían todas las veces que chupaban algún miembro enfermo, dándose el demonio por desobligado de mantener el pacto implícito que con ellos tenía, porque explícito y cierto no tenían ningún.

El otro remedio es bien cruel y propio de bárbaros, y era **matar a las mujeres** que se persuadían eran causa de la enfermedad (puede ser que sus mayores tuviesen alguna luz de que por una mujer había entrado en el mundo la muerte) y echándolas de este mundo, creían quedar ellos libres del tributo de la muerte. Por eso, importunaban al médico les dijese qué mujer les había puesto en el cuerpo aquella enfermedad, y éste decía que era esta o aquella que primero se le ofrecía, o con quien tenía algún enojo o con su marido o parentela, y cogiendo sola a la miserable, le quitaban a golpes y palos la vida. Y no acababan de caer en la cuenta del engaño, aun viendo por experiencia que no aprovechaba nada para escaparse de la muerte esta receta. Proviene esto de una necia imaginación que tienen de que las enfermedades provienen de causa extrínseca y no de interior alteración de los humores, porque no son capaces de penetrar con el entendimiento donde no alcanza la grosería de los sentidos corporales (propiedad de todos los indios occidentales), bien que por otra parte son hábiles y despiertos para lo demás. Y viendo que los misioneros curaban con purgas y sales, no acababan de persuadirse que la sangre y los otros humores, de que se alimenta la parte inferior del hombre, podía corromperse y causar malignos efectos y malas impresiones aun en el alma.Por esto, por la más leve indisposición se querían sangrar, y pidiéndoles el brazo, respondían que no era él, sino en la parte que les dolía, había de ser la sangría. Y experimentando con estos remedios mejoría, dieron de mano a los antiguos médicos, burlándose de sus fraudes y engaños y execrando la crueldad que habían usado contra las mujeres.

(4. Carácter, tipo físico, vestido y armas)

Son de temperamento ígneo y vivaz más que lo ordinario en estas naciones, de buen entendimiento, amantes de lo bueno, nada inconstantes ni inclinados a lo malo, y por esto muy ajustados a los dictámenes de la razón natural. Ni se hallan entre ellos aquellos vicios e inmundicias sensuales de

la carne, que a cada paso se ven y se lloran en otros países de gentiles ya convertidos. Su estatura es por lo ordinario más que mediana. Las facciones del rostro no desasemejantes de las nuestras, aunque el color es de aceituna, como que fácilmente se distinguen de los europeos. En pasando de 20 años, se dejan crecer el cabello y quien lo tiene mejor y más grande, tienen sobre los otros una cierta hermosura señoril.

Cuanto al vestir, los hombres andan totalmente desnudos; las mujeres traen una camiseta de algodón que llaman **tipoy**, con mangas largas hasta el codo y lo demás del brazo desnudo; los caciques y los principales usan también este vestido, aunque un poco más corto. Adornan el cuello y las piernas con muchas sartas de ciertas bolillas, que parecen a la vista esmeraldas o rubíes, de que también usan para hacer sartas de cascabeles en los días más festivos. Horándanse las orejas y el labio inferior, del cual cuelgan plumas de muchos colores, y de éste traen pendiente un pedazo de estaño; llevan también en la cintura una bellísima faja de plumas muy vistosa por la diversidad y proporción de los colores.

Son de ánimo valeroso, guerrero y bien dispuestos en lo personal para el manejo de las armas, una de las cuales es la flecha, en que son muy valientes y diestros; y para prueba y señal de su destreza, traen colgadas muchas colas de animales y plumas de pájaros que han cazado; otra de sus armas es la macana o maza, que es de madera muy dura y pesada en forma de palas, con que se juega en Europa a la pelota, solo que es más larga, en el medio es gruesa y por los lados aguda como la espada para poder pelear de cerca.

(5. **Organización política y familiar**)

No tienen gobierno ni vida civil, aunque para sus resoluciones oyen y siguen el parecer de los más viejos. La dignidad de cacique no se da por sucesión, sino por merecimientos y valor en las guerras y en hacer prisioneros a sus enemigos, a quienes asaltan sin otro motivo más que por quitarles algún pedazo de hierro o por alcanzar fama.De genio totalmente contrario son las naciones vecinas, que viven pacíficas y quietas en sus confines y, por eso, les es de terror y espanto las milicias de los Chiquitos, los cuales, después de hacerles esclavos de guerra, como si fueren sus parientes en sangre o muy amigos, los casan muchísimas veces con sus mismas hijas, aunque su matrimonio no se puede llamar tal, porque no es indisoluble.

Los particulares no se pueden casar sino con una sola mujer, bien que pueden echarla de casa cuando se les antoja y tomar otra. Solamente los

caciques toman dos o tres mujeres, y éstas, aunque sean hermanas, las cuales no tienen otro empleo que cocer chicha, corriendo por cuenta de los maridos el recibir y hospedar a los forasteros y servirles con esta bebida, que hacen de maíz, mandioca y otras frutas; en el color se da algún aire al chocolate y en los efectos es muy semejante al vino. La ceremonia que usan en sus casamientos es como sigue.Ningún padre dará su hija a marido, si éste no ha hecho antes alguna proeza; por eso, el que se quiere casar, sale antes a caza, y muertos cuantos animales puede, da la vuelta con un centenar de liebres, y sin hablar palabra las pone a la puerta de la mujer de quien está enamorado, y por la cantidad y calidad de la caza, juzgan los parientes si la merece por esposa.

La educación de sus hijos es en todo conforme a su tosquedad bárbara, dejándolos vivir sin temor ni respeto de los parientes, hechos señores de sí mismos, soltándoles las riendas para que corran a donde la disolución y fervor juvenil de los años los arrastra.

Viven pocos juntos como república sin cabeza, que cada uno es señor de sí mismo, y por cualquier ligero disgusto se apartan unos de otros. Las casas no son más que unas cabañas de paja dentro de los bosques, una junto a otra sin algún orden o distinción; y la puerta es tan baja que solo se puede entrar a gatas, causa porque los españoles les dieron el nombre de Chiquitos; y ellos no dan otra razón de tener así las cosas, sino que lo hacen por librarse del enfado y molestia que les causan las moscas y mosquitos, de que abunda extrañamente el país en tiempo de lluvias, y también porque sus enemigos no tengan por donde flecharlos de noche, lo cual sería inevitable si fuese grande la puerta; fuera de ésta, no tienen otro ajuar que una estera bien débil que, al más débil soplo de aire, cae. Los libres y solteros, que después de los 14 años no viven más con sus padres, viven todos juntos en una casa, que no es otra cosa sino una enramada descubierta por todos lados, la cual sirve también, en tiempo de sus visitas y cumplimientos, para recibir y alojar a los forasteros que vienen de otras partes.

(6. Distintas fiestas y su cambio por misioneros)

A los cuales regalan con lo mejor del país y con aquella su apreciada bebida, y acude todo el pueblo para festejar y participar,junto con los forasteros, del refresco; pero antes conjuran al demonio para que no venga a perturbar la alegría del festín; la ceremonia es salir algunos de ellos de la choza y, con grandes exclamaciones, dar en el suelo con sus macanas.

Sus festines y banquetes suelen durar dos o tres días y noches enteras,

poniendo su mayor magnificencia y esplendor en la copia y fortaleza de aquel su vino, cuyos humos al punto se le suben a la cabeza y los priva de aquel poco juicio y seso que antes tenían , por lo cual sus fiestas y alegrías acaban en riñas, heridas y muertes, porque los rencores y odios guardados y encubiertos o disimulados mucho tiempo en lo más secreto del corazón por cobardía y temor, brotan y salen fuera en estas ocasiones y vienen a las manos con furia.

Después los forasteros, en agradecimiento, los convidan y llevan a sus rancherías, correspondiendo con el mismo trato, cumplimientos y bárbara cortesanía, y éstas son todas sus andanzas y peregrinaciones. Bien que, aunque no tengan forasteros a quien festejar y banquetear, son entre sí muy frecuentes los convites a beber la chicha; y éste ha sido el único y no leve impedimento que se ha hallado en la vida política, y reducidos por medio del santo bautismo al gremio de la Iglesia, siendo cosa muy cierta y verdadera que **frustra docentur in fide, nisi ab eis removeatur ebrietas,** que de ellos y de las otras naciones de estas Indias escribió el doctísimo y sapientísimo obispo el Ilmo. Sr. Alonso de la Peña y Montenegro[1].

Por eso, nuestros misioneros pusieron todo esfuerzo desde los principios en exterminar y arrancar este vicio, y juntamente aquellos festines y banquetes; usaron de muchos medios, ya suaves, ya severos, de romper los cántaros, reprenderlos, derramarles la chicha y deshacer sus brutales juntas, cosa que les provocaba a cólera y venganza a aquellos bárbaros que se enfurecían y exasperaban tanto, que muchas veces echaron furiosamente mano a las macanas para matarlos. Quiso Nuestro Señor, finalmente, premiar sus industrias y santo celo, desterrando y arrancando del corazón de aquellos bárbaros vicio tan arraigado, mediante los sudores y virtud (como es constante opinión entre nosotros) del P.Antonio Fideli, italiano, que fue el primero que murió en esta apostólica empresa, por marzo de 1702, consumido de las fatigas y trabajos que padeció en cultivar esta nueva viña del Señor.

Después de su muerte dejaron del todo estos pueblos la embriaguez y las demás bárbaras costumbres, mudanza por cierto de la mano del Altísimo, pues aun entre cristianos más cultivados se ve todos los días que los dados a la embriaguez, es necesario un milagro de la gracia divina para que la dejen; pues ¿cuánto más sería necesario para estos bárbaros que le habían mamado en la leche?.

---

1 En vano son enseñados en la fe, si no se les quita la ebriedad. La cita está tomada del **Itinerario para párrocos de indios** (1668) del Obispo de Quito Peña y Montenegro, obra que tuvo al menos cinco ediciones en el período colonial.

(7. **Actividades de un día típico**)

Su distribución y repartimiento del tiempo es el siguiente. Al rayar el alba se desayunan, y juntamente tocan ciertos instrumentos de su música, semejantes a las flautas, hasta que se seca el rocío, de que se guardan como nocivo a la salud; de ahí van a trabajar, cultivando la tierra con palos de madera, tan dura, que suple la carestía de arado o azadones de acero; trabajan hasta medio día y entonces se vuelven a comer. Lo restante del día pasan en paseos, visitas y cumplimientos y en brindis y meriendas, en señal de amor y de amistad; anda alrededor un jarro o vaso de chicha, de que todos toman un sorbo, y también se ejercitan en muchos juegos deleitables y caballeros. Uno, entre otros, es semejante al de la pelota en Europa. Júntanse muchos en la plaza con buen orden, echan al aire la pelota, y luego, no con las manos, sino con la cabeza, la rebaten con maravillosa destreza, arrojándose aun a tierra para cogerla.

El mismo ceremonial de visitas practican entre sí las mujeres, que tienen tiempo para hacer esto y mucho más, porque las haciendas domésticas se reducen a solo proveer la casa de agua y leña, y guisar con solo agua un puñado de maiz, legumbres, zapallos o alguna otra cosa que han encontrado en el bosque, y sólo suelen hilar cuanto les basta para hacerse el **Tipoy** o a lo más para tejer una camiseta y una red o hamaca en que dormir con sus maridos; pero les cuesta mucho el labrar por no tener aptos instruméntos.

No duermen sino en el suelo sin otra cama que una estera, y a lo más unos palos toscos y desiguales, junto entre sí, y a no tener hechos callos que los defiendan de lo áspero de su cama, les sería de no leve mortificación. Al ponerse el sol tienden su mesa para cenar, y poco después se retiran a dormir. Solo los libres y solteros se juntan de noche a bailar entre sí y a tocar junto a su Rancho, y de aquí van continuando la danza por los caminos de esta manera: hacen una gran rueda y en medio ponen a dos que tocan las flautas, a cuyo compás canta y da vueltas toda la rueda sin mudanza alguna; detrás de los hombres hace otro semejante baile las mujeres, y estos bailes duran dos o tres horas, hasta que cansados se echan a dormir.

El tiempo de caza y pesca es después de haber hecho la cosecha del maíz y del arroz. Repartidos en muchas cuadrillas van a los bosques por 2 o 3 meses y cazan jabalíes, monos, tortugas, osos hormigueros, ciervos, cabras monteses; y para que no se corrompa la carne, usan chamuscarla de manera que se pone dura como el palo; y se tiene por dichoso quien trae cesta o canasta (a que llaman **panaquíes**) muy llena, porque todos le dan el parabién y le aclaman de esforzado y valiente. Por el mes de agosto ya están todos de vuelta, porque es el tiempo de la sementera.

(8. **Religión y magia**)

En materia de religión son brutales totalmente y se diferencian de los otros bárbaros, pues no hay nación, por inculta y bárbara que sea, que no reconozca y adore alguna deidad; pero éstos no dan culto a cosa visible ni invisible, ni aun al demonio, aunque lo temen. Bien es verdad que creen son las almas inmortales y a sus difuntos los entierran poniéndoles en la sepultura algunas viandas y sus arcos y flechas, para que en la otra busquen, a costa del trabajo de sus manos, con qué poder vivir, y de esta manera quedan persuadidos que no les precisará el hambre a querer volver a este mundo. Aquí paran, sin pasar adelante, a investigar a dónde van a morar, ni quién es el artífice de tan bellas criaturas, que les dió el ser y los sacó de la nada, ni saben dar razón de esto.

A sola la luna honran con el título de madre pero sin darle culto y, cuando se eclipsa, salen con grandes gritos y aspavientos, disparando al aire una gran tempestad de flechas para defenderla contra los perros, que dicen que allá en el cielo andan tras ella y la muerden hasta que la hacen derramar sangre de todo el cuerpo, que a su juicio es la causa del eclipse; y todo el tiempo que este dura, permanecen ellos en esta función hasta que vuelve a su resplandor y estado antiguo. Cuando truena y caen rayos, creen que algún difunto que vive allá con las estrellas está enojado con ellos, y aunque muchas veces caen rayos y centellas, no hay memoria de que hayan hecho daño ni muerto a ninguno. No tienen, pues, ni adoran otro Dios que a su vientre, ni entienden en otra cosa que en pasar buena vida, la mejor que pueden, viviendo en todo como brutos animales.

Aborrecen mucho a los hechiceros y a los otros familiares del demonio, como a capitales enemigos del género humano, y a los años pasados hicieron en ellos un cruel estrago, quitándoles las vidas; y ahora, con alguna ligera sospecha de que alguno ejercita este oficio, al punto lo despedazan con grandes golpes de macana.Son muy superticiosos en inquirir sucesos futuros por creer firmemente que todas las cosas suceden bien o mal, según las buenas o malas impresiones que influyen las estrellas; por eso, para conocer los puntos de sus aventuras, observan, no ya el curso de los cielos o los aspectos benéficos de los planetas, que a tanto no alcanzan, sino algunos agüeros que toman de los cantos de los pájaros, de los animales y de los árboles y otras innumerables de este género.

Y si los pronósticos son infaustos de enfermedades, contagios o de que han de venir a sus tierras a hacer correrías los Mamelucos para maloquear, que es lo mismo que hacerlos esclavos, tiemblan y se ponen pálidos, como si les cayese el cielo encima o los hubiese de tragar la tierra; y

esto solo basta para que abandonen su nativo suelo y se embosquen en las selvas y montes, dividiéndose y apartándose los padres de los hijos, las mujeres de los maridos y los parientes y amigos, unos de otros, con tal división como si nunca entre ellos hubiese habido ninguna unión de sangre, de patria o de afectos.

Por esto les parece menos insoportable el venderse los unos a los otros: el padre a la hija, el marido a la mujer, el hermano a la hermana; y esto por codicia de un solo cuchillo o un hacha o de otra cosa de poca monta, aunque los compradores sean sus mortales enemigos, que hayan de hacer de ellos lo que su odio, su pasión o su enemistad les dictare. Lo cual ha dado no poco que entender a los ministros del Evangelio para reducirlos a que vivan juntos en un paraje y en unas mismas casas, donde se porten como racionales y puedan ser instruídos en los misterios de la santa fe para creerlos y en los preceptos de nuestra santa ley para observarlos.

Con todo eso y el no concer ni venerar deidad alguna ni hacer estima del demonio, era muy buena disposición para introducir en ellos el conocimiento del verdadero Dios, tanto más que no permitían viviesen entre ellos los que tuviesen trato familiar con el demonio, gravísimo y antiguo impedimento para conducir a la ciega gentilidad al gremio de la Santa Iglesia, con que estaban como una materia prima, indiferente y capaz de cualquier forma, por singular providencia del cielo, que no permitiese se adelantase a tomar posesión de sus almas antes que la ley de Dios, secta ninguna o idolatría de las muchas que tenían las naciones confinantes, con ser así que decían mucho con su genio y bárbaras costumbres» (Fernández 1896:43-62).

II. P.CABALLERO FUNDA PUEBLO Y ES MUERTO POR PUYZOCAS (1711)

(1. **Elección de sitio y etnias existentes**)

«Tenía orden el P.Lucas (Caballero), como ya he insinuado, del P.Visitador de aquellas reducciones Juan Bautista de Zea, de escoger un sitio cómodo en campaña abierta, en medio de aquellas rancherías de diferentes lenguas, para que allí se pudiesen juntar aquellos pueblos y ser allí impuestos en la vida civil e instrídos en la ley divina. Tenía poco en qué escoger, por estar todo el país poblado de espesísimos bosques. Solo entre los **Tapacurás** y **Paunacas** se descubría un valle, mas por la mayor parte estaba lleno de lagunas y pantanos, fuera de haber en él infinita multitud de mosquitos y tábanos, que de día y de noche causaban insufrible molestia.

No obstante, constreñido de la necesidad, puso aquí casa el venerable Padre y dió principio a la reducción de la Inmaculada Concepción, a orillas de una gran laguna donde vivía gente de muchos idiomas y diferentes costumbres. Estos eran los **Paunapas, Unapas** y **Carababas,** pueblos sobremanera salvajes, de poco ánimo y cobardes; todos, hombres y mujeres, andan bárbaramente desnudos, y aunque de distintas lenguas y costumbres que los **Manacicas,** tienen la misma religión de adorar al demonio en la forma que se les manifiesta.

(2. Propuesta, aceptación y cultura de las etnias)

Propúsoles el santo varón, con su acostumbrada energía, las supersticiones que debían abandonar y los misterios y preceptos que habían de creer y guardar, para merecer el favor de Dios en esta vida y la eterna bienaventuranza en la otra. Ellos, atraídos con la esperanza del premio y atemorizados de los castigos, si no obedecían a la voluntad de Dios, le dieron palabra, unánimes y conformes, de obedecer pronto a su voluntasd, con tal que solo les permitiese la **chicha,** bebida ordinaria suya, porque el agua les causaba dolores agudos en el estómago.

Es esta gente muy dada al trabajo, porque no tienen otro Dios a quien más estimen que sus campos y sembrados, y tienen en poco al demonio y sólo lo estiman en cuanto se persuaden les está bien a sus intereses. No usan ir a cazar a los bosques, ni ir a coger miel y solamente les separa de sus casas aquel espacio de tierra que les puede durar, un frasco de aquel su vino, que es su única provisión y matalotaje en los caminos. No tuvo el P.Lucas mucha dificultad en permitirles el uso de aquella bebida, porque no causaba en ellos embriaguez, único motivo para desterrala de las otras reducciones.

Tuestan el maíz hasta que se hace carbón y después, bien pisado y molido, lo ponen a cocer en unas grandes calderas o paylas de barro, y aquella agua negra y sucia que sacan, es toda la composición de la chicha, de que ellos gustan tanto que gastan buena parte del día en brindis, no durando el trabajo del campo sino desde la mañana hasta el medio día; mas, aunque prometieron ellos dejar sus antiguas diabólicas supersticiones, no las dejaron tan fácilmente.

(3. Ritos fúnebres y resistencia cultural)

Sospechó el P.Lucas que algunos ocultamente observaban éste su or-

den, haciendo y celebrando los funerales y exequias con los ritos y ceremonias del gentilismo, y para cogerlos **in fraganti** puso algunos que los espiasen. Dentro de poco murió una mujer y luego determinaron los infieles hacerle el entierro a su usanza. Compusieron para eso un galpón o templo, hecho de ramas trabadas con las mejores labores que les fuese posible, y levantaron en medio dos palos para trono del demonio, que en forma visible viene a recibir las ofrendas, a oír las súplicas y a agradecer los sacrificios que hacen por el alma del difunto. Ciñen la enramada de una red, dentro de la cual no entran otro que el **Mapono** y los demás cercanos parientes del muerto.

Celebraban estas exequias, para que no fuesen descubiertos, en lo más oscuro de la noche, y estaban ya en lo mejor y más devoto de la función, cuando de repente llegó el P.Lucas y fijando la vista dentro de aquel infame sagrario, vió en medio de aquellas tinieblas centellear los ojos del enemigo infernal, que lleno de majestad y terror estaba sentado sobre aquellos dos palos; y aunque al siervo de Dios se le erizaron los cabellos y se extremeció de horror, quiso, no obstante eso, arrojarse dentro.

Lo cual, no pudiendo sufrir el demonio, desapareció en un momento, arrebatando en cuerpo y alma a su sacerdote, que jamás apareció, gritando que nunca más lo verían en aquel lugar, de donde, mal de su grado, era arrojado con deshonra y vergüenza. Reprendióles el fervoroso misionero con celo ardiente su poca fe, y con el ejemplo del **Mapono**, llevado vivo por el demonio al infierno, les hizo conocer claramente que no era otra su intención que hacerles perder de una vez el cuerpo y el alma.

(4. Fracasa intento de reducir nuevas etnias)

Tomaron casa en la reducción los más cercanos pueblos de los **Manacicas**, dejando los más distantes, situados hacia el oriente, al celo del P.Francisco Hervás, para que los condujese al pueblo de San Francisco Xavier. Mas el P.Hervás, con extremo dolor y sentimiento, no encontró otra cosa que cadáveres y huesos de muertos, por haber hecho en aquellos pobres infieles un estrago fatal el furioso contagio que poco antes había infestado aquel país.

Tuvo allí el P.Caballero noticia cierta de otra nación, con quien los **Manacicas** estaban siempre en guerras y hostildades, por lo que se le inflamó el corazón en encendidísima caridad y deseo de verlos y de atraerlos al conocimiento de su Creador, especialmente que no eran tan rudos y salvajes como los otros pueblos, que a costa de tantos trabajos y sudores había

reducido al rebaño de Cristo. Estaban sus rancherías bien pobladas, con gobierno civil y político; las casas, calles y plazas estaban bien ordenadas; fabricaban de plumas bellísimos escudos y las mujeres tejían sus vestidos con grande arte, bordándolos con flores en proporción y orden.

Estas noticias le avivaron el deseo de registrar aquel país y conocer a sus naturales; y así, no haciendo caso del riesgo de perder la vida, animó y exhortó a algunos de sus neófitos a que le acompañasen. Puesto, pues, en camino, apenas tocó en la primera tierra, pocas millas distante, le salió al encuentro una cuadrilla de bárbaros, que le recibieron con una tempestad de saetas, no queriendo en ninguna manera dar oídos a sus palabras. No por eso perdió el padre un punto de su aliento y valor, antes bien, sin temor alguno, se iba acercando a ellos,que viendo tanta generosidad y que no le podían acertar con ningún flechazo, mudaron la nativa fiereza en otra tanta cortesía y respeto.

Recibiéronle con muestras de grande benevolencia, presentándole frutas del país y algunos escudos primorosamente adornados de plumas. La casa en que le hospedaron caía hacia el templo, con lo cual tuvo comodidad para observar los ritos y supersticiones en el entierro de un difunto. Al entrar la noche, trajeron el cadáver en medio de la plaza, donde, dándole sus amigos y parientes los últimos abrazos, le pusieron sobre un haz de leña, dispuesto en forma de pira; luego le pegaron fuego y redujeron el cadáver a cenizas, que recogidas con infinitas ceremonias y llantos, las depositaron en una urna de barro.

Esta vista y espectáculo causó gran temor y espanto a los neófitos, y viendo entre tanto que venían a la plaza muchas cuadrillas de gente, que andaba rondando y tomando los puestos y bocacalles, bien que quietos y en silencio, sospecharon que semejantes exequias se disponían para ellos, por lo cual se quisieron luego poner en salvo. Causa porque le hicieron al siervo de Dios tales instancias, que le fue necesario salirse antes del amanecer y volverse, con increible dolor suyo, porque perdía la esperanza de reducir en breve aquella no mal diuspuesta nación al conocimiento de Cristo, y de lograr en poco tiempo una copiosa ganancia de almas para el cielo.

Consolóse, empero, con la esperanza de recoger el año siguiente aquella mies, mas aun esta esperanza se le desvaneció también dentro de poco, porque una tropa de mercaderes europeos, de la profesión que arriba dije, dio de improviso sobre tres de sus rancherías, donde, destrozados los principales y hecho notable estrago en todos los adultos, hasta llegar a quemarlos vivos en sus casas cuando no querían rendirse, las destruyeron totalmente, llevando por esclavos a toda la chusma de niños y mujeres, de

que buena parte pereció en el camino, rendida a los trabajos y malos tratamientos de aquellos bárbaros vencedores.

Quiso, con todo eso, el apostólico padre pasar adelante, pero halló la gente confinante tan envenenada con aquella cruelísima matanza, urdida y maquinada a traición, que querían vengar la injuria en las vidas de los nuevos cristianos; por lo cual le fue preciso retirarse con presteza, para que los inocentes no pagasen la pena de los culpados, difiriendo la empresa para cuando el tiempo pusiese en olvido el agravio y desahogando entre tanto su celo en otras tierras, cuyos moradores iba juntando en la nueva reducción, la cual trasladó a sitio más cómodo para la salud de los catecúmenos, en una llanura que de la banda de oriente miraba a los **Puyzocas**, por el norte a los **Cozocas** y a los **Cosiricas** por occidente.

Aquí no daba treguas a las fatigas, imponiendo a los bárbaros, con increible paciencia, en costumbres civiles y políticas, enseñándoles la observancia de los preceptos de la ley de Dios e instruuyéndolos en los misterios de la fe; siendo ésta la tarea continua de todo tiempo y de todas horas, y olvidado de sí mismo, solo atendía al bien de los prójimos, de suerte que aun el necesario alimento para conservar la vida apenas había día que no lo repartiese entre sus cristianos, gozoso y contento con dilatar la gloria de su Señor y en comprar, a costa de sus sudores, la eterna bienaventuranza a aquella miserable gentilidad. Y cuando, cansada la naturaleza de tanto trabajo pedía algún reposo, se escondía en la iglesia, y todo absorto en la cosas divinas se encendía en el amor de Dios, tanto, que no sabía apartarse de su amadísimo bien, hasta que, no pudiendo sufrir más el cuerpo flaco, tomaba aquel corto sueño que era necesario para cobrar aliento y vigor, volviendo con más brío y denuedo a cultivar aquellas nuevas plantas.

(5. **Dudas y angustias sobre reducción de Puyzocas**)

Estaba antre tanto pensando en las apostólicas correrías que meditaba hacer a los **Cosiricas**, en abriendo el tiempo, especialmente porque éstos le enviaron una embajada para que los fuese a alistar en el número de los covertidos, ofreciendo sitio cómodo para fundar en él una reducción. Entró en duda de si sería más del servicio de Dios el aceptar la oferta de estos **Cosiricas** o pasar a los **Puyzocas**, sobre lo que no le pareció tomar resolución cierta antes de conocer cuál fuese la voluntad de Dios.

Por lo cual, en espacio de muchos meses, en lo más oscuro de la noche, se recogía a hacer oración (tomando para sí la noche y dando a los

prójimos el día, por no faltar a sus necesidades); pidió a los ángeles custodios de aquellas naciones le alumbrasen el entendimiento con algún rayo de su luz, para que pudiese conocer con certeza cuál era en este negocio el divino beneplácito. Y tuvo revelación o luz interior de que la voluntad y agrado de Dios era que pasase a la tierra de los **Puyzocas**, y se pusiese a todo riesgo, sin hacer caso de su vida; y no sé de qué manera, porque las noticias, que de aquellas reducciones han venido, no lo expresan.

Tuvo también anuncios de que el cielo había ya oído sus súplicas y determinado dar cumplimiento a sus deseos de sacrificar la vida por las glorias de su Creador; y de cuáles fuesen los júbilos de su corazón y cuáles las alegrías, más fácil es pensarlo que decirlo. Pero, no obstante, quiso Dios quitarle aquel exceso de dulzura en que estaba su alma felizamente anegada, permitiendo a la parte inferior trabajase y diese que hacer a la superior, para que fuese tanto más glorioso el triunfo y la palma, cuanto fuese más dificultosa la vitoria; porque, corriéndole por las venas un sudor frío, se puso pálido y se le presentó tan fiera la vista de la muerte, que le hizo muchas veces entrar en duda si debía ejecutar aquella empresa. Y cada vez que pensaba en ella temblaba todo, y mostraba en lo exterior señales de la batalla interior; y no sé si por sus ordinarias enfermedades o por nueva destemplanza de los humores que causaba a todos los miembros aquel combate del espíritu y de la carne, le bajó a las piernas un humor maligno que le obligó a hacer cama, pretendiendo, al parecer, la naturaleza, con aquellos extremos, conservar la vida, a quien tan de cerca amenazaba la muerte; y de hecho el V. Padre estaba en gran perplejidad y angustia de ánimo, de suerte que no se atrevía a resolver por sí mismo y era espectáculo digno de compasión verlo batallar consigo mismo, venciendo una vez más, y quedando otra vencido, siempre pensativo y como asombrado con esta lucha.

Al fin volvió Dios los ojos de su piedad al V.Padre, que por tan largo tiempo, en hambre, sed, pobreza y tantos trabajos, había sido su fidelísimo siervo, y penetrándole lo íntimo del alma con un rayo de luz, esclareció aquella densa niebla, que antes le tenía en oscuridad y tinieblas, y le infundió tal valor y aliento en el espíritu que, vencida del primer lance la carne, dijo con gran denuedo: 'que por sentir tanta repugnacia quería, a pesar suyo, poner manos a la obra'. Son palabras suyas. Y estando ya de partida escribió a un comisionero suyo, avisándole con confianza de lo sucedido y pidiéndole sus oraciones, añadió: **Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma**[1].

1 El espíritu está ciertamente pronto, pero la carne es débil (Mc. 14, 38).

Por último, se puso en camino hacia los **Puyzocas**, acompañado de 36 **Manacicas** recién bautizados y llegando a la primera tierra de aquella nación, fué recibido con muestras de grande amor y benevolencia, presentándole la gente frutas del país en grande abundancia y encubriendo de esta manera lo que maquinaban. De allí pasó a la segunda ranchería, pero llevado en brazos ajenos porque, así por la flaqueza del cuerpo como por un pantano que había de por medio, no se podía tener en pie; aquí también fue recibido con una falsa alegría y con halagüeñas palabras que los traidores tenían ya premeditadas, y habiéndole entretenido el cacique en conversación, encubriendo en su pecho sus dañados intentos, ordenó entre tanto a su gente que llevasen a los forasteros a sus casas, dividiéndolos de manera que hubiese pocos en cada una, para hacer así el tiro con más seguridad.

(6. Puyzocas matan al P.Caballero y a 26 Manacicas)

Apenas los nuevos cristianos se habían sentado a la mesa, ignorantes de lo que contra ellos maquinaban, salieron de repente en tropa muchas mujeres desnudas, las cuales tiraron ciertas líneas de color negro en sus rostros (ceremonia que usa esta nación con los que quieren matar), de la cual los cristianos se maravillaron mucho; y luego dieron sobre ellos muchos indios con gran furia y mataron, con poco trabajo, a la mayor parte de los cristianos. Escaparon, por gran ventura, de aquella matanza algunos pocos, los cuales fueron al punto a dar aviso al P. Caballero, que habiéndose quedado solo en su rancho, todo absorto en Dios, rezaba el oficio divino; y no sufriendo un neófito verle expuesto al estrago de aquellos bárbaros, lo puso sobre sus espaldas para librar la vida con la fuga.

Fue esto en vano, porque no queriendo los traidores se les escapara de entre las manos aquel a quien tanto aborrecían por la ley santa que les predicaba, le siguieron y le clavaron una flecha en las espaldas. Sintiéndose el Padre mortalmente herido, pidió al neófito que lo dejase allí, y clavando en tierra una cruz, que llevaba en las manos, se puso de rodillas delante de ella ofreciendo la sangre que derramaba por sus mismos matadores,e invocando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, quebrada y deshecha la cabeza a grandes golpes de macana, entregó su espíritu en manos de su Creador el día 18 de septiembre del año 1711.

El mismo fin tuvieron 26 de sus compañeros neófitos, que lograron la suerte de dar sus vidas en testimonio de aquella fe que poco antes habían empezado a profesar. Libróse un muchacho que le servía para ayudar a misa, el cual, viendo las cosas de mala data, montó a caballo y a rienda suelta se pudo escapar; y entrando en lo espeso del bosque, desde donde,

en compañía de otros neófitos que también se habían huído, llegaron muy consumidos a la reducción de la Inmaculada Concepción, donde, de las heridas, murieron 5 en breves días. Así acabó el V.P.Lucas el curso de su predicación, llena de tantos trabajos, afanes y fatigas, con la mayor muestra de amor de Dios y de los prójimos, sacrificándose a sí mismo todo, por traer al conocimiento de su Creador los que vivían en las tinieblas y sombra de la gentilidad.

Aún no se dió por satisfecha la crueldad de los bárbaros, por lo cual, poco después, temerosos de que viniesen a castigar su infame traición los cristianos de Concepción, enviaron allá espías que observasen los movimientos de los fieles; y encontrando fuera del poblado alguna gente, mataron a un indio y apresaron y llevaron a dos mujeres, lo que causó tal espanto en el pueblo de Concepción, que todos todos se iban huyendo por los bosques como si estuviesen ya a las puertas los enemigos, por lo cual le fue necesario al P.Juan de Benavente suplicar al gobierno de Santa Cruz de la Sierra que pusiese freno al atrevimiento y ferocidad de los **Puyzocas.**

(7. **Acuden soldados y rescatan el cadáver incorrupto**)

Vino luego una compañía de valerosos soldados a domar aquella nación y vengar la muerte del P.Caballero y llevar su santo cadáver a aquella reducción. Llegaron allí los españoles al ponerse el sol, por lo cual quisieron esperar al día siguiente para recoger las sagradas cenizas. En la mayor oscuridad de la noche vieron, no muy lejos de donde se habían acampado, una llama en forma de antorcha, que muchas veces se encendía y apagaba. Maravillados de esto, apenas amaneció cuando fueron a reconocer aquel lugar, y hallaron que resplandecía quella antorcha sobre el cuerpoo del V.Padre 'que estaba en un pantano en una admirable postura, hincada en tierra la rodilla izquierda, extendido el pie derecho en un hoyo del pantano, la cabeza reclinada sobre la mano siniestra, y delante plantada la cruz, como mirándola'.

Esta vista les acrecentó el asombro y veneración, y más hallándole entero, fresco e incorrupto sin despedir mal olor, que parecía cosa más que natural, habiendo pasado mucho tiempo y soles ardentísimos, y por otra parte, la humedad del lugar que, como dije, era un pantano; fuera de que los cuerpos de sus compañeros estaban ya corrompidos. 'Los soldados de Santa Cruz le quitaron por reliquias las uñas, el rosario que llevaba y la cruz, que un portugués que se halló en la función presentó al Sr.Marqués de Tojo, insigne bienhechor de aquellas Misiones, y su Señoría la apreció mucho como reliquia de un apóstol, que así le llamaba el Marqués. Estando en este piadoso despojo, recelaron los santacruceños no les acometiesen en

mayor número los infieles; y pesarosos de haber dejado sus mulas, maneadas muchas leguas de allí para poder entrar por los bosques al lugar del matirio, pidieron a Dios, por intercesión del venerable mártir, los socorriese. Apenas hicieron esta oración, cuando oyeron un gran ruído que juzgaron ser de los enemigos que venían sobre ellos, por lo cual se pusieron en armas; mas quedaron pasmados, cuando vieron que eran sus mulas que, sueltas de las maneas, venían desde tan lejos corriendo derechas al lugar donde estaban'.

Tomaron con gran veneración el santo cuerpo y le llevaron a la Concepción, pidiendo al P.Benavente, en paga de su trabajo, algunos pedazos de sus vestidos por reliquia, lo que no se les pudo negar, viendo su piedad y afecto; y parece que Dios ha querido honrar los merecimientos y celo de su siervo, con muchos milagros que omito por ahora. No pudieron, empero, aquellos piadosos españoles dar su merecido a sus bárbaros matadores, porque, atormentados éstos de la conciencia y de su pecado, se huyeron por diversas partes, entrándose por los bosques y selvas; más, aunque se libraron de la justa indignación de los españoles, no se pudieron librar de las manos de Dios. Porque el primero de los **Puyzocas** que se atrevió a echar mano del V.Padre por la sotana, pagó dentro de pocos días su temerario atrevimiento con muerte desastrada, los otros murieron consumidos de la peste; bien que el mayor castigo que contra aquella nación fulminó el cielo fue dejarlos en su infidelidad, pues hasta ahora no sabemos que alguno de dicha nación, detestando sus errores, se haya reducido al rebaño de Cristo» (Fernández 1896:67-84).

2.2 JULIAN KNOGLER (1717-1772)

Este misionero bávaro nace en Gansheim (Alemania). En 1737, a los 20 años, ingresa en la Compañía y ya había terminado sus estudios jesuíticos, cuando fue destinado a la provincia del Paraguay. El viaje fue sumamente accidentado. Parte del puerto italiano de Livorno en marzo de 1748 y en el golfo de Lyon vientos huracanados arrojan su nave a la deriva con las velas mayores rotas durante 60 horas; luego al llegar a Gibraltar, en dos ocasiones su nave es devuelta por los temporales hasta Málaga, por lo que decide hacer por tierra el viaje hasta Lisboa, donde se embarca en septiembre para Buenos Aires. Allí emprende un viaje de 600 leguas por la provincias de Pampas, Tucumán y Charcas hasta llegar a su destino, la reducción de San Javier, en la que trabaja dos años.

Después es enviado a la reducción de Santa Ana, en la desarrolla su trabajo pastoral durante más de 17 años. Allí le sorprende la expulsión de

Carlos III, que le obliga a marchar, con los demás misioneros expulsos, primero a Lima y luego en barco por el Cabo de Hornos a Cádiz. Desde esta ciudad puede, como extranjero, regresar a su patria bávara, para vivir en la ciudad de Altöting hasta su muerte.

Allí, a petición de un amigo, escribe hacia 1770 su **Relato sobre el país y la nación de los Chiquitos en las Indias Occidentales y las Misiones en su territorio**, que ha sido publicado en español como apéndice de la obra de Werner Hoffamann en **Las misiones jesuíticas entre los chiquitanos** (Buenos Aires, 1979, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, pp.121-185). El original alemán fue publicado en 1970 por el antropólogo alemán Jurgen Riester en la revista del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús **Archivum Historicum Societatis Jesu** (Roma, XXXIX, pp. 268-345). En su introducción dirigida al amigo promotor expone Knögler el objetivo y los límites de su trabajo:

> «Usted me pidió un informe sobre mis experiencias en las Indias y se lo presento hoy en los pliegos que adjunto a esta carta... Mi modo de escribir no concuerda probablemente con el estilo de la época actual... En las regiones donde he pasado tanto tiempo no había libros alemanes, ni oportunidades de hablar alemán. De los muchos países y pueblos a los cuales mi relato podría referirse, describiré solamente el territorio de los chiquitos y a sus habitantes, incluídas las tribus vecinas; relataré únicamente lo que he visto y experimentado personalmente en los muchos años pasados en las misiones de este país» (1979:122-23).

El relato, de estilo conciso y directo, tiene tres partes: una historia natural (ecología, frutos, animales, peces y animales venenosos), una historia moral (modo de vida antes y ahora, artes mecánicas y otras facultades, juegos y otras diversiones de los indios, cómo se mantienen las misiones) y una historia religiosa (¿eran religiosos los indios?, fundación de una reducción, modos de fomentar la adoración y temor de Dios entre los indios, oficios divinos, buen ejemplo y otros medios para cristianizar). En cada una de las partes cuenta Knögler «sus propias impresiones y experiencias en forma detallada», esperando «que muchas cosas de mi librito sean útiles y edificantes para el lector» y que se manifieste «la milagrosa providencia divina en la manera como El sabe conquistar de diferentes maneras las almas, la más preciosa mercadería que se puede encontrar en las Indias» (1929:124). Se trata, pues, de un pequeño libro sobre los chiquitos mucho más vivaz y personal que el de Fernández, pero similar al de éste por su carácter de historia ejemplar y por su teología subyacente sobre la salvación de las almas.

Pero en esta teología Knögler presenta quizás una cierta evolución en la valoración de las religiones indígenas. Frente a la vieja tesis de considerarlas demoníacas, él tiene una visión más positiva, aunque sin llegar a idealizarlas, como tampoco a otros aspectos de la vida de los indios, quizás porque ha convivido con ellos durante muchos años:

> «Seguramente quiere Dios que todos los hombres ganen el cielo y otorga a todos suficiente gracia, estímulo e iluminación: **illuminat omnem hominem in hunc mundum venientem.** Tampoco a las naciones que no concen la Santa Escritura, ni los ritos de nuestra Iglesia las dejó sin gracia y sin leyes. Pues grabó en el corazón de todos los hombres la misma ley que Moisés dió en sus tablas a los israelitas y esto vale también para el bárbaro pagano, al cual Tertuliano llama por esto **naturaliter christianum.** Cada uno recibió su parte, el fiel y el infiel, Dios vela por Isaac en la casa paterna y por Ismael en el desierto. Si cada uno hace uso de los dones que recibió, sin duda progresará paulatinamente en el camino que lleva al cielo, según las palabras de San Bernardo: 'A los que viven de acuerdo con la razón, alumbra la luz divina, y a los que hacen uso debido de esta luz, les ayuda con la fuerza divina, y a los que triunfan mediante esta fuerza, se concede la gloria eterna» **(ratione viventibus lux, recte utentibus virtus, vincentibus gloria)**» (1979: 168-69).

He elegido para la antología dos textos. Uno es el capítulo 1o. de la 2a. parte sobre «el gobierno político y costumbres de los chiquitos en su estado natural». Se trata de un texto fundamentalmente etnográfico, donde Knögler describe con notable precisión las patrones y rasgos de la cultura chiquitana prejesuítica, a pesar de que no logra desprenderse de su postura etnocéntrica, acentuada quizás por escribir ya en el exilio para un público alemán en el último tercio del siglo de la Ilustración. Un solo ejemplo de esta precisión. Al describir el ornato de las mujeres, dice que éstas «se cortan el cabello al rape y dejan solo una especie de copete desde la frente hasta la coronilla,de la altura del ancho de la mano. Se mantiene erguido y resulta **para ellas** sumamente gracioso».Pero añade desde su postura etnocéntrica: «Se ve cuán grande es el poder de la imaginación, si una cosa tan ridícula es tenida por graciosa y llega a ser costumbre» (1979:140).

I. ETNOGRAFIA CHIQUITANA PREJESUITICA (1770?)

(1. Organización política, habitat y vivienda)

«Mientras estos indios viven en sus montes, no se puede hablar de un

gobierno político de sus tribus. Obedecen a sus caciques solamente cuando están en pie de guerra con sus vecinos de otras tribus y otros idiomas. Por lo demás, no hacen otra cosa que vagar por el monte y ganarse la vida con la caza y la pesca. Cuando no encuentran más nada en una zona, avanzan 40 o 50 leguas y se establecen allá por algunos meses, de este modo cambian constantemente de lugar. No construyen casas y no poseen enseres domésticos, así pueden mudarse más cómodamente, no teniendo que cargarse con bultos pesados. A lo sumo, levantan chozas que se hacen en pocos minutos: encajan dos palos delgados de la altura de un hombre en tierra y los juntan con una traviesa; luego adosan a esta madera algunas varas y las cubren de ramos, hojas y pasto si se encuentra, de forma tal que tienen el specto de la mitad de un techo, extendido hasta el suelo.

Si en alguno de sus viajes llegan a un arroyo crecido durante la época de las inundaciones, colocan sus armas y sus provisiones en un cuero resecado de gran tamaño, doblan los costados hacia arriba, se tiran al agua y llevan nadando el cuero al otro lado del arroyo. Para que no se encojan, al regresar los extienden sobre la tierra y los sujetan por medio de clavos de madera.

(2. Vestido y ornato corporal)

Andan desnudos, pues no hace frío en su país. Pero llevan una seña que indica su nacionalidad y su idioma. Algunos usan con tal fin un pedazo de piel de presa, con el cual se cubren, o bien componen un tejido de fibra o de algodón silvestre. Otros se ungen con tierra rodena, embadurnándose especialmente la cabeza, de modo que parecen llevar puesto un casco de punta. Otros se pintan el cuerpo haciendo rayas con materias colorantes extraídas de raíces y plantas. Como la pintura es fácil de quitar, pueden usarse con otras figuras usando diferentes colores. Las mujeres se tatúan sirviéndose de espinas puntiagudas, con las cuales se pintan en el rostro una estrella, una flor, un pájaro o un animal; mientras las punzadas están todavía frescas, pulverizan un pedazo de carbón e introducen el polvo en las heridas que forman los contornos de la figura. Cuando las lesiones se han cicatrizado, queda este cuadro imborrable, pues nada logra borrar las manchitas negras.

He visto una tribu cuyos hombres llevan adherido al cuello un cuero de tigre resecado, que mueven de un lado al otro según el viento que corre y que les sirve de colchón. Las mujeres de esta tribu se envuelven la parte superior del cuerpo en un tejido de algodón silvestre o de fibra, dándose varias vueltas alrededor del pecho con una larga faja. Estas mismas mujeres

se cortan el cabello al rape y dejan solamente una especie de copete desde la frente hasta la coronilla, de la altura del ancho de una mano. Se mantiene arguido y resulta para ellas sumamente gracioso. Se ve cuán grande es el poder de la imaginación si una cosa tan ridícula es tenida por graciosa y llega a ser costumbre.

También consideran ornamentos decorativos a las conchas de caracoles y moluscos, que las mujeres usan en grandes cantidades para hacerse cadenas, a las que aprecian tanto como si fueran perlas preciosas. Como se puede ver, ya su aspecto indica su bajo grado de civilización; además, tienen ciertas costumbres de las cuales se puede deducir su naturaleza bárbara. A los varones les perforan, en la primera infancia, el labio inferior a un dedo de distancia de la boca y les colocan en el orificio una maderita, parecida a un clavo, es decir con una cabeza para que no caiga fuera de su lugar. Este pedacito de madera es hueco como una cañita, de modo que pueden fijar en él otra maderita del tamaño de un dedo pero delgado como una aguja de coser. Esta otra madera la pueden sacar y cambiar a su gusto. Otros varones tienen también el labio superior perforado a ambos lados para poner unos tarugos adentro. Su cara resulta, por lo tanto, bastante extraña a causa de las maderitas que sobresalen verticalmente.

Cuando se les pregunta por qué cometen estas atrocidades no pueden alegar otras razones que el argumento de que de este modo se adornan la cara. Puede ser que quieran reemplazar así la barba, que la naturaleza no ha concedido a los indios. Como a ninguno de ellos les crece la barba, no atribuyen tampoco importancia a las cejas, sino que se las quitan y friccionan la piel con ceniza para que los pelos no crezcan de nuevo. Otros hombres se perforan el lóbulo de la oreja y colocan maderas en el orificio, sustituyéndolas de tiempo en tiempo por otras siempre más gruesas, de modo que el orificio es constantemente ampliado y el lóbulo se va poniendo, cada vez, más flaco y largo y llega en algunos casos hasta los hombros, adoptando el aspecto de un gusano larguísimo. Uno de los indios ancianos de nuestra reducción extendió sus lóbulos tanto que podía colocarlos alrededor de la cabeza.

(3. Tipo físico de Guaycurús y sus caballos)

En general, son gente fuerte y resistente, especialmente el pueblo que descubrimos en el año 1765, en una región oriental cerca de la frontera brasileña y que se llama **Guaycurús**. Son hombres altos, muy parecidos uno al otro, de carácter cruel. Precisamente porque son tan altos menosprecian a las otras tribus y les hacen mucho daño, matando a su gente, salvo que los logre vencer o rechazar un pueblo más numeroso.

Los gaycurús tienen caballos que compran o roban a los brasileños. Viven fuera del monte de los chiquitos, en una pampa ancha donde pueden mantener muy bien sus caballos y criarlos en grandes cantidades. Montan a caballo sin sillas y sin arreos; lo único que necesitan es una pequeña soga que meten al animal en la parte inferior de la boca para conducirlo hacia la derecha o izquierda.Suben sin esforzarse, de un salto, porque son altos y tienen piernas largas que juntan bajo la panza del caballo, de modo que el animal más salvaje no los puede derribar. Las mujeres suelen también andar a caballo, así como los hombres. Como no son tan altas suben de otro modo: se agarran de la cola, ponen un pie sobre el tobillo del caballo, como si éste fuera un estribo, y trepan así a su lomo. Por lo general, dos, tres y hasta cuatro mujeres se sientan sobre un animal.

(4. Armas de guaycurús y chiquitos)

Estos indios tienen como armas lanzas de 5 o 6 varas, hechas de madera dura de color marrón o negro, afiladas a ambos lados, pero sin punta de hierro. Con estas lanzas persiguen a la caza y la matan; por lo general, la rodean por todos lados y le clavan sus lanzas hasta que muere. Esta manera de cazar hace pensar en nuestra montería a caballo. Los guaycurús son maestros en el arte de tirar sus lanzas y saben atravesar a dos hombres a la vez desde bastante lejos.

Sin embargo temen a nuestros chiquitos, porque éstos son excelentes arqueros. Nuestros indios saben lanzar una flecha con la mano sin usar el arco, haciendo blanco en cualquier objeto ubicado a 50 o 60 pasos de distancia, hasta en el filo de un cuchillo usado como blanco a la distancia mencionada. Yo mismo lo he visto y su puntería me ha dejado asombrado en extremo. También suelen envenenar sus flechas, de modo que ya una pequeña herida sangrante es absolutamente incurable; el **curare** que usan es un secreto que solamente algunos viejos conocen. Pues todas estas tribus de indios buscan algo que les hace temibles a las otras.

(5. Diversas lenguas, intercambios y guerras)

La diferencia de lenguas es tan notable en nuestro país que cualquier tribu, aunque a veces cuenta solo unos 80 o 100 hombres y vive en un rincón remoto del monte, habla su propio idioma, no menos diferente de los idiomas de otras tribus distantes 50 o 60 millas, que el alemán del castellano.

No menos contrastantes son los sentimientos de los unos hacia los

otros, lo más frecuente es que se odien mutuamente, ninguna nación se fía de las otras. Cuando grupos mayores de diferentes tribus quieren reunirse, cosa que sucede de vez en cuando, se prepara el encuentro primero por enviados que vienen sin acompañamiento y tratan del asunto más por gestos o símbolos que por palabras. Si, por ejemplo, una parte tiene mayor oportunidad de pescar y la otra mejor caza, vienen los enviados al lugar convenido con la mercadería que quieren canjear. Cuando pueden divisarse, avanza primero uno y coloca sus pescados en el suelo, después de lo cual se retira y el otro viene con su **charque**, deja una cantidad correspondiente en el lugar y se lleva el pescado, finalmente vuelve el primero para retirar la carne. Terminado el negocio, la gente de las dos tribus se va, dando gitos, hacia su respectivo paradero en el monte. Esta manera de comerciar interponiendo una prudente distancia se explica por su desconfianza mutua; ninguna de las dos partes quiere exponerse a un riesgo tratando con la otra de cerca. Si se toma en cuenta que un tigre cruel no evita el encuentro con otro, hay que admitir que el hombre es más salvaje que las fieras mientras no ha aprendido a dominar el arranque del odio.

Volviendo a la lengua de los chiquitos, que es la más divulgada en la zona, en correspondencia con la importancia del pueblo, debo mencionar una particularidad bastante rara. Hay un lenguaje de hombres y otro de mujeres, de modo que un muchacho habla desde joven con la madre en el lenguaje de los hombres y la madre le contesta en el lenguaje de las mujeres; de la misma mnera conversa la hija con su padre el lenguaje de las mujeres que también la mujer usa para hablar con el marido, y esto les parece perfectamente natural. Misioneros que han trabajado en otros continentes me afirmaron que esta particularidad no se encuentra en ninguna otra nación. El hombre dice, por ejemplo, en chiquito: **Naqui Yy**, que significa: mi padre, empero la mujer usa la palabra **Ysup** para expresar lo mismo. 'Ellos van a cazar' se traduce en lenguaje de hombres con **Ciromat aquibama**, al lenguaje de mujeres con **Omenot apaquibara**; para 'van a pescar' dice el hombre **Bapachero me opiocamaca**, la mujer **upa pachero opinioca**; 'hacen ejercicios militares' lo expresa el hombre con las palabras **Bapiuzoma**, la mujer dice **Upapiuzo**.

Las guerras estallan a veces por envidia, porque un pueblo tiene mejores oportunidades de pescar o de cazar que otro, a veces sencillamente por miedo, pues una parte teme ser molestada algún día por la otra.Para prevenir la agresión del otro lo atacan primero y agotan sus fuerzas, porque cada uno de los rivales quiere ser el más poderoso y no tolera que alguien se le oponga.

(6. **Familia y crianza**)

En sus matrimonios no son constantes, mientras que son paganos; sus uniones conyugales no tienen siquiera la validez de uniones civiles. A pesar de que viven en pareja sucede a menudo que una parte abandona a la otra por razones fútiles, asociándose con otra persona. Para la crianza de los niños no emplean cunas ni pañales o mantillas, sin embargo crían chicos derechos y rectos,no tienen las piernas torcidas ni son jorobados o rengos. Los colocan simplemente sobre un cuero o una hamaca donde pueden moverse libremente y a su gusto.

Estas hamacas sirven también de cama para los indios adultos. Las llevan sin dificultades en los viajes, que hacen constantemente, y en ellas se encuentran protegidos de toda clase de sabandijas y reptiles y aprovechan más el calor del fuego que siempre encienden de noche. En tres árboles se pueden colgar fácilmente nueve hamacas, de manera que ninguna estorbe o simplemente toque a alguna otra. En sus casas hunden un palo profundamente en la tierra, en el centro mismo del ambiente, y todos atan sus hamacas a este palo; como sujetan el otro cabo en la pared, el conjunto forma la figura de una rueda con las diferentes hamacas como rayos.

(7. **Economía de caza y pesca**)

Cuando los hombres tienen una partida de caza, caminan 50 o 60 leguas alemanas y se ausentan durante dos meses. Entonces traen provisiones para sus familias, las cuales alcanzan para mucho tiempo y son especialmente útiles si el año ha sido malo y la cosecha de frutos del campo pobre. Todo lo que cazan y pescan durante un día lo asan por la noche en la parrilla que construyen con palos, los cuales se queman muchas veces a pesar de encontrarse una vara encima del fuego. Las presas deben asarse aproximadamente diez veces hasta que la carne se convierta en tasajo, el cual no se pudre por el calor diurno o la humedad nocturna. Al final se puede apenas percibir qué es carne y qué es pescado, pues todo tiene el mismo gusto leñoso.Yo mismo, al menos, no sabía nunca qué comía, cuando me ofrecían un bocado después de su vuelta de una cacería, aunque lo elogiaran como una comida exquisita. Ellos mismos suelen triturar la carne seca junto con los huesos o espinas hasta formar una especie de polvo, que comen en forma de caldo espeso, condimentado con pedazos de una raíz llamada yuca.

Si cazan en grupos averiguan primero por un explorador dónde hay, por ejemplo, jabalíes, y cuando llegan a saber que una tropa de estos animales está comiendo los frutos de ciertos árboles, rodean el lugar, armados

de bastones, espadas de madera, arcos y flechas. Así se lanzan sobre la tropa y acometen a golpes feroces a los animales, haciendo un alboroto terrible. Me acuerdo que mataron en una sola oportunidad 80 jabalíes, sin hacer uso de sus arcos, valiéndose solamente de palos fuertes. Saben por experiencia que no arriesgan nada, procediendo de este modo, porque estos jabalíes no son ni maliciosos ni temibles, en virtud de su tamaño más bien pequeño, y, en vez de defenderse, tratan de huir, asustados por la gritería.

En otros casos, cuando quieren organizar una cacería de animales de todas clases, buscan un terreno en el monte o el campo, donde se encuentre, en el matorral o bajo el pasto alto, un lugar pantanoso y aguanoso que sirva de bebedero a las fieras. Después de limpiar el terreno adyacente de arbustos y pastos, en un circuito de 12 a 15 pasos, rodean el lugar con un cerco. Cuando luego incendian todo el monte que encerraron, todos los animales, grandes y pequeños, huyen y ellos los acometen a tiros desde el cerco tendido alrededor del bebedero, sin correr peligro de que el fuego los alcance, ya que arrancaron todo lo que puede quemarse.

He visto también que usan otro equipo de caza: toman tres piedras redondas del tamaño de un puño chico y colocan cada una de ellas en una envoltura de cuero, que sujetan a una correa, juntándola con las otras. Luego toman una de las tres bolas en la mano, agitan las otras tres o cuatro veces alrededor de la cabeza y arrojan todas contra el animal, que se enreda las patas en las correas, cae al suelo por muy rápido que corra, y queda preso. Nuestros indios aprendieron esta manera de cazar de los peruanos, paracuarios y pampas, de los cuales los últimos luchan con estas bolas contra hombres y animales, lo que resulta más fácil para ellos en vista de la naturaleza de su tierra que es una llanura sin loma alguna y sin árboles, mientras que el país de los chiquitos está cubierto de monte en su mayor parte, de modo que las bolas no se pueden emplear aquí a menudo.

Cuando un indio sale a cazar no con un grupo, sino solo en compañía de un amigo, lleva dos o tres perros, que son pequeños, flacos y ligeros a causa de la mala comida que les dan y la cual consiste únicamente en el pellejo de los animales cazados y desperdicios. Estos perros no son capaces de agarrar o retener un animal, pero lo persiguen ladrando constantemente e indican al cazador adónde debe dirigirse.

Para le pesca, nuestros indios tienen muchísima paciencia. Se mantienen firmes en el agua a veces una semana entera por unos pocos peces. Antes de que nosotros les diéramos anzuelos, pescaban a su manera: esperaban pacientemente hasta que el sol había casi secado la charcas y los estanques, momento en el cual los peces se reúnen a montones en el agua

restante y es muy fácil sacarlos. Los echan vivos a la orilla o los matan a bastonazos. Si el curso de agua es profundo y ancho y los peces se defienden y muerden, los indios usan un veneno para aturdirlos y matarlos; sin embargo, el agua queda potable.

(8. Conclusión y comentario pastoral)

En resumen, esta gente conoce bastantes recursos y los sabe emplear para mantenerse por la pesca y la caza, y cómo ésta es la única preocupación que tienen, se les puede considerar más animales salvajes que hombres. Cuesta, por lo tanto, mucho trabajo, celo y paciencia convertir a semejantes criaturas primero en auténticos hombres y luego en cristianos y se logra sólo por la infinita gracia e Dios. Es sumamente difícil acostumbrar a este gente de lenguas diferentes, de mal genio, que no tiene casa, vestimenta o domicilio estable, que no conoce subordinación, disciplina o la costumbre de trabajar, sino que vive libremente y a su gusto, al orden de nuestras misiones, a una vida común y a una organización comunal, pues en una reducción viven dos, tres y hasta cuatro mil indios juntos y esta convivencia es algo completamente nuevo para ellos y parece contraria a su natureleza, así que se puede establecer únicamente con la ayuda de Dios.

No nos valemos de la fuerza,ni necesitamos soldados o alguaciles, todo lo hace el misionero: él es el arquitecto, el maestro de todos los oficios y artes mecánicas, instruye al herrero, al carpintero, al tejedor, al sastre, al zapatero y a su propio cocinero, que es muchas veces un inválido que no sirve para el trabajo en el campo o el monte. Pero El que nos manda a predicar el evangelio a esta gente nos ayuda también a superar las dificultades gracias a su divina protección. Quien opina que un sacerdote no puede vivir solo, lejos de su familia y sus amigos, no se atreverá por supuesto a partir para estas regiones salvajes, tan apartadas de su tierra natal, y no se acomodará a esta vida. Y si viniera acá volvería pronto. Hace, por lo tanto, bien en quedarse en su casa, donde está bien mantenido y alimentado y tiene todas las comodidades» (1979:139-47).

El segundo texto elegido para la antología es el capítulo 5 de la 3a. parte, donde Knögler plantea el problema de la formación ética en las reducciones, de acuerdo al temperamento indígena. Se ha dicho con frecuencia que en la evangelización del indio americano fué decisiva la belleza y solemnidad del culto católico establecido por las misiones. Aquí Knögler insiste en que: «no podemos contentarnos con la enseñanza de cómo hay que honrar a Dios en su casa y tampoco en un culto solemne» y sostiene que **«debemos educarlos en una moral cristiana y buscar los medios más**

eficaces para ello, tomando en cuenta su carácter y su temperamento»(subrayado nuestro).

II. LA ETICA EN LAS REDUCCIONES CHIQUITANAS (1770?)

(1. Formación ética a partir de la propia dignidad)

«No bastan el conocimiento de Dios y los artículos de la fe para hacer a los indios buenos cristianos.No podemos por lo tanto contentarnos con la enseñanza de cómo hay que honrar a Dios en su casa y tampoco con un culto divino solemne, a pesar de que es la parte principal de la religión, sino que debemos educarlos en una moral cristiana y buscar los medios más eficaces pare ello, tomando en cuenta su carácter y su temperamento.

Los chiquitos aprecian, más que otras naciones, a la gente mayor de edad y de cierta posición. Aunque no existen clases sociales entre ellos, hay caciques en cada nación, gente sesuda que goza de particular aprecio. Esto ya se reconoce por su lengua, pues los caciques son denominados 'los hombres propiamente dichos': **ma onycica atonie**. Estas palabras se usan también, si alguien quiere hacer su propio elogio y dar a entender que es algo más que los otros, pues entonces dice: **ta nonieys atoñieny**: yo soy un hombre en toda la extensión de la palabra o todo un hombre. Todo esto demuestra que ya tienen un sentimiento de honor; vale la pena, por lo tanto, inculcarles el afán de reformar su vida y llegar a tener aún mejores modales. Sus caciques son, por lo general, hombres asentados y gente honrada.

En las misiones les damos todavía mayor prestigio, otorgándoles un traje de ceremonia que guardamos en la sacristía para que se lo pongan en la fiestas mayores;tienen, además, un asiento más alto en la iglesia, y en todas las reuniones llevan en la mano un bastón al que aprecian mucho. Como ellos no pueden contar con un pago u otra remuneración material, hubo que pensar en otros medios que pudieran incitarlos a ejercer un cargo. Las distinciones que reciben de nosotros parecen bagatelas similares a los premios que los alumnos reciben en una escuela por su buena conducta; pero han servido siempre muy bien para fomentar las buenas costumbres en los pueblos de nuestros indios. Pues cuando los mayores y los que gozan de mucho prestigio se portan bien, arrastran también a su gente, en parte por su ejemplo, en parte por sus órdenes y reiteradas exhortaciones.

Todos estos capitanes y caciques son siempre los primeros y los más atentos en la iglesia, los más solícitos en el trabajo y los que piesan más que

los otros en el bienestar común y obran con mayor desinterés, pues no tienen ventajas personales en virtud de su cargo. Son ellos quienes repiten a su gente el evangelio que se ha predicado ese día en la iglesia y lo comentan en la calle con todos los detalles, muchas veces en la misma forma que el sacerdote lo hizo. Son ellos quienes primero se levantan por la mañana y llaman a los suyos cuando es hora de ir a misa, reuniendo su voz con la llamada de las campanas. Después les hacían saber qué trabajos deben cumplir en común ese día. Y al anochecer van por el pueblo para cerciorarse de que todo está en orden y tranquilo. En una palabra, ayudan al misionero eficazmente a mantener la disciplina y fomentar las costumbres cristianas, de modo tal que la gente de su tribu se someta incluso a un castigo cuando incurrió en una falta.

(2. **Disciplina y castigo en las reducciones**)

Es eviente que sin disciplina no se puede vivir en una comunidad, pero hemos tenido que proceder con suma cautela para introducirla en nuestros pueblos, en vista de que nuestros indios, durante toda su vida, han hecho lo que se les daba la gana, no han tomado en consideración ninguna exhortación y no se han dejado reprimir o intimidar por castigos, cuanto menos por penas corporales. Mas todo es posible con la ayuda de Dios.

Tenemos tres grados de castigo, parecidos a los que hay en la justicia militar: castigo corporal, cárcel y proscripción. Si los caciques se enteran de una mala acción que debería ser castigada, informan al misionero sobre el asunto y conducen al culpable ante él, a veces hasta a media noche, cuando temen que el delincuente trate de huir. Entonces se discute el caso de inmediato, se lo considera y se dicta la pena que corresponde. En la administración de la justicia, todo depende de la manera como se procede: se hace presente al reo el crimen que cometió con toda seriedad, pero al mismo tiempo con amor paternal; se comenta la ley que infringió y el daño que la infracción da por resultado, para que el culpable comprenda que merece el castigo.

Por irritado y furioso que esté el juez, siempre debe esforzarse por no parecer excitado ni empenzar a gritar, pues nuestros indios son muy susceptibles a este respecto sobre todo en estas circunstancias; tampoco debe insultar al reo, tratarlo con desprecio y descargar su ira en él, en vista de que es inútil asustarlo; no se intimida. Hay que saber dominarse, por lo tanto, porque cada uno de nuestros indios preferiría 25 azotazos a una palabra desdeñosa como: **ataquicirica atais**: sois un necio que no sirve para nada. No le perdonan al juez ni insultos ni improperios y, si aquél las profiriera, se escaparían al monte y se vengarían en el momento oportuno, ya

que son, por lo general, de carácter pérfido. Es diferente si el culpable comprende realmente que el juez no se propone otra cosa que su provecho y su mejora, en este caso es tratable y se somete a la condena.

Cuando se pronunció una sentencia equitativa y la pena se aplicó, los castigados se presentan al misionero y al cacique y les dan las gracias, diciéndoles: 'Les agradezco que me hayan abierto los ojos y les prometo mejorarme'. Algunos hasta abrazan al hombre que los castigó. ¿Puede portarse mejor un niño bien educado frente a sus padres? Cuando se dan cuenta que el misionero no excede los límites de una disciplina paternal y no hace otra cosa que cuidar los intereses de ellos, sucede a menudo que alguien que se siente culpable se adelanta al cacique y se delata al padre, pidiéndole que le propine una paliza. Y si el padre no tiene más gente disponible que algunos chicos débiles, se somete a sus azotazos tanto más dócilmente, puesto que se salva así de los golpes más fuertes del cacique y sin embargo recibe su castigo. Eso pasa si el crimen no es grave.

Una pena más severa es la del cárcel o cepo, en el cual quedan aprisionados algunos días. Les cuesta más cumplir esta condena que la primera porque dura más tiempo. El tercer grado de penas es la prescripción o el alejamiento definitivo del pueblo; en este caso se manda al reo a otra reducción, en la cual debe construirse una nueva casa y talar un pedazo de monte para cultivarlo. Este castigo les causa gran pesar, sobre todo si son desterrados de nuestras misiones al virreinato del Perú. Pero a veces hay que imponer a un malhechor esta pena, pues un vicio que se exhibe en público es fatal como la peste en una comunidad y no menos contagioso, si no se toman las medidas necesarias.

(3. Enseñando ética: teatro, comidas y hospitalidad)

Además de estos medios de sustentar la moral cristiana entre los indios y de incitarlos a perfeccionarse, tenemos otros, por ejemplo representaciones teatrales en días de fiestas mayores, las cuales ofrecen una historia edificante, interpretada por alumnos de la escuela, a los que preparamos especialmente para estos espectáculos.Hace poco se estrenó la historia de la onversión de un pagano, Eustaquio, que más tarde fue canonizado.Se hizo ver cómo llegó a abrazar el catolicismo junto con sus hijos Agapito y Teopisto y toda su casa; fue exhortado a hacerse cristiano por Jesucristo mismo, cuya imagen se le apareció entre los cuernos de un ciervo, mientras estaba cazando.

Este episodio,que la historia de la Iglesia relata, parecía particular-

mente adecuado para los indios quienes pasan la vida entera cazando en el monte. No tuvimos que preparar el decorado,pues la reducción está rodeada de monte, solamente hubo que talar una zona para que se ubicara el público. El idioma del diálogo y del texto de las canciones era el chiquito. La gente de nuestro pueblo pidió muchas veces que se repitiera el espectáculo y le dijo al misionero: 'Déjanos ver otra vez a Eustaquio para que entendamos mejor el amor de Jesucristo, nuestro padre, y nos arrepintamos de nuestra ingratitud con la cual pagamos los beneficios que recibimos de El'. Lloraron también a su manera durante la función, es decir, no derramando lágrimas sino jadeando y suspirando, pues muy raras veces lloran a lágrima viva. En otra oportunidad representamos la historia de San Francisco Javier, el apóstol de los indios, otro caso de un alma con ansias de bienaventuranza. Este espectáculo fue un verdadero melodrama. Dios nos inspiró la idea de componerlo y gracias a él dio buenos frutos.

Para que la tribu conviva en perfecta armonía y uno sienta simpatía hacia el otro, se ha introducido la costumbre de que todos visiten en ciertos días de fiesta a su cacique y coman con él.En estas comidas y en los banquetes de sus bodas cristianas, cada persona trae en una fuente de loza su comida y se sienta en el suelo, sin que necesite mantel, cuchillo o tenedor, solo provisto de una concha que se utiliza para comer lo que cada uno ha traído de su casa. Lo que tienen en sus fuentes puede ser carne de mono o cocodrilo, preparada en la manera particular que tienen para cada clase de animal. Después de comer, toman una bebida llamada chicha, que el dueño de casa les ofrece. Y al final el cacique pronuncia un discurso sobre asuntos de la comunidad.

Para practicar la caridad cristiana, suelen hospedar a cualquier visitante de otro pueblo cristiano con la mayor atención, aunque no lo hayan visto nunca anteriormente; de otro modo el forastero no encontraría alojamiento, pues no hay fondas en nuestras reducciones. A veces sucede que la primera persona que encuentra el visitante en el camino hacia el pueblo,lo invita a entregarle su hamaca, que cada viajero lleva a cuestas ya que le sirve de cama. Entonces el forastero lo sigue a su casa, donde se le ofrece, con la mayor complacencia, comida y bebida, sin esperar recompensa alguna.

(4. La fuerza del ejemplo ante nuevos indios)

Cuando llegan al pueblo nuevos indios, provenientes del monte donde han vivido como paganos, el misionero aprovecha la oportunidad para exhortar, rogar y conminar a los que ya han sido bautizados a cuidarse

de todo lo que podría servir de mal ejemplo; les advierte que todos, jóvenes y viejos, caciques y gente ordinaria, hombres y mujeres deben dar buen ejemplo y que esto es de la mayor importancia. Los infieles son torpes y no pueden, al principio, distinguir entre la doctrina y las actitudes que observan. Imitan lo que ven ya que sus ojos son sus guías. Los niños de los recién llegados son repartidos entre las familias cristianas y reunidos con los chicos y chicas de su edad. De este modo no solo aprenden el idioma común, el chuiquito, sino que se acostumbran también a trabajar y van creciendo, observando la disciplina y obediencia frente a sus jefes y celadores quienes los vigilan y guían constantemente. También en los infieles adultos surte singular efecto el buen ejemplo de los cristianos.

Este medio eficaz ahorra al misionero muchas palabras y gran trabajo, ya que se toman mucho más a pecho lo que ven de otros que lo que oyen de parte del padre. Por lo tanto, los misioneros insisten en la necesidad de un comportamiento ejemplar de sus feligreses, particularmente en la época de las expediciones al monte. Les hacen patente con argumentos y parábolas adecuadas a la medida de su capacidad intelectual y a la modalidad de su lengua, que Cristo, nuestro padre y salvador, se ha hecho hombre para mostrar a la humanidad el camino hacia el cielo, no solo con su enseñanza y sus sermones, sino con su ejemplo que dio, pues en aquel entonces no había nadie que pudiera persuadir a la gente a reformar su vida, sino que se necesitaba el ejemplo genuino del Hijo de Dios para cambiarlos. Por eso todos los cristianos deberían seguir a su maestro en este sentido y mostrar con su buen ejemplo el camino recto a sus pobres hermanos ciegos e infieles. Así, por su buen comportamiento abrirían una senda, otros seguirían sus huellas y cuanto más gente anduviera por este camino, tanto más firme se haría. En este caso, como en otros, se impondría solamente lo que hiciesen no unos pocos, sino muchos, y no de vez en cuando, sino constantemente.

Se les recuerda, además, cuántas veces han oído ya en la doctrina cristiana la máxima reconcida y probada por ellos mismos que hay que practicar las virtudes cristianas públicamente en alabanza de Dios y consuelo de los prójimos. ¿Y no vale lo que se ha tenido por verdadero en la Iglesia y la doctrina cristiana, también en casa y en la calle? ¿No debe extenderse la fuerza de la palabra divina más allá del púlpito? Saber el catecismo de memoria no basta, hay que practicarlo en la vida, pues las costumbres deben ser acordes con él; ningún verdadero cristiano debe vacilar en hacerlo. Nuestra fe católica necesita hombres enteros, sin miedo o vergüenza de ostentar costumbres cristianas delante de fieles e infieles. ¿No ha dicho el Hijo de Dios que reconocerá como suyos delante de su Padre divino a todos los que se han declarado sus discípulos delante de los hombres? Por lo tanto, el que no quiere dar buen ejemplo para el pueblo y co-

mete malas acciones, no sólo se causa daño a sí mismo, sino también a los otros y particularmente a los recién llegados. Nunca van a creer en las palabras y la doctrina de un cura, si ven que los que ya se hicieron cristianos no cumplen con los mandamientos.

Los cristianos mismos corren peligro de perder la fe a causa de su mal comportamiento, pues no hay nada peor para le fe que una conducta deshonesta y al diablo no le cuesta nada inducir la apostasía en un cristiano licencioso. ¿No han visto ellos mismo que todos aquellos que hicieron apostasía de la fe cristiana y volvieron al monte, ya habían pecado antes contra las buenas costumbres? Por lo tanto, es deber de cada cristiano hacer todo lo posible por animar por su buen ejemplo a los infieles que piensan convertirse; así se adaptarán ellos más rápido a la vida cristiana, teniéndola constantemente presente. Los cristianos deben irradiar la luz que muestra el camino recto a los que vienen de la oscuridad. Y como hijos de la luz deben andar ellos mismos por este camino en beneficio de ellos y de los otros, ya que una de las obras más meritorias es colaborar en la conversión de los paganos. Este es el ruego insistente del misionero que ya ha prodigado esfuerzos sobrehumanos en penosos viajes por tierra y por mar para llegar a los infieles y traerlos del monte al pueblo y, al mismo tiempo, es la súplica del Salvador y Padre cariñoso, quien ha muerto en la cruz para rescatar estas almas con su sufrimiento y con su muerte; también El solicita a los que ya recibieron el bautismo el mayor empeño para evitar que los recién llegados del monte se pierdan otra vez. Ni una sola alma debe ser escandalizada y seducida.

Estas amonestaciones surten efecto, por lo general, ya que todos tratan de acoger a los recién venidos amistosamente, con complacencia y caridad, y se esfuerzan en no dejarlos ver nada que los pudiera escandalizar. De este modo se mantiene la moral del pueblo entero. Los que ya son cristianos serán más constantes en su fe y su comportamiento para alumbrar mejor el camino a los que los siguen, y los infieles recién llegados empezarán a deshacerse de sus costumbres bárbaras y bestiales para adaptarse a la vida cristiana, guiados por la luz de los otros e imitando su buen ejemplo. Todo el pueblo estará unido en la fe y en la obediencia a los mandamientos y vivirá en armonía bajo la ley divina que le ayudará a su eterna salvación. No queremos otra cosa que llegar a esta meta después de tantas penas, viajes, trabajos y tentativas de inventar y aplicar siempre nuevos recursos. ¿Y quién puede dudar de que estos indios recién convertidos llegarán al cielo en recompensa de su vida devota, antes que muchos viejos cristianos, educados en la fe desde jóvenes, y lo poblarán en gran cantidad? Nosotros los misioneros esperamos verlo un día para gran consuelo nuestro» (1979:178-84).

3. La Misión del Chaco

No es posible hacer un detenido panorama histórico de esta tercera misión de la provincia paraguaya, que era, como se vió en la introducción de este capítulo, la más reciente, pues las 14 reducciones existentes en el momento de la expulsión habían sido fundadas en el siglo XVIII, y la menos homogénea, pues casi todas las reducciones eran de etnias diferentes. Esta menor duración temporal y mayor complejidad étnica explican que los resultados de la Misión del Chaco hayan sido menos profundos que los de la Misión Chiquitana y, sobre todo, que los de la Misión Guaraní, y por la mismo los cuatro cronistas del Chaco aportan menos información y análisis sobre la construcción de la utopía.

Sin embargo, aportan una rica información sobre temas que aparecen menos en otros cronistas, como el mundo ecológico austral, los viajes de exploración, la etnografía de sociedades hoy desaparecidas o los primeros contactos con etnias situadas en los primeros estadios del desarrollo; además, aportan la riqueza subjetiva propia de la mayoría de las crónicas, que en este caso parece ser mayor por provenir de cuatro misioneros oriundos de cuatro naciones y culturas diferentes, a saber Inglaterra, Checoslovaquia, Polonia y España. Paso a presentar a cada uno de los cuatro cronistas de la Misión del Chaco.

3.1 TOMAS FALKNER (1702-1784)

Es un misionero, geógrafo y naturalista, que puede ser comparado con Bernabé Cobo, aunque su área de observación fuera bastante más limitada. Falkner fue, según Furlong en el respectivo volumen de sus Escritores Coloniales Rioplatenses (1954), «un hombre singular que llegó a nuestras playas con preocupación y recelos, y tuvo que abandonarlas con pena y dolor, que llegó como cirujano hereje en las naos de la esclavatura y partió como misionero jesuita en las naves de los desterrados de 1768, después de haber residido en nuestro país por espacio de unos 38 años» (1954:9-10). Natural de Manchester e hijo de un médico y boticario calvinista, estudia medicina y matemáticas con Isaac Newton en la Universidad de Londres y es enviado por la Royal Society al Río de la Plata para investigar las cualidades medicinales de las aguas y plantas americanas, haciendo su viaje como médico de un barco negrero de la South Sea Company.

En 1730 llegó a Buenos Aires, donde contrajo una grave enfermedad, en la que fue atendido por un jesuita. Poco después Falkner abandonó el

calvinismo para hacerse católico e ingresó en la Compañía de Jesús en 1732. Diez años más tarde, concluída su carrera jesuítica, fué destinado a fundar una nueva reducción con los indios **serranos**, situados al sur de los indios **pampas**, donde ya misionaba el P. Matías Strobel en la reducción de Concepción. A pesar de iniciar el trabajo con entusiasmo en 1744, el proyecto fracasó, porque los indios serranos, al conocer ciertos abusos de los españoles con otros indios, se dispersaron. Nuevo intento en 1746 en compañía del P. Cardiel, fundándose las reducciones de Na. Sra. del Pilar y Na. Sra. de los Desamparados. Pero en 1751 hubo un levantamiento del cacique Bravo y desparecieron las tres reducciones serranas. Así termina la labor misional de Falkner. Este limitado tiempo consagrado a ésta explica quizás que él no haya sobresalido en las lenguas indígenas como tantos misioneros, como lo reconoce al afirmar: «yo solo aprendí la de los **moluches**, como que es la más pulida y la que con más generalidad es entendida».

Entre 1752 y 56 se desempeña como administrador de la estancia de los jesuitas en Carcarañá. Este trabajo le permitía consagrar su tiempo libre a otras actividades, como la práctica de la medicina y la investigación propia del naturalista. Así encontró huesos de enorme tamaño y el esqueleto de un gliptodonte, como nos cuenta:

> «yo en persona descubrí la coraza de una animal que constaba de unos huesecillos hexágonos, cada uno de ellos del diámetro de una pulgada cuando menos; y la concha entera tenía más de tres yardas de una punta a otra. En todo sentido, no siendo por su tamaño, parecía como si fuese la parte superior de la armadura de un armadillo; que en la actualidad no mide mucho más de un jeme de largo» (citado por Furlong 1954:65).

En 1756 es destinado a Córdoba, donde se consagra al trabajo profesional de médico, al trabajo docente en la cátedra de matemáticas de la Universidad y al trabajo pastoral con los criollos de la ciudad, con los cercanos indios y con los ingleses que por distintos motivos, incluso por naufragios, llegaban a Córdoba y a muchos de los cuales Falkner logró convertir al catolicismo. Allí le sorprende el exilio, que le lleva a España con los demás misioneros, aunque puede, por ser extranjero, regresar a Inglaterra, donde residió desde 1771 hasta su muerte.

En 1774 apareció su obra **A Description of Patagonia and the Adjoining Parts of South America** (Londres, C. Puch) con un largo prefacio de William Combe. En 1775 apareció la edición alemana y en 1785 la francesa; la española tendrá que esperar a que Pedro de Angelis la edite en 1836 en Buenos Aires en su «Colección de obras y documentos relativos a la

historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata». En 1788 se publica como póstuma otra obra de Falkner: **Of the Patagonians. Formed from the Relation of the Father Falkner, a Jesuit who had Resided among them Thirty Years** (Darlington, George Allan), que fué publicada por Furlong en castellano en su **Tomás Falkner y su «Acerca de los patagones»** (Buienos Aires, 1954, Librería del Plata). Al cumplirse el segundo centenario de la edición inglesa de su primera obra, se publica una versión castellana más cuidadosa que la de Angelis. Es la **Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur** (Buenos Aires, 1974, Hachette). En ella se reproduce el largo prefacio de Combe (pp.29-51), que constituye casi la quinta parte de la obra, que comienza así:

> «El establecimiento de una colonia inglesa en las islas Malvinas, según dicen, se debe a la opinión del finado Lord Anson, quien consideraba que se propendería a la extensión del comercio y del imperio marítimo de la Gran Bretaña, si ésta se hacía de un buen puerto para los barcos ingleses en los mares australes de América. Consideraciones como éstas fueron las que me indujeron a creer que cualquier relación que tratara de la geografía, habitantes y demás detalles de la parte más austral del continente americano, podría ser de alguna utilidad pública y hasta servir de entretenimiento al curioso lector... Hay otra razón más que nos induce a hacer esta publicación y es que, realizada que sea una franca reconciliación entre las cortes de Londres y Madrid, lo probable es que los comerciantes ingleses conseguirán se reanude la trata de negros y tal vez otros ramos más del intercambio comercial con el Río de la Plata...
>
> Como no está fuera de lo probable que navíos ingleses tengan que meterse algún día en el Río de la Plata, como amigos o como enemigos, se hace la descripción de los puertos de aquel río y también de los peces que de él se sacan» (1974:29-31).

En este prefacio Combe analiza las ventajas de las buenas relaciones entre Inglaterra y España y sus respectivas colonias, pero sin dejar de ponderar las amenazas que significa el mundo español a pesar de su declive político. Es sabido que en este tiempo España dió más importancia a su colonia rioplatense, convirtiéndola en su cuarto virreynato americano en 1777 y enviando expediciones de «reconocimiento y ocupación» del territorio (Viedma, Villarino y Malaespina).

En su introducción, titulada «De la parte más austral de América que se contiene en el mapa», Falkner expresa el objetivo y los límites de su trabajo, afirmando que no describe Chile, porque yo lo hizo el padre Ovalle en una obra traducida al inglés, y destaca que ofrece lo que ha visto personalmente u oído de personas dignas de crédito tanto indios como españoles:

«Por lo tanto me limitaré a aquello que yo mismo he visto y que es menos conocido en Europa. El perfil de la costa de mi mapa se funda en el de D'Anville... Algunas modificaciones he introducido yo en la costa oriental, que visité el año 1746, como también en la región de San Antonio, donde estuve viviendo algunos años. En las descripciones que hago del interior, por lo general me he ajustado a las propias observaciones, porque lo he recorrido en gran parte, estableciendo así la ubicación de los lugares, las distancias que los separan y los ríos, las montañas y las selvas que contienen. Donde no me ha sido dable penetrar, me he valido de la relación de indios naturales y de españoles cautivos, que habían vivido años entre ellos y posteriormente habían sido rescatados» (1974:53).

Luego en seis capítulos se presenta una visión bastante objetiva de la naturaleza (cc.1-3) y de la cultura (cc. 4-6) de la Patagonia. Tal objetividad queda patente en los juicios de los estudiosos argentinos que recoge Furlong (1954:108-121).

Aunque en la obra predomina la descripción objetiva propia de las obras científicas, no faltan los recuerdos, anécdotas y reflexiones variadas del autor que amenizan la lectura. Así, al hablar de las inmensas llanuras donde falta el agua en una parte del año, observa: «las numerosas cruces que se ven sirven para hacernos conocer cuántos han caído víctimas de su osadía al querer acometer tan arriesgada travesía» (1974:58). Y al referirse a las manadas de caballos salvajes, recuerda que «en un viaje que hice al interior en 1744,...era su número tan excesivo que durante quince días me rodearon por completo» y que los caballos «pasaron donde yo estaba en grandes tropillas a todo escape durante dos o tres horas sin cortarse; y durante todo ese tiempo apenas pudimos yo y los cuatro indios que entonces me acompañaban librarnos de que nos atropellasen e hiciesen mil pedazos» (1974:67).

He seleccionado para la antología dos capítulos que representan las dos dimensiones de la crónica. Uno es el cap. 1o., que se refiere al mundo natural de la Patagonia y en el que Falkner hace una minuciosa descripción de cada uno de los recursos vegetales, animales y minerales y de la explotación de los mismos que hacían los indios y los criollos y, además, reflexiona sobre las posibilidades de la región con enfoque de moderno planificador. El otro es la primera parte del cap. 5o, que describe, dentro del mundo cultural de la Patagonia, la religión.

I. DEL SUELO Y PRODUCTOS DE LA PATAGONIA (1774)

(1. Suelo y recursos agrícolas de Santiago del Estero)

La jurisdicción de la ciudad de Santiago del Estero, en la provincia de Tucumán, es llana,seca y medanosa. Su mayor parte está cubierta de bosques espesos, que empiezan desde unas 50 leguas hacia la parte del sur y se extieden hasta la jurisdicción de Tucumán, que está a 30 leguas al norte de Santiago; se extienden al naciente del río Dulce unas 20 millas y hacia el este hasta el Chaco, unas 20 millas más.

En esta jurisdicción pocos son los sitios despejados, y los que se hallan en esta condiciones están tan expuestos a las frecuentes inundaciones de los ríos Dulce y Salado (así llamados por la calidad de sus aguas), que los habitantes se ven obligados a desmontar para conseguir así terreno para sus chacras. Atrás de los bosques hacia el este, en dirección a las sierras de la Rioja y el valle de Catamarca, se extienden inmensas llanuras, donde el pasto abunda, pero falta en absoluto el agua potable, no siendo la que se embalsa en las lagunas durante la época de las lluvias; y cuando éstas se agotan, peligra morirse de sed quien por ellas se expone a viajar. Las numerosas cruces que por esas llanuras se ven sirven, para hacernos conocer cuántos han sido víctimas de su osadía, al querer acometer tan arriesgada travesía. Esta vasta región se extiende unas 80 leguas desde las sierras de Córdoba hasta las del valle de Catamarca, y dásele el nombre de travesía de Quilino y Ambargasta.

A pesar de estos inconvenientes el suelo no deja de tener su fertilidad, si se cultiva como corresponde, y produce sandías y melones de tamaño increible, y las mejores que se dan en estas provincias. Mayores de tamaño son las que se consiguen en Tucumán, pero más desabridos. Maíz también se cosecha aquí en grandes cantidades y se exporta a Córdoba y Buenos Aires. El algodón se da bien y el añil se cosechaba antes con mucha abundancia; por el descuido, empero, de los criollos se ha perdido del todo. Pequeñas cantidades de cochinilla se recoge de una especie de opuncia petisa y espinuda, que se extiende por el suelo y se cría silvestre en los matorrales, y podría ser mucho mayor la cosecha, si se cultivase y preparase tal como se hace en Quito y otras partes del Perú. La tierra, si se cultiva como es debido, produce también duraznos, higos y dátiles. Las frutas silvestres son la algarroba, el mistol, el chañar y el molle, con más algunas otras de menor importancia.

(2. Importancia del algarrobo con sus cuatro clases)

El algarrobo de esta tierra es un árbol grande que casi iguala a un roble de regular tamaño; su misma madera es fuerte, durable y de hebra gruesa. Las hojas son pequeñas, muy recortadas y muchas reunidas sobre un pedúnculo común, próximas y opuestas unas a otras, así que 10 o 20 de ellas parece que componen una sola hoja, como en el abeto. Las flores son pequeñas, de un color blanquisco y reunidas en pequeños racimos, como en el grosellero, pero más pequeñas y más tupidas. De éstas nacen unas vainas grandes y largas, como las de guisantes, pero no tan anchas. Las hay de dos clases, negra y blanca, siendo aquélla más angosta, pero algo más dulce. Antes de la madurez completa es verde y muy astringente, que deja áspera la lengua de una manera muy rara; pero ya madura se pone sumamente dulce y adquiere un olor fuente, desagradable, parecido al de las chinches.

Este árbol se cría con gran abundancia, y viene a ser una especie de acacia dulce, parecida a la acacia arábiga. La gente del país cosecha este fruto en gran cantidad, como que forma la parte principal de su alimentación. La reducen a forma de harina y a veces la mezclan con la harina de maíz, y así mezclada en agua fría la llaman **añapa**. La harina sola, que es bastante melosa y pegajosa, la comprimen en panes o ladrillos, y así la guardan para su alimento, a que dan el nombre de **patai**. De las vainas molidas hacen bebida muy fuerte o chicha, dejándola fermentar por 12 o 24 horas en cantidad suficiente de agua fría; en este tiempo se pone fuerte y mareadora, de suerte que produce borrachera pesada. De la chicha podía sacarse buena cantidad de aguardiente puro, pero a los criollos les falta habilidad para aprovecharse de esta industria. Más hacia el sur, este árbol no alcanza las mismas dimensiones, y en el país de los **Teulches** se reduce al tamaño de un arbusto, que no alcanza a un metro de alto. He visto dar el fruto de este árbol a los enfermos de consunción que padecían sudores copiosos, y a los éticos en forma de **patai** o de chicha, y con muy buenos resultados; y se nota que dichas enfermedades no son comunes entre la gente que usa estos alimentos.

Hay otra especie de este árbol, que para mí es la verdadera acacia de los árabes. Las hojas se parecen a las del algarrobo, mas las flores y el fruto son muy diferentes. Las flores son de un color amarillo muy brillante, muy pequeñas y se crían reunidas en una pelotilla, de un olor muy aromático. Las vainas son muy gruesas, con semillas como lentejas, pero más duras; son gomosas, de gusto fuerte y astringente, y con alcaparrosa hacen tinta negra y sirven para teñir de negro los hilos de la lana y del hilo, que es el uso que de ello hacen los criollos de esos lugares. La madera es muy firme y su color de un rojo más subido que el del algarrobo, y su lloro es idéntico al de la goma arábiga.

Hay una tercera clase que no es tan elevada y su vaina es de un rojo menos subido, más inclinado al chocolate; no es astringente, ni dulce, pero los criollos la emplean para hacer una chicha que toman para curarse de la **lúes venérea**. Su acción es la de un sudorífico y he sido testigo de curaciones con este remedio que en Inglaterra hubiesen exigido un tratamiento por salivación. He vista también una cuarta clase de estas vainas, procedente del Chaco, mayores en tamaño y más fuerte y su color rojo más encendido que el de las anteriores.Eran muy astringentes y balsámicas, de olor muy pronunciado como el de los cipreses; eran, según me aseguró el misionero que me las trajo, el fruto de un árbol grande, espinudo, que no tenía hojas. Creo que tienen propiedades balsámicas y astringentes, propias para heridas, y podrían tener importancia en la medicina, al menos para las aplicaciones externas.

(3. Otros árboles silvestres: mistol, chañar y molle)

El mistol es en este país un árbol bajo, nudoso y torcido; en países más cálidos crece más alto y más derecho; en climas más fríos, como el sur de Santiago, ya no se cría. Los indios usan esta madera para lanzas, porque es pesada y de buena hebra. La fruta es de color rojo, del tamaño de una castaña, con corteza muy delgada y con un carozo grande y duro en el centro. Los criollos comen la corteza con la poca parte blanda que encierra, y también la utilizan para hacer chicha, que sale muy dulce.

El chañar, en las partes más calientes, es un árbol alto y grueso, aunque de menores dimensiones que los de más acá hacia el sur. Las ramas son muy torcidas y espinudas. El tronco se conserva siempre verde y se le cría una corteza delgada, parecida al pergamino, que se seca, que se desprende y es reemplazada por otra nueva. Sirve para leña y para carbón. La madera es dura y de buena hebra y de un color amarillento. Los indios la usan principalmente para estribos, pero, según parece, sirve para otras cosas también, como, por ejemplo, en la edificación, etc. Las hojas son pequeñas y ovaladas; la fruta se parece a la del mistol, aunque menor en tamaño y menos dulce y de un rojo no tan subido. Se emplea tal como el mistol.

El molles es un árbol grande que no se encuentra al sur de la provincia de Tucumán. La madera de este árbol es de una hebra muy fina y de gran belleza, pero de poca duración, por estar muy expuesta a la carcoma. Dos son sus variedades. La una que tiene una hoja como la del laurel en tamaño y semejanza; la otra se le parece exactamente, pero más pequeña. Las dos son siemprevivas, y las hojas molidas sirven para curtir la mejor clase de cueros de cabra que se preparan en el país. Los troncos lloran una

buena cantidad de goma, que sirve de incienso porque es muy aromática. El molle de las hojas grandes produce buena cantidad de fruta negra, que bien madura tiene su hollejo de un color celeste muy claro, casi blanco; el tamaño es de la grosella menor y muchas veces se cría en racimos, como los de cerezas; son más dulces que la algarroba; puestas a hervir con agua dan un arrope o sea un almíbar muy dulce y picante al paladar; si se hace ferementar con agua sola, una chicha mucho más fuerte que la de algarroba, en olor y sabor; la borrachera que se produce dura por lo general dos o tres días, y se ponen de mirada brava y feroz los que se exceden con esta bebida; prueba la fuerza y cantidad del alcohol que contiene.

(4. Otros árboles de la región)

Hay muchos árboles muy útiles y hermosos, de colosal altura, que se crían en los profundos valles y quebradas de los cerros, entre los que figura el quebracho blanco y colorado, el viraró, el lapacho, el cedro, el timbó, el nogal silvestre, juntamente con el laurel y el sauce. Estos últimos se crían allí muy altos y gruesos, pero no sirven para mayor cosa.

El quebracho blanco y colorado, así llamado 'quiebrahacha' por su extremada dureza, crece en la selva de la parte llana, al norte de Córdoba. En Santiago se crían de 8 a 10 yardas de alto, muy derechos y gruesos en proporción. El quebracho blanco tiene hojas parecidas a nuestro boj, si bien algo más grandes, de una punta aguda con espina; la madera también se parece a la del boj, pero de color rojo en el corazón; es excelente, muy compacta, pero quebradiza, dura de labrar y muy pesada. El colorado es un árbol totalmente distinto; sus hojas crecen a la manera de las del tejo; es más alto y más pesado que el blanco, su madera es del color de sangre y solo puede labrarse cuando está recién cortada, porque después de algún tiempo de cortada se pone tan dura, que no hay herramienta que la pueda labrar. En color y dureza tanto se parece al mármol rojo que fácil es que se confundan.

El viraró produce madera de un color blanco, como la del olmo nuestro, y la usan para tirantes y cosas parecidas. Es muy durable y se labra con facilidad. El lapacho es de los árboles de esta tierra que mejor madera dan. Nunca lo vi en su propia naturaleza, pero sí grandes trozos de este palo de 8 y 9 yardas de largo, que se exportan a España para trapiches de moler aceituna. La madera es de un color oscuro verdoso, bien graneada, sin ser tan quebradiza como la del quebracho; pero es muy dura y pesada. Los cedros son como los nuestros. El timbó es una especie de cedro ordinario, que se cría en las márgenes de los ríos.

Los nogales silvestres son altos y muy grandes. He visto algunos que habían sido traídos de Tucumán, troceados y labrados, que medían 12 yardas de largo. No dan fruta, pero la hojas es como la de nuestros nogales, si bien algo más grande. En ciertos valles profundos de las sierras he visto cedros y nogales que yo calculé medirían de 15 a 20 yardas de alto y como un huso de derechos. Todos éstos con muchos otros se crían en la selvas y proporcionan madera de la mejor clase y en su mayor parte son espinudos; entre éstos no está de más hacer mención del palo de lanza, porque es del que se sirven los criollos para hacer sus lanzas y azagayas. Este árbol es de color amarillo, muy derecho, de madera excelente, y sin igual para ejes de coches y carretas.

(5. **Cultivos y productos comerciales**)

Los criollos cultivan muchos árboles que se crían silvestres en el Paraguay, como, por ejemplo, naranjos y limoneros, dulces y agrios. Duraznos cultivados y silvestres abundan mucho. En Córdoba y Mendoza se producen manzanas y peras de muchas clases, granadas, damascos, ciruelas y cerezas. En algunas partes los higos casi son silvestres, o al menos se dan sin cuidado mayor, y lo mismo los higos de tuna.En algunas partes de este país se da bien la vid, y en Mendoza, La Rioja y San Juan está muy desarrollado su cultivo, como lo mismo en el valle de Catamarca, donde hay algunos viñedos, pero pocos. El vino que se produce, en parte es para uso particular y en parte para exportarlo a Tucumán, Salta, Jujuy, etc. Este producto a veces se vende muy barato y lo estaría más aún, si no fuese por los crecidos impuestos que paga en las ciudades a donde se remite.

El trigo y casi todos los demás crereales se cultivan y prosperan en Córdoba, Santiago y La Rioja, donde hay riego; y también en Buenos Aires y Santa Fe en los años que no son de seca. Esta mies podía ser muy abundante y más al sur se produciría en gran cantidad, mas el caso es que los indios no siembran. Los **moluches** -y sólo ellos-limpian algún tanto sus rastrojos, sin ararlos, y labran hasta donde lo pueden hacer con sus cuchillos. En Tucumán llueve demasiado, de suerte que no se presta para trigo; pero los criollos levantan grandes cosechas de maíz o 'trigo de los indios', que lo cambian por trigo con los de Santiago.

Los princpales artículos de comercio en Santiago son la cera y las mieles, de las que hay gran abundancia en las inmensas selvas del otro lado del río Salado. Grandes cantidades de estos dos artículos se extraen de los huecos en los árboles podridos, y se venden por todas partes en las provincias vecinas. Hay también una clase de miel llamada **allpamiscua**, tra-

bajada por una abeja muy pequeña. La depositan en agujeros bajo la tierra, en los pedregales; su gusto es agridulce; un excelente diurético y buena para mal de piedra o cáculos en la vejiga.

(6. **Posible explotación del salitre**)

Otro muy importante producto de esta tierra (y que casi no se conoce por ahora) es el salitre, que podría recogerse en grandes cantidades si se estableciese la industria, porque hay una vasta extensión de este territorio salitroso, como de 200 a 250 leguas de largo por 40 o 50 de ancho. Este empieza a unas 12 leguas al norte de la sierra del Vuulcan y en el ancho se extiende hasta el cabo de San Antonio; incluye toda la jurisdicción de Buenos Aires y las costas del sur y oeste del Río de la Plata; y dejando Córdoba a la parte del oeste, atraviesa todo el territorio de Santa Fe hasta llegar a la ciudad de Corrientes, en las juntas de los famosos ríos Paraguay y Paraná.

La anchura que por aquí tiene es tan considerable que abarca toda aquella parte de la jurisdicción de Santiago, que se halla situada al oeste del río Dulce, y toda la parte llana de La Rioja hasta los límites del Valle de Catamarca. Esto está de manifiesto desde que todos los arroyos y ríos que pasan por estos terrenos salitrosos, adquieren un gusto salobre, y sus aguas no son potables sino recién cuando se mezclan con las del Paraná. Todos los ojos de agua en esta gran extensión de tierra son manantiales más o menos salados; mientras tanto los ríos que bajan de las sierras de Córdoba, Tucumán, Choromoros y Aconquija son de aguas inmejorables donde nacen, y así se conservan por muchas leguas, hasta que las descaragan en el Paraná o se pierden en las lagunas saladas.

En la Asunción del Paraguay se saca cantidad de sal de la tierra para uso doméstico, pero donde más abunda ésta es en las cercanías de La Rioja y de Santiago. Después de un aguacero el suelo se emblanquece con el salitre y produce gran frío en los pies; y en tales ocasiones, valiéndose uno de una escobilla o pluma, puede recogerse en gran cantidad y sin mucha tierra, y del mismo modo si se toma el agua llovida que se junta en los charcos. Los criollos se limitan a lo que necesitan para la fabricación de la pólvora que, por lo general, solo emplean para sus fiestas. Muchas veces la he comprado yo en pequeñas cantidades, como de 20 libras, pero mal refinada y en pequeños cristales cilíndricos, con falta absoluta de cubos, lo que prueba que no va mezclada con sal gema, la que no suele faltar en el salitre nuestro. Este descubrimiento podría ser de gran utilidad, si se dedicasen a esta industria, porque el salitre podría ser conducido en botes a Santa Fe por el río Salado, y de allí por el Paraná a Buenos Aires.

(7. La explotación ganadera: ovejas, vacas y caballos)

El comercio principal del país es la gandería. En todas partes tienen grandes majadas de ovejas; y cuando yo recién llegué eran tanto el ganado vacuno que, fuera de los rodeos de hacienda mansa, en inmensa cantidad, alzado y sin dueño, se extendía por todos los llanos a una y otra parte de los ríos Paraná, Uruguay y aun del mismo Río de la Plata, y poblaban todas las pampas de Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe y Córdoba. La codicia empero y el descuido de los españoles han destruído a tal grado este ganado alzado que, a no ser por el hecho providencial de alguna gente algo más previsora, ya la carne se hubiese puesto carísima en aquellas regiones. En los primeros tiempos no pasaba año sin que zarpasen de 6 a 8 buques de Buenos Aires, cargados de cuero en su mayor parte. Grandes eran las matanzas que se hacían sin que se aprovechase más que los cueros, la gordura y el sebo, pero la carne se tiraba al campo para que se pudriese. El consumo anual de ganado que se carneaba solo en esta forma, en la jurisdicción de esta ciudad de Santa Fe, que no era más que una de tantas, no dejaba de alcanzar a algunos cientos de miles; y la costumbre aun no se ha dejado del todo. Esto no obstante el ganado se conserva barato, y aun en Córdoba los novillos se venden a 2 pesos cabeza. Mas es el caso que antiguamente no hubiesen alcanzado a la mitad de precio actual.

Hay también gran copia de caballos mansos y un número increible de baguales. El precio de un potrillo de 2 a 3 años es un medio peso, o sea 2 chelines y 4 peniques; el caballo de servicio vale 2 pesos, y la yegua, 3 reales y hasta 2, a veces. Los caballos alzados no tienen dueño y andan disparando en grandes manadas por aquellas vastas llanuras que delimitan, hacia el este con la provincia de Buenos Aires y el mar océano hasta llegar al río Colorado; al oeste, con las cordilleras de Chile y el Primer Desaguadero; al norte, con las sierras de Córdoba, Yacanto y La Rioja; y al sur, con los bosques que son los límites entre los **Teuelches** y **Dihuihets**. Andan de un lugar a otro contra el viento, y en un viaje que hice al interior el año 1744, hallándome en estas llanuras durante unas tres semanas, era su núnero tan excesivo que durante 15 días me rodearon por completo. Algunas veces pasaron por donde yo estaba en grandes tropillas a todo escape durante 2 o 3 horas sin cortarse; y durante todo este tiempo a duras penas pudimos, yo y los 4 indios que entoces me acompañaban, librarnos de que nos atropellasen e hiciesen mil pedazos. Otras veces he transitado por toda esta misma región sin ver uno solo de ellos.

A la gran abundancia de caballos y ganado vacuno se atribuye el que los españoles e indios no cultiven sus tierras con ese cuidado y diligencia que se requiere y que la ociosidad haya cundido tanto entre todos ellos. Lo más sencillo es que cualquiera de ellos pueda tener o amansar una tropilla

de caballos, mientras que armado con su cuchillo y su lazo está ya habilitado para proporcionarse mantención. Vacas y terneros abundan y lejos de la vista de los dueños; así que fácil es carnearlos sin que se aperciban, y ésta es la práctica general.

(8. **Notabale ausencia de minas**)

Muchos se han empeñado en descubrir minas en este país, pero siempre con malos resultados. Muestras de mina de oro se han encontrado en jurisdicción de la provincia de Córdoba y valle de la Punilla; pero, después de muchos y costosos trabajos, la cantidad de oro que se obtuvo fue insignificante y los empresarios se arruinaron. Igual suerte cupo a otros explotadores de minas de oro descubiertas en la boca del Plata, en las sierras da Maldonado, que al fin abandonaron el trabajo por la misma razón que los anteriores. Hará cosa de diez años metieron gran ruido unas minas de plata cerca del cerro de Aconquija, y al principio se consiguió sacar alguna cantidad de barra. Entusiasmado con este resultado, el gobernador de la provincia se interesó en ello, se dio parte del descubrimiento al rey de España y muchos gastaron toda su hacienda en este empresa; mas, después de dos años de trabajo sin éxito alguno, se hizo abandono de todo, como en los dos casos anteriores.

Pocos años ha se hizo otro descubriminto de minas de plata en Mendoza, al pie de la cordillera, que después de algunas exploraciones produjeron una gran cantidad de metales. Los empresarios gastaron ingentes sumas en maquinarias y demás instalaciones indispensables para este género de trabajo; antes de salir yo del país, empero, se habían recibido ciertos informes no tan favorables de estas minas, así que no me es dado decir si han prosperado o no. Las mismas famosas minas de Potosí han decaído bastante en importancia. Los metales que se exportan no pasan de una tercera parte de lo que antes se producía, y los indios que las servían casi se han extinguido por falta de una buena policía; aparte de que muchas de las minas están inundadas, de suerte que no se pueden explotar con provecho. Es más que probable que haya minas de oro y de plata en tierra de indios **Moluches**, aquende la cordillera, así como las ha habido del otro lado; mas es el caso que los indios no se preocupan de estas cosas, y los españoles le tienen recelo al cruzar las sierras éstas en sus catas, porque están expuestos a ser atacados por ellos.

(9. **Abundancia de drogas no explotadas**)

También se encuentran en estas regiones varias drogas, que podrían resultar de gran provecho, si los naturales del país se propusiesen utilizar-

las. En la jurisdicción de Tucumán y en la ciudad de Siete Corrientes hay gran cantidad de **guayacum** o palo santo y de sangre de dragón. Este último, que es un producto de gran valor, fluye del árbol cuando se hace una incisión, y luego que se espesa toma toda la forma de sangre verdadera, tanto en color cuanto en consistencia. Se endurece, si la hacen hervir o si la guardan por algún tiempo, adquiriendo la consistencia de la resina; toma el color de los hígados, mucho más subido que que nuestra sangre de dragón oficinal, como es también más astringente.

El bálsamo de **caaci** mana de los tajos que se dan a cierto árbol, y se obtiene también haciendo hervir (en agua) los gajos bien molidos. Es una goma dura, parecida a la trementina, de color blnco si se saca por hervor, pero por otro procedimiento resulta amarilla y transparente. Es un remedio excelente para hacer criar carne en las heridas y un medicamento muy eficaz por vía bucal. Dos indios fueron heridos en distintas ocasiones en la región epigástrica, precisamente bajo el cartílago xifoides; las puntas del arma salían de un lado del espinazo, un poco más arriba en el uno que en el otro; lo que bebían se les salía en seguida por las heridas; los dolores que sentían eran agudos, les sobrevenían desmayos frecuentes y sudores fríos y viscosos.

Yo solía aplicar este bálsamo exteriormente disuelto en grasa de ciervo y tuétanao; mas en los casos presentes las heridas se habían ya cerrado, así que se los administré por la via bucal. Tomaban una pequeña dosis, como del tamaño de una avellana, tres veces al día y a veces con más frecuencia pero en menor cantidad. En estos desiertos no tenía yo otros remedios que poderles dar con probabilidad de buen resultado. Lo cierto es que ambos sanaron y quedaron fuertes y robustos, el uno en seis semanas y el otro por ahí en tres meses. Menciono estos dos casos como muy especiales, porque el estómago había sido perforado en dos partes a traspaso, heridas que en la facultad de medicina son tenidas por mortales. La razón de la rapidez de estas dos curas me la explico yo así: que las heridas eran unas perforaciones sumamente estrechas, como que procedían de la hoja estrecha de una tizona o espadín que habían utilizado para punta de lanza.

El bálsamo, o mejor dicho extracto, dicho **aguaribay**, se obtiene de una planta o especie de arbusto del género lentisco, por medio de hervor. Aplicado por vía bucal es un buen purgante y digestivo, y ayuda a la buena cicatrización.Es muy eficaz, como toma,para las hemorragias, disenterías y catarros, porque es a la vez aglutinante, astringente y balsámico.

La goma **isica** se saca de un árbol que crece en el Paraguay; se llama también trementina; parece que es una goma elemí, pero más cáustica, y si

se aplica pura, levanta ampollas. La principal aplicación que tiene en el país es para emplastos como la ciática, remedio eficaz las más de las veces. Terciado con igual cantidad de cera o sebo forma un linimento muy bueno de **arceus**; también sirve para (dolores de cabeza), si se aplica con **oxycroceum** a los pies, con lo que se conservan calientes; los indios y los criollos en general se sirven mucho de esto, por cuanto sufren mucho de afecciones al hígado debido a la costumbre de las bebidas refrescantes; y estas dolencias vienen acompañadas de gran frialdad a los pies.

La raíz de la **contrahierba** abunda mucho. En algunas partes de la sierra de Córdoba y de Yacanto las raíces de **valeriana** y de **meum** se dan en gran abundancia y de un tamaño muy superior al que notamos en Europa, y más fuerte el olor que despiden; algunas de las raíces de la valeriana son tan gruesas como el brazo de un hombre; el olor que despiden se parece al de las nuestras, pero como se observó ya, mucho más fuerte. Las hojas del **meum** son muy grandes y se crían del alto de una yarda. Las flores son blancas y en racimos de forma cónica de cuatro o cinco pulgadas de medida. Su uso es muy conocido para afecciones nerviosas y epilepsias.

De los guaraníes traen dos clases de raíces de una planta o junco a que los indígenas dan el nombre de **shynant**; aunque las dos clases tienen el mismo nombre mucho se diferencian entre sí. La una se parece casi todo al **calamus aromaticus**, aunque de olor y gusto más fuerte, pero sin alcanzar las dimensiones de éste. La otra tiene raíces pequeñas y redondas como de media pulgada de largo, fáciles de ser remolidas y del mismo color de la contrahierba; tiene un gusto muy picante, aromático, parecido al de las especias y tomado como bebida es remedio para todas las afecciones frías del cerebro y de los nervios. El **ginger** también se da en estos lugares.

(10. **Falkner descubre una especie de té**)

Pero lo que podría llegar a ser de la mayor importancia, siempre que se diese con la manera conveniente de prepararla, es esa especie de té que descubrí yo unos dos años antes de mi retirada del país. La semejanza es completa entre ésta y la hierba así llamada que nos viene de la China, porque al meter hojas de dos clases en agua en punto de ebullición, se extendieron en igual sentido sin que pudiese yo darme cuenta de la diferencia alguna en cuanto a su forma o disposición de sus partes venosas y fibrosas.Encontré esta planta de té en gran cantidad de los varios valles: al pie de la sierra de Córdoba y Yacanto, cerca de la sierra de Achala y en los valles de Calamochita; he sido también informado que en Tucumán, Salta, etc., que están más cerca del Perú, se produce en aún mayor abundancia.

Es un arbusto que se cría de una o dos yardas de alto; su tronco rara vez excede de una pulgada de grueso, y por lo general tiene menos; no le suelen nacer retoños de pie, pero sí muchas ramas largas del tronco. Las hojas son triples como las del trébol, de un verde muy hermoso y muy lisas; produce una espiga larga de flores azules, parecidas a las del espliego, aunque no tan largas, ni tan aromáticas. De cada una de estas flores resulta una vainilla, cada cual con su semilla que no alcanza a medir la tercera parte de una lenteja, pero con forma de judía. Seca la hoja, si se hace la infusión por agua, le participa a ésta el color que adquiere con té perla: en gusto y sabor son exactamente iguales, lo que sí algo más cargado sin ser astringente; pero esta diferenia acaso se deba al hecho de que está más fresco este té que el otro, cuando no resulte del modo diferente de prepararlo o porque no se seca sobre planchas de cobre, como se acostumbra en China. Al secarlo no me fue posible conseguir que se enroscase y arrugase, como sucede con el té de Oriente.

Hallé también una especie menor de esta misma planta, no sólo en cuanto a su alto, sino también en lo que respecta al tamaño de las hojas. Hay aún otra especie más de esta planta que se da en Chile, produce una semilla redonda, pero sin vaina; las flores son amarillas y no forman espiga, la hoja es menos lisa que la anterior y de un verde más claro. La infusión es de un tinte más subido, con sabor más o menos como el anterior, sin ser tan grato al paladar, por su gusto algo desabrido. El nombre que le dan los indios es **culem**. Los criollos de Córdoba llaman al de ellos **albahaca del campo**; mas es éste un nombre que se la da al azar a una planta que en nada se parece a la albahaca ni del campo ni del jardín, porque es la albahaca hierba y no arbusto.

Como yo y varios de mis amigos recogimos bastante bolsas de este té, y lo repartimos entre muchas personas, tuve ocasión de observar sus efectos, y de ello me resultó que daba apetito y que ayudaba a la digestión, siendo remedio contra jaquecas, apepsias crónicas (falta de apetito) y anorexias (mala digestión) que se habían resistido a todos los demás remedios, cualidades en que supera y con mucho al té de la China. Es de notar que en los lugares en que se da esta planta de té se encuentra también el material del que se hace la porcelana en la China» (1974:57-73).

II. EL SISTEMA RELIGIOSO DE LA PATAGONIA (1774)

(1. **Panteón dualista del bien y el mal**)

«Estos indios creen en dos seres sobrenaturales, el uno bueno, el otro

malo. Al ser bueno llaman los moluches **Toquichen**, que equivale al Señor de la gente; los taluhets y dihuihets le dan el nombre de **Soychu**, que en su lengua significa el ser que manda en el país de la bebida fuerte, mientras que para los tehuelhets es **Guayavacunnee**, o sea Señor de los muertos. Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada estirpe o familia de indios, que supone haya creado él. Los unos se dicen casta de tigres, los otros de león, algunos de guanaco, como otros de avestruz, etc. Se imaginan que cada uno de estos dioses tiene su morada aparte, en vastas cavernas subterráneas, bajo de algún lago, cerro u otra cosa, y que cuando muere algún indio, su alma se va a vivir con el dios que es el patrón de su propia familia, y gozar allí de la felicidad en una ebriedad perenne.

Creen ellos que sus dioses buenos formaron el mundo y que al principio crearon a los indios en sus cuevas, dándoles lanzas, arcos y flechas, y las boleadoras con que pelear y cazar y que en seguida los echaron a que se manejasen como pudiesen. Se imaginan que los dioses de los españoles hicieron otro tanto con ellos, pero que, en lugar de lanzas, arcos y demás, les dieron armas de fuegos y espadas. Se sacan la cuenta que cuando fueron creados los animales, las aves y demás salvajinas menores, los más ágiles salieron al punto de sus cuevas, pero que los toros y las vacas, que estaban atrás de todos, con sus cuernos les infundieron tal miedo a los indios, que éstos cerraron la entrada a sus cuevas con grandes piedras. Con esta razón explican por qué no había ganado vacuno en tierra de ellos antes de que lo introdujeran los españoles, quienes con más cordura lo habían dejado salir de la cueva.

Se hacen la ilusión que algunos de ellos han de volver a estas cuevas misteriosas. También suponen que las estrellas son indios de antes, que la vía láctea es el cazadero en que los indios éstos corren avestruces que voltean. También aseguran que la creación aún no se ha completado y que no toda ella se ha manifestado a la luz del día en este nuestro mundo de la superficie. Los brujos de ellos,al son de sus cajas y de sus mates llenos de caracoles, dicen que ven en el mundo subterráneo hombres, ganados, etc. con ventas de caña, aguardiente, cascabeles y muchas otras cosas más. Pero tengo fundados motivos para saber que no todos se prestan a creer en esas patrañas, porque el cacique Tehuel Chehuentuya me vino una mañana con el cuento de que uno de sus hechiceros acababa de descubrir uno de estos lugares subterráneos y lo ubicaba precisamente abajo de donde ellos estaban; y al reirme yo, haciéndole ver su inocencia si se dejaba engañar con tales fábulas y desatinos, contestó con aire de desprecio: **Epueungeing'n**: son cuentos de viejas.

(2. **Los espíritus del mal y su culto**)

El Espíritu Malo se llama entre los moluches, **Huecuvoe** o **Huecuvu**, es decir el vago de afuera. Para los tehuelhets y chechehets, es **Atskannakanatz** y para los demás puelches, **Valichu**. De estos demonios reconocen que hay un sin número que andan por el mundo, y a ellos le acumulan cuanto mal acontece en él, ya sea al hombre o a las bestias; y a tal extremo llegan con estas sus creencias que, para ellos, son estos malhadados seres la causa del cansancio y del desfallecimiento que les sobreviene en sus largas jornadas o fatigas del trabajo. Según ellos, cada uno de sus hechiceros tiene dos de estos demonios continuamente a su lado, que le suministran los medios de predecir lo que está por suceder, avisan lo que está aconteciendo en un momento dado pero en otra parte, por distante que sea, y permiten curar a los enfermos, haciéndose ellos cargo de combatir, expulsar o ganarse a los otros demonios que son causa de su tormento. Creen también que las alma de sus hechiceros, después que mueren, pasan a formar en el número de estos demonios.

El culto de los indios se dirige exclusivamente al ser maligno, excepción hecha de algunas ceremonias con que reverencian a los muertos. Tratándose del culto se reúnen en el toldo del hechicero, quien se oculta en un rincón del mismo para que no lo vean los demás. En esta alcoba tiene él un pequeño tambor, uno o dos matecillos que contienen cochinillas del mar y algunas bolsitas de cuero cuadradas, todas pintadas en que guardan sus amuletos. Empieza la ceremonia con ruidos extraños del tambor y de las sonajas; en seguida se hace el accidentado o finge luchar con el diablo que se ha apoderado de él; con los ojos hacia arriba se le desfigura toda la cara, echa espuma por la boca, se le encogen todas las coyunturas y después de las más violentas convulsiones queda quieto y yerto cual un epiléptico. Pasado certo tiempo vuelve en sí, como que ha vencido al demonio; en seguida y allá dentro de su tabernáculo, finge que sale una voz débil, aguda, triste, como del espíritu maligno, quien por medio de esta voz lastimera se pone a confesar su derrota; en seguida y desde una especie de trípode, pasa a contestar cuanto se le pregunta. Poco significa que las respuestas salgan ciertas o no, porque si resulta falsa, la culpa la tendrá el diablo. En todas estas consultas se paga bien al hechicero.

El puesto de hechicero es bien peligroso, no obstante lo mucho que a veces lo respetan, porque suele acontecer que, cuando muere algún cacique de los indios, matan también a algunos de los hechiceros, y con más razón cuando han tenido cuestión con el finado poco antes de su muerte, porque en este caso los indios atribuyen la pérdida de su cacique al hechicero y sus demonios. Cuando sobrevienen pestes o epidemias, en que tantísimos su-

cumben, mal les suele ir a los hechiceros. Con motivo de la viruela que apareció después de la muerte de **Maya Pilquiya** y su gente y casi acabó con los Chechehets, **Cangapol** ordenó que se diese muerte a todos los hechiceros, para ver si de este modo cesaba la peste.

Los hechiceros son de los dos sexos. Los hechiceros varones tienen que abandonar (por decirlo así) su sexo y vestirse de mujer y no se pueden casar, aunque a las hechiceras o brujas se les permite esto. La separación para este oficio se hace en la niñez, y siempre se les da preferencia a aquellos que en los primeros años dan señales de un carácter afeminado. Desde muy temprana edad visten de mujer y se les entrega el tambor y las sonajas propias de la profesión que será la de ellos. Los epilépticos y los atacados del mal de San Vito son desde luego seleccionados para ese destino, como designados por los demonios mismos, porque los creen poseidos por ellos, y a ellos atribuyen las convulsiones y retortijones tan comunes en los paroxismos de la epilepsia.

(3. Ritos fúnebres y memoria de los muertos)

La inhumación de los muertos y la veneración supersticiosa con que honran la memoria de ellos son motivos de ceremonias serias. Cuando fallece algún indio, al punto se selecciona una mujer de las más principales entre ellas, con el objeto de que haga del cadáver un esqueleto, y esto se efectúa de la siguiente manera. Empiezan por eliminar los intestinos, que se reducen a cenizas, y después separan las carnes de los huesos con la mayor prolijidad posible; en seguida los entierran en el suelo hasta que acaba de pudrirse todo lo que queda de las carnes, o hasta que llega el momento de trasladarlos (cosa que se ha de hacer antes de cumplirse el año del entierro aquél, cuando no antes de los dos meses) al enterratorio propio de los antepasados. Esta costumbre se observa estrictamente por los Moluches, Teluhets y Dihuihets; mas los Chechehets y Tehuelhets o Patagones colocan los huesos en sitio elevado sobre cañizos o ramas entretejidas, a fin de que se sequen y blanqueen con la acción del sol y de la lluvia.

Mientras dura la ceremonia de preparar el esqueleto, los indios, tapados con sus mantos de pieles y sus rostros ennegrecidos de hollín, se pasean a la vuelta del toldo con palos largos o lanzas en las manos, cantando con lúgubre voz y golpeando el suelo con el objeto de espantar los **Valichus** o espíritus malignos. Otros van a visitar y a consolar la viuda o viudas y demás deudos del extinto; si hay algo que aprovechar, se entiende, porque nada hacen sin que medie el interés. Mientras dura esta visita de pésame lloran, gritan y cantan que da pena oírlos, lagrimean sin ganas y se

punzan brazos y muslos con espinas agudas para sacarse sangre. En pago de estas manifestaciones de dolor, se les obsequia con abalorios de vidrio, cascabeles de metal amarillo y otras baratijas por el estilo, que tanta estimación tienen entre ellos. Al propio instante matan los caballos del finado, para que no les falte que montar en el **Ahue Mapu** o País de los Muertos, y solo se reservan unos cuantos con que honrar las últimas pompas fúnebres, y para que carguen con los restos al enterratorio que les corresponde.

La viuda o viudas del extinto tienen la obligación de prolongar el duelo y los ayunos por un año después de la muerte del marido. Para eso tienen que encerrarse en sus toldos, sin comunicarse con nadie, ni salir, no siendo para las primeras necesidades de la vida. No deben lavarse ni la cara, ni las manos, sino conservarlas tiznadas de hollín, y la ropa que visten será también de un color triste, se abstendrán de comer carne de caballo o de vaca y, tierra adentro donde abundan éstos, de avestruces y guanacos, pero de todo lo demás pueden hartarse. Durante el año de duelo no se pueden casar, y si dentro de este período se llega descubrir que una viuda ha andado con algún varón, los deudos del finado marido matarán a los dos, no siendo que resulte que ella ha sido violentada. Yo, empero, no pude descubrir que los hombres se hallasen obligados a guardar semejante duelo a la muerte de sus mujeres.

Cuando remueven los huesos de sus finados los envuelven en un cuero, los cargan en uno de los caballos favoritos del finado, que han dejado vivir con este destino, lo engalanan lo mejor que pueden con mantas, plumas y demás, y así emprenden viaje, aunque sea de 300 leguas, hasta llegar al enterratorio que le corresponde, donde se practican las últimas ceremonias. Los moluches, teluhets y dihuihets entierran a su muertos en pozos grandes y cuadrados como de una brazada de profundidad. Los huesos se arman y se juntan por medio de ataduras en su propio lugar, en seguida los visten con la mejor ropa que consiguen, los engalanan con cuentas, plumas y demás, y todo esto lo limpian una vez por año. Los colocan en fila sentados, con la espada, arco, flechas, boleadoras y todo lo demás que tenían cuando vivos. A estos pozos los tapan con soleras o troncos, cañas o ramas entretejidas, sobre las que echan tierra.

Una matrona entrada en años se elige en cada tribu a quien corresponde el cargo de estos sepulcros, que por lo mismo es muy venerada. Su obligación es la de abrir estas lúgubres moradas todos los años y de vestir y limpiar los esqueletos. A más de todo esto, todos los años derraman sobre estos sepulcros algunas tinajas de la primera chicha que ponen, y hasta beben ellos parte de la misma a la salud e los muertos. Estos cementerios, por lo general, se hallan cerca de sus moradas y a la vuelta colocan los cuerpos de sus caballos muertos, parados y afianzados sobre estacas.

Los tehuelhets o patagones de más del sur se diferencian en ciertas cosas de los demás indios. Después de haber secado bien los huesos de sus difuntos, los conducen a grandes distancias de sus moradas, hasta llegar a la costa del mar océano, y después de arreglarlos como corresponde y de engalanarlos de la manera ya descrita, los sientan por su orden en el suelo, abajo de una ramada o toldo que para el efecto se ha levantado, y alrededor disponen los esqueletos de los caballos muertos. En la entrda del año 1746, unos soldados españoles que marchaban acompañando a uno de los misioneros unas 30 leguas tierra adentro, hacia el oeste del puerto de San Julián, dieron con uno de estos sepulcros de los indios, que contenía tres esqueletos, y otros tantos caballos muertos parados en torno de ellos» (1974:140-46).

3.2 MARTIN DOBRIZHOFFER (1718-1791)

Natural de Frymburk, Checoslovaquia, se hace jesuita en 1736 y llega a Buenos Aires en 1749 con su cuatrenio de teología muy avanzado, que termina en Córdoba. Su carrera misional de 18 años se inicia en 1750 con los mocobíes de Santa Fe. En 1754 pasa a la difícil misión de los abipones, hacia «quienes -como dirá más tarde- sentía grande simpatía y cuyo idioma había llegado a conocer bien» (1970: 274), donde trabaja un total de 7 años y donde funda la nueva reducción de Timbó. En ese período hay un largo paréntesis entre los guaraníes de Taruma y a ellos regresa antes del destierro. Después de éste se dedica al trabajo sacerdotal en la casa profesa de Viena, donde la reina Maria Teresa le anima a escribir sus experiencias misionales.

Así nace la **Historia de los Abipones**, que se escribe entre 1777-82 y se publica en latín y en alemán en 1784 por el impresor Joseph Nob. von Kurzbek; es una obra de gran valor para conocer las tribus chaqueñas hoy extinguidas. Hay una traducción inglesa (London, 1822) y una castellana, que edita la Universidad Nacional del Nordeste en Resistencia (Chaco) en tres volúmenes (1967, 1968 y 1970), con una larga nota biobibliográfica sobre el autor de Guillermo Furlong. La meta de Dobrizhoffer aparece en su prefacio al lector: escribir una historia objetiva de aquel pueblo guerrero. En efecto, mientras que la mayoría de los indígenas se habían sometido a los españoles:

> «los abipones salvaron sin embargo su libertad hasta hoy día, ora por haber huído astutamente, ora combatiendo victoriosamente. Por desgracia, aún hicieron temblar durante años bastantes veces, por sus continuos asaltos y sangrientos exterminios de las colonias españolas,

hasta que finalmente en el año 1747 fueron llevados por nuestros hombres a pueblos donde se les intruyó en la religión y en las costumbres y donde empezaron a obedecer al rey...

Como yo he permanecido siete años en las cuatro colonias(reducciones) de los abipones, observé de bastante cerca sus usos, costumbres, disciplina militar, suspersticiones, las derrotas que padecieron y que causaron, sus instituciones políticas y económicas y los destinos de las nuevas colonias. Yo he escrito ahora todo esto con más sinceridad que elegancia...; no pido que se me lea, admire, alabe, pero creo poder exigir con derecho que se me conceda crédito» (1967:84-85).

Una palabra sobre el origen de la información de Dobrizhoffer. El recalca su observación prolongada y cercana de testigo, pues escribe «lo que yo he experimentado en mi trato con los paracuarios durante 18 años; lo que yo mismo he visto en mis muchos y larguísimoa viajes» (p.91) y así no extraña que inicie el libro con la conocida sentencia de Plauto: **pluris est oculatus testis unus quam auriti decem**[1]. Además, ironiza sobre la falta de información y de sentido crítico de quienes «toman la pluma cuando apenas han visto las costas de América» y «para satisfacer la avidez de saber por parte de los europeos, tratan de enunciar en sus relatos más lo maravilloso y extraño que la verdad. Ellos escuchan atentamente a cada español, indio o negro que se les cruza en el camino y anotan todas las leyendas que pueden» (p.87). Pero, ataca sobre todo a los que deforman la historia por odio y así dedica una parte del tomo I a polemizar sobre la misión guaranítica, pues «en ningún país de América el cristianismo ha producido progresos tan hermosos como... entre los guaraníes» (p.88).

Por otra parte, Dobrizhoffer recurre, como otros misioneros cronistas, al método comparativo, acumulando sentencias y ejemplos de la historia antigua «para demostrar claramente que las costumbres y creencias de los abipones fueron usuales en los tiempos más antiguos» (p.85). En cuanto a las fuentes escritas, se refiere no solo a los cronistas o historiadores jesuitas, como Ruiz de Montoya, Gumilla, Seep, Techo y Lozano, sino también a estudiosos de fuera a favor y en contra , como Xarque (**Insignes misioneros de la Compañia de Jesús en Paraguay**, 1687), Muratori (**Il cristianesimo felice**), Bouganville (**Voyage autour du monde**, 1772) y el polémico exjesuita Bernardo Ibañez (**El reino jesuítico del Paraguay**).

Como preparación de su etnografía abipona, a la que Dobrizhoffer consagra el volumen II de su obra, en el volumen I trata de la historia y de

1 Vale más un testigo ocular que diez de oídas.

los recursos naturales de la región. En la historia se refiere a las tres gobernaciones de Buenos Aires, Tucumán y Asunción en que actuaba la provincia del Paraguay, hace una buena síntesis de la misión guaraní y dedica un capítulo al «rey Nicolás y al origen de esta fábula» (pp. 117-127), que es un buen ejemplo de análisis del nacimiento y manipulación de un mito. Al hablar de los recursos naturales, destaca la ausencia de minerales en la zona y la importancia de este hecho para la colonización y señala cómo el caballo de origen español se convierte en el recurso básico de ciertas sociedades indígenas. El volumen III recoge la historia y los conflictos de la misión abipona; en el balance del último capítulo generaliza sobre la evangelización de los indios **ecuestres**, que por ser «mucho más arrogantes que los **pedestres**, debían ser hablados.., corregidos con singular suavidad», aduciendo al respecto el clásico texto del Papa Gregorio en la evangelización de los ingleses (1970:372).

He seleccionado en la antología dos textos. El primero, tomado del volumen II, lo titula **De los usos y costumbres de los abipones.** Es un texto etnográfico que aborda el difícil tema de las virtudes y valores de la cultura abipona (el capítulo siguiente trata de los defectos) y ofrece no pocos elementos del mito del buen salvaje. En efecto, Dobrizhoffer presenta una imagen idealizada de sus abipones en claro contraste con los correspondientes defectos que atribuye a los europeos. Para el cronista los abipones eran elegantes, viriles, tranquilos, conversadores, interesados en escuchar a los demás, alegres, respetuosos de la mujer y de las propiedades del prójimo, incapaces de hacer mal a nadie sin motivo, aunque fieros frente a quienes consideran sus enemigos, generosos para el perdón, austeros y habituados a una vida dura de la que nunca se quejan, etc. etc. Y lo notable es que tal juicio no era resultado de una idealización a priori, como ocurre a veces en ciertas ideologías, sino fruto de la experiencia de una larga convivencia, aunque quizás los años del exilio iban creando en el anciano misionero cierta idealización de su antiguos fieles. Junto a este cuadro es interesante en este texto la información del cronista, que no transcribo sino parcialmente en una nota, sobre ciertos españoles «abiponizados» y sobre la manipulación que hacían de su doble identidad, como ocurre a menudo entre los grupos mestizos.

I. DE LOS VALORES HUMANOS DE LA CULTURA ABIPONA (1784)

(1. Usos y costumbres de los abipones)

«No todo lo que hay entre los naturales es bárbaro. A menudo del estiércol nacen elegantes florecillas o entre las espinas crecen las rosas; como

las cosas malas se mezclan con las buena, así entre los abipones se asocian con los vicios algunas virtudes absolutamente dignas del hombre cristiano. Recordaré las principales de las muchas que ellos cultivan, pero no por eso olvidaré sus vicios.

Los abipones sirven por la conformación de sus cuerpos al decoro, en tal medida que difícilmente lo creería un europeo. De su rostro y de su porte se desprende una jovial modestia y una gravedad viril que ellos supieron atemperar con una suave bondad. En sus cuotidianos encuentros se muestran apaciguados y tranquilos. Cuando se reúnen jamás provocan desórdenes, griterío, altercados o pronuncian palabras mordaces. Aman la conversación, de la que está ausente todo obscebidad y aspereza. Alternan las penosas caminatas nocturnas y diurnas con alegres charlas. Si surge una controversia, alguno de los presentes pronuncia su sentencia con gesto sereno y a continuación un discurso tratando de calmar los ánimos; jamás, como sucede en los pueblos de Europa, prorrumpen en clamoríos, amenazas o improperios. Con justicia hay que reconocer que los abipones merecen estas alabanzas. Sin embargo, en estado de ebriedad y al no poder razonar con claridad, se muestran diferentes a sí mismos, como si estuvieran por completo desequilibrados.

(2. Un pueblo conversador y ceremonioso)

Si uno toma la palabra, los demás lo escuchan atentamente sin interrumpirlo. Si durante media hora se dedica a relatar los acontecimientos ocurridos en una guerra, sus compañeros no solo le prestan atención, sino que a la vez prueban cada una de sus sentencias con roncos sonidos de voz o con diversos signos de afirmación, cuyo significado es igual al de las siguientes interjecciones: **quevorkke** (sí), **cleera** (ciertísimo), **chik akalagritan** (sin duda), **ta yeegam!** o **kem ekemas!**, exclamaciones con las que demuestran admiración. Con los mismos vocablos pronunciados en voz baja, interrumpen al sacerdote mientras predica el sermón, pues los consideran un gesto de urbanidad. Les parece que contradecir a otra pesona, aunque ésta divague mucho, es signo de mala educación.

Se saludan y vuelven a saludar con dos palabras: **¿La nauichi?** (ya viniste?) **La ñaué** (ya vine). Para ser más breves usan la palabra **la** para saludarse y pronunciándola con fuerza. (Los guaraníes tienen este modo de saludarse: **¿Ereyupà?** ¿viniste ya?, **ayú angá**, vine). Si la conversación se extiende mucho, aunque estén cansados, no se retiran hasta que el dueño de la casa lo ordene. El primero le pregunta al vecino: **¿ma chik kla leyà?** , ¿ya basta de conversación? El segundo al tercero, éste al cuarto y así continúan

repitiendo las palabras, hasta que al final, el último de los que está sentados en círculo en el suelo, da la sentencia: basta ya de conversación, **kla leyà**, dice; dicho esto todos se levantan dispuestos a retirarse. Luego cada uno dice al dueño de la casa, dando muestra de amistad: **lahikyegarik**, ya me voy; a lo que él responde: **la micheroà**, vuelve otra vez. Los indios vulgares, dicen: **lahik**, ya me voy. Cuando llegan a la puerta de la casa (consideran el lugar de salida, nunca hay puerta), con el rostro vuelto hacia el dueño de ésta exclaman: **tamtara**, hasta pronto, con lo que quieren significar: te veré después. Como suele decir el vulgo al despedirse: hasta la vista. Creen que es falta de cortesía encontrarse con alguien y preguntarle a dónde vas: **¿miekanè?** o **¿miekanchitè?** ¿a dónde vas?. Esta pregunta la tomaron de aquellos que usan la lengua quichua en Paracuaria; nunca dejan pasar a nadie sin antes preguntarle: **¿maipirinki?** ¿a dónde vas?. Y -me avergüenza escribirlo- cuando los abipones se retiran a un lugar apartado del campo para satisfacer sus necesidades fisiológicas, los que pasan los saludan en voz alta con aquella habitual pregunta: **¿miacahuè?** ¿a dónde?. Me llamó la atención que ellos no se sonrojaran, pues había notado en todas las demás cosas una singular discreción.

(3. Pudor, castidad y matrimonio)

Lo cierto es que, durante los siete años que vivimos entre ellos, no observé nada que pudiera amenzar u ofender el pudor o la castidad que los caracterizaba. En verdad este juicio corresponde a ambos sexos, cualquiera que sea su edad. Consideran la poligamia y el repudio de la mujer como cosas lícitas, basándose en el ejemplo de otros pueblos de América y en sus mayores. Sin embargo, sólo unos pocos abipones se entregan a esta licencia; el repudio de la mujer es más frecuente entre ellos que la procreación, pero la mayoría conserva una mujer durante toda su vida. Consideran el comercio con la mujer ajena como una deshonra, de modo que el adulterio es un hecho absolutamente inaudito entre ellos. La vida lujuriosa, tan familiar a los pueblos europeos, es desconocida a los naturales; ni siquiera conocen su nombre.

Los rostros de los niños y de las niñas reflejan una natural alegría, pero nunca verás mezclarse ni hablar entre ellos. Cuando recién había llegado, para complacer el pedido de un compañero mío, canté para los fieles en la plaza pública; un grupo de mujeres quedó totalmente cautivada por la suavidad de los instrumentos musicales que nunca habían visto.Atraídos por la música,acudió un grupo de adolescentes, pero al acercarse éstos, las mujeres se dispersaron de inmediato.

Toman generalmente un baño diario en algún río cercano, sin que los acobarde el mal tiempo o los vientos fríos. Los abipones son discretos en la disciplina del sexo; de modo que no encontrarás ni la sombra de un varón en el lugar en que se bañan las mujeres. Con frecuencia un centenar de mujeres recorre en grupo los campos más lejanos en busca de distintos frutos, raíces, fibras para extraer colores u otros materiales útiles. Aunque a veces tardan 4 u 8 días en regresar del campo, no aceptan a ningún varón como compañero de viaje, ya sea para ayudar en los trabajos, vigilar los caballos o ponerlas a salvo, cuando se enfrentan con el enemigo o con la fieras. No recuerdo a ninguna mujer cuya muerte fuera provocada por un tigre o por mordedura de víboras; sin embargo, conocí a numerosos abipones que dejaron de existir por ambas causas.

(4. Nobleza en la guerra y en la paz)

No niego que los abipones fueron bárbaros, inhumanos, feroces, pero solo con aquellos que consideraban sus enemigos. Antes que pasaran a las colonias fundadas por nosotros y que se firmara la paz, vejaron a casi toda la Paracuaria con sus crímenes, rapiñas e incendios durante muchos años. Lo consideraban un derecho de guerra puro y honorífico, porque siempre conocieron (y desconfiaron) que los españoles fueron hostiles y amenazantes con ellos. Trataron de repeler al enemigo empleando la fuerza, devolviendo injurias por injurias, rapiñas por rapiñas, muertes por muertes; y nunca aceptaron estos hechos como algo inicuo o torpe. Durante la guerra que sostuvieron los españoles con los portugueses, vieron cómo unos se enfrentaban a los otros. Movidos por el ejemplo de éstos, pelearon no como sicarios ni ladrones, sino como soldados cuyo oficio era herir a los enemigos, no sólo para defenderse sino para conservar la vida de los suyos.

Pelearon como fieras, distinguiendo a aquél que lo hacía con más arrojo, así lo asegura Marcial de Attalo. Conservaban las cabezas de los españoles como trofeo y a la vez como testimonio de su valentía. Robaron a los hispanos gran número de armas, miles de caballos y todo aquello que podría serles útil; las llamaron presas de guerra,considerando su posesión como un derecho. Negaron que fueran ladrones. Escucha por qué: afirmaban que todas las cabezas de ganado de los españoles les pertenecían, porque nacieron en sus tierras, que en otro tiempo éstos ocuparon a sus mayores sin que nadie los rechazara, y que se las usurparon sin ningún derecho (como les parece en verdad). Todos nos empeñamos en borrar los errores que los bárbaros llevaban adheridos a sus fibras más íntimas, e inculcar en sus ánimos ideales de amistad y amor hacia los españoles; pero el resultado obtenido fue inferior a nuestros deseos.

Aunque se ensañan en un hereditario odio a los españoles, sin embargo aun en su matanza manifiestan cierta humanidad. Llevaban consigo la muerte; si bien el golpe fatal lo daban con la lanza, jamás se detuvieron a torturar, atormentar, destrozar o despedazar a los moribundos, como fuera costumbre entre otros bárbaros. No obstante, no vacilaban en amputar las cabezas de los muertos para mostrarlas con ostentación a sus compañeros y dar así testimonio, ante el pueblo, de su fortaleza. Respetaban al sexo débil y llevaban consigo incólumes a los niños y niñas inocentes. Solían alimentar a los pequeños arrancados a los pechos maternos, con jugos de frutas y hierbas silvestres y llevarlos a sus casas sin hacerles daño, por larguísimos caminos.

Esta suavidad de los bárbaros es mayor de lo que podría creerse en Europa, pero nosotros la hemos conocido muy bien. Si alguna vez dieron muerte a las madres y a los hijos, posiblemente este hecho lo llevaron a cabo adolescentes sedientos de sangre, o quizás los mismos adultos con el fin de vengar aquellos antepasados que durante años soportaron el yugo de los españoles. De manera que esta crueldad no debe considerarse como tendencia natural del pueblo abipón, sino como resultado del ciego furor que despertaba en ellos la presencia del hombre hispano. Tal vez si hubieran tomado como ejemplo la errónea actitud de algunos soldados cristianos, el odio hacia los peninsulares se habría intensificado.

Creo oportuno recordar dos de los mismos. Unos soldados paracuarios, oriundos de Asunción, después de dar muerte a un indio guaraní y destrozar su cadáver,completaron su venganza al orinar sobre el mismo. En otra oportunidad, éstos mismos mataron a otro indígena guaraní, escondieron el cadáver entre sus ropas, para transportarlo hasta el río Tebycuary donde volvieron a maltratar al cuerpo sin vida, arrojándolo luego a las aguas. Por sus actitud, éstos parecerían imitar a aquellos que se complacían en clavar la lanza en el pecho de un moro muerto, de donde el proverbio español: **Al moro muerto, gran lanzada.** Los documentos presentados por los hitoriadores, manifiestan la crueldad de los soldados españoles en América. Si los leyeran los abipones, jurarían que fueron preparados por terribles fieras.

A través de lo expuesto, podrás deducir el temple de estos naturales en épocas de paz. Nunca consideraron a los prisioneros de guerra, ya sean españoles, indios o negros, como siervos o esclavos; casi diría que los atendían con cierta indulgencia y afabilidad. Si el jefe ordena a los cautivos la realización de algún trabajo, lo hace con la mayor sencillez, ganando la voluntad de éstos: 'Por favor, trae mi caballo: **Amamàt gröböcbem,** o **Groanàgiikàm, Yañerla aböpegak tak nabörecht'**. Jamás los vi emplear el

látigo o cualquier otro castigo corporal con los más negligentes o con aquellos que se insolentaban con su amo.

Resulta casi increible la confianza, así como los gestos bondadosos que tienen con los prisioneros, al punto de privarse de los alimentos y vestidos necesarios para proporcionárselos a aquéllos. He aquí dos ejemplos. La anciana esposa del cacique **Alaykin** preparó y equipó el caballo de un cautivo negro en presencia mía. Otra viejecita, madre del cacique **Rebachigui**, cedió su lecho, durante muchas noches, a un niño enfermo, tendiéndose ella pobremente día y noche en el suelo. Por esta facilidad y deseo de agradar tienen obligados moralmente a los prisioneros de tal modo que, aunque tengan diaria oportunidad de huir, nunca lo hacen ya que están contentos con su suerte. Conocí a muchos que, una vez pagado el precio del rescate y devueltos a su patria, regresaron espontáneamente, permaneciendo fieles a sus amos abipones, a los que seguían tanto en la caza como en la guerra; y jamás temieron contamainarse las manos con sangre española, aunque ésta corriera por sus venas.

He aquí un momento propicio para dolorosas reflexiones. ¡Cuántos españoles, llevados desde niños entre los abipones, imbuidos de sus ritos, costumbres y artes para matar, se han convertido en verdugos de Paracuaria, su patria!.¡Cuantas veces éstos se encontraban unidos en las expediciones de los bárbaros para destruir a los cristianos, no como acompañantes, sino como conductores, partícipes de todas las rapiñas, muertes e incendios e instrumentos de las calamidades públicas; de tal modo que españoles, portugueses e italianos, desertores de la santa religión, cumplieron con celo la excelente misión de interceptar las naves de su pueblo, como los piratas argelinos o marroquíes. Esto confirman con su ejemplo que, cuando más fino es el vino, mayor es la calidad del vinagre que se obtiene y que la corrupción de los mejores es la peor. Aún hoy recuerdo con claridad el rostro y las acciones despiadadas de algunos cautivos que conocí entre los abipones; éstos en su deseo de dañar a los españoles aventajaban en barbarie a todos los naturales....[2]

---

2 Aquí Dobrizhoffer hace una larga digresión sobre los españoles "abiponizados". Se refiere a unos soldados santiagueños que encontraron sin vida a cuatro españoles y dice que el autor del crimen "había sido un español (sé su nombre, pero lo callo) cautivo de los abispones, que por su conducta resultaba más perjudicial que un abipón para el pueblo hispano" (p. 140). Más adelante, el cronista reflexiona sobre las razones que tenían ciertos españoles para vivir entre los abispones: "la libertad de vagar por donde quisieran, la abundancia de comida y de vestido sin ningún trabajo, la cantidad de caballos, la posibilidad de ocio y lascivia a su arbitrio, junto a una plenísima impunidad donde no se temiera la ley ni la censura, ligaban en suave vínculo los españoles a los abipones; de

(5. Generosos, fieles y honrados).

Aceptan comedidamente a españoles plebeyos, negros, indios cristianos que llegan por azar a los campamentos abipones, ya sea porque huyen de sus amos, porque se han extraviado o por algún tipo de ocupación. Se les ofrecen tan alegremente, del mismo modo que habrían vituperado al pueblo español. Si éstos los despereciaban eran considerados como espías españoles y personas no gratas. Vigilaban diligentemente nuestra seguridad. Si tenían conocimiento de que alguna persona nos amenazaba, ya sea por parte de los enemigos externos, de ebrios o de algunos compañeros enfurecidos, nos lo anunciaban sin vacilación, a la vez que se preparaban para rechazarlo.

Es increible cuánta fidelidad nos guardaban en la travesía de los ríos, en la preparación de los caballos, en la repentina insidia de los enemigos en una camino o en su repulsa. ¡Ah! ¡Cuánta bondad encerraba el corazón de estos bárbaros!. Aunque tienen la costumbre de matar o espoliar a los españoles que creían eran sus enemigos,sin embargo nunca sustrajeron nada a los suyos. Cuando están sobrios y en su sano juicio, el robo y el homicidio es rarísimo o, mejor dicho, inaudito entre ellos. Cuando se ausentan de sus casas por un período más o menos largo, no se preocupan por cerrar puertas ni poner custodia a sus bienes, vestidos, adornos, utensilios domésticos; pues, aunque quedan expuestos al alcance de los demás, saben que sus pertenencias serán respetadas, y que las encontrarán intactas a su regreso. Tantas puertas, llaves, trancas, arcas y guardias con que los europeos guardaban sus cosas contra los ladrones, eran ignoradas por los abipones; y en definitiva superfluas, pues no había peligro que se cometiera robo alguno.

En la ciudad de San Jerónimo nos faltó en nuestra casa un mantel, así como algunos utensilios domésticos. Sabedor el cacique **Ycholay** del hurto, aseguró confidencialmente que ninguno de sus abipones sería el ladrón. Disipada esta sospecha, intolerable a su pueblo, no escatimó ningún medio para investigar sobre el responsable. En seguida descubrió que los objetos perdidos habían sido sustraídos por un grupo de cautivos que se dieron a la fuga. En la ciudad de San Fernando una mujerzuela, que había sustraído a escondidas del templo unos globos de vidrio y algunos ornamentos de las imágenes sagradas fue descubierta por el cacique **Kachirikin**; gracias a sus ruegos o a las amenezas del padre salvó su vida, porque aquel estaba dispuesto a matarla en la plaza pública con su propia lanza. Este indio que

---

modo que consideraran más dulce su cautividad que toda libertad, olvidados de sus familiares y de su patria" (p. 142).

estallaba en ira al conocer un robo inusitado para los abipones, no era el que más sobresalía por sus buenas costumbres, sino el principal ladrón que había robado innumerables caballos de los campos españoles. Cierta vez, un grupo de niños de ambos sexos se llevaron de nuestra huerta unos pollos y unos melones maduros. No se los perdonó por esta sustracción, pues sostenían que los alimentos fueron quitados contra la voluntad del dueño'

(6. **Dureza y austeridad de la vida abipona**)

Aunque haya expuesto las virtudes naturales de los abipones más allá de lo propuesto, me parece que no habré dicho nada si no agrego unas pocas palabras sobre los pesados trabajos que realizaban. ¿Quién enumeraría las cotidianas molestias de la guerra y de la caza? Atraviesan, a veces durante dos o tres meses,caminos llenos de asperezas a través de soledades para perseguir a los enemigos; hacen más de 300 leguas; superan a nado peligrosos ríos y lagos anchísimos, o vastos campos carentes de leña y de agua; sentados días enteros en monturas tan blandas como la madera y sin estribos, siempre soportando el peso de una larguísima lanza. Usan caballos trotadores, cuyos saltos destrozan miserablemente los huesos de los jinetes. Reciben los ardientes rayos del sol sobre la cabeza descubierta, las lluvias caídas no raramente durante muchos días, nubes de polvo a campo abierto y torbellinos de viento.

Cubren sus cuerpos desnudos con vestidos de lana, y como los bajan hasta la cintura cuando hace calor, luego presentan el pecho, la espalda y los brazos con picaduras de mosquitos, tábanos, moscas y avispas. Como viajan sin provisiones, siempre están al acecho de alguna fiera cuya carne les servirá de alimento. Como carecen de vaso, por lo general hacen noche a la margen de ríos o lagos, donde siguiendo la costumbre de los molosos, sorben el agua. Esta forma de buscar agua les trae serios problemas, pues en los lugares más húmedos por lo general se refugian mosquitos, serpientes y temibles fieras, que durante la noche se convierten en una amenaza para la vida de los naturales. Acostados en el duro suelo, soportan los bruscos cambios de clima; cuando los sorprende una tempestad, se despiertan sumergidos en el agua.

Cuantas veces desempeñan el oficio de exploradores, de los que es propio ver todo sin ser vistos, deben reptar muchas veces con pies y manos por rocas o piedras para no ser descubiertos. Deben pasar días y noches en vela y sin alimento. Lo mismo sucede cuando deben acelerar la fuga con el enemigo a la espalda, dando o recibiendo la muerte. Esto hacen, esto soportan los abipones, sin quejas o indicios de disgusto; no es la misma actitud de los europeos, que a la más leve molestia se enojan, estallan de ira y

furor y si no pueden conmover a los dioses, suelen invocar al Aqueronte. Yo tuve como compañeros y ayudantes a abipones en muchos y arduos caminos; yo mismo participé de las penurias comunes del camino, he sido testigo de su paciencia y su pregonero. Sin embargo, me admiré cuando noté que ellos soportaban en silencio las diarias asperezas del viaje con frente alta, rostro sonriente, ojos serenos, mitigando la sed, el hambre y las inclemencias de los elementos con alegre conversación, cuando yo me fatibaga u casi se me acababa la paciencia. ¿Podría creerse?.

A menudo les preguntaba si para robar caballos a los europeos, permitirían que les quemara el sol, picaran los mosquitos, se sumergirían en el agua y soportarían otras calamidades. Me parece que, si yo pudiera obtener un cabballo en alguna parte de América, no soportaría, aun esperanzado en esta ganancia, las picaduras de los mosquitos que en ese día habíamos sufrido.Los abipones se reían de estas cosas, porque lo que nosotros consideramos cosa de paciencia, a ellos les parece cosa natural. Tienen tanta entereza espiritual para afrontar cualquier molestia, como fortaleza corporal para los ejercicios practicados desde la niñez. Aún niños, a ejemplo de sus mayores, se lastiman con espinas agudísimas el pecho y los brazos sin manifestar dolor; ya adultos soportan con valor tanto sus heridas como las ajenas sin articular gemido alguno; y considerarían que se les hace una injuria a su magnanimidad por la conmiseración de las heridas de otros. El halago de la gloria que reciben por la fama de su fortaleza los vuelve invictos e insensibles al dolor.

(7. Funciones, valores y defectos de la mujer abipona)

Diversas son las cosas comunes a hombres y mujeres que podría referir en este momento; unas se destacan y brillan por sí mismas, otras se cultivan con desiguales caracteres. A todos los pueblos de América les resulta tranquilo y descansado vivir. De buen grado comento la actitud de las mujeres abiponas que nunca desfallecen. No hubo nadie que no admirara conmigo su incansable laboriosidad, destreza y trabajo. Afrontan con buen ánimo y alegría las tareas domésticas que deben realizar a diario. Entre ellas está el tejer las ropas de su marido y sus hijos, cocinar los alimentos, traer de las selvas las raíces comestibles y los distintos frutos, juntar y moler la algarroba y mezclarla con agua para preparar la bebida, acarrear el agua y la leña para los usos diarios de la familia.

Existe la ridícula costumbre -que para los abipones es un signo de civilidad- de que la vieja de mayor edad de toda la comunidad vele por el agua que se ocupará en las tareas domésticas; ésta, aunque esté cerca del

torrente de donde la sacará, lleva a caballo grandes cántaros. Del mismo modo transportan la leña del fuego. Nunca oirás a las mujeres, aunque estén ocupadas en mil quehaceres, quejarse de molestias. Por el contrario, muchas veces las oí que se lamentaban por falta de lana, algodón, colores o alumbre para fabricar sus vestidos. De modo que no sólo toleran sus trabajos, sino que los desean. Un español que tuvo como sirviente muchos años a una abipona cautiva, me aseguraba que ésta era le era más útil que las de otras tribus y que cumplía su oficio oportuna, cuidadosa y rápidamente, adelantándose a sus órdenes.

Reclaman para sí el honorífico nombre de **devoti foeminei sexus**[3]. Apenas oído el toque de la campana con que se las llamaba para la explicación de los dogmas cristianos, corrían con rapidez, y sentadas en el suelo del templo con modestia, derechas y ávidas, atendían las enseñanzas del sacerdote. Aprueban maravillosamente la ley de Cristo, sobre todo porque por ello no se les permitía a sus maridos repudiarlas y tomar otras esposas. Por esta razón desean ardientemente que las bauticemos a ellas y a sus maridos lo más pronto posible. Así se sienten seguras de la perpetuidad del matrimonio y del marido.

Considera, lector, que lo dicho se refiere a las mujeres jóvenes; las viejas, muy obstinadas en sus supersticiones y amigas de los ritos bárbaros, luchan con ahinco contra la religión cristiana. Si toda la tribu abipona la abrazara, ellas perderían su antigua autoridad, previendo que servirán para risa y desprecio de todos. Del mismo modo que estas ancianas, adolescentes abipones obstaculizan los progresos de la religión. Estos, ardiendo en el deseo de gloria militar y de botín, están ávidos de cortar cabezas de los españoles y devastar sus carros y sus campos, cosa que saben que la ley divina les prohíbe. Así, adheridos a las costumbres de sus mayores, prefieren atravesar las tierras en veloces caballos antes que escuchar dentro del templo al sacerdote que les predica. Si fuera por los abipones mayores y por las mujeres jóvenes, todo el mundo hace tiempo hubiera cedido a nuestra religión.

Ya en varios lugares he hecho mención honorífica del pudor de las mujeres abiponas, y he de hacerla algunas veces más. Preparan para sus maridos con gran trabajo una dulce bebida de la miel o de la algarroba; pero ellas nunca la prueban, condenadas toda su vida a beber sólo agua. Ojalá que como se cuidan de las bebidas alcohólicas, así se abstuvieran de riñas discusiones y querellas. Estas son cotidianas entre ellas y a veces cruentas ante las causas más fútiles. Discuten y riñen por las cosas más ni-

3 el devoto sexo femenino.

mias; como dice Horacio, sobre la lana de la cabra o la sombra del asno. A menudo una sola palabra pronunciada por una mujer que chancea, es semilla y toque de una gran guerra.

Los abipones tienen tres formas de insultarse -hablaré con los griegos. Cuando están airados se dicen unos a otros: **Acami Lanaraik** (tú eres indio, es decir, plebeyo, innoble), **Acami Lichiegarait** (tú eres pobre, miserable), **Acami abamraik** (tú eres un muerto). Algunas veces abusan de estos epítetos con gran torpeza. Acaso no te reirías si oyes llamar **abamraik**, muerto, a un caballo que se escapa como un rayo y que el jinete indio no pudo seguir? Iniciada una discusión entre dos mujeres, en seguida empiezan a llamarse miserable, plebeya, muerta; sobreviene un gran vocerío; de las palabras pasan a los puños. Concurre toda una multitud de mujeres a la plaza, no sólo para mirar,sino para tomar parte; éstas defenderán el partido de una, aquéllas el de otra, y finalmente el duelo deriva en guerra. Como los tigres, lanzan mordiscos al pecho de las otras, sacándoles sangre, se lastiman las mejillas con las uñas,se agarran de los cabellos y, desde que comienza la pelea, se lastiman miserablemente el orificio de la oreja adornado con una espiral de hojas de palmera. Creerías que han participado en esta lucha las furias del Erebo, las fieras del anfiteatro romano o los gladiadores.

Algunas veces el marido ve a la mujer cubierta de heridas o el padre correr la sangre de su hija; observan estas cosas sin mover un pie, con tranquilidad y en completo silencio. Aplauden a sus amazonas, ríen, admiran que haya en los ánimos de las mujeres iras tan grandes, pero consideran impropio del hombre intervenir en las discusiones de las mujeres o tomar parte a favor de una u otra. Y si ven que no hay esperanza de establecer la paz, concurren al sacerdote. 'Ah!, dicen, nuestras mujeres han perdido hoy el juicio. Anda, asústalas con una carabina'. Al ruido de ésta, conmovidas y temerosas, se apuran a volver a sus chozas. Pero, como repiten a voz en cuello desde allí los insultos que fueron el origen de la riña y ninguna de las dos quiere parecer vencida, reinician la pelea una y otra vez al volver a la plaza.

A veces era necesario apaciguar un agitado movimiento, en especial cuando con pocas sílabas era interrumpida la calma en la colonia. Se logró, con el consejo divino, que las mujeres abiponas se abstuvieran totalmente de bebida embriagadora; si suelen enfurecerse tanto estando sobrias, ¿cuánto no osarían bajo sus efectos? Esto lo cumplía el pueblo abipón hacía tiempo. Los maridos, en cambio, si no estaban ebrios, mantenían entre sí una permanente paz, mostrándose siempre enemigos de los gritos,las discordias y las riñas.

Trataré en algún otro lugar de esta historia, las demás cosas dignas de alabanza o de censura que pertenecen a los ritos y costumbres de este pueblo. De todo lo citado, piensa que muchas cosas propias de estos bárbaros parecen dignas de ser imitadas por los europeos cultos. Poco falta para asegurar con el célebre Leibniz, que ha escrito en el prefacio a la novísima Sinica: **'Certe talis nostrarum rerum mihi videtur esse conditio, gliscentibus in inmensum corruptelis, et propemodum necessarium videatur, missionarios Sinensium ad nos mitti, qui theologiae naturalis usum praximque nos doceant, quemadmodum nos illis mittimus, qui theologiam eos doceant revelatam**[4]. Con otras palabras habría dicho lo mismo de los abipones, aunque en algunos aspectos apenas merezcan integrar el género humano. Digamos, sin embargo, con la frente alta sobre sus acciones, que el hombre cristiano puede aprender sobre ellos el compañerismo, la honestidad, la tolerancia y la diligencia. Ojalá estas virtudes de los bárbaros no se oscurecieran, a veces, por los vicios y malas acciones, como se distinguen las pieles blancas de los tigres por sus manchas negras. Expondré en detalle estos vicios que aún me quedan por recordar» (1968: 134-51).

El segundo texto para la antología está tomado del volumen I, **De los bárbaros que yo descubrí en Mbaeverá junto al río Empalado**. Es un excelente relato en primera persona de los incidentes del «primer contacto» con una etnia no conocida, que acaba solicitando se funde entre ellos una reducción. Tal relato muestra la audacia, la tenacidad y aun astucia del misionero, que emplea diferentes mecanismos sicológicos (el convencimiento, los regalos, el aprecio..) y sociales (ganar primero a los caciques..) para ganar a los indios. El texto alude al recurrente tema de la predicación del apóstol Tomás, pero es importante, sobre todo, para analizar la visión recíproca de misioneros e indios en su primer contacto. En realidad trata del tercer y definitivo intento de Dobrizhoffer para llegar a Mbaeverá, donde encuentra al cacique **Roy** y a su grupo, que hablan guaraní, viven como una familia extensa, se dedican a la caza, la pesca y también a la agricultura y tienen una religión muy simple en torno a cultos chamánicos. Recojo sólo la parte central de la narración.En lo no trasncrito Dobrizhoffer relata también un nuevo viaje, en el que encuentra una madre y sus dos hijos «salvajes», que aceptan integrarse en la reducción, pero que mueren pronto sin adaptarse a su nueva vida.

---

4 Nuestra condición, a causa de la creciente corrupción, es en verdad tal, que casi me parece necesario que nos envíen misioneros de China que nos enseñen el uso y la práctica de la teología natural, así como nosotros les enviamos a quienes les enseñan la teología revelada.

II. DESCUBRIMIENTO DE LOS INDIOS EN MBAEVERA (1784)

(1. Primer contacto con un hijo del cacique)

«El primero al cual encontramos en la selva fue un joven bien formado, que llevaba en la mano una ave muy parecida a nuestros faisanes (llamada **Yacú**), justamente cuando la flecha que el adolescente le había tirado por el pescuezo, le provocaba las últimas retorsiones. El parecía algo impresionado por nuestra llegada. Yo me acerqué a él, alabé su especial habilidad en tirar la flecha y le alcancé un pedazo de asado, porque los regalos captan al ánimo mucho más que las palabras muy amables, trozo que él tomó con ambas manos y comió en seguida. El inesperado almuerzo le quitó el miedo que la llegada de los forasteros le había causado. Su nombre era **Arapotiyu**, Aurora, pues **ara** denota en guaraní el día, **poti**, la flor, **yu** algo áureo o amarillo, de modo que ellos expresan la dorada flor del día. Y en realidad hallamos por esta aurora al mismo sol o sea al padre del joven y el cacique más noble de este contorno, capitán **Roy**.

Las preguntas que yo le dirigí amistosamente sobre diversas cosas útiles a mi propósito, me las contestó igualmente con placidez y agregó que su padre estaba ocupado en la caza y no lejos de nosotros. Entonces contesté alegre, condúcenos junto a él para para que lleguemos a verlo lo más pronto posible. El joven estuvo compleamente de acuerdo y durante todo el tiempo no se separó ni un momento de mí, lo que me admiró mucho. Habíamos avanzado alrededor de un hora en el bosque, cuando vimos acercarse, arrastrándose con paso lento, un pequeño anciano demacrado, con un gran cuchillo al costado, en compañía de dos jóvenes, de los cuales uno era su hijo y otro su cautivo, pero ambos provistos de carcajes. Mis indios cristianos bajaron sus arcos y puntas hasta el suelo para testificar, según su costumbre, sus disposiciones amistosas.

(2. Encuentro con Roy y modo de convencerlo)

Nos acercamos a él. El más respetable por la edad entre mis indios besó la mejilla izquierda del cacique en señal de paz y a la vez le informó sobre nuestra venida. 'Dios te conserve -le dijo- querido hermano. Estamos aquí para haceros una visita de amigos, pues creemos que somos amigos con vosotros. Pero este padre sacerdote (**Pay Abare**) al cual acompañamos es representante de Dios. El nos alimenta, nos viste, nos enseña y nos ama tiernamente; y nos canta junto al sepulcro, cuando él sepulta nuestros cadáveres envueltos en blanco lienzo'. El quiso seguir hablando, pero el an-

ciano le interrumpió y repitió irónicamente varias veces y con amargo resentimiento estas palabras: 'Hindó, mira ahí'. El negó rotundamente que entre él y nosotros existiera una amistad consanguínea. Con sus ojos iracundos nos miró de cabeza a los pies, porque nos creyó españoles o portugueses del Brasil, cazadores de hombres que cazan indios en las selvas.

Luego se dirigió a nosotros y nos dijo en plena ira: 'Padre sacerdote, habéis venido en vano, no necesitamos de ningún padre sacerdote. Santo Tomás (apóstol de Cristo, del que los españoles y portugueses americanos creen que ha estado en América) ha dado hace ya mucho su bendición a nuestra tierra. Todas las frutas crecen aquí en abundancia'. (El rudo bárbaro creía que la presencia del sacerdote servía sólo para la fertilidad del suelo). Pero yo le contesté sin refutar su error: 'Aunque el Santo Tomás ha estado algún tiempo en vuestro contorno,habéis olvidado desde mucho tiempo lo que él había enseñado a vuestros padres sobre el Ser Supremo y sus mandamientos. Ahora estoy aquí para repetiros esta instrucción a vosotros. Pero escucha, anciano. ¿Por cuánto tiempo vamos a seguir nuestra conversación en este barro dentro del cual casi nos hundimos? Sentémonos más bien sobre aquel tronco fuera del pantano'.

Al anciano le plugo mi propuesta. Nos sentamos. Yo le referí el propósito y las molestias de nuestro viaje. Para ganar la benevolencia del torvo anciano, hice traerle una gran porción de asado que a mis indios servía como viático, la que él tomó muy ávidamente y engulló. En cuanto su hambre estuvo aplacada, pareció que también se suavizaba su ánimo inquieto por la desconfianza. No quise dejar nada sin probar para abrirme camino en su corazón. Con esa intención le ofrecí de mi cajita tabaco español (rapé), pero él desvió la cara y con ambas manos lo rechazó.'**Oquibiye**, tengo miedo', respondió, por creerlo un polvo encantado que servía únicamente para engañar a los hombres. Yo le comuniqué mis pensamientos de visitar su choza, a lo cual él con todos los argumentos me expuso que ellos no eran factibles. 'Mi casa -dijo- está extraordinariamente lejos de aquí. Tres ríos y otros tantos esteros se hallan por medio y los peores caminos conducen hacia allá'. A esto le contesté, que esta razón jamás me podría retener de mi propósito, ya que yo había hecho tantas jornadas, había atravesado tantos esteros y ríos y había atravesado con felicidad y paciencia tantas selvas.

Pero me opuso el anciano: 'tú ves que mi salud no es la más floreciente y que carezco de fuerzas para participar en un viaje tan largo'. 'Bien, lo creeré -fue mi respuesta, yo tampoco me encuentro muy bien hoy y tampoco es de extrañar; el mal tiempo, la mucha lluvia que cayó durante toda la noche, las selvas húmedas, los caminos barrosos, las largas charcas que he cruzado hasta las rodillas en el agua, el empinado cerro que ascendí,

mi estómago hasta ahora aún vacío, la continua caminata desde la salida del sol hasta medio día, todo esto ¿no agotarían las fuerzas del cuerpo y quebrantarían su salud?. Pero por débil que sea nuestro cuerpo, creo que tenemos todavía fuerzas para arrastrarnos hasta tu casa para poder descansar allá. Tomémonos tiempo, los más fuertes pueden marchar delante, nosotros los seguiremos sólo con pasos lentos.

'Oh, vosotros os cuidaríais de mi casa -repuso el anciano- si supiérais qué peligro os espera allá. Mis subordinados son de mala índole, sólo quieren matar los forasteros, matarlos: **Oporoyuca ce, oporoyuca ce, oporoyuca ce, ñote**. Este es su diario y único deseo'. 'Sean sus compañeros de casa tales cuales tú los describes -contesté sonriente, pero (no) me preocupa. Mientras te tenemos a ti como amigo y protector, el terror de toda la región, el capitán famoso por su magnanimidad y sus grandes hechos, ¿quién se atreverá a hacer mal alguno?'. Tales alabanzas y la confianza que yo parecía haber depositado en él, me conquistaron el corazón del anciano y él me fue favorable. 'Bien, contestó alegre y ordenó a los dos jóvenes con los cuales había venido, andad apurados a casa y avisad a los nuestros que aquí está un padre sacerdote que me aprecia y un grupo de indios (eran unos quince) que se dicen de nuestra sangre. Ordenad a las mujeres en mi nombre que no teman a los foratesros, ni huyan, sino que barran hasta dejar limpias nuestras chozas'.

Tales fueron las palabras del anciano. Yo pensé entre mí: poco importa el barrer las chozas, con tal que los bárbaros al vernos, no nos barran a nosotros con sus flechas. Los mensajeros enviados se apresuraron cuanto pudieron. Nosotros les seguimos a pie, algo más despacio. Pero el anciano cacique quedaba siempre a mi lado. Mediante amistosa conversación tratábamos de hacernos más grato el áspero camino y las inclemencias del tiempo. Y cuando la mayoría de los europeos comen opíparamente (era martes de carnaval), nosotros, sentados a la orilla de un arroyo, renovábamos con un trago fresco nuestras fuerzas casi exhaustas por la fatiga del viaje. A la noche llegamos a ver la choza grande, que sin duda era la principal.

(3. **Acogida al misionero por gente del cacique**)

A nuestra llegada acudieron todos los habitantes y nos saludaron con su habitual saludo:'**Ereyupa**, ¿ya viniste?', lo cual yo contesté con el habitual saludo de respuesta: '**Ayu anga**, yo ya vine'. Todos lo indios, armados con sus flechas y arcos y su corona de papagayos sobre la cabeza, me ofrecieron su saludo. Uno de los indios se me acercó, pero de repente retrocedió disgustado consigo mismo, por haber olvidado su corona. Poco

después volvió a aparecer con su corona para saludarme. Como con algunos de mis indios quedé de pie ante la entrada de la casa, las mujeres y niños comenzaron adentro a temblar grandemente. Asustadas ante la visita de extraños, abandonaron sus ollas al fuego, corrieron asustadas de un lado al otro, y mostraban claramente el temor que nosotros le inspirábamos, porque nos atribuían propósitos hostiles. 'No temáis, queridas hermanas -les dijo el de mayor edad de mis indios- aquí veis ante vosotros unos hombres que descienden de la sangre de vuestros padres. Ninguno de nosotros quiere causaros el menor mal'.

'Este anciano dice la pura verdad -dije al grupo de los circunstantes- ninguno piensa algo hostil contra vosotros, excepto yo que soy muy ávido de sangre, pues (aquí puse cara seria y silvé con los labios) yo como tres o cuatro muchachos en uno solo bocado enseguida'. Esta cómica amenaza cambió su susto en una gran risotada. Las mujeres volvieron a su trabajo y nos pidieron penetráramos en su vivienda. 'No conseguiréis jamás -respondí yo- que yo ponga un pie en vuestras chozas. Donde hay perros hay pulgas de las que soy acérrimo enemigo, pues me perturban en el sueño, del cual tanto necesito después de un viaje tan largo y fatigoso. Pero no me alejaré mucho de vuestra vivienda para que no me perdáis de vista. Aquí en este sitio, donde puedo ver todos y ser visto por todos, quiero habitar de fijo'. En realidad, para no dañar mi decoro y mi seguridad, permanecí por tres días y tres noches enteras bajo el cielo libre sin entrar en su choza, aunque llovió de tiempo en tiempo.

Aún en este mismo atardecer di a comprender al anciano cacique **Roy** que me gustaría mucho ver reunidas en un solo grupo todas sus gentes, hablar con ellas y poder obsequiarlas con algunas menudencias de su conveniencia. Mi deseo fue cumplido en seguida. En el más perfecto orden estuvieron sentados todos en derredor y fueron tan contenidos y silenciosos que yo creía ver ante mí, no seres humanos, sino estatuas esculpidas. Ninguno se atrevió a abrir la boca. Para llamar un poco la atención de los fieles, por quienes fui oído con deleite, canté un rato con suma complacencia de todos. Por más que estoy convencido de mi debilidad en la música, me conceptuaron, sin embargo, el músido más perfecto y ameno, tan luego ellos, que en su vida no habían oído ni una música mejor ni peor y no conocían otra armonía que la que ellos hacían sonar con sus zapallos.

(4. Discurso sobre ventajas de hacer una reducción)

Después que de esta manera me hube abierto un acceso a sus oídos y corazones, comencé, más en tono de una plática amistosa que de un sermón, a decir lo siguiente: 'No me pesa haber emprendido un viaje tan mo-

lesto hacia vosotros, haber cruzado tantos ríos y haber padecido tantas contrariedades, porque os veo sanos y estoy convencido de vuestra benevolencia hacia mí. He venido a haceros felices. Reconoced en mí a vuestro amigo más sincero. Permitid que os diga francamente lo que pienso de viosotros. Me dáis lástima porque os veo encerrados entre las tinieblas de los bosques porque no llegáis a conocer las bellezas del mundo ni su Creador. Sé muy bien que a veces lleváis en la boca el nombre de Dios, pero no sabéis cómo adorar a Dios, qué es lo que prohibe, que promete Dios a los virtuosos y con qué amenaza a los malvados, y os quedará completamente desconocido si algún sacerdote no os intruye. Sois así infelices en vuestra vida, y lo seréis después de vuestra muerte'.

Así les expuse con la brevedad y claridad que pude el concepto de nuestra religión. Mientras yo hablaba, nadie me interrumpió salvo unos muchachos que, cuando mencioné el fuego del infierno, comenzaban a reir a veces. Cuando yo desaprobaba los casamientos entre parientes cercanos y los declaraba inadmisibles, dijo el anciano cacique: 'tienes razón, padre, tales casamientos son algo horrendo, pero lo sabemos desde hace mucho tiempo'. Yo deduje de ello que los bárbaros aborrecen tales casamientos incestuosos más que el latrocinio y el asesinato. Disculpamos a veces los pecados más grandes porque son los nuestros y condenamos inexorablemente los menores porque otros los han cometido. Mientras yo hablaba sobre el latrocinio y el asesinato, el anciano cacique no decía palabra alguna, tal vez porque no le eran extraños. Pero arremetió acremente contra los casamientos entre parientes, porque tal vez han sido usuales en alguna otra nación.

Antes de terminar mi discurso, miré algo más atentamente en derredor del grupo de mis oyentes y luego exclamé con gesto de asombro: 'En vuestra numerosa asamblea veo desgraciadamente muy pocos que hayan alcanzado una edad provecta. Yo lo comprendo muy bien: la frecuente miseria que padecéis todos los días demacra vuestro cuerpo, debilita vuestras fuerzas y os echa antes de tiempo en una sepultura demasiado temprana. Día y noche debéis padecer todos los cambios del tiempo. Cuan malamente os porteje contra él vuestro techo, por el cual sopla el viento por todas partes. Hambrientos corréis día y noche tras la salvajina en los bosques y os cansáis por la caza frecuentemente inútil. Vivís únicamente de lo que la casualidad os brinda. ¿Es pues un milagro que vuestro corazón os torture de continuo por las preocupaciones del alimento? Debéis pagar frecuentemente con una hambre de larga duración un tiro de flecha incierto o errado.

No quiero hablar nada sobre los peligros a los cuales exponéis de continuo vuestra vida. De pronto os amenazan con la muerte las garras de los tigres, las mordeduras de serpientes veneosas, las flechas de los vecinos

y, no pocas veces, también sus dientes. Pero, aun si no existiera todo esto, un suelo de continuo húmedo como el vuestro, contiene no pocos mosquitos e infinitas sabandijas venenosas,sino también el germen de enfermedades innumerables. ¿Qué esperanza de volver a sanar puede tener un enfermo en vuestra soledad, donde no se encuentra un médico, ni las correspondientes medicinas? Pues a los que llamáis médicos (**Aba paye**) son todos unos curanderos más hábiles en engañaros que en sanaros. Si no queréis creer mis palabras, fijáos pues a vuestras experiencias, que habéis hecho tantas veces a vuestro costo.

No se hallan expuestos a estas adversidades los indios, vuestros hermanos, que habitan reunidos en un pueblo y viven de acuerdo con la voluntad de Dios y la instrucción de sus sacerdotes. ¡Por Dios, cuántos ancianos veríais allí!. También es muy natural que los más lleguen a edad más provecta, ya que en la localidad tienen a mano tantos remedios para prolongarla y retardar la muerte!. Cada familia tiene su propia casa, que la proteje perfectamente contra las incomodidades del tiempo, aunque ésta no siempre tiene el mejor aspecto. Diariamente se entrega una porción suficiente de carne vacuna a cada uno. Su campo de cultivo le suministra en abundancia frutas y otros alimentos. Cada uno recibe anualmente un traje nuevo. Generalmente reciben como regalo cuchillos, hachas y otros instrumentos para la agricultura, como también sartas de cuentas de vidrio y lo que pertenece al ornato. Cuando se enferman algunos, les asisten noche y día médicos expertos que les llevan diligentemente los alimentos necesarios, preparados en la vivienda del padre, y las correspondientes medicinas. A más de esto, los padres que cuidan los pueblos, se preocupan mucho de que a los indios, no les falte nada de todo esto.

Pero, si vosotros creeis que en mi relato haya más jactancia que verdad, están ahí ante vosotros indios cristianos, hermanos vuestros, mis compañeros y pupilos. La mayoría de ellos ha nacido y se ha criado como vosotros en selvas y vive ahora, desde muchos años, en la localidad bajo mi cuidado. Echad una mirada sobre sus ropas. Por ellas podéis suponer vuestra manera de vivir. Veis, sin duda, que ellos están contentos con su suerte y se sienten completamente felices. Ellos fueron lo que sois vosotros y vosotros podéis ser lo que ellos son. Si sois inteligentes, no podésis perder esta felicidad. Con todo esfuerzo de vuestra mente examinad si os conviene pasar y terminar vuestros días bajo tantas calamidades, en esta espesas y tenebrosas selvas. Resolved si quréis seguir el buen consejo que os doy. Nosotros os recibiremos con los brazos abiertos como amigos y hermanos, y sin tardanza incorporaros en el número de nuestros conciudadanos. Para induciros a ello y sugerirlo, he emprendio este largo y, como vosotros mismos sabéis, tan molesto viaje, por afecto y deseo a vosotros'.

(5. **Dones, intercambios y sus efectos**)

Para dar fuerza a mis palabras, repartí entre todos los presentes, según su condición, edad y sexo, unos pequeños regalos como cuchillos, tijeras, anzuelos, hachas, espejos, anillos, aros y sartas de cuentas de vidrios que colocan cual gala en el cuello. Tales menudencias son en América los medios más infalibles para ganar lo más pronto los ánimos feroces de los bárbaros, lo mismo que se hace callar pronto a los niños mediante sonajeros. Una mano generosa puede entre ellos más que una lengua elocuente. Demóstenes, Cicerón y todo el honorable gremio de los retóricos pueden gritar hasta quedar roncos ante los indios y agotar sus artes, pero si vienen con las manos vacías, predican ante sordos y toda su acción es vana. Si no unen su buen decir con beneficios, comprenderán finalmente que han lavado un negro. Pero, si alguien trae copiosos regalos a los indios aunque luego parezaca ser un mudo, tanto como el ganado y feamente negro como un gitano, será escuchado con placer, apreciado y obedecido en sus órdenes. Irán por él hasta el infierno si él insiste en ello. No la elocuencia sino la generosidad hace efectos en los bárbaros.

Yo creí por esto haber cumplido en un todo cuando acompañé con regalos mi discurso, pues es imposible imaginarse con cuánta alegría y con qué señales de su buena voluntad para conmigo regresaron todos a su choza. Poco después el cacique **Roy**, para demostrarme su reconocimiento, me ofreció algunos panes, los cuales, según su decir, su esposa anciana había cocido para mí. Estos panes eran de trigo turco, redondos, delgados como un papel, cocidos entre la ceniza y también de color ceniciento, en una palabra, en tal condición que su aspecto hubiera causado asco al más hambriento. Ello no obstante, yo alabé por complacerlo la habilidad y la especial amistad de la anciana panadera hacia mí. Por lo tanto, les tomé con una mano y se los devolví suavemente con la otra; agregué a la vez, que me agradaría si sus niños comieran estos regalos en memoria mía. El anciano estuvo conforme con mi ofrecimiento y llevó de nuevo sus panes con la misma alegría con que los había traído.

Los extraños deben precaverse siempre por los comestibles con que los bárbaros los obligan. Estos entienden muy bien mezclar los venenos y son de temer aún, en sus oficiosidades, pues odian a los extrenjeros y en esta materia son parecidos a los antiguos romanos, de los cuales escribe Cicerón (Lib.I. Offic.): **Hostis apud maiores nostros is dicebatur, quem nunc peregrinum dicimus**[5], mas de manera que entre los bárbaros ameri-

5 Para nuestros antepasados era llamado enemigo aquel a quien ahora llamamos peregrino.

canos se debe evitar toda desconfianza miedosa, por ser madre del temor, pero no creer superflua la precaución. Tan ignorantes como son en lo demás, estos bárbaros saben muy bien disimular. Adulan al forastero cuando quieren perjudicarlo. No se debe fiar demasiado a la apariencia, pues frecuentemente yace escondida debajo de la flor más hermosa una víbora venenosa, como nosotros lo hemos experimentado con excesiva frecuencia.

(6. Gran amistad entre misionero y cacique, que le ofrece a su hija en matrimonio)

El cacique Roy tenía para sí y para su familia una vivienda algo distante de las otras. Sin embargo, él pasó la noche durante los días que estuvimos en ella, en la gran choza de sus subordinados, ignoro si por seguridad de ellos o nuestra. Tal vez desconfiaba de nosotros, tal vez también de los suyos. Dormimos en el centro, entre las chozas de los bárbaros. Yo aconsejé a los míos que estuvieran vigilantes aun de noche, para que durante el sueño no fuéramos asaltados traidoramente por la multitud de los indios. Pero de ningún modo se dió motivo de temer algo. Al otro día envié los más elegidos de mis indios a los cuales agregué, para su seguridad, a **Arapotiyú**, el hijo del cacique, hacia un sitio distante donde hice guardar un buey para carnearlo y obsequiar a los bárbaros. Para alegrarlos, no se puede imaginar nada mejor, pues los americanos son más alegres y obedientes cuando su estómago está repleto de carne vacuna.

Para el cacique constituía un placer especial el entretenerse conmigo durante muchas horas, en conversación amistosa. Me confesó sinceramente que él y sus gentes no se fían de ningún español, ni portugués, y que no prestan el menor crédito a sus palabras y seguridades de amistad. Para ganar su confianza y su benevolencia, le aseguré repetidas veces que que yo no era ningún portugués, ni un español. Para confirmarle aún más en esta opinión, le conté que entre mi patria y España y Portugal estaban situados muchos países y mares; que mis padres, abuelos y bisabuelos no entendían ni una palabra española y que yo había hecho un viaje muy molesto de muchos meses sobre el océano únicamente en la intención de instruir a los americanos en las leyes divinas y en las vías de salvación. Como yo lo expliqué muy seriamente, él informó en seguida a los suyos que yo no era oriundo ni de España ni de Portugal, lo que contribuyó inmensamente a estrechar aún más conmigo los vínculos de amistad y benevolencia.

Aquí debo mencionar algo que no puedo escribir sin enrojecerme y que los lectores no leerán sin reírse. El cacique, que fumaba tabaco por una caña, comunicó a mis indios sentados en derredor su propósito y demostró

por ello a la vez su ignorancia. 'Yo aprecio a vuestro padre -dijo él- y como estoy cierto que él no es un español, pongo toda mi confianza en él. Quisiera de buen grado quedar a su lado mientras yo viva. Yo tengo una hija,la niña más bella que uno puede imaginarse; yo se la daré por esposa a nuestro padre, para que él quede en mi familia. Yo ya he convenido esto con mi esposa, ella también está de acuerdo'. El anciano había expresado apenas su necedad, cuando mis indios comenzaron a reir. El les preguntó la causa. Ellos le contestaron que los sacerdotes viven siempre célibes y que el matrimonio les es prohibido por una ley inquebrantable. El anciano quedó completamente atónito por ello y alzó su pipa de tabaco al aire. **Añeyrac** - exclamó- ¡qué cosa inaudita e increible me contáis!. De pronto se admiraba, de pronto suspiraba por ver incumplidos sus deseos.

Mientras tanto yo paseaba ahí cerca entre los árboles y oía esta ridícula explicación, pero haciendo como si no hubiera oído, me acerqué a ellos y les pregunté porqué se habían reído tanto. Ellos tenían vergüenza de repetirme la absurda propuesta del cacique respecto al matrimonio, y callaron. Si uno pregunta más de una vez, no contesta ninguno. Esta es la costumbre entre los guaraníes. Por eso pregunté separadamente a uno, el que me expuso temblando el argumento de la conversación y de su risa, en un todo y sin reticencia. Luego me dirigí al cacique y le agradecí sus disposiciones para conmigo. 'Yo y todos los sacerdotes -seguí diciendo- practicamos un estado de vida que no admite el matrimonio, y nos impone a todos la ley de una perpetua castidad. En lo demás, aunque yo no pueda ser tu yerno, ni quiera serlo, tendrás siempre en mí el amigo más leal, y aun si lo pides, un compañero y maestro que te instruirá en la doctrina cristiana'. Tras esto el cacique nos repitió de nuevo su benevolencia y admiración.

(7. Llegan invitados dos caciques y se pide reducción)

Apenas había yo llegado el día anterior a la choza de los bárbaros, cuando pedí que se enviaran mensajeros a los caciques vecinos con quienes se hallaran en buenas relaciones, para invitarlos a visitarnos. Ello en razón de que no conocíamos sus paraderos y debíamos,además, economizar nuestras fuerzas para el regreso, en que nos aguardaba un largo viaje. Mi deseo fue atendido en seguida, y los indios, temiendo algún acto hostil, tomaron sus medidas ante la llegada de los vecinos. Al día siguiente hacia mediodía, aparecieron armados los bárbaros (distaban sólo algunas horas de los primeros) con sus familias y en gran número. Las madres llevaban sus proles en canastos. Al frente de todo el grupo marchaban los dos caciques.

El primero de ellos se llamaba **Veraripochiritú**, el que era tan grande

y grueso como largo su nombre. Pese a lo serio que era de aspecto, no era descortés ni indócil. El regresó con los suyos justamente de una caza de puercos monteses, de modo que llevaban sobre sus espaldas la carne porcina más gorda. Su hijo, un muchacho de diez años de cara muy agradable, había desparramado por toda su cara unas pequeñas estrellitas negras. '¿Tú te crees -le dije- que adornas tu cara con tus manchitas negras? La has afeado miserablemente; mírate atentamente en este espejo'. (Pues yo le había regalado uno). El no titubeó mucho, sino que corrió al agua para lavarse. Cuando el hollín hubo desaparecido, creí ver ante mí a Daphnis, que primero había llegado como un cíclope. Obsequié a todos con los habituales regalos, conversé amigablemente con cada uno, pero más frecuentemente con su cacique **Veraripochiritú**, cuya especial inclinación a nuestra religión reconocí ya al principio.

El segundo cacique, que igualmente llegó marchando con sus gentes, se llamaba **Tupanchichú**, hombre de cuarenta años. Su estatura y sus facciones le prestaban una cierta espectabilidad, pero su alma era tan negra como su cara: orgulloso, traicionero y peligroso, porque él supo disimular en su corazón con la frente más alegre y las palabras más suaves el propósito inhumano de asesinarnos a todos, como más tarde se descubrió. Tras su llegada se sentó a mi lado y exigió en seguida con su tono autoritario una porción de yerba. Después de habernos preguntado mutuamente con toda amabilidad sobre diversas menudencias, llegamos a hablar, no sé cómo, sobre el tema del alma. Avidamente tomé esta oportunidad. 'Ya sabemos desde hace mucho -comenzó el cacique- que hay uno que vive en el cielo'. A esto yo le contesté: 'Vosotros deberíais haber sabido también que él es el Creador y Señor de todas las cosas y Padre nuestro, que nos ama tiernamente y por ello es bien digno de nuestro amor y adoración'. 'Bien -prosigió él- dime entonces lo que le displace'. 'El aborrece -contesté- y castiga severamente los adulterios, obscenidades, mentiras, calumnias, robos, asesinatos'.'¿Cómo? -interrumpió ceñudo- ¿Dios no quiere que matemos a otros? ¿Por qué los cobardes no se defienden mejor contra sus agresores? Así lo hago yo cuando me atacan'.

Yo me empeñé en quitar su error e inspirarle un horror al asesinato de seres humanos; no sé con qué resultado. Más tarde he sabido por testigos dignos de fe que este bárbaro **Tupanchichú**, temido en toda la zona por hechicero maligno, se había jactado en su choza con un montón de calaveras de aquellos que él había matado mediante veneno o por violento asesinato. También se dijo que él se había conjurado contra nosotros.Para que no fuéramos sorprendidos en la noche por él, el cacique **Roy** permanecía en la choza vecina mientras nosotros dormíamos bajo el aire libre, y vigilaba por nuestra seguridad. Pero poco después él perdió su vida por las malditas

artes del cruel **Tupanchichú**, como contaré luego. El perdió su vida porque quiso salvar la nuestra. Los caciques, después de diversos coloquios y consejos, habían resuelto unánimente solicitar de mí que en su suelo natal se fundara un pueblo semejante al de los demás indios. Yo accedí a su pedido de tanto mayor grado, porque una localidad en Mbaeverá nos ofrecía la mejor oportunidad de buscar y traer al evangelio a los restantes indios, que aún se mantenían escondidos en las selvas más lejanas»(1967:162-175).

3.3 FLORIAN PAUCKE (1719-1779)

Este misionero alemán de Silesia nace en Winsko, Wolow, en la actual Polonia, y muere en Jindrichuv Hradec, Bohemia. Es conocido como músico y como autor de un extenso manuscrito alemán de dos tomos de 1146 páginas, que se conserva en el convento cisterciense de Zwettl y que se publica parcialmente (Frast 1829, Kobler 1870 y Bringmann 1908). Al fin, entre 1942-1944 apareció una edición completa en castellano (aunque éste resulta a menudo poco correcto en la concordancia de los verbos, no sé si por fidelidad al original alemán), en tres tomos, editada por la Universidad Nacional de Tucumán con el título **Hacia allá y para acá**. En dicha obra Paucke narra, en forma de memorias, su vida en el Chaco argentino entre los mocobíes, indios ecuestres y guerreros, que hostigaron constantemente la presencia española en las provincias de Tucumán y Buenos Aires y que hoy casi han desaparecido.

Paucke (o Baucke, que era su apellido antes de llegar a tierra americana) se hizo jesuita en 1736 y ya sacerdote fue enviado en 1749 a la provincia del Paraguay, en la misma expedición de otro misionero cronista alemán, Martín Dobrizhoffer. Después de completar en Córdoba su formación jesuítica, en 1750 es destinado a la recién fundada reducción mocobí de San Javier. Permaneció en ella dieciocho años, se ganó la simpatía de sus indios y logró formar una reducción modelo, tanto en el terreno religioso como en el de la promoción humana. Así San Javier tenía un horno de ladrillos, un taller de escultura y un órgano de cinco registros.

Paucke escribió sus memorias en los seis últimos años de su vida, cuando la Compañía ya había sido suprimida. Parecen haber quedado inconclusas, no en lo esencial, pero sí en su estructuración final. Al menos así lo juzga Staudt, redactor de las palabras finales de la edición argentina, lo que explicaría, además, el que, a diferencia de la crónica de Dobrizhoffer, no se haya publicado en alemán. El motivo de Paucke para escribir aparece en el prefacio:

«Hasta ahora no había tenido ningún impulso para tomar la pluma y

dar a conocer a alguien mi viaje a la lejana América; pero después, a causa de las múltiples solicitaciones de mis muy estimados y apreciados favorecedores, me he dejado animar a acceder a su pedido dentro de mis posibilidades y darles a conocer tanto mi viaje hecho por el Mar Mediterráneo y el Mar Grande (Océano Atlántico) como también por tierra en América Occidental hacia las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, pero principalmente para relatarles mi actitud durante diez y ocho años en las reducciones recién establecidas hacia el norte, junto con el retorno desde estos países a España y desde ahí por el Mar del Norte hacia Holanda» (1942:3).

La razón del título un poco extraño, **Hacia allá y para acá**, se explica en el subtítulo: hacia allá (fuimos) amenos y alegres, para acá (volvimos) amargados y entristecidos. Es una frase de un salmo que se refiere al destierro de los judíos, que sirve de metáfora para expresar el contraste entre el entusiasmo de Paucke por ir a las misiones y la tristeza del exilio. En cuanto a las fuentes de su escrito, Paucke se presenta como testigo ocular y, por tratarse de unas memorias, como protagonista de muchos hechos; en el prefacio dice que relata «lo que he visto y experimentado en la forma como lo he conocido» (p.5) y que se obliga a «observar la sincera verdad de mi informe, la que no se basará sobre noticias ajenas recogidas sino sobre la experiencia propia» (p.3).

Efectivamente, a diferencia de otros misioneros de esta antología que, aunque relaten hechos de los que son actores, aprovechan también otras fuentes publicadas o manuscritas, Paucke se limita a la propia experiencia, con la única excepción del relato de los siete primeros años de la reducción de San Javier desde 1743, hecho por el fundador de la misma el P. Francisco Burges (1943:43). Además, Paucke recuerda al lector alemán que él escribe sobre una nación concreta que conoce personalmente, sin que su afirmación «concierna a todos los indios en conjunto», por más que las sociedades americanas se diferencien menos en sus costumbres que las europeas (p.3). Desafortunadamente, el autor no da más detalles sobre la composición de su obra y así habrá que suponer que los diálogos que reproduce en la narración son reconstrucciones a base del propio recuerdo, aunque para las fechas y detalles del primer viaje haya que pensar en la existencia de un diario escrito.

El contenido de la obra es el de una verdadera enciclopedia de la cultura mocobí o, según el lenguaje de la época, una historia natural y moral. Este carácter enciclopédico se reafirma con la impresionante colección de 104 láminas (37 de flora, 33 de fauna y 34 de trajes y actividades culturales), la mayoría en colores y con la respectiva leyenda, que fueron hechas al parecer por el mismo Paucke. Es una etnografía pictórica, que

completa muy bien el texto y que parece especialmente conveniente en un libro de memorias.

Sin embargo, el carácter de memorias marca profundamente dicha obra. Así de sus seis partes, hay tres claramente autobiográficos (I, el viaje de Paucke de Europa a la reducción de San Javier; II, su vida en la reducción; y V, su regreso desde San Javier a Europa a raíz de la expulsión) y otros tres más expositivos (III, de las costumbres de los indios en el paganismo; IV, del cristianismo de los indios; y VI, descripción del Gran Chaco). Pero tal exposición, aunque parte del recurso pedagógico de una pregunta, está llena de anécdotas y de afirmaciones en primera persona, que le comunican un sabor subjetivo, y la autobiografía cuenta hechos más que sentimientos personales del autor, incluso al relatar la fulminante e inexplicable expulsión por Carlos III. Paucke quiere contar la verdad de lo que ha visto y, para eso, no necesita comunicar sus propios sentimientos, aunque éstos a veces se le escapan, a pesar del autocontrol de su ascética ignaciana.

Quizás el sentimiento que se expresa de modo más consciente es el de humor. No tanto como recurso literario para sazonar la narración, aunque de hecho hace más fácil la lectura de una obra tan larga, cuanto como manifestación del carácter chispeante del autor. Al fin de la primera parte, Paucke confiesa: «Si bien yo en este relato permita a veces a mis ocurrencias chistosas alguna libertad, no debe nadie creer que todo esto fuere escrito en modo de broma y así el asunto fuera diferente de como doy noticia. Nadie dude de la verdad, ya que yo, (que) temo decir una mentira intencional, debo recelar aún más en escribirla» (1942:173).

Para valorar mejor las partes autobiográficas en la obra de Paucke, hay que pensar en su lector-interlocutor. El escribe en alemán para sus compatriotas alemanes y, por eso, en su viaje desde Ollmütz a San Javier, con escalas de desigual duración en Málaga, Lisboa, Colonia del Sacramento,Buenos Aires y Córdoba, da infinitos detalles sobre lo que ve y lo compara frecuentemente con su propia cultura como un recurso narrativo y explicativo. Es cierto que la narración del viaje de retorno es mucho más parca; quizás sea porque viaja por un camino ya recorrido o quizás por el estado de ánimo del que regresa «amargado y entristecido».

No es posible desarrollar más este carácter personal, que quedará más claro con la lectura de los textos seleccionados. Pero quiero referirme a una dimensión de la personalidad de Paucke que fué cultivada por bastantes misioneros como recurso pastoral: su afición a la música. Oigamos a Paucke:

«En el año 1750 cuando yo llegué a estos indios, no se sabía de ninguna música de iglesia... Cuando yo vi a los indios tan silenciosos.., con ninguna amabilidad en la cara, con muchos usos desatinados, yo creía según el aspecto ser imposible hacer de estos palos un Mercurio; pero, cuando yo hube tomado mejor conocimiento de ellos y los hube experimentado más detenidamente, vi entonces cuán alegre ánimo dominaba en ellos. En tres años yo ya tuve música en la iglesia. Al cuarto año yo ya fui llamado con mis veinte muchachos a la ciudad de Santa Fe y al colegio, donde tuve que cantar...la misa cantada de la fiesta... Se ejecutó con dos violones, dos arpas, ocho violines, un violoncelo, una trompa marina y los demás cantores» (1943: 260).

Esta afición musical era antigua en Paucke.Al llegar a Córdoba, compuso y estrenó con notable éxito una misa para la fiesta de San Ignacio con un coro y orquesta de esclavos negros del colegio (1942:145-46). Ya en la reducción fomó, como se ha visto, su coro y orquesta indígena, que viajó también a Buenos Aires para actuar en presencia del obispo, como narra detalladamente Paucke (1943:261-267). En el viaje de exilio él enseñaba todos los días flauta traversa al alférez del barco (1944:123); al llegar al convento franciscano del Puerto de Santa María, donde los jesuitas alemanes procedentes de distintas misiones americanas se concetraron antes de regresar a su tierra, ellos formaron una orquesta (1944:136).

He seleccionado dos textos de la obra. El primero sobre la enseñanza de distintos oficios hecha por el misionero a los **mocobíes** en la reducción (parte 3a., cap.17). No está de más recordar que la narración, por su carácter de memorias de la labor de Paucke en la única reducción en que vivió, no presenta ninguna síntesis de la construcción de la utopía, sino sólo el modo concreto cómo enseñó distintas actividades artesanales y artísticas, como carpintería, construcción, herrería, textilería, zapatería, música, etc., en medio de anécdotas, bromas y reflexiones personales. En este sentido este capítulo, cuya última parte que se refiere al mismo tema en otras misiones americanas no transcribo, no trae quizás información plenamente generalizable, pero es un excelente testimonio de la tarea educativa de un misionero y de sus tanteos para lograr que hombres, mujeres y niños mocobíes acepten no pequeñas innovaciones tecnológicas y nuevos hábitos de trabajo, tomando éste como una ascética.

I. HABILIDAD DE LOS INDIOS EN TRABAJOS MANUALES (1779)

(1. Enseñanza de trabajos en madera)

«Ahora para volver a esto sin los indios en realidad tienen buen en-

tendimiento y habilidad para entender, se puede deducir fácilmente que ellos no son tan inhábiles como se cree sino que **puramente** la falta y carencia de toda instrucción es la culpa de ello. Yo llegué a tanto con los años que yo tenía hasta 25 indios que sin mi presencia construían carros de carga enteros. Tres de ellos eran ya tan expertos que por sí solos indicaban las maderas para las ruedas y las curvas, repartían los agujeros para los rayos y construían bien y cabalmente toda la rueda. Yo había llevado a buen estado 36 de semejantes vehículos.

Yo tenía 4 muchachos que hacían trabajos de escultura perforado; ellos han construído una parte del altar y tan luego la inferior junto con con éste un **tabernáculo**, dos **antipendia**, (cortinado) todo en trabajo perforado y sotopuesto con pedazos de espejo roto, primorosamente dorado y pulido, para lo cual yo tenía otros 6 muchachos. Los dos antipendia junto con el tabarnáculo han sido incrustados para la iglesia jesuítica de Santa Fe, para los dos primeros altares laterales de la Madre Dolorosa y nuestra amada Señora de las Obras Milagrosas. Yo tenía 2 muchachos que hacían peines, aunque me faltaban algunas herramientas que hubieran adelantado y facilitado la labor. 8 carpinteros y 4 torneros hacían ya tan bien sus oficios, que yo por ellos fabriqué todos los marcos de puertas y ventanas de mi iglesia y casa recién levantada; las puertas y los postigos eran de marcos con tablas encajadas y cinceladas.

(2. **Establecimiento de una herrería**)

Yo compré en **Santa Fe** las herramientas de una antigua cerrajería con yunque, martillos, limas y semejantes, sin fuelle que yo fabriqué con mis indios, comencé a forjar con 3 muchachos que eran ya fuertes y llegué a tanto que ellos volvieron a templar y acerar todas las azadas de las cuales ya había saltado el acero; también hicieron de nuevo los hierros con los cuales solíamos herrar el ganado. ¿Cómo hubiera podido ser posible de otro modo mantener en estado los útiles necesarios para todo el pueblo y pagar por la compostura en Santa Fe? Pues una azada, que yo hice componer en la ciudad, costó un peso duro, una marca de hierro 4 pesos duros; todo esto lo ahorré con mis 3 jóvenes peones herreros.

Yo los llevé frecuentemente conmigo a la ciudad, donde ellos durante el tiempo de mi estada debieron quedar en la herrería del Colegio para aprender algo allí. Mi mejor escultor y muchacho hábil para todo que también solía servirme, estuvo conmigo en la ciudad; éste estaba metido simpre en la herrería por cursiosidad; él viendo entonces que el herrero, un negro y arpista en el Colegio, construía azadas completamente nuevas, puso

buena atención. Cuando quisimos viajar a casa, me solicitó que yo pidiera prestado el hierro que era el molde de batir sobre él la oreja de la azada, pero yo mandé hacer un nuevo molde para mi herrería. Tras nuestra llegada, el muchacho ya deseaba hacer una azada nueva como él había visto en la ciudad; él hizo el cuño, luego la oreja para la azada, lo batió sobre el molde, lo soldó y fabricó una azada que se podía usar muy bien. El me pidió también que él pudiera construirse un hierro para marcar sus caballos propios; él ensayó tanto hasta que él arregló un hierro bien formado.

El cual (muchacho) de ahí en adelante, cuando se necesitaba una nueva marca de fuego, las fabricaba todas. Para la marcación de todo el ganado de asta que consistía en 24 mil, de caballos en 3 mil, de las yeguas especiales para la crianza de mulas en 1.300, de los mulares en 400, de la crianza de burros en 182 piezas, yo necesitaba 18 marcas de fuego; muchas se echaban a perder en una marcación y llegaban a ser inútiles para el año siguiente a causa del fuego constante, en el cual durante un mes debían marcar, pues, cuando comienza la marcación, los hierros deben quedar todo el día en el fuego, para que mediante un apretar impriman la marca. Los hierros del pueblo tenían este antedibujado nombre del santo Xavier y con parecido era marcado cada animal de propiedad de la comuna del pueblo.

(3. La construcción con material noble)

Tuve, además, deseo de edificar bien fuerte y firme mi vivienda y cubrirla con tejas, pero no pude encontrar ninguna tierra apta para ello; toda resultaba demasiado fuerte y en cuanto yo poná al sol algo formado, se rajaba todo; yo probé de diferente manera, pero no pude obtener entero a ningún ladrillo seco. No faltaba un suelo arcilloso especialmente en el circuito de la reducción; yo entremezclé la arcilla con paja hachada o heno y lo encontré más apto que la sola arcilla cruda.

Como yo quise descubrirlo luego, cabalgué puramente para averiguar esto a la ciudad y donde encontré un horno de ladrillos,ahí tenía yo que ver y saberlo todo, observaba bien todo y también el horno lo probé de nuevo. Tomé alguna cantidad de arcilla, algunas paladas de arena fina y un tanto de tierra negra y otro tanto de estiercol deshecho de caballo; hice pisar bien todo en una masa y fabriqué la prueba, la que sequé a la sombra. Ella estuvo tan fuerte, que yo podía estar parado sobre los (ladrillos) crudos sin quebrarlos. Preparé luego un pequeño horno de ladrillos **egipcios** (adobes), que son sin quemar, coloqué 1.400 adentro y los quemé bien; unos poquísimos se habían rajado, los otros eran todos utilizables y resistentes contra el

agua. Así seguí haciendo y obtuve cubrir con ellos toda mi vivienda y empedré con ladrillos planos.

(4. Las mujeres se dedican a labores textiles)

Ya habían demostrado los indios lo que ellos podían trabajar, pero las mujeres **indias** y sus hiajas no sabían otra cosa que tejer lana al huso y esto ocurría sólo por una u otra que frecuentemente querían trabajar para sí. Las demás no sabían otra cosa que cabalgar a la caza y, cuando volvían, pasar todo el día en ocio. Yo convoqué a los caciques y les hice presente el ocio de todas las mujeres; que ellas también eran alimentadas de lo que pertenecía a la Comuna, pero no trataban de auxiliar en algo a la Comuna.. Yo les insté que ellos incitaran también las féminas a contribuir con algo en provecho del pueblo común; algunas con hilar, otras con teñir, otras con tejer; aunque ellas hasta ahora no sabían hacer tales cosas, yo les procuraría de dónde aprender. En esto también habría un gran provecho para sus maridos: ellas podrían hacerles, en lugar de cueros, mantas bellamente tejidas, para las cuales yo les ayudaría mediante lana y los tintes pertenecientes. Yo tampoco no pedía más sino que 3 indias durante el año entero hicieren en conjunto una alfombra: como regalo para esta labor yo les daría suficiente lana y también tintes, para que ellas luego pudieran hacer para sus maridos una manta.

Mi recuerdo fue grato a todos los caciques, como también a todos los demás hombres en el pueblo, pero algunas de las mujeres haraganas no estuvieron contentas con ello. Pero yo no hice caso: me bastaba que muchas de entre ellas se resolvieran a ello. Yo tenía 1700 ovejas con buena lana; comencé a esquilar y a repartir lana correspondiente para una manta a cada una, las demás se extrañaron de ello cuando vieron repartir la lana. Algunas de las disidentes vinieron y **probaron** si ellas también podrían obtener alguna, pero regresaron con una respuesta de modo que de ahí en adelante no osaron a reclamar lana. Las mujeres **confederadas** para esta labor determinada se empeñaron y en tiempo de tres meses, yo ya tenía en mi casa 73 mantas terminadas y bien elaboradas, las que yo envié a la ciudad de Paraguay (Asunción) y en cambio recibí 48 quintales de yerba paraguaya, 15 quintales de tabaco con algunas arrobas de azúcar para el pueblo.

Correspondía repartir poco a poco en total al pueblo la yerba que le servía como **té** y también el tabaco, que les servía para mascar y fumar; en otras ocasiones hubo mucha economía en estos efectos, pero como había llegado la utilidad de las mantas, yo fui más generoso. Pero ninguna de las indias haraganas debió solicitarme tal cosa: ella debía ir a su casa en toda

verdad sin te ni tabaco. A las que habían hecho las mantas como a sus ayudantas, les di lana de 5 ovejas y junto con ella tinte rojo, índigo y alumbre de mina. Entonces se les abrieron los ojos a las otras: ellas también hubieren trabajado de buen agrado, pero había fallado la balsa de travesía y llegaron demasiado tarde, pero ello les sirvió para tiempo futuro. Muchas pidieron que yo les proporcionara trabajo todavía; ellas quisieron terminar su trabajo aun antes de fin de año, pero yo ya había determinado que en este año una sola de las **disidentas** obtendría trabajo de mí.

(5. **Iniciación de las niñas en la textilería**)

Como ahora los indios y sus mujeres junto con los hijos estaban ya en algo desacostumbrados al ocio, no quedaban otras que sus hijas. Ahora que yo había atraído a un trabajo moderado a sus padres y hermanos, no tuve que sufrir ningún impedimento en dominar la parte más débil. Para ello Dios me dió consejos espacialmente útiles, sin cuya luz y ayuda yo jamás me hubiera obstinado en realizar algo entre estas gentes salvajes. Yo tenía una vieja **india cacica**, enviudada, la que yo había instituído como jefa de las niñas, sólo para que tuviera exacto cuidado que las hijas del pueblo comparecieran diariamente en la doctrina cristiana y con ella asistieran a la doctrina en la iglesia. Cuando había algo que trabajar o que hacer, era dirigido por esta **india**, que en todo debía estar poresente, y cuando se había llegado a que se iniciaran los castigos en el pueblo, las niñas fueron castigadas también por ella. Igualmente yo tenía al frente de los muchachos un **indio** viejo considerado que reunía con toda satisfacción los muchachos y los contenía.

Hasta ahora las niñas no hacían otra cosa que asistir diariamente a la santa misa, a la doctrina cristiana y al rosario de la tarde; de trabajar no supieron nada que decir que en tiempo de cultivo de trigo turco, lo que durante al año ocurre sólo algunas veces. El algodón ya no debí confiarles, porque mucho se hubiera echado a perder; por lo tanto, tuve que dejarlo a los muchachos. Sin embargo, yo quería acostumbrar al trabajo también a las niñas desde cortos años, para que ellas también ayudaran a la Comuna mediante su trabajo. Yo tenía aún en existencia muchísima lana; para utilizar ésta tiempo, me serví de una nueva astucia y ordené a la maestra de las niñas que, después de la doctrina concluída, determinara acaso 4 de las niñas más grandes y mejores y viniera con ellas a mi vivienda, yo les daría algo que hacer.

Pronto estuvo ella con las determinadas a mi lado. Yo hice traer en seguida un buen montón de lana y les dije que se ocuparan en separar la

mejor de la inferior. Ellas quedaron ahí mismo sentadas con la maestra al lado de mi puerta; hicieron diligentemente su trabajo y tuvieron muchas espectadoras en otras niñas. Algunas sin ser determinadas se sentaron a su lado y ayudaron. Después de un buen rato yo quise ver lo que hacían y ya hallé 9 niñas; yo simulé no notar nada; las cité de nuevo para el siguiente día temprano.

Apenas hube terminado la misa, corrieron ellos ya a su trabajo; entonces encontré reunidas ya unas 20 con su madre venerable, que llegó a mí y en secreto contó todo lo que las niñas durante el trabajo habían hablado entre ellas: que en verdad algunas más grandes ya pedían de hilar. Yo estuve conforme y le ordené que dejara hilar a quien quisiera, pero que, después de terminado el trabajo tanto en la mañana como en la tarde, enseñaran sus hilados y me los dieran. Otras -dijo ella a mí- se habían afligido que yo las había salteado y quería tal vez que sólo aquéllas aprendieran y ellas nada. Ellas también comparecerían diligentemente en este trabajo, si solo supieran que yo lo aprobaría. Yo respondí y le dije que ella aceptara la que se presentara al trabajo, fuera cual fuera, y dejara a cada una la libre voluntad si querían carmenar o hilar lana; que les preguntara a la vez si acaso algunas querían aprender a teñir u otras a tejer. En pocos días ya conté yo más de 50 niñas crecidas que conmparecían diligentemente en este trabajo.

Yo dispuse en seguida a proporcionar todo lo perteneciente, tanto en **materiales** como en vasijas; ordené construir una larga y ancha enramada para que las niñas pudieran trabajar a la sombra. Yo ya tenía reunidas hiladoras y tintoreras; les di (a conocer) todas las mañas que yo sabía y había indagado entre los españoles; estuve de continuo entre ellas hasta que estuvieron aptas para hacerlo solas. Finalmente quise averiguar también cómo se conducirían para tejer; elegí de entre ellas algunas mayores y les mostré de qué modo debían estirar el hilo para tejer. Todo iba bien:al principio yo no les di a tejer cintas anchas, sino de 3 o 4 dedos de anchura de un color; después otras de dos colores, para que ellas aprendieran a tejer éstas con figuras. Yo supe que una india, que por mucho tiempo había servido como prisionera entre los españoles, se encontraba en el pueblo y eso entre los familiares de Domingo; a ésa le nombré maestra y le di algunos regalos. Ella desempeñó diligentemente su cargo y dentro de un medio año hizo tan aptas a 6 de las más grandes que, en parte ya estiraban para alfombras con listas de diversos colores, en parte trabajaban ya con figuras fáciles las estiradas. Ellas fueron visitadas también a veces por las mujeres casadas, en la intención de aprender también algo.

¿Qué contaré más ampliamente de esto? Basta saber que en un año

(fue) conseguida toda una **fábrica** de mantas y que las más de las mujeres y de las niñas ya habían erigido su instalación de tejer delante de las chozas. Yo remití de una vez alrededor de 300 de las mantas más lindas a la ciudad Paraguay; algunas de llas fueron pagadas en valor de 25 pesos fuertes, las más con 12 pesos fuertes, las peores con 6 pesos fuertes. Entonces ya pude ayudar mejor al pueblo y como las mujeres se habían aplicado tan empeñosamente a urdir tales mantas, se aplicaron también sus maridos a procurarse ovejas para ellos, para que sus mujeres tuvieran (lana) para hilar y tejer. Entonces los indios ya no iban cubiertos con cueros de tigres, leones o nutrias, sino con mantas de lindos colores.

Todos en el pueblo estuvieron regocijados sobre esta institución, porque vieron qué provecho tenían de ella. Ellos se hicieron hacer también mantas, no por dinero, sino por ovejas; yo debí ser el intermediario para que no fuesen engañados por los españoles; ellos obtuvieron frecuentemente por una manta 16 o 20 y aun más ovejas; también trocaban caballos contra ovejas. Todos estaban empeñados en hilar y tejer. También fue para los paganos un gran impuslo para avecindarse en el pueblo, porque ellos vieron semejantes cosas que los indios e indias se presentaban más aseados y que ellas ya tenían algunas empresas propias.

Los niños que trabajaban en mi taller, tenían diariamente su buen almuerzo, pero a la tarde yo les repartía fruta, como higos nuevos, duraznos, melones, de todas las cuales yo tenía una abunancia. Después de esto daba a cada uno la lana de cuatro, también de seis ovejas, cuando se esquilaba; también frecuentemente otros regalos de lienzo, corales, tijeras y cuchillos. Con esto yo obtuve que ellos no vagaran tan inútilmente en los bosques y campos y el pueblo entero tuvo por ello un buen provecho.

(6. Nuevos trabajos para los jóvenes)[1]

...Yo me busqué en seguida un par de zapatos viejos y gastados, hice una horma nueva; yo no tenía suelas, pero teníamos sillones viejos que eran labrados y forrados con cueros de vaca repujados. De uno corté las suelas y

---

1 Aquí Paucke habla de su compañero de reducción, el P. Jose Brigniel, de la provincia austriaca, quien trabajó 30 años con los guaraníes y 17 con indios nuevos, habiendo sido también rector de los colegios de Corrientes y de Santa Fe, en donde pidió regresar a los mocobíes. un día le dijo de broma a Paucke que su trabajo en la reducción de San Javier era un milagro: por su "don de idiomas", enseñando a "los indios que todos lo entendieron, aunque ellos hablaban diferentes lenguas y no se entendían entre ellos mismos" y su "don de los trabajos y oficios, pues ud. es un músico, un carpintero ebanista, tornero, escultor,

del fino las plantillas; en lugar de un nuevo cordobán, usé unas botas viejas que yo había traído de Europa; descosí los zapatos viejos y según el cuero superior y los forros, corté también éstos de pedazos viejos para mis zapatos, pero con el aumento de un medio dedo. Cuando yo descosía los zapatos viejos, observé bien detenidamente todo de cómo se cose eso y aquello y observé que el zapato entero tenía en todo su derredor un margen; todo me sirvió para la fabricación de mi obra maestra. Yo no tenía nada más que una lezna para zapatos de dos pulgadas de larga; no me fue difícil hacer el hilo, pero no acertaba cómo insertar bien las cerdas, pues éstas se me cortaban tras algunos tirones hechos y prolongaron la fabricación de mi obra maestra, pero en tiempo de tres días los zapatos estuvieron listos.

Yo los llevé a mi querido anciano para divertirle y dije: 'El maestro del gremio debe inspeccionar las obras maestras, por lo cual yo también dejo a su **censura** la mía'. El querido anciano rió cordialmente y dijo: 'En mi vida he visto semejante **milagro** natural; hasta el mismo santo Crispinus se admiraría de ellos, pero aún falta y es precisa una cosa: que V.R. haga también las veces de un **mestre de campo**. Todo me parece tener subsistencia, pero los adultos mozos libres solteros que no se dejan emplear para ningún otro trabajo que correr caballos cimarrones, corretear el ganado, buscar miel en el campo y en los bosques, ésos necesitarían a alguien que fuere su **mestre de campo** y los reuniere acabadamente. Si ud. pudiera realizar aún esto, conceptuaré perfecta la habilidad suya'. 'Bien -dije yo- debo realizar también este maldito **milagro**'.

Yo convoqué a los tres caciques más principales: **Aletin, Domingo, Cithaalin**. Les expliqué cómo todo en el pueblo ya daba el mejor indicio para el bienestar general, pero, después que ellos habían sido cuidadosos en ayudarme en todo, sería aún preciso usar el más diligente empeño e incitar al trabajo a los mozalbetes del pueblo, para que no se dijera que ellos se alimentaban por el trabajo de los ancianos, sino que ellos, que estaban en las mejores fuerzas, debían ocuparse en ayudar los brazos de las edades ya mayores. De otro modo, los ancianos deberían padecer gran penuria y los jóvenes se acostumbrarían, no sólo a la vagancia, sino también a muchos defectos y vicios, por cuya causa este pueblo se desemejaría y parecería más bien una vivienda de vicios paganos que una reunión cristiana. Lo que yo

---

herrero, albañil, arquitecto, agricultor, fabricante de peines, pintor, fabricante de violines, contrabajos y órganos, un curtidor, pasamanero, sastre y semejantes, pero no tengo todavía prueba ninguna de que ud. fuera un zapatero. El motivo es que lo veo andar ya por algunos meses con zapatos sin suelas. Pero aun esto –repuse yo– seré capaz de hacer sin obra milagrosa" (p. 274-75). Esta anécdota es el inicio de otra actividad.

solicito es que vosotros notifiquéis seriamente aún hoy a todos que mañana comparezcan ante mí, que ningunmo a la mañana temprano cabalgue al campo, sino que después de celebrada la misa todos estén presentes a mi lado y también vosotros con ellos. Si no (ocurre esto), yo pensaré que vosotros os preocupáis poco de vuestro pueblo y os interesáis poco por su bienestar duplicado. Yo os doy buenos y útiles consejos; vuestro deber como jefes del pueblo es realizarlos.

Ellos prometieron usar toda diligencia a presentar todos. **Aletin**, que en tales procedimientos era muy presuroso, anduvo como un loco por el pueblo y me trajo ya en ese anochecer una multitud de los muchachos vagabundos. Yo me demostré muy amable para con ellos (pues vi que estaban asustados) y dije que a la mañana muy temprano vinieran a mi lado; no deberían guardar ninguna sospecha de alguna fastidiosa reprimenda, sino que yo solo quería hacer plena amistad con ellos; di un pedazo de tabaco a cada uno y los despaché muy contentos. Corrió el rumor entre el pueblo que el **Pater** convocaba todos los mozalbetes y los obsequiaba con tabaco. A la mañana siguiente después de la misa vi los tres caciques con una cantidad de los mozos mejores; eran alrededor de 80. Mi más querido compañero anciano vió esta revuelta; asombrado ante este suceso, salió de su cuarto cuando yo estaba parado con ellos y preguntó qué significaba esto. Yo contesté: 'No se asuste V.R., esto significa solamente que el **mestre de campo** realiza entre su pueblo una **revista** y reseña'. El me comprendió pronto, volvió hacia su cuarto y dijo:'Bien, Dios mío, esto es una obra milagrosa muy grande. Dios dé a este **mestre de campo** fuerzas suficientes; él es un prusiano (esto lo dijo porque yo soy un bajosilesiano) y hace posible lo imposible como su rey'.

Yo me dirigí a los presentes y les hablé muy amistosamente. Entre muchas otras enseñanzas que les di, les dije también esto:'Yo mismo tengo verguenza que tan buenos y fuertes mozos dejen perder sus fuerzas en la vagancia y en este pueblo no tienen otra labor para ellos que devorar gratuitamente lo que trabajan otras gentes ancianas cargadas de años. A vosotros se les puede comparar con las aves de rapiña que roban y devoran lo que otros deberían aprovechar. No seáis como niños menores a los cuales se les debe meter la comida en la boca; de aquí en adelante haced de acuerdo con el ejemplo de otros y demotrad que tenéis aptitud y habilidad para trabajar, si no todos os conceptuarán unos mozos inútiles. Nosotros tenemos que trabajar bastante para mantener nuestro pueblo, no sólo en un buen estado, sino para adelantarlo. Que diga cada cual a qué tiene disposición; él puede elegirse un trabajo que le place'.

Algunos contestaron con respeto que ellos jamás habían sido solici-

tados a algún trabajo, por lo cual habían buscado por el campo su mantención. Pero yo dije: 'Los que quieren trabajar, no se alejen antes de la salida del sol y no queden todo el día fuera del pueblo, sino que se muestren donde otros trabajan, por donde se puede conocer que ellos tienen una inclinación a ello'. Yo pegunté después a cada uno qué trabajo quería hacer. Algunos lo dijeron francamente, otros dijeron: 'yo no sé'. (A) los que dijeron yo no sé, los destiné a mi huerto y éstos eran 30;envié 5 a los carpinteros de carros, 6 a la ebanistería, 2 a los escultores, 4 a los torneros, 2 a la herrería. 6 que eran mozos despiertos los reservé para el trabajo que yo les indicaría. 10 pasaron a los fabricantes de ladrillos, Los demás los destiné a la agricultura, otros al ganado. Al día siguiente comparecieron todos en sus talleres indicados, los que en seguida de la santa misa terminada, recorrí y encontré a todos en su lugar correspondiente. Después pensé en mi querido anciano y le conduje por todos los talleres, mostré todos los anteriores remisos y le pregunté qué milagro sería este. El contestó: 'Ahí debe contestar Dios Padre, yo no lo sé'. Con estas palabras se fue a su cuarto y dijo: **Adiós, Signor Maistro de campo.**

A los 6 mozos que había reservado para un tabajo que yo les destinaría, los traté como si fueran mis familiares. En un viaje a la ciudad de Santa Fe pasé por la estancia de un portugués, domiciliado en la ciudad, don Francisco de la Mota; ahí vi a un joven inglés tejiendo una linda alfombra que él tejía con una lana sencillamente hilada en modo de terciopelo con sombreado de diversas flores y figuras. Yo contemplé exactamente y por largo tiempo las trabaduras; en esto se me ocurrió que sobre un lienzo grueso sin tejer y con la aguja, se podrían hacer también semejantes trabaduras en modo fácil. Yo regresé a mi aldea, tomé una vara de lienzo fuerte pero no tejido estrechamente, hice con tinta el bosquejo, tomé lana teñida conforme con el sombreado de los colores según yo tenía; comencé a hacer mediante una aguja hecha de madera dura las trabaduras según el dibujo; abrí las trabaduras y rebajé las hilazones surgentes y vi que esto me había resultado.

Tomé mis 6 mozos, dibujé un lienzo de 6 varas a lo ancho y 4 a lo largo como necesitaba el pie del altar de la iglesia; les enseñé la punzadura que realmente no era difícil de comprender, coloqué uno en cada esquina, los otros dos en el medio. Ellos debieron primero cubrir todo el bosquejo con trabaduras conforme al dibujo de lana negra hilada; después les di lana teñida para hacer las flores, follaje y el sombreado. Los mozos trabajaban conforme a mi voluntad y placer. La alfombra estuvo lista y los españoles que la vieron me ofrecieron 25 pesos fuertes, pero yo ya la había dedicado a la iglesia. Después de ésta, mandé hacer otra que era el doble de grande. Por ésta me ofrecieron 52 pesos fuertes, pero ella estaba también destinada

a mi iglesia. Después dibujé cojinillos y también alforjas (para) cuando se viaja a caballo. Estas y semejantes ocupaciones debían ser empezadas para que la holgazanería tan arraigada en estos indios quedara exterminada de una vez, la juventud sofrenada y en obediencia, las ocasiones de pecados y vicios disminuídas y también se ayudara a la aldea.

(7. **Importancia de la música y reflexión sobre el trabajo manual).**

Sin embargo yo jamás había sido ejercitado en tales obras manuales y trabajos, pero, como yo sentía siempre un gran impulso ya desde los primeros años de mi entrada espiritual en la Compañía, estuve también empeñado en averiguar, preguntar, ver y poner atención sobre aquello que yo creía podría ser útil saber en estos países salvajes. Y si bien yo, al igual del tuerto rey en el reino de los ciegos, **pasaba** en este reino de la ignorancia por un maestro, con lo poco que yo había comprendido en modo de chapucero, yo no había sido ni aprendiz ni oficial en ninguna parte. No había otra cosa sino que yo había agregado a una habilidad el atrevimiento y la resolución, entonces el asunto ya estuvo remediado. Yo llegué a tanto que osé construir mediante la ayuda de mis carpinteros un pequeño órgano para mi iglesia o, como se dice, un **positivo** con cinco registros. Si yo hubiera querido venderlo en una iglesia de la ciudad de Santa Fe, hubiera obtenido por él 800 pesos fuertes (como me fueron ofrecidos varias veces).

También comencé pronto a instruir a uno de mis **músicos.** En cuanto los indios oyeron tocar el órgano, se reunió corriendo el pueblo y quiso entrar a la fuerza en la iglesia, lo que quería imponer mediante el golpear en las puertas; yo no tuve tranquilidad hasta que no dejé entrar a todos; entonces hubo admiración tras admiración. Yo tenía en él cuatro pequeños registros que representaban una gritería de aves, ésta era especialmente grata a mis indios y por ello yo merecí que ellos me denominaran un hechicero.

Así ocurre en las nuevas reducciones. Si el misionero sabe algo, si él es hábil y dispuesto a semejantes cosas, ellos aprenden cuanto ven; si él no lo es, permanecen ellos unos posmas, pues ¿de cuál otro ellos podrían aprender? Los españoles mismos son poco empeñados en aprender algo de un arte, todo está en el comercio. Ellos consideran como el ejercicio más despreciable ejercer un oficio manual. No se encontrará un español **indiano** que fuere un sastre, zapatero, carpintero o semejante; todos estos oficios y otros más son únicamente ocupaciones de los **esclavos** y **mulatos.** Ningún español dará su hija en matrimonio a otro que ejerce un oficio y aun un arte, salvo que éste deje el oficio. Yo conocí en Santa Fe a dos que entendían bien

la **cirugía** y la ejercían siendo solteros, pero ellos no pudieron conseguir en matrimonio a una española, hasta tanto no habían abandonado por completo la **cirugía** y se habían hecho **comerciantes**. Ahora, ¿de quién aprenderían los indios semejantes cosas? De cierto de España vienen algunos que sacan **provecho** de oficios, pero ellos son las peores gentes y no otros que aprendices escapados, pues quien entiende bien su oficio tiene su porvenir en España y no se trasladará a la mar peligrosa» (1964:269-79).

El segundo texto elegido de Paucke es su testimonio sobre la expulsión de los jesuitas de la reducción de San Javier (5a. part., cap. 1), tema éste que resulta un buen complemento al texto de Peramás sobre la expulsión de los jesuitas del colegio de Córdoba y del resto de la provincia. Además, Paucke narra la expulsión con mayor dramatismo que en las historias, por el carácter vivencial propio de las memorias contadas por sus propios protagonistas; sin embargo, es notable la cantidad de «discernimiento ignaciano» que hay sobre el hecho y el análisis sobre ventajas e inconvenientes de resistir, aceptando la propuesta de irse con los indios a vivir su utopía en medio de la selva, propuesta para la que ya había sido ganado el joven jesuita compañero de Paucke.

II. EXPULSION DE PAUCKE DE SU REDUCCION (1767)

(1. Llega la noticia y reacción de los indios)

«El 21 de julio, sin que hubiéramos sabido algo de este triste suceso de Santa Fe, cuando comencé a comer el almuerzo con mi colega el P.Raymundo a mediodía, vino corriendo a mi cuarto un muchacho español de nombre Pontianus (el cual estaba comúnmente en mi casa para aprender la música y al cual yo había mandado temprano al capataz de nuestro ganado con cierto mensaje), lleno de miedo y susto con la espantosa noticia: que los padres de Santa Fe habían sido tomados presos el 16 de julio y en seguida habían sido conducidos a Buenos Aires. Si bien me asusté, de manera que el cuchillo se me cayera de la mano, no quise creerlo hasta que él me dijo que el sargento mayor don Francisco de Andino traía esta noticia con una carta a mí por el nuevo comandante de la ciudad y dentro de una media hora llegaría a mi lado.

Esto sucedió así: el sargento estuvo con otros 4 soldados sin armas en mi pueblo, penetró en mi cuarto él sólo, me entregó la carta y las lágrimas le corrían por las mejillas. Yo le pregunté: ¿qué novedad? El me contestó: 'La más triste, que para ud. y para nosotros no podría ser más triste y espan-

tosa'. Cuando yo hube abierto la carta y comprendido lo que había ocurrido a mis hermanos en Santa Fe, tuve un sobresalto en realidad, pero no tan violento como el suceso podría haberme causado, pues yo quedaba como en un ensueño sin que esta inesperada nueva (como fácilmente podría haber sucedido) me hubiera causado un estado súbitamente mortal. Yo leí con atención la carta, de cuyo contenido agrego también algo aquí. El comandante escribió de esta forma: que los jesuitas habían tenido que abandonar por orden superior el **Collegium** de Santa Fe y que ya estaban en camino a Buenos Aires. La orden habría atañido únicamente a los del **Collegium**; acerca de los misioneros aún no había sido determinado nada (esto era mentido); que yo no comunicara nada de esto a los indios y desempeñara sin impedimento mi cargo como antes.

Yo no dije nada a nadie, no contesté al comandante, dije únicamente al sargento que, si era la orden del rey, yo también tendría que obedecer.El sargento emprendió en seguida el viaje de retorno sin permanecer una media hora. El estuvo apenas en camino, comenzó el llanto en el pueblo que yo lo oí hasta mi cuarto; entonces una noticia triste sucedía a la otra: que los indios se preparaban con sus mujeres e hijos para la marcha camino a la tierra silvestre. Fue una situación espantosa: yo mismo tuve que recorrer el pueblo de uno a otro; acá los consolaba,acullá les arrancaba los frenos de los caballos; todos lloraban y empaquetaban lo que podían. A mi pregunta por qué lloraban, no recibí respuesta alguna; todo fue sólo llorar y empaquetar.

Mis caciques eran los más sobresaltados y yo no supe remediarme de otro modo que llamar a **Domingo, Nalagain** y **Aletín** y pedirles que intervinieran en la aldea y no dejaran partir ninguna persona a caballo. **Cinthaalin** no se hizo ver, y ¡quién hubiera creído que este hombre sentiría tan dolorosamente semejante noticia! Yo lo mandé llamar y él no pudo decir ni una sola palabra por puro llorar y lamentar; yo consolé a él y a todos los demás, que esperaran hasta que viniera una noticia segura. En esta misma noche muchos indios cabalgaron a la ciudad de Santa Fe para recoger una noticia cierta; al otro día ya estuvieron de nuevo en sus casas en horas de la noche, contaron todo lo que habían oído y que ellos habían visto completamente cerrado el **Collegium** sin notar en él ni un solo **Pater**.

Entonces se tornó revoltoso todo mi pueblo; todos quisieron partir entonces; en todo el día tuve que hacer para contenerlos. Yo convoqué todos los caciques y les dije : 'Hijos míos, en caso fuera cierto que también nosotros debemos partir del lado de vosotros, no vais a abandonarme de ningún modo antes de tiempo; esperad aquí conmigo hasta que el asunto se produzca. Si también nosotros debemos partir, os aseguro que recibiréis algún otro **Pater** que cuidará de vosotros; permaneced aún a mi lado y no hagáis

tan difícil la despedida'. Yo no puedo describir las conversaciones que fueron hechas por mis indios contra los españoles. Yo tuve asimismo el último consuelo que los contuve a todos hasta a **Cithaalin**; éste, como si estuviere loco, protestó que él partiría en seguida y abandonaría la reducción y esto hubiera ocurrido también sin mi conocimiento, si yo no lo hubiera hecho llamar.

(2. Mocobíes de San Javier y San Pedro huyen al bosque).

Yo no creí que él vendría junto a mí. Yo le pregunté por cuál motivo él quería abandonarme. El no podía casi hablar por el llanto y me pidió que yo no se lo tomara a mal; él había sido invadido por una tristeza tan honda, que él ya no podía quedarse:[2] 'ora yo acometería con mi gente contra los españoles o quisiera morir de pena, si yo viera que los españoles te alejarían de nosotros, como lo han hecho en la ciudad y han alejado a todos. ¿Qué han hecho ellos que lo han permitido? ¿No son ellos las gentes más timoratas? Yo te pido que no lo tomes a mal:yo debo ausentarme, yo no puedo quedar; yo no retornaré a la tierra silvestre, sino que solo iré a la reducción del santo **Hieronymi**; allí permaneceré hasta que todo esto haya terminado. Tal vez después que tú has partido, olvidaré de ti y vendré de nuevo para acá'. Yo le aconsejé asiduamente, pero no pude realizar nada; él partió como yo pude saber con 400 y más almas. **Domingo** y **Alentín**, si bien estaban muy tristes, se dejaron convencer sin embargo y me obedecieron.

Al día siguiente recibí desde la nueva reducción del santo **Petri** la noticia de que ya todos habían vuelto a partir a la tierra silvestre y no había quedado nadie fuera de los **Patres**. ¡Dios mío! Una desgracia tras otra hubiera podido matarme. Yo pedí a **Domingo** que me acompañara con cuatro o cinco de sus íntimos para correr tras los fugitivos. Yo cabalgué durante toda la noche; a la mañana siguiente oí de los misioneros de qué modo la gente, llena de pesar, había huído. Ellos no tenían ni un solo hombre a su lado y tuvieron que permanecer solos en esta tierra silvestre durante toda la noche. Yo leí mi santa misa y tras ella les ordené que ninguno se separara del lugar hasta que yo volviera. Yo cabalgué con mis compañeros hacia el Norte, por donde habían emprendido la partida y antes del anochecer los encontré en un bosque. Considero innecesario agregar aquí de qué modo los aconsejé; cada cual puede imaginarse con cuánto celo he hecho esto. **Domingo** tampoco quedó callado. Yo obtuve de ellos que retornaran de nuevo a la reducción; entonces los **Patres** abandonados se consolaron también. Yo

---

2 Como en otros pasajes, el autor pasa exabrupto de tercera a primera persona.

cabalgué otra vez a mi pueblo para consolar también allí a los afligidos. Celebré mi servicio divino y todo como antes durante el mes **Augusti** entero. No faltó nadie, fuera de **Cithaalin** y los otros que le habían seguido.

Yo referí todo al comandante en Santa Fe; entonces se originó un gran temor en la ciudad, porque habían temido siempre a **Cithaaalin**. Entre tanto recibí de nuevo noticia desde S. Pedro que un español había dicho que pronto vendrían a sacar a los **Patres**, por cuya noticia toda la gente se había alejado de nuevo cabalgando. Entonces no hubo más remedio, sino que debí correr otra vez por las 16 leguas y de ahí en adelante, pero (es) de admirar cómo Dios en esta aflicción me dió fuerzas. De nuevo encontré los **Patres** completamente sobresaltados; hablé algo con ellos en toda brevedad y monté otra vez al caballo (y) traje así otra vez de vuelta la gente escapada. Yo ordené a los **Patres** que, si de aquí en adelante algo se moviere, me lo hicieran saber en seguida; para tal fin y objeto, dejé a su lado dos de mis compañeros y caminé con **Domingo** y otros dos a mi pueblo, donde encontré todo bastante tranquilo y los incité a la permanencia, por eso de que los indios recién reducidos habían regresado también y se encontraban todos en su reducción.

(3. Se confirma rumor de exilio y hay nuevas huídas)

Apenas había pasado una semana, cuando los malos rumores fueron más fuertes, pues el comandante envió otra vez este mismo sargento mayor para avisarme que no había remedio ninguno: todos nosotros los misioneros deberíamos alejarnos también. Mis indios hubieran muerto a ese hombre, si yo no lo hubiera impedido con todo ahinco. El comandante me solicitó que yo enviara para un día fijo unos indios bien armados y leales para que buscaran los **diputados** desde la ciudad y acompañaran en el camino al pueblo. Yo contesté al sargento que todo se haría, pero le previne que mandara sólo a los diputados sin soldados, pues de otro modo yo no sería culpable si todos ellos fueren asesinados en el camino en los bosques,pues los indios estaban cada día más irritados contra los españoles. El sargento agradeció que yo no lo retuviera más con escribir cartas y regresó apuradamente a la ciudad.

Mientras tanto la aflicción creció aún más en nuestras reducciones y la gente de S.Pedro huyó otra vez. ¿Qué iba a hacer yo? Otra vez tuve que montar a caballo y correr tras ellos en seguida, pero, como ellos en el camino se habían apresurado mucho por el motivo que yo ya nos los pudiera alcanzar, mientras yo, como también mis indios, teníamos cuatro caballos de muda, trotaba yo junto con ellos por el segundo día y tuve la suerte de

conducir de vuelta a todos.En seguida tomé conmigo algunos de los más distinguidos de sus caciques, que ínterim debían permanecer conmigo en mi reducción; ellos siguieron también con mujeres e hijos. Entonces yo tuve más tranquilos a mis indios, pues de aquí en adelante ninguno se me alejó, porque tenían consigo sus reinantes cual las abejas, pues en cuanto éstos hubieran seguido volando de nuevo les hubieran seguido todos.

(4. Indios proponen a Paucke que huya con ellos)

Aquí debo agregar, fuera del orden de mi relato, algo que ha ocurrrido entre mis indios antes de que los diputados llegaran a la reducción. Tras la noticia recibida de que nosotros los misioneros deberíamos salir en realidad de las Indias, los indios se empeñaron en convencerme que yo me alejara junto con ellos hasta lejos para dentro de la tierra silvestre. Ellos recogieron todo el ganado que pastaba solo a algunas leguas de la reducción, pasaron éste a través del río a las islas; que yo entre tanto empaquetara todo el avío de la iglesia, lo hiciera cargar en los carros y partiera con ellos, junto con todo el ganado y avío de iglesia, a la tierra silvestre. Ellos efectuaron ya todos los preparativos como si debía hacerse en realidad. Me hicieron proposiciones que ellos creían ser justas y útiles para su bien.

Mi colega, que en edad tenía 25 años y recientemente había llegado a ser sacerdote, creyó ser muy bueno el plan de los indios, unió su voluntad a la de ellos y apenas hacía una año que él estaba en la reducción; más, él había empaquetado ya todos sus libros y otros avíos y entregado a un indio, para que echara tales cosas en el carro de carga en caso que debiéramos partir hacia el Norte. Esto se basaba únicamente en que yo consintiera. El estuvo también empeñado en inducirme a ello, pero yo encontré diversas causas para considerar bien de no permitir esto. Yo pregunté a los indios por qué motivo ellos deseaban tenerme con ellos. Me respondieron (que no era) ninguna otra cosa sino para que yo pudiera bautizar a sus hijos y asistirles a ellos en la última hora de la muerte: 'Lo que atañe a ti en cuanto alimento y vestimenta no te faltará nada; tú ya estás habituado a comer lo que nosotros comemos; no hay impedimento de proporcionarte vestimenta,ya te la daremos sin dificultad. Quédate con nosotros y anda hacia donde nosotros iremos'.

'Hijos míos -respondí-, ¿qué dirían ante esto los españoles?. Ellos perseguirían a vosotros'. Ellos desvirtuaron mi respuesta mediante la siguiente refutación: 'No tenemos en cuenta las persecuciones por los españoles, pues bien sabemos que ellos se muestran valientes, cuando nosotros

los acompañamos contra el enemigo y somos sus auxiliares; ya conocemos su conducta cuando vamos juntos contra el enemigo; sus espuelas tiemblan y resuenan, cuando ellos oyen los indios enemigos'.... Además -me dijeron mis indios- que ellos temían muy poco el fusil, pues con sus saltos, sus caídas en tierra, sus movimientos de allá para acá, podrían ser acertados pocas o raras veces. 'Muy mal para los españoles (es esto que), cuando ellos han disparado sus fusiles, acometemos pronto con nuestros dardos contra ellos y ya nos les dejamos llegar a cargar (sus fusiles). ¿Qué quieren (hacer) luego con sus lanzas, cuando nosotros nos acercamos a ellos? Nuestras lanzas son por lejos mucho más largas que las de ellos. Y aun si ocurriere que ellos nos persiguieren, sería todo en vano, pues nosotros tenemos en nuestro país rincones tan secretos que (esta frase me fue muy risible) si el diablo con sus ojos largos (así llamaban a mi **perspectivo**) por los cuales tú acostumbras mirar, viniera a buscarnos, no nos encontraría'.

'Sí -les dije- ¿qué remediaría esto después?. Yo haría mala fama a todos los demás en España y en los demás países dirían todos que nosotros los jesuitas éramos en realidad rebeldes contra el rey y queríamos conservar este país como reino nuestro para nosotros, y esto lo creería el mundo entero, si ellos oyeren que nosotros hemos partido junto con vosotros a la tierra silvestre. Y finalmente, ¿cuánto tiempo permanecería yo en este mal trance con vosotros? Yo no viviría mucho tiempo y cuando yo muriera, ¿de dónde vendría a vosotros otro sacerdote que, como observáis, debería bautizar a vuestros hijos y os asistiría en la última hora de la muerte? Vosotros no podríais pedir ninguno a los españoles, porque ellos estarían enojados contra vosotros; entonces sería cosa que vosotros deberíais vivir y morir sin sacerdote. A la vez vosotros por carecer de sacerdote volveríais a caer, como cristianos abandonados, en vuestra antigua costumbre de robar, hurtar y cometer asesinatos; volveríais a tomar vuestra antigua costumbre de beber y, aunque cristianos, viviríais otra vez como paganos. ¿No es mejor que vosotros quedéis aquí en la reducción al lado de un sacerdote? Y aunque el nuevo sacerdote hasta ahora no entienda vuestra lengua, ha de empeñasre sin embargo en aprenderla poco a poco. Con esto podéis permanecer en tranquilidad, servir a Dios y obtener vuestra salvación'.

'En realidad nos place tu plática -dijeron ellos- pero no estaremos tan seguros con este sacerdote de España; tal vez ellos quieren engañarnos y proceder con nosotros como tiempos antes con nuestros antepasados, que también se habían establecido en un lugar cerca de la ciudad de Santiago; dos sacerdotes iban diariamente a ellos desde la ciudad, pero ellos fueron de pronto asaltados por los españoles, cercados, cautivados y repartidos como esclavos entre los españoles. ¿Esto no podría ocurrir ahora también? Nosotros hemos tomado confianza en vosotros, porque hemos hallado en

vosotros nuestros Padres; tampoco hemos estado preocupados de que hubiéramos sido engañados por vosotros, porque jamás hemos recibido de vosotros una traición; vosotros al contrario nos habéis protegido contra nuestro enemigo. Si tú aseguras, pues, que este nuevo sacerdote (que sabemos es tu buen amigo) nos atenderá tan bien, tan paternal y sinceramente, nos contentaremos entre tanto por un año, después del cual esperamos estarás de nuevo a nuestro lado. Si tú no vuelves, no sabemos si nosotros tenemos que esperarte por más tiempo'.

(5. **Reflexiones de Paucke sobre su negativa**)

Yo estuve cordialmente contento que yo retenía aún estos indios, pues todo lo malo que hubiera ocurrido o hubiera sido cometido por los indios, todo esto lo hubieran atribuído los malévolos españoles a nosotros los misioneros; también hubiéramos tenido el honor de visitar en la torre del santo **Sebastián in Portu S.Mariae** la oscura cárcel, como ha ocurrido a otros en manera inocente. Pues los españoles habían encerrado a muchos únicamente para que la gente creyere que los jesuitas no eran tan inocentes y, por lo tanto, debían haber cometido grandes crímenes. Dios me ha protegido especialmente y me ha iluminado con buenos propósitos, cuando yo me encontraba en las condiciones más peligrosas que se me hubieran escapado antes de mi partida todos los indios, lo que en total se me hubiera inculpado. ¡Y cómo hubiera podido hacer de aconsejarles la huída y ayudarles en ella sin haber sido considerado uno de los peores malvados! Pues yo no solo hubiera destruído mis buenas ovejitas, sino que hubiera sido culpable de mucha efusión de sangre que habría causado por los asesinatos.

Con semejantes causas emotivas yo refuté también los apresurados e irreflexivos propósitos de mi colega, que había aceptado con satisfacción lo que era justo. Si yo, mediante la ayuda divina y de su iluminación, no hubiera tan felizmente aquietado a mis indios, toda la jurisdicción de Sana Fe hubiera sido destruída y devastada por ellos en poco tiempo. Pues ¡cuántas veces me preguntaron mis indios si ellos debían osar un asalto general contra la ciudad!. Si yo solo hubiera demostrado que yo no era contrario a ello, hubieran arrasado todo; hubiera sido sumamente fácil ejecutarlo, especialmente si les hubiera dado planes para ello. Pero, ¡gracias a Dios!, que entre nosotros los misioneros a ninguno ocurrió permitir semejantes crueldades. Al contrario muchos misioneros de las reducciones recientemente establecidas, a las cuales no se animaban a entrar los españoles, se han entregado ellos mismos a los españoles en las ciudades españolas, como ser en la ciudad de Asunción y en Tucumán, han entrado con ellos en las reducciones, han entregado todo y han regresado de nuevo con ellos.

(6. Llegan los encargados de expulsión y el nuevo sacerdote)

Al fin yo envié los indios pedidos para acompañamiento de los **diputados** con su séquito y ellos llegaron felizmente al pueblo junto con el sacerdote seglar, que en Córdoba había sido promovido para doctor en la Universidad, un hombre muy honesto, docto y excelente del cual he sido siempre un buen amigo. El vivía sin **beneficio** en Santa Fe, porque como él no lo necesitaba, tampoco quiso percibir uno. El era hijo de un difunto comandante de Santa Fe, tenía sus buenos medios, también una propiedad rural donde él contaba 3 mil cabezas de ganado vacuno y 200 caballos; por lo cual él podía vivir muy bien sin beneficio. Fue para hacerme un favor que él se resolvió a relevarme, para que los indios me dejaran partir con otros misioneros; pero tuve que prometer a ellos que, para el caso de que yo regresara, volvería al lado de ellos.

Yo los consolé también con la esperanza de mi vuelta, porque yo mismo junto con otros misioneros no me imaginaba otra cosa, sino que el rey en España revocaría su decreto y nos enviaría de vuelta,bien sea desde Buenos Aires o, si sin embargo habríamos partido de España, desde allá dentro de un año. Nos era imposible creer que el rey así no más no tendría en cuenta cordialmente la espantosa pérdida de muchos miles y miles de almas, el gran peligro que se ocasionaría en Chile, en Perú, como también en la misma Paracuaria, para ejercer el comercio, las grandes rentas que por ello se perderían para el rey. Pero Dios, cuyas disposiciones son inexcrutables, ha permitido sin embargo que tuvimos que salir sin esperanza alguna de un retorno.

Pero que el sacerdote mencionado se había decidido a hacerse cargo de la reducción en mi lugar, fue puramente por el motivo de que mis indios no quisieron admitir que se les nombrara un sacerdote de una orden y amenazaron con abandonar más bien las reducciones y ambular por la tierra silvestre que permitir esto; ellos indicaron como motivo que, como éstos (sacerdotes) para su sustento debían mendigar todo de los españoles, no era necesario que ellos podrían alimentar las reducciones; además ellos, especialmente los indios de mi reducción del santo **Xaverii**, temían que mantendrían sus conventos justamente mediante el ganado de la reducción.Ellos sabían también muy bien que los PP. Franciscanos (los que también tenían algunas reducciones que eran de indios entremezclados o prisioneros de guerra) permitían que pudieran permanecer en sus reducciones mulatos y españoles y vivir entre los indios, por lo cual semejante mezcla podía causarles daño y ponerlos en aquella miseria en la cual deben vivir sus reducciones. No podían hallarse tantos sacerdotes que estas misiones pudieran sostener, pero fueron enviados otros (religiosos) en parte **dominicanos**, en

parte **franciscanos**, en parte también **de la merced** o de la salvación de los prisioneros, los que ellos aceptaron bajo la condición de que debían permanecer entre ellos sólo por corto tiempo hasta que otros fueran destinados en su lugar[3].

Ya era tienmpo de que yo mandara a Santa Fe la pedida escolta de mis indios a buscar a los **diputados** que debían revisar, inventariar y recibir todo en la reducción. Fue en el mes de agosto, pero yo no sé qué día. Yo envié a **Domingo** junto con su hermano **Nalangain** y otros 25 indios bien armados a buscar, los que aparecieron también todos en mi reducción tras algunos días. El primer diputado don Pedro de Miura.., junto con el recién llegado sacerdote don Miguel de Ziburru y otros eapañoles que habían venido como testigos tuvieron, cuando vieron reunirse todo el mundo en el pueblo, ya tanto miedo, que yo mismo noté que ellos temían mucho que sucediera algo extraño y desagradable. Pero yo les consolé y les aseguré que, mientras ellos estuvieran junto a mí y yo al lado de ellos, no ocurriría mal a nadie. Ellos tenían también consigo a algunos sirvientes que, cual aves de rapiña, estaban (ávidos) de todo, especialmente de cosmestibles y frutas. Ellos visitaron en seguida mi despensa, donde yo tenía cierta cantidad de chorizos ahumados y jamones, que yo mismo había preparado en la reducción; en el jardín habían saqueado las maduras **Pomeranzen** (naranjas) dulces en tal forma que solo quedaron las verdes.

Los indios vinieron hacia mí y lo denunciaron muy sentidamente. Yo me dirigí en seguida al primer diputado y le comuniqué todo: 'Señor -le dije- si ud. no quiere padecer hambre aquí, ordene entonces a sus sirvientes que se conduzcan decente y modestamente y que no saqueen y roben en lugar de inventariar; lo poco que tengo en comida y frutas está reservado por mí puramente para que yo pueda atender aquí a uds. Ellos quitan todo; entonces que vean cómo pueden alimentarse aquí!. Yo no puedo darles otra cosa que carne de vaca y de carnero; los sirvientes arrancaban para sí toda la verdura que tengo en el huerto; yo no sé de qué otra cosa podremos vivir. Los mismos indios están ya tan disgustados por ello, que yo me temo que ellos usarán de la fuerza contra ellos y podría ocurrir un asesinato, pues consideran esto una señal de que éstos han venido únicamente para saquear su reducción y que, cuando habrán saqueado a su sacerdote, ocurrirá tam-

---

3 Aquí Paucke narra la oposición de los indios abipones de la reducción de Concepción a un buen franciscano, que fue a sustituir al jesuita expulsado. La oposición de los indios nacía de que iba descalzo ("él anda también descalzo como nosotros, él debe ser un disfrazado de religioso") y de que permitía con naturalidad que las mujeres entraran en su casa, lo cual nunca habían permitido los jesuitas (pp. 80-81).

bién semejante atropello contra ellos. Contenga ud. esta perturbación y no me achaque a mí, si aconteciera una gran desgracia'.

El diputado junto con el señor eclesiástico se asustaron sobremanera por ello y pidieron que yo ordenara a los indios que ni bien vieren a alguno de sus sirvientes cometiendo un exceso, lo prendieren acto continuo y lo castigaran a su beneplácito en medio de la plaza. Yo no lo hice; en cambio pedí que hicieran convocar todos sus sirvientes junto con mis caciques y éstos, en presencia de los sirvientes, lo comunicaran a los indios, lo que se hizo también y se restableció la tranquilidad.

(7. Se hace inventario. Reacción final de los indios)

El primer diputado era un señor muy pío (y) devoto y un gran amigo de los jesuitas, al cual el comandante por eso mismo había destinado para este cargo, para que acaso por el nombramiento de algún otro que no fuere bien favorable a los indios, (no) sucediere una desgracia mayor. Fue todo inventariado[4]...

Mientras tanto yo tuve un consuelo cordial por mis indios. Cuando ellos vieron que era realidad y que yo debía partir de su lado, mientras ellos debían quedar junto con un sacerdote cuya lengua no entendían, les ocurrió a ellos mismos antes de que yo partí de su lado, y me pidieron que les demostrara por última vez este cariño y permitiera que ellos pudieran reconciliarse primero con Dios. 'Pues -me dijeron- nosotros quedamos ahora abandonados por ti, el nuevo sacerdote no entiende nuestra lengua ni nosotros la de él; cuán difícil les será a los que acaso en este tiempo fallecieran y murieren sin confesión; así nos queremos reconciliar aún con Dios, mientras te tenemos todavía entre nosotros y en la futuro cuidarnos en no ofender de nuevo a Dios; queremos confesar'.

---

4 Aquí Paucke recoge todos los incidentes y detalles del inventario. El misionero sólo tenía 13 reales de plata, pues como declaró: "durante los 18 años que estoy aquí, no he visto dinero alguno; tampoco lo necesitamos, porque compramos todo para nuestra necesidad mediante rescate" o trueques (p. 82). Los diputados se apoderaron de casi todas las pertenencias de Paucke: sus libros, tres fusiles, sus instrumentos musicales (violín, flauta traversa, mandora, viola d'amour, etc), sus instrumentos matemáticos, y sólo le dejaron "el crucifico, un antiguo breviario y dos pequeños libritos eclesiásticos" (p.83). Se hizo el inventario de todos los objetos de la casa y de la iglesia y de todo el ganado por 30 o 40 leguas: 24 mil cabezas de ganado astudo (de los que 8.300 eran terneros), 1.200 yeguas, 400 mulares nuevos, 1.500 caballos , 1.700 ovejas y 500 bueyes de tiro" (p.84).

Ocurrió también que durante el tiempo que se realizó la entrega de esta reducción, yo estaba en la iglesia por lo general y atendía el escuchar confesiones. Mientras tanto los españoles revisaban e inventariaban con diligencia todo en mi casa; cuando era necesario responder por una u otra cosa, se me llamaba en la iglesia. Creo que todos, grandes y chicos, han hecho su confesión antes de mi partida. Aún temprano en el último día yo bauticé 9 indios adultos, que ya durante unos años estuvieron en la doctrina de mi reducción; yo no los había bautizado antes, porque ellos no habían solicitado aún con suficiente celo e insistencia el santo bautismo; ahora, cuando se llegó a la partida, comenzaron a pedir con tanto mayor celo el santo bautismo. También uní matrimonialmente **in facie Ecclesiae** tres parejas en esa mañana.

A la tarde partimos a inventariar del mismo modo cuanto había en la nueva reducción de **S.Petri** y condujimos con nosotros al otro sacerdote don Francisco de Reyes, también sacerdote secular[5]..... La partida estaba fijada para la mañana temprano, pero no se realizó porque las yuntas de los bueyes no se pudieron encontrar. La causa ha sido ésta: que mis indios los habían arreado a través del río para que no pudiéramos partir, pero después de que yo (cuando me confesaron sinceramente esta empresa) les había solicitado empeñosamente que me dejaran partir para su bien, aparecieron en seguida los bueyes frescos para proseguimiento del viaje. Yo pensé no tomar conmigo ningún indio ni hasta Santa Fe, para que en el camino no me causaran mayor pesar; quise especialmente que **Domingo** permaneciera en la reducción, para asistir al nuevo misionero, lo atendiese y lo protegiese contra la revuelta. Pero fue inútil: **Domingo** junto con 25 indios en completa **alarma** montó a caballo y me acompañó» (1944:71-87).

3.4 JOSE SANCHEZ LABRADOR (1717-1798)

Este misionero, explorador y naturalista castellano manchego nace en La Guardia (Toledo) y muere en Ravena (Italia). Ingresa en la Compañía en 1731 y, tres años después, llega a Buenos Aires para completar sus estudios jesuíticos en Córdoba. Aunque no es totalmente conocido su itinerario pastoral, se sabe que entre 1744-46 enseña filosofía en Córdoba, desde 1747 trabaja, parece que alternando con períodos de docencia, en distintos

---

5 Paucke sigue contando aquí el inventario en las reducciones de San Pedro y de San Jerónimo, distante de la anterior unas 50 leguas. Terminada la operación, los misioneros se concentraron en San Javier, para marchar juntos a Santa Fe y de allí al lugar de embarque con los demás jesuitas hacia el exilio europeo.

pueblos guaraníes y en 1759 enseña teología en Asunción. Desde muy pronto muestra, como Bernabé Cobo, gran talento y afición por estudiar el mundo natural americano; pero no parece haber concido la obra de Cobo, con quien se asemeja también en la pérdida parcial y en la tardía publicación de sus obras.

En 1760 marcha a la nueva misión de los mbayás (guaycurúes o eyigauyeguis), también de origen guaraní, que apenas habían tenido contacto con los españoles y de los que Sánchez Labrador será primer misionero, etnógrafo, lingüista y fundador de la reducción de Belén. Desde ésta organiza un viaje para explorar un nuevo camino entre las misiones de los guaraníes y de los chiquitos. Tal camino era un viejo sueño de muchos jesuitas del Paraguay para unir ambas misiones y reducir a 200 leguas el camino entre Asunción y Santa Cruz de la Sierra en el Alto Perú, que era de mil leguas a través de Santa Fe, Córdoba y Tucumán. El viaje se inició el 10 de diciembre de 1766 y concluyó el 13 de enero de 1967 en la reducción chiquitana del Sagrado Corazón. El retorno se hizo entre el 14 de junio y 7 de julio de 1967. Solo diez días después salió el decreto de expulsión, que trajo como fruto inmediato que el nuevo camino se perdiera para siempre.

En el exilio italiano a Sánchez Labrador le toca Ravena, donde pasará todavía 30 años de su vida, redactando por primera vez innumerables manuscritos sobre el Paraguay o volviendo a escribir lo escrito en las misiones y que no le habían permitido sacar los funcionarios coloniales de Buenos Aires. En su sepulcro bien se pudo grabar lo que de él dijo Dobrizhoffer en su **Historia de los abipones**: «fue insigne por su prudencia, diligencia y paciencia y fue un minucioso investigador de las ciencias naturales».

En realidad, Sánchez Labrador más que una crónica escribió una enciclopedia o una verdadera biblioteca de 20 volúmenes sobre el **Paraguay natural, cultivado y católico**. Furlong hace un balance de la misma en sendas introducciones de los dos escritos del cronista que ha publicado: **Paraguay Cathólico: Indios pampas-puelches-patagones** (1936) y **J.Sánchez-Labrador y su yerba mate** (1960). Según Furlong, el manuscrito era de 20 volúmenes y más de 5 mil páginas en 4o., dividido en tres partes: Paraguay natural con 6 volúmenes sobre tierras, aguas y aire, botánica, animales, aves, peces y anfibios, reptiles e insectos. Paraguay cultivado con cuatro volúmenes sobre agricultura, arboricultura, huertas y jardinería. Y Parguay Católico con diez volúmenes, de los que siete eran la historia de distintas etnias y de sus misiones (mbayás, serranos, chiquitos, guaraníes, lules, etc.) y tres recogían una gramática, un vocabulario y un catecismo mbayá (1936:XXXII).

Desafortunadamente es relativamente poco lo publicado de la obra total de Sánchez Labrador y, lo que es peor, se han publicado partes aisladas fuera del cuadro de conjunto. Del **Paraguay natural**, cuyo manuscrito original está en el Archivo de la Compañía de Jesús de Roma, Furlong publicó lo relativo a la yerba mate, A. Ruiz Moreno publicó **La medicina en el «Paraguay natural» (1771-1776) del P.José Sánchez Labrador S.J.** (Tucumán 1948) y Mariano Castex **Peces y aves del Paraguay natural ilustrado** (Buenos Aires 1968). El manuscrito del **Paraguay cultivado** está actualmente perdido. Y del **Paraguay Cathólico** se ha publicado el primer volumen, una parte por Furlong (1936) y el resto por Samuel A.Lafone Quevedo con ocasión del Congreso de Americanistas de Buenos Aires (1910).

Por lo hasta ahora publicado no hay información suficiente sobre cómo Sánchez Labrador escribió su obra. Sabemos que tenía una capacidad de observación aguda y una memoria prodigiosa y que completó sus detalladas decripciones con numerosos dibujos. Partía de ciertas anotaciones, pues en el capítulo VI del tratado de los peces, al describir el **machoran**, dice: «Hallándome en Montevideo sacaron unos pescadores en la redada un pez al cual llamaron **gato marino** y le arrojaron nuevamente al agua o dejaron morir sobre la playa. Me inclino a que era como el **machoran**; ni puedo dar más razón de él por faltarme los apuntamientos» (1968:119). Castex, de cuya edición tomo la cita, presume que tal falta se debía a la requisa durante la expulsión en Buenos Aires (1968:12). El mismo Castex hace este juicio general de lo positivo y negativo de Sánchez Labrador como naturalista:

> «Presenta la ventaja de haber sido un **observador directo**, como lo prueban muchas partes de sus escritos y su vida misma. A esta ventaja se agrega las cualidades de ser un **detallista minucioso y profundo**, hecho que se desprende de todo el análisis del **Paraguay natural**. Su autor no se conforma con describir la rana o el yacaré o una planta cualquiera en su conformación exterior; busca lo interior, y **analiza y compara**. En los estudios que realiza su preocupación es **lo objetivo**. En esto es precursor del empirismo científico que estallará en todo su esplendor en el siglo XIX... A estas virtudes pueden agregarse su **practicidad** -no olvidemos sus instrucciones sobre usos prácticos, médicos y culinarios de los recursos naturales del país, los que saturan sus escritos-, el hecho de ser un **historiador ameno** y a la vez un **estilista tan fértil** como **discreto**... Era ante todo un humanista y, por tanto, versado en todas las ciencias florecientes de la época...Se refiere a la física, la matemática, la medicina, las ciencias naturales, la anatomía, la biología, la filosofía, la geografía, la cartografía, la etnografía o la lingüística. Sus autores preferidos son

Bomare, Geoffroy, Lémery, James, Pison y Margravio... Si a todo agregamos que...(escribió) en Ravena prácticamente de **memoria**, no podemos menos que inclinarnos reverentemente ante tamaña hazaña.

Pero aquí está el origen de algunos de los defectos del autor...(que escribe en) el destierro, sin apuntes y a ocho años o más de su alejamiento del Paraguay. No es de extrañar, pues, que muchas de sus descripciones no sean claras y que en sus análisis confunda dos especies o más en una ... A estos defectos se agrega...el uso de una clasificación o sistemática muy personal, que se aparta de la ya en uso entre los autores europeos contemporáneos suyos. Pese a todo, el saldo es positivo. Sin lugar a dudas, Sánchez Labrador es el padre de las «ciencias naturales» sudamericanas» (1968:29-30).

Para la antología he elegido un solo texto, que reúne las diversas dimensiones de Sánchez L. (explorador, naturalista, etnógrafo, historiador, misionero, etc.). Se trata del **Diario** de su primer viaje de exploración entre la reducción guaraní de Belén (10-12-1766) y la chiquitana del Sagrado Corazón (13-1-1767). Recojo la narración del viaje y sus incidencias, sin omitir el miedo de los Guaycurúes de la comitiva a medida que llegaban al territorio de sus eternos enemigos los Chiquitos, pero omito por brevedad no pocas descripciones de plantas y animales y aun algunos informes etnográficos e históricos.[1]

EXPLORACION DE RUTA ENTRE GUARANIES Y CHIQUITOS (1766)

(1. De Belén hacia el toldo del cacique Epaquimi)

«Dispuestas las cosas para el viaje, salimos de la reducción de Belén el día **10 de diciembre de 1766**; fueron mis compañeros tres indios cristianos

---

1 Para captar mejor las circunstancias del viaje hay que tener presente las **advertencias** que el cronista pone antes del diario (1910:5-12), que pueden resumirse así. El pueblo mbayá mantuvo cierta hostilidad frente a las etnias vecinas y, durante 130 años, frente a los españoles, pero al fin firmó la paz con éstos y pidió misioneros jesuitas, fundándose la reducción de Belén en 1760. Pero, años después, algunos guycurúes establecieron contacto con la reducción chiquitana del Sagrado Corazón y acabaron solicitando a uno de los misioneros, el P. Antonio Guays, mallorquín, fundar una nueva reducción. Accedió éste, pero ellos lo mataron a traición y, restaurando la vieja hostilidad de ambas etnias, en 1763 marcharon en gran número contra la reducción de los chiquitos. Pero éstos resistieron y aun lograron apresar a los invasores. Enterados del desastre los guaycurúes de Belén, temían mucho la venganza de los chiquitos, esperando

guaraníes y dos de los mbayás; caminose este día 4 leguas al norte; el terreno alto y bueno por dos hermosas cañadas; como a una legua de Belén se atraviesa un bosque por un camino hecho a mano, cuya longitud tendrá media legua. Hízose alto cerca de un pequeño arroyo de buena agua, llamdo **Liquedemadigo**, agua de los sapos. Viénele apropiado el nombre por la molesta vocinglería que de noche levantan dichos animalitos. El paso de este arroyo en tiempo de aguas es bastante pantanoso y molesto.Cerca de este sitio había unas sementeras de los indios de la reducción metidos en el bosque; apártanlas del poblado por los caballos y holgazanes.

Estuvieron molestísimos los mosquitos, plaga que comenzó hoy y no paró en todo el camino. Hay tres especies de estos insectos, a cual más impertinente. A los de zancas llaman los mbayás **Conodo**, se hacen casi insufribles al amanecer y al ponerse el sol, hasta la medianoche o toda ella, si el cielo está entoldado de nubes o amenaza lluvia. A los pequeños dicen **Canipenigo**. Estos clavan su aguijón cuando el sol está más ardiente. Hay otros casi imperceptibles y vuelan tantos juntos que parecen polvitos o átomos volantes; acometen a todas horas y se introducen por los cabellos, orejas y cejas, abrasando con su picada. Para defenderse de unos enemigos que no dan treguas, suelen hacer humo y ponerse a descansar al lado contrario del viento, pero yo experimenté que no ceden los mosquitos; más eficaz era el humo de una pasta que forman las hormigas en los troncos y horquetas de algunos árboles. En éstas hacen las hormigas los vivares, casas en que defenderse de las aguas; el olor que despide el humo de estos hormigueros, es gravoso y fétido, pero la molestia de sufrirlo casi es tan pesada como la de ojear los mosquitos a expensas del sueño.

Día 11. Fue la jornada de la mañana como de 3 leguas al mismo rumbo. Las tierras dobladas y limpias, a excepción de unas dos cañadas que tenían agua y barro; hízose mediodía a la orilla del norte de un buem río llamado **Aguidaguaniguy**, Paraguay pequeño. En el camino se ofrece un arroyuelo llamado **Cachoque menagadi**, aullido del zorro. En este camino hay palmas mamogolipi que comen los Eyiguayeguis. El arroyo de los zorros tiene poca agua, pero buena y fresca. Córtase con los soles y se mantiene en pozos sombríos.

El río Aguidaguaniguy nace en la serranía de Iguatemi al oriente y

---

que su misionero fuera a arreglar la paz. En esto un indio guaná entregó a un cacique mbayá una carta del P. José Chueca de la reducción del Sagrado Corazón, en la que decía que los chiquitos daban por terminada la hostilidad y que sus exprisioneros vivían en paz entre ellos, pudiendo ir Sánchez Labrador a comprobarlo. Tal fué la causa inmediata del viaje.

corriendo algunas leguas entre Sudoeste y Sud, desemboca en el río Paraguay. Tiene el suelo de arena menuda, aunque a su entrada hay algunos guijarros, su agua es muy buena y muy clara; abunda en él la pesca, que le entra del río Grande. Tiene dorados, pacúes, surubíes y otras especies de peces conocidos; abunda de rayas medianas, a lo que ayuda el fondo de la arena; matáronse cuatro de éstas, una grande y tres chicas y cada cual tenía la punta venenosa en la cola, cuya picada, aunque no quita la vida, causa intolerable calor con calentura. Los indios tienen por remedio eficaz y preservativo hacer un hoyo en la tierra y enterrar en él la pierna, y usan también foguear la parte o poner sobre ella tabaco mascado.

La **palma Namogolig** o la harinosa, es alta y bien poblada de hojas; toda ella está armada de agudas espinas de casi dos pulgadas de largo y del grosor de gruesos alfileres; rara vez la cortan sin que les cueste sangre; el cogollo crudo es muy sabroso y fresco; cómenle también cocido; el corazón es fibroso y lleno de una substancia harinosa dulce y fresca. Cuando quieren comerla reciente, acanalan la palma y con un palo a modo de barreta la quebrantan y machucan; así dispuesta, la chupan y da un jugo suave refrigerante; otras veces la cuecen y así queda de buen gusto muy harinoso. Otras las secan al sol o al fuego y después la muelen y ciernen, sacando harina de la que hacen tortas y bollos. Los dátiles son unos como redondos, mayores que nueces; cuando están maduros, comen la carne contenida debajo de la cortecita exterior, la cual carne es amarilla y melosa; parten después el coco y el meollo tiene sabor de almendra, bien que es algo fibroso; de la corteza del hueso hacen unos anillos a costa de tiempo y paciencia, tan iguales y lustrosos que, eslabonando los unos con los otros o con animalillos de concha, les sirven de pendientes vistosos.

(2. Restos de dos viejas reducciones de los Itatines)

A la orilla del Sud del río Aguidaguaniguy, como a tres leguas del paso del oriente, estuvieron los pueblos de los indios Guaraníes, llamados Nuestra Señora de la Fe y San Benito. Estas fueron misiones de los Itatines, convertidos a la fe de Cristo por misioneros jesuitas; permanecieron poco tiempo en sus primitivos sitios, parte por la persecución de los mamelucos del Brasil y parte por las hostilidades de los Guaycurúes. Pasáronse a este río, donde se mantuvieron por espacio de siete años, hasta que obligados de las mismas causas que les hizo dejar el Mbotetey al primero y el Caaguazú al segundo, transmigraron al Paraná y Yebicuary, en donde hoy florecen.

El primero conservó el título de Nuestra Señora de la Fe y el segundo mudó el que tenía antes en Santiago. Vense hoy vestigios de lo que fueron.

En los dos parajes hay muchos naranjos y árboles frutales del país. En uno de los sitios se ven levantados cinco hileras de postes que sirivieron de casas. Cavando dos naranjitos para sacarles con su raíz, hallé dos ollas vidriadas que conservaban sin deslustrarse el vidrio y un cuchillo enmohecido de hechura antigua, también unas flores de talco que servirían en la iglesia.

Oriundos de estos Itatines son los indios de estos pueblos de San Joaquín y San Estanislao de Tamusa, sacados de los bosques por los misioneros jesuitas del año 1746 y 1749 hasta el presente del 67. En la transmigración que desde el sitio de Aguidaguaniguy hicieron los Itatines al Tebicuarí en que se hallan, quedaron muchos dispersos por los bosques, pegados a sus tierras pobres, a las cuales amaban más que otras conveniencias, porque a modo de los Sibaritas que a manera de establo apetecían su patria en que vivían más como animales que como hombres, adhesión transcendental a todo el mundo, porque dijo Plutarco: **Et hoc idem accidit nobis cum extra patriam constituti mares, aerem, coelum durius, consideramus quasi aliquid ii desit eorum quibus in patria fruebamur**[2].

Habiendo descansado unas horas se continuó la marcha hasta una bella laguna **Numigenagadi**. El pescadero distará como unas dos leguas de Aguidaguaniguy; la tierra en tiempo de aguas se inunda y pone pantanosa. Es un palmar de una especie de palmas dichas **Cabuigo**. Las hojas de éstas parecen un abanico abierto; da por fruto, unos dátiles pequeños y redondos como avellanas; comen los Guaycurúes una pulpita melosa contenida entre el hueso y la corteza; para esto los cuecen y dan punto al agua, con lo que se espesa y queda algo parecida a la miel; son muy altas y tan duras que del tronco excavado se hacen tejas de mucha duración.

Al salir del palmar, se entra en un bosquecillo que tendrá poco más de un cuarto de legua; remata en río llamado **Petanoyagadi**, punta quebrada. Su caudal es bastante y si no hay lluvias puede vadearse; el agua es buena y desemboca, como dos leguas más abajo de este paso, en el Aguidaguaniguy. En dicho bosquecito hay unos árboles, cuya fruta apetecen grandemente los indios, llamándolos **Aolaiche**; el árbol es muy parecido a los naranjos y la fruta a las naranjas en lo exterior; en lo interior encierra unas pepitas gruesas y blandas, a las cuales está pegada una carne que amarillea, de sabor dulce, tanto que casi empalaga. Alaban mucho esta fruta sus aficionados, mas yo pagué la golosina de cuatro o cinco que comí,

---

2 Y lo mismo nos sucede a nosotros, cuando viviendo fuera de la patria, consideramos los mares, el aire y el cielo como más duros, como si faltara algo de lo que gozábamos en la patria.

con unas calenturas y aprieto de garganta que me duraron por tres días; el remedio fue beber agua en abundancia, con la cual se precipita deshecha la carne melosa, y rompe en evacuaciones la naturaleza.

Día 12. Caminamos al norte, siempre con alguna inclinación al estenoreste; se caminó cosa de 3 leguas hasta otra laguna pequeña, en cuya orilla paramos. Es de agua permanente, aun en la mayor sequía de la tierra. Esta toda es doblada y compuesta de lomas muy dilatadas, limpias de árboles y pobladas de pasto muy sustancioso a los animales por abundar los salitres. Esta es una de las estancias que tienen los Guaycurúes para engorde de sus caballos. Mosquitos sin número toda la noche.

Día 13. Siguiendo tierra doblada se caminó cosa de 4 leguas; paróse a orillas de un río llamado **Etagadiyadi,** el cañaveral. Al oriente se deja a una vista la serranía que llega hasta el **Curuguatí,** villa de la Gobernación del Paraguay, y corre al norte por muchas legunas dirigiéndose después del poniente hasta las cordilleras del Perú. Al poniente hay también serranía que sirve de atajo o muro al río Paraguay, cuya dirección lleva por espacio de algunas leguas. Cerca del río Cañaveral hay muchas plantas llamadas **Noticoragadi,** tintóreas.Las raíces dan un color encarnado vistoso, según toda la configuración de la planta es la rubia de España.

Al río Cañaveral llamaron los Guaraníes antiguos, **Yaguarí.** Tiene su origen cerca del paso de los Cerros de Oriente; el agua es gruesa y desabrida, por la mucha hojarasca que se destiñe en los pozos de piedra que tiene su cauce y por las raíces de caña brava que pueblan sus orillas; hay algunos peces pequeños y muy espinosos, desemboca en el río Paraguay, atravesando los cerros del poniente. En los pozos de viva piedra de este río se produce un animal muy bravo. El tamaño de su cuerpo es como el de un perro ordinario: tiene aletas en manos y pies, uñas fuertes y agudas, los colmillos sobresalientes y aguzados, la piel lanuda y de color leonado. Sale a la tierra a su arbitrio y, si se ve acosado, acomete como un tigre; a veces destripa a algunos caballos que incautos se introducen en los pozos y los tira a fondo, en donde le sirven de pasto. Acaso es al que los guaraníes dieron el nombre de **Yaguarón.**

Por la tarde se empezó a caminar, pero a cosa de una legua paró la comitiva; habíase adelantado un indio e incendiado el campo; el viento era favorable e iba limpiando los pajonales, mas cambiándose el norte, arrojó con tanta velocidad contra nosotros que nos vimos en inminente riesgo de ser abrasados. Al viento se siguió una tormenta de agua, truenos y relámpagos, que nos obligó a guarecernos a toda prisa; duró la mayor parte de la noche, que se pasó con extraordinaria incomodidad. Cerca del sitio en que pasamos hay una laguna y manantial grande, que es el origen de un arroyo,

el Cañaveral pequeño, y desagua en el **Aagadiyadi**. Estaban las orillas del lago pobladas de diversas aves de agua, patos, ánades y cisnes; hay mucha piedra de cal.

Días 14 y 15. Cerca del mediodía salimos y a cosa de 3 leguas más al norte paramos junto a una laguna llamada **Egualengena**; la tierra es toda poblada; se atravesaron algunos cerros de mediana altura y llanos de piedra menuda. Están poblados de árboles que no impide viajar por lo ralo. El más apetecible fruto que se halla en los árboles de estas lomas es el de un árbol llamado **Guamigo**: a su fruta dicen guama. El árbol es alto....[3] Este día y el siguiente llovió mucho, a esta causa caminamos en las treguas que daba la lluvia; se entraron algunos indios en el bosque y yo con ellos; hallaron algunos árboles frutales llamados **Guapomigo** y su fruto guapomo; son árboles de los más corpulentos de la selva... Cazóse también un pájaro, llamado **Gotinigiguagua**; es del tamaño de un gallo, la pluma negra, entreverada en las alas con otras plumas blancas, tiene un copete de pluma negra, lustrosa, que abre y cierra cuando quiere; la carne es muy regalada y pasará por una especie de faisán en Europa; amánsase mucho y los hay en los toldos en que se han aquerenciado.

Día 16. Amaneció algo lluvioso el tiempo, sin embargo dirigiendo la marcha al norte se anduvieron como 4 leguas. Las tierras al principio todas dobladas, pero después todas estaban inundadas. Cazáronse dos armadillos y dos lagartos feos, llamados **Nigaliyadi**; aquellos parecen en el gusto de su carne a los lechoncitos; éstos tienen la carne blanda y no de sabor ingrato. Pasaronse dos ríos, el primero llamado **Nalagate**, de la subida, y el otro **Aoba**. El primero es de poco caudal y corre al oriente.El segundo es grande y casi siempre se nada.

Cerca de este río que desemboca en el Paraguay hay unos árboles llamados **Nacaligdigo**. Son árboles bien compuestos y de una madera algo frágil; las flores son blancas de cinco hojas y con un cáliz como los nardos muy olorosos, el fruto es muy semejante a las manzanas y de suave gusto. No nace en el lugar de la flor, sino en las horquetillas de las ramas, así como las flores en las puntas. El jugo de estos árboles al principio fluye como la leche, después con el ambiente se condensa y se recoge con cuidado, se forman unas pelotas de virtud tan elástica que con poco impulso dan unos saltos muy altos. Estas son las pelotas que en Paraguay llaman **Estangayei**.

Encendida una de estas pelotas y puesta en un vaso o escudilla de

---

3 Omito la extensa descripción del **guamigo**, así como la del **guapomigo**, que aparece en seguida.

agua, se hunden en ella hasta la llama, que no se apaga hasta que se consume toda la pelota. Dura por muchas horas, pero la luz no es muy clara y arroja mucho humo. Dicen que quemada esta goma y reducida a polvo, si se toma por las narices como el tabaco, aprovecha en los males de la jaqueca. Varias patrañas cuentan en orden al modo de recoger la goma de estos árboles; lo cierto es que extendida en cualquier cuerpo de superficie lisa, se cuaja y arrolla con facilidad y sin la pensión de desnudarse y extenderse por el cuerpo. Hice la experiencia con un cuchillo en una calabaza y otras cosas lisas, y en todas las recogí sin molestia y con menos trabajo que cuando se extiende en los muslos y brazos; muchas prácticas están en uso, porque así se hizo, no porque no pueda hacerse de otro y mejor modo.

Día 17. Fue molesto el camino como unas 4 leguas, todo tierra baja e inundada; pasóse el río **Egualanicadi**, que viene de oriente y desemboca en el **Aabá**, cerca de un grande arrecife llamado **Agagujaba**, el ruidoso, por el ruido que causan las aguas entre las peñas; es río de bastante caudal y, si no se dividiera en dos brazos, con dificultad se vadeara. Así éste como el de **Aabá** abundan de pescado, que les entra del río Grande. En la montaña y bosque de esta orilla del norte del río **Aabá** estuvo en su primer establecimiento el pueblo-misión de los indios Itatines, con la denominación de San Benito. Llamaron a éste **Nosepotiy** los guaranís antiguos. Estos fueron reducidos a la fe de Jesucristo por misioneros jesuítas a costa de indecibles fatigas.[4]

(3. **Llegada al toldo de Epaquimi**)

Día 18 dic. Se caminó al norte cosa de 3 leguas, y llegamos al toldo del cacique **Jaime Epaquimi**, que estaba con toda su gente esperándome. Aquí tenían ya noticia de la carta que cité arriba, que me escribió desde el pueblo del Santo Corazón de Jesús el P.José Chueca; pero estaban llenos de temor,porque decían que los indios Chiquitos corrían el campo en busca de los Guacurúes, y por esta causa el cacique, en cuyo poder paraba la dicha carta, se había huído y escondido. Esto retardó mi ida y fué preciso demorarse casi tres días en este toldo. Toda la gente del cacique **Jupagurini** es perteneciente a la reducción de Belén; ahora acosados de hambre y teme-

4 Aquí el cronista amplía la información que escribió el 11 de diciembre sobre la misión de los Itatines. En concreto narra dos hazañas de estos indios en favor de la empresa misional: una, su liberación del gobernador del Paraguay, Juan de Lugos, sitiado por los indios rebeldes de **Arecaya**; y otra, su lucha contra los indios no cristianos **Payaguás**, que atacaban a menudo la frontera misional para robar y matar.

rosos de las viruelas, que el año pasado habían hecho ruina en la misión o reducción, vivían en este paraje, su antiguo estaleje. Llámase el sitio **Niguagigi**, cuyo nombre toma de un mediano arroyo así llamado; su graduación será como de 21 o 20 y medio grados de latitud austral.

En las inmediaciones de este sitio nacen unos árboles, en la figura, fragilidad de la madera y jugo lácteo parecidos a las higueras, las hojas son largas casi un palmo, anchas por igual más de cuatro dedos; la fruta en apariencia es muy parecida a la de los higos blancos, pero no en la sustancia; tiene cada fruta un huesito redondo y blando del grandor de una aceituna que no se come. La cortecita del fruto, que es algo gruesa y dura, contiene una carne blanca y gustosa de sabor de higo; llámase el árbol **Noguagigo** y la fruta, noguague.

Críase también una planta que crece a la altura de una vara, bien ramificada, la hoja pequeña y algo escalorada. La semilla está metida en una vaina, muy parecida a un pepino chico, sólo que las rayas que lo dividen a lo largo son de color encarnado en campo verde, que es el de toda la corteza. La raíz de esta planta es singular; hay algunas mayores que dan sandías grandes, yo hice cavar una que pesaba más de una arroba; se parece la raíz a un nabo. La primera cortecita es algo pálida y de un gusto bien dulce. La sustancia de toda la raíz es blanca y puesta en la boca se mastica y resuelve en agua muy fresca; en falta de ésta se sirve como refrigerio a los caminantes, pero se ha de tomar con moderación, porque es tan fría que causa pasmo si se toma con exceso; el remedio en este caso es el pimiento molido y comido, éste con su calor reprime la operación del frío y desata los nervios de las mejillas. La experiencia les ha enseñado tan eficaz específico, a unos hombres poco menos que fieras en el descuido de las cosas útiles: **Vires ususque medendi / Utilius natura docet genus omne ferarum.**[5] Llaman los Guacurúes por desprecio a esta planta, bebida de los otros infieles **Ensinaga laacaguichi**, mas ellos echan manos de estas raíces, si se ven faltos de agua en sus continuas excursiones.

En la deresera del sitio en que estamos o paralelo a él hacia el poniente, a la orilla occidental del río Paraguay, está el pueblo de Guanás llamado Chanás, y de los Guaycurús. Lalayas distará de aquí como unas 12 leguas; está situado dentro de un espeso bosque de eminentes árboles. Es población formada en calles divididas en cuadras y en medio tiene una plaza muy grande, más larga que ancha. La gente de este pueblo es mucha y pasará de unas 800 familias, todos son labradores y se mantienen del fruto

---

5 La naturaleza enseña a toda clase de fieras las fuerzas y usos de curar más útilmente.

de sus sementeras, en que siembran y plantan lo necesario para vivir con menos miseria en su pobreza...Siembra muchas especies de frisoles y de judías, varias raíces, como batatas, mandiocas y otras con abundancia, tabaco, algodón, maíz, calabazas.

El vicario P.José Sánchez Labrador fue a hacerles una visita y entablar con ellos tratado de paz con Dios y vasallaje con nuestro rey. Recibieron con gusto al misionero y significáronle los deseos que tenían de ser cristianos; vista y experimentada la buena disposición en que estaban se le asignó misionero propio, que con tesón trabajaba en su enseñanza. Este fué el P.Manuel Durán, quien, conducido de uno de los principales caciques del pueblo, fue a reconocer la tierra para elegir sitio cómodo para la nueva misión. Estuvo en gran riesgo de vida el misionero por un accidente impensado; librole Dios y restituído a Belén, pasa a la ciudad a acalorar la remisión de embarcación. Proveyó luego el señor Gobernador don Carlos Morphi, volvió el misionero por tierra y caminó hasta la orilla del río Paraguay a esperar bote,mas los que traían éste, cansados retrocedieron y dejaron burlado al misionero.

Este se volvió también a Belén, desde donde se procuró que unos caciques de los Chanas pasasen a la otra orilla oriental del río Paraguay y que en ella escogiesen tierras para la población. Hiciéronlo así, y ya iban fabricando chozas y haciendo sementeras, con el fin de que después pasase todo el vecindario. Púsose esta misión bajo la advocación de san Juan Nepomuceno; hubiera sido la cristiandad muy florida, pues otros hermanos de los Chanas, que son del mismo idioma y componían 6 pueblos más al norte, como diré después, pedían misioneros jesuitas, émulos de la felicidad que ya gozaban los Chanas. Están los Chanas divididos en Capitanías. Las principales son las de los caciques, que son régulos de los demás. Las capitanías menores recaen en los parientes de los caciques y así éstos como los capitanes menores procuran continuar la mística nobleza de su sangre, casándose entre sí los de igual jerarquía por no envilecerse con la plebe. Los caciques y capitanes son respetados y acatados, sin que sirva de impedimento la pobreza igual o mayor que la de sus vasallos y soldados[6].

(4. Duelo por el hijo del cacique)

Con mi llegada al toldo de Jaime se renovó el llanto por la muerte de un niño cristiano de tres años de edad, caciquito y sucesor en el mando. Quiero referir el modo que tiene algo de particular. Al alborear la aurora,

---

6 He omitido en esta página dos breves poesías, una latina y otra castellana, con las que Sánchez L. comentaba sus datos etnográficos con datos de su cultura clásica.

rompió el llanto con lamento tierno la madre del chiquillo difunto; al punto resonó en todas las esteras del toldo y empezaron todas las mujeres a llorar muy de veras. En una acción de humanidad tan natural, saca el común enemigo su ganancia, martirizando de todos modos a los desdichados infieles, quebrantadas las almas de éstos con las memorias lúgubres, atormenta el enemigo sus cuerpos con la postura penosa en que tienen los brazos y el pecho.

Las plañideras están sentadas sin algún arrimo, la cara vuelta al oriente o punto en que ha de salir el sol; mantienen los brazos en el aire algo abiertos desde los hombros hasta los codos, de aquí hasta las manos están doblados, y apartados en ademán de quien mece a un niño sobre ellos; en esta postura tan molesta perseveran, desde la hora dicha hasta que el sol se eleva como una lanza de alto sobre el horizonte. No tienen quieto el cuerpo ni los brazos en todo el tiempo del llanto, mecen y bambolean el cuerpo de oriente a poniente y mueven los brazos como si arrullaran sobre ellos el niño. Su modo de llorar más parece canto músico que gemido; interrumpido refieren muy por extenso la vida y proezas del difunto, si fue adulto; ahora todo el asunto de sus endechas ocupaban las monerías y travesuras del chiquillo, esto es cuanto a lo pasado; mas por lo que miraba a lo futuro, le igualaban en hazañas a sus héroes más esclarecidos que entre ellos obtuvieron lugar muy honorífico en el templo de la fama.

Los Alejandros, Césares y Escipiones, los griegos y romanos se avergonzarían, si quisiéramos cotejarles con los jefes de los indios; a medida del mérito que en ellos admiran son los encomios que, en voz acompañada de sus lágrimas, publican los que lloran a todos en su opinión. Hubieran contrarrestado el difunto niño, si la cruel parca no cortara su inocente vida, sobre todo se esmeraba la madre en tiernos cariños: '¡Hijo mío, hijo mío -repetía-, mi vida, mi alegría murió contigo, qué júbilo el mío cuando tus labios comprimían la leche de mis pechos, hijo mío, hijo mío!. De este modo refería, acción por acción y paso por paso, el proceder de su hijo.

Confieso que me enternecía el oírla, pero con superior motivo, le acompañé en sus lágrimas derramando las mías: el primer indio Guaycurú a quien lavé en las aguas del santo bautismo saludables fue el niño Estanislao. Apenas acertaba a apartarse su inocencia de los misioneros, ahora le consideraba entre los ángeles en el tribunal de Dios, abogando por la salvación de su gente; qué motivo para no resolverse en lágrimas de gozo; así lo confesaba el apóstol de los indios San Francisco Javier, cuyo espíritu vive en sus hermanos los misioneros. Concluído el llanto se les sirve algún manjar de lo que lleva el tiempo a los que lloraban, y vuelven a sus ocupaciones domésticas, alegres de haber pagado tan debido tributo de dolor a sus difuntos. Los Guaycurúes, decía un discreto,tienen algunas cosas

en las cuales compiten con los filósofos antiguos, al mismo tiempo que les acompañan otras que los califican por poco menos que brutos.

(5. **Hacia el toldo del cacique Cunilicogodi**)

Día 20. Habiéndose desocupado de sus ningunos quehaceres los del toldo de Jaime, quiso éste que caminásemos este día por la tarde; él y su mujer llamada Margarita vinieron a acompañarme, tomamos las cabalgaduras que no entendían de freno, sino de rienda al modo que usan los Guaycurúes. Estas se atan al labio inferior y mejilla del caballo, de tal suerte que no les sirve de embarazo para comer y beber. Caminóse al norte como 3 leguas al oriente por buenas tierras; tienen a distancia de 3 o 4 leguas la serranía grande y al poniente se levantan unos hermosos cerros de una sierrezuela llamada **Amoguillady**. En ésta se hallan piedras negras y duras, de las cuales formaban destrales o cuñas a modo de hachas con que cortar árboles y palmas. Después que tienen misioneros, han conseguido herramientas de hierro para los mismos usos que aprecian mucho.

La cena fue un poco de harina de mandioca en agua, porque con la detención en el toldo se consumió alguna otra providencia que fuera de carga. Un brioso caballo, impaciente de las espuelas que incauto se calzó un Guaraní de la comitiva, sacudió al jinete y le maltrató de tal modo que temí no poder proseguir el viaje; favoreciónos Dios y con solo agua se remedió el doliente y pudimos seguir la marcha. A la tierra en que hicimos noche la llaman **Guagigo**, esto es estancia de vacas. Hubo de serlo antiguamente, cuando estuvieron establecidas aquí las misiones que hicieron los jesuitas de indios Itatines. En un repecho de la sierrezuela hay unos árboles llamados **Nivader-igol**.[7]

Día 21. Caminamos hacia el poniente con alguna inclinación hacia el sur, no deja otro arbitrio la constitución de la tierra y bosque. La jornada sería como de 4 leguas penosísimas; casi todas las anduvimos por aguas de aguadizos y bañados; pasóse en embarcación de piel de toro un mediano río llamado **Apocologolivato**, nido del cisne. El fin de haber tomado este rumbo, y el día siguiente, fue ir a ver un cacique mbayá, de cuyos vasallos habían aprisionado los chiquitos unos 17. Por la noche descansamos y procuramos el descanso de un albardoncillo de tierra, de la cual se había retirado unas varas el agua, y estaba también mojado. No fue posible tomar el sueño, porque sobre la incomodidad del suelo se añadió la del cielo, que entoldado despedía sobrada lluvia para bañarnos, aunque estuviéramos

7 Omito también la larga descripción de este árbol

secos. Los mosquitos, **Cuniperigolio–negodi**, que son como átomos, alborotados por la destemplanza del aire, suplieron bien la falta de fuego con sus ardientes picaduras. Los tigres nos hicieron la guardia, bien que no nos guardaron el sueño. La ave llamada **apocologo** es...[8].

Día 22. Por el mismo rumbo y por tierras tan malas como las de ayer, caminamos como cosa de 4 leguas. Fatigados llegamos al toldo del cacique **Cunilicogodi**; por estar éste preso en las misiones de Chiquitos, administraba el cazicazgo un pariente llamado **Napidrigi**, el negro, por lo tostado de su color. Había poca gente en las esteras, que estaban colocadas cerca de las orillas de un brazo del río Paraguay y tiene por nombre **Natobi**. Casi toda se reducía a unas cuantas mujeres ancianas. El resto había pasado a la orilla oriental del río Paraguay a abastacerse de harina de algarroba. De ésta forman con poco aseo unos panes que llaman **Nadenogo**.

La algarroba les suministra el alimento para el tiempo en que la hay; gustan mucho de esta comida y con razón, porque es sustanciosa y provechosa. Cuando van a la cosecha de la algarroba, tienen una especie de fiesta que se reduce a una solemne borrachera; ya calientes con el caldo de la chicha, se arman pendencias de puñadas, remate de sus alegrías. No echan mano de arma ofensiva, ni palo, ni sable, ni lanza. Los puños deciden el valor y bizarría; el que mejor puñete pega recibe las aclamaciones con admiración, expresada en su idioma con estas letras **Aun**; concluída la gresca de moquetes, no les queda sentimiento alguno, prosigue la amistad y se celebra el triunfo.

La gente de este cacicazgo completará el número de 200 a 500 almas. Por espacio de casi dos años estuvo agregado a la reducción de Nuestra Señora de Belén; llámanse los **Lichagotegodis**, estos de la tierra colorada, por el color de la tierra que habitan. En el tiempo que vivieron en Belén, recibieron el santo bautismo bastantes párvulos. Los Guaycurúes son muy delicados en puntos de preeminencias y, para obviar discusiones, cada cacique tiene en punto determinado sus vasallos.Sucitáronse algunas rencillas entre las gentes del cazicazgo de **Jaime Epaquimi** y el de los **Lichagotegodis**. Esto fue bastante para que se separasen éstos de aquéllos según leyes de su barbarie: 'ni dos soles en el cielo, no dos soberanos en un reino', dijo uno. Así lo practican los Guaycurúes, mandanado cada régulo a los de su obediencia. No obstante la separación, continuaban las visitas a los misioneros y se trataba con ardor de hacer otra reducción de esta gente. En

8 Omito también la descripción de esta ave

efecto fueron a la ciudad de la Asunción y entablaron su demanda pidiendo misioneros jesuitas,y querían llevarlos consigo por agosto del 67....[9]

(6. Hospitalidad guaycurú de caciques visitantes)

Desde este sitio, que distaba del toldo como un cuarto de legua, se empezó la ceremonia indispensable en la república de los Guaycurúes. Estos, cuando camina algún cacique y va de visita a otro toldo, estando a vista de las esteras, envía 4 embajadores que llaman **Lienigipé**. Llegan estos enviados, parando a la entrada de las esteras en que está el cacique señor del toldo; apéanse con aire de su caballos y clavan con el mismo sus lanzas en tierra. Hecho ésto entran a la presencia del cacique, que está sentado en la tierra y cruzadas las piernas; siéntanse también en el mismo sitial los 4 embajadores, 2 a cada lado. Todo esto en silencio.

Al cabo de un rato se levantan los 4 y puestos en pie frente al cacique habla uno de ellos con tanta arrogancia como pudiera un vencedor a su prisionero. El asunto de la arenga se reduce a darle parte de la merced y favor que aquel día recibirá de su hermano el cacique, que se digna venir a visitarlo. Agradécenle la noticia con estas palabras: **'igatagatime**: por eso, os doy las gracias', y les suplica que se sienten; habla familiarmente con ellos y llama a alguno o alguna del toldo que los lleva a darles algún refresco, que se reduce a un plato de comida conforme a su pobreza. A la embajada dicha corresponde el cacique enviando 3 o 4 del sus vasallos al encuentro del que viene.

Al llegar éstos, se para la comitiva y con mucho silencio desde los caballos oye lo que le envía a decir el señor del toldo. Redúcese a felicitarlo y darle la bienvenida a tierras extrañas. Juntamente se señala el lugar en que han de apearse y aposentarse; éste por lo común es a vista de las esteras del cacique. En llegando a tal sitio en unos postecillos de palo o sobre unas cañas, arman un toldo de esteras que sirva de pabellón y de palacio. Entran en este alojamiento el huésped con su comitiva y a poco rato le envían unas

---

9 Omito la información etnográfica sobre el cacicazgo de **Cunilicogodi** y los incidentes de la exploración hasta el 26 de diciembre, cuando, según el diario, "se dejó ver un infiel que vagaba por el campo, era del toldo en cuya búsqueda andábamos; tomamos lengua del sitio en que estaba el cacique y nos despedimos" (p.35). Poco después, los exploradores son divisados por unos "muchachos que estaban divirtiéndose a caballo. Representóseles que éramos chiquitos y con mal acuerdo echaron a correr al toldo y dieron un buen susto a los que en él estaban" (p.36).

cazuelas con manjares en tan corta cantidad y tan rústicamente aderezada que todo puede pasar por mera ceremonia. Concluído el banquete, viene el cacique a ver a los recién llegados y ofrecerse a su servicio.

No para en esto el cortejo, dásele también su música a los huéspedes. Para eso se engalana a las mil maravillas a un muchacho, píntase de encarnado con color del **Nivandenigo**; en el fondo colorado siembran unos matices blancos de varias figuras de sol y estrellas. Estas son de harina de palma, la cual con el soplo introducen por las aberturas de los moldes, hechos de piel para tal intento. En la cabeza tienen una guirnalda de vistosos colores de plumas, y de la misma materia tienen bucles en las muñecas y brazaletes; el mismo adorno visten en las piernas cerca de los tobillos.Vestido el músico, se disponen los instrumentos; éstos son dos de poco costo. Uno de ellos es el calabazo, dentro del cual hay unas piedrecillas, que llaman **Lotani**. Otro es una especie de zambomba; ponen agua en una olla mediana de barro, tápanla con un cuero de ciervo o venado; humedecido el pelo hacia abajo, átanle fuertemente a la boca de una olla y queda al punto un tamboril raro.

Siéntase el muchacho, cruza las piernas, delante de éstas coloca la olla o tambor, coge en la mano izquierda por el cuello el calabazo y en la derecha tiene un palillo con el que golpea su **Cogue**, que así llaman a su tamborete. No hay más armonía que una perpetua unisonidad, dando ya en medio, ya a un lado del cuero que cubre la olla y al mismo tiempo hacer rodar las piedrecillas como compás en el calabazo. Esta es toda la ciencia en orden a estos instrumentos. El músico hace sentado algunos movimientos en ademán de quien danza como puede, y entona algunas canciones que se reduucen al elogio del cacique huésped. Celébrase su valor, su destreza en las armas, su gobierno y demás partidas que le hacen esclarecido y amado de los suyos, y temible y espantoso a sus enemigos.

Con este modo de música y cántico se alegran todos, y en cierto modo sucede a los Guaycurúes lo que a los Lacedemonios en semejantes circunstancias. Al oír estas letras encomiásticas, se alegran los ancianos y dicen como los de Lacedemonia: **Nos fuimus fortes**; y los jóvenes encedidos en coraje y aspirando a las glorias que se oyen aplaudir, claman: **Et nos fuerimus alquando**; esfuérzanse los varones y en sus corazones repiten: **Et nos modo sumus**[10]. Dura la música desde que llega el cacique y la noche siguiente. Rito penoso para el músico, pero indispensable apara el ceremonial de esta nación. Al fin hubo una gentil borrachera, con licor de miel

10 Nosostros fuimos fuertes –y nosotros lo seremos alguna vez –Y nosotros lo somos ahora.

fermentada en agua. Los prusianos, polacos y otras naciones del norte hacen lo mismo con el hidromel. Sirve, pues, esto de alguna disculpa a los Guaycurúes, ya que no a indemnizarlos.

(7. **En el toldo de Caminigú**)

En este toldo nos detuvimos hasta el día 27 por la tarde; es un albardón de tierra que por haber bajado algo el agua no estaba inundado, pero tan húmedo que brotaba agua por poco que se apretase. Llámanle **Guateliyadí-Lautela**, es una especie de cardo silvertres, cuya fruta tiene este nombre... Su altura austral podrá ser de 21 grados poco más o menos. El miedo tenía a la gente de este cacicazgo encerrada en tierra tan incómoda; casi todos eran mujeres y algunos Guanás criados, llamados **Echoaladis**. La milicia más sobresaliente de este toldo dicho los **Enacagas** está prisionera en los pueblos de los Chiquitos; su cacique tiene por nombre **Caminigú**, viejo de mal humor y azote de la villa de Curuguaty. Otros dos caciques, cuya gente se había agregado a la de Caminingú, corrieron la misma suerte de rendirse a los Chiquitos, donde los tienen bien asegurados.

Entre tanto que se divierten las mujeres de este toldo, diré algo de su temor de los Guanás y de lo que dejé tratado con Caminigú su jefe. Este Caminigú es el cacique en cuyas manos paró la carta escrita a mí, de la cual hablé antes. Con intento de comunicarla pasó a la orilla oriental del río Paraguay al Algarrobal. Detúvose poco en ella, porque, a la vista de unos fuegos que al nor-noroeste se levantaban, huyó luego y en su compañía un famoso indio, llamado **Eyonadigi**, que fue el homicida del P.Antonio Guasp, **fugit nemine persequente**. Se ignora qué indios incendiaron el campo, mas Caminigú cree que fueron los Chiquitos, y temiendo caer en sus manos repasó el río y con el mujerío se ha puesto en este paraje, circunvalado todo de agua. **Eyomadagi**, ni aun aquí se dió por seguro y se metió hacia el oriente en el toldo de los **Gosogotegodis**. Prosiguen los fuegos por la orilla occidental del río, y sus llamas demuestran el terror pánico que poseen los corazones de estas gentes; apenas se atreven a apartarse del toldo; están en la mayor miseria; más parecen muertos vivos que personas animadas; instan por mi pronta ida, yo no deseo otra cosa, pero tardan en buscar los caballos.

Los hombres Guaycurúes de este toldo son de 10 a 12, porque los demás están presos en los Chiquitos. Quiebra el corazón el oír las voces de las pobres mujeres: unas piden por sus maridos, otras por sus hijos y todas por los hombres que les cazaban y aliviaban sus desdichas. Creían que con mi ida vendrían todos, mas desengañéles y expliquéles el contenido de la

carta, con que se concluyó que por ahora le serviría de consuelo la noticia de que estaban vivos los prisioneros. Ofrecióme el cacique un hombre práctico de la tierra de la orilla y otros 26, que me acompañarían hasta ponerme en seguro. El cacique Jaime y su mujer llegaron conmigo hasta este toldo; pero, habiendo aquí adolecido, los dejé para no demorar más tiempo.[11]

(8. **En el toldo de los Gosotegodis**)

Desde hoy omitiré la enumeración de los días, hasta la entrada del bosque de los chuiquitos, porque en rumbos y tierras hubo poca diversidad y sobre alargar la relación, sirviera de molestia repetir cada día unas mismas cosas.Baste decir que, desde el día 27 en que salí del toldo hasta el día 8 del mes siguiente enero, fue un camino muy penoso. El segundo día encontré el toldo de los **Gosogotegodis**, también escondido por medio de los fuegos que no cesaban. Había en él unas seis cautivas cristianas, naturales de la ciudad de Asunción; una se acordaba muy diariamente de la lengua guaraní, y en ella sirviendo de intérprete para los que no lo sabían, me dijo los desconsuelos en que vivían, que recataba explicar en lengua gauycurú en público. (En el toldo de **Caminigú** hallé un anciano portugués, que fué de los principales de Cubayá, y una anciana portuguesa de la misma clase. Aquél contaba más de 17 años de cautiverio, y ésta 7 con dos negritos que fueron sus criados. Al marido quitaron la vida los Guaycurúes en el camino real, que tiene los de Cubayá, desde esta villa hasta la de **Curuguaty**). Las ciénagas, lodazales y anegadizos casi no se interrumpían, y el alivio que había al salir de un mal paso era que quedaban otros peores. La disposición de las tierras y lo inundado que estaban, nos obligó a variar de rumbo aun en el mismo día, mas siempre adelantando algo hacia el norte.

Al tercer día dejamos entre oriente y norte una punta de cerros llamada **Neguateguidi**, las canoas, por abrirse con alguna semejanza a canoas o artesas. Al oriente de esta sierra viven los indios guaycurúes **Gosogotegodis**, cuyo cacique se llama **Guayicota** y desea también misioneros. La altura de esta serranía en los cerros **Neguateguidi** es de 21 grados y algunos minutos. Parecía temeridad la constancia en atravesar estas sierras en las cuales sobresalía más el agua. La destreza de los Guaycurúes

11 Sánchez L. sigue su recorrido, informando sobre los **Echoaladis**, los **Terenas**, los **Equiniquinaos**, los **Tumirabas**, etc., muchos de los cuales pedían la presencia de jesuitas, y dando cierta información sobre la cultura y los contactos de los distintos grupos (pp.40-42).

y el esfuerzo de sus caballos nos sacaban, aunque mojados, de los atolladeros y juncales.

(9. **La laguna de la Cruz y el naufragio de Sánchez**)

Con esta incomodidad caminamos hasta un paraje poco distante del río Paraguay, llamado la piedra blanca o **Guetiga lapacrigi** y en idioma guaraní, **Itatí**. Es una mediana Serranía compuesta de buenos cerros y casi termina hacia el norte de la célebre provincia de los Itatines, de la cual hablaré en otro lugar. Contra estos cerros se estrella el río Paraguay, y al abrigo de sus faldas hay paso a la orilla occidental. No dista mucho de esta paso la laguna **Layacodigo** o de la Cruz, que descubrieron los indios Chiquitos y equivocaron con el mismo río. Esta laguna debía ser el término primero de nuestras fatigas, porque a su orilla del poniente está la entrada del bosque de los Chiquitos, mas una casualidad nos apartó muchas leguas de este lago y no puso en mayores trabajos y fatigas.

Levantóse un fuego en la orilla occidental del río Paraguay, no muy lejos de la dicha laguna. Bastó una cosa tan leve para que mis guías mudasen todas sus ideas. Persuadiéronse que los Chiquitos batían los campos circunvecinos a la laguna y que, si pasaban el río por la piedra blanca, caerían en nuestra celada.Obrando esta especie torcieron el rumbo y tomaron el camino del sur, costearon el río por malezales y anegadizos como 4 leguas. Parecióles bien pasar por este sitio, aunque no había bajada cómoda ni limpia en las dos orillas. El río estaba alborotado por el viento y las olas cada vez más crespas. Propúseles el riesgo a que nos exponíamos, arrojándonos a un golfo que parecía que nos esperaba para tragarnos. La anchura del río era más de un cuarto de legua. No saben temer los Guaycurúes el agua y viendo mi desconfianza, me dijeron: '¿Pues qué temes, estando con nosotros?' 'No temo de vosotros -respondí- pero el río es inconstante'.

Ayer nos dejaron 7 de nuestros compañeros y ¿de qué temieron sino de este pasaje? -No, no- y fué así que los hizo retroceder el miedo a los indios Chiquitos. Despreciado el evidente riesgo, porque todos no me desampararan, si mostraba cobardía, que podían atribuir que yo también me recelaba a los Chiquitos, me senté en la pelota de cuero. Embarcados, no pudo resistir embarcación tan frágil a la fuerza de las olas que entraron en ella y la inundaron. Alzóme un indio de un brazo y me sostuvo sobre la inundada pelota, que sostenía otro, para que no acabase de irse al fondo. Así estuvimos yo con el agua en la boca y resollando, de cuando en cuando, todo el tiempo, y fue bastante, que tardaron en echarse al río los dos briosos caballos; luego que se acercaron pusieron pareadas las cabalgaduras, y yo agarrado con la derecha a la crin de una y con la izquierda a la otra, salí arrastrado por el agua.

Enjuta la ropa caminamos también hacia el sur, como unas 2 leguas, e hicimos noche sobre un brazo del río Paraguay, lleno de lagartos y caimanes...[12]. Atravesando anegadizos, llegamos llevando el rumbo al nornordeste como unas 3 leguas, a un bello río llamado **Loverigigi**. Aquí nos llovió mucho y nos detuvimos dos días por la pesca de palometas, que fueron nuestro alimento. Nace este río en la serranía de la laguna de la Cruz que mira al noroeste. Respecto de su desembocadura en el río Paraguay, el cual entra entre el sur y el sureste, es río capaz de medianas embarcaciones. Desde su origen, como unas seis leguas por bosque corre; el resto tiene más despejada la orilla del sur que la del norte, en la cual se ven árboles y matorrales espesos.

(10. **Llegan los exploradores a reducción chiquitana**)

Estando a la orilla de este río se levantó fuego hacia el noroeste. Al principio se juzgó de algunos infieles de los que llaman mbayás **Ninaguigitas**, pero días después supe que los habían levantado los neófitos del pueblo de Santiago de Chiquitos en su regreso de hablar a sus hermanos los **Tumaes**, con el fin de que saliesen a dicho pueblo a ser cristianos. Este fuego amedentró mucho a los Guaycurúes, que se despidieron de mí y se volvieron a su toldo. Quedaron conmigo solamente tres y con éstos y otros tres Guaraníes seguí el camino, el cual hasta la entrada del bosque de los Chiquitos, con más comodidad se hubiera hecho en canoa que a caballo. Baste insinuar que al día solamente avanzábamos de 2 a 3 leguas, peleando con agua continua y juncales muy espesos. En las cuatro jornadas siguientes, llegó a faltarnos del todo el alimento, a excepción de algunos cogollos de palma, tal cual caracol y algunas raíces que se crían en el agua, algo harinosas y ásperas.

Entre el río **Latieriguigi** y la cercanía de la laguna de la Cruz, se encuentra la punta de un bosque llamado **Nucupale**. Por medio de éste corrre dicho río; hay en él muchos árboles de **Nivadenigo**. A coger los granos colorados, fruto de estos árboles, iban cada año los infieles **Carpotoradeses** y **Tunchos**, que hoy son cristianos, vecinos del pueblo de Santiago. Sucedía sobrevenir los Guaycurúes, y en este caso hubo fuertes peleas en tal cual, de las cuales sacaron la peor parte los Guaycurúes. Ocurre también el sitio en que los Chiquitos en número de 700 acamparon por algún tiempo en su expedición contra los Guaycurúes del toldo de **Golanigi**, de quien son éstas tierras o lagunas. También es paraje en que los Guaycurús tuvieron su

---

12 No copio la interesante descripción que hace Sánchez L. del caimán o **Niogoivegui** y de cómo, durante cinco días, se alimentaron de los huevos y carne de dicha especie, "muy apetecida de los Guaycurúes" (p. 44-54).

consejo de guerra o junta para invadir a los Chiquitos. No juzgaron ellos en este lugar, orgullosos y soberbios que algún día con verdad podrían decir: **bella placet gerere multos habitura triunphos**: como les sucedió quedando todos prisioneros y sus armas y valor desacreditados. En este paraje y después en otros hay la planta de que se saca la tinta llamada añil. Llamanla los Guaycurúes **Limacaseje....**[13].

La laguna de la Cruz tiene al poniente un cerro muy alto, al cual pusieron el nombre de San Pantaleón, porque en ese día subió a él un indio Chiquito del mismo nombre. Al estenoreste tiene otros cerros menores y al poniente la serranía que hace frente al río Paraguay. La figura que forma dicho lago es muy semejante a la de una calabaza de cuello: lo ancho está mirando a los tres rumbos, poniente, norte y oriente, lo angosto y como el cuello hacia el sur. Es hondísima y en grandes crecientes del río comunica con éste por el sur que es una tierra muy baja; si las aguas del río decrecen, no hay por donde entren por agua. En distancia de 6 leguas, que tendrá dicha cañada entre poniente y sur, hay algunos cerros sueltos que con los mencionados forman una especie de corona y en medio una gran plaza de agua.

Costónos mucho trabajo pasar esta laguna por su profundidad y por lo pantanoso de sus orillas. Luego que se sale de esta laguna, se llega al cerro de San Pantaléon, en el cual, como en la mitad de su subida, hay una grande y hermosa cruz, que desde abajo se divisa y adora. Colocáronla los indios Chiquitos cuando descubrieron este cerro y laguna, causa porque ésta se llama de la Cruz. Por entre el cerro y la laguna, pisando las faldas de aquél y las orillas de ésta, hay una senda que corre al noroeste. Esta va seguida hasta la entrada del bosque, que lleva hasta el pueblo del Sagrado Corazón de Jesús. Esta entrada dista del paso de la laguna una legua y media o dos leguas; viene a caer en línea paralela con el pueblo dicho y su altura austral es 14 grados y 31 minutos. En el corto trecho que interviene desde el paso de la laguna hasta la entrada del bosque se crían algunos árboles frutales silvestres. Uno se llama **Estatunugo...**[14].

El día 8 dormimos en una choza que hallamos fabricada de los Chiquitos, entre la laguna y entrada del bosque. Dispúsose la marcha para el día siguiente y ofrecíme a ir el primero, por el miedo que tenían los Guaycurúes de mi comitiva. Por la mañana del 9 entramos en el bosque con

---

13 El texto latino significa: agrada emprender guerras que han de aportar grandes triunfos. Luego Sánchez L. hace su habitual descripción de la **limacaseje**.

14 El cronista describe dicha fruta y otra, cuyo nombre no da y que es similar a la

rumbo casi al poniente. A eso de una legua se ofrece un arroyuelo, desagüe de cerros que se atraviesan. Ahora estaba seco y en la arena se veían huellas de un hombre. Aquí temieron más mis compañeros y costó algo serenar su turbación. Caminose como otra legua y dimos en un arenal grande, desagüe también de las lluvias que bajan de los cerros: estaba todo bien movido y con muchas huellas de gente de a pie. Turbáronse los Guaycurúes; quedáronse como pasmados, recelándose las flechas de los Chiquitos emboscados.

Viendo su perplejidad me aparté cosa de una cuadra de ellos, y en lengua guaraní, a voz en cuello, dije estas palabras: 'Chiquitos, ¿estáis en estos parajes? Si os halláis aquí, traed algún maíz, que ha dos días que apenas comemos y nos aflige el hambre'. Al oír los gritos, resonaron varias cortezas, unas de sonido bajo y otras de alto, lo que no dejó de causar algún pavor en los Guaycurúes, como ellos después confesaron. Al cesar el confuso ruído de las plantas, se oyó una voz que dijo: **'Oreyco apé**, estamos aquí'. Conocí que serían Chiquitos que en su compañía tendrían algún indio de nación Guaraya, descendiente de los Itationes y de idioma Guaraní. Así corrí al punto hacia el sitio donde salía la voz: había 23 Chiquitos y 9 Guarayos, que habían salido a registrar el camino y ver si había algunos Guaycurúes enemigos. Muy alegres me condujeron hasta su pueblo del Sagrado Corazón de Jesús, en el cual entré el día 13 de enero del año 1767. El camino del bosque hasta dicho pueblo puede dividirse en tres partes y todas tres completará en número de unas 16 a 20 leguas...» (1910:13-49).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO IV

1. **Misión guaraní**

A. MISIONEROS:

CARDIEL, José
(1747) **Carta Relación** (1747) en Guillermo Furlong, **José Cardial y su carta relación**, Buenos Aires, 1953, Librería de la Plata
(1748) **Diario del viaje y misión al río Sauce** Buenos Aires, 1930, Imprenta y editora Coni
(1758) **Declaración de la verdad**, Buenos Aires, 1900, Impr. Juan A. Alsina, editado por Pablo Hernández
(1771) **Breve relación de las misiones del Paraguay**, en Hernández, II, pp.514-614 y Madrid, 1988, Historia 16, edic. de Héctor Sáinz Ollero
(1780) **Compendio de la historia del Paraguay**, Buenos Aires, 1984, Fundación para la Educ., la Cien. y la Cult. Estudio de José M. Mariluz Urquijo

PERAMAS, José Manuel
1756 **Cinco oraciones laudatorias en honor del Dr. D. Ignacio Duarte y Quirós**, Córdoba, 1937, Universidad Nacional de Córdoba, versión de la edición original latina
1777 **De invento novo orbe inductoque illuc Christi sacrificio. Libri tres** Faventiae, Ex Chalcographia Josephi Antonii Archii
1791 **Vida y obra de seis humanistas,** Buenos Aires, 1946, Editorial Harpes, versión de la original latina
1793 **De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum,** Faventiae, Ex Typographia Archii, 464 pp. Una parte de la obra fue traducida por Juan Cortés del Pino como **La república de Platón y los guaraníes,** Buenos Aires, 1946, Emecé.

RUIZ DE MONTOYA, Antonio
1639 **Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tapé,** Madrid, Juan Sánchez; 2a. edic. Bilbao, 1981, Mensajero; 3a. edic. Rosario, 1989, Estudios de Historia Iberoamericana
1639 **Tesoro de la lengua guaraní,** Madrid, Juan Sánchez,
1640 **Arte y vocabulario de la lengua guaraní,** Madrid, Juan Sánchez,
1640 **Catecismo de la lengua guaraní,** Madrid, Diego Díaz de Carrera,
1650 **Silex del divino amor,** Lima, 1991, Pontificia Universidad Católica del Perú

SEPP, Antonio
1696 **Obras: I, Relación del viaje a las misiones jesuíticas; II, Continuación de las labores apostólicas; III, Jardín de flores paracuario,** 1a. edic. en alemán, Buenos Aires, 1971-74, Edit. Universitaria, 3 tomos, Edición crítica de Werner Hoffmann.

TECHO (Toict), Nicolau del
1674 **Historia provinciae paraquariae Societatis Jesu,** Liege, edición castellana Madrid, 1897, Edit. A. de Uribe, 5 tomos,

B. HISTORIADORES:

AZARA, Felix de
1934 **Viaje por la América meridional** Madrid, Espasa Calpe, 2 tomos

CHARLEVOIX, Pierre FrancoisXavier
1757 **Historia del Paraguay,** Madrid, 1910-16, 6 tomos, Libreria General Victoriano Suárez, trad. de Pablo Hernández sobre la anotaciones y correcciones latinas de D. Muriel.

JARQUE, Francisco
1687 **Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en Paraguay,** Pamplona
1900 **Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652),** Madrid, 4 tomos, Victoriano Suárez,
1703-1733 **Lettres edificantes et curieuses,** Paris,32 vol.

LOZANO, Pedro,
1754-55 **Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay,** Madrid, 2 tomos, Viuda de Manuel Fernández; reimpresión en 1970 por Gregg International Publishers Limited, Westmead, Farnborouhg, England
1873-75 **Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,** Buenos Aires, 5 vols., Imprenta Popular

MIRANDA, Francisco Xavier
1916 **Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel,** Córdoba, Universidad de Córdoba

MURATORI, Ludovico Antonio
1824 **Il Cristianesimo felice nelle Missioni de' Padri della Compagnia de Jesù nel Paraguay,** Torino, Dalla Tipografia Bianco, 2 tomos

MURIEL, Domingo Ciriaco (=Ciriaco Morelli)
1776 **Fasti novi orbis et ordinationum apostolicarum ad Indias pertinentium breviarium cum anotationibus.** Venetiis, apud Antonium Zatta
1779 **Historia del Paraguay desde 1747 a 1767,** Veneza, traduc. de Pablo Hernández, Madrid, 1918, Libr.Victoriano Suárez

PASTELLS, Pablo
1912-23 **Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Arg, Parag, Urug, Perú, Bol, y Bras) según los documentos originales del Archivo General de Indias, extractados y anotados por...** , Madrid, 4 vol. Completada por el P.Mateos en 4 vols.

VARIOS AUTORES
1768 **Colección de documentos tocantes a la persecución que los regulares de la Compañía...contra Fr. Bernardino de Cárdenas, obispo del Paraguay desde 1644 a 1660** Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, tomos 1 y 2
1769 **Colección de documentos de la Compañía de Jesús en Paraguay y señaladamente la persecución contra don José de Antequera y Castro** Madrid, tomo 3, Imprenta Real de la Gaceta,

1770 **Colección de documentos...: el Reino Jesuítico por Bernardo Ibañez Echavarri y Diario de la Guerra de los Guaraníes por el P. Tadeo Henis** Madrid, tomo 4, Imprenta Real

C. ESTUDIOSOS:

ALVAREZ KERN, Arno,
1982 **Missões, uma utopía política,** Porto Alegre, Mercado Aberto .

ARMANI, Alberto
1982 **Ciudad de Dios y ciudad del sol: el «Estado» jesuítico de los guaraníes (1609-1768)** , México, Fondo de Cultura

BARBA DE MORAES, Rubem y Augusto MEYER (editores)
1756 **Histoire de Nicolas I, roy du Paraguay et empereur des mameluques** Rio, 1944, Zelio Valverde, facsimilar

BLANCO, José Ma.
1929 **Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Yjuhí,** Buenos Aires, Amorrortu

CARBONEL, Rafael
1986 "La contribución de Ruiz de Montoya al desarrollo económico de las reducciones " y "Organización administrativa y contabilidad en las reducciones guaraníes" en **pesquisas** revista del Institutum Anchietonum de Pesquisas, São Leopoldo, Historia, nº 25, pp. 133-58 y 159-85.

ESCANDON, Juan de
1983 **Historia da transmigração dos sete povos orientais,** São Leopoldo, Institutum Anchietanum de Pesquisas

EGUIA RUIZ, Guillermo
1953 **España y sus misioneros en los países del Plata** Madrid, Edic. Cultura Hispánica

FURLONG, Guillermo
1984 **Los jesuitas y la cultura rioplatense,** Buenos Aires, Edic. Universidad del Salvador
1962 **Misiones y sus pueblos de guaraníes** Buenos Aires, Imprenta Balmes

GADELHA, Regina María A.F.
1980 **As missões jesuíticas do Itatim: um estudo das estructuras socioeconómicas coloniais do Paraguai (séculos XVI e XVII)**,Río de Janeiro, Paz e Terra.

HAUBERT, Maxime
1967 **A vida quotidiana no Paraguai no tempo dos Jesuitas**, Lisboa, Edição «Livros do Brasil» Lisboa (original francés)

HERNANDEZ, Pablo
1908 **El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay por decreto de Carlos III**, Madrid, Libr. Victoriano Suárez,
1913 **Organización social de las doctrinas guaraníticas de la Compañía de Jesús**, Barcelona, Gustavo Gili, 2 tomos

JAEGERT, Luis Gonzaga
1954 **Historia das Missões Orientais do Uruguai.** Porto Alegre, Livraria Selbach, 2 tomos.

LUGON, Clovis
1949 **La république communista chrétienne des guaranis (1610-1768)** Paris, Les Editions Ouvrieres

MATEOS, Francisco
1949 «Cartas de indios cristianos del Paraguay» en **Missionalia Hispánica**, Madrid, 1949, pp. 547-572

MELIA, Bortomeu
1986 **El guaraní conquistado y reducido. Ensayos de etnohistoria**, Asunción, Universidad Católica
MELIA, Bortomeu, Marcos V. DE ALMEIDA y Valmir F.MURARO,
1987 **O guarani: uma bibliogrfia etnologica**, Santo Angelo, FUNDAMES.

MC NASPY, C.J. and J.M. BLANCH
1981 **Lost Cities of Paraguay. Art and Architecture of the Jesuit Reductions (1607-1767)**, Chicago, Loyola University Press

MORNER, Magnus
1968 **Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata**, Buenos Aires, Paidos

POPESCU, Oreste
1967 **Sistema económico en las misiones jesuíticas. Un vasto experimento de desarrollo indoamericano**, Barcelona, Ariel

TISSERA, Ramón
1969 **De la civilización a la barbarie. La destrucción de las misiones guaraníes**, Buenos Aires, Peña Lillo

2. **Misión de Chiquitos**

A. MISIONEROS:

FERNANDEZ, J. Patricio
1726 **Relación historial de las misiones de los indios chiquitos**, Madrid, Manuel Fernández, edic.del procurador P.J.Herrán; Asunción, 1896, Editorial A. de Uribe, 2 vols.

KNOGLER, Julián
1770? **Tratado sobre el país y nación de los chiquitos...y las misiones en su territorio**, publicado Por Werner HOFFMANN en **Las misiones jesuíticas entre los chiquitanos**, Buenos Aires, 1979, Fundación para la Educ. la Cien. y la Cultura.

C. ESTUDIOSOS:

AGUIRRE ACHA, José
1933 **La antigua provincia de Chiquitos** La Paz, Renacimiento

EGAÑA, Antonio de
1966 **Historia de la Iglesia en la América Española: Hemisferio sur**, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

MORENO, Gabriel R.
1888 **Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos**, La Paz, Libr. Edit. Juventud, 2a. edic.

3. **Misión del Chaco**

A. MISIONEROS:

DOBRIZHOFFER, Martín
1784 **Historia de los Abipones**, Resistencia (Chaco), 1968-1970, Universidad Nacional del Nordeste, traduc. del alemán, 3 tomos, estudio previo de Guillermo Furlong

FALKNER, Tomás
1788 **Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de América del**

Sur, Buenos Aires, 1911, Edit. La Plata, original inglés
1805 **Tratado de las enfermedades curadas con drogas americanas**

PAUKE, Florián
1942-44 **Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767**, Buenos Aires, 1942-1944, Universidad Nacional del Tucumán, 3 tomos

SANCHEZ LABRADOR, José
1910 **El Paraguay católico**, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, introd. de Samuel A. Lafone Quevedo
1936 **Paraguay cathólico: indios pampas-puelches-patagones**, Buenos Aires, 1936, Iau y Zona editores, introd. Guillermo Furlong
1948 **La medicina en el Paraguay Natural del P...**, Tucumán, por A. Ruiz Moreno
1960 **José Sánchez Labrador y su yerba mate**, Buenos Aires, edic. de Guillermo Furlong
1968 **Peces y aves en el Paraguay natural ilustrado 1767**, Buenos Aires, Compañia General Fabril Editora, introd. de Mariano Castex

CAPITULO V.

MISIONES DE PROV. DEL NUEVO REINO

Después de intentos sin éxito, en 1599 los jesuitas se establecen en Bogotá bajo la protección del arzobispo Lobo y Guerrero. Tres años después, una real cédula de Felipe III autoriza la fundación para que los jesuitas se consagren a la formación del clero criollo, a la educación de la juventud y «para que con su buena doctrina ayuden a la conversión y enseñanza de los indios». En 1611 se constituye la provincia del Nuevo Reino y Quito, que se dividirá en dos en 1696. Aunque en el siglo XVII los jesuitas neogranadinos iniciaron la evangelización de cinco regiones indígenas (Egaña 1966: 541), su misión más importante, por su amplitud, duración y resultados obtenidos, será la del Orinoco.

1. La Misión de los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta

Así la denomina en su obra (1729) Juan Rivero, el primer misionero cronista. El escenario de la misión eran las cuencas de tres grandes ríos de la misma red fluvial: el Orinoco (2.050 Kms), su afluente el Meta (827 kms) y el afluente de éste, el Casanare (500 kms), que recorre la región de los Llanos. Rivero explica lo que, para los misioneros, significaban tales cursos fluviales, cuando escribe: «a los ocho días de navegación río abajo se incorpora el Casanare con el Meta...y dentro de otros doce días de navegación desaguan...en el famoso río Orinoco» (1883:2). La misión se inició desde Bogotá en los Llanos del río Casanare y se consolidó cuando se establecieron de modo definitivo reducciones en la cuenca del Orinoco, que es es por su caudal el tercer río de Sudamérica y que se convirtió así, como las cuencas del Amazonas y del Río de la Plata, en escenario de las misiones jesuíticas.

Sin embargo, la misión no ocupó todo este enorme territorio, ni mantuvo siempre la misma extensión, sino que ésta dependió de tres factores: la misma expansión misionera por la fundación de nuevas reducciones, los arreglos con el clero secular del arzobispado de Bogotá y con otros misioneros (franciscanos y capuchinos, que avanzaban desde el delta por el Orinoco) para redistribuirse el campo misional y las periódicas correrías de los caribes, apoyadas desde los fuertes holandeses e ingleses en las Guayanas, que arrasaron muchas reducciones florecientes. Tales correrías de los caribes en busca de indios para venderlos como esclavos a los blancos, tendrán en esta misión un efecto negativo similar a las de los «bandeirantes» paulistas en el Río de la Plata y de los colonos de Belem do Para en las misiones de la provincia de Quito en el Marañón.

La duración de la Misión del Orinoco fué de poco más de un siglo (1662-1767). Sin embargo, tuvo un preámbulo de tres años (1625-28), en el que la provincia del Nuevo Reino, a petición del arzobispo de Bogotá Arias de Uriarte, se encargó de las cuatro «doctrinas» de Chita, Támara, Pauto y Morcote en la región de los Llanos; el trabajo misional ya estaba desarrollándose con los métodos propios de los jesuitas, que partían siempre del aprendizaje de las lenguas indígenas, cuando el nuevo arzobispo Cortázar decidió transferir dichas doctrinas al clero secular. Treinta años más tarde en 1659, al quedar sin sacerdote la doctrina de Tama, los jesuitas son invitados de nuevo a los Llanos; ellos envían dos misioneros a examinar la zona y en 1662 establecen definitivamente una misión en torno al río Pauto.

De acuerdo a mis objetivos, no pretendo reseñar ahora la historia de esta misión. Sobre ella escribieron los mismos misioneros (Rivero 1729, Gumilla 1745, Gilig 1780-84), dos historiadores jesuitas del período colonial (Mercado 1683 y Cassani 1741) y los modernos historiadores en monografías (Jerez 1962) o en historias de la Compañía (Pacheco 1962) o de la Iglesia hispanoamericana (Egaña 1966). Sin embargo, debo trazar a grandes rasgos el panorama de la misión de los tres ríos. Las etnias más importantes a los que se trató de evangelizar fueron los achaguas, giraras, tunebos, guahivos y chiricois, beyotes y sálivas. El método fundamental era establecer nuevos pueblos, después de entrar pacíficamente en tierras de infieles y de invitarlos a «reducirse»; ante el temor de las irrupciones de los caribes, algunos pueblos tenían una escolta de soldados españoles. Jerez (1952) ha recogido, en un apéndice de su obra, sendos cuadros sobre las reducciones fundadas y las que quedaban el año de la expulsión (Jerez 1952:305-307). En el primer cuadro aparecen las 43 reduciones fundadas entre 1661 y 1755, 8 en el Casanare, 8 en el Meta y 27 en el Orinoco, con el año de fundación, nombre del fundador y etnia (a veces eran dos) que la constituía. En el segundo cuadro aparecen 16 reducciones con un total de 9.940 indios, 21 misioneros, la etnia o etnias de cada reducción y el número de indios de éstas (5.420 en las 6 del Casanare, 2.200 en las 4 del Meta y 2.320 en las 6 del Orinoco).

Es notable la exploración geográfica que implicaba el trabajo misional. Así en 1664, para ver si la misión de los Llanos, de tan difícil comunicación con Bogotá, podía atenderse desde la Guayana, sobre todo pensando en los misioneros que llegaban de España, los PP. Francisco Ellauri y Julián Vergara organizaron una expedición y unieron por primera vez los Llanos con el Atlántico navegando por el Casanare, Meta y Orinoco. No faltó la cuota de muertes de misioneros, sobre todo a manos de los caribes. Así en octubre de 1684, en la apenas iniciada misión sáliva, los caribes asesinaron a los PP. Ignacio Fiol, mallorquín, Gaspar Beck, alemán, e Ignacio Teobast, flamenco, y otros misioneros del Orinoco tuvieron que refugiarse en el

Casanare (Rivero 1883:256-63). No hay duda, finalmente, que en esta misión hubo grandes misioneros, entre los que destacan Alonso de Neyra y José Gumilla, que, según el cuadro de Jerez, eran los que fundaron más reducciones, el primero 3 y el segundo 5. Neyra puede ser considerado el gran misionero del siglo XVII, pues muere en 1705, después de cuarenta y cuatro años en la misión, mientras que Gumilla es el gran misionero del siglo XVIII, como se verá en su biografía.

2. Los misioneros cronistas

La crónica jesuítica sobre las misiones del Nuevo Reino es escasa y fué escrita por tres superiores de las mismas, Rivero, Gumilla y Gilij. Además es relativamente tardía, apareciendo solo en el último medio siglo del período de nuestra historia. Así Gumilla publica la primera crónica en 1741, aunque ya en 1729 Rivero había terminado la suya, mientras que la de Gilij no se escribirá hasta el destierro y se publicará en italiano entre 1780-84. Paso a presentar la obra de los tres cronistas.

2.1 JUAN RIVERO (1681-1736)

Sobre la vida de este misionero cronista hay una una carta de Gumilla, publicada en Madrid en julio de 1739. Rivero nace en Miraflores de la Sierra (Madrid) y muere en la Misión de los Llanos un 15 de agosto, el mismo día en que cumplía 55 años. Llegó a Bogotá en 1705 y, después de ejercer su ministerio en distintas casas de la provincia, marcha a fines de 1720 a la Misión de los Llanos, de la que llegará a ser superior en 1730. Hablaba tres lenguas indígenas (**airico, beyote y achagua**), habiendo escrito un **Arte y vocabulario en lengua achagua**. Cinco años después de su muerte, en 1741 se publicó en Córdoba, su **Teatro del desengaño**, obra ascética dirigida a sacerdotes, religiosos y personas casadas, que fué reimpresa en 1956 en Bogotá en la Biblioteca de la Presidencia de Colombia.

Pero la obra más importante de Rivero para esta antología es su **Historia de las Misiones de los Llanos del Casanare y de los Ríos Orinoco y Meta**, que no fué publicada hasta 1883 en Bogotá en la Imprenta de Silvestre con una introducción de Ramón Guerra Azuola, que la supone escrita en 1736. Sin embargo, yo creo que debió terminarse en 1729, pues Rivero en el penúltimo capítulo del libro refiere «un caso que pasó en este año de 1729» (1883:436). De esta crónica hay una nueva edición en 1956 en Bogotá en la Biblioteca de la Presidencia de Colombia, no. 23, que no he podido consultar.

La obra de Rivero es una típica crónica misionera. Narra el desarrollo de las misiones jesuíticas en el Nuevo Reino, de acuerdo a la clásica concepción de historia de Cicerón como «vida de la memoria y maestra de la vida», para buscar apoyo a la empresa misional. El autor reconoce que si consiguiese «inclinar el ánimo de los lectores a favor de las misiones, hasta el punto de resolver dedicarse a ellas, daréme por bien pagado» (p.XIV). Por eso, es también una historia ejemplar, que dedica capítulos enteros a la vida santa de misioneros ilustres y especialmente de los que murieron violentamente a manos de los indios. Pero esta ejemplaridad no le quita sentido crítico y, por eso, Rivero intercala en su narración juicios de valor sobre los indios, sobre los españoles y hasta sobre algunos misioneros. Entre estos juicios son especialmente duros lo que tiene contra los primeros conquistadores que llegaron a los Llanos.

Las fuentes de la crónica de Rivero son las relaciones escritas por los primeros misioneros y la misma experiencia personal del autor, como observador minucioso de las «costumbres y ritos, usanzas y territorios» indígenas y como protagonista, a lo largo de los últimos nueve años, de no pocos de los sucesos que narra. En su pólogo manifiesta Rivero esta doble fuente:

> «Estas razones y quizás las quejas que se oyeron en Europa, de que no daba noticia el Nuevo Reino de lo trabajado por sus hijos en las misiones gentiles, movieron al padre Diego de Tapia, como provincial de estas Provincias, a poner haldas en cinta el año pasado de 1728, y mandar se sacasen con cuidado del archivo de Santafé los papeles que podían conducir para escribir esta historia. Se sacaron varios papeles de ambas relaciones, y cartas escritas por hombres doctos y verídicos y por los mismos misioneros que fundaron los pueblos, en donde como testigos de vista dan noticia puntual de lo que pasó entonces. Añádase a esto, la práctica de algunos años de misionero, en los cuales por obediencia he recorrido varias poblaciones y sitios así de los ya cristianos como de las naciones bárbaras, entrando a sus propias tierras para reducirlas a pueblos. Con esta ocasión y con haber hecho estudio particular de observar sus acciones hasta las más menudas, sus costumbres y ritos, usanzas y territorios y otras cosas curiosas, hice mis anotaciones de todas estas noticias, así de las que saqué de los papeles dichos como de las que fuí adquiriendo, y compuse mi historia» (XIII-XIV).

Al explicar su uso del material documental, Rivero sostiene que se ha limitado a reproducir literalmente las relaciones «reducidas a método y puestas en su lugar, habiéndolas entresacado de muchos papeles sueltos, en

lo que sudé no poco, atendiendo a la serie de los años y a otras circunstancias» (p.XIV). Sobre el lugar donde escribió dice: «las riberas del río Meta han sido el taller donde se forjó esta obra. Aquí, las incomodidades de la casa en que vivo, el concurso de los indios con sus importunas demandas, las visitas de los indios gentiles Chiricoas, sobremanera vocingleros, y otros varios estorbos.., han sido el retiro que he tenido y la quietud que se me ha dejado para semejante empresa» (p.XIV). Se trata, pues, de una obra con sabor antropológico escrita en el escenario de los hechos, sin más fuente que la memoria escrita de los primeros misioneros y el hecho misional palpitante ante los ojos. La ausencia de una biblioteca de consulta explica que no haya referencias bibliográficas, como las que traen otros cronistas, y que ciertos sucesos de otros sitios que se intercalan deban tomarse más como simple anécdota o como un recurso para amenizar la narración que como material para un verdadero análisis comparativo.

Sobre el estilo de la obra, Rivero reconoce que es «tosco y sin arte», aduciendo en su descarga la misma razón que otros cronistas y que es una prueba de su adaptación misionera, a saber el «pequeño uso de la lengua castellana que acá se hace, pues con la necesidad de tratar a estas gentes en sus idiomas bárbaros, se beben insensiblemente sus modos tosquísimos de hablar y se olvidan los propios». Pero, el cronista aprovecha la ocasión para declarar que lo que falta de estilo sobra de objetividad: «lo que falta al estilo he procurado suplirlo y compensarlo con la verdad, no queriendo escribir cosas inciertas, sino lo que de cierto me consta» (p.XIV).

La crónica de Rivero está construída bastante lógicamente, siguiendo el desarrollo de los hechos en cada una de las tres grandes cuencas. Esta dividida en seis libros y en 110 breves capítulos. El primer libro trata del país, en donde no podían faltar los clásicos capítulos sobre plantas y animales, de la conquista española y de los primeros misioneros. El segundo y tercer libros se refieren a las misiones del Casanare y al progreso alcanzado; el cuarto a las misiones del Orinoco y al martirio de algunos misioneros; el quinto de las misiones de Airico y Betoyes, y finalmente el sexto de las misiones del Meta.

He elegido para la antología dos textos. El primero es una síntesis etnográfica de los Achaguas, importante etnia de esta misión, donde Rivero describe, sobre todo, las prácticas mágicas y la celebración de **berrías**, en las que se libaba bebida obtenida de la yuca. El segundo texto es la interesante narración que Rivero hace de su entrada de unos dos meses y medio (5-XII-1725 a 16-II-1926) a los amarizanes del Airico, donde logra la promesa del cacique Irrijirre de trasladarse con su gente al año siguiente al Meta y fundar una reducción; en la narración hay, no solo significativos datos sobre los

mecanismos de captación de los misioneros y de resistencia de los indios frente a la reducción, sino también excelente etnografía, como la descripción de las ceremonias de bienvenida a los huéspedes y las **mirrayes** de los amarizanes.

I. SINTESIS ETNOGRAFICA DE LA NACION ACHAGUA (1729)

(1. Tipo físico y alimentación)

«Ya se ha dicho lo numeroso y extendido de la Nación Achagua, la cual se enseñoreaba en otro tiempo desde el principio de estos sitios hasta los fines más remotos. Es esta gente bien dispuesta, de forma gallarda y de buen talle; usan las cabelleras bien pobladas y dilatadas hasta casi la cintura, no solo las mujeres, sino también los hombres. Sus armas son arcos y flechas. Estas las retocan con yerbas venenosas y mortíferas (este veneno es el **curare** del que se habló arriba), de manera que en haciendo sangre la flecha, es mortal y sin remedio la herida. Son tan certeros en sus tiros que dan un mismo punto del objeto, cuando está firme o parado, y enseñan este primor a sus hijos desde su tierna edad de dos o tres años, haciéndoles sus arquillos y flechuelas proporcionadas a la pequeñez de sus brazos; y en este ejercicio, por vía de jueguetes, se entretienen los niños flechando lagartijas, pájaros y otras sabandijas pequeñas y tal vez no perdonan los pollos de sus vecinos por emplear su tiro. Se prueba su destreza con lo que sucedió a un niño achagua de diez años. Aparecióse una lechuza de noche junto a la casa del padre; dijo él por donaire al muchacho que cogiese el arco y la flecha y la flechase; sacó el arco y trajo de allí a poco ensartada en la flecha la lechuza, y la ofreció a su misionero.

En esta destreza tienen asegurado el mantenimiento de sus personas, hijos y mujeres, siendo su patrimonio y hacienda los peces de los ríos, las aves de los montes y los animales de la sabana, como ellos dicen: 'a nosotros los indios (dijo uno de los achaguas) no nos ha concedido Dios el entendimiento de los blancos para granjear haciendas, pero nos ha dado otra hacienda que son las dantas y los monos, venados, aves y peces que flechamos y con ellos mantenemos nuestra vida'. Mas, como esta habilidad y destreza no es solo de los achaguas, sino de las demás naciones, basta lo que queda dicho seobre este punto.

(2. Vestido y adorno del cuerpo)

El vestido por lo común es el natural, como en las demás naciones de

estos sitios; desnudos nacen y desnudos mueren, si bien cubren esta desnudez con variedad de matices y colores, con que se pintan desde los pies hasta la cabeza. Salen algunas veces tan prolijamente pintados, y dispuestos con tal orden los colores, que parece que están vestidos con telas de rayadillo por todo el cuerpo; las cabezas de ordinario las tienen teñidas de encarnado, de suerte que vermejean los cabellos, como si los tiñeran con almagre; úntanlos con cierto aceite otras veces, como lo hacían los hebreos; para las manos usan el zumo de una fruta que se las pone megras como un pez y quedan como guantes.

Dije que el vestido es por lo más común el natural, pero debo advertir que, aunque los varones andan desnudos, con lo que basta en algún modo para cubrirlos en parte con algún género de decencia, las mujeres, aun las que viven en el gentilismo todavía, se cubren con cierto tejido de esterilla dócil, labrada curiosamente de unos hilos como de pita, que sacan de los cogollos de una palma; tiene de largo dicha estera cosa de una vara y ancho tres cuartas con poca diferencia; ésta la prenden con una cuerda por el hombro a manera de talabarte, y quedan decentes; pero ya el día de hoy están reducidas a la modestia cristiana, así hombres como mujeres, en lo cual han trabajado no poco los padres y han gastado y gastan todavía las pocas limosnas que alcanzan, para proveerlos de camisetas, mantas y un pedazo de lienzo con que se cubran, y muchas veces quitándose las sábanas de la cama y mantas con que duermen, para repartirlas a pedazos entre sus indios.

Es muy raro el indio de esta nación a quien le nazcan las barbas; al cabo de la vejez suelen apuntarles algunas, lo cual puede ser que provenga de la guerra continua que traen contra ellas desde mozos, arrancándoselas de raíz. Han inventado varios modos para arrancárselas cuando apuntan, que, si se tomaran por penitencia, sería una de las horribles que se podían hacer. Buscan para este efecto una resina muy pegajosa y blanca, con ésta se cubren todo el rostro, sin perdonar a las cejas; después que está incorporada esta resina con la barba, si la hay, y con el vello y cejas, van tirando este betún con fuerza, al redopelo, con que van arrancando a repelones la barba, vello y cejas, remirándose muy despacio en el espejo, mientras tan cruel sacrificio; solo perdonan a las pestañas, para que no parezacan sus ojos 'ojos de iguana o de pescado', como respondió uno. Usan también tenacillas de palo para este efecto, función en la cual gastan mucho tiempo para arrancarlos uno a uno. Otros se valen de mano ajena para este afeite y rasura, y entonces coge un hilo el que hace oficio de barbero, tuerce este hilo muy despacio a raíz del pelo y vello, y cuando está bien trabado con el hilo a fuerza de torcer, tira de golpe hasta arrancarlo todo.

(3. **Religión, adivinación, sueños y brujería**)

No adoran ídolos los achaguas, ni se ha conocido este despeñadero en las demás naciones que tenemos. Agoreros sí tienen muchos y adivinadores de los sucesos futuros, ya por el canto de los pájaros, ya por el encuentro de animales terrestres y ya por los peces que flechan en las mismas corrientes de los ríos, en lo que son diestros y admirables, como se dijo ya. De los primeros que flechan y sacan, se pronostica el buen o el mal suceso de las pesquerías o de otras cosas, a lo cual concurre con sus diabólicas sutilezas el demonio, y en aconteciendo el suceso o algunas cosas de las que ellas pronostican, se persuaden que son los sucesos hijos de sus supersticiones.

Con lo que más usan estos engaños es con unos polvos que benefician ellos mismos en las frutillas de ciertos árboles coposos y crecidos: llaman a estos polvos **yopa**, con los cuales hacen ellos sus adivinanzas. Pongamos el ejemplo: quieren salir a una guerra, o a hacer un viaje y desean saber el fin que tendrá la empresa; para esto se juntan y convocan a muchos y comienzan a darles la **yopa**, cuyo uso es por las narices, tomándolo a manera de tabaco y es de tan grande fortaleza, que a breve rato los priva de juicio; con la fortaleza suma hace gran llamamiento de humor a las narices y aquí entra la adivinanza y la señal de sus presagios, porque, si comienza la evacucación de la asquerosa viscosidad por la ventana derecha de la nariz, lo tienen por gran señal y se pronostican buenos sucesos; y si por la ventana izquierda, lo tienen por ruin presagio e indicios manifiestos de sucesos infaustos; si por ambas ventanas a un mismo tiempo, queda indecisa la materia; y como el que sea por ambas es lo ordinario, suelen estarse un día entero sorbiendo **yopa**, con su duda, hasta que les dé a conocer el efecto por una ventana de las narices. En el ínterin se están hablando con recios y desentonados gritos a manera de locos, haciendo gestos disformes, y aunque están muchos juntos, no hablan unos con otros, sino cada uno a solas, con acciones y meneos, preguntas y repreguntas, que muestran hablar con el demonio a quien piden consejo en sus determinaciones y dudas, y la declaración de los sucesos futuros.

Hase trabajado con fervorosísimo empeño en derribar este abuso, que está en nuestros achaguas casi apagado del todo, especialmente entre los cristianos antiguos, con las continuas pláticas de los nuestros, con las frecuentes visitas, con quebrarles los intrumentos; y vez hubo que fue esto con notorios peligros de nuestros operarios, por haberlos cogido ya demasiadamente embriagados por la **yopa**, y querer defender sus ritos; pero siempre han salido con el favor divino victoriosos los nuestros.

Entre otras supersticiones que tienen, es una y muy principal la que

llaman **chaca**, que se reduce a bendecir el pescado al principio del verano, cuando se empiezan las pesquerías. Reúnense para esto los indios de noche, y en una olla grande juntan y echan gran cantidad de peces, y entre ellos un pescadillo pequeño, al cual llaman **chaca** en su lengua, y de quien toma nombre la función. Cuécenlo todo junto, y previenen para esto muchas hojas de tabaco y una porción considerable de tortas de cazabe, que es su pan ordinario; ya que está bien cocido el pescado, lo apartan del fuego, su sacerdote, a quien llaman **Piache**, empieza con muchas ceremonias a ejercitar su oficio, para lo cual encienden uno tras otro variedad de tabacos. Después el venerable sacerdote, sirviéndole su propia boca de incensario, va incensando poco a poco, con muchas ceremonias y gestos y con ciertos ensalmos, el pescado y cazabe; pasan en esta función toda la noche, y con esto queda santificado todo, y preservados los que lo comen de muchas enfermedades. No a todos les es lícito comer semejantes ofrendas: han de comer de ellas los niños que comienzan a comer pescado para que no les haga daño éste en toda su vida, aunque le coman hasta reventar; también las doncellas han de comer de él, para no engordar demasiado cuando lleguen a grandes.

Con éstos y otros semejantes desatinos tiene engañada el demonio a esta miserable gente, como si fuera dogma de fe esta multitud de disparates; extiéndese esta creencia hasta a sus mismos sueños. Ya se sabe que su primera distribución por la mañana al rayar el día ha de ser ir refiriendo todos cuantos disparates han soñado, y esto en cada **caney** o casa, empezando el primero de todos su cacique o capitán; van contando el sueño en tono de lamentación muy a la larga, con un sonsonete tan triste y melancólico, que pone en confuión a todo el pueblo. Aunque no adoran ídolos los achaguas, como se dijo ya, no obstante se ha visto llevarlos ya en procesión tal vez, y hacer fiesta a sus dioses, la cual se reduce a una danza, en que se disfrazan todos a manera de matachines, y llaman **Chuvay**. No ha dos años que hicieron semejante fiesta en uno de estos pueblos nuevos en ausencia del padre, pero, aunque es verdad que hubo estos disfraces y mascaradas, como lo hacían en su gentilismo, no se pudo averiguar que sacasen ídolos.

Remataremos este capítulo con otra superstición bien perjudicial que tienen los achaguas en su gentilismo. Como son tan pusilánimes los indios, por una parte, y tan vengativos, por otra, les ha inspirado el demonio una astucia para quitar la vida al ausente, sin peligro de ser conocido el que ejecuta el daño. Procuran haber a las manos para este fin alguna prenda de aquel a quien desean matar, conviene a saber, cabellos, saliva o cosas semejantes; esto lo revuelven con unos polvos encarnados que llaman **chica**, que meten después dentro de un calabazo pequeño; llaman a esta mixtura **carrage**, **mojan** o **camerico**. Hecha esta diligencia, invoca el hechicero con

grandes voces al demonio y permitiéndolo Dios así, muere el ausente, más por malicia de Satanás que por virtud y eficacia del hechizo, que, como se ve claramente, no puede tener actividad para quitar la vida, ni aun al que está cerca, por no contener veneno alguno estos polvos.

No es menos perjudicial que el que queda dicho, si bien no contiene pacto con el demonio, otro modo que tienen de vengarse de su enemigo.Críase una culebra en estos sitios, larga como de cuarta y media, a la cual llaman **barbarí** los achaguas; está poblada esta sabandija de pelo corto y bermejo, como menudas cerdas, pues los que entienden de este arte, que suelen ser los viejos ordinariamente, guardan con gran cuidado este pelo y, cuando llega el caso de quererse vengar de su contrario, echan con gran disimulo en la comida o bebida de su enemigo parte de este pelo y cerdillas, algo semejantes a las que crían las hortigas. De allí a poco tiempo comienza a enfermar el sujeto que come de esto y a vomitar vinagre; vase enflaqueciendo poco a poco hasta quedar como un esqueleto y, al cabo de tres o cuatro meses de enfermedad, muere sin remedio el doliente. Esta suele ser la raíz de las disensiones y discordias que ocurren entre las parcialidades, porque, como ven la piedra y no pueden saber ciertamente la mano que la tiró, todo se reduce a sospechas, como sucedió pocos días ha, que quitaron la vida los Achaguas a uno de su misma nación, siendo gentil, por una sospecha semejante que se arraiga de tal modo en su pecho, que, aunque muera el indio de otra cosa y de alguna enfermedad de las que envía Dios, han de decir que fué **Moján** o **hechicero** el que lo mató.

Siendo como son ateistas estos miserables gentiles y no adorando Dios alguno, aunque conocen al Creador de todo muchos de ellos, aun en su gentilismo, como se dirá después, es fácil su reducción al conocimiento de Dios.

(4. Rasgos sicológicos y bebida)

Los Achaguas son por naturaleza dóciles,agradables, blandos y más capaces y vivos de ingenio que otras naciones; y se ha experimentado esta verdad con el hecho de que, de las naciones que tenemos en nuestras reducciones, han sido más en número los adultos que se han bautizado, no obstante tener dos bajíos formidables que hacen dificultosísimas sus conversiones: son la embriaguez y la poligamia, o sea la multitud de mujeres con quienes están a un mismo tiempo casados a su modo: tres o cuatro suelen ser las ordinarias que tienen, y muchos de ellos ha habido que tienen seis u ocho. A éstas comúnmente las tratan con igualdad, aunque en las labranzas que hacen tienen sus diferencias y ponen sus divisiones con es-

tacas y otras señales, para que unas no lleguen a disfrutar las labranzas de las otras, y son en esto cuidadosas,aunque estén las labranzas contiguas unas a otras.

El beber es su vivir, toda su felicidad y su gloria. Son entregadísimos a la embriaguez, del beber se sustentan, esto comen y con solo esto viven y, aunque tienen vianda racional de que usan siempre, es solo porque ésta les aviva el apetito para beber insaciablemente y se compone de lo que en España se llaman pimientos y en las Indias **ají**. Seis u ocho de estas frutas las dividen en pedazos y echándolos en una olla con agua, los hierven muy bien, y en esta agua de ají, que de ordinario está sin sal porque no la tienen, mojan el pan que usan, y llamamos cazabe nosotros; abrásanse las bocas por el mucho picante y, para apagar el ardor, van continuando a cada paso la bebida. Esto es por lo que toca a su ordinario estilo y al común de todos los días, porque, cuando se hace la bebezón solemne, a la que concurre todo el pueblo, salen como río de madre con inundaciones de bebida.

Es función muy plausible y deseada de todos la de este día, como el mayor del año, de éste hablan y en éste sueñan mucho tiempo antes, como de fiesta tan solemne entre ellos. En llegando el día señalado se ponen de gala para beber según su estilo y usanza; toda la gala se reduce a esforzar cada uno la valentía de su pincel en sus rostros y cuerpos, así hombres como mujeres, inventado rayas y exquisitas figuras a fuerza de inauditos barnices, gastando largo espacio al espejo donde miran y remiran; y son tan bárbaros éstos, que entonces les parece estar más gallardos y galanes, cuando quedan más fieros y más espantables a la vista. Puestos ya de gala los convidados, como se ha dicho, se van derechos al **caney** como a las 7 de la mañana; ya están prevenidas las viandas de pescado y de monos y otras comidas semejantes, los asientos o el suelo que suele ser el ordinario, los instrumentos músicos, y son unas flautillas que tocan sin concierto y sin arte; ya tienen prevenida su chicha en una o dos canoas bien capaces, pero muy llenas y bien provistas para beber. Siéntanse por su orden en el suelo en cuclillas o en unos asientos bajos, que ocupan los caciques y nobles, luego empiezan sus sirvientes, que son los mozos del pueblo, a repartir la chicha en unas vasijas a manera de arteza que llamamos **Muriques** y son muy semejantes a las calabazas de España. Así van ofreciendo la bebida hasta recorrerlos todos, y empezando la tanda otra vez y otras repetidas en continua faena, se están bebiendo sin cesar hasta que se agotan las canoas del todo, que suele ser por la noche.

Apenas empieza a hacer su oficio este brebaje, por ser tan fuerte, cuando se sigue lo mejor de la función, y es una zambra confusa por hablar todos a una, sin concierto, sin orden y a gritos, que parece ser un retrato del

infierno el **caney**. Y siguiendo cada uno entonces el ímpetu de su genio, ríen unos, lloran otros, allí cantan y tañen sus pífanos,allá se esfuerzan y se repiten sus agravios, pero sin cesar la bebida un punto, entrando y saliendo todo el día en una continua confusión hasta que llega la noche. Aquí, rendidas y atormentadas las cabezas por la fortaleza de la chicha y continuos gritos, se van saliendo del **caney** y sin acertar el camino de sus casas, quedándose muchos de ellos por esos suelos como troncos, dormidos, otros en horribles arcadas que se dejan oir por todo el pueblo hasta prorumpir en vómitos. No pocas veces, sino muchas, suelen parar en riñas y a porrrazos lo que empezó en fiestas, y otras indecencias indignas que no pueden decirse.

Este es un abuso de los más perjudiciales que hay, por las consecuencias tan malas qu trae consigo, contra el cual han trabajado y trabajan nuestros misioneros, no solo en la nación achagua, sino en las demás naciones de estos sitios, por ser este vicio común a todos. Pero, aunque es verdad que se ha reducido a alguna moderación en este punto, ha sido y será imposible el desarraigarlo del todo: ellos beben y han de beber, aunque le pese al padre, y si, temerosos del castigo o de las amenazas de su cura, dejan de beber en el pueblo, han de buscar dónde beber sin que lo sepa el misionero. Los montes y labranzas serán su asilo y rochela, como suelen hacerlo, donde serán mayores los desórdenes, mayores las indecencias, con menor recato los delitos y más en número las culpas, con que por vía de buen gobierno es preciso el permitirles aquestas bebezones, tal vez por no perderlo todo con el demasiado aprieto.

(5. **Preparación del cazabe y de la berría**)

Pero, porque deseará saber el curioso de qué se fabrica esta bebida tan eficaz y fuerte, que les priva del juicio, diré aquí el modo como se hace y los materiales que para ello usan. Esta se hace del mismo pan o cazabe que dijimos arriba, para cuya inteligencia diré cómo se hace éste, cómo se cierne, cómo se amasa y cómo se cuece y forma, que para todo esto ha dado la altísima providencia de Dios modos muy sutiles a estos bárbaros para el sustento de sus personas.

Este pan o cazabe se hace de unas raíces (a manera de nabos) llamadas **yuca** y es tradición y sentir muy común, que las plantó en estas Indias el glorioso apóstol Santo Tomás, cuando las honró con sus sagradas plantas. Hay dos especies de esta yuca, la una llaman **yuca mansa**, la cual asada o cocida es de mucho sustento y tiene el sabor de las castañas; la otra llaman **yuca brava**, porque el humor y jugo es tan fuerte y venenoso, que bebién-

dolo, ahora sean hombres, ahora brutos, estando sin cocer, revientan luego, de que hay ejemplares muy frescos todavía.Poco tiempo ha que reventaron, por haberlo bebido, dos bestias caballares y tres gatos y, lo que causa mayor lástima, una india que, despechada y rabiosa por cierto acaecimiento, cogió unas totumas de este zumo y se las echó a pecho y murió desesperada.

Este jugo tan venenoso y activo pierde toda su fuerza y valentía cociéndole al fuego, y forman de él los Achaguas una bebida que usan, y vinagre también con que sazonan sus comidas; de una y otra yuca fabrican el cazabe, pero lo más común es de la que llaman **brava**. Esta la rallan para hacer su pan y no teniendo ellos rallos, inventaron sus ingenios unos bien peregrinos: toman una tabla de dos tercios de largo y una cuarta de ancho y buscando en las playas de los ríos unas piedrecitas bien pequeñas, afiladas y agudas, las van clavando con sutileza y buena proporción en el un lado o plan de la tabla, y luego le dan un barniz con un betún resinoso que sacan de algunos árboles, tan pegajoso y fuerte, que dura ocho o diez años y antes se quiebra a pedazos las tablas que saltar las piedrecillas. En este instrumento rallan la yuca y, como ésta es tan acuosa y jugosa, es menester purificarla de este zumo, por ser tan venenoso como se ha dicho, para lo cual era necesario la prensa. No les faltó industria para esto, como no les faltó para el rallo: de unas cañitas muy sutiles que van sacando, tejen una grande bolsa, como de dos varas de longitud y media de circunferencia, que tiene su boca por lo alto y remata en una presilla por la parte inferior. En ésta van echando de aquella masa o yuca rallada, hasta dejarla casi llena; cuelgan después este instrumento en un árbol o palo, y por la presilla que se dijo y en que remata esta bolsa, meten una palanca bien fuerte, siéntase sobre ésta la india y haciendo peso con el cuerpo, va despidiendo todo el humor la masa hasta dejarla como estopa.

Puesta ya en este estado la masa, la van desmenuzando entre las manos y cerniendo en unas cribas que hacen de caña muy sutiles. Sigue el cocer el pan y esto lo hacen con facilidad las indias; labran unas planchas de barro redondas, muy lisas y aseadas, de vara y media de circunferencia, que cuecen al fuego como se cuecen los ladrillos; ponen esta plancha sobre tres piedras en el suelo, en figura de triángulo, apartadas con proporción unas de otras; encienden leña debajo hasta que coge el **budare** (así se llama la plancha) el calor y el temple necesario para cocer el cazabe; van echando en él esta harina y extendiéndola proporcionalmente en todo lo que coge el **budare**; vuelven y revuelven de un lado y de otro la torta, y a breve rato queda ya cocido el pan; y hacen esto con tanta presteza las indias que, en el espacio de una hora, hace diez o doce tortas cada una. Este es el pan tan celebrado en estos territorios y el único que se goza en ellos.

De estas tortas de cazabe componen los Achaguas aquella bebida fuerte que dijimos y es de esta manera. Sobre unos zarzos de caña ponen al humo estos panes; allí los dejan estar hasta que se ponen mohosos y de ordinario muy llenos de gusanos; en este estado y con esta sazón y punto echan a hervir en unas ollas el cazabe medio podrido ya; tapan después la olla, apartada del fuego, con unas hojas, después de un rato de tiempo van colando este cocimiento por cedazos y cayendo lo líquido y acendrado en unas grandes totumas o calabazos que tienen solo para este fin, déjando acedar y avinagrar mucho y queda con esta fortaleza y vigor, sin otro beneficio alguno, que basta para embriagar. Llámase **berría** esta bebida en su lengua y se deriva de la palabra **berri**, que significa cazabe por fabricarse de él, y a la misma bebezón llaman también **berría**. Esta bebida, como se ha dicho, es el vivir de estos indios, en esto consiste la celeridad de sus bailes, toda la prevención de sus fiestas; con ella se disponen para sus batallas, con ella celebran sus casamientos y con ella festejan a sus parientes y amigos, cuando vienen a verlos de otras tierras.

(6. Actitud pastoral ante la poligamia y la berría)

Como dejo apuntado, esto y la poligamia son dos bajíos muy dificultosos que para su conversión tienen estos gentiles. Pero contra esto es adonde asestan nuestros misioneros sus artillerías (con la prudencia que se ha dicho) y el celo y valor de su espíritu y el fervor de su ardimiento,venciendo insuperables dificultades y exponiéndose a continuos peligros, como los han tenido varias veces y expresaremos en su lugar. Porque, como son estos vicios tan nacionalmente heredados y como les hace alto el apetito, y éste entre estas naciones tiene a la razón de todo punto tiranizada, sienten vivamente el enfrentamiento; y, finalmente, como la ley de Dios se opone tan totalmente a la del mundo y a la de la carne y estas gentes se han connaturalizado con ésta, es arrancarles el corazón y el alma el quererles quitar sus preceptos e introducirles los divinos.

Estas arduidades tan notorias las veremos vencidas en alguna parte por nuestros fervorosos misioneros, a costa de muchos desvelos y trabajos, especialmente en el pueblo de Casanare, en donde desde la antiguedad son conocidas las mejores y más raras borracheras, por lo menos las públicas y de comunidad que usaban antes. La poligamia no se usa ya en ninguno de los pueblos y es muy raro (hablo de los gentiles que están poblados) el que tenga más de una mujer, siendo así que, cuando entraron los nuestros, no había alguno que no las tuviese multiplicadas, extendiéndose este abuso hasta en los cristianos que hallaron, de quienes había muchos casados con dos mujeres» (1883:102-111).

II. ENTRADA DEL P.RIVERO A LOS AMARIZANES (1726)

(1. Salida del Meta y azarosa llegada a Macubarra)

«Embarcámonos en el río Meta el día 5 de diciembre de 1725, como apunté arriba, con 3 soldados españoles y algunos indios.A los nueve días de navegación, parte por el mismo Meta y parte por el Manacasia, que desemboca en él con caudal bien crecido y arrebatada corriente, llegamos a una ensenada para buscar el camino de tierra por este sitio. Allí dejamos aseguradas las embarcaciones para la vuelta y algún matalotaje de cazabe y, al día siguiente, repartidos los víveres y el bagaje que habían de cargar los indios a hombros, se prosiguió el viaje. Tiene el Manacasia a sus orillas unos cerros muy altos, que traen su origen desde muy lejos y van prosiguiendo encadenados hasta llegar al Meta y servirle de costas, como el espacio de cinco leguas donde rematan; subimos por estos cerros y alturas con bastante fatiga y cogimos tierra llana, cuando despues de dos jornadas bien cortas, deslumbrados los guías desconocieron el rumbo, diciendo uno de los que guiaba que hasta allí se veía y nada más.

No dejó de desconsolar a todos esta especie, pero empeñados ya, hubimos de proseguir la derrota y caminar a ciegas, a Dios y ventura, y a lo que diese el hado. Así se caminó muchos días sin senda que nos guiase, travesando pajonales y pantanos y saliendo a los cerros, que hay muchos por esa parte, para ver si se descubrían algunos humos. Quiso Dios que, habiendo caminado algunas leguas, hallásemos un camino de Chiricoas con señales bien frescas de haber andado por ellas poco antes, y aunque no nos constase que guiase a los Amarizanes, se hacía dictamen no mal fundado de que iba a los Masivarivenis, población de Chiricoas gentiles que tienen amistad con los indios Achaguas. Con esto y con la mira de reforzar los víveres en ese pueblo, como de tomar lengua sobre el camino del Airico, seguimos y, después de muchos días de viaje, llegamos al río **Tebiare**, a cuyas orillas se juzgaba estarían los Chiricoas poblados; pasamos a la otra banda y se nos aguó el contento, porque hallamos quemada la población y sin gente, que así lo hacen estos indios cuando se cansan de vivir en un sitio y se han de mudar a otro. Aquí creció la perplejidad sin saber qué consejo tomaríamos, porque estaba muy lejos todavía el Airico y muy cerca el acabarse los víveres, sin haber donde reforzarlos en tan dilatados desiertos y esterilidad de tierras. Cansados de tanta dilación y fatigados del hambre, cuatro Goagibos que nos guiaban se quitaron de ruídos y se huyeron esa noche, con que nos quedamos sin guías.

Proseguimos no obstante, fiados de la Divina Providencia, aunque

bien desconsolados todos y caminando a ciegas; no tardó mucho tiempo Dios en consolarnos, porque a las 8 de la mañana, con poca diferencia, se divisaron unos humos al parecer cerca, pero en realidad bien lejos; alentáronse los indios con esta vista y se adelantaron 3 o 4 de ellos a toda prisa, para investigar qué gente era aquella, si serían por ventura los Masivarivenis sus amigos. Mientras se averiguaba esto, pareció conveniente que se esperase la respuesta de lo averiguado y visto en uno de aquellos montes, como se hizo luego, ranchándose los demás hasta saber el fin. Estuvimos todo el día esperando hasta la noche. Estaba ya bien entrada ésta y todavía no parecían los exploradores, ni venían con la respuesta; todo era discursos melancólicos en este tiempo, todo desconfianza y todo caimiento de ánimo. Ya se iban echando ideas de abandonar lo comenzado y restituirse al Meta otra vez, porque siendo el matalotaje corto, lo que restaba de camino mucho (y) el encontrar a los Amarizanes muy incierto, pues no se sabía dónde estaban, aunque corrían voces de que vivían en el Guaviare, parecía sobrado arrojo y temeridad exponerse a morir de hambre en el camino, sin conseguir nada. Así estaban suspensos todos, juzgando cada cual de la feria como le iba en ella, cuando a las 8 o 9 de la noche se oyeron unos gritos que venían de lejos; juzgando los que estaban ranchados que serían los indios Achaguas, que habían salido aquella mañana a registrar los humos, correspondieron gritando al mismo tono, para que, guiados de las voces, diesen en nuestros ranchos los que venían. Llegaron por último 3 o 4 gandules Masivarivenis, que venían en busca nuestra, enviados por los Achaguas, que habiéndoles encontrado ya bien tarde, los mandaron con el aviso para que nos guiasen a su pueblo.

Preguntamos por los Amarizanes y todo era malas nuevas de que se habían retirado muy lejos. Pero, sin embargo, juzgando no sin fundamento que nos mentían estos indios, como lo tienen de costumbre, especialmente si son blancos los que les preguntan, máxima muy antigua en ellos, que parece han hecho voto de no decirles palabra de verdad en nada, proseguimos el siguiente día el viaje, guiándonos de estos indios. Llagamos a buen andar como a las 3 de la tarde a su población, llamada **Macubarra** como su cacique, quien, prevenido por los Achaguas que se adelantaron, nos recibió de paz y nos hizo mucho agasajo, lo mismo que su gente, que serían por todos 150 almas.

(2. Ya en el Airico Camuibay no acepta reducción)

Aquí será bueno hacer pausa, para que notemos de paso la infinita providencia de Dios y lo admirable de su piedad, que sabe predestinar por medios bien impensados y conducir a Jerusalén a los que estaban a las

puertas de Babilonia. Preguntamos si había enfermos en aquel pueblo y sabiendo que estaba casi a la muerte una india y algo achacosos algunos indios, pasamos a visitarlos. Entramos a un bohío y hallamos en él a la india que, según la fisonomía y aspecto, me pareció sin ponderación que pasaría de 100 años; estaba tan consumida y acababa que parecía un esqueleto, sin que se viese más que huesos y la piel arrugada que los cubría; apenas podía echar la palabra de la boca por la suma flaqueza, y parece que tenía Dios depositada el alma contra la exigencia natural en aquel saco de huesos y cementerio vivo, hasta conseguir la gracia por el santo bautismo para volar al cielo. Entendía algo la lengua achagua esta india y así pasamos a instruirla en los misterios de la fe, lo que precisamente bastaba, valiéndonos de los dos idiomas, chiricoa y achagua, para que entendiese mejor; después de catequizada, la bauticé y a un niño de como 3 años que corría riesgo; murieron ambos de allí a poco, lográndose estas almas por medio tan contingente como el que queda dicho y para que se confirme con esto lo que san Juan dice, que vió aquella innumerable mutiltitud delante del trono de Dios y del Cordero: **ex omnibus gentibus et tribubus et populis et linguis.**

Enterados en este sitio del camino que guiaba a los amarizanes y de que éstos habitaban a la orilla del río Guaviare, proseguimos nuestro viaje durante cuatro día. Dimos vista al primero y tan deseado pueblo del Airico el 27 de diciembre, como a las dos de la tarde. Ya tenía noticia previa, aunque mal recibida, su capitán llamado **Camuibay**, por habérsenos adelantado algunos indios, y salió a recibirnos éste, acompañado de los suyos, a la plaza del pueblo, solo por el bien parecer, pues quería evitar nuestra visita de buena gana, porque no podía ver a los blancos, como él decía. Salió muy de república con casaca colorada, diciendo que no nos hacía la salva con su escopeta por carecer de pólvora; no me pareció conveniente darle noticia de nuestra entrada ese día, para dar lugar a los cumplimientos y otras ceremonias que ellos usan con sus huéspedes, y se reducen a muchas vasijas de bebida y sus celebrados **mirrayes**, de que trataré después. Apenas hubo indio en el pueblo que no fuese a dar la bienvenida al padre y cumpir con su obligación, llevándole, según su estilo, cuanto tenían. Fue tan crecida la ofrenda que parece que se celebraba ese día y el siguiente la conmemoración de los difuntos; ya no sabíamos qué hacer con tantos **muriques** de bebida, ni bastaban los compañeros a consumirla por más que se esforzaban, en especial los indios; quiso Dios que se prendiese fuego allí cerca y para acudir al daño hubo de apelarse a los muriques y echar mano de la bebida, con la cual se apagó el fuego.

Concluídos los cumplimientos de aquel día, mandé llamar al capitan **Camuibay**. Es este indio uno de los más habladores, soberbios y de más indigesta conversación de cuantos he conocido en los Achaguas, por lo co-

mún humildes; apenas hay quien lo pueda ver entre los suyos, por los males que les ha hecho y la condición precipitada con que avasalla a todos. Después de un larga razonamiento en que le propuse mi llegada a su tierra, la ceguedad en que vivía, las conveniencias que se le seguirían a él y a los suyos si se pasaban al Meta para vivir con sus parientes, los males que pasaban en el Airico, causados por sus enemigos y por los hechiceros, y después de estas razones y otras que se me ofrecieron al intento, respondió **Camuibay**, según su estilo y en tono de demente: 'No quiero ir allá, Padre'. Y prosiguió con el mismo tono de voz, como si estuviera loco, diciendo iniquidades de los blancos y concluyó, por último, que allá en el Airico podían tener muchas mujeres, pero entre los blancos no, porque se las quitarían.

A la verdad, no estaba sazonado este indio,ni lo estará tan presto, pues tiene muy arraigadas las ideas que su difunto padre le había sugerido varias veces sobre las antiguas extorsiones, de que tratamos ya y nos refirió él mismo. Procuróse no obstante darle salida a todo y, aunque es verdad que no quedó enteramente convencido, se consiguió por último algo: remitióse al parecer y voto de su cacique llamado **Irrijirre**, que vivía en un pueblo a la otra banda del río Guaviare, como a un día de camino. Era el intento de **Camuibay** huir de la dificultad por este medio, como se vio después, mas, como era menester tratar de hablar a **Irrijirre** sobre este punto y sobre su salida para poblarse en el Meta, determinamos pasar a su pueblo. De lo conseguido en él y de nuestra vuelta del Guaviare a la reducción del Meta daré razón en el capítulo que sigue.

(3. **Encuentro con el cacique Irrijirre**)

Tan mal despachados, como se ha visto, salimos del primer pueblo, después de habernos afanado en solicitud suya por camino penosísimo y dilatado por tantas leguas, que estos son los gajes que nos dejaron, a los que predicamos el evangelio, los estruendos de los conquistadores de los tiempos antiguos. Pasamos a visitar a **Irrijirre** para ver si nos abría la puerta que nos cerró **Camuibay** con tan obstinado empeño.

Es el cacique **Irrijirre**, aunque criado entre gentiles, indio de respuestas nobles, apacible condición y sobre manera manso; tenía largas noticias de nuestras antiguas misiones y especialmente del P.Neira, que lo bautizó cuando era muchacho y le puso D.Pedro; estas cortas centellas de cristiandad las conservaba en su noble pecho, si bien es verdad que, con la falta de cultivo y la gentílica licencia, estaban muy encubiertas con las cenizas frías del vicio más común entre ellos, que es la sensualidad. Vivía

muy enredado D.Pedro y sustentaba a sus expensas muchas mujeres, a pesar de su avanzada edad; fuéselas quitando Dios poco a poco, hasta dejarle una sola y es la que al presente tiene, que para semejante ceguedad suele ser el único remedio este agraz fuerte exprimido en las niñas de los ojos, con el cual los abre Dios; una de estas concubinas murió tan aceleradamente, cuando pasé al Guaviare y estaba de asiento en el pueblo, que, por mucho que alargué el paso, al tener noticia de que se moría, la encontré ya difunta y por eso murió sin bautismo. Poco tiempo antes me había llevado de comer esta india a mi casa; lastimónos a todos este severo juicio de la divina justicia, viendo malograr en esta gentil la única y más oportuna ocasión que había tenido en toda su vida para ser cristiana y conseguir el cielo por el santo bautismo.

Sabiendo **Irrijirre** nuestra llegada a su pueblo, nos envió a recibir al camino con algunas frutas y matalotaje y, así mismo, embarcación para pasar el río; no fue necesario navegarlo todo, sino que, cogida la otra banda, costeamos por sus orillas bien pobladas de montes hasta llegar al pueblo. Entramos en él el 31 de diciembre de dicho año, como a las 9 de la mañana; nos recibió con muchas muestras de agasajo en su propia casa,una de las mejores, más capaces y curiosamente trazadas de cuntas he notado entre los indios. Era redonda, como si hubieran trazado la planta con un compás; toda ella parecía una media naranja de las que fabrican en los templos; podían acomodarse en ella 500 hombres, como se acomodan los pasajeros en un navío; esta era su casa de respeto, donde vivía con su familia, que era mucha, y para dormir de noche, porque para los otros oficios y menesteres domésticos tenía cocina aparte. En esta casa grande se hizo el recibimiento a los huéspedes, según el estilo y usanza de la nación; mas, como no hemos dicho todavía sino de paso aquellas especiales ceremonias y **mirrayes** que usan en ocasiones semejantes, será bueno pasar aquí, como quien descansa del viaje, para decir algo, por haberlo prometido así desde el 2o. Libro.

(4. Ceremonia de bienvenida y mirray)

Ya estaban prevenidos los asientos y algunas sillas de respaldo, que las fabrican muy curiosas y las aforran de pieles de leones, tigres o de lobos de agua; fuéronse sentando por su turno los huéspedes, muy callados y graves, con sus armas en la mano; hizo seña el cacique entonces a los suyos para que saludasen a los **primos**, que así se llaman en tales ocasiones aunque nunca lo sean. Vinieron muy en orden, puestos en filas con sus macanas embrazadas, uno después de otro, como quien va en procesión, y muy serios; el que guiaba a los demás hizo la venia al primer huésped, diciéndole en voz baja y tierna: **mude**, que significa **primo**; luego pasó al si-

guiente, llamándole del mismo modo y así los fue recorriendo a todos hasta llegar al último; al mismo tiempo venían corriendo la estación sin parar, uno después de otro, los que formaban la fila, llenando la boca de **primo** en sucesión repetida, hasta concluir la tanda. La correspondencia de los huéspedes fue con el mismo tono de voz, sin responderles otra cosa de por sí cada uno, que esta palabra **cha**, con gran ternura, la cual cual significa **pues**; recorridos por este orden y de esta suerte, se volvieron a sus asientos los gentiles. Luego se siguió la bebida, como lo principal de todo; empezó desde el primero a recorrer la totuma, luego pasó al segundo y así prosiguieron corriendo multitud de vasijas, que se atropellaban unas a otras e iban trayendo las mujeres como quien va de apuesta.

Acabada la función de la bebida, en la cual se gastó harto tiempo, empezó lo más solemne, como punto muy sustancial de su política y es lo que se llama **mirray**. Derívase esta palabra del verbo **numerraidary**, que significa perorar, con que es este **mirray** cierta oración retórica, compuesta en estilo elevado que estudian desde niños y la enseñan con mucho cuidado los padres, y ésta es su cortesía con los huéspedes, como lo dicen ellos. Para éstos la aprenden con gran desvelo, como los niños cristianos el catecismo, enséñanles el tono de la voz y el modo de poner la cabeza y las manos mientras oran, que no basta cualquier estilo y tono para el efecto.

Siéntase, pues, el orador en un asiento bajo o en cuclillas, pone sobre las rodillas los codos y en la mano izquierda las armas; la derecha ha de estar ociosa totalmente o puesta sobre la mejilla, si le pareciese mejor; ha de estar cabizbajo mientras ora y con los ojos en el suelo. Empieza luego su **mirray** en tono de oración de ciego, medio entre dientes y con velocidad suma como cosa estudiada. Así se están recitando largo tiempo, callando todos hasta concluir la primera parte de su sermón, que tiene muchas; al acabarse ésta, remata con tono de lamentación o como se acaba de cantar una epístola, levantando un poco la voz y dejándola caer de golpe. Apenas acaba éste, cuando responde el que hace cabeza, a quien se dedica el **mirray**, y habla de la misma suerte por largo tiempo, rematando del mismo modo. Luego prosigue sus puntos el primero, y así se están sermoneando cerca de hora y media, y ya uno, ya otro, como si rezaran a coros; quedándose después muy serenos, sin otros parabienes al predicador, ni más aplausos que levantarse cada cual de su asiento y salirse a digerir la bebida por el pueblo para beber más.

No quiero detenerme a declarar el asunto sobre que tratan en la oración, que sería materia muy larga, y solo diré en breve, que lo que tratan en esta plática es darle la bienvenida a los forasteros, diciendo que se alegran mucho que hayan llegado con felicidad a sus tierras, el mucho gusto que

tienen de verlos y otras cosas semejantes; esto lo repiten de mil modos y con circunloquios varios y ésta es la razón de gastar tanto tiempo, cuando podían acabarlo todo en un cuarto de hora cuando más.

(5. **Irrijirre acepta poblar en el Meta**)

Acabadas las funciones el día 31 de diciembre, llamé a nuestro cacique **Irrijirre** el día siguiente, dile razón de nuestra entrada, en la forma que se la di al capitán **Camuibay**. Oyó con mucha cordura D.Pedro, quien propuso con la misma muchas dificultades, que siempre trae consigo esto de dejar la patria, haciendo hincapié sobre la libertad, porque, aunque no se les quitaba ésta, se les coartaba mucho, habiendo de sujetarse a la profesión cristiana. Diósele salida a todo y, viéndose cogido por esta parte, apeló a la dificultad más fuerte y era estar muy enferma, de riesgo, una de sus mujeres y la principal de todas; dijo verdad en esto, porque, consumida de achaques, iba corriendo la posta a la muerte, en la cual fue más venturosa que la pasada, porque, instruída despacio en los misterios de nuestra santa fe, recibió el santo bautismo y murió algunos días después de nuestra partida del pueblo. Dijo no obstante **Irrijirre** que daba firme palabra de salir con su gente a poblarse en el siguiente verano, cuando pusiesen huevos las tortugas. Este es su calendario y el modo con que se gobiernan y distinguen los tiempos.

No me pareció cordura apurarle más, especialmente cuando no solo dio palabra de salir, sino que aceptó otro partido que se le propuso y fue que se viniese con nosotros al Meta uno de sus sobrinos, con alguna gente, para que previnieran las labranzas para cuando saliesen los otros, y en esta composición se ajustó una tropa pequeña de 28 almas que concedió el cacique, y empezaron a tratar de viaje y a prevenir sus víveres, sobre la palabra que habían dado. Bauticé a los párvulos por el riesgo que corrían en el transcurso de un año de morir algunos de ellos sin el santo bautismo, lográronse algunos niños por este medio, que murieron cristianos.

No quiero pasar en silencio la piedad que usó Dios con un niño antes de salir yo de este pueblo. Estaba muy en riesgo la cacica, por la enfermedad que padecía, y se hallaba en días de dar a luz. Dije a un indio de confianza que en tal caso estuviese muy sobre aviso y me diese a toda prisa noticia, cuando la criatura naciese. No pasó mucho tiempo, cuando vino corriendo el indio con el aviso de que había nacido ya, fui a toda prisa con el agua, hallé al niño sobre la tierra, tan sin señales de estar vivo, que me pareció difunto, lleno de inmundicia y tierra. Dije a la madre entonces que si estaba muerto el niño; vivo está todavía, replicó ella; miréle con atención

y noté que se movía un poco; apenas noté esto cuando lo bauticé al punto, quien sintiendo sobre sí la frialdad del agua, confirmé que estaba vivo porque comenzó a llorar. Púsele por nombre Ignacio y, apenas pasó medio cuarto de hora, voló al cielo.

(6. **Dificultades en viaje de retorno**)

Ajustadas las materias y compuesta ya la salida de este pueblo para el año siguiente, dimos la vuelta para el nuestro. Vinieron acompañándonos **Irrijirre** y los suyos hasta las orillas del río, bien agasajados todos, especialmente el cacique, con muchos donecillos de los que ellos aprecian y se repartieron antes. Sobre las instancias que hice en orden a **Camuibay**, le volví a instar de nuevo a la despedida, para que procurase reducirle a que se poblasen en el Meta,él y su gente, en el año siguiente; ofrecióme hacer de su parte cuanto pudiese y con esto nos depedimos y volvimos de paso al pueblo de **Camuibay**, tan terco como antes y tan rebelde como siempre, no obstante que sabía ya la determinación de **Irrijirre**. Agasajámosle, sin embargo, para ver si se ablandaba la dureza con las dádivas y se disponsía su ánimo para después, y dejando las cosas en tal estado y esperando que se madurase con el tiempo, proseguimos nuestro viaje por el río del Meta.

Después de los trabajos inexcusables, en los cuales no me detengo por ser comunes y que traen siempre consigo semajantes empresas, llegamos al Manacasia, en donde quedaron las piraguas y algún matalotaje escondido para la vuelta. Cuando todos pensábamos ya allanadas las dificultades, concluídos los trabajos y vencidos los riesgos, en especial del hambre, nos hallamos bien burlados en ese sitio. Y es el caso que fueron delante de nosotros unos indios de la nación Saliva, llegaron al Manacasia muertos de hambre y faltos de embarcaciones para pasar el río, lograron la suya los buenos salivas: hallaron canoas prevenidas y matalotaje hecho, no obstante que sabían que eran nuestras y el avío también y que nos acercábamos ya; sin reparar en cumplimientos y respetos humanos, agarraron cuanto pudieron del cazabe y, de las dos únicas curiaras, se llevaron la una, con que quedamos desviados.

Acomodóse la gente como pudo, unos en la canoa y los demás por tierra, hasta donde se pudo caminar. Esta fue la razón de haberme adelantado a mi gente, río abajo a la Concepción de Cravo, como apunté arriba, en busca de embarcaciones; consiguiólas el P.Juan José Romeo y se remitieron río arriba; llegaron algunos días después a las bocas del río Cravo y proseguimos desde aquí al pueblo del Beato Regis, en donde entramos el 16 de febrero de 1726. Fueron recibidos los nuevos con el agasajo y caridad que

usan los achaguas siempre con los recién venidos, a lo cual ayudó no poco la presencia del P.Superior, con su acostumbrado celo, quien había quedado cuidando de estos indios. Habíanse agregado antes de esta entrada al Airico unas 38 almas de la misma nación, que llegaron con su capitán a orillas del río Cravo y vinieron por su voluntad a poblasre en el Beato Regis. Así que, con la salida de los nuevos, iba tomando cuerpo y ganándose tierra cada día más en la reducción de Guanapalo, que estuvo tan en riesgo de dejarse como del todo inútil» (1883:414-23).[1]

2.2 JOSE GUMILLA (1686-1750)

Nace en Cárcer (Valencia, España). Es considerado lingüista y el descubridor científico del Orinoco, por la vinculación de su vida misionera a la historia de este río como realidad social, económica y aun literaria. En 1715 llega a la misiones del Nuevo Reino y es destinado a la región del Orinoco. Es sabido que el establecimiento de reducciones en dicha región resultó difícil y que éstas no se consolidaron hasta la conversión de los sálivas. Puede decirse que Gumilla fué el gran reorganizador de la misión. Fue superior de la misma desde 1723 y en ella pasó toda su vida, con excepción del paréntesis entre 1737 y 1743, cuando fue nombrado provincial del Nuevo Reino y procurador en Roma y en Madrid. Gumilla aprovechó su estancia en la capital de España para publicar allí su crónica.

Como lingüista Gumilla escribe una **Gramática de la lengua betoy**, así como un **Vocabulario**, un **Catecismo** y unas **Pláticas** en la misma lengua. Pero su obra más importante es **El Orinoco ilustrado** (Madrid, 1741, Manuel Fernández). El largo subtítulo de la misma es el mejor resumen de

---

1 Desafortunadamente la reducción no pudo fundarse tan pronto. A continuación de lo narrado Rivero, reflejando una visión pesimista sobre el indio que parecía ser fruto de abundantes desengaños, observa: "muy poco hay que fiar de las palabras de los hombres y si tiene lugar esta verdad en todos o la mayor parte, la tiene en los indios especialmente, en cuyo pecho vive la insconstancia como en su propio nido... Notamos sentimientos nobles en **Irrijirre**, como se dijo ya, pero al fin era indio... Dio palabra el cacique de salir en el siguiente verano.., pero ya tenía entabladas nuevas labranzas en el Guaviare para eternizarse en él" (1883:423). Por eso, Rivero organizó a fines de 1726 una segunda entrada. Ahora le acompañaban, no sólo "3 soldados españoles y algunos indios", sino "el capitán Zorrilla con 8 soldados españoles y buen número de indios flecheros", aunque su método consistió, como siempre, en convencer a los indios. El cronista cuenta todos los incidentes de esta entrada, en que logró "reducir" a **Irrijirre** y a su gente; **Camuibay** también aceptó el proyecto, pero se huyó con su gente, aunque más tarde no pocos de los que huyeron con él, ofendidos por sus agravios, se incorporaron a la nueva reducción (1883:429)

su contenido: «Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios, sus habitadores, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceites, resinas, hierbas y raíces medicinales; y sobre todo se hallarán conversiones muy singulares a nuestra santa fe y casos de mucha edificación». Nótese de paso cómo la clásica división de historia «natural y moral» se convierte en Gumilla en «natural, geográfica y civil», sin duda para enfatizar el protagonismo geográfico del río y la importancia de lo civil en la naciente ilustración.

La obra tuvo mucho éxito. Cuatro años después de su salida fué reeditada en Madrid con correcciones de estilo más que de fondo (seguía negando la interconexión del Orinoco y el Amazonas, que entonces no se conocía) y con un añadido en el título: Orinoco ilustrado y **defendido**, para subrayar la tesis de los misioneros de la necesidad de defender el territorio, que era asolado por frecuentes invasiones de los indios caribes. Al cumplirse los cincuenta años de la primera edición habían aparecido ya otras dos: una traducción francesa en Avignon de 1758 y una reimpresión en Barcelona de 1791. En el último siglo se han publicado cinco ediciones: Barcelona 1882 y 1901, Bogotá 1944, Madrid 1945 y Caracas 1963. La última, editada por la Academia Nacional de Historia de Venezuela, está precedida de buenos estudios, especiamente uno bibliográfico de Demetrio Ramos.

Para Gumilla, el título de la obra era, no una concesión a la moda de la ilustración, sino un camino para que el tercer gran río sudamericano, «hasta ahora casi desconocido, renazca en este libro con el renombre de **ilustrado**, no por el lustre que de nuevo adquiere, sino por el caos del olvido de que sale a la luz pública» (1963:31). Del estilo de su obra dirá Gumilla, como Rivero y como otros jesuitas que tenían que hablar habitualmente lenguas indígenas, que no será selecto, «porque acostumbrado largos años a la pronunciación bárbara y a la colocación y cláusulas de los lenguajes ásperos de aquellos indios, será casualidad si corriere mi narración sin tropiezo, ya en la frase, ya en la propiedad de las palabras» (p.31). Sin duda el objetivo de Gumilla para escribir era atraer nuevos refuerzos para que la difícil misión del Orinoco llegara a desarrollarse tanto como las del Amazonas o Río de la Plata, lográndose evangelizar y civilizar a los indios (p.35); no hay que olvidar que publica la obra al mismo tiempo que organiza una expedición de nuevos misioneros.

Tal finalidad y su deseo implícito de captar la benevolencia y compasión de futuros misioneros y bienhechores de la misión le arrastran quizás a expresar una visión dura y pesimista sobre el indio[1]. Sin embar-

1 Tal pesimismo aparece ya en su descripción del indio selvático del cap. V de la

go, en su presentación de las «bárbaras costumbres de las incultas y ciegas naciones del Orinoco» hace una verdadera defensa de las culturas indígenas, no por admitir alguna forma de relativismo cultural, sino por sostener que el mundo de la antigüedad, el pueblo judío y aun ciertas regiones de la Europa ilustrada se han apartado tanto como los indios del modelo de hombre de la tradición cristiana occidental:

> «¿Qué hombres se hallaron y cada día se descubren en las Américas? Hombres sin Dios, sin ley, sin cultivo, toscos, agrestes, con un bosquejo craso de racionalidad;pero ¿qué no tuvieron y qué otras señas dieron **casi** todas las naciones del antigüo mundo? Digo **casi** para exceptuar únicamente el pueblo escogido por Dios; pero recórranse las Divinas Letras y apenas se hallará barbarie entre los indios más silvestres que no ejecutasen primero los hebreos... Pero, ¿para qué recurrir a las sombras de la antigüedad, si en nuestros días vemos tantas lástimas que llorar, tanto más disonantes cuanto más indignas de gentes a quienes rayó y aun ilustró de asiento la luz santa del evangelio?» (1963:34).

La obra de Gumilla tiene dos partes de 25 y 28 capítulos. La primera se inicia con la presentación del escenario geográfico, continúa con la etnografía de los principales tribus y termina con una reflexión sobre el Dorado. Esta es en realidad una especie de plan de desarrollo de la región sobre los pilares del poblamiento español («repartir en aquellos terrenos tantas familias como en Cataluña, Galicia y Canarias están en la última pobreza por no tener tierras propias») (p.263), la explotación de nuevas minas y la supresión del contrabando comercial realizado por otras potencias coloniales (los holandeses desde Curazao y los ingleses desde Jamaica), precisamente cuando el Nuevo Reino se convertía en el tercer virreinato español del continente. Sin duda, extraña este énfasis de Gumilla en el de-

---

1a. parte, que es fruto sin duda de su prolongada y frustrante convivencia con los indios para atraerlos a su propio proyecto misional: "el indio en general (hablo de los que habitan las selvas y de los que empiezan a domesticarse) es ciertamente hombre, pero su falta de cultivo le ha desfigurado tanto lo racional, que en el sentido moral me atrevo a decir que el indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espalda de pereza, pies de miedo, y su vientre para beber y su inclinación a embriagarse son dos abismos sin fin. Toda esta tosquedad se ha de ir desbaratando a fuerza de tiempo, paciencia y doctrina... No obstante.., prevalece finalmente Dios, y, como ya dije, a fuerza de tiempo, de paciencia y de doctrina, se forman bellísimas poblaciones, se entablan iglesias con música de canto figurado para los divinos oficios, se entabla la frecuencia de los sacramentos y entonces los mismos indios dicen a gritos que antes habían vivido como brutos" (1963:103-106).

sarrollo del sociedad colonial, tan diferente del de otros misioneros, como, por ejemplo, los de los guaraníes, que se limitaban a promover el desarrollo de las sociedades indígenas. Es que para Gumilla era claro que en el conflicto de intereses del Caribe el desarrollo del tercer virreinato era un dato importante para sus misiones del Orinoco.

En la segunda parte de su obra Gumilla, aunque completa la historia natural y moral del Orinoco, responde, con un enfoque más etnológico que etnográfico, a preguntas que brotan de lo expuesto o de la inquietud de personas de letras en el clima de la Ilustración: si los indios tienen verdadero conocimiento de Dios (para lo que Gumilla se apoya en Acosta 1588), las causas de sus guerras, el origen y derivación de sus lenguas, sus venenos y modo de fabricarlos (el famoso **curare**) y la realidad demográfica de los indios en la colonia.

He elegido dos textos bien representativos. El primero (cap. 23 de 1a. parte) recoge el método para la entrada del misionero en tierras de indios gentiles; este texto, para cuya lectura nos ha preparado el segundo texto de Rivero, parece resumir su experiencia de organizador y superior de la misión, revela la doble dimensión humana y sobrenatural de la actividad misionera, demuestra gran conocimiento del hombre y de las culturas indígenas y destaca el importante papel de los indios neófitos para convencer a los indios todavía paganos. El segundo texto (cap. 13 de 1a. parte) es una bella etnografía saliva, sobre todo de sus ritos fúnebres, rica en finas observaciones, a pesar de provenir de un hombre de acción, llena de admiración a dicha cultura en medio de prejuicios etnocéntricos que Gumilla no disimula y apoyada en comparaciones de otros autores y culturas:

I. METODO MAS PRACTICABLE PARA LA PRIMERA ENTRADA (1741)

(1. **Advertencia a misioneros sobre relativo fracaso de misiones entre indios**)

«Dos intentos consigo en este capítulo: el primero, satisfacer a muchas personas que han deseado y desean saber lo que contiene el título propuesto; el segundo será deshacer al mismo tiempo un agigantado monte de dificultades que, al oir nueva entrada a gentiles incógnitos, se forman aun en la mente del misionero más fervoroso, porque,por más que lo sea, es hombre, y como tal, aunque el espíritu esté pronto, vigoroso y ágil, no así la carne, que es enferma y flaca; tanto que en semejantes ocasiones se llena de sudor y frío, no sin congojas, porque el conocimiento de la infidelidad e inconstancia de los gentiles, en cuya busca toma el viaje, le representa el

peligro de su muerte como próximo y muy factible, no sin pavor y tedio, pero la firma confianza en Dios lo vence todo. Fuera de esto,quedarán instruídos también muchos varones apostólicos, cuyo amor de Dios y del prójimo les hace abandonar sus patrias para salvar aquellas almas destituidas de todo socorro espiritual. Estos operarios, llevados del ímpetu de su espíritu, aún desde la Europa se imaginan en aquellos bosques,selvas y playas de los ríos con un crucifijo en la mano, ponderando a los gentiles las finezas de aquel divino Señor, etc. Y no ha de ser así a los principios.

Con un símil me daré a entender: los aguaceros recios, que suele haber en el verano con aparatos de truenos y relámpagos, caen sobre la tierra árida y sobre las plantas marchitas por el rigor del sol, y al punto aquélla se refresca y éstas reverdecen y como que resucitan a una nueva vida, muestran en su lozanía y verdor lo oportuno del beneficio; y a pocos días que prosigue el sol haciendo su oficio, queda la tierra casi tan árida como estaba y los árboles y plantas tan marchitas o poco menos que antes. Al contrario, las aguas que reparten las nubes en el invierno son de ordinario menos recias y menos ruidosas; pero, aunque mansas, son permanentes y van poco a poco embebiéndose en la tierra; los árboles, plantas y sembrados muy poco o casi nada se dan por entendidos, ni aquéllos se visten de hojas ni se coronan de flores, ni éstos dan más muestras que de estar vivos, aunque marchitos al rigor de los hielos; esto es a lo que se ve por defuera; pero allá en sus raíces van acaudalando el vigor los sembrados, para dar copisoso grano, las viñas, generoso vino, y los árboles, según su variedad, abundantes frutas. No de otro modo sucede en las Misiones, que llamamos circulares, entre cristianos viejos. ¡Qué de confesiones generales! ¡qué escándalos quitados! ¡qué de casamientos necesarios se contraen! ¡cuántos se revalidan! ¡qué devociones no se entablan, etc.! Pasó la misión y ¿qué sucede en breve tiempo? Sucede casi lo mismo que en los campos a los quince días después de las lluvias de verano; si bien es y debe ser muy apreciable la práctica de dichas misiones circulares.

Pero en las misiones entre gentiles insisten uno y otro año, regando con sudores copiosos el terreno, cultivan con afán aquellas plantas, siembran a tiempo oportuno el grano del evangelio, después de haber gastado mucho tiempo en desmontar, limpiar y arar aquel campo lleno de malezas; y con todo, ni la tierra se da por entendida, ni la semilla nacen, ni las plantas florecen, ni aun dan señas por reverdecer, para que el misionero se consuele con la esperanza del fruto; pero no importa, porque es tiempo de invierno; buen ánimo y nadie decaezca, ni abandone el campo, aunque todas las señas sean de estéril: **non fiat fuga vestra in hieme**[2]. Tiempo y pa-

2 No sea vuestra huída en el invierno (Mt. 24,20)

ciencia es menester y esperar con sufrimiento, como del labrador dice Santiago (St 5,7), que llegará su propio tiempo, y tendréis tan abundante cosecha, que apenas tendréis manos y fuerzas para recogerla toda, y os veréis obligados a clamar a los superiores que envíen nuevos operarios, porque la mies es mucha, se cae de madura y se pierde porque los operarios son pocos (Mt 19,28); de modo que al paso que tardó el terreno en fomentar la semilla que ocultaba, a ese paso es después la abundancia del fruto en las Misiones de gentiles, y no de fruto transeúnte, sino fijo y permanente.

Porque, ¿qué otra cosa es fundar una colonia de mil familias, que estaban dispersas por aquellos bosques, que establecer una finca perpetua, que ha de fructificar el rédito de innumerables almas, así de párvulos como de adultos (mediante la bondad de Dios) hasta el fin del mundo?.La esperanza de este grande y permanente fruto alivia y hace tolerables los muchos afanes que deben preceder antes de empezar a recogerlo. Yo os elegí, dijo Cristo a los tales misioneros, para que emprendáis ese largo y arduo viaje (y viajes sin parar: **ut eatis**) (Jn 15,16), y recojáis mucho fruto y para que ese fruto sea permanente: **et fructus vester maneat.** Así sucede, por la misericordia de Dios; ni ésta es especulación fantástica, sino una seria y verídica relación de lo mismo que sucede en las Misiones de que trato; y me persuado (por ser los indios casi de un mismo calibre en toda la América) que sucede lo mismo en las demás Misiones. En estos desiertos reparte el Señor a manos llenas el maná del cielo; en ellos ostenta su Majestad la liberal magnificencia de su poderoso brazo, como altamente lo expresó san Ambrosio (Lib. 6 in Lc 9).

(2. Envío de indios para el primer contacto)

Ahora, supuesto lo dicho en general, descendamos a lo particular y a lo que ha enseñado la experiencia. Los mismos neófitos de un pueblo nuevo dan la primera noticia de la nación que hay en aquellos contornos, cerca o lejos. Se averigua si son amigos o enemigos; se informa de su genio, si son pacíficos o bravos y guerreros; si estables en un lugar o si son andantes y vagabundos. Y recogidas todas las noticias necesarias, no conviene que el misionero trate, desde luego, de ir a verse con ellos, porque la misma novedad les hace echar mano a las armas, pensando que el padre llega con mal fin y no para su provecho. Si tira a quedarse entre ellos, lo llevan a mal y se retiran a otra espesura impenetrable; si se retira a la vista del mal recibimiento, los deja en peor estado de lo que estaban para poderlos tratar y ganarles la voluntad; esto es si, al mismo llegar, no le han atravesado con muchas flechas, como ha sucedido sin más fruto que el de aquella su buena intención y caridad, que a la verdad no la hay mayor (Jn 15,13) que la que expone su vida por el bien de los prójimos.

La práctica es instruir bien a dos o más indios de los neófitos, que saben la tal lengua, y bien aviados de regalos para los caciques y los viejos, enviarlos como embajadores, y con el encargo de que entren con sus armas bajo el brazo, y con las demás ceremonias que ellos usaren en señal de amistad; y con mayor cuidado a no insinuar, ni que ellos insinúen a los tales gentiles que el padre quiere ir a visitarlos, pues ha sucedido que con sola esta insinuación se han ahuyentado a tierras muy remotas. La embajada solo ha de ser: **'que el misionero, que les está cuidando, es su amigo, y que les envía,verbigracia, aquellos cuchillos, agujas y otras bagatelas, en señal de que es verdad'**. No han de añadir ni una palabra más, sino responder fielmente a innumerables preguntas que les han de hacer de: ¿cómo vino el padre a vivir con ellos? ¿por dónde y con quién vino? ¿qué hace? ¿qué pretende con su venida? ¿cómo los trata y en qué se ocupa?, etc.

Si los mensajeros lo hacen bien, desde luego vuelven con ellos dos o tres indios principales, más por curiosidad que por otra cosa. Si tal nación es de genio altivo y natural terco, es preciso repetir con intervalo de tiempo algunas embajadas, y en la última (cuando ya se reconoce blandura) se envía a decir: **'que si no estuviera tan ocupado en cuidar de su gente, que fuera a visitarlos; pero que, etc.'** La respuesta ordinaria a este aviso suelen ser muchas muestras de deseos de que el padre vaya, con lo cual se les envía a decir la luna en que irá (esta luna se demarca por las frutas que en ella maduran, porque para todos los meses del año hay frutas propias de aquella luna). Si el viaje es largo, como de ordinario acontece, es preciso dar forma de que otro misionero supla su ausencia, para que nadie muera sin instrucción ni bautismo, ni pierda lo cierto para lograr lo incierto.

(3. Viaje y recibimiento del misionero)

Sea el viaje por los bosques o sea embarcado por ríos, ya está averiguado que la misma necesidad ha de tener si lleva algunos indios cargados de maíz tostado y otros semejantes bastimentos, como si no los llevara; porque, aunque lleve la dicha prevención, a más tardar, a los cuatro días se la han comido los indios que la cargan, para aliviar la carga y por su natural voracidad. Lo mismo con poca diferencia sucede si el viaje es con embarcación por algún río. Y así es mejor que, como de los cuatro días para adelante no falta la Providencia Divina, dando ya aves, ya pescado, frutas y raíces, sólo se saque prevención para el primer día, porque de ordinario en las cercanías de los pueblos tienen ya los indios destruídas las aves, monos, jabalíes, etc.. Y de ahí para adelante no falta ni uno ni otro para vianda, ni frutas o raíces para pan, a veces más, a veces menos de lo que es menester; ni hay peligro de morir de hambre, aunque no deja de suceder tal cual

desmayo, especialmente en llanos rasos, que de ordinario son estériles. Lo que se debe llevar son abalorios, cuentas de vidrio, cuchillos, anzuelos y otras bujerías, que para los gentiles son de mucho aprecio.

Se procura que los que van de guía nivelen las jornadas, de modo que la noche se pase junto a algún arroyo o río, así por la pesca, que es segura, como porque siempre cerca de los ríos se halla más volatería y montería para el sustento. Fuera de 12 o 14 indios fieles que lleve consigo, es bueno que le acompañe 1 o 2 soldados, así por la multitud que hay de fieras, como por el buen gobierno de las noches, en las cuales debe siempre arder fuego, para que los tigres no se acerquen, como lo hacen luego que se apaga. Remúdanse los centinelas de dos en dos horas; y para eso y para mayor resguardo del padre, cuando llegue a la tal nación, conviene que lleve los dos hombres con sus armas. Luego que a buena hora se llega al sitio donde se ha de hacer noche, unos limpian el sitio y arrojan toda la maleza, otros buscan y amontonan leña, otros se aplican a pescar y los demás salen a buscar algún jabalí, monos u otros animales, y no vuelven vacíos. La noche de ordinario se pasa en vela, a causa de la multitud de mosquitos que hay en todas aquellas partes todo el año.

Y de este modo y con este método se prosigue el viaje, sin más que el breviario, la cajita del ornamento y la red o hamaca, que para dormir o descansar de noche se cuelga de un árbol a otro. Es muy conveniente que, un día antes de llegar, se adelanten dos indios y den el aviso de cómo el padre llegará al día siguiente; con esto no les coge de repente la llegada y los que están dispersos se juntan en los ranchos del cacique y previenen sus menesteres.

Veamos ahora cómo sucede en casi todas aquellas naciones la entrada y las ceremonias de recibimiento. Tienen generalmente todos los caciques gentiles, no lejos de su casa, otra, abierta por los cuatro vientos y sólo con techo de paja o palma, para recibir forasteros. Vía recta a esta casa se va el misionero con sus compañeros, cuelga su hamaca o red de uno a otro palo, que para el caso están siempre clavados en el suelo, y descansa buen rato sin que parezca indio alguno, o porque se están pintando o porque dan lugar a que descansen los huéspedes. A su tiempo llega el cacique y a buena distancia dice sola una palabra, que en los guameros es **Menepúyca**, en los caribes **Guopuri**, en los jiraras **Majusaque**, etc., que es decir:'¿ya veniste?'. Y en cuanto el misionero responde:**Marrusa**,'ya vine', se retira el cacique, se sienta y se siguen los capítanes y todo el resto de la gente, haciendo la misma pregunta y retirándose a su asiento.

Luego está allí la cacica y las mujeres de los capitanes y, sin hablar

palabra, ponen cerca del padre cada cual una **tutuma**, que es un vaso de chicha, un plato de vianda y pan del que usan. Lo mismo hacen las demás mujeres del pueblo, de modo que se llena de platos y vasijas toda la casa. Y a todo esto nadie chista, ni se oye una palabra. La chicha de las tutumas cada cual suele ser de su color,blanca, morada o colorada, según la fruta o grano de que se hizo, y no deja de dar asco a los principios. Pide luego el padre el plato que le parece a uno de sus indios compañeros y come lo que ha menester; pero, por lo que mira a la bebida (aquí es el aprieto), ha de beber o probar o hacer como que bebe de todas las tutumas, so pena de que la mujer que la trajo y su marido se han de dar por sentidos y aun por enojados, si no prueba algo de su tutuma. Es a la verdad función penosa, para el padre, y muy alegre, para los indios de su comitiva, los cuales, luego que el padre probó algo de la última chicha, sacan a fuera todo aquel aparato, comen y beben a todo su gusto y quiera Dios que no les parezca corto el desempeño.

Luego que el misionero volvió a su hamaca o red, se levanta el cacique y,acercándose a él, empieza su arenga, que ellos llaman **mirray**. Esta la aprenden desde pequeños y así la recitan seguidamente, añadiendo, al principio y al fin de ella, algunas circusntancias propias de aquella bienvenida, verbigracia: 'que él día antes había visto pasar sobre su casa un pájaro, de singulares plumas y colores; o que había soñado que, estando sus sementeras muy marchitas, había venido sobre ellas una lluvia muy a tiempo, etc.; y que todo aquello eran avisos de que el padre había de venir a verlos, etc.' El cuerpo del **mirray** contiene varias lástimas y aventuras sucedidas a sus mayores, y todo lo refieren en tono lamentable, rematando la mayor parte de las cláusulas (cada nación con las suyas), y la achagua con estas dos palabras, dos veces repetidas en tono más alto: **yaquetá, nude, yaquetá**, que quiere decir: 'es verdad, primo, es verdad'.

Concluído su **mirray**, se retira al lugar de su asiento y luego se asienta el padre en su hamaca (y lo más usado en cuclillas) y corresponde con otra arenga, que contiene el grande amor que les tiene, lo cual robora con las mejores pruebas que le ocurren y trae pensadas; y la última es haber tomado aquel viaje, y les cuenta lo principal que en él ha sucedido y concluye protestando que solo quiere y busca su amistad, su bien y defenderlos de sus enemigos, etc. Luego reparte los donecillos que trae prevenidos, primero al cacique y a su mujer o mujeres, luego a los capitanes; y ha de tantear que, aunque les toque a poco, alcance a todos, porque es un gran sentimiento para ellos y ellas no recibir, aunque sea solo un alfiler para sacar las niguas de sus pies. Es un consuelo que se contentan con poco y buenas esperanzas para después.

(4. Los indios compañeros informan y el padre visita a enfermos y niños)

Toda esta primera batería ha de estar oculta de parte del misionero porque, si se aclara, pierde el viaje. Los indios compañeros son los que abren la brecha y más si están bien instruídos, porque los gentiles les están preguntando de noche y de día y las respuestas de los neófitos les van ablandando los corazones y abriéndoles los ojos. Por ellas saben que los misioneros solo buscan su amistad para defenderlos de sus enemigos, que cuidan muchos de sus enfermos,que les buscan herramientas para trabajar en sus campos, que quieren mucho y enseñan a sus hijos a que miren el papel (es su frase, para decir que les enseñan de leer); todas estas y otras noticias les causa grande novedad y admiración, como cosa para ellos ni vista ni oída; en especial se admiran de que el misionero haya dejado sus padres y parientes para vivir entre ellos, y de todo esto tienen largas conferencias.

Entre tanto el misionero con uno de aquellos indios va a visitar a los enfermos, les da sus donecillos, los agasaja y ve si están o no en peligro. Raro viaje de éstos hay o ninguno, en que no se logren muchos bautismos de párvulos o de adultos moribundos, y así jamás se malogra el trabajo. Como el padre va de casa en casa, viendo a los enfermos, le van siguiendo los muchachos; a éstos se les dan alfileres y anzuelos y se les muestra grande amor, a fin de ganar a sus padres; ellos como inocentes corresponden y no aciertan a dejar ni apartarse del misionero, y después en sus casas cuentan a sus padres todo lo que le han oído, y de ordinario les dicen que no permitan que el padre se vuelva, etc. La mejor industria es que, cuando al otro día y en los restantes va a ver a los indios a sus casas y a visitar a los enfermos, tome en sus brazos a alguno de aquellos párvulos, lo acaricie y haga fiestas a su modo. Esto aprecian grandemente las indias y a sus maridos les parece muy bien. Es cosa de ver que, en cuanto el padre tomó un chico en sus brazos de los de su madre, luego concurren las demás mujeres que crían y le ofrecen sus párvulos a porfía.

¡Y quién podrá explicar las ganas que tienen aquellos cazadores de almas de que se compongan bien las cosas y se llegue la hora de poder bautizar a aquellos inocentes, sin peligro de que sus padres se remonten! Todos los clamores del corazón se dirigen a sus ángeles de guarda, para que alcancen de Dios esta favor. Es preciso que para estas funciones reserve el misionero sartas de abalorios, las de mejor color, para ponerlas a los chicos en el cuello, siquiera una a cada uno.Ya está repetidas veces experimentado que las mujeres son las que abiertamente rompen el nombre, primero entre sí y luego con sus maridos, para que, o no permitan que el padre se vuelva

o para que se vayan todos en su compañía, que aún entre los gentiles es mayor la piedad en aquel sexo.

(5. **El testimonio del celibato**)

Muy poca necesidad hay de prevenir aquí de antemano a los que el Señor destina y prepara para tan apostólicas correrías:que si un rey de la tierra da todo cuanto ha menester a un embajador, solo porque va en su nombre a otros reinos, mucho mejor y con mayor liberalidad el Rey de la Gloria avía y previene con sus dones y abundante gracia a los embajadores evangélicos, que envía a dilatar su santo nombre entre aquellos que redimió a costa de su propia sangre y vida. Con todo es bien que sepan de antemano lo que les puede acontecer,para que no les coja de susto y prorrumpa alguno, sorprendido con la novedad, en algunas palabras que disgusten al cacique y a los principales gentiles.

Y es el caso que de ordinario hacen al misionero la oferta que, según su bárbaro estilo, usan hacer a los demás forasteros, la que también notó Herrera[3] en los primeros descubrimientos de aquel nuevo mundo,y es ofrecerle una mujer que le asista y sirva. Aquí el padre con la mayor modestia (aun sin querer, bien sonroseado el rostro) responde: 'que todo su amor tiene colocado arriba en el cielo y que de ellos no quiere cosa alguna de este mundo, sino mirarlos como hijos y cuidar de su bien, etc.' ¡No sabré decir cuánta novedad y espanto causa en aquellos hombres silvestres esta o semejante respuesta! Este es para ellos un lenguaje inaudito y que jamás llegó a su pensamiento. De aquí nace en ellos una gran veneración y empiezan a mirar al padre como cosa muy superior a ellos. No se contentan con esto: van a sus casas a ponderar lo que han oído, llaman a los indios compañeros del padre y preguntan y repreguntan mucho sobre la materia, hasta quedar satisfechos de lo que no acaban de creer.

En fin, nadie se perturbe que, como dije, Dios Nuestro Señor tiene mucho que dar; pero también digo que, antes de entrar en estos ministerios, **probet autem se ipsum homo**[4], y como la vocación sea de Dios, vaya seguro entregado en las manos de su Divina Majestad, mas no sin recelo de sí mismo; que aquí importa mucho desconfiar totalmente de sí y confiar enteramente en Dios, por cuyo amor entra tan cerca del fuego del horno de Babilonia, en donde su Majestad le defenderá con tanto cuidado, que no le llegará el fuego a tiznar ni un hilo de la ropa.Y entre tanto,a quien no

---

3 Decada 1, lib.IV, cap. II

4 pruébese el hombre a sí mismo

llamare (que no faltan señas seguras para conocerlo), siga mi parecer y no se entremeta a donde no le llamen, pues para nuestra enseñanza ni el mismo Hijo de Dios (Mt 4,1; 1 Jn 4,1) se fue al desierto por su propia elección: dejóse llevar,**ductus est**. Examine el misionero qué espíritu es el que lo inclina al desierto, que así lo aconseja san Juan Evangelista.

(6. El misionero insinúa ventajas de la reducción)

Después que los indios principales quedan satisfechos de la multitud de preguntas que han hecho al misionero y a los neófitos sus compañeros, empiezan a pedir: unos piden hachas para sus menesteres; otros machetes para desmontar sus campos. Y el sufrir y dar buena salida a estas demandas es pensión necesaria y pide destreza para dar buena salida. Se responde 'que no ha traído sino dos o tres (que así conviene), que éstas son para el cacique, a quien ruega las dé emprestadas, ya a unos, ya a otros, que como viven tan lejos es muy difícil cargar herramientas, que si se animasen a buscar un sitio cerca del otro pueblo, que tuviese buenas pesquerías (como tal y tal puesto, que han de llevar ya pensado), que entonces, con menos trabajo los visitaría con frecuencia, les socorrería con herramientas, cuidaría de buena gana de sus enfermos,etc.'.

De esta respuesta depende ordinariamente el éxito de la empresa. Porque algunos caciques responden que irán con sus capitanes a ver si hallan sitio a propósito para mudarse cerca del otro pueblo, y así se ejecuta, previendo con tiempo sementeras, y al tiempo de coger el fruto, se mudan con todas sus familias o con la mitad, y fabrican casas,etc; otros caciques piden espera y tratan el punto largamente con sus gentes antes de resolverse. También puede suceder que en el pueblo de los ya catecúmenos no hay muchas familias, y hay terreno para que éstos puedan juntarse con ellos; en este caso los mismos del pueblo ya empezado y el padre les dan palabra de prevenirles sementeras y algunas casas, con lo cual se facilita más el transporte de la gente nueva. Sucede a veces que la gente que se tira a domesticar o sus mayores han tenido guerra con alguna capitanía de las que ya están pobladas, y entonces se añade la fatiga de agenciar de una y otra parte las amistades; y ya que están compuestas, las sellan a su modo bárbaro con unos cuantos palos que se dan unos a otros, que son paga universal de todas las querellas pasadas, al modo que, al amistarse los indios filipinos, el último sello de paz es romperse la vena del brazo y que la sangre de ambos caiga y se mezcle en la misma vasija, lo cual sirve de una firmísima escritura.

En fin, hay entradas en que los indios principales se tienen firmes en

no dejar su sitio, por ameno y fértil y, lo que es más, por ser su patria, y por otra parte se cierran en que el padre se ha de quedar con ellos. Entonces consigue que el cacique y algunos de aquellos gentiles le acompañen al pueblo de que salió, desde donde avisa a los superiores y con su beneplácito vuelve y ya es recibido sin ceremonias y con notable júblio de toda aquella gente, que en todo esto solo se ha mirado su interés y conveniencia propia (1 Co 15,46); y este mismo rumbo debe seguir el misionero que de veras desea la salvación de aquellas almas, lo cual doy por muy cierto, porque en aquellos destierros no hay otra cosa que buscar: **'vamos con la suya'**, que es su interés, **'y salgamos con la nuestra'**, que es asegurarlos y domesticarlos para enseñarles la santa doctrina.

Y esta es la regla que nos da san Pablo (1 Co 2, 14): **'Non prius quod spirituale est; sed quod animale, deinde quod spirituale'**. Con los beneficios, suavidad y nuestras prácticas de amor se ganan aquellas voluntades terrenas, ni cabe a los principios otra cosa, porque como el mismo apóstol de las gentes nos advirtió, el hombre animal terreno y que está todavía por desbastar, aunque se las digan y expliquen, no percibe las cosas espirituales. La señal fija de que perseverarán quietos, entre otras, es ver que han trabajado buenas sementeras y buenas casas, que envíen de buena gana sus hijos a la doctrina y a la escuela,etc. Hasta tener esta moral certidumbre solo se bautiza en peligro de muerte; cuando hay la tal seguridad, ya se bautiza a los chicos instruidos en la doctrina, que se debe entablar desde el primer arranque de la fundación; que en la crianza de éstos está la ganancia y el mayor mérito en tolerar la férrea tosquedad de los adultos» (1963:236-46).

II. COSTUMBRES Y RITOS FUNEBRES DE LOS SALIVAS (1741)

(1. Una etnia pacífica y moldeable)

«Más de lo que yo pensaba nos hemos detenido con los guamos y otomacos. Por lo cual conviene tomar nuestra navegación y subir a vela y remo a consolarnos a vista de la nación saliva, dócil, manejable y amable, gente bastantemente capaz y que se hace cargo de la razón mejor que nación alguna de las que hemos descubierto, aunque entre a competir la nación achagua, que es todo cuanto se puede pedir de indios gentiles. Este no es parecer solo mío; así lo afirman todos cuantos misioneros han tratado a esta nación y los que por relaciones de ellos han escrito de los salivas, y ninguno dice demasiado.Han sido y son los salivas el vínculo de nuestro amor en Cristo Jesús.Por no desamparar estas humildes y mansas ovejas, rindieron sus vidas los primeros y los segundos misioneros que bajaron de

mi Provincia, en las manos sangrientas de los caribes, lobos carniceros que, por apoderarse de toda aquella grey indefensa, mataron a sus vigilantes pastores. Y la tercera vez que bajaron otros misioneros, el año de 1731, acometidos por todas partes de dichos caribes, y no hallando ya la humana prudencia medios para evadir su cruel furia, la docilidad de los indios salivas fue la única rémora que los detuvo y hasta hoy los detiene, expuestas a manifiesto riesgo sus vidas, porque, a la verdad, esta nación es aquella tierra buena que recibe el grano evangélico y da fruto centésimo.

No por esto pretendo que se entienda que los misioneros de esta nación se están en sus glorias, ocupados únicamente en recoger frutos a manos llenas, sin el afán de desmontar y arrancar abrojos y espinas. Mucho hay que vencer y mucho hay que sufrir. Porque, aunque son notoriamente mejores estos indios que los demás, no dejan de ser indios, ni deja de tocarles toda la definición que dimos al principio, aunque con alguna moderación respectiva. Son más constantes que las otras naciones; son más dados al cultivo de sus sementeras; por maravilla se oye una palabra más alta que otra entre ellos, porque gastan mucha mansedumbre. Pero todo esto no quita el que convengan con el resto de las demás naciones, como realemente convienen, en ser ignorantes, necios, moledores en gran manera, borrachos como todos los demás, aunque se precian mucho de que beben con juicio; pero este juicio solo consiste en que, después de embriagarse, como todo indio lo hace, no pelean ni se aporrean unos a otros, y a la verdad nos es poco alivio para los misioneros.

(2. Principales rasgos culturales de los salivas)

En la poligamia y uso del repudio, corren igual que las demás naciones y creo que exceden a todas en el interés y codicia. Gustan mucho de tener muchas y muy lucidas armas,pero no tienen ánimos para usar de ellas. Si alguno les exhorta a que miren por sí y se defiendan, responden **'que sus antiguos no pelearon y que ellos no pueden pelear'**. Por lo cual se han dejado sojuzgar de los caribes; tanto que, siendo ésta una nación de las más numerosas del Orinoco, se ha reducido a 5 o 6 pueblos, 3 de los cuales están ya en doctrina regular, y lo estuvieran también los otros, si hubiera operarios; pero hay mucha mies y los operarios son allí pocos para campo tan dilatado.

Los varones salivas, como se infiere de lo dicho, son muy afeminados y, al contrario, las mujeres son muy varoniles hasta en el hablar. Ellos son taciturnos y lo poco que dicen es en voz baja y arrojada por las narices, como después diremos; ellas, al contrario, hablan en tono perceptible y con

desembarazo. Y aunque en todas aquellas naciones el peso del trabajo, no solo doméstico, sino el de las sementeras, recae sobre las pobres mujeres , en esta nación es peor, porque, fuera de eso, tienen la tarea intolerable de peinar a sus maridos mañana y tarde, untarlos, pintarlos y redondearles el pelo con gran prolijidad, en que gastan mucho tiempo; y si hay 10 o 20 forasteros en la casa, deben hacer la misma obra con ellos; y una vez pintados y peinados, ni aun se atreven a rascarse la cabeza, ni parte alguna del cuerpo, por no desfigurar su gala.

No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidez y aseo. Tal es que firmemente creo que llevarán con más paciencia cualquier otro daño grave que el que les descompongan una quedeja del pelo; lo cual colijo de la prolijidad con que se miran y remiran al espejo antes de salir de sus casas, y del gran cuidado que tienen de sí mismos, no arrimándose a parte alguna, ni permitiendo que alguno los toque. Pero todo se lleva con paciencia a vista de las veras con que reciben y retienen la doctrina cristiana. De este mismo calibre y genio son los indios aturis, que se reputan por salivas, aunque su dialecto es algo diverso. La nación de abanes, miupures y los quirrubas son de diferentes lenguajes, pero del mismo genio y mansedumbre, y están dispuestos a recibir el santo evangelio, luego que haya operarios que se lo expliquen, cosa que no puedo escribir aquí sin gran dolor de mi corazón. Pero puede ser que a estos cuatro renglones tenga el Señor aligada la vocación de los operarios que su altísima providencia tiene destinados para la salud eterna de estas pobres y bien dispuestas naciones: **quae albae sunt ad messem**[5].

(3. Ritos de iniciación de jóvenes y con ocasión del nacimiento de mellizos)

Y volviendo a los salivas, de que ahora tratamos, lo singular que tienen entre todas estas naciones es el acto previo, que sufre la gente moza luego que llega el tiempo de limpiar las vegas para sembrar su maíz, yuca, plátanos, etc. Ponen a los jóvenes en filas, apartados unos de otros, y unos cuantos viejos se previenen con azotes o látigos crudos de pita retorcida; y después que uno de ellos les intima que ya es tiempo de trabajar, descargan sobre ellos una cruel tunda de azotes, tales que, fuera de tal cual herida que hacen, los restantes levantan verdugones considerables en aquellos cuerpos, sin que los mozos abran la boca para un ay!, ni una queja. La primera vez que oí esta tempestad de azotes, fui a prisa a saber qué delito habían cometido aquellos pobres: '**Ningún delito tienen** (respondió uno de aquellos

5 que ya amarillean para la siega (J 4,35).

viejos sayones); **pero, como ya es tiempo de rozar y limpiar el campo para sembrar, con estos azotes quitamos la pereza a estos muchachos y sin ella trabajan bien'**. Oí la necedad y me volví riendo.

Ni es menos necia la manía con que llevan pesadamente que sus mujeres paran mellizos, teniéndolo por deshonra de sus personas. Y llega esto a tanto que, luego que corre la voz de que fulana parió dos criaturas, las demás indias, sin reparar que a ellas les puede suceder y sucede a veces lo propio, corren a la casa de la parida a celebrar la novedad con apodos. Unas dicen que aquélla es parienta de los ratones, que paren de cuatro en cuatro sus ratoncillos; otras que no, sino que es parienta de los cachicamos, que paren más y más menudo. Y no para aquí el daño: lo peor es que la saliva gentil que da a luz y siente que resta el otro, al punto, si puede, entierra al primero, por no sufrir luego la cantaleta y la zumba de sus vecinas, ni ver el ceño que su marido le pone. Y el sentimiento del marido es hijo de otra ignorancia, porque su pesar nace de pensar que solo uno de aquellos mellizos puede ser hijo suyo, que el otro es señal cierta de deslealtad de su mujer.

Ni esto para en mera especulación, como lo vimos todos los misioneros no ha mucho tiempo. Nos habíamos juntado a tratar varios puntos ocurrentes en uno de los pueblos salivas, y de repente vino la espía que para eso tenemos y conviene para evitar estos graves daños, avisando que la mujer de un capitán había parido un muchacho y que quedaba pariendo otro. Fue volando el padre que cuidaba del pueblo y, por presto que llegó, ya la madre le había tronchado el cuello a la criatura que había nacido; mas tuvo la dicha que todavía alcanzó el agua del santo bautismo y murió media hora después; la otra criatura se logró. Pero no paró aquí la función, porque, luego que convaleció la mujer, que entre aquellas gentes es muy en breve, juntó el capitán su gente al anochecer y, puesta en pública vergüenza la triste saliva, le hizo cargo de la desvergüenza de haberse atrevido a parir dos criaturas, siendo su mujer. De ahí pasó a reprender y retar a las demás mujeres, amenazándolas con riguroso castigo, si en adelante se atrevían a parir mellizos; y para que viesen que no había de parar el negocio en solo palabras y amenazas, tomó un látigo cruel y dio una sangrienta disciplina a su propia mujer, para que en su cabeza escarmentaran las otras. Hasta aquí puede llegar la ignorancia y gobierno descabellado de aquellos ciegos gentiles. Y tanto como esto y mucho más hay que remediar aún en las naciones más tratables y dóciles: ¿qué será en las agrestes?.

(4. Preparación de ritos fúnebres solemnes)

Pero la función clásica y distintiva de los salivas gentiles y en que

descubren los fondos de su política y amor a sus jefes, es cuando muere alguno de sus magnates. Y aunque es verdad que ya la han dejado y,a la primera insinuación que se les hizo, no se acordaron más de ella, con todo, por ser un conjunto de cosas irregulares y extravagantes, resumiré aquí la función, según y como la vi en uno de aquellos pueblos, donde casualmente concurrimos tres misioneros y algunos soldados de la escolta. Llegose el tiempo de hacer las honras de un hermano del cacique Pugduga y luego empezaron las diligencias: unos, a exornar el sepulcro que estaba en medio de la casa en donde había muerto; otros, a buscar tortugas y pescado para los convites; y las mujeres todas atareadas, previniendo chicha o cerveza para los convidados.

Señalose el día y la parentela del difunto se repartió a varios pueblos a convidar para la víspera y el día de tales honras; y todos andaban ocupados en variedad de faenas, todas dirigidas a la solemnidad. Llegó en fin la víspera y el señor cacique nos llevó a ver el túmulo de su hermano. Junto a él estaba llorando la viuda, mutilado malamente el pelo y sin adorno alguno de los que dije usan las mujeres, porque ni aun la untura ordinaria se les permite a las viudas hasta después del largo luto. El contorno del sepulcro estaba cerrado con celosías bien hechas y bien matizadas de varios colores. En las cuatro esquinas y en los medios había seis columnas muy bien torneadas: dos de ellas remataban con coronas, dos tenían sobre sí dos pájaros bien imitados y las dos delanteras remataban con dos caras, en ademán de llorosas, con las dos manos sobre los ojos. Todo bien y mejor de lo que se podía esperar de su poco talento.

Empezaron a venir compañías forasteras de los pueblos convidados; y no sé cómo puede ser, ni en dónde traían tan a mano las lágrimas, porque, siendo así que venían alegres y con festiva algazara, al llegar a la puerta del duelo, soltaban un tierno llanto con verdaderas lágrimas. A este respondía pronto el llanto de los de adentro, y pasada aquella avenida melancólica, se ponían a beber y a bailar alegremente. Y si en el fervor del baile llegaba otra visita de convidados, iban renovando el llanto dicho, y volvían a beber y bailar, lo cual prosigió así hasta que llegaron los últimos.

(5. **Instrumentos musicales y danzas fúnebres**)

Y luego resonó repentinamente una inaudita multitud de instrumentos fúnebres, que jamás habíamos visto no oído: inventiva diabólica y muy propia para melancolizar los ánimos. Todos, según sus clases, sonaban de dos en dos. La primera clase de ellos eran unos cañones de barro de una vara de largo, tres barrigas huecas en medio, la boca para impeler el aire

angosta y la parte inferior de buen ancho; el sonido que forman es demasiado oscuro, profundo y uno como bajón infernal. La segunda clase de instrumentos, también de barro, es de la misma hechura, pero con dos barrigas y mayores los huecos de las concavidades intermedias; su eco es mucho más bajo y nocturno y, a la verdad, horroroso. La tercera clase resultaba de unos cañutos largos, cuyas extremidades meten en una tinaja vacía de especial hechura; y ya no hallo voces con que explicar la horrorosa lobreguez y funesto murmullo que del soplo de las flautas resulta y sale de aquellas tinajas. ¿Y quién dirá la melancólica behetría que salía de todo ese conjunto de funestas voces? Lo peor era que sonaban juntos e incensantemente, muchos en la casa del túmulo y otros tantos en la casa del duelo.

Al mismo tiempo salieron varias danzas, emplumados los danzantes a todo costo, como dijimos de los guayquiríes. Cada tropa de danzantes llevaba su tren de flautas fúnebres referidas; unos danzantes pasaban con mucha gravedad y reposo, con bastones muy pintados en las manos, siguiendo el compás de la música, no sólo con los pies, sino también con los golpes que daban en el suelo con los bastones. Otra danza pasaba con ligereza y aceleradamente, haciendo todos a un tiempo y al compás de la música cortesías con todo el cuerpo, ya al un lado, ya al otro; cada uno de los de esta danza tocaba con una mano un pífano, acompañando con él los golpes de los pies y de los bastones. Otras danzas singularísimas fueron saliendo a la plaza.

Cada danza, fuera de los músicos, se componía de doce indios con singular adorno de plumas y plumajes largos de guacamaya; cada cual traía en su mano derecha un mimbre largo, todo cubierto de variedad de plumas. Las puntas de dichos mimbres estaban atadas en lo más alto de una corona cubierta de plumas y el peso de ésta hacía doblar hacia abajo los doce mimbres, formando cada cual un semicírculo, y todos juntos formaban una cúpula o media naranja vistosa, de cuyo centro quedaba pendiente la corona. El primor de estas danzas consistía en una notable variedad de posturas, vueltas y círculos acompasados al son de la música, pero sin desbaratar ni descomponer la dicha media naranja; junto a estas danzas iban, de dos en dos, aquellas flautas largas de cubarro, de que dijimos en el capítulo de los indios guamos, que están en punto y suenan como dos acordes violines. Estos músicos pasaban en tono de danzantes, porque con la cabeza, pies y con todo el cuerpo iban haciendo extraordinarias cortesías y ceremonias. Este conjunto de cosas formó un espectáculo digno de verse en cualquier corte de Europa; esto es fuera de las libreas que hombres y mujeres se habían ya puesto, a costa de muchos colores, unturas y plumas. Cada rueda de gente, vista a lo lejos, representaba la variedad de un florido

jardín; en especial se habían matizado las caras de tan raras figuras y colores que, sino por el habla, a nadie conocíamos. Con toda esta solemnidad pasó la tarde.

(6. **Inesperada celebración nocturna**)

Ya iba anocheciendo, cuando, recogiéndose toda la gente, vinieron el cacique y sus capitanes a preguntarnos 'qué tal nos había parecido la función' y respondimos 'que muy bien y que veíamos ya que tenían mucho entendimiento'. Este es el párrafo que más les cae en gusto a los salivas y por aquí hacen agua. Y a la verdad, habiendo reparado con toda atención, no vimos cosa indecente, ni supersticiosa, sino un agregado extravagante, ya de llanto, ya de baile. Fuese el cacique con los suyos, sin saber nosotros la noche que habíamos de pasar, y ciertamente, ni los padres, ni seis soldados que nos acompañaban jamás tuvimos susto, espanto y terror semejante al que, cuando menos pensábamos, nos acaeció esa noche, que fue de horror.

Quedó el pueblo en profundo silencio y, por todas las señas, creíamos que, cansados y rendidos los indios de puro llorar, bailar y principalmente de puro beber, dormían sosegadamente, por lo que cada cual se recogió a descansar a la hora ordinaria. Yo cogí el sueño o el sueño me cogió a mí de buena gana, y allá, como a la una de la noche, sentí como una gran pesadilla, acompañada de un eco horroroso. Desperté asustado, puse el oído y me pareció que sonaba a modo de una horrenda tempestad, de las que se usan en Orinoco. Salí de donde dormía y hallé a los otros dos padres aturdidos y discurriendo qué podría ser aquel ruido. Nadie acertaba, y cuanto más se discurría de él, más se acercaba y mayor horror causaba. Llamé al cabo y a los soldados, que ya aturdidos estaban cerca, y díjeles: 'a las armas, señores, y vénganse luego con ellas, porque tal vez los caribes han sabido de la fiesta de estos indios, y habrán dicho: vamos esta noche a dar el asalto, que a buen seguro los tenemos descuidados'.

A todos asentó bien mi recelo, pero aquel estruendo no era conveniente para asalto secreto, ni había cajas,tambores, furrucos (sic), ni curupainas bastantes en todo el Orinoco para formar la centésima parte de aquel horroroso ruido. Por otra parte, ya no sonaba lejos y en el pueblo nadie se daba por entendido, ni parecía un alma a quien poder preguntar. En este congojoso susto y terrible conflicto estuvimos largo rato y los soldados pronto y alerta para lo que pudiese suceder, cuando a la vislubre de la luna, que ya salía, distinguimos un círculo al uso de los indios otomacos y conocimos que de aquella gente salía el estrépito fatal, pero no atinába-

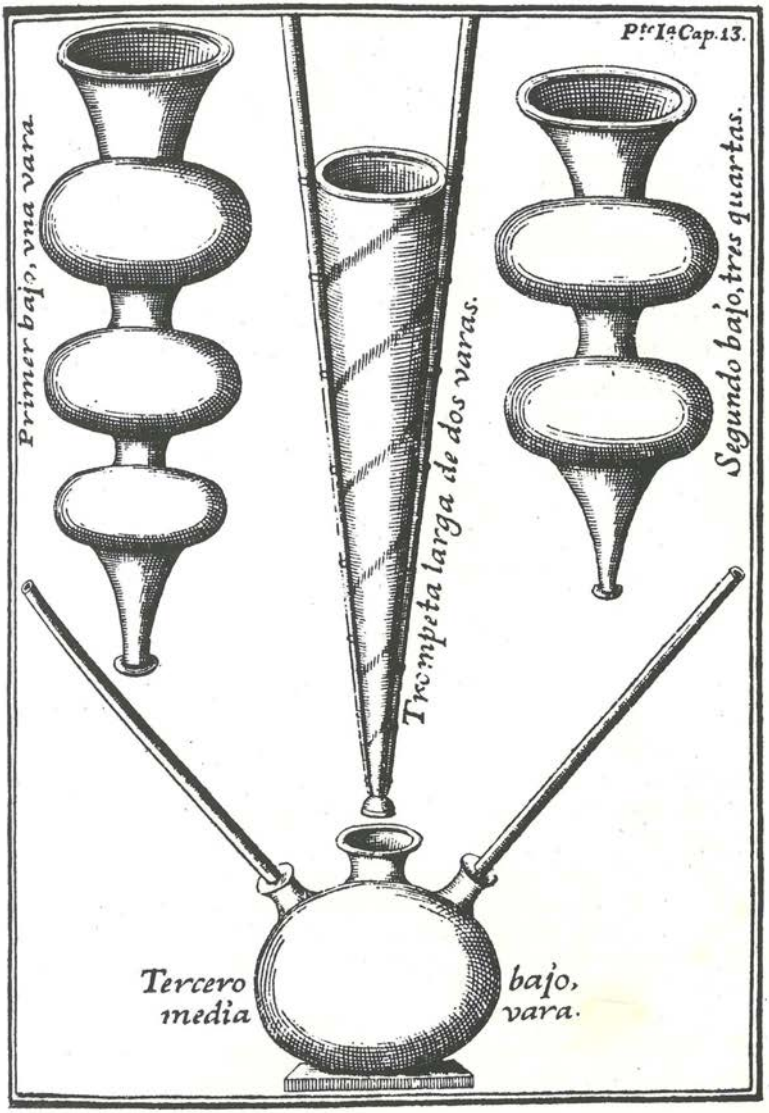
mos, ni era fácil adivinar de qué se originaba o en qué consistía. En fin, fuéronse acercando muy despacio y con la misma pausa dieron dos o tres vueltas al pueblo, sin hablar palabra y sin salir indio alguno de su casa a ver o preguntar y, concluídas las vueltas, al rayar el día, se sentaron afuera en el llano sin perder la forma de círculo.

Arrimaron los instrumentos infernales a un lado y luego salió gran número de mujeres, con abundante aparato para darles de almorazar, como lo hicieron, a su gusto. A breve rato vino el cacique a ver si estábamos enojados (cierto no había para qué, porque el susto fue fruto de nuestra ignorancia); le dijimos que no y pasamos todos a examinar la causa de aquel son tan inaudito y extraordinario. De 90 indios se componía el círculo de aquella danza, 30 tocaban pífanos, 30 tocaban trompetas diabólicas, causa única de aquel estruendo, y otros 30 ayudaban a cargar las tales trompetas, las cuales tenían un palo largo atado a cada lado, que de la boca de la trompeta para afuera salían y recaían sobre los hombros de un indio, teniéndola el que soplaba con ambas manos aplicada a la boca. De modo que la trompeta, a mi ver, de mayor a menor, tenía dos varas de largo, su boca como la de un clarín y el remate era una boca que apenas se podría tapar con un buen plato.

La materia de la trompeta era de una cáscara que llaman majagua, que se deja gobernar como papel, y cuando está fresca es pegajosa como cola, con lo cual fabrican a todo su gusto dichas trompetas, y mayores si les da la gana. Véase su figura y las de los otros instrumentos al principio de este capítulo. En fin, ellas son tales que son menester dos hombres para poder usar de ellas. Los treinta pífanos desde cerca realzan y dicen bien con las trompetas, pero, desde lejos, no se oye sino la tempestad fea de sus voces.

(7. Más danzas, elogio del muerto y túmulo al río)

Concluído su almuerzo, formaron su danza y dieron una vuelta espaciosa por el contorno de la plaza. Luego fueron saliendo por su turno las mismas danzas del día antecedente, con la singularidad que entre una y otra mediaba un rato de llanto. Y callando todos, salía uno con un elogio del difunto y, en tono alto y lastimero, decía: '¡Oh, y qué pescador tan excelente hemos perdido!'.Otro, pasado otro llanto, decía: '¡Oh, y cuán admirable flechero murió!. No erraba tiro'. Después que danzaron a todo su placer, se volvió a formar la danza de los trompeteros junto a la casa del túmulo, y precediendo todas las otras danzas, se encaminaron todos al río, danzando y tocando todos los instrumentos. Los últimos eran los del duelo, y entre



Instrumentos fúnebres usados por los indígenas salivas.

ellos traían cuatro indios todo el aparato del túmulo, el cual arrojaron al río, tras de él las trompetas y todos los demás instrumentos fúnebres, como que desterraban la memoria del difunto. Luego se lavaron todos en el río y se volvieron a sus casas.

Bastante eco hace este rito gentílico de los indios salivas al modo con que los nobles gentiles de la China concluyen sus funerales[6], donde por último van los bonzos tocando adufes, flautas, campanas, campanillas y otros instrumentos. Llevan por delante varias insignias con pinturas de elefantes, tigres y leones, y todo, últimamente, lo arrojan al fuego y lo reducen a ceniza. Pero los salivas, que solo tiran a cumplir con su difunto en aquel día y, de allí en adelante, borrar de sus memorias todas cuantas especies pertenezcan a él, arrojan al río todo aquello que concurrió a solemnizar las exequias, para que las corrientes carguen con todo y aun con la memoria del difunto.

Finalizada la función de los salivas, al punto las mujeres de una capitanía llevaron tortuga asada y cazabe, que es su pan, a los hombres de otras capitanías; y las mujeres de éstas a los hombres de las otras, en señal de amistad y, como ellas decían,en agradecimiento de lo que habían bailado. He omitido otras ceremonias de menos monta, porque bastan las insinuadas para inferir las demás. De los salivas del río Bichada, misión que destruyeron antiguamente los caribes, refiere una función algo semejante a ésta el P.José Casani, en el cap. 26 de su **Historia General**, fol.168" (1963:158-167).

2.3 FELIPE SALVADOR GILIJ (1721-1789)

Este misionero italiano nace en Legnone, Umbría, y muere en Roma. Es considerado escritor y lingüista. Entra en la Compañia en 1740 y, al año siguiente, siendo todavía novicio, es destinado al Nuevo Reino, a donde viaja en 1743 en la expedición preparada por Gumilla. Completa su carrera jesuítica en Bogotá y en 1749 llega por fin a la misión, donde permanecerá hasta la expulsión en 1767, cunado él era el superior de la misión. En 1756 funda la reducción de San Luis de la Encaramada entre los indios tamanacos, a quienes consagra la mayor parte de su actividad misionera. Llega a dominar pefectamente las lenguas tamanaca y maipure, escribiendo una gramática y un vocabulario y redactando diversos textos (sermones, instrucciones y aun poesías) en las mismas.

---

6 Historia de la China del P. Trigault, lib. I, cap 7, pág. 40.

Vuelto a Italia, se reintegra a su provincia romana trabajando en varios colegios y, al ser suprimida la orden, se dedicó a escribir durante los 16 últimos años de su vida. Su obra más importante es el **Saggio di Storia Americana**, que se publicó en Roma por Luigi Peredo Erede Salvioni en 4 tomos con estos subtítulos: I. **Della storia geográfica e naturale della provincia del Orinoco** (1780), II. **De 'costumi degli orinochesi** (1781), III. **Della religioni e della lingua degli orinochesi e di altri americani** (1782), donde hace una clasificación de las lenguas indígenas del Orinoco que causó gran admiración a Humboldt, y IV. **Stato presente della Terra Ferma** (1784). De los tres primeros tomos de esta obra, que se refieren más a la actual Venezuela, hay una versión castellana de Antonio Tovar, **Ensayo de Historia Americana**, publicada en Caracas en 1965 en la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. El tomo IV, que trata de la actual Colombia, había sido ya traducido en Bogotá en 1955 en la Biblioteca de la Historia Nacional con el mismo título y el subtítulo de **El estado presente de la Tierra Firme**.

Esta obra es, sin duda, una de las más ambiciosas entre las escritas por los jesuitas del exilio. En la introducción Gilij expresa sus motivos para escribir y cómo lo hizo. Además de la consabida petición de algunos amigos para que escribiera, él aduce los motivos de la renovada curiosidad por América que trajo la Ilustración y la necesidad de criticar cierta literatura sobre América:

> «A esta obra, pues, que yo, satisfaciendo a las peticiones de muchos que tienen en algo mis cosas, doy ahora a luz, no le dio origen sino la cursiosidad. Es de todos conocida la inclinación de los italianos a conocer, o por libros impresos o por personas que hayan andado por el mundo, las noticias de América. De América he vuelto yo no hace muchos años como testimonio autorizado... ¡Cuántas y qué curiosas preguntas me hicieron sobre la naturaleza de aquellas comarcas, sobre el calor exorbitante que en ellas hace, sobre las plantas, tan diversas de las nuestras, sobre los animales y sobre los hombres, y sobre otras cien minucias!...
>
> Parecieron ciertamente nuevos mis relatos...y me rogaron ardientemente que los extendiera algo más copiosamente y los imprimiera... Tomada la pluma en mi mano, ¡cuántas dificultades he hallado! He tenido no solo que ordenar y disponer en su lugar lo que observé por mí mismo, sino que por amor a la verdad he tenido además que escuchar el parecer ajeno, o preguntar a personas que habían estado conmigo en América. He tenido que leer los relatos y las historias de algunos que me han precedido; y encontrando varias cosas o discordantes o no explicadas plenamente o bien confusamente narradas, ha sido necesario a veces refutarlas o ponerlas al menos a buena luz. Por consiguiente, me ha crecido la materia de mi historia y

al fin me ha dado cuenta de que...no podía bastar un solo volumen para decir todo» (1965,I: 19).

Con relación a la crítica de ciertos libros sobre América publicados en Italia y otros países europeos en el Siglo XVIII, Gilij comienza por decir que en su tiempo «sin ningua selección se lee cualquier libro que trate de América» y que «mejor se conoció entre nosotros en su primer descubrimiento América que se sabe hoy», porque entonces los italianos bebieron «en fuentes purísimas. Las bebieron en Oviedo, en Góngora y en tales españoles, en los cuales...se encuentra toda la sustancia de la verdad» (1965,I:11-12). La crítica a estos autores la hace Gilij en largas notas de los distintos capítulos. Como dice Tovar en su estudio inicial hablando del traductor del tomo IV:

> «Mario Germán Romero ha señalado bien que Gilij polemiza contra Buffon, contra Voltaire, y 'contra las dos obras centrales de las controversias europeas sobre América: las de Pauw y Reynal'. Forma en la misma falange de Rinaldi, Clavijero, Nuix, Molina y demás jesuítas expulsos que combaten contra los autores dichos, y contra Marmontel y Robertson» (1965,I:XVIII).

Al exponer Gilij las razones por las que juzga llenos de errores los libros de tales autores, indica dos: la crítica excesiva a la colonización española y la pretensión de descubrir al hombre **natural**, sin el ropaje de la educación y de las costumbres, propia de la filosofía de la Ilustración.

En cuanto a la primera causa, Gilij observa que «apenas hay libro en que no se emprenda hacer de censor de los antiguos y modernos españoles en América. Los demás naciones que hace ya mucho tiempo señorean en otras partes de ella, o son silenciadas o se les alaba»(1965,I:14). Luego añade que no quiere discutir si tal discriminación en el juicio se deba a la riqueza y poder de la América española o a «la religión cristiana que en ella se ha propagado», pero Gilij defiende dicha colonización. Lo hace, no solo para terciar en el debate de modo imparcial («no escribo con espíritu de partido, ni con odio contra nadie»)(I:15), sino para defender a la única América real, fruto de tal colonización, que «es para muchos todavía creída un país salvaje e inculto» (I:17). La defensa aparece sobre todo en el tomo IV[1].

1 Esta defensa de la colonización española tuvo un efecto benéfico en sus ingresos económicos, que debían ser tan precarios como los de la mayoría de los expulsos. En efecto, Gilij encabeza el tomo IV con una real cédula por la que el 27 de marzo de 1784 se le restituye la pensión real, que la corona otorgaba a los exjesuitas de sus reinos y que a él le habían cortado el 1 de enero, "en atención al loable empeño que ha tomado de escribir en italiano la Historia del Orinoco... vindicando a nuestra nación de las calumnias con que los escritores extranjeros procuran denigrarla" (I: XVII).

Más interesante para conocer el pensamiento de Gilij es su reflexión sobre la segunda causa. Ante la visión del indio americano como el **hombre natural** de los filósofos de la Ilustración, Gilij, desde su experiencia de largos años de convivencia con los indios, reacciona en tono polémico y mordaz y usando calificaciones sobre los indios, que matiza mucho más en otros pasajes de su obra, por juzgar tal visión como una simple amenaza contra los principios en que se apoyaba la civilización de la vieja cristiandad:

> «Si volvemos los ojos a los escritores modernos sobre América, Dios mío, ¡qué oscuros laberintos no hallamos, aptos para inducir errores enormísimos! Quien se pone a escribir de América para fundamentar con sueños imaginados las más execrables máximas del ateismo, y nos dan por maestros a los caníbales, los esquimales y semejantes naciones estúpidas. Quien nos presenta las virtudes de los salvajes bajo formas lisonjeras, para envilecer, si pudiera, el cristianismo. Y he aquí que sube a la cátedra un **cacique**, un reyezuelo de unas pocas personas desnudas, para instruirnos. Quien nos presenta la libertad de los indios, limpia, como si dijera, de todo prejuicio de educación y de costumbres, para empujar a los menos cautos a sacudir los vínculos más sacrosantos que nos unen a Dios y nos sujetan a nuestros príncipes» (1965,I:13).

Es fácil adivinar en estas expresiones la acritud que llegó a tener la polémica entre los partidarios de la vieja sociedad, basada en la religión cristiana y en la monarquía, y de la nueva sociedad, que se estaba gestando en la Revolución Francesa, cuando ya había rodado la cabeza de Luis XVI, se había erigido un altar a la diosa razón y habían sido asesinados muchos durante el «Régimen del Terror», incluso en personas como Gilij, que no parece guardar en su obra ningún rencor contra el monarca que lo había expulsado de la misión.

Volviendo al cómo escribió su obra, Gilij se sentía continuador de Gumilla. Por eso, recuerda que «fuí a América con el P.Gumilla y por él me aficioné a las fatigas orinoquenses y fui por el mismo no raras veces estimulado a seguir, si tanto alcanzaba, la historia de ellas» (I:53) y que consultó a Gumilla, «cuyos libros sobre el Orinoco tengo a mi alcance traducidos del español al francés» (I:19). Pero pensaba que su inspirador era poco crítico y poco ordenado: «si a aquellas dotes de gracia y de fluidez en el decir, que son en él singularísimas, se bubiesen unido además otras de crítica exacta y de orden cuidadoso en el contar, tendría después de su muerte, como lo tuvo en vida, gran encomio» (I:2). Por eso, Gilij, que tuvo, por otra parte, más tiempo que Gumilla para escribir, tratará de informarse mejor y de construir su narración de modo más estructurado.

Para lo primero, no solo se sirvió del círculo de misioneros expulsos, sino que acudió a todas las fuentes de información posible. Por eso, Gilij lamenta no poder utilizar los datos de los «astrónomos y geógrafos excelentes» de la Real Expedición de Límites, a pesar de conficto personal que el había tenido con el comisario Iturriaga cuando éste quiso disponer de los indios de las reducciones (I:XXXI), por no haberse publicado los resultados de la expedición o, al menos, no haber llegado a Italia (I:24). Y por eso Gilij acude a la espléndida biblioteca de Nicolás de Azara, que era funcionario de la embajada de España ante la Santa Sede, quien le proporcionó una nueva crónica del Orinoco. Era la **Historia Corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del río Orinoco** (Madrid, 1779) del misionero dominico andaluz Antonio Caulín. Gilij la resume en apéndice del tomo I (pp.283-298) y la cita en otras ocasiones.

Para estructurar bien su obra, Gilij comienza por limitar el tema de su **Ensayo de historia americana**, a las provincias que «más de cerca miran a nuestra Italia y...que después de las Antillas, descubrió el primero Colón» (I:16). Luego, partiendo de que hay dos Américas que deben conocerse, una salvaje, «en que viven solos los americanos», y otra civilizada, «que por medio de sabias leyes, introducidas allí por usos civilizados y cristianos, ocupan los españoles junto con los indios reducidos», desarrolla los «dos objetos» de su historia describiendo la cultura del Orinoco (I:15). La simple lectura de los títulos de los 176 capítulos de los 3 tomos muestra la infinita amplitud de los temas tratados.

El tomo I presenta en sus 5 libros una visión general del río Orinoco y de los países interiores del mismo descubiertos hasta 1767, con una descripción detallada de sus animales y plantas. El tomo II trata en 4 libros de la tierra, agua y cielo del Orinoco, del físico de los orinoquenses, de su moral y de su política. Y el tomo III ofrece en 3 libros la religión antigua de los orinoquenses, la introducción del cristianismo y las lenguas del Orinoco, donde añade un extenso apéndice sobre las grandes lenguas americanas. Como se ve, Gilij, además del clásico énfasis en el mundo natural, enfatiza tanto el mundo moral y religioso, por juzgarlo «digno de todo hombre, no solo de un misionero cual yo fui» (I:23), como el mundo linguístico. «Son - dice un punto no exótica erudición las lenguas americanas, y muchos autores las han dejado a un lado, como si nada interesaran a la historia. Yo desarrollo...su origen, explico la variedad en los muchos dialectos... y haciendo de estas lenguas varias pruebas, aduzco ejemplos para explicarlas mejor» (I:22).

He elegido dos textos. El primero, que revela la importancia geográ-

fica de las misiones jesuíticas, es la narración del descubrimiento de la interconexión del Orinoco y el Amazonas, hecha en 1744 por el P.Román, superior de la misión, quien permaneció varios meses entre los portugueses del río Negro.

I. ROMAN DESCUBRE INTERCONEXION ORINOCO-AMAZONAS (1744)

(1. Postura de Gumilla sobre interconexión)

«Veo ahora a mis lectores dominados de una laudable curiosidad por saber más extensamente cómo se hizo el aludido descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón, y voy a satisfacerla. Estaba ya desde 1741 impresa en Madrid la obra del P.Gumilla, en que se negaba toda comunicación acuática entre estos dos celebradísimos ríos, y no solo España, mas las otras naciones, se atenían todavía a la afirmación de un autor al que creyeron testigo ocular de lo que afirmaba.

En el mismo Orinoco de que se trataba, no había ni uno solo que se le opusiera. Nunca imaginó nadie que el Orinoco hubiera de venir, dando una vuelta casi en círculo, del lago Parime, y no por curso directo desde Pasto.Así pensaban todos. Pero al mismo tiempo les eran a los habitantes del Orinoco bien conocidas las correrías que en busca de esclavos indios hacían a no larga distancia de las misiones jesuíticas los portugueses del Marañón. De ellas habla el propio P.Gumilla, pero una vez que se negaba toda comunicación de ríos, se pretendía que habían venido por tierra.

«Los portugueses del Marañón,dice él[2], atravesando hasta las riberas del Orinoco, empezaron a molestar y cautivar a los indios de ellas, desde el año 1737, en que estaba yo en el Orinoco, y prosiguieron en 1738, como me consta por carta del Padre superior, Manuel Román, que recibí antes de embarcarme para España en Caracas, y prosiguieron en 1739, por aviso que acabo de recibir en esta corte del P. Bernardo Rotella». Hasta aquí él, mas para esclarecimientos mejores, volvamos un poco atrás.

(2. Indicios de existencia de una interconexión)

Al hervor de las nuevas que a menudo desde el alto Orinoco eran llevadas a los padres por los indios, que decían haber visto allí europeos,

---

2 Tomo II, cap. 24.

Gumilla con sus compañeros escribieron una carta en latín que, por no saberse aún bien de qué nación eran los forasteros vistos, dirigieron en términos vagos y generales al comandante de la tropa. Sabemos por M. la Condamine que esta carta (que, como me dijo el P. Román, llevaron algunos indios de aquellas comarcas hacia el Alto Orinoco) fue entregada al comandante portugués y al limosnero de la tropa de rescate en el río Negro, y que él mismo vio el original en manos del gobernador. Pero si tuvieron noticia de los españoles vecinos por la carta enviada los portugueses, no dieron con todo respuesta alguna. Y así continuaron infestando como por detrás las naciones del Orinoco y la inquietud ocasionada por el temor a un vecino que se suponía enemigo fue tal, que indujo finalmente al P. Román, superior entonces de las misiones y amigo íntimo de Gumilla, a hacer un viaje hacia el alto Orinoco.

Mas no fueron solo los portugueses los que motivaron la excursión. Estaba en aquellos días toda la atención de los padres dirigida a los guaipunaves y a su cabecilla Macápu. Estos, según se creía, habitantes adventicios del alto Orinoco, habían fijado su residencia en el río Atabapo, y hacían daños increibles a las vecinas naciones pacíficas, comiéndose a unas y conduciendo a otras esclavas a los dominios portugues. No era conveniente tomarla de modo descubierto con los guaipunaves, la gente más feroz de todos los orinoquenses. Se requería también para tratar con ellos pacíficamente un genio intrépido y poco cuidadoso de la propia vida. Pareció tal Román a los comunes y concordes votos, el cual aceptó los pareceres ajenos, según solía, modestamente; mas, para no dar sombra ninguna de sospecha a los guaipunaves, no quiso consigo el tren de muchos soldados armados. Bastóle uno solo, llamado Casagrande, que aunque negro y de oscuro y bajo linaje, no merece ser omitido en este lugar.

(3. La expedición de Román encuentra a portugueses)

Después de ocho o diez días de navegación desde Carichana, de donde partieron[3], habiendo llegado a las cercanías de Atabapo, se vio de improviso, a poca distancia, una gran barca. Causóle sorpresa, al misionero y a los néfitos sálivas que eran sus remeros y al soldado Casagrande, ver en tan remotas regiones semejante navío, ya que ordinariamente no se encuentran más que las pequeñas canoas en que viajan casi todos los orinoquenses. Aumentó de allí a poco el estupor de todos, viendo gente vestidas al uso europeo. Levantóse ante la inesperada noticia Román y, enarbolando el crucifijo, anunció la paz a los viajeros encontrados.

---

3 El día 4 de febrero de 1744.

Correspondieron éstos con demostraciones amistosas al instante y avanzando al encuentro con toda la fuerza de sus remos,se dieron mutuamente señales del más tierno júbilo. Saltaron unos amistosamente a las barcas de los otros, y después de algún discurso que llevaba consigo el inesperado encuentro en partes tan lajanas de la tierra habitada, habiéndose reconocido ya quién como español, quién como portugués, cuales eran; al preguntar el misionero a los forasteros sus residencias, dijeron que habían llegado a aquella comarca, viajando siempre por agua, desde el río Negro, donde habitaban. Dijeron que se podía ir allí cómodamente, y rogaron con muchas instancias al misionero que fuese con ellos, que ya estaban de vuelta hacia aquel río.

Ninguna cosa le interesaba más a Román que la conversión de aquellos pueblos y la seguridad de los mismos. Ya pareciéndole que servía mucho para una finalidad y ayudaba a la otra, que él en persona pasara a la morada de los portugueses, condescendió de buen grado a sus peticiones. Y habiendo dado aviso de este encuentro y de su determinación a los compañeros del Orinoco por medio de una barca rápida, se puso en viaje con ellos.

(4. Román va con portugueses al río Negro)

El viaje, como él mismo me contaba, fue larguísimo. No se viajaba más que pocas horas, y la mayor parte de la jornada sus compañeros, dejando en alguna orilla las barcas, se iban por las selvas en busca de pájaros y de otros animales. La paciencia invicta del misionero, contento con los manjares más viles y acostumbrado a sufrir largo tiempo, venció todos los obstáculos y, a pequeñas y molestas jornadas, llegó a los confines de las poblaciones portuguesas del río Negro.

Allí tuvo el placer de encontrarse en seguida con el P. Aquiles Avvogadri, jesuita, el cual, siendo muy perito en las lenguas indias, por orden recibida del rey de Portugal, debía interrogar en sus idiomas a los esclavos que allí eran llevados, para saber sobre su compra legal y para resolver los inconvenientes que prodría haber en la trata que hacían los portugueses con los bárbaros de aquellas regiones. Cuando llegó al río Negro Román, no estaba allí Avvogadri, que se había ido algunos meses antes para sus asuntos al Pará. Estaba solo Román, y considerando que haría bien a esperar la vuelta de aquél, se entregó, dada la afinidad de la lengua española con la portuguesa, todo al cuidado espiritual de los habitantes. Entre tanto volvió Avvogadri, con quien se entretuvo algunos días, y habiéndose comunicado las noticias recién adquiridas sobre la comunicación

de los ríos conocidos, así como otras cosas atinentes a la ventaja espiritual de los indios, después de ocho meses desde que se había alejado, volvió a las misiones del Orinoco.[4]

(5. **Frutos de la expedición**)

Y he aquí en los más precisos términos esclarecido no menos el disputado punto geográfico, que la ocasión (sic), y explicados los diversos y notables acontecimientos por los cuales se supo la primera comunicación negada. Se supo, he dicho, porque a los portugueses tampoco les era conocido que el río, al que llegaban tan a menudo desde el río Negro, era el Orinoco, y no viendo poblados españoles hasta el Atabapo, donde, como ya indiqué,comenzaban los guaipunaves,se creían, como de terreno continuo y sin decir, los dueños. Por lo demás todo el Orinoco superior, y no sólo el bajo y más conocido, ha sido reconocido siempre como uno de los respetables dominios de España en América, y ahora por los nuevos tratados entre las dos coronas de España y Portugal está cerrada toda incursión a las antiguas pretensiones de los marañonenses.

Volviendo a nuestro tema, aunque después del viaje antes descrito del P.Román al río Negro no ha habido, que yo conozca, ninguno, sin embargo, después del año 1756, en que llegó al Orinoco la Real Expedición de Límites, el viaje de aquel río, interrumpido por tan largos años, se ha hecho muy conocido. Vino por allí desde el Pará el año 1760, para visitar en Cabruta al señor don José Iturriaga, primer comisario de la expedición española, el coronel portugués don Gabriel de Sousa e Figueira. También el sargento don Francisco de Bobadilla, enviado por asuntos de la Real Expedición por el señor Iturriaga, recién citado, llegó hasta Mariva, aldea principal de los portugueses en el río Negro, y otros muchos han pasado acaso por allí, de los cuales, ante tal evidencia de hechos,no hay ninguna necesidad de presentar inútilmente los nombres.

Pero el viaje del P.Román trajo no solo las luces indudables a la geografía, sino que fué también de grande utilidad a los guaipunaves, los cuales, habiendo bajado a las misiones jesuíticas, hicieron en Uruana sus casas bajo la dirección del P. Espínosa. Fue sobre todo de utilidad para la libertad de las naciones del Orinoco, amenazada entonces por algunos marañonenses. Mas de esto hablaremos en otra parte» (1965,I:53-57).

El segundo texto elegido es el capítulo 1 del libro III sobre las virtudes

4 Llegó a Pararuma el 15 de octubre de 1744.

naturales de los orinoquenses. Dicho libro está dedicado a la moral de los indios, tema importante siempre, por el escaso espacio que suelen darle al mismo las etnografías, y más importante en el contexto de las polémicas de la Ilustración, a las que ya me referí en la biografía de Gilij. Es sabido que en la Ilustración los indios, que habían cargado con los prejuicios de tres siglos de colonización, comenzaron a ser idealizados por personas que nunca los habían tratado y que pretendían, sobre todo, descubrir el «hombre natural » para socavar el muro del antiguo régimen. Un caso concreto de tal polémica es la acre crítica que Gilij hace al literato francés de la Ilustración, Juan Francisco Marmontel (1723-99), autor de un declamatorio poema en prosa sobre **Les Incas ou Destruction du Perou** (1778) en su nota X que no transcribo íntegramente[5]. El capítulo 1 de Gilij es el siguiente:

II. DE LAS VIRTUDES DE LOS ORINOQUENSES (1782)

(1.**Reconocimiento imparcial sus virtudes naturales)**

«He aquí un objeto digno de las consideraciones del hombre, esto es, el estado moral de las naciones,estando muy unido con el físico y muy dependiente también de las instituciones políticas de varios pueblos. Para sacar sus principios y decir particularmente todos sus efectos, no hallaremos nunca fin. Bajo cuántas vistas, siempre nuevas, se puede presentar a nuestros ojos un hombre todavía salvaje!. Pero haga también extrañas y varias figuras de sí mismo, cuanto él quiera. Nosotros en sus pasos descubriremos una persona que en mucho carece de las justas luces y que se da voluntariamente como presa a sus apetitos desviados, nunca un ejemplo que proponer a imitación[5], incluso con preferencia sobre los cristianos más virtuosos.

---

5 «Las desproporcionadas alabanzas de la vida salvaje de los indios que el Sr. Marmontel (**en Les Incas ou Destruction de Perou,** 1778), ora pone en boca del P. Las Casas, ora engrandece entusiásticamente él mismo en estilo agradable y astuto, no pueden leerse sin molestia. Esperaremos a que él nos mande al cabo a la escuela de Capana o de algún otro cacique americano, para saber nuestros deberes y para observarlos. Un santo padre, un pueblo de inocentes y de justos, no harían en su historia (o pudiéramos llamarla novela) figura tan luminosa como la que hace Capana con sus salvajes desnudos. He aquí fuera de sí por la maravilla de las virtudes de aquellos al P. Las Casas: 'O Dieu de la nature!'. ¿Por qué no: Oh Jesús, que es una expresión más natural y más frecuente entre los españoles? Aquel **Dios de la natura,** aquí al menos, me molesta un poco y haciéndola usar a un español inoportunamente, no querría que fuera por algún

Pero yo quiero ser juez imparcialísimo de los indios, no despreciándolos a ciegas, como han acostumbrado algunos, ni alabándolos más que cuanto merecen. En los largos años que habité entre ellos, siempre vi mucho de loable y bueno, y también mucho de reprensible. Me servirá de regla para escribir lo que de ellos observé atentamente, no los prejuicios, no el ánimo ganado por la lectura de autores contrarios o favorables a los indios. Y para hablar de los orinoquenses de aquella manera honrada con que debemos expresar nuestros sentimiento sobre cualquier nación extraña a nosotros, separemos lo malo de lo bueno. Pretender que los bárbaros, como algunos hacen, son perversos en todo sin mezcla de bien, es privarles neciamente incluso de aquellas luces que el Señor por todas partes como padre común difunde. Los orinoquenses, de los cuales he tenido experiencia tantos años, no tienen ciertamente todo malo, y a aquellos vicios de que hablaremos después (que al cabo no son ni tan grandes, ni tan frecuentes) tienen unido consigo mucho bueno. He aquí las virtudes.

(2. **Pacientes, austeros y sin desviaciones sexuales**)

Los orinoquenses, tanto cristianos como bárbaros, son de una pa-

---

asco de la religión revelada y que estuviera escondida la serpiente en la hierba. Pero sigamos adelante: 'O Dieu de la nature! Se pourroit–il que des coeurs si vrais, si doux, si simples, si sensibles, ne fussent pas innocents devant toi!' (tomo I, pág. 125 de edición de Berna). Sí, señor, puede suceder. No es bastante para encontrar el corazón de Dios y para ser inocente ante sus purísimos ojos un genio naturalmente sencillo, dulce, simple y amoroso, cual el señor Marmontel supone en los indios del istmo de Panamá. Hace falta más, y es que a estas virtudes naturales se acompañe la honestidad, la observancia de la ley divina y, al mismo tiempo, aquel culto de religión que nos ha revelado Dios en los sacros volúmenes y que abraza la Iglesia su esposa....

Los habitantes de la Cristina son llamados un pueblo feliz (tom. I, pág.226). Gómez (un capitán español que arriba allí con sus compañeros), 'Gómez –dice él– observoit á loisir les moeurs ou plutot le naturel des insulaires, car ils ne connossoient des lois que celles de l'instinct (que no bastan para hacer feliz a una nación). L'affluence de tous les biens, la facilité d'en jouir ne laissoit jamais au desir le temps de s'irriter dans leurs ames. S'envier, se hair entre eux, vouloir se nuire l'un á l'autre, auroit passé pour un délire. Le mechant parmi eux étoit un insensé, et le coupable un furieux. De tous maux dont se plaint l'humanité dépravée, le seul qui fut connu de ce peuple etoit la douleur. La mort meme n'en êtoit pas un; ils l'appelloient **le long sommeil**'. ¿Puede decirse más de los seguidores fervientes del evangelio? **O sanctas gentes**! Pero créalo él. Quien ha estado en América no lo creerá nunca... No hay nada vituperable en toda América, según él piensa, sino el fanatismo de sus conquistadores, el genio desolador, el bandidaje, exagerados de propósito para desacreditarlos...(nota X, ...» pág. 301-303).

ciencia increible. En sus males, como he notado también antes, no se oye salir palabra de su boca que sea ofensa o molestia para los asistentes. Están muy quietos entre vivos dolores, sin prorrumpir jamás en indignación. No están, como los europeos, incitados por la insaciable capacidad de oro, del que apenas conocen el nombre. Su comida no está llena de regalo, pero es al menos suficiente para vivir. A la sombra de los bosques o colgados en su redes dentro de las chozas, canturreando o durmiendo, están más contentos que estaría entre las comodidades de una corte magnífica un monarca nuestro.

Si encuentran comida o les agrada buscarla (porque también son buenos sufridores del hambre) disfrutan de ella. Pero, si no la encuentran o no les viene gana de buscarla por los ríos y las selvas, se quedan satisfechos del todo con un poco de maíz tostado. Pero sobre este asunto volverá mi discurso en otro lugar. Y como por la boca se conoce desde lejos el corazón de las personas, volvamos de nuevo a su buen hablar. No se oye nunca en sus conversaciones una imprecación, nunca una maldición, nunca o ciertamente raras veces, una mala palabra. Alguna palabra deshonesta, pero no en tono desvergonzado, se oye de vez en cuando.

Si hubiera entre ellos personas que sirviesen para incitar el bien y de algún freno en la conducta, no creo que se encontraran en el mundo naciones más dispuestas al evangelio. Comprenden en seguida muy bien, como veremos en otra parte, lo que les es dicho acerca de la religión cristiana, y como de inteligencia bastante buena, hacen a los misioneros preguntas inesperadas en bárbaros. Más Dios quisiera que de los forasteros imitasen solo lo bueno. Siendo de genio débil y pueril, y propensos a imitar las acciones ajenas, se aplican quizás con más afán a lo malo, y las imprecaciones y juramentos, que al principio eran en ellos inusitados, no son después infrecuentes, una vez que han tratado con los forasteros menos edificantes.

No será molesto oir a este propósito un relato, a mi parecer singularísimo. Visitaba yo una vez, dando una vuelta por las chozas, a los enfermos. Cuando he aquí que de improviso, con una pequeña sorpresa mía, oigo a lo lejos imprecaciones, y era precisamente un joven que, por la más cuidada instrucción recibida, debía ser mejor que los otros. Callé entonces, mostrando no haberme dado cuenta. Pero, habiéndolo llamado después a mi casa, le dije: '¿Y qué? ¿eres tú también malo? ¿son esas palabras para ser dichas?'. Quedó maravillado de mi amonestación y me dijo: 'si son malas, no las he dicho en mi lengua tamanaca, Dios me guarde de decir en ésta una mala palabra. He hablado mal, añadió, en la lengua ajena', pareciéndole o por ignorancia o para aducir una excusa astuta, que no estaba

obligado más que a no disparatar de palabra en la suya. Le quité de la cabeza el error con mostrarle que Dios es el Señor de todas las lenguas y digno de respeto sumo en todas. Volvamos a nuestro propósito.

Aunque no poco libidinosos los orinoquenses, no usan contra naturaleza y, si en algunos escritores se atribuye a los indios esta especie de lujuria, yo puedo decir que entre los orinoquenses es completamente desconocida o, al menos, rarísima.Son desconcidos también los vicios bestiales. Pero éstos tambien los han conocido, para su perdición, después. Concluyo que,si no se vieran entre los orinoquenses más que personas de bien (lo que moralmente no puede suceder), concluyo, digo, que con el decurso del tiempo se harían ciertamente cristianos buenos. Yo en mi tiempo, entre los blancos y forasteros vi a algunos que con su conducta cristiana sirvieron de ejemplo a los neófitos. Pero si no son edificantes, como también ocurre otras veces, me abstengo de contar, porque me haría daño el mal inmenso que hacen. Por los demás, he aquí esbozadas las virtudes de los orinoquenses. Pasemos a sus vicios» (1965:109-111).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO V

A. MISIONEROS:

GILIG, Felipe Salvador
1780-84 **Ensayo de historia americana**, Tomos I, II y III, Caracas, 1965, Academia Nacional de Historia, tradución y estudio preliminar de Antonio Tovar. Tomo IV, Bogotá, 1955, Editorial Sucre, Biblioteca de Historia Nacional, no.98, traducción de Mario G. Romero y Carlo Bruscantini

GUMILLA, Joseph
1741 **El Orinoco ilustrado y defendido**, Caracas, 1963, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia

RIVERO, Juna
(1729) **Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta**, Bogotá, 1883, Imprenta de San Silvestre. Reimpresa en Bogotá en 1956, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, n.23.

B. HISTORIADORES:

CASSANI, Joseph
1741 **Historia de la Compañía en el Nuevo Reino de Granada. Descrip-**

ción y relación exacta de sus gloriosos misiones en el Reino, Llanos, Meta y río Orinoco, Madrid, Manuel Fernández. Reedición en Caracas, 1967, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia

MERCADO, Pedro
(1683) **Historia de la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús**, Bogotá, 1947, 4 tomos, Biblioteca de la Presidencia de la República (el libro 8 del tomo II trata de la Misión de los Llanos)

C. ESTUDIOSOS:

AGUIRRE ELORRIAGA, Manuel
1941 **La Compañía de Jesús en Venezuela**, Caracas,

BRICEÑO JAUREGUI, Manuel
1984 **Los jesuitas en el Magdalena. Historia de una misión**, Bogotá, 1984, Edit. Kelly

DEL REY FAJARDO, José
1970 **P.Gumilla: escritos varios**, Caracas, Biblioteca de la Academiia Nacional de la Historia
1974 **Documentos jesuíticos relativos a la Compañía de Jesús en Venezuela**, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, tomos II y III
1974 **Biobibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial**, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello

JEREZ, Hipólito
1952 **Los jesuitas en Casanare**, Bogotá, Prensas del Ministerio de Educación Nacional

OLZA, Jesús
1989 «El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüistica venezolana» en revista **Paramillo**, San Cristobal, Universidad Católica del Táchira, no.8, pp. 349-451

ORTEGA RICAURTE, Carmen
1978 **Los estudios sobre lenguas indígenas en Colombia**, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo

PACHECO, Juan Manuel
1962 **Los Jesuitas en Colombia**, Bogotá, Tomo II (1654-1696)

TRIANA Y ANTORVEZA, Humberto
1987 **Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada,** Bogotá, 1987, Instituto Caro y Cuervo.

La primera edición de *La utopía posible*
de *Manuel M. Marzal* se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 1992, en los Talleres de
Editorial e Imprenta Desa S.A. (Reg. Ind. 16521),
General Varela 1577, Lima 5, Perú.
Se hicieron mil ejemplares.

PUBLICACIONES RECIENTES

PEDRO DE CIEZA DE LEON

Crónica del Perú. Cuarta parte
Vol. I. Guerra de las Salinas. 1991. XLV + 440 p.

EDUARDO CHIRINOS

El techo de la ballena. 1991. 220 p.

MARGARITA GUERRA MARTINIERE

La ocupación de Lima (1881-1883). El Gobierno de García Calderón. 1991. 355 p.

FRANKLIN PEASE G.Y.

Los Incas: una introducción (Biblioteca *"Lo que debo saber"*, Vol. I) 1991. 196 p.

MIGUEL ANGEL RODRIGUEZ REA

El Perú y su literatura. Guía bibliográfica. 1992. 254 p.

ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Sílex del divino amor. Introducción, transcripción y notas de José Luis Rouillon Arróspide. 1991. CXVI + 294 p.

DENIS SULMONT; MARCEL VALCARCEL y WALTER TWANAMA

El camino de la educación técnica. Los otros profesionales. 1991. 250 p.

EFRAIN TRELLES A.

Lucas Martín Vegazo. 2a. ed. corr. y aum. 1991. 320 p.

CELIA WU BRADING

Manuel Ferreyros y la Patria peruana. Epistolario, 1836-1839. 1991. 368 p.

DE PROXIMA APARICION

CARLOS BLANCAS, CESAR LANDA y MARCIAL RUBIO

Derecho Constitucional General. 3a. ed. corr. y aum.

JOSE ANTONIO DEL BUSTO

San Martín de Porras

LUCILA CASTRO DE TRELLES

Relación de los agustinos

PEDRO DE CIEZA DE LEON

Crónica del Perú. Cuarta Parte. Las guerras civiles.
Vol. II. Guerra de Chupas
Vol. III. Guerra de Quito

ADOLFO FIGUEROA

Teorías económicas del capitalismo

JORGE ARMANDO GUEVARA GIL

Propiedad Agraria y Derecho Colonial

HUGO SARABIA SWETT y CARLOS VELIZ CAPUÑAY

Introducción al Análisis. 3a. ed. corr. y aum.

ANIBAL SIERRALTA

Contrato de Comercio Internacional. 2a. ed.

JOSE TOLA PASQUEL

Introducción a la Topología

FONDO EDITORIAL: Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel, Apartado 1761. Lima, Perú. Tlfs. 626390 y 622540 anexo 220.